HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

Asia contemporánea

LUCIEN BIANCO



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 33

Asia contemporánea

VOLUMEN COMPILADO POR

Lucien Bianco

Nació en 1930; estudió en la Ecole Normale Supérieure y en la Ecole Nationale des Langues Orientales Vivantes de París. Profesor agregado de Historia en 1957, y docente en Beauvais y París en los años 1959-1961, trabajó en el East Asian Research Center de la Universidad de Harvard durante el curso 1964-1965. Actualmente está vinculado a la Ecole Pratique des Hautes Etudes, a la Ecole Normale Supérieure y a la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de París. Lucien Bianco se ha especializado en historia social de China moderna. Entre los libros publicados con su firma destacan *Les origines de la Révolution chinoise* (1967) y *La crise de Sian* (1970).

Historia Universal

Siglo veintiuno

Volumen 33

ASIA CONTEMPORANEA

Compilado por
Lucien Bianco





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1976

séptima edición en español, 1987

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0764-3 (volumen 33)

primera edición en alemán, 1968, revisada y puesta al día
por los autores para la edición española

título original: das moderne asien

impreso y hecho en méxico printed and made in mexico

Indice

INTRODUCCION 1

A. EL DESPERTAR DE LOS NACIONALISMOS

1. LA INDIA Y CEILAN DESDE 1858 HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 5

I. La evolución interna de la India hasta el fin de la primera guerra mundial, 5.—Renovación espiritual y nacionalismo, 5.—Fundación del Congreso: problemas económicos, 9.—Radicales y moderados, 13.—Hindúes y musulmanes, 16.—Reformas Montagu-chelmsford y Rowlatt Acts, 18.—II. La India entre las dos guerras mundiales: la nueva fase de la lucha por la independencia, 20.—Gandhi, 20.—Matanza de Amritsar (1919) y primera campaña del satyāgraha (1920-1922), 25.—De la primera a la segunda campaña del satyāgraha: el reflujo del movimiento nacional (1922-1930), 28.—La segunda campaña del satyāgraha y la marcha de la sal (1930-1934), 31.—La Constitución de 1935 y su aplicación, 36.—III. Ceilán, 41.

2. JAPON Y COREA DESDE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL HASTA 1937 45

I. Japón, 45.—II. Corea, 55.

3. CHINA DE 1912 A 1937 56

I. El fracaso de la República (1912-1927), 56.—Cesarismo y anarquía, 56.—Una primera «revolución cultural»: el movimiento del 4 de mayo, 60.—¿Revolución o unificación? (1926-1927), 63.—II. El «decenio de Nankín» (1927-1937), 67.—Cuatrocientos millones de campesinos, 67.—El fracaso del Kuomintang, 71.

4. EL ASIA SUDORIENTAL DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 78

Los factores del nacionalismo, 78.—El papel de la

religión en el movimiento nacional, 82.—Las primeras organizaciones nacionalistas, 83.—Auge del comunismo, 88.—Los movimientos de 1930, 90.—La evolución del Siam, 95.

B. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

INTRODUCCION 99

5. EL JAPON EN GUERRA (1937-1945) 102

6. LA REVOLUCION CHINA (1937-1949) 113
I. Guerra y revolución (1937-1945), 113.—La guerra, 113.—¿Revolución comunista o revolución nacionalista?, 114.—La caída de un régimen, 118.—II. La revolución como conquista (1945-1949), 121. El último respiro (1945-1946), 121.—La guerra civil (1946-1949), 123.—Revolución agraria, 125.—Pérdida del «mandato», 128.—Las operaciones, 130.

7. EL ASIA SUDORIENTAL SE HACE INDEPENDIENTE 133
La guerra del Pacífico, 133.—Los movimientos de resistencia, 134.—I. La lucha por la independencia, 136.—La independencia de las Filipinas, 137.—La independencia de Birmania, 138.—La independencia de Indonesia, 139.—La independencia del Viet-Nam, 142.—La independencia de Camboya, 147.—La independencia de Laos, 148.—La independencia de Malasia, 149.—La autonomía de Singapur, 153.

8. LA INDIA DE 1939 A 1947 155
La segunda guerra mundial. Bose y la Indian National Army, 155.—El Congreso y la Liga de 1939 a 1941, 156.—La misión Cripps y la resolución Quit-India, 159.—Hacia la partición (1945-1947), 161.

C. LA EVOLUCION CONTEMPORANEA

9. EL SUBCONTINENTE INDIO DESDE 1947 169
I. Consecuencias de la división, 169.—Los refugiados, 169.—Problemas económicos, 169.—Los

Principados, 170.—Cachemira, 171.—II. Pakistán, 176.—Las dificultades del nuevo Estado, 176.—El gobierno de Ayub Khan (1958-1969), 178.—La caída de Ayub Khan, 181.—III. La Unión India, 183.—Nehru, el Congreso y el funcionamiento de la democracia india, 183.—El problema agrario, 184.—La agitación lingüística, 187.—El Estado «laico» y sus adversarios, 190.—Debilidad y heterogeneidad de la oposición, 191.—El neutralismo activo: del no-alineamiento al «bi-alineamiento», 194.—Las elecciones de 1967 y el retroceso del Congreso, 196.—IV. Ceilán desde la independencia, 197.

10. LA CHINA POPULAR DE 1949 A 1974 203

I. La reconstrucción (1949-1952), 205.—La consolidación política y militar, 205.—La rehabilitación económica y financiera, 205.—La reorganización social, 207.—El encuadramiento de la población, 208.—El alineamiento en el campo socialista, 210.—II. El primer plan quinquenal (1953-1957), 211.—La economía: colectivización e industrialización, 211.—Unidad y moderación: de Bandung a las Cien Flores, 216.—III. El «gran salto adelante» y sus consecuencias (1958-1965), 219.—Una nueva estrategia del desarrollo económico, 219.—Aislamiento y divisiones: la crisis del campo socialista..., 225.—... y la del Buró Político, 227.—IV. La revolución cultural (1965-1969), 228.—V. Del IX al X congreso (1969-1973), 232.—VI. Taiwan de 1949 a 1974, 235.

11. JAPON Y COREA DESDE 1945 238

I. El Japón vencido o la experiencia de la ocupación (1945-1952), 238.—La tarea de democratización de las estructuras japonesas (1945-1948), 240.—La liquidación del militarismo nipón, 240.—El renacimiento de la libertad, 242.—La instauración de un régimen representativo, 245.—La tarea de recuperación del Japón (1948-1952), 248.—II. El Japón independiente o la «experiencia de la estabilidad» (1952-1968), 251.—El conservadurismo político del Japón, 251.—La permanencia en el poder de equipos conservadores, 251.—Los partidos de oposición, 254.—Las centrales sindicales, 259.—El

éxito económico japonés, 260.—La constancia de la política exterior japonesa, 262.—III. La división de Corea, 265.

12. EL ASIA SUDORIENTAL DESDE LA INDEPENDENCIA 268
I. Tailandia, 269.—II. Filipinas, 271.—III. Birmania, 274.—IV. Indonesia, 277.—V. Malasia y Singapur, 280.—VI. Camboya, 283.—VII. Laos, 285.—VIII. Viet-Nam del Norte, 286.—IX. Viet-Nam del Sur, 289.

MAÑANA, DOS MIL MILLONES DE HOMBRES 293

TABLA CRONOLOGICA 296

NOTAS 306

BIBLIOGRAFIA 315

INDICE ALFABETICO 335

INDICE DE ILUSTRACIONES 350

COLABORADORES DE ESTE VOLUMEN

Paul Akamatsu (Centre National de la Recherche Scientifique, París)
Capítulos 2 y 5

Heinz Bechert (Universidad de Gotinga)
Capítulos 1 (III) y 9 (IV)

Lucien Bianco (Ecole Pratique des Hautes Etudes, París)
Introducción, capítulo 3; Introducción segunda parte, capítulos 6, 10, 11 (III) y Epílogo

Georg Buddruss (Universidad de Maguncia)
Capítulos 1 (I y II), 8 y 9 (I, II y III)

Lê Thanh Khôi (Institut d'Etudes du Developpement Economique et Social, París)
Capítulos 4, 7 y 12

Jacques Robert (Universidad de París)
Capítulo 11 (I y II)

TRADUCTOR

Francisco Díez del Corral

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

Introducción

El «Asia contemporánea» de que trata este libro apenas representa la mitad del inmenso continente: el Asia oriental y meridional. Este volumen 33 de la Historia Universal Siglo XXI no incluye ni el Próximo y Medio Oriente, tratados en el volumen 15 *(El Islam II)*, ni el Asia central (volumen 16: *Asia Central)* ni el Asia soviética (volumen 31: *Rusia)*. No obstante, incluso así, el área geográfica cubierta aquí —de Tokyo a Karachi y de Pekín a Djakarta— contiene una mitad larga de la especie humana. En efecto, la presión demográfica constituye el rasgo más característico y común de esta zona del planeta. Una presión demográfica que ha pesado mucho en su historia más reciente y que pesará aún más en su próximo futuro.

El Asia intensamente poblada del siglo XX: tal es el objeto de esta obra. Pero la inserción en una colección lleva consigo ciertas servidumbres y nuestro punto de partida cronológico varía según los países. Y lo mismo puede decirse, aunque en mucho menor medida, de los períodos con que se cierran los volúmenes anteriores (volúmenes 17 a 20: *India, Asia Sudoriental, El Imperio chino, El Imperio japonés*, y volumen 29: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII)*. Para la India —y para Ceilán— hemos tenido que remontarnos hasta mediados del siglo XIX. Para China, en cambio, hemos podido comenzar en 1912, y para el Japón, en 1914. Por lo demás, hemos reservado muy pocas páginas a este último país, ya tratado por el profesor Hall (volumen 20, capítulos 18 a 20).

Durante los dos primeros tercios del siglo XX, el Asia meridional y, sobre todo, el Asia oriental, han experimentado transformaciones más rápidas y profundas que las acaecidas en el resto del planeta. A principios del siglo, el joven Mao Tse-tung vivía en un imperio fundado antes de la era cristiana. Hace apenas una generación, la mayor parte de los países considerados aquí eran colonias o «semi-colonias» que luchaban por su independencia —independencia a conquistar, sí, pero también, en ciertos casos, independencia a preservar, por incompleta que fuera.

La segunda guerra mundial, que precipitó el hundimiento del imperialismo clásico —para distinguirlo de la nueva forma de imperialismo que los Estados Unidos de América impusieron después—, dio paso naturalmente a procesos que consideramos decididamente inmersos en los problemas de la historia más con-

temporánea. De ahí las tres partes en que se divide esta obra: antes, durante y después de la segunda guerra mundial. La primera parte resalta precisamente el desarrollo y la fuerza creciente de los nacionalismos. La segunda examina su triunfo, favorecido o acelerado por la segunda guerra mundial. Esta comenzó, para China y Japón, en 1937, y mucho después en el resto del Asia sudoriental. Ello ha implicado pequeños desajustes cronológicos entre los diferentes capítulos de una misma parte, tanto más cuanto que unos concluyen en 1945 (Japón), otros en 1947 (India), algunos, en fin, en 1949 (China) e incluso más tarde (Viet-Nam y el resto de la antigua Indochina francesa, Malasia y Singapur). La tercera parte, la más larga, analiza la evolución del Asia oriental y meridional desde la independencia, la revolución o la derrota.

Dentro de cada una de estas partes, los diferentes colaboradores de este volumen han redactado capítulos de historia nacional o regional (Japón y Corea; mundo chino; subcontinente indio y Ceilán; Asia del sudeste continental e insular). Esta forma de proceder representa un compromiso y corresponde a una etapa del desarrollo de la ciencia histórica. En efecto, rompiendo deliberadamente con una tradición europeo-céntrica que se interesaba, sobre todo, por las relaciones entre los países asiáticos y el Occidente, este libro se esfuerza por dar a los problemas internos de cada Estado la importancia que se merecen. Tal enfoque no constituye aún la verdadera historia de Asia, la historia que un día habrá que escribir: la que estudie *globalmente* las manifestaciones y los efectos del imperialismo en Bombay, Saigón y Batavia (Djakarta); los problemas del desarrollo y de la demografía de Pekín a Colombo; el nacionalismo y la descolonización de 1905 (victoria japonesa sobre Rusia) a 1955 (Bandung), pasando, en fin, por el panasiatismo y la «esfera de co-prosperidad» de la «Gran Asia Oriental». Mas en el estado actual de los conocimientos —los del público y los de los propios especialistas, es decir, en la situación en que actualmente se encuentra la investigación histórica—, cualquier intento de prescindir de las historias nacionales y particulares no habría resultado serio.

Ojalá que esta historia, aunque deliberadamente parcial, no haya olvidado nada esencial y haya dado al lector deseos y posibilidad de consultar una bibliografía que, dentro de los límites impuestos por la colección, hemos procurado sea lo más amplia posible.

A. El despertar de los nacionalismos.

1. La India y Ceilán desde 1858 hasta la segunda guerra mundial

Después de China, el subcontinente indio es la parte del mundo más poblada. Su historia contemporánea, con su variedad de particularidades regionales, sitúa al historiador ante una abrumadora abundancia de materiales. Un intento de exponer esta historia sintéticamente en un espacio reducido, exige limitarse a las estructuras fundamentales y a las líneas maestras; es inevitable seleccionar y simplificar. Muchos hechos no pueden ser mencionados por más importantes que puedan parecer al autor. Escogidas notas bibliográficas ofrecen al lector la posibilidad de ampliar el estrecho marco que aquí se esboza [1].

De acuerdo con el lenguaje usual, en las páginas siguientes la palabra «India» significa, hasta 1947, el subcontinente indio, dividido políticamente en India británica y en más de 500 principados indios semiautónomos bajo protectorado británico; desde 1947 en adelante «India» es el nombre de la Unión India, independiente, para distinguirla del nuevo Estado del Paquistán.

I. LA EVOLUCION INTERNA DE LA INDIA HASTA EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Renovación espiritual y nacionalismo

Bajo el dominio de la Corona británica (1858-1947) y bajo la protección de la *Pax Britannica* se iniciaron en la India importantes cambios de ideas. Las fuerzas de la ortodoxia religiosa, que veían puestas en peligro, por el dominio británico, su religión y sus antiguas posiciones de poder y que habían sido las principales promotoras de la sublevación de 1857, seguían activas. Pero los impulsos decisivos que orientaron el curso de la historia india no procedieron de la ciega repulsa de los tiempos modernos, sino de la disposición a abrirse a las influencias de Occidente. Después de un período de duda, con la decisiva cooperación del historiador inglés Macaulay (1800-1859), se decidió en 1835 imponer como base exclusiva de la enseñanza secundaria y superior la lengua y cultura inglesas. A partir de esta fecha, miles de jóvenes indios empezaron a aprender el inglés en las escuelas y universidades recientemente creadas, unos, sólo para conseguir puestos auxilia-

res en la administración británica, otros, en cambio, empujados por el interés y admiración por el progreso científico occidental. Desde entonces se nota la influencia occidental en casi todos los campos de la cultura india moderna. Se refleja bajo múltiples formas, en la reflexión política, la filosofía, el arte y la literatura. Sin duda, la nueva capa cultivada que va surgiendo no tuvo, ante el contacto con la herencia cultural de Occidente, una reacción tan positiva como había creído Macaulay cuando dijo que ningún indio que hubiera recibido una educación inglesa, seguiría siendo un sincero partidario de su religión, y que pronto se distinguiría de un inglés sólo por el color de la piel. Las reacciones de los indios fueron más complejas. No mostraron sólo una admiración incondicional, sino muy pronto también un distanciamiento crítico y una vuelta a sus propios valores culturales.

Dentro del complicado proceso de confrontación entre la India y Occidente se llegó a una renovación del hinduismo y a diversos intentos de reconciliar la cultura occidental moderna con las doctrinas hinduistas sometidas a nueva interpretación. De un proceso similar nació el nacionalismo indio, que desde la segunda mitad del siglo XIX puso el acento sobre la originalidad religiosa y cultural de la India, al mismo tiempo que, sin referencia religiosa, sobre la autonomía económica y política.

Occidente contribuyó también directamente al despertar de una conciencia nacional india. La indología europea había redescubierto la grandeza de la antigüedad india. Goethe, Schopenhauer y G. de Humboldt tuvieron en estima obras de la literatura y filosofía de la India antigua. La investigación histórica mostró cuán intensamente se había irradiado hacia otras partes de Asia la cultura india. También la admiración que —más allá de la ciencia— la Sociedad Teosófica (fundada en 1875) tributó a la religiosidad india, no podía dejar de halagar el orgullo nacional de muchos indios, aunque no siempre esquivaron el peligro de una glorificación acrítica de su propia cultura e historia.

Este apoyo del extranjero contribuyó al desarrollo de las fuerzas vivas del hinduismo. Como el encuentro con un extranjero sugiere la reflexión sobre el carácter propio, así también en la India el contacto con la cultura occidental condujo a examinar de forma crítica y a tomar conciencia de que el hinduismo tradicional encerraba muchos elementos nefastos o superados. Ya en 1828 el célebre Ram Mohan Roy (1772-1833) había fundado un movimiento reformista, el Brahma Samāj. En la segunda mitad del siglo se formaron varias asociaciones reformistas locales que lucharon, chocando frecuentemente con la encarnizada oposición de la ortodoxia, contra los usos más retrógrados, interviniendo en pro del nuevo matrimonio de las viudas o en contra del matrimo-

nio de los niños, reclamando instrucción escolar también para las mujeres o haciendo caso omiso de los preceptos de castas. Para la coordinación de tales esfuerzos locales el juez M. G. Ranade (1842-1901) fundó las «Indian National Social Conferences», que desde 1887 se reunieron anualmente. Además se intentó despertar la voluntad de igualdad religiosa y social y de unidad nacional entre los hindúes de todas las sectas y castas, a fin de rellenar una de las principales lagunas del hinduismo: la ausencia de un dogma religioso común y de una instancia superior reconocida por todos. Tales aspiraciones panhinduistas condujeron a la fundación de la universidad hindú de Benarés.

El movimiento renovador del hinduismo, que llegó a ser el más conocido en Occidente, es la Misión Ramakrishna (fundada en 1897), que todavía hoy está en actividad incluso en Europa y América. La Misión toma su nombre del santón bengalí Ramakrishna (1834-1886), quien, con su religiosidad sentimental y con su esfuerzo por revitalizar las antiguas doctrinas monistas del Vedānta, atrajo a muchos indios formados a la manera occidental. Su más eficiente discípulo fue Vivekananda (1862-1902), quien en escritos y conferencias llevó las enseñanzas de su maestro más allá de las fronteras de la India, quebrantando con ello la tradición del hinduismo de no ser una religión misionera. En 1893 se presentó ante el «Parlamento de las Religiones» en Chicago como apóstol de este nuevo hinduismo. Vivekananda no rechazaba la civilización occidental porque estaba persuadido de que la India dependía de sus recursos y métodos. Con respecto a las otras religiones se mostraba tolerante porque veía en ellas aproximaciones a la verdad suprema [2]. Pero entre todas las religiones, es al hinduismo, según él, al que le corresponde la misión de revelar a la humanidad esta verdad suprema en toda su pureza mediante la doctrina del Vedānta. Dejar tras sí el reino de la apariencia *(māyā)* y llegar a la unión redentora con el principio permanente del universo absoluto del mundo, tal es el mensaje que deberá unir algún día a todos los pueblos de la tierra.

Como testigos de este despertar de la conciencia misionera universal del hinduismo, se han hecho conocidos en Occidente especialmente los nombres de Aurobindo y, más recientemente, el de Radhakrishnam, presidente de la República de 1962 a 1967. Si la influencia en el extranjero de esta nueva religión universal puede llegar a exagerarse, respecto de la India misma es importante. La filosofía del Vedanta también puede ser interpretada políticamente y vinculada a la doctrina del cumplimiento desinteresado del deber enseñado en el Bhagavadgītā, uno de los textos religiosos más importantes del hinduismo. La aspiración del alma a la liberación de las ataduras de la existencia terrena se convierte

en voluntad de liberarse de la dominación extranjera asimilada al reino de la apariencia *(māyā)*. Así, de esta filosofía monista se puede deducir la exigencia de una solidaridad nacional [3]. Este neohinduismo religiosopolítico pudo así aportar profundidad e inspiraciones emocionales a grandes sectores del movimiento nacionalista en ascenso.

Otro importante movimiento reformista del hinduismo es el Ārya Samāj («Comunidad de los arios»), fundado en 1875 por el brahmán Dayananda Sarasvati (1824-1883). Este, a diferencia de Vivekananda, propugnaba un nacionalismo de cuño militante e intolerante y una agitación antiinglesa. Sus ataques se dirigían contra el Islam y el cristianismo, pero también contra el hinduismo popular, en que veía una forma decadente extranjerizante y falseada de la religión védica primitiva de los arios. Rechazaba hasta la palabra «hindú» porque es de origen persa, y reclamaba la vuelta a la religión aria de los Vedas en toda su pureza. Intentaba demostrar basándose en la interpretación de estos antiguos textos que en ellos se enseñaba un monoteísmo del que estaba ausente todo culto de imágenes y además que todos los conocimientos de la ciencia moderna, incluidos el buque de vapor, el ferrocarril y la electricidad, figuraban ya en ellos. La referencia a Occidente se manifiesta aquí en un complejo de inferioridad que encuentra su compensación en una constante agresividad y en una adulteración de la historia. El Ārya Samāj desempeñó un papel importante en la lucha india por la independencia, principalmente en la India noroccidental. Aunque sus bases doctrinales no fueron de gran utilidad para la India, obtuvo, sin embargo, notables éxitos en el campo de la reforma social y especialmente en materia de educación.

Pues no se les ocultaron a los indios más clarividentes los inconvenientes del sistema inglés de enseñanza trasplantado mecánicamente a la India. Lo que siempre se le reprochaba era la ausencia de adaptación a la vida real y su orientación exclusivamente literaria [4]. Gran parte de los planes de enseñanza británicos resultaba incomprensible para los escolares y estudiantes indios, que sólo estaban interesados en conseguir un título académico que abría las puertas de la carrera administrativa y del prestigio social. Como otras posibilidades de ocupación eran muy escasas, pronto comenzó a formarse un proletariado intelectual desocupado que buscaba su salida en un radicalismo político. Con el creciente número de escolares el saber occidental había de ser proporcionado cada día más por segundas y terceras manos. Fuerzas docentes insuficientemente instruidas introducían a menudo curiosas deformaciones de la cultura europea. Pero, sobre todo, la escuela del gobierno, con su carácter laico, tenía que

alejar en la mayoría de los casos al estudiante de su ambiente familiar y su comunidad lingüística y provocar discordias y tensiones. Así sucedió que no sólo el Ārya Samāj, sino también otras personalidades del mundo indio, como más tarde R. Tagore y Gandhi, fundaron sus propias escuelas, que no rechazaban sistemáticamente, por puro conservadurismo, la aportación cultural occidental, sino que se esforzaban por integrar armoniosamente el saber moderno en la personalidad total de sus alumnos. En lugar de una formación puramente intelectual, calcada de las formas de vida extranjeras, debía exigirse una educación humana integral que se enlazara con las tradiciones y valores de la comunidad a la que pertenecía el estudiante y en la que más tarde desarrollaría su actividad.

Fundación del Congreso: problemas económicos

En tanto que los movimientos nombrados y otros similares se interesaban sobre todo por la renovación religiosa y la reforma social, se inició al mismo tiempo, en una serie de círculos intelectuales, el enfrentamiento político con la soberanía británica. Los movimientos más activos surgieron en Bengala y Maharashtra, y un poco más tarde también en Panjab. No el primero, pero sí el más importante de estos grupos fue el *Indian National Congress*, fundado en 1885 con la colaboración de ingleses liberales, cuyos delegados se reunían anualmente en una ciudad india en cada caso distinta y elegían un nuevo presidente. Sus miembros procedían de la pequeña clase media urbana que había recibido una formación inglesa: jueces, abogados, periodistas y profesores. El Congreso, que en el siglo XX había de llegar a ser rápidamente el más poderoso portavoz del nacionalismo indio y luego el partido mayoritario de la India independiente, en sus comienzos no tenía en modo alguno un carácter antibritánico. Sus dirigentes, como el bengalí Surendranath Banerji (1848-1925), veían en Inglaterra la «guía política y maestra moral» cuya historia había enseñado a la India «aquellos principios de libertad, a los que estimamos como a la niña de nuestros ojos» [5]. A tenor del programa fundacional, el Congreso aspiraba expresamente a «la consolidación de la unión entre Inglaterra y la India», pero con la significativa adición: «cambiando las condiciones que para la India son injustas o perjudiciales».

Con esta adición se aludía ante todo a la exigencia de una participación más justa de los indios capaces en la administración y en el gobierno de su país, que ciertamente la reina Victoria había prometido en su proclamación de 1858, pero que en la práctica resultaba letra muerta. Para poder llegar a los altos e

influyentes cargos burocráticos del *Indian Civil Service*, el más poderoso baluarte de la dominación colonial, un candidato tenía que superar un examen en Londres. Además no debía tener más de diecinueve años. Tan sólo después de la primera guerra mundial fue derogada esta norma discriminatoria y se permitieron exámenes también en la India. Hasta entonces sólo muy pocos indios tenían posibilidades de subir a las alturas de la jerarquía burocrática. Pero incluso esta pequeña élite, a igual rendimiento, no podía pretender los mismos derechos que sus colegas blancos. En 1883 el virrey liberal Lord Ripon (que gobernó de 1880 a 1884) intentó que se aprobara un proyecto de ley (Ilbert Bill) según el cual también los europeos en la India debían someterse a la jurisdicción de los jueces indios. Una enorme tempestad de indignación de los atónitos ingleses hizo fracasar la ley. Tales manifestaciones de orgullo racial han dejado profundas heridas en la India. Recelosamente se negó a los indios capacidad para el gobierno y la administración; una burocracia colonial todopoderosa trató de preservar su poder y su prestigio. Con tal espíritu compuso R. Kipling (1865-1936), nacido en la India, su canción sobre la «Carga del hombre blanco», que por todos sus servicios no recibía más que ingratitud y odio.

Otras críticas y reivindicaciones del Congreso concernían a la economía y a las finanzas. Los grandes esfuerzos de Inglaterra por dotar a la India de una economía moderna son indiscutibles [6]. Pero a ciertos economistas indios no se les ocultaba que la dependencia colonial dificultaba la solución de todos los problemas ante los que la era de la técnica y del comercio mundial habría colocado también a una India soberana. Millones de campesinos vivían en una pavorosa miseria. La inundación del mercado indio por productos manufacturados ingleses más baratos había destruido la artesanía indígena y reforzado la presión sobre la tierra. Los campesinos tenían que soportar la mayor carga tributaria, ya que el Estado poseía pocas otras fuentes de ingresos. Ciertamente por medio de la construcción de grandes instalaciones de riego, especialmente en la India noroccidental, se aumentó la superficie de cultivo, pero el creciente incremento de la población anulaba rápidamente el efecto de tales medidas. Para mitigar las consecuencias más nefastas del endeudamiento campesino se decretaron leyes [7] y se crearon las *Cooperative Credit Societies*, según el modelo alemán, en 1904. Pero para la apremiante necesidad de modernización de la economía del país el gobierno británico contaba verdaderamente con buenos deseos, pero con muy poco dinero.

Lo mismo se puede decir de la instrucción pública, cuyo desarrollo en una población con un promedio de un 90 % de analfabe-

tos era una de las más importantes premisas para la adaptación de la aldea india a las modernas exigencias del gran capitalismo económico moderno. Los ingleses se concentraron totalmente en enseñanza superior. Ciertamente existían desde 1854 buenos planes para un sistema general de educación. Sin embargo, cuando el Congreso exigió la creación de una enseñanza primaria obligatoria, esta reivindicación fue declinada a causa de los exorbitantes costos.

Especialmente claras se mostraron las desventajas de la situación colonial de la India en el campo de la industrialización. Los ingleses, en efecto, no tenían interés en desarrollar una industria india, ya que podían dar salida a sus productos terminados en el mercado indio y sólo la promovieron para satisfacer las necesidades de importación inglesas (como el yute y el té). Es cierto que de la exigua industrialización de la India en el siglo XIX también era culpable la tendencia de muchos indios a invertir con más gusto en la especulación del suelo y en la usura que en la gran industria. Pero cuando, por ejemplo, el parsi J. Tata (1839-1904) quiso crear una industria pesada en la India, le fue denegado el capital inglés. Sólo a comienzos del siglo XX pudieron fundarse en el Bihar, con capital indio, las fábricas Tata, todavía hoy una de las más importantes empresas de la India.

Característica era la situación de la industria algodonera india, que empezó a desarrollarse lentamente a partir de 1850. En virtud de los principios del libre cambio, entonces en boga, le fueron denegadas protecciones aduaneras contra la competencia de la poderosa industria algodonera de Lancashire. Cuando en 1896, por consideraciones de política financiera, se introdujo un arancel sobre la importación de algodón inglés, Lancashire creyó tan perjudicados sus intereses que exigió que los tejidos fabricados en la India fueran gravados a su vez con un impuesto equivalente al arancel que los protegía. Esta medida, que provocó en la India una grandísima irritación, no fue anulada hasta 1926.

Un aumento esencial de la industrialización de la India no se hace reconocible hasta la primera guerra mundial, que marca un hito en la historia económica de la India. La interrupción de las importaciones inglesas impuesta por la guerra condujo a la implantación de nuevas industrias en la India, y el movimiento nacional indio se esforzó por que el país cubriera, en la medida de lo posible, sus necesidades de productos industriales por sí solo. Aunque el proletariado industrial era aún pequeño en número, los consabidos abusos e injusticias sociales del capitalismo primitivo se produjeron en la India en una forma especialmente sobrecogedora. La jornada laboral de 15 y más horas, los salarios míseros, el trabajo de los niños y la miseria de las viviendas fueron comba-

tidos solamente con leyes sobre el trabajo en las fábricas insuficientes y fácilmente eludibles. Pero no se desarrolló un movimiento sindical a gran escala hasta el final de la primera guerra mundial. Desde entonces hubo frecuentes huelgas y la situación mejoró algo. Pero hasta después de la independencia no se emprendió una legislación completa en materia social.

Muchas de las dificultades aquí señaladas —como la insuficiente industrialización, los problemas del campo y de la instrucción pública— fueron recibidas como herencia de la época colonial por la India independiente y el Paquistán. Sin duda sería equivocado atribuir sólo a los ingleses la culpa de todas las dificultades de la India. Así, no hay que negar que en la India misma amplios sectores de la población campesina no desean la obligatoriedad escolar porque necesitan toda la fuerza de trabajo de los niños. Asimismo, la modernización de las estructuras agrarias y el aumento del rendimiento de la agricultura se enfrentan con costumbres de origen religioso, de consecuencias nefastas: ciertos aspectos del sistema de castas constituyen un obstáculo para la producción, así como el temor a combatir los parásitos o la prohibición de matar las vacas sagradas. En esas circunstancias, gobiernos indígenas pueden obtener resultados más favorables que una administración ignorante de las costumbres y la religión del país.

Sin embargo, no deja de ser cierto que el gobierno británico de la India dedicaba siempre demasiado poco dinero a la mejora de las condiciones sociales y económicas y a la elevación del nivel de vida de las masas. El Congreso vio, desde sus comienzos, una razón capital de ello en el hecho de que la soberanía británica era demasiado cara para la India. Sus ataques se dirigían especialmente contra el importe de las «cargas patrias» *(home charges)*; éstas eran las sumas que la India debía entregar a Inglaterra: los intereses por el capital invertido en la India, los beneficios garantizados a las firmas inglesas de ferrocarriles, los elevados sueldos y pensiones de los funcionarios ingleses y, hasta 1919, también los costos del India Office en Londres. Según cálculos indios [8], se evadía de esta manera anualmente casi la mitad de la renta nacional neta de la India. La teoría de la «sangría de la India» *(drain theory)* fue uno de los tópicos de la literatura nacionalista, en tanto que los ingleses veían en las *home charges* el pago adecuado por los servicios prestados. Gran encono producían también los elevados gastos militares, ya que el ejército en general no servía para defender los intereses indios, sino los intereses imperiales británicos en el Asia sudoriental o en Africa [9]. El contribuyente indio tenía que mantener el ejército, sin poder participar en lo más mínimo en las decisiones sobre su misión. Además la

discriminación racial era especialmente estricta en el ejército. Hasta la primera guerra mundial permaneció herméticamente cerrado para los indios el más alto cuerpo de oficiales con la patente regia *(king's commission)*.

Estas eran las principales acusaciones formuladas por el Congreso contra la dominación británica. En su primera época se atuvo a métodos estrictamente constitucionales. Con numerosas resoluciones intentó conseguir reformas y mostrar que Inglaterra en la India resultaba infiel a sus más nobles principios y ejercía una «soberanía indigna de ella» [10]. Muchos ingleses liberales simpatizaban con el Congreso, pero la mayoría de los empleados británicos lo consideraban un «hatajo de charlatanes». Puesto que todas las peticiones eran completamente infructuosas [11], empezaron a pedir pronto la palabra en el Congreso voces que consideraban inútil tal «política mendicante» y exigían que el partido pasara a la acción, empleando todos los medios necesarios.

Radicales y moderados

Se formaron así las alas de los «extremistas» y los «moderados», que ciertamente en sí mismas no eran unitarias, pero cuyas diferencias recíprocas son perceptibles en los contrastes de sus dos portavoces más importantes: B. G. Tilak (1856-1920) y G. K. Gokhale (1866-1915). Ambos eran brahmanes de Maharashtra, educados a la manera de Occidente, que comprendían claramente los aspectos más negativos de la situación política india. Según Gokhale, la India debía aprender paso a paso el arte del autogobierno. Por eso colaboró desde 1902 hasta 1915 en el Consejo Imperial *(Imperial Legislative Council)*, presidido por el virrey. Por su parte, Tilak se mantuvo lejos de las instituciones del régimen colonial. Como «padre de la agitación india», intentó despertar mediante apasionados artículos de periódico el deseo de independencia en sus compatriotas. Así, durante el hambre de 1896 lanzó la consigna de no pagar impuestos. Gokhale veía en la reforma de la sociedad india el cometido más urgente. Fundó la *Servants of India Society*, que trabajó por el progreso social en general, sin distinción de casta y religión. Para Tilak, en cambio, no era el matrimonio de los niños, el sistema de castas o la superstición el fundamento de la pobreza y humillación de la India, sino la soberanía extranjera. En la disputa en torno a una ley que debía establecer en doce años la edad mínima para el matrimonio de las muchachas, defendió el punto de vista de la ortodoxia y negó a la burocracia culturalmente extranjera y a sus servidores indios el derecho de cambiar costumbres sagradas de los hindúes.

Mientras Gokhale trabajaba por la evolución social, Tilak re-

clamaba la revolución nacional y estaba dispuesto a justificar el asesinato político con la doctrina del *Bhagavadgita*. Resueltamente opuesto a la tolerancia entre las diversas comunidades a que aspiraba Gokhale, se orientaba directamente hacia los valores del hinduismo y el pasado histórico de cada provincia. Fundó una liga contra el sacrificio de vacas e impulsó el culto del héroe nacional marata Sivājī, que en el siglo XVII se había levantado contra el dominio extranjero de los emperadores mongoles. Así llegó a ser Tilak el más importante portavoz del radicalismo neohinduista. Tuvo el primer choque con los ingleses en 1897, cuando en el curso de una epidemia atacó las excesivas medidas sanitarias tomadas por la policía. Se le acusó de haber incitado indirectamente, con su provocadora actitud, a un asesinato político. La prisión de Tilak aumentó rápidamente su popularidad.

Pero en el Congreso se mantenía todavía la hegemonía de los moderados. Sin embargo, los acontecimientos que se produjeron en el extranjero y en la propia India a comienzos del siglo XX suministraron nuevo impulso a los radicales. La guerra rusojaponesa (1904-1905) causó gran impresión, ya que mostró que un pueblo asiático podía derrotar a una gran potencia europea como Rusia, temida por la política británica en la India. En la India misma, no obstante, el imperialismo se mostró más seguro de sí mismo que nunca. Lord Curzon (virrey de 1899 a 1905), hombre extraordinariamente enérgico, trató de resolver los numerosos abusos de la administración con su «despotismo benévolo» hacia las masas, negándose a perder el tiempo en largos debates con los intelectuales politizados. Con ello había menospreciado la dinámica del movimiento nacionalista. Su reforma de la universidad de Calcuta, que se redujo a un reforzamiento del control por parte del Estado, suscitó el descontento de los indios, para quienes representaba un ataque a los medios intelectuales bengalíes, que encabezaban el movimiento nacionalista.

Pero la chispa que hizo explotar el barril de pólvora fue la partición de Bengala, decretada en 1905. La división de esta «presidencia», necesaria desde el punto de vista administrativo, ya que con 78 millones de habitantes era ya casi ingobernable, fue acometida con tanta torpeza política que el área lingüística bengalí resultó dividida. Una apasionada agitación contra el «despedazamiento de la nación bengalí» encontró un eco muy entusiasta en amplias zonas de la India. Facciosos discursos y artículos de prensa aumentaron la excitación. Escolares y estudiantes desfilaron con pancartas y negras banderas por las calles y colocaron piquetes de boicot ante las tiendas en que se vendían mercancías extranjeras, especialmente textiles. La nueva contraseña, «*svadeśī*» (literalmente: «del propio país»), recomendaba utilizar ex-

clusivamente mercancías fabricadas en la India como protesta contra las injusticias de la política colonial de importación y para fomentar la industria nacional. También fueron boicoteados los centros de enseñanza ingleses. Un Consejo nacional de educación indio promovió desde 1906 la fundación de escuelas nacionales, que, al no ser reconocidas oficialmente por el gobierno, no dieron resultados duraderos. El inflamado patriotismo encontró su símbolo en la canción todavía hoy muy popular *Vande mātaram*, «yo venero a la madre» [12]. En este himno la «madre Bengala», que pronto fue entendida como la «madre India», es identificada con la terrible y sanguinaria diosa Kālī. Bajo el signo de esta diosa se formaron sociedades secretas y grupos terroristas de carácter religioso-político. «Sacrificar a Kālī una cabra blanca» era la velada incitación al asesinato de los odiados ingleses [13]. Atentados con bombas y otros actos de violencia se convirtieron en medios de lucha política, sobre todo en Bengala.

Los miembros moderados del Congreso apoyaban ciertamente el movimiento de boicot, pero rechazaban severamente aquel terrorismo. Las divergencias entre moderados y extremistas se acentuaron. La sesión anual del Partido del Congreso celebrada en Surat (1907) terminó en tumultos. Los moderados quedaron dueños de la organización del Congreso y los extremistas fueron expulsados. El gobierno intervino duramente, efectuando detenciones y promulgando una rígida ley de prensa. En 1908, Tilak fue condenado a seis años de cárcel a causa de un artículo periodístico. Los radicales que escaparon de las manos de la policía, tuvieron que huir al extranjero o entrar en la clandestinidad. Pero el Congreso se constituyó nuevamente como una asociación netamente moderada. Todos los delegados hubieron de aprobar por escrito el nuevo programa del Congreso, el cual ahora señalaba como meta conseguir, con medios constitucionales, la autonomía dentro del Imperio británico o un estatuto análogo al de Canadá o Australia.

Entretanto en Londres había llegado al poder un gobierno liberal. La política británica intentaba ahora aprovechar la escisión del Congreso y fortalecer la estructura del nuevo Congreso leal por medio de algunas concesiones. Este fue el objetivo de las reformas Morley-Minto, que deben su nombre al secretario de Estado londinense vizconde Morley y al virrey Lord Minto. Un consejero indio entró a formar parte del gabinete del virrey y de los gabinetes de los gobernadores de dos provincias importantes, Madrás y Bombay, y dos indios fueron llamados a ocupar un puesto en el consejo del secretario de Estado londinense. En los consejos legislativos fue aumentado el porcentaje de miembros indios. Colegios estrictamente delimitados, como corporaciones

de las ciudades, cámaras de comercio o universidades, podían ahora elegir miembros indios de los consejos legislativos, que pueden considerarse como esbozos de parlamentos. En el *Imperial Legislative Council* los indios elegidos estaban, sin embargo, en minoría frente a los consejeros designados, quienes debían votar en bloque a favor del gobierno. En cambio en las provincias los elegidos tenían la mayoría frente a los consejeros designados, pero los gobiernos provinciales no estaban sujetos a las decisiones de los consejos. Estas reformas no implicaban siquiera los más modestos principios del autogobierno, pero al menos daban a los indios la posibilidad de practicar el debate parlamentario. Aunque se quedaron a la zaga de las reclamaciones incluso de los más moderados, les parecieron un paso en la dirección apetecida. Con la exclusión de los extremistas y con el prudente apoyo de los moderados, Inglaterra logró mantener la situación en la India con relativa tranquilidad hasta la primera guerra mundial.

Hindúes y musulmanes

Las reformas de 1909 favorecieron muy especialmente a los musulmanes indios. Esta gran comunidad religiosa, en números redondos una cuarta parte de la población total india, se había mostrado por motivos religiosos mucho menos abierta al principio a la civilización occidental que los hindúes, que no estaban sometidos a escrúpulos dogmáticos. Con un retraso de aproximadamente una generación empezó a substraerse a la rigidez ortodoxa una élite musulmana, cuando su más importante reformador, Sir Sayyid Ahmad (1817-1897), le mostró el modo de conciliar la ciencia moderna occidental con una educación fiel al espíritu del Islam. En 1875 fundó en Aligarh un *Muslim College*, que en 1920 fue promovido a universidad. Como admirador de la cultura inglesa, veía en la soberanía británica la protección más segura para impedir que la mayoría parlamentaria hindú sometiera a los musulmanes, si la India progresivamente, de acuerdo con las exigencias del Congreso, llegaba a ser gobernada con métodos democráticos. Así pues los musulmanes, aunque no sin excepción, habían permanecido fuera del Congreso. Tampoco habían tomado parte en la agitación contra la división de Bengala, ya que con ella se les había dado una nueva provincia con mayoría de población musulmana, provincia que casi exactamente correspondía al Pakistán oriental de 1947.

Como contrapeso del Congreso, formado preponderantemente por hindúes, aunque no confesional según su programa, los musulmanes fundaron en 1906 la Liga Musulmana como representación de los intereses de su minoría. Además exigieron para las elec-

ciones venideras listas separadas *(separate electorates)* y el derecho a un número de escaños superior a su porcentaje de población *(weightage)* en los órganos electivos. En caso contrario ellos, como minoría, nunca lograrían elegir a sus propios candidatos musulmanes. Las reformas de 1909 satisficieron estas reclamaciones. El principio de la representación separada fue extendido poco más tarde a otros grupos de intereses y comunidades religiosas *(communities)* y pronto dio lugar a debates «comunales» interminables. Los nacionalistas indios han reprochado frecuentemente a los británicos que éstos debilitaban a la India con la aplicación desconsiderada del lema «divide y vencerás». Pero con esto a menudo se calla la mitad de la culpa. La agitación antimusulmana del Arya Samāj, la Liga de Tilak contra el sacrificio de vacas y su culto a Śivājī o a la intransigencia de varias manifestaciones neohinduistas tenían que despertar el más justificado recelo de los musulmanes. La soberanía británica no ha creado las profundas contradicciones de la India, pero sí ha sabido explotarlas hábilmente. Incluso los ingleses lo han afirmado frecuentemente [14].

Como las antiguas tensiones religiosas y sociales existentes entre hindúes y musulmanes se ahondaban con el antagonismo político, la oposición india tenía que hacerse añicos. La autoridad colonial se veía autorizada con ello a asumir el papel de árbitro moderador. Desde el momento en que por primera vez se renunció al intento de introducir también en la India el principio occidental de igual representación democrática, sin consideración de la pertenencia religiosa, las listas electorales separadas concedidas en 1909 a los musulmanes pueden considerarse como el primer paso hacia el futuro Estado musulmán de Pakistán.

Pero, primeramente, se dibujó otra solución. En 1911 fue modificada la división de Bengala. El área lingüística bengalí fue unificada nuevamente y de la antigua presidencia de Bengala, siguiendo aproximadamente las fronteras lingüísticas, se desmembró la nueva Provincia de Bihar y Orissa. Los hindúes vieron en esta medida un éxito de su oposición, pero los musulmanes consideraron que su lealtad había sido mal recompensada. El simultáneo traslado de la capital de la India británica de Calcuta a Delhi, la antigua ciudad imperial musulmana, traslado que era considerado al menos en parte como una cortesía por los musulmanes, no bastó para calmar el descontento de éstos. La postura británica hostil a los turcos en la guerra de los Balcanes hirió los sentimientos panislámicos de los musulmanes indios, que seguían viendo en el sultán turco al califa, el jefe espiritual del Islam. Cuando el califa emprendió la «guerra santa» contra Inglaterra, los musulmanes indios se enrolaron más y más en el frente nacional. El Congreso se declaró ahora dispuesto a aprobar la exigen-

cia de los musulmanes relativa a las listas electorales separadas. En 1916 se reunieron en Lucknow la Liga y el Congreso y firmaron el Pacto de Lucknow *(Lucknow Pact)*, que posibilitaba una común y aumentada presión sobre la autoridad colonial.

Reformas Montagu-Chelmsford y Rowlatt Acts

Contra toda esperanza, la India en la primera guerra mundial permaneció tranquila, si se exceptúan algunos disturbios locales, especialmente en Panjab. Al principio de la guerra incluso recorrió el país una ola tal de lealtad, y la India tomó de buen grado una parte tan grande en el esfuerzo bélico, que el primer ministro británico Asquith en 1914 llegó a declarar que en el futuro el problema indio sería contemplado desde un «nuevo punto de vista». Pero siguió pronto una desilusión, cuando se mostró en Gran Bretaña la tendencia a diferir la aplicación práctica de este nuevo punto de vista hasta el final de la guerra. El Congreso cayó ahora nuevamente y con más intensidad bajo el influjo de los extremistas. La muerte de Gokhale (1915) debilitó la posición de los moderados; Tilak, liberado de la cárcel en 1914, fue recibido alborozadamente a su vuelta al Congreso en 1916.

La teósofa Annie Besant organizó según el modelo irlandés un movimiento en favor del *home rule* que, apoyado por musulmanes e hindúes, reclamaba para la India un autogobierno. Hasta agosto de 1917 no reaccionó Londres a la presión de este nuevo frente unitario con la histórica declaración del secretario de Estado Montagu de que la política británica en el futuro se orientaría hacia una «creciente participación de los indios en cada una de las ramas de la administración y hacia la gradual implantación de instituciones que preparen la futura autonomía y permitan dotar poco a poco a la India de un gobierno responsable; así podrá la India convertirse en miembro integrante del Imperio británico». Con ello se anunciaba un cambio radical en la política británica relativa a la India. El principio anterior vigente en la práctica británica de que los indios eran incapaces de asumir el gobierno de su país era puesto en duda.

Esta promesa dio como resultado las reformas Montagu-Chelmsford (que deben su nombre al secretario de Estado Montagu y al virrey Lord Chelmsford), que luego de largas discusiones entraron en vigor a fines de 1919. Esta nueva constitución era una obra extraordinariamente complicada, ya que los británicos querían abandonar lo menos posible sus posiciones de poder, pero estaban obligados a hacer concesiones. En primer lugar se satisficieron las exigencias indias de una descentralización de poderes, y se procedió a un nuevo reparto de atribuciones entre

gobierno central y gobiernos provinciales. Pero el objetivo fundamental de la constitución era cambiar lo menos posible el gobierno central de Delhi y limitar la autonomía a los gobiernos provinciales. En la capital y en las provincias los consejos legislativos existentes fueron transformados en auténticos parlamentos. Para el parlamento central se creó un sistema bicameral, compuesto de una cámara alta *(Council of State)* y una cámara baja *(Legislative Assembly)*. En ellas se sentaban miembros elegidos junto a miembros nombrados, pero desde este momento estaban en mayoría los diputados elegidos. Ciertamente, éste no era un verdadero parlamento, ya que el virrey tenía derecho de veto. Puntos especialmente delicados, como la administración militar, ni siquieran podían discutirse. Además, el Consejo ejecutivo central de Delhi, en el que ahora fueron admitidos bastantes indios, no era responsable ante el parlamento indio, sino solamente ante el parlamento londinense.

Las concesiones en los gobiernos provinciales eran notorias. Aquí las jurisdicciones fueron divididas en «reservadas» *(reserved subjects)* y «transferidas» *(transferred subjects)*. Las primeras permanecieron reservadas al gobernador británico y a sus consejos ejecutivos, que únicamente eran responsables ante el parlamento británico. Las jurisdicciones «transferidas», en cambio, fueron confiadas a gabinetes de ministros indios, responsables ante los parlamentos provinciales y con ello, en definitiva, ante los electores indios. Este doble gobierno de ministros elegidos y consejos ejecutivos nombrados recibió el nombre de «diarquía». Las jurisdicciones que fueron confiadas a los indios, concernían a la enseñanza y sanidad, obras públicas, agricultura e industria, esto es, a materias que no representaban un peligro para la dominación británica, pero de cuya incuria se habían quejado siempre amargamente los nacionalistas indios. Sin duda los ministros indios tenían atadas las manos ya por el hecho de que sólo se pusieron a su disposición medios financieros muy insuficientes. Además, los gobernadores provinciales británicos tenían derecho de veto. Este complicado sistema de la diarquía planteaba tantos problemas en la práctica que, considerado en su totalidad, no podía salir airoso.

Se amplió el número de los electores. También los campesinos, arrendatarios y ciertos obreros industriales pudieron participar en la vida política en determinadas regiones. Con todo, el derecho de sufragio permaneció siempre estrictamente limitado [15]. El principio de la «representación comunal» de los musulmanes, herencia de las reformas de 1909, fue mantenida también para los nuevos parlamentos e incluso extendida a otros grupos como los sikhs, anglo-indios y cristianos.

Todas estas reformas no habían de conseguir lo que la potencia colonial esperaba de ellas. Donde se exigía un *home rule*, Inglaterra aplazó su aplicación a un futuro impreciso y sólo dio un primer paso cauteloso. Las propuestas británicas de reformas ocasionaron discordias en el Congreso. Ya en 1918, cuando todavía estaba en el estadio de discusión la nueva constitución, el grupo de los moderados abandonó el Partido del Congreso y fundó un partido liberal, que más tarde, con otros pequeños grupos (como el *Justice Party* en el sur de la India), acometió el intento de convertir en realidad la diarquía. A estos liberales pertenecían importantes personalidades que en lo sucesivo intentaron muchas veces mediar entre el Congreso y el gobierno. Sin embargo, no obtuvieron apoyo en las masas indias. Pero en el Congreso mismo se dudó hasta 1920 si era preferible colaborar dentro de la nueva constitución o formular nuevas reivindicaciones.

Mas, entretanto, el clima político se había empeorado y en todas partes había surgido el recelo. Como el gobierno temía maquinaciones anarquistas, pidió poderes extraordinarios para un período transitorio, ya que las leyes excepcionales con que había sido gobernada la India durante la guerra habían caducado. El juez Rowlatt elaboró dos proyectos de ley que preveían juicios sumarios y otras limitaciones de las libertades individuales para los terroristas; pero era de temer que fueran aplicados también contra agitadores políticos que el gobierno juzgara indeseables. A pesar de los votos en contra de todos los indios electos, una de estas leyes fue aprobada por el *Imperial Legislative Council* en febrero de 1919, todavía antes de la nueva constitución. Olas de indignación sacudieron a toda la India. En la lucha contra estas *Rowlatt Acts* se puso al frente del movimiento nacionalista indio un hombre que debía dirigirlo en una nueva fase e imprimirle el sello de su personalidad: el mahatma Gandhi [16].

II. LA INDIA ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES: LA NUEVA FASE DE LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Gandhi

Ninguna figura de la historia india ha sido tan conocida fuera de la India como M. K. Gandhi (1869-1948). Su nombre quedará unido a la búsqueda de una actitud moral capaz de sustituir a la violencia, a la enseñanza de esa actitud y al esfuerzo por vivirla. Procedía de la clase media hindú, de la casta de los comerciantes *(Banya)* de Gujarat: en la infancia fue influenciado por la atmósfera piadosa de la casa paterna. Contra la oposición de su casta,

marchó a los dieciocho años a Inglaterra, regresó como abogado cuatro años más tarde y en 1893 fue a Sudáfrica en calidad de asesor jurídico de una firma india. En ese país, donde reinaba una atmósfera de odio racial, conoció la experiencia humillante de la segregación. Gandhi, durante veintiún años, luchó en pro de los derechos de sus compatriotas oprimidos y de este modo se convirtió en político. De la experiencia personal del sufrimiento y de la lectura de textos religiosos indios, de la Biblia, de Tolstoi, de Thoreau y de Ruskin extrajo los principios de su concepción religiosa, que le proporcionaron sus métodos de acción política.

Los tres conceptos centrales del pensamiento religioso-político de Gandhi son: verdad, no-violencia y castidad. La verdad es para él el más alto principio del ser, es Dios. Pelear por la verdad significa, pues, la lucha por lo que es conocido como el ordenamiento divino del mundo, lucha contra la injusticia, el odio y la opresión. Por eso acuña Gandhi para su método de acción política la palabra sánscrita *satyāgraha*, «atenerse a la verdad», y denomina *satyāgrahī* al que enfrenta al enemigo con esta inquebrantable fe en la verdad. Esta concepción se basa en la creencia de que la verdad, que es considerada desde los más antiguos tiempos de la civilización aria como el principio supremo del mundo, de carácter ético y mágico, al final triunfará. La frase «sólo la verdad triunfa» (en sánscrito, *satyan eva jayate)* fue elegida como lema de la India libre. Gandhi sabe que la ilimitada verdad nunca puede ser comprendida plenamente por el hombre, terrenalmente limitado, el cual debe contentarse con permanecer siempre en camino hacia ella sin alcanzarla jamás. Por eso titula su autobiografía *Historia de mi experiencia con la verdad*. El incondicional «atenerse a la verdad» implica la confesión pública del error tan pronto como, a consecuencia de una decisión, la verdad amenace con ser falseada. Por eso, Gandhi cortó sobre la marcha muchas veces campañas políticas ya iniciadas sin atender a la oportunidad cuando le pareció que no respondían a la verdad, es decir, cuando degeneraban en violencia. Pues la posibilidad de error, siempre existente, prohíbe imponer al prójimo por la violencia lo conocido como verdadero. En frase de Gandhi: «Cuando la verdad se muestra al hombre, reviste la apariencia de la no-violencia».

Para definir esta posición, a la que le determinó decisivamente, según propia confesión, la lectura del Sermón de la Montaña, Gandhi emplea la antigua palabra sánscrita *ahiṃsā* (acción de no causar perjuicio al prójimo), que designa la repugnancia hinduista ante la destrucción de toda vida. Pero en Gandhi *ahimsā* no es eso sólo, sino en general la renuncia a causar daño al prójimo corporal o espiritualmente y el intento de no odiar al enemigo, sino acogerle con bondad y amor. *Satyāgraha* no es, pues, exclu-

sivamente «resistencia pasiva». Gandhi había empleado al principio esta expresión en Sudáfrica para su programa, pero más tarde la abandonó. Frecuentemente traduce *satyāgraha* libremente por fuerza del alma *(soul-force)*. El auténtico *satyāgrahī* debe no sólo aguantar los ataques del adversario, sino también oponerle su «fuerza del alma», que no tiende a la destrucción o humillación del enemigo, sino a conquistar su alma: mediante su propio sufrimiento debe, pues, producir en el prójimo el «cambio del corazón» que le permita comprender la verdad.

Pero para que pueda cumplirse la difícil exigencia de la noviolencia se necesita la «castidad» *(brahmacarya)*. Gandhi designa con este término no sólo la continencia sexual, que él personalmente practicó desde 1906, sino también el dominio de los propios sentidos y afectos, alcanzado por medio de una rigurosa disciplina. En esto le guía el ideal de los ascetas tan popular en la India, pero en Gandhi es puesto al servicio no de la propia salvación lejos del mundo, sino del amor activo a los semejantes y de la actuación política.

El *satyāgraha* puede ejercerse de dos maneras. Su forma más moderada es la «no-colaboración» *(non-cooperation)*. Con ella, el ciudadano hace uso de su posibilidad legal de negar la colaboración al sistema dominante. Con la renuncia a las funciones administrativas y el boicot a las elecciones, las escuelas o los tribunales, puede entorpecer la máquina estatal, hasta que esté libre el camino hacia una colaboración honorable.

Más dura y peligrosa es la otra forma de acción: la «desobediencia civil» *(civil disobedience)*. Esta es la transgresión deliberada de los preceptos y prohibiciones, leyes y ordenanzas estatales considerados como injustos y «no verdaderos». Es la rebelión abierta, únicamente sin el ingrediente de la violencia. El *satyāgrahī* no puede ser confundido con un vulgar criminal, ya que actúa al descubierto y asume conscientemente la responsabilidad de su acción. «Busca la detención» y acepta sin defensa su castigo.

El mérito histórico de Gandhi consiste en haber llevado el movimiento nacionalista desde las salas de debates de los intelectuales de la clase media y desde las sociedades secretas regionales a la gran masa del pueblo indio. Sólo sus doctrinas y métodos dieron a las masas la posibilidad de enrolarse personalmente en la lucha por la libertad. La elevación de sus ideales y su sencillo lenguaje popular sacudieron a los indiferentes y perezosos, despertaron en ellos el sentimiento de la propia dignidad y la disposición al sufrimiento y al sacrificio. Atrajo como un imán al pueblo, que pronto le veneró como a un santo y le concedió el título honorífico de *mahātmā* («aquel cuya alma es grande»).

También entre los líderes intelectuales de la India encontró Gandhi partidarios, pero asimismo muchos contradictores. Jawaharlal Nehru (1889-1964), admirador y amigo desde los años veinte, expresó frecuentemente, especialmente en su autobiografía (1936), lo que le separaba de Gandhi. Sobre todo, se oponía el socialista ateo Nehru, y con él muchos otros, a la permanente mezcla en Gandhi de religión y política, pues Gandhi mismo se había denominado un «hombre religioso disfrazado de político». Frente al hecho de que en todas sus decisiones se fiara de su voz interior, otros habrían preferido oír argumentos racionales. La ética social de Gandhi, según la cual las tensiones entre fabricantes y trabajadores, entre propietarios y arrendatarios no habían de solucionarse con la lucha de clases, sino que había de educar a los ricos para que fueran los «albaceas de los pobres», tenía que ser inadmisible para amplios círculos del Congreso. Tampoco podían pasarse por alto los peligros de una no-violencia incondicional. Las exigencias que Gandhi pone al *satyāgrahī*, son tan altas que sólo unos pocos pueden cumplirlas siempre. La doctrina del autosacrificio puede conducir fácilmente a la pasividad quietista. Y cuando el *satyāgraha* se convierte en un movimiento de masas, existe siempre el riesgo de que pierda su carácter ético, a medida que aumenta el número de los participantes, y de que degenere en actos de terrorismo. Gandhi hubo de experimentarlo con frecuencia. E incluso en la actualidad es difícil determinar hasta qué punto la resolución individual de «convertir» al enemigo es aplicable a los conflictos colectivos [17]. La no-violencia sólo puede tener sentido si el enemigo se muestra dispuesto a comprenderla. Por eso Nehru se vuelve contra la idea de hacer de la no-violencia un dogma sagrado; estima, al contrario, que el político debería adaptar este método a cada situación con pragmática flexibilidad y tener en cuenta las flaquezas de los hombres.

El mismo Gandhi, con todo su rigor, tuvo que hacerlo. No se le puede atribuir la idea de que un Estado puede renunciar a todo medio de coacción. Así, para extrañeza de muchos, actuó en 1918 como reclutador para el ejército anglo-indio, porque la India no debía recurrir a la no-violencia por debilidad, sino utilizarla para mostrar que tenía conciencia de su fuerza. Pero los ingleses consideraban que el pueblo indio, prescindiendo de algunas tribus, no era un pueblo guerrero y que por tanto era incapaz de servir en el ejército. Gandhi se volvió contra esta acusación: «Si hay que elegir entre cobardía y violencia, yo aconsejaría la violencia». La auténtica ausencia de violencia supone capacidad para el empleo de la violencia; en otro caso es sinónimo de debilidad.

Ya en ciertos programas de Gandhi (no-colaboración y desobediencia civil, por ejemplo) o en sus célebres ayunos para la con-

secución de exigencias políticas pueden verse formas encubiertas y sublimadas de violencia. Pero es sabido que Gandhi cerró los ojos también muchas veces ante actos brutales cometidos por sus partidarios y en 1947 aprobó la intervención armada del ejército indio en Cachemira. Por eso se le ha acusado de oportunismo y de utilizar su doctrina religiosa y moral con fines puramente políticos, quitándole así toda dignidad [18]. Pero para hacer justicia a Gandhi hay que concebirle inmerso en la tensión entre la «moral de la convicción» y la «moral de la responsabilidad», tensión que Max Weber consideraba el problema central de la ética política [19].

En la antropología de Gandhi, *ahiṃsā* representa la perfección suprema hacia la que el hombre no deja de tender sin alcanzarla jamás. Sólo el inactivo podría liberarse de las ataduras en este mundo del *ahiṃsā*, en que impera la violencia. Esto no es una justificación del empleo accidental de la violencia, sino el dilema de un hombre que intenta fundar su actitud política en un principio moral.

La relación de Gandhi con el Congreso suscitó en la práctica muchos problemas. En verdad, sólo una vez (1924) fue su presidente nominal, pero desde 1920 lo dirigió visible o invisiblemente. Incluso sus enemigos ideológicos intentaban evitar la ruptura con él, ya que su relevante popularidad le hacía indispensable. Las antiguas categorías de «moderado» y «extremista» no podían aplicarse claramente a Gandhi. Su ética social, basada en el desarrollo progresivo del individuo gracias a la educación; sus incesantes esfuerzos en pro de la tolerancia entre hindúes y musulmanes; su lucha contra el orgullo de casta y la relegación social de los «intocables», a los que denominaba *harijan*, «hijos de Dios», le situaban en la tradición de los «moderados» y le acarrearon la enemistad de la ortodoxia hindú.

No obstante, su rechazo de la civilización occidental, que expuso en 1908 en su obra *Hind Svarāj*, iba incluso más allá de las manifestaciones de muchos «extremistas». Veía la salvación de la India en olvidar todo lo que había aprendido y recibido de Europa en los últimos cincuenta años. Después nunca se expresó Gandhi tan radicalmente. Pero el profundo desprecio, no a la cultura europea, sino al mundo de la máquina, jamás le abandonó. Por otra parte, junto a sus tendencias conservadoras, no hay que pasar por alto su intención educadora. Al alejamiento espiritual del campo por parte del político de formación inglesa y a sus exigencias meramente abstractas de solidaridad nacional opuso el consciente retorno a la aldea india y dio personalmente el ejemplo de una vida rústica, simple y frugal.

Su capacidad para encontrar símbolos capaces de reforzar la

solidaridad nacional se mostró especialmente en su campaña —frecuentemente acogida con burlas— en pro del hilado manual. Su objetivo no era únicamente demostrar la aspiración a la autarquía económica *(svadeśī)* y producir unos ingresos suplementarios al campesino desocupado durante meses a causa del clima indio. En la India, en que el trabajo manual práctico está reservado a las despreciadas castas bajas, debía sobre todo simbolizar la unión con la masa del pueblo indio. Desde entonces, los principales políticos del Congreso se hacen fotografiar en la actitud ritual del hilandero. La burda tela de algodón hilada y tejida a mano *(khaddar)* se convirtió en el traje de gala del movimiento nacionalista indio y suplantó en el Congreso a la chaqueta inglesa y las elegantes rayas del pantalón; el torno de hilar figura en la bandera nacional india [20]. Cuando Gandhi regresó de Sudáfrica en 1915, sus éxitos sudafricanos le granjearon ya mucha admiración. En 1917-1918 ganó rápidamente nuevos seguidores en Bihar y Gujarat mediante pequeñas campañas de *satyāgraha* contra los abusos locales. Hasta entonces no había podido experimentar sus métodos no-violentos sino en la lucha en pro de los derechos de las minorías.

Matanza de Amritsar (1919) y primera campaña del satyāgraha (1920-1922)

Sólo en 1919 la indignación general a propósito de la ley Rowlatt le ofreció la posibilidad de una acción de gran envergadura. Su invitación a la huelga general *(hartal)* encontró un eco delirante a principios de abril de 1919. Pero en algunas grandes ciudades pronto se produjeron violentos disturbios entre la multitud que protestaba. Gandhi comprendió inmediatamente que había sido un «error más grande que el Himalaya» esperar de unas masas enardecidas, que todavía no habían sido educadas en absoluto en la *satyāgraha*, la no-violencia. Se negó a convocar nuevas huelgas y se impuso un ayuno expiatorio.

Pero las llamas de la revuelta se propagaban ya en Panjab. Cuando en la ciudad de Amritsar se multiplicaron los actos de violencia, la administración civil fue substituida por un gobierno militar. No obstante la prohibición de toda manifestación, el 13 de abril de 1919 se congregó una gran muchedumbre de hombres en el Jallianwala Bagh, una plaza rodeada de murallas con pocas salidas. El general inglés Dyer vio entonces, como expresó más tarde, la posibilidad de dar un escarmiento a sangre fría, y ordenó disparar brutalmente sobre la muchedumbre, que estaba como en una trampa. El comunicado oficial hablaba de 379 muertos y 1.200 heridos, pero en fuentes indias se citaron cifras mucho más

elevadas. En Panjab se impuso la ley marcial y se restableció el orden: los acusados fueron sometidos a juicios sumarísimos, azotamientos públicos y groseras humillaciones, obligándoles, por ejemplo, a arrastrarse. A pesar de la irritación india, el gobierno repudió estas medidas sólo tarde y lentamente. Dyer fue reprendido, pero los ingleses hicieron una colecta en su favor y entregaron una espada honorífica al «libertador de Panjab».

El 13 de abril de 1919 se convirtió en un día negro en los anales de la India británica, y Jallianwala, en el suelo sagrado del nacionalismo indio. Sólo en ese momento se decidió Gandhi, que había aprobado hasta entonces las reformas de 1919, a abogar por el rechazo de la nueva constitución y a propagar la no-colaboración con el gobierno «satánico». La depresión político-económica de la posguerra le ofreció un terreno propicio.

El alza general del coste de la vida inquietaba a la clase media y a los obreros industriales. El mundo de los negocios temía que las especulaciones británicas del curso de la rupia comprometieran la autonomía financiera que había sido concedida a la India en el marco de la nueva constitución. Muchos negociantes empezaron a apoyar financieramente el movimiento Gandhi.

Un punto de apoyo, especialmente favorable, le ofreció la irritación de los musulmanes indios ante el trato dado al califa turco por los británicos y ante la amenazante mutilación del Imperio otomano. Como el movimiento musulmán *(Khilāfat)* en apoyo del califa, que protestaba contra el avance británico en el Oriente Próximo, crecía rápidamente, Gandhi comprendió que fomentando esta agitación tenía una gran posibilidad de unir a hindúes y musulmanes. Los no-musulmanes eran sin duda indiferentes a los sentimientos panislámicos hacia su califa, moralmente poco digno, pero Gandhi descubrió en aquéllos un auténtico deseo religioso. Luego que los khilāfatistas se hubieron declarado dispuestos a aceptar los métodos del *satyāgraha*, en 1920 el Congreso apoyó también —después de muchas dudas y con sólo una escasa mayoría— el programa de Gandhi. Con ello estuvo libre el camino para la primera campaña del *satyāgraha* (otoño de 1920-febrero de 1922), que Gandhi había procurado preparar con viajes por el país y con una labor de educación política en sus periódicos *Young India* y *Navajivan* («Vida nueva»).

El lema de esta campaña fue la no-colaboración con el opresor extranjero mediante el boicot de las elecciones, escuelas y tribunales. Un verdadero entusiasmo se apoderó de amplios sectores del país. Se asistió a infinitas escenas de hermandad entre hindúes y musulmanes. Una organización de voluntarios nacionalistas, los *Congress Volunteers*, organizó manifestaciones, colocó piquetes

de boicot ante los almacenes de alcohol estatales y se lanzó, siguiendo el ideal *svadeśī*, a quemar en público tejidos importados del extranjero. Estas quemas no fueron aprobadas en todas partes. Al poeta R. Tagore le preocupaba la destrucción de millones de mercancías y el aspecto unilateral del repudio. Pero Gandhi veía en ello la posibilidad de desviar desde los hombres hacia las cosas el odio de las masas. El éxito más evidente del movimiento fue el boicot de las elecciones parlamentarias, que tuvieron lugar ya según la nueva constitución. La participación electoral varió según las regiones, pero fue mínima considerada en conjunto. No obstante, se formaron los ministerios y se puso en marcha la diarquía, aunque se vio inmediatamente enfrentada a una oposición extraparlamentaria de tales proporciones que le fue imposible ignorarla.

En medio de la primera ola de entusiasmo, Gandhi había establecido como meta de su campaña conquistar en un año el *svarāj* (autonomía). Pronto había de lamentar esta afirmación, pues hubo de comprender que el aislamiento del poder británico no era posible tan rápidamente. Lo que sucedía en la India se parecía a un movimiento de inspiración religiosa cuya intensidad no podía mantenerse por tiempo indefinido. Las decisiones irrevocables que exigía Gandhi, como la de renunciar a los cargos públicos remunerados y poner en peligro la carrera de los niños con el boicot de las escuelas, hacían inevitables los conflictos y las defecciones personales. No en todas partes se cumplían los programas de boicot según lo esperado. Incluso ciertos indicios amenazadores presagiaban que la armonía religiosa no sería duradera. A fines de 1921 los *moplahs*, arrendatarios musulmanes de Malabar, se levantaron contra sus terratenientes, que eran brahmanes. La sangrienta rebelión hubo de ser reprimida por el ejército. Ulteriores agitaciones esporádicas se produjeron en noviembre de 1921, cuando el Príncipe de Gales hizo una visita oficial a la India. El gobierno practicó entonces detenciones, pero no se atrevió a molestar a Gandhi.

A pesar de los preocupantes indicios, Gandhi rechazó un ofrecimiento del gobierno sobre negociaciones en mesa redonda. Planeó incluso aumentar la acción, pasando a la «desobediencia civil», y organizar huelgas de impuestos. Pero no hubo ocasión de hacerlo. El 4 de febrero de 1922, en una aldea del norte de la India, Chauri Chaura, los campesinos se habían entregado a actos de violencia y 22 policías habían sido asesinados de una manera bestial. No obstante la desilusión y exasperación de muchos de sus colaboradores, que no estaban dispuestos a sacrificar la libertad de la India en el altar de la no-violencia, Gandhi interrumpió al punto el movimiento. Entonces fue detenido él mismo y en un

digno proceso, en que echó sobre sí toda la culpa sin defenderse, fue condenado a seis años de prisión, pero a causa de una enfermedad fue puesto en libertad al cabo de dos años. Su dentención apenas desató agitaciones. Entonces se demostró que el movimiento carecía de una profunda organización general. La primera campaña de *satyāgraha* no había alcanzado su meta. Con todo, cambió la vida política de la India.

El Congreso se había dado en 1920 una nueva constitución. Sus secciones provinciales habían sido reorganizadas según las áreas lingüísticas y no ya según la estructura administrativa de la India británica. Las consignas debían desde ahora transmitirse a las masas indias en su lengua materna. La dinámica política no quedaba en adelante ya restringida a los medios intelectuales angloparlantes de las ciudades. Los años 1920-1922 habían demostrado que el movimiento libertador había ganado mucho terreno.

De la primera a la segunda campaña del satyāgraha: El reflujo del movimiento nacional (1922-1930)

Los próximos ocho años hasta la segunda gran campaña del *satyāgraha* (1930-1934) se caracterizan, sobre todo, por la intensificación del problema «comunal», por los enfrentamientos internos en el Congreso y por el aumento de las tensiones sociales.

La unidad de hindúes y musulmanes se mostró rápidamente como un engañoso señuelo. Es discutible si la idea de Gandhi de apoyar el «patriotismo sin fronteras» de los musulmanes en el problema del califato fue prudente. En el fondo, con ello se fomentaba un deseo panislámico que no correspondía al interés general de los indios y hasta podría favorecer posteriores exigencias de un Estado propio musulmán [21]. El apoyo al califa cesó por sí solo cuando la nueva república turca, bajo Atatürk, abolió el califato en 1924.

Ya desde 1922 aumentó amenazadoramente el número de desórdenes religiosos, motivados de ordinario por fútiles motivos locales. La Liga musulmana, transitoriamente desplazada de la escena política por el movimiento *Khilāfat*, consiguió una influencia cada vez más intensa. Ciertamente, los musulmanes carecieron por mucho tiempo de un dirigente de la categoría de Gandhi. Sólo paulatinamente se impuso una de sus más importantes figuras: M. A. Jinnah (1876-1948), acaudalado abogado de Bombay, de formación inglesa y ambicioso político del Congreso, que había rechazado en 1920 el movimiento de no-colaboración de Gandhi, por lo que fue reducido al aislamiento; más tarde había de aparecer como el más importante portavoz del separatismo musulmán.

En cuanto a los hindúes, los ortodoxos estimaban que el Congreso, religiosamente neutral, no tomaba en consideración sus intereses. La *Hindu Mahāsabhā* («Gran Asamblea Hindú»), existente desde la primera guerra mundial, recibió un nuevo impulso. Estuvo al principio ligada estrechamente a ella la *Rāshtrīya Svayamsevak Sangh* («Liga Nacional de Voluntarios»), fundada en 1925. Tales grupos «comunalistas» se esforzaban por la «conversión» de los musulmanes indios al hinduismo y no ocultaban que aspiraban a una India libre bajo dirección hindú. Contribuyeron a fanatizar los enfrentamientos religiosos y políticos. Sobre la RSS recae una gran parte de responsabilidad por los disturbios sangrientos que estallaron con motivo de la partición de la India en 1947; de la *Mahāsabhā* había de salir en 1948 el asesino de Gandhi.

En el Congreso se desencadenó, después del fracaso de la primera campaña de *satyāgraha*, una polémica sobre lo que había que hacer entonces. Se formó una corriente que quería presentar candidatos a las elecciones parlamentarias y en los consejos legislativos combatir desde dentro, mediante la obstrucción, el sistema vigente. La mayoría fiel a Gandhi, los *No-changers*, temía un falseamiento de la idea de la no-colaboración, ya que el ingreso en el Parlamento aparecería ante las masas en definitiva como una forma de cooperación con las autoridades británicas. Los *Pro-changers*, en cambio, consideraban equivocado dejar en manos de los «moderados» liberales todas las posiciones de poder ofrecidas por la constitución.

Bajo la dirección del bengalí Chittaranjan Das (1870-1925) y de Motilal Nehru (1861-1931), padre de Jawaharlal Nehru, fundaron dentro del Congreso el partido *Svarāj* y con él consiguieron notable éxito en las elecciones de 1923. Los *No-changers* no aprobaron ciertamente después, como tampoco antes, la entrada en el Parlamento, pero tampoco pusieron obstáculo alguno a la misma. Gandhi, liberado de la cárcel en 1924, consideraba la actividad parlamentaria de los svarājistas como una inútil pérdida de tiempo de intelectuales intelectualizados, pero no se opuso y se retiró de la política durante varios años para consagrarse enteramente a su idea favorita, el trabajo educativo y social en las aldeas indias.

Entretanto, el partido *Svarāj*, como representante del Congreso, impulsó en las asambleas provinciales y en el Parlamento central su política obstruccionista, intentando bloquear los proyectos de ley o frustrar los planes del gobierno. Los resultados fueron diferentes según las regiones [22]. Considerada en conjunto, esta política sólo podía demostrar la debilidad del Parlamento; una labor positiva, que hubiera podido impresionar al elector, no

se podía realizar de este modo por cuanto los svarājistas dejaban ver frecuentemente una deficiente disciplina de partido.

Hacia finales de los años veinte aumentaron notablemente las tensiones sociales y la radicalización política. Jawaharlal Nehru entró ya con más fuerza en la escena y alcanzó rápidamente popularidad, especialmente entre la generación joven. En 1927 había recorrido la Unión Soviética y estaba impresionado por sus conquistas, aunque le seguía siendo ajeno el comunismo dogmático. Empezó a interesarse por la precaria situación de los campesinos y trabajadores indios y a propagar sus ideas socialistas en asambleas de campesinos y en conferencias sindicales. Según él, la lucha de la India debía ser no sólo un movimiento de liberación nacional, sino también un movimiento de liberación social.

En 1928/1929 se extendió por todo el país una oleada de huelgas en las que por primera vez desempeñaron un papel importante agitadores comunistas. Hasta entonces, los grupos comunistas, que en conjunto eran más bien débiles, no habían conseguido integrarse en el movimiento nacionalista. Pero entonces, el creciente influjo comunista provocó dos escisiones (1929-1931) en el movimiento sindical indio. En 1929 el gobierno hizo detener y procesar a 31 comunistas acusados de conspiración. El proceso monstruo *(Meerut Conspiracy Case)*, que se prolongó hasta 1933, convirtió a los comunistas a los ojos de muchos nacionalistas en mártires y contribuyó considerablemente a asegurarles un puesto en la vida política de la India [23]. Es cierto que el partido comunista fue declarado ilegal desde 1934 hasta 1942, pero cuando la Komintern abandonó su política de aislamiento frente al movimiento nacionalista «burgués», se ofrecieron a sus partidarios bastantes posibilidades de colaboración en el ala izquierda del Congreso y en los sindicatos.

En 1927 empezó un nuevo capítulo de la historia constitucional y de la lucha libertadora de la India. Las reformas de 1919 preveían una revisión de la constitución al cabo de diez años y, eventualmente, el estudio de una nueva reforma. Ya dos años antes del cumplimiento de este plazo, en 1927, se formó una comisión del Parlamento británico, presidida por sir John Simon, que tenía la misión de inspeccionar la práctica constitucional india y presentar propuestas. El hecho de que no perteneciera a la comisión ningún indio y de que los intereses indios fueran examinados y juzgados por ingleses exclusivamente, fue sentido en la India, incluso por los moderados, como una ofensa nacional. Manifestaciones de protesta con banderas negras y coreando *«Simon go back»* acompañaron a la comisión en 1928 en su recorrido por la India; ningún político indio relevante se prestó a hacer declaraciones ante ella.

Pero para añadir a este boicot una acción más constructiva, se convocó una conferencia por encima de los partidos y se encargó a un comité, bajo la presidencia de Motilal Nehru, la presentación de un proyecto de constitución india. Este proyecto *(«Nehru Report»)*, que preveía para la India el estatuto de *dominion*, no fue aprobado por los musulmanes, quienes consideraban insuficientes los derechos previstos para las minorías.

Por otra parte, el ala radical del Congreso, capitaneada por J. Nehru y Subhas Chandra Bose, no estaba ya dispuesta a darse por contenta con un estatuto de *dominion*, sino que exigía una independencia completa respecto del Imperio británico. Después de violentos enfrentamientos, Gandhi, que ya se había reintegrado a la política, consiguió un compromiso. Se decidió presentar un ultimátum a los británicos. El Congreso se contentaría con el estatuto de *dominion* si éste se otorgaba dentro de un año, es decir, antes del 31 de diciembre de 1929. En otro caso, se exigiría la independencia total *(pūrṇa svarāj)* y se empezaría una nueva campaña no-violenta.

Ante esto, los británicos declararon que el estatuto de *dominion* era la meta final de la evolución en curso; pero habría que esperar el informe Simon y formularse y discutirse la nueva constitución en una mesa redonda que debía celebrarse en Londres. De esta suerte se rechazaba el ultimátum indio.

A fines de 1929, el Congreso, presidido por primera vez por J. Nehru, decidió iniciar una campaña de «desobediencia civil», de cuya dirección fue encargado Gandhi. La segunda gran campaña del *satyāgraha* (1930-1934) iba a empezar.

La segunda campaña del satyāgraha y la marcha de la sal (1930-1934)

En tanto que aumentaba la tensión, el 26 de enero de 1930 —día que desde entonces se conmemora en la India como Día de la Independencia— Gandhi difundió en todo el país un manifiesto que, en once puntos, compendiaba de manera impresionante las miserias nacionales y exigía la disminución de los impuestos, la supresión del impuesto sobre la sal, la reducción de los gastos militares y de los sueldos de los funcionarios, aranceles proteccionistas, la devaluación de la rupia y la liberación de los presos políticos.

La crisis económica mundial de 1929 había agravado todavía más la precaria situación de la India. Como punto de apoyo concreto para su agitación Gandhi eligió la lucha contra el monopolio estatal de la sal. El impuesto sobre la sal, que en 1923 había sido

duplicado contra la voluntad de la Cámara Baja india, gravaba especialmente a los campesinos pobres. Si los debates en torno a la *pūrṇa svarāj* podían ser incomprensibles o indiferentes para el pueblo, todo el mundo conocía el impuesto sobre la sal. Con la violación de la ley de la sal Gandhi podía esperar una enérgica respuesta en las masas. Su plan, que previamente fue explicado, por corrección, al virrey, era de una sencillez refinada. Con un pequeño grupo de leales seguidores realizó Gandhi una marcha a pie de veinticuatro días por las costas del Mar Arábigo. En todas las aldeas que atravesó, predicó el mensaje de la no-violencia y dio instrucciones precisas sobre la lucha venidera.

Densas masas humanas orlaron el camino del mahatma, de sesenta y un años. Cuando el 6 de abril de 1930 llegó a la playa, después de una solemne plegaria recogió algunos cristales de sal. Fue un gesto de sublime simbolismo. La palabra «sal» se había convertido en una fórmula mágica. Los sentimientos que hasta entonces no habían podido exteriorizarse se abrieron camino hasta las aldeas más apartadas. En todas partes podía encontrarse agua salada o arenas salinas para la consecución ilegal de sal. A partir del quebrantamiento de la ley de la sal se desarrolló un ataque general a otras odiadas leyes inglesas. Rápidamente creció en extensión y profundidad el movimiento. La mayoría de los musulmanes se mantuvo al margen; sólo en la provincia fronteriza noroccidental participaron en la agitación no-violenta los belicosos pathanes, dirigidos por Abdul Ghaffar Khan, el *Frontier Gandhi* («Gandhi de la frontera»). Aquí, algunos regimientos indios se negaron a disparar sobre la multitud desarmada. Especialmente sorprendente fue en todas partes la fuerte participación de las mujeres en las concentraciones de masas y en los piquetes de boicot colocados delante de los almacenes de alcohol y de tejidos.

El gobierno esta vez no vaciló tanto tiempo como en 1921. Al cabo de un mes fue internado Gandhi, y pronto ascendió a más de 60.000 el número de detenidos. Pero el movimiento poseía ya una organización de base mejor que en 1920-1922. Cuando eran detenidos los miembros de un piquete de boicot, otros militantes iban inmediatamente a ocupar su puesto. Los *satyāgrahī* abarrotaban las cárceles y con ello ponían en aprietos a las autoridades. A pesar de las brutales cargas de la policía con porras guarnecidas de metal *(lāthi charges)* las masas respetaron la consigna de la no-violencia en casi todas partes, según comunican relatos conmovedores de testigos oculares. Sólo en unos pocos sitios se produjeron atentados y disturbios. Pero Gandhi había declarado que esta vez no le inducirían a la interrupción del movimiento actos aislados de violencia.

A pesar de la dureza de las medidas represivas, el gobierno deseaba llegar a un acuerdo con el Congreso. Gandhi, por su parte, intentaba evitar los fallos de 1920-1922. A diferencia de 1920, esta vez no había anticipado término alguno para el éxito de la campaña y se mostró, con respecto al ofrecimiento de negociaciones hecho por el gobierno, más dispuesto al compromiso que en 1921. Es cierto que fracasaron al principio los intentos de los liberales indios de mediar entre el Congreso y el gobierno. Sin embargo, en noviembre de 1930 tuvo lugar en Londres la primera *Round Table Conference* para la preparación de una nueva constitución, sin la participación del Congreso.

Pero como el gobierno comprendía que el futuro político de la India ya no podía discutirse razonablemente sin la voz del Congreso, decidió hacer un gran gesto. A comienzos de 1931 fueron puestos en libertad sin condiciones Gandhi y los principales políticos del Congreso. Poco después, Gandhi se dirigió a Delhi y el 5 de marzo de 1931 firmó con el virrey lord Irwin, más tarde lord Halifax, el Pacto de Delhi *(Delhi Pact)* que supuso una tregua para ambas partes. El gobierno hizo algunas pequeñas concesiones en el problema de la sal y prometió revocar las medidas de emergencia dictadas en el curso de la agitación. Gandhi renunció a exigir una investigación sobre los brutales abusos de la policía y se declaró dispuesto a suspender el movimiento de «desobediencia civil». El Pacto de Delhi fue mal acogido entre los radicales del Congreso y entre muchos conservadores de Inglaterra. Winston Churchill señaló indignado que el representante del Imperio británico se había rebajado a tratar de igual a igual con Gandhi, «ese intrigante faquir semidesnudo». Pero precisamente esto reconcilió finalmente a los radicales indios con el Pacto de Delhi: el virrey había tenido que reconocer *de facto* al Congreso como representante máximo del pueblo indio e interlocutor de la misma categoría.

En agosto de 1931 Gandhi fue a Londres como único delegado del Congreso en la segunda *Round Table Conference*. Pero en tanto que él se presentaba, en túnica y sandalias, como emisario de la nación india, los demás miembros de la conferencia sólo vieron en él al representante de una de las muchas *communities*, es decir, grupos y asociaciones de intereses religiosos, políticos, culturales y económicos cuya protección la potencia colonial asumía conscientemente. Junto a los musulmanes, también los «intocables», con apoyo británico, exigían ahora elecciones separadas; en las provincias con mayoría musulmana, Panjab y Bengala, reclamaban los sikhs, hindúes y anglo-indios fuertes *weightage*. Se proyectó una aritmética electoral cada vez más complicada, se produjo un tráfico de mandatos que ahondó más y más los

enfrentamientos existentes. Todo el mundo se preguntaba como configuraría la nueva constitución la representación comunal, y esta incertidumbre, que robustecía las tensiones, impidió que se llegara a un proyecto común de constitución. En este círculo vicioso se desarrolló la segunda conferencia de Londres. Gandhi regresó a la India el 28 de diciembre de 1931 con las manos vacías.

Aquí encontró una atmósfera cargada de tensión. El armisticio convenido en el Pacto de Delhi no había sido observado. La confusa situación había provocado en muchos sitios agitaciones. La permanente caída de los precios empujó a los campesinos, especialmente en las Provincias Unidas, a la huelga de impuestos y rentas. El gobierno respondió con detenciones y drásticas medidas de emergencia. El nuevo virrey, lord Willingdon, no era partidario del compromiso como su predecesor lord Irwin y quería demostrar que en la India podía ser implantada de nuevo rápidamente la tranquilidad. Cuando Gandhi proclamó en febrero de 1932 la reanudación de la «desobediencia civil», el gobierno estaba bien preparado y golpeó duramente. Gandhi fue detenido inmediatamente, prohibido el Congreso, embargados sus bienes, paralizada la prensa. Prácticamente fue impuesta en la India la ley marcial. Con todo, el movimiento permaneció sorprendentemente fuerte y, a excepción de Bengala, en todas partes no-violento. Decenas de miles de detenciones, manifestaciones y terror policíaco se prolongaron durante todo el año 1932.

Pero Gandhi se dedicó en la cárcel a otro problema. Como los indios no habían podido ponerse de acuerdo en la segunda conferencia de Londres sobre la aritmética electoral para la nueva constitución, correspondió al gobierno británico el papel de árbitro. En agosto de 1932 publicó su «arbitraje comunal», que entre otras cosas preveía elecciones separadas para los «intocables», sector de la población difícil de evaluar numéricamente (unos 50 millones), que representaban a los más pobres de los pobres, cuya sola aproximación mancha ya, según la doctrina ortodoxa, a un hindú de casta. Gandhi seguía viendo en esta indignante discriminación de los *harijan*, los «hijos de Dios», una lacra del hinduismo. Pero no estaba dispuesto a dejar que este tema de discordia amenazara la unidad del movimiento nacionalista. Amenazó con un ayuno hasta la muerte en caso de que no se modificara en este punto su arbitraje. El gobierno se declaró dispuesto a aceptar una nueva reglamentación si los hindúes de casta y los intocables se ponían de acuerdo.

El doctor Ambedkar, el líder más importante de este estrato de la población oprimido, cuya formación política estaba todavía en los primeros pasos, cedió ante la huelga de hambre del mahatma

y firmó con éste el «Pacto de Puna», por el que renunciaba a las elecciones separadas para los intocables y, a cambio, les reservaba un considerable número de escaños en los parlamentos. El problema de los *harijan* concentró ahora toda la atención de Gandhi. Espontáneamente muchos hindúes de casta se volvieron hacia los «intocables», les abrieron los templos e intentaron aliviar su suerte con ayuda efectiva. Pero este primer entusiasmo disminuyó pronto, y estallaron nuevamente reacciones ortodoxas. Incluso entre los intocables politizados cundió el recelo. Temía Ambedkar que el Congreso no se preocupara de la suerte de los *harijan*, sino de la unidad del hinduismo. Expresó la sospecha de que se nombrara candidatos sólo a los *harijan* dóciles al Congreso. Más tarde esgrimió incluso la amenza de conducir a los «intocables» al islamismo o al budismo. Pero a pesar de todos los contratiempos, Gandhi, como antes de él Gokhale, dispuso el camino para la supresión oficial de la «intocabilidad» en la constitución de la India independiente de 1950.

Incluso después del Pacto de Puna de 1932 prosiguió el movimiento de «desobediencia civil». Pero ahora era más importante para Gandhi la liberación de los *harijan* que la consecución del *svarāj*. Cambió el nombre de su periódico político *Young India* por el de *Harijan*. Cuando fue liberado de prisión, recorrió la India con una caja metálica recogiendo dinero para un comité de ayuda a los *harijan*. Entretanto se olvidaba cada vez más la campaña de «desobediencia civil». Intentos aislados de revitalizarla tuvieron poco éxito. El gobierno no mostraba ya en modo alguno disposición a dejarse hablar de *satyāgraha*. Las duras medidas de represión debían conducir al paulatino cansancio del pueblo. El movimiento ya había muerto cuando Gandhi lo suprimió formalmente el 7 de abril de 1934 en una resignada declaración [24]. La segunda campaña, al igual que la primera de 1920-1922, no había obtenido un éxito palpable; pero, por otra parte, era evidente que el poder del movimiento nacionalista y el prestigio del Congreso habían aumentado notablemente desde 1922. Muchos críticos atribuyeron y atribuyen la culpa del fracaso a la imprudente política de Gandhi [25]. Al desviar la lucha hacia un problema secundario, la cuestión de los *harijan*, produjo confusión entre sus seguidores y debilitó su energía. Pero para Gandhi la unidad interna de la India no era un problema accesorio cuya solución pudiera encomendarse a un futuro indeterminado. Según él, la libertad interior de la India debía preceder a la liberación exterior. Su campaña había fracasado de acuerdo con las reglas del éxito político concreto. Pero se había convertido en una fuerza con la que había que contar en adelante en la marcha de la revolución india.

En el Congreso, los dos años de ilegalidad y el fracaso de la campaña no habían pasado sin dejar huella. Cuando fue nuevamente permitido en 1934, se reanudaron, como en 1922, los debates ideológicos en torno al reingreso en los Parlamentos, que desde 1930 habían sido boicoteados. El ala izquierda, que en 1934 se agrupó en un *Congress Socialist Party,* se oponía a la participación en los parlamentos. Ulteriores disputas se desencadenaron en torno a la cuestión de si se debía aceptar para la nueva constitución el «arbitraje comunal». El ala derecha, que fundó un *Nationalist Party,* lo rechazaba; en cuanto al propio Congreso, se dedicó a contemporizar. Gandhi intentó contrarrestar tales tendencias centrífugas mediante unos nuevos estatutos para el Congreso. El Congreso fue transformado en una especie de democracia presidencialista de tendencia centralista [26]. El presidente y un pequeño grupo dirigente, el «alto mando» *(High Command),* recibieron nuevos poderes. Para evitar una representación excesiva de las ciudades se previó que en el futuro el 75 por 100 de los delegados al Congreso debían pertenecer a distritos rurales. Gandhi personalmente anunció, para poner punto final a todas las controversias sobre sus métodos de dirección, su salida del Congreso y se dedicó de nuevo, enteramente, a su tarea de reforma social. Con todo, los dirigentes del Congreso no podían ni querían renunciar al consejo de Gandhi, que en adelante permaneció invisiblemente a la cabeza del movimiento nacionalista indio.

Entretanto continuaban las discusiones, conferencias e intrigas en torno a la preparación de una nueva constitución para la India. Hasta 1935 no fue sancionada por el Parlamento británico el *Government of India Act.* Esta constitución constaba de dos partes: una para los Estados federados y otra para las provincias de la India británica.

Un proyecto de federación preveía la inclusión de los principados en un Estado federal panindio. Se daba, pues, una nueva importancia al papel de los príncipes en la estructura política de la India [27]. Bajo el control de un «consejero» británico *(Resident* o *Political Agent)* más de 500 príncipes gobernaban alrededor del 45 por 100 del suelo y aproximadamente el 24 por 100 de la población del subcontinente indio. Las fronteras de estos principados habían sido trazadas de acuerdo con los avatares de la conquista británica. Los mayores de ellos (Haiderabad, Cachemira) tenían aproximadamente la superficie de Gran Bretaña; los más pequeños comprendían sólo unas pocas aldeas. Muchos de estos maharajás y de estos príncipes musulmanes eran fabulosamente ricos. En sus palacios desplegaban la pintoresca suntuosidad que fue

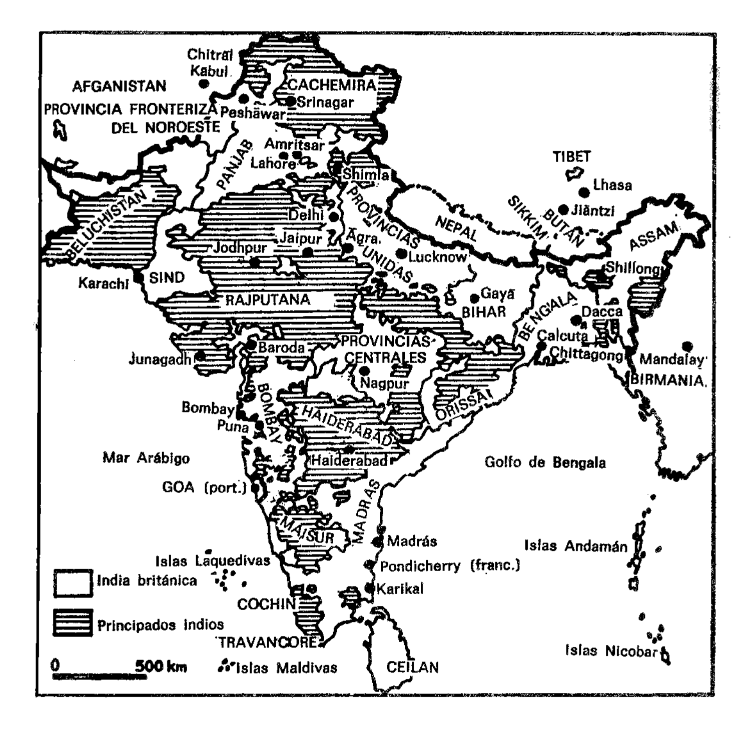


Fig. 1. La India antes de la independencia

considerada general en la India por la literatura barata occidental. En el interior de sus Estados ejercían un poder absoluto: no había constituciones que limitaran el poder de los príncipes, y, frecuentemente, ni siquiera la separación entre los ingresos del Estado y su bolsillo particular. Sólo en casos de pésima administración intervenían los británicos. La situación de los súbditos de los príncipes era en general miserable. Pero había también estados (por ejemplo, Baroda, Maisur, Travancore) que en educación y en instituciones sociales estaban muy por delante de la India británica.

La relación de los británicos con los príncipes era buena por lo regular. La soberanía británica les acarreaba considerables ventajas. Les garantizaba la seguridad de sus posesiones, les quitaba toda preocupación por la política exterior y por la defensa y halagaba su orgullo de monarcas con la concesión de títulos, órdenes y bien escalonadas dignidades. Inglaterra podía ver en la inmensa mayoría de los príncipes un seguro apoyo de su soberanía y estaba dispuesta a hacerles, en contrapartida, todas las concesiones posibles. En tanto que en el siglo XIX los príncipes no podían mantener contactos entre sí sin mediación británica, las reformas de 1919 habían revocado este aislamiento y creado una «Cámara de los príncipes» para dar a los gobernantes un portavoz de sus intereses comunes.

La constitución de 1935 dejaba ver igualmente el deseo de conservar la amistad de los príncipes. Los Estados, gobernados de manera absolutista, debían federarse, sin sufrir reformas esenciales, con las provincias de la India británica gobernadas más democráticamente. El ingreso de los príncipes debía ser voluntario, y la federación sólo podría llevarse a efecto cuando ingresaran en ella tantos príncipes que sus súbditos representaran la mitad de la población total de todos los Estados. En el nuevo Parlamento central, los representantes nombrados por los príncipes —no elegidos por el pueblo— recibían un número de escaños superior al porcentaje de la población de los principados, con respecto a la población total de la India. La intención era evidente: se deseaba reforzar los elementos conservadores amigos de los ingleses y crear, mediante la lealtad de los príncipes, un contrapeso contra el nacionalismo indio.

En el Congreso este plan federativo tenía, por tanto, que encontrar resistencia. Especialmente el ala izquierda no estaba dispuesta a tolerar esta consolidación del poder de los príncipes reaccionarios. También causaron desilusión otros puntos de la nueva constitución. Si bien en el gobierno central se introducía ahora —lo que significaba un progreso con respecto a 1919— la diarquía (cfr. p 19). los resortes de la política exterior y de la

defensa seguían vedados a los ministros indios y el Parlamento indio no ejercía el menor control sobre el 80 por 100 del presupuesto del Estado. No se hablaba del estatuto de *dominion*. Nehru habló de una «constitución de esclavos».

En tanto que se prolongaban las negociaciones sobre el ingreso de los príncipes, el Congreso aprovechó la ocasión para emprender campañas de reforma en ciertos Estados, que no alcanzaron éxitos decisivos. Hasta el estallido de la guerra de 1939, no se habían decidido los príncipes a participar en la federación planeada. No estaban dispuestos a sacrificar una parte de su soberanía, por reducida que fuera, como se les exigía. Las intrigas de la administración colonial contribuyeron también a que los príncipes sabotearan el plan de un Estado federal [28]. Pues la idea de un gobierno indio responsable encontró en Gran Bretaña, sobre todo, nuevamente en Churchill, duros enemigos. Así, el proyecto de federación de la constitución de 1935 nunca entró en vigor. Al nivel de gobierno central, la India fue gobernada según la Constitución de 1919 hasta la independencia.

En cambio, la parte relativa a las provincias de la India británica fue puesta en vigor en 1937. Se rectificaron las fronteras de ciertas provincias y fueron separadas de la India Adén y Birmania. La innovación decisiva fue la derogación de la diarquía en las provincias y la introducción de la «autonomía provincial». Los gobiernos provinciales fueron confiados enteramente a ministros indios, que eran responsables ante las cámaras provinciales. Se amplió el derecho de voto, que llegó a comprender, aproximadamente, al 43 por 100 de los hombres y al 10 por 100 de las mujeres.

En las elecciones para los nuevos parlamentos provinciales en 1937, el Congreso fue el único partido indio que presentó candidatos en todas las provincias, y obtuvo, gracias a su buena organización, un grán éxito. Los musulmanes sólo accedieron al poder en Bengala gracias a una coalición electoral, y en Panjab, gracias al Partido de la Unión, predominantemente musulmán. El Congreso estaba ahora ante el problema de si debía aceptar el ofrecimiento de formar gobierno en las provincias en que tenía mayoría. Vaciló varios meses porque existía la sospecha de que los gobernadores británicos podrían abusar de su posibilidad de decretar el estado de emergencia y de sus poderes extraordinarios. Con todo, triunfó por fin, luego de declaraciones británicas tranquilizadoras, el deseo del poder. En julio de 1937 se formaron gabinetes del Congreso en seis provincias y, más tarde, en ocho.

Con ello, el Congreso se había convertido, por primera vez en su historia, en partido gobernante. No obstante, seguía impulsando la agitación nacional. En la práctica, este doble papel no

era siempre fácil de cumplir. El reglamento que obligaba a los miembros del Congreso a abandonar sus funciones en el partido cuando eran nombrados ministros provocó con frecuencia, en las organizaciones del Congreso de las diferentes provincias, tensiones entre el ala «ministerial» y el ala «militante». En tales disputas correspondió el papel de árbitro al *High Command.* Como el gobierno central de la India británica no tenía derecho a hacer reformas y no podía ofrecer ningún cargo ministerial a los nacionalistas indios, la dirección del Congreso pudo conservar su postura intransigente y ejercer su acción en las provincias como una democracia presidencialista y centralista.

En los dos años que permaneció en el poder (1937-1939) aumentó el prestigio del Congreso. El número de sus miembros se quintuplicó, sobrepasando los tres millones. Los gabinetes del Congreso no sólo mantuvieron con mano dura la tranquilidad y el orden, sino que también se entregaron con ardor a la realización de los planes reformistas de Gandhi. Se trazó un programa de enseñanza primaria *(Basic Education)* que unía la instrucción manual a la intelectual, orientadas conscientemente hacia el espacio vital del niño. Ulteriores medidas tendían a un control más estricto de la sanidad y de la instrucción, así como de las corporaciones locales indias, administrativamente autónomas, cuya labor en tiempos de la diarquía había tenido, en conjunto, poco éxito [29]. Nuevas leyes mejoraron la suerte de los arrendatarios, pero menos la de los obreros industriales. La colaboración con los gobernadores británicos discurrió, si se exceptúa una corta crisis a principios de 1938, en general sin fricciones. Los mismos británicos estaban impresionados por los logros de los gobiernos del Congreso.

Sin embargo, esta época de autonomía provincial tuvo también otras consecuencias graves: aumentó las áreas de fricción «comunal» y recrudeció de nuevo las tensiones religiosas. La Liga musulmana no había salido muy bien parada en las elecciones de 1937. El Congreso, embriagado por su éxito electoral, no veía ninguna necesidad de formar gobiernos de coalición con la Liga. Se comportó con frecuencia arrogantemente y subestimó la fuerza política de los musulmanes. En las provincias gobernadas por el Congreso se pudo observar una clara hinduización de la vida cultural. El canto del himno *Vande mātaram* en los actos oficiales provocaba la susceptibilidad de los musulmanes monoteístas; los indicios de un incipiente culto a Gandhi y la introducción del lenguaje hindi, de origen sánscrito, en perjuicio del urdu en la enseñanza despertaron un nuevo recelo. En tanto que se endurecían los frentes, Jinnah ganaba en influencia. En 1938 convocó un comité investigador, que en un informe *(Pirpur-Report)*

denunció supuestas medidas represivas del Congreso dirigidas contra los musulmanes. Es difícil determinar, incluso ahora, hasta qué punto respondía a los hechos. Da qué pensar el hecho de que a su vez la *Hindu Mahāsabhā* acusara al Congreso de perjudicar a los hindúes.

Fueran exageradas o no las quejas de los musulmanes, el hecho es que se extendió entre ellos la convicción de que su idiosincrasia religiosa y cultural estaba en peligro, de que gobierno del Congreso significaba gobierno hindú y de que en una India independiente el régimen colonial británico sería sustituido por un imperialismo hindú. Por tanto, sólo quedaría la solución de crear dos Estados de religión diferente. Ya alrededor de 1930 el juez musulmán Muhammad Iqbal había hablado de que la India albergaba dos naciones que deberían tener dos patrias diferentes. En los círculos estudiantiles se iba imponiendo ya el nombre de «Paquistán» para designar a las provincias que tenían mayoría musulmana [30].

Esta teoría de las «dos naciones» fue expuesta en 1940 en el programa oficial de la Liga y defendida desde entonces con creciente decisión contra los postulados unitarios del Congreso, que se concebía como organización nacional, no «comunal», e insistía en la presencia de musulmanes en sus filas (en realidad, un porcentaje que no superaba el 3 por 100 de los miembros). Así, ya en vísperas de la segunda guerra mundial se perfiló amenazadoramente la posibilidad de una división de la India.

III. CEILAN

Durante más de cuatrocientos años, Ceilán había estado dividida en dos partes: una región costera, controlada por potencias coloniales (Portugal primero, desde 1656 Holanda y desde 1796 Inglaterra), y un reino cingalés en el interior de la isla cuando el rey Shrīvikramarājasimha cayó en manos de los ingleses y su país fue sometido a la administración británica. La toma de posesión se reguló jurídicamente mediante la convención de Kandy (2 de marzo de 1815), redactada por John D'Oyly, en la que se aseguraba a los grandes dignatarios del reino la conservación de sus derechos y la protección de la religión budista [31]. Sin embargo, la administración colonial introdujo considerables modificaciones en la administración y en la organización de la justicia, lo que provocó en 1817-1818 una rebelión de una gran parte de la antigua clase dirigente con vistas a la restauración de la monarquía cingalesa [32].

Después de la represión de la rebelión, empezó una transfor-

mación del país que debía posibilitar un despegue económico en provecho de la potencia colonial. El gobernador sir Edward Barnes concentró sus esfuerzos en la construcción de carreteras, para lo cual recurrió a la tradicional prestación de trabajo gratuito por parte de la población nativa *(rāja-kāriya)*. En 1831-1832, una comisión británica (la denominada comisión Colebrooke-Cameron) elaboró propuestas para una ulterior transformación de Ceilán de acuerdo con la doctrina del liberalismo, propuestas que en gran parte fueron llevadas a la práctica [33]. Ya antes, medidas político-económicas (en 1810, permiso a los europeos para adquirir tierras en la zona costera; en 1820, supresión del impuesto sobre la exportación de café; en 1821, abolición del tradicional derecho de retroventa de las tierras, etc.) habían creado las condiciones para el desarrollo de una economía de plantaciones. Ahora incluso las tierras no cultivadas, que hasta entonces habían estado a disposición de los campesinos de las altiplanicies en libre usufructo, fueron declaradas propiedad del Estado y vendidas a especuladores y plantadores. Como la mano de obra nativa era insuficiente, hacia 1940 se inició la contratación de trabajadores del sur de la India en condiciones que rayaban con el tráfico de esclavos. Como, de acuerdo con las propuestas de la comisión Colebrooke-Cameron, se suprimieron las pensiones de los funcionarios, casi todos se convirtieron en plantadores de café, por lo que al principio los trabajadores extranjeros carecieron de toda protección legal y su situación mejoró sólo muy lentamente.

La depresión que sobrevino en 1845 afectó sobre todo a los pequeños propietarios de plantaciones. A consecuencia de las dificultades económicas, en 1848 estallaron disturbios en la región montañosa en torno a Kandy, que fueron reprimidos mediante la intervención del ejército con injustificada e innecesaria dureza [34]. Una segunda coyuntura favorable al cultivo del café (la «era del café») encontró su fin cuando una enfermedad de la hoja destruyó las plantaciones en 1869. Lentamente se pasó al cultivo del té (en 1872 comenzó la exportación y en 1883 el té de Ceilán era reconocido como una calidad especial en el mercado de Londres). En tanto que el cultivo de té, la más importante fuente de exportación de Ceilán, estaba enteramente en manos de europeos, participaban también cingaleses en las plantaciones de caucho y coco, muy rentables desde fines del siglo XIX.

La política británica se caracterizó por la ausencia de contactos entre los ingleses y los nativos, que se acrecentó aún más por la barrera lingüística. Las relaciones instituidas por la Convención de Kandy entre la administración colonial y las instituciones budistas fueron rotas alrededor de 1850 [35]. Las misiones cristianas no tuvieron mucho éxito en cuanto a las conversiones, pero

organizaron escuelas que ejercieron gran influencia. A partir de 1870, el movimiento renovador budista ganó en influencia (en 1873, coloquio entre cristianos y budistas en Pānadurā; en 1880, visita del coronel H. Olcott y fundación de la *Buddhist Theosophical Society*). El principal representante del «nacionalismo budista», en el que se mezclaban concepciones budistas tradicionales con ideas occidentales del siglo XIX, fue el Anagārika Dharmapāla (1864-1933), que en 1891 fundó la sociedad Mahābodhi. A fines del siglo XIX la nueva élite nativa, educada en las escuelas inglesas, empezó a exigir la participación en el gobierno. Al mismo tiempo, a consecuencia del empobrecimiento de los campesinos de las altiplanicies y de la deterioración del sistema de riego, descuidado por el gobierno pero de importancia vital para los campesinos arroceros, aumentaron las tensiones sociales.

En el año 1915 estallaron enfrentamientos cuando los cingaleses se entregaron a actos de violencia contra la población musulmana, compuesta principalmente por comerciantes, enfrentamientos que se desencadenaron por la disputa en torno a una procesión. Las desatinadas represalias del gobierno contra los nacionalistas dieron impulso al movimiento nacionalista. En 1917 Ponnambalam Arunachalam llegó a ser presidente de la *Ceylon Reform League*, de la que en 1919 surgió el *Ceylon National Congress*, que en el año 1920 aceptó una propuesta británica de reforma constitucional según la cual 19 miembros de los 27 de la asamblea legislativa debían ser elegidos. Los desacuerdos sobre la división de los distritos electorales quebrantaron la unidad del movimiento nacionalista, ya que en este punto los intereses de la mayoría cingalesa estaban en contradicción con los de la minoría tamil (algo menos de un tercio de la población). La falta de una conciencia nacional unitaria dificultaba la agitación en pro de una participación más amplia en el gobierno. Las propuestas de la comisión Donoughmore (1927-1928) hicieron progresar de modo decisivo la elaboración de la constitución. El primer Consejo de Estado adaptado a la nueva constitución fue elegido en 1931; de él salió un gabinete de diez ministros, en el que, naturalmente, las carteras más importantes estaban reservadas a los tres ministros nombrados por el gobernador británico.

Una epidemia de malaria y las consecuencias de un período de sequía en 1934-1935, pusieron de manifiesto el empobrecimiento progresivo de grandes sectores de la población rural. En 1935 fue fundado por Philip Gunawardena, el doctor N. M. Perera, Colvin de Silva y Leslie Goonewardena el partido socialista de Ceilán (LSSP, *Lankā Sama Samāja Pakshaya*). En las elecciones de 1936 consiguió dos escaños.

Después de estas elecciones, los políticos conservadores cinga-

leses, bajo la dirección de D. B. Jayatilaka, acapararon todos los puestos en el consejo de ministros, lo que recrudeció la latente oposición de los dirigentes de la minoría tamil. Las tensiones entre el gobernador y el consejo de ministros producidas en los años 1938 y 1939 perdieron importancia después del estallido de la guerra; el *statu quo* se mantuvo al principio. El Pacto entre Hitler y Stalin condujo a la escisión del LSSP en un partido trotskista mayoritario y un partido comunista estalinista; el LSSP trotskista constituye desde entonces el mayor partido socialista de Ceilán.

2. Japón y Corea desde la primera guerra mundial hasta 1937

I. JAPON

En 1914, el imperio japonés se extendía por el norte hasta la mitad sur de la isla de Sajalín, cubriendo todo el archipiélago de las islas Kuriles; en el continente chino, además de Corea, anexionada en 1910, había recibido en régimen de concesión Kwantung, en el extremo de la pequeña península de Liaotung; en fin, en los mares del Sur, había hecho confirmar su soberanía sobre las islas Ryu Kyu y colonizado Formosa [1]. Durante los meses que siguieron a la entrada en guerra, en agosto de 1914, el gobierno japonés hizo que el ejército imperial ocupara las posesiones alemanas en Shantung y en el océano Pacífico.

Confiaba en que el conflicto mundial le permitiría continuar su expansión militar y era consciente de que la retirada de las potencias occidentales de los mercados asiáticos le proporcionaría la ocasión de desarrollar rápidamente su industria y su comercio exterior. De ahí que, por una parte, rehusara participar activamente en las operaciones militares en Europa y, por otra, se dedicara a desarrollar la industria pesada en Japón. Los resultados de esta situación no tardarían en hacerse sentir y, en un breve plazo, el Japón acabó imponiéndose como potencia económica mundial, especialmente en la construcción naval. Pero, a partir de 1917, empezó a sufrir los efectos de la competencia norteamericana y aparecieron los primeros signos de una crisis: los precios subían, mientras que los salarios de los obreros no cualificados se congelaban. Los conflictos sociales se iban haciendo cada vez más numerosos e importantes. Se organizaban los sindicatos. Y, cuando el gobierno anunció, el 2 de agosto de 1918, su intención de enviar un ejército a Siberia, estalló una revuelta popular en un pequeño puerto de la costa del mar del Japón dedicado a la carga de arroz. La extensión de la guerra hizo temer que se produjera una penuria de arroz y un alza acelerada de sus precios. De ahí el nombre con que fue bautizada la serie de revueltas que seguirían después: «motines del arroz». Estos conflictos —que revistieron la forma de huelgas, revueltas de arrendatarios y conflictos de rentas— se propagaron primero por las ciudades del centro-oeste (Kyoto, Osaka, Kobe), para alcanzar después la región de Tokyo. Se produjeron también graves incidentes en las minas [2]. No obstante, se llevó a cabo la expedición a Siberia: antes de que finali-

zara el año, un ejército japonés de 73.000 hombres se encontraba en la Siberia oriental.

Mientras tanto, el gabinete ministerial, presidido por el general Terauchi, presentó su dimisión, y, a finales de septiembre, Hara Satoshi, presidente de la *Seiyūkai,* fue nombrado primer ministro. Las revueltas se fueron apaciguando poco a poco. Y el Japón, sin demasiado entusiasmo, aceptó el armisticio. Nacido en 1856, Hara Satoshi era el primer hombre político que llegaba al poder sin haber tomado parte, con el ejército imperial, en la guerra civil de 1868. Excelente maniobrero, supo rodearse de representantes de las distintas tendencias políticas de la burguesía, desde los veteranos de 1868 hasta los hombres de negocios de la Mitsui y la Mitsubishi. Bastante abierto al movimiento parlamentario, se mostró, sin embargo, muy cauteloso en lo referente al sufragio universal. Y hostil a la izquierda, dejó hacer a los socialistas, para poder así yugularles mejor. En política exterior hizo que la delegación japonesa en la Conferencia de la paz celebrada en Versalles apoyara íntegramente las veintiuna peticiones impuestas a China en 1915. Aunque el tratado de paz otorgaba al Japón el mandato sobre las antiguas islas alemanas en el Océano Pacífico, el problema de Shantung quedaba sin resolver. Ante las dificultades de la primera crisis económica de entreguerras, y poco inclinado personalmente a favorecer la expansión militar, Hara se preparaba para negociar la retirada de las tropas japonesas de Shantung y Siberia en la Conferencia de Washington, cuando fue asesinado el 4 de noviembre de 1921.

Sus dos sucesores inmediatos continuaron su obra. Aplicaron escrupulosamente las decisiones tomadas en la Conferencia de Washington, especialmente las cláusulas referentes a China del llamado tratado de las Nueve Potencias, firmado el 6 de febrero de 1922. Japón abandonaba parte de las pretensiones contenidas en las veintiuna peticiones, y, en el transcurso del año, evacuó sus tropas estacionadas en Shantung. Hizo también retirar su ejército de Siberia, así como los destacamentos que había hecho avanzar en la mitad norte de Sajalín, a consecuencia de los violentos incidentes que se desarrollaron en el aeropuerto de Nikolaievsk. Liquidadas en Extremo Oriente las secuelas de la primera guerra mundial, todo parecía indicar que el Japón emprendería ahora una pacífica política exterior. En cuanto al interior, el gobierno buscaba una vía intermedia entre el endurecimiento a la derecha y el desbordamiento de la izquierda. El primer Partido Comunista japonés, fundado en 1922, fue disuelto un año después, tan pronto como fue descubierto, en junio de 1923. A partir de la primavera de este año, la recuperación de los negocios parecía favorecer el progreso de la vía parlamentaria. Pero en

agosto, víctima de una rápida enfermedad, fallecía el almirante Katō, primer ministro y artífice de esta política moderada.

Una semana después, el 1 de septiembre, un violento terremoto destruía gran parte de la ciudad de Tokyo y del puerto de Yokohama. Las comunicaciones con la capital quedaban cortadas y las operaciones de crédito suspendidas. Comenzaba así la segunda crisis sufrida por el Japón desde 1914, la llamada «crisis del terremoto». La recuperación económica parecía comprometida.

Al mismo tiempo, y aprovechándose del estado de excepción proclamado por el gobierno, la policía y la gendarmería se entregaban a una salvaje represión de los grupos de izquierda. Víctimas de este clima de terror, grupos de coreanos fueron también asesinados por una parte de la población de Tokyo. Durante el otoño, el gobierno consiguió ir restableciendo poco a poco el orden. Pero en enero de 1924, aprovechándose de la atmósfera de inseguridad que todavía persistía, la derecha consiguió imponer al frente del gobierno a Kiyoura Keigo, presidente del Consejo Supremo Secreto. Keigo formó un gabinete compuesto principalmente por altos funcionarios de los ministerios.

En ese momento se desencadenó un amplio movimiento parlamentario, llamado el «segundo movimiento para la Defensa de la Constitución». El primero que recibió este nombre tuvo lugar a finales de 1912 y duró hasta la primavera del año siguiente. Su objetivo principal fue el derrocamiento del gabinete del general Katsura; dirigido por importantes personalidades, y se apoyó, para su acción, en una serie de revueltas que se desencadenó en las grandes ciudades. El movimiento de 1924 se parecía por muchos conceptos al anterior. En efecto, una vez más, los partidos se unían contra la derecha: la *Kenseikai*, Sociedad de la política constitucional, conseguía la adhesión al movimiento de la *Seiyūkai*, Sociedad de los amigos de la política, y del *Kakushin-kurabu*, Club de la renovación. Asimismo, la reivindicación de los partidos era idéntica a la de 1912-1913: para que el poder ejecutivo fuera conforme al espíritu de la Constitución, la designación del jefe del gobierno tenía que fundarse en su representatividad en el Parlamento. Sin embargo, el objetivo del movimiento de 1924 era más preciso: las elecciones generales deberían realizarse por sufragio universal y no por censo electoral. Evitando las manifestaciones callejeras, los dirigentes del movimiento se expresaron en asambleas. Las elecciones del 10 de mayo de 1924, que, conforme a la ley en vigor, se realizaron por sufragio censatario, dieron a la Cámara de Diputados una mayoría compuesta por representantes de los tres partidos del movimiento. Un mes después, Katō Takaaki, presidente de la *Kenseikai*, sucedía a Kiyoura Keigo. Se

abría así el período de la política de partidos, período que terminaría en 1932.

Katō Takaaki emprendió inmediatamente una política de reformas. La primera ley, promulgada el 24 de julio de 1924, regulaba los conflictos de aparcería. En caso de conflicto entre propietarios y aparceros se establecía ahora la constitución de comités de arbitraje, bajo la autoridad de los tribunales. En principio, este nuevo procedimiento permitía regular con mayor equidad las desavenencias; pero los comités estaban constituidos, sobre todo, por propietarios, con lo que las relaciones entre ellos y los aparceros no llegaron a cambiar fundamentalmente.

Por lo demás, el gabinete Katō se había comprometido a llevar a cabo una reforma de las instituciones parlamentarias. Pero aunque obtuvo la representación, en la Cámara de los Nobles, de un número igual de miembros de derecho y de miembros nombrados, no consiguió que se aceptara el principio de la superioridad de la Cámara de Diputados con respecto a la de los Nobles. A cada reforma institucional tuvo que enfrentarse con la oposición del Consejo Supremo Secreto: éste, que con anterioridad a 1889 había hecho las veces de Asamblea Constituyente, subsistió después como instancia suprema, con derecho para examinar, antes de su promulgación, todas las leyes que se refirieran a la Constitución. Y cuando llegó el momento de enmendar la ley electoral para instituir el sufragio universal, el Consejo Supremo Secreto impuso la redacción de la llamada ley del mantenimiento del orden, que permitía la represión de los partidos o grupos considerados subversivos. Sólo así el gabinete Katō pudo hacer que las dos Cámaras adoptaran la ley electoral, promulgada el 5 de mayo de 1925, y en virtud de la cual todo japonés que hubiera cumplido veinticuatro años quedaba convertido automáticamente en elector de derecho: el número total de electores pasaría, así, a ser casi cuatro veces mayor. Mas resultaba evidente que los partidos prohibidos en virtud de la ley del mantenimiento del orden no podrían presentar candidatos. No obstante, a pesar de las concesiones hechas a la derecha, Katō había realizado reformas que normalmente deberían favorecer la democracia parlamentaria. Pero el hecho es que encontró una fuerte oposición, incluso por parte de los propios partidos. Y en mayo de 1925, arrastrando consigo al *Kakushin-kurabu*, la *Seiyūkai* se separaba de él. Katō dimitió e intentó formar un nuevo gabinete exclusivamente con miembros de la *Kenseikai;* pero en enero de 1926 fallecía.

Le sucedió Wakatsuki Reijirō, de la propia *Seiyūkai.* El nuevo gobierno tuvo que enfrentarse con una situación muy difícil: en efecto, restablecido el partido comunista, y con dos partidos socialistas recién fundados, para lograr una mayoría en la Cámara

de Diputados tenía que apoyarse en un grupo de derecha, el Partido Seiyū, disidente de la *Seiyūkai* y antes fiel aliado de Kiyoura. Por si todo esto fuera poco, en diciembre de 1926, algunos meses después del cambio de reinado sobrevenido a la muerte del emperador Taishō, estallaba la tercera crisis económica de entreguerras. Para restablecer el patrón oro, el gobierno procedería al saldo de los préstamos concedidos después del terremoto de 1923. Salió a relucir entonces la mala gestión de numerosos bancos: en marzo de 1927 cuarenta de ellos se vieron obligados a cerrar. Ante esta situación, Wakatsuki dimitió. Inmediatamente, la *Seiyūkai* tomó el poder. Su presidente, Tanaka Giichi, fue designado primer ministro. Resolvió la crisis por una moratoria y consiguió salvar los bancos con medidas de emergencia, en cualquier caso precarias.

Tanaka, general retirado y ministro del ejército de 1918 a 1920 y de 1923 a 1924, había sido nombrado presidente de la *Seiyūkai* en 1925. Tanaka reprochaba a los gabinetes parlamentaristas la falta de vigor de su diplomacia en China, incapaz de frenar las manifestaciones antijaponesas, que desde el movimiento del 30 de mayo se multiplicaban. Ante la expedición hacia el norte de Chiang Kai-chek, el ejército japonés pensó intervenir una vez más en el Continente. Pero los grupos de izquierda se opusieron a un renacimiento del conflicto, oposición con la que contemporizaron los gobiernos presididos por la *Kenseikai*.

Por su parte, Tanaka decidió enviar un destacamento a Shantung para detener el avance del ejército de Chiang Kai-chek y cubrir a Chang Tso-Lin, instalado en Hopei y protegido de los japoneses. Pero ante la paralización del avance de Chiang Kaichek hacia el norte, Tanaka hizo retirar el contingente japonés instalado en Shantung. No obstante, en julio de 1927 montó una conferencia «de la región del Este» con diplomáticos y militares japoneses, para determinar la política de este país en el continente. En el curso de dicha conferencia se fijaron claramente los objetivos de la expansión japonesa en Manchuria y Mongolia meridional: el contenido de este plan fue difundido por la prensa internacional bajo el nombre de Memorándum Tanaka. El texto de este documento, divulgado incluso en China, aunque de incierta autenticidad, aclaraba en todo caso perfectamente los proyectos del ejército japonés.

En el parlamento de Tokyo aumentaba la oposición al gobierno. La *Kenseikai* se fusionaba con el Partido Seiyū, convirtiéndose en el Minseitō, Partido de la política del pueblo. En la Cámara de Diputados, el apoyo a Tanaka se iba haciendo cada vez más débil.

En enero de 1928, el primer ministro disolvía la Cámara. Por

primera vez, se aplicaba la ley del sufragio universal. Aunque la *Seiyūkai* no pudo conseguir en las elecciones la mayoría absoluta, obtuvo, sin embargo, mayoría, aun cuando fuera de solo un escaño, sobre el *Minseitō*. Además, los partidos republicanos «proletarios» obtuvieron también algunos escaños. Todo esto no constituía precisamente un éxito para Tanaka. Sin embargo, éste consiguió mantenerse y emprendió una represión radical de los grupos de izquierda. Procedió a realizar las primeras detenciones de comunistas y prohibió los partidos o sindicatos socialistas. Hizo, además, enmendar la ley sobre el mantenimiento del orden —haciendo ahora aplicable la pena de muerte a las personas condenadas por subversión—, extendió el sistema de policía especial a todo el territorio y, en 1929, lanzó una nueva ola de represión contra la izquierda.

Libre, así, de la oposición extraparlamentaria, Tanaka reanudó la ofensiva en China. Decidido de nuevo a detener el avance de Chiang Kai-chek, envió a Shantung varias divisiones, que provocaron violentos incidentes en Tsinan, el 3 de mayo de 1928. Pero la resistencia de la población china contra la ocupación japonesa aumentaba y se iba haciendo cada vez más viva. Además, el gobierno nacionalista de China hizo un llamamiento a la Sociedad de Naciones. La diplomacia «activa» de Tanaka hacía agua por todas partes. Este tuvo que aceptar el tratado de Briand-Kellogg, reconoció el gobierno nacionalista e hizo evacuar Shantung. Su fracaso en política exterior era evidente: había tenido que dejar que Chiang Kai-chek se estableciera en Pekín. Chang Tso-Lin, que se había visto obligado a emprender la huida hacia Mukden, fue asesinado en junio de 1928. La camarilla del emperador sospechaba del ejército de Kwantung como organizador del atentado, e incapaz de explicar la impunidad de los responsables del asesinato, Tanaka se vio obligado a dimitir, el 2 de julio de 1929.

Hamaguchi Osachi, presidente del *Minseitō*, tomó el relevo. Comenzaba el segundo período parlamentarista. En China, el gobierno buscó una vía de compromiso, intentando encontrar una tercera fuerza, al margen de los nacionalistas y los comunistas. Provisionalmente, el ejército prefería aliarse con los ingleses, contra el poder establecido. Una vez más, la diplomacia japonesa resultaba ineficaz.

En materia de política económica, el *Minseitō* continuaba con el proyecto de vuelta al patrón oro. Después del principio de la crisis en Estados Unidos, y a pesar de la necesidad de reducir los gastos gubernamentales —el Parlamento rechazó un proyecto de reducción de los salarios de los funcionarios—, a partir de 1930, Hamaguchi autorizó la exportación de oro. Las grandes sociedades empezaron a comprar dólares y dólares, el oro se evaporaba

del Japón, estallaban escándalos, comenzaban las huelgas y numerosos obreros volvían a los campos superpoblados: Japón sufría las consecuencias de la gran crisis mundial. Hamaguchi recurrió al mismo procedimiento que Tanaka: disolvió la Cámara de Diputados. En estas condiciones, el *Minseitō* pudo obtener la mayoría absoluta. Hamaguchi consiguió entonces llevar a buen fin las negociaciones de la Conferencia naval de Londres, limitando la flota de guerra del Japón en proporciones bastante considerables.

Los jóvenes oficiales de la marina se mostraron muy descontentos por esta medida. Por su parte, el ejército intensificaba el entrenamiento de las tropas en operaciones de guerra y reforzaba la sistematización de los ejercicios militares obligatorios en la enseñanza superior y secundaria, e incluso en los pueblos. En noviembre de 1930 Hamaguchi fue víctima de un atentado, a consecuencia del cual moriría al año siguiente. Durante varios meses, Wakatsuki Reijirō asumió interinamente el cargo de primer ministro, para constituir después un nuevo gabinete *Minseitō*. Pero, desbordado por los acontecimientos desencadenados por el ejército de Kwantung en Manchuria, se vio obligado a abandonar la partida.

Por lo demás, hacía ya mucho tiempo que un grupo de oficiales del ejército, en contacto con miembros del Estado Mayor general de Tokyo, venían preparando un golpe de estado en Manchuria. Según sus planes, el derrocamiento del gobierno de Tokyo debería coincidir con el momento en que se produjera la invasión de los territorios chinos. Estos se declararían primeramente autónomos, para ser anexionados después al Japón. En principio, se ocuparía la Mongolia meridional. Pero este proyecto sólo pudo llevarse a cabo en parte.

En efecto, las dos tentativas de golpe de estado en Tokyo, en marzo y octubre de 1931, fracasaron. El gobierno Wakatsuki, más o menos al tanto de las intenciones del ejército de Kwantung, envió a Manchuria al general Tatekawa, para impedir la guerra. Pero la noche misma de la llegada de Tatekawa a Mukden, el 18 de septiembre de 1931, el ejército saboteó el ferrocarril al norte de esta ciudad y atacó a las tropas locales chinas.

Wakatsuki declaró que se oponía a la extensión del conflicto y ordenó al alto mando del ejército de Kwantung el cese de las hostilidades. Sin embargo, el gobierno permitió que el ejército de Corea franqueara la frontera norte, el 21 de septiembre. En noviembre, se ocupaban Chinchow y Tsitsihar. Wakatsuki dimitió y fue sustituido por Inukai Tsuyoshi, presidente de la *Seiyūkai*. En junio de 1932, continuando la invasión, el ejército japonés tomaba Harbin y atacaba Shanghai.

Inukai, que tenía numerosas relaciones personales en China, quiso dirigir la política continental del Japón. Como sus antecesores, disolvió también la Cámara de Diputados: en las elecciones de febrero de 1932, la *Seiyūkai* obtuvo una mayoría aplastante. A partir de este momento, la situación en China parecía estabilizarse. El 3 de marzo se proclamaba la independencia de Manchukuo y, dos días después, se firmaba también un armisticio en Shanghai. Pero el movimiento derechista antipartidos no cesaba. Después de otros varios atentados a diferentes personalidades, Inukai cayó también asesinado el 15 de mayo. Con él desaparecía el último gobierno de partidos que tuviera el Japón hasta finales de la última guerra mundial. El almirante Saitō Makoto, conocido como hombre de tendencia moderada, formó el nuevo gabinete.

Aunque el Japón reconoció a Manchukuo en septiembre de 1932, tuvo que enfrentarse con la condena casi unánime de las naciones extranjeras. China había hecho un llamamiento a la Sociedad de Naciones; la comisión Lytton, después de realizar una investigación en Manchuria, envió su informe a Ginebra. La asamblea plenaria de la Sociedad de Naciones condenó la invasión del territorio chino por los japoneses. La delegación japonesa declaró que se retiraba de la Sociedad de Naciones, decisión que fue confirmada por Tokyo el 27 de marzo de 1933. Por lo demás, entre febrero y mayo del mismo año, el ejército de Kwantung, que no había alcanzado todos sus objetivos, invadía Jehol, y avanzaba hasta los alrededores de Pekín. Por el acuerdo de Tangku de 31 de mayo de 1933, Chiang Kai-chek admitió el *statu quo* en Manchuria, aunque sin llegar a reconocer su independencia. Durante algún tiempo, el ejército de Kwantung habría de contentarse con estos resultados: había creado un Estado completamente nuevo, el Manchukuo, a la cabeza del cual colocó a P'u-i, último emperador de la dinastía Ch'ing, depuesto en 1912.

En el interior, el gobierno intentaba establecer un régimen moderado. Comenzó atacando por la izquierda: a partir de 1933, los comunistas fueron reducidos a un completo silencio: o bien fueron encarcelados (numerosos de ellos sólo serían liberados en 1945), o bien fueron obligados a un «reexamen» de sus posiciones, es decir, a confesar su error. Pero la derecha no se libró tampoco: grupos civiles de fascistas fueron perseguidos y círculos de extremistas del ejército, denunciados. Sin embargo, si la derecha se veía inquietada en sus elementos incontrolados, ganaba terreno en los medios oficiales. En el propio Parlamento, se discutía el papel constitucional del emperador. Minobe Tatsukichi, profesor jubilado de derecho constitucional, fue condenado en 1935, por haber afirmado que el soberano era «una institución del Estado». La Cámara de Diputados primero, el gobierno después,

proclamaron la originalidad del régimen monárquico japonés, haciendo del emperador un jefe supraconstitucional.

Por su parte, el ejército de Kwantung no permaneció mucho tiempo inactivo. Tomando como pretexto un incidente acaecido en Tientsin, Umezu Yoshijirō, comandante en jefe del ejército japonés de Hopei, impuso a los chinos un acuerdo según el cual el Kuomintang debía retirarse de toda la provincia. El general Doihara Kenji aprovechó también otro incidente para exigir la evacuación de Chahar por las tropas chinas. En noviembre de 1935, bajo la protección del ejército japonés, Yin Ju-keng formaba en el sector noreste de Hopei un «comité anticomunista», que no tardaría en convertirse en gobierno autónomo, y Sung Che-yuan, fundaba también un comité político en Chahar. Pero Chiang Kaichek les había tomado la delantera y los japoneses no pudieron imponerle su tutela. El ejército de Kwantung progresaba, así, lentamente, mientras que el ejército rojo chino conseguía llegar hasta la región de Yenan. Su objetivo último era crear un sistema de cooperación económica en toda el Asia oriental. Los lazos entre Manchuria y el Japón se remontaban a 1905, fecha de la fundación de la Sociedad de Ferrocarriles Sud-manchurianos. Esta se desarrolló considerablemente después de la guerra de 1931-33: se hizo cargo de la explotación de todas las compañías ferroviarias de Manchuria e incrementó la producción de las minas de Fushun y del bloque siderúrgico de Anshan. El hecho es que lo que había comenzado como una compañía de ferrocarriles se vería convertido, hacia 1936, en un cártel con 80 filiales. Entre China y Japón existían, además, otras relaciones económicas: desde 1900, el hierro de Tayeh alimentaba la empresa siderúrgica de Yawata, en el Kyūshū. El objetivo del ejército era en definitiva hacer de China el principal proveedor de materias primas del Japón y el mayor mercado para vender los productos acabados de este país.

Es indudable que la ocupación de Manchuria constituyó un verdadero estimulante para la economía japonesa. En la mayor parte de los sectores, especialmente en la industria pesada y química, aumentaba la producción. Sólo la producción de seda natural sufría un período de estancamiento desde 1929. Pero la hilandería y tejeduría de algodón progresaban. La producción de acero pasaba de 1 millón de toneladas en 1932 a 2 millones de toneladas en 1936. Sin embargo, el comercio exterior, cuya expansión era indispensable, a falta de mercados en el continente asiático se encontraba en una situación difícil. La balanza comercial, positiva en 1935 por primera vez desde la primera guerra mundial, volvía a ser negativa al año siguiente.

La actitud de los dirigentes japoneses se endurecía progresiva-

mente, tanto en el interior como en el exterior. Las empresas industriales y financieras se concentraban cada vez más. Los *zaibatsu*, familias que presidían los grandes cárteles, se reforzaban: en 1934 sólo los cuatro primeros, Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, producían una quinta parte de la maquinaria japonesa, más de la tercera parte de los productos mineros, más de dos tercios de la energía eléctrica, más de cuatro quintas partes de los abonos químicos y monopolizaban casi la mitad del comercio exterior. Aunque estas grandes empresas habían alcanzado un alto grado de eficacia, ante la amenaza de una paralización de su desarrollo, iban a dejarse arrastrar por el movimiento militarista.

El año 1936 había comenzado con el signo de la inquietud. En las elecciones de febrero, el Partido socialista de masas conseguía enviar 18 diputados a la Cámara. Cuatro días más tarde, tropas regulares —1.400 hombres en total— se sublevaban en Tokyo. Atacaron la residencia del primer ministro, la prefectura de policía y las oficinas de un periódico. El almirante Okada, primer ministro, pudo salvarse en última instancia, pero otras varias personalidades fueron asesinadas. El poder dejó de transcurrir dos días antes de reenviar las tropas «rebeldes» a sus cuarteles. Los responsables fueron detenidos y ejecutados. Pero parecía que los jefes de los ejércitos habían dudado ante la posibilidad de realizar esta vez un golpe de estado.

El gabinete de Hirota Kōki, que sucedía al de Okada, enarbolaba el principio de unión nacional. Pero, sobre todo, el nuevo gabinete se dispuso a tomar medidas contra la Internacional comunista. El 3 de noviembre de 1936 concluía el pacto anti-Komintern con Alemania. Mientras tanto, el ejército de Kwantung sufría dos fracasos en China: por una parte, su ataque a Suiyuan, en Mongolia meridional, era rechazado; por otra, en diciembre, Chang Hsueh-liang, hijo de Chang Tso-lin, obligaba a Chiang Kai-chek a prometer la terminación de la guerra contra los comunistas para consagrarse totalmente a la lucha contra el Japón. Atacado a la vez por el ejército y los partidos, Hirota tuvo que ceder el mando al general Hayaski Senjūrō. Este intentó dominar a la Cámara de Diputados aliándose con algunos hombres políticos, pero en las elecciones del 30 de abril de 1937, no solamente eran derrotados los partidos gubernamentales, sino que el Partido socialista de masas volvía a ocupar 37 escaños. No hacía falta más para que se denunciara el peligro de un Frente popular. Hayaski tuvo también que retirarse. Aunque el *Minseitō* y la *Seiyūkai* habían obtenido, respectivamente, 179 y 175 escaños de 466, la Cámara de Diputados había perdido el poco poder que llegó a alcanzar en los años 1920.

El 30 de septiembre de 1910, Japón instalaba un gobierno en Seul. Ya desde 1905, la influencia japonesa se extendía por toda la península. La dinastía de los Li fue depuesta. Durante treinta y cinco años, Corea iba a ser colocada bajo el poder de un gobernador y un comandante militar japonés.

Bajo la influencia de la revolución de Octubre y del movimiento de independencia en Asia, el 1 de marzo de 1919, día de las exequias del rey depuesto, se realizó una manifestación anti-japonesa. Un vasto movimiento anti-japonés se extendió por todo el país. Las autoridades japonesas lo reprimieron sin miramientos: entre los coreanos sublevados hubo cerca de 8.000 muertos, 16.000 heridos y más de 50.000 detenciones. Sólo entonces el gobierno japonés dulcificó un poco su política en Corea.

La explotación económica progresaba poco. Corea suministraba a la metrópoli japonesa una numerosa mano de obra no cualificada, mal pagada, y que sufría todo tipo de humillaciones. Durante el terremoto de Tokyo, en 1923, un gran número de coreanos fueron asesinados por la población exasperada y aterrorizada por el siniestro y las intervenciones policíacas.

Numerosos coreanos emigraban también hacia Manchuria, donde tampoco eran siempre bien recibidos. En efecto, a veces se producían choques entre ellos y los chinos. Así, en 1931, trescientos coreanos que intentaban regar tierras baldías para hacer arrozales en Wanpahosan fueron atacados por campesinos chinos. Los japoneses declararon que tenían que proteger a los inmigrantes y este incidente fue uno de los pretextos para desencadenar la invasión de Manchuria.

Hasta la guerra del Pacífico, los coreanos, que no tenían derecho de voto, no estaban obligados a servir en el ejército japonés. Pero a partir de febrero de 1944 se organizaron levas en las fábricas y fueron movilizados en el ejército. A finales de la segunda guerra mundial, se suprimió el gobierno japonés de Seul.

3. China de 1912 a 1937

Entre el nacimiento de la República china y la guerra chino-japonesa, que precipitaría la caída del régimen, transcurrió solamente un cuarto de siglo: de 1912 a 1937. Y ni siquiera este breve período de tiempo es homogéneo: los quince primeros años (1912-1927) pueden separarse claramente de los otros diez (1927-1937).

I. EL FRACASO DE LA REPUBLICA (1912-1927)

La revolución de 1911-1912 no resolvió nada. Derribó, sí, el Imperio bimilenario [1], pero no transformó el país. Y no solamente subsistieron los problemas que habían provocado la caída del Imperio, sino que la República hizo surgir otros nuevos. Y el más grave de estos problemas, el más inmediato, era simplemente el de la supervivencia de *un* Estado chino. Pues si el régimen imperial, aunque a duras penas, había conseguido mantener la unidad del inmenso país, la República no tardaría en llevar al mundo chino al borde de la descomposición. Para ser más exactos, los primeros años de la República pueden compararse a aquellas épocas de perturbaciones que, en el pasado, siguieron a la caída de varias dinastías imperiales: épocas de transición antes de que se impusiera una nueva dinastía.

Cesarismo y anarquía

Pero los peligros que desde el primer momento amenazaron a la República no procedían del desorden ni de la parcelación territorial, sino de la confiscación de la Revolución por un hombre del antiguo régimen que llegó incluso a restaurar el Imperio en su propio beneficio. Elegido presidente de la República en febrero de 1912 después de haber obtenido sucesivamente la abdicación del Emperador y la retirada del presidente provisional Sun Yat-sen [2], Yüan Shih-k'ai se consagró con más energía que escrúpulos a preservar primero, y a consolidar después, su poder. Empezó engañando a los republicanos del *T'ung-meng hui* (la «Liga jurada» de Sun Yat-sen, que en 1912 absorbió cuatro pequeños grupos políticos y tomó el nombre de Kuomintang, o «Partido nacional popular», más conocido bajo el nombre de «Partido naciona-

lista»). Después, cuando Sung Chiao-jen, el dirigente más activo del Kuomintang, en vista del triunfo conseguido por éste en las elecciones parlamentarias de febrero de 1913, reclamó la formación de un gabinete controlado por su partido, Yüan se deshizo de él haciéndole asesinar (20 de marzo de 1913). Durante los meses siguientes, Yüan consolidó todavía más su posición obteniendo de un consorcio bancario internacional (alemán, inglés, francés, japonés y ruso), un importante «préstamo de reorganización» (26 de abril de 1913), muy oneroso para China, pero precioso para él en su lucha contra sus rivales. En un último esfuerzo, éstos desencadenaron durante el verano una «segunda revolución», que Yüan aplastó fácilmente. A partir de ahora tenía libre el camino para borrar los últimos vestigios de un parlamentarismo que, de hecho, nunca llegó a funcionar realmente: en noviembre de 1913, Yüan Shih-k'ai disolvió el Kuomintang y eliminó a cientos de diputados y, dos meses después, en enero de 1914, suspendió el propio Parlamento. Cuando apenas habían transcurrido dos años desde la abdicación del último Emperador manchú, la República se había convertido en una dictadura.

Naturalmente, sería inútil atribuir la responsabilidad de esta evolución a un solo hombre. Las instituciones democráticas que una ínfima minoría de intelectuales revolucionarios habían soñado con establecer en su país resultaban completamente extrañas a la tradición china y a las costumbres de su clase política. Los partidos no eran verdaderos partidos políticos, empezando por el propio Kuomintang, marcado desde el principio por sus orígenes clandestinos y conspiradores. Aunque numerosos políticos pertenecían a varios partidos a la vez (en las elecciones de 1913, cuando la Cámara contaba con poco más de quinientos diputados, el número de escaños reivindicados por los tres principales partidos ascendía a más de setecientos), esta doble o triple pertenencia no les impedía vender su voto al mejor postor, aunque éste fuera un agente de Yüan. La idea misma de un gabinete responsable ante el Parlamento resultaba difícil de aclimatar en un país de tradición confuciana, donde los ministros debían ser ante todo fieles al Emperador y donde éste poseía el monopolio de la organización política. En fin, y sobre todo, las violaciones de la constitución o de la democracia sólo podían afectar a una pequeña parte de los chinos, ya que la enorme mayoría de la población no sólo ignoraba estas violaciones, sino también los principios contra los que atentaban. La opinión pública, prácticamente inexistente, contaba infinitamente menos que el apoyo financiero de las potencias imperialistas —que veían en Yüan el «hombre fuerte» capaz de garantizar el orden y la estabilidad— y la actitud de los gobernadores de provincia y de los generales, algunos de los cua-

les, precisamente los más influyentes, pertenecían a la clientela personal de Yüan Shih-k'ai: la base sobre la que Yüan fundó su carrera ¿no es acaso ese «nuevo ejército» —el ejército *Peiyang* o «ejército del Norte»— que pacientemente había venido creando durante los últimos años del Imperio?

En 1915, empujado por su camarilla, Yüan Shih-k'ai intentó fundar una nueva dinastía. Pero sus pretensiones imperiales suscitaron inmediatamente una nueva insurrección, mejor organizada y mejor armada que la de 1913. Sucesivamente, ocho provincias del sur y el oeste del país se declararon contra él (siguiendo el ejemplo de Yünnan, que proclamó su independencia ya el 25 de diciembre de 1915). Yüan se vio obligado a diferir primero y a abandonar después la realización de su proyecto dinástico, que, según todas las probabilidades, aceleró su fin: abatido por sus preocupaciones tanto como por su enfermedad, moría el 6 de junio de 1916.

En la oposición final a Yüan y a su tentativa de restauración imperial, las razones puramente personales —la desafección, ante el desleal trato recibido, de los generales del ejército *Peiyang*— fueron seguramente tan determinantes como los motivos ideológicos. Pero la explicación hay que buscarla, sobre todo, en razones de tipo geopolítico: las tendencias autonomistas de las provincias y de las regiones, tendencias constantes a todo lo largo del último medio siglo del Imperio —desde la insurrección de los T'ai-ping y su represión—, y, concretamente, la oposición entre la China del sur y la China del norte, centro fundamental del poder de Yüan. Estas dos últimas categorías de factores —tendencias centrífugas y particularistas, por una parte, consideraciones y rivalidades personales, por otra— desempeñarían un papel preponderante durante los primeros diez años que siguieron a la muerte de Yüan Shih-k'ai (1916-1926).

Desaparecido Yüan, nadie consiguió imponer su autoridad sobre el conjunto del país, situación que se prolongaría hasta la reunificación de China alrededor de Chiang Kai-chek y del Kuomintang, más de diez años después. Pues aunque subsistió un «gobierno chino», así como un presidente de la República, de hecho, el «gobierno central», como sus numerosos rivales, no era más que un poder regional: su autoridad apenas sobrepasaba los límites de las dos o tres provincias próximas a la capital. La supervivencia de los ministerios dependía del equilibrio de fuerzas entre los ejércitos nordistas más próximos a Pekín.

Al principio, los antiguos subordinados o fieles de Yüan Shih-k'ai (Tuan Ch'i-jui, Chang Hsün, Feng Kuo-chang, Hsü Shi-ch'ang, etc.) dominaron o se disputaron la escena política. Pero, transcurrida esa primera fase, aparecieron «hombres nuevos» que

fueron imponiéndose progresivamente, sobre todo a partir de 1922. Estos hombres no repudiaron los métodos de Yüan: de más fuerte personalidad que sus antecesores —que debían su carrera política a su antigua pertenencia al ejército *Peiyang*— encarnaron también más perfectamente que ellos esos *condottieri* enérgicos y sin escrúpulos a los que se ha llamado «señores de la guerra» y que en nuestro siglo han renovado y superado las hazañas y añagazas de un Ts'ao Ts'ao [3]. Citemos entre ellos los nombres de Chang Tso-lin (1873-1928), antiguo bandido que consiguió establecer un «reino» casi independiente en las tres provincias del noreste (Manchuria) y dominó durante algún tiempo Pekín y parte de la China del norte; Feng Yü-hsiang (1882-1948), hombre temerario, preocupado por mantener su aspecto campesino, soldado desde los once años e indistintamente designado, según sus afiliaciones sucesivas o simultáneas, como el «general cristiano», «el general rojo» e incluso «el general traidor»; y Yen Hsi-shan, menos poderoso que los dos anteriores pero más estable, ya que, salvo unas breves interrupciones, consiguió mantener su autoridad en la provincia del Shansi de 1911 a 1949, es decir, durante todo el tiempo que duró la República. En fin, a estos tres personajes hay también que añadir, aunque sus lazos, al menos indirectos, con el ejército *Peiyang* —y accesoriamente una educación confuciana que sus pares envidiaban— hicieran más fácil su carrera, Wu P'ei-fu (1872-1939), en cuya persona cierto número de chinos y de extranjeros volcaron durante algún momento sus esperanzas de una reunificación que compaginara los intereses creados y la tradición.

Sería superfluo relatar o incluso resumir las confusas luchas que enfrentaron a los poderosos «señores de la guerra» entre sí y con otros señores de menos importancia, aunque esas luchas y las intrigas que las acompañaron continuaran durante todo el decenio 1916-1926 en el primer plano de la escena histórica. Nos limitaremos a describir sus efectos más evidentes: regionalización cada vez más marcada de la vida política —a partir de 1920 prende en un gran número de provincias un militarismo generalmente afiliado a una u otra de las «camarillas» rivales de los «señores de la guerra», pero, de hecho, prácticamente autónomo— y correlativo debilitamiento del Estado; secesión de la China del sur, que rechaza el régimen de los «señores de la guerra» aunque perpetuando sus errores —Sun Yat-sen establece una base revolucionaria en Cantón aliándose con un militarista local, el general Ch'en Chiung-ming, que le expulsa en 1922, antes de ser expulsado a su vez al año siguiente y después aplastado por el ejército del Kuomintang en 1925—; en fin, y sobre todo, la opresión del pueblo y, en particular, de las masas campesinas, aniquiladas por

el paso de los ejércitos, sus saqueos y extorsiones, la abusiva e irregular tributación impuesta por los nuevos amos de las provincias, el recrudecimiento de la producción y del consumo del opio —favorecido con fines interesados por estos mismos potentados provinciales—, el abandono o el deterioro de los trabajos de irrigación y prevención de inundaciones, etc.

Aunque los «señores de la guerra» sean personajes en muchos aspectos anacrónicos, las condiciones de la época pueden explicar en gran medida este aparente retorno a prácticas inmemoriales. El contacto con Occidente transformó muy desigualmente los diferentes caracteres y aspectos de la civilización tradicional: con mucha más rapidez, por ejemplo, el armamento y las técnicas militares que las instituciones políticas, hasta el punto que éstas no podían ya controlar el poder cada vez mayor de los jefes guerreros. Además, a su manera, estos últimos expresaban —o utilizaban— intereses regionales o locales que nunca habían llegado a extinguirse bajo el Imperio y que naturalmente el debilitamiento del poder central hizo resurgir. Resurgimiento que, por otra parte, Occidente también alentó en cierto modo: de 1920 a 1923 se desarrolló un movimiento «federalista», deseoso de establecer o de reforzar la autonomía provincial y que, aunque reagrupó en torno a ciertos «señores de la guerra» a los conservadores de siempre —notables rurales ligados a la defensa de privilegios, cuyo principal, y a menudo único, beneficiario fue su clase—, congregó también a muchos intelectuales de izquierda seducidos por el federalismo helvético o norteamericano. Y, una vez más, el choque con la civilización occidental debilitó la fuerza coactiva de los valores y sanciones tradicionales, haciendo posible este atentado al dogma de la preeminencia del poder civil.

Una primera «Revolución Cultural»: el movimiento del 4 de mayo

Pero las repercusiones intelectuales e ideológicas del «desafío occidental» no se detuvieron ahí. Alcanzaron una amplitud tal que nos obligan a considerar todo lo dicho hasta ahora como un simple marco referencial. La época de los «señores de la guerra» que condujo al país al borde de la ruina, es también la de la génesis de una China moderna.

E incluso la de la génesis de la propia revolución china. Los comunistas chinos tienen razón cuando fijan la edad «contemporánea» de la historia de China en 1919 y no, por ejemplo, en 1911. ¿Qué representa, pues, la fecha de 1919? Aparentemente muy poco: una manifestación de los estudiantes de Pekín, el 4 de mayo de 1919, como protesta contra la transferencia al Japón de los

derechos que Alemania poseía antes de la primera guerra mundial en la provincia china de Shantung. Durante la guerra, y aprovechándose de la eliminación provisional de los competidores europeos, el Japón fortaleció mucho sus posiciones en China, hasta el punto de imponerse como el nuevo enemigo nacional. En 1914, al entrar en guerra con Alemania, ocupó inmediatamente sus posesiones de Shantung. Pero la independencia china se vio, sobre todo, directamente amenazada por las famosas «veintiuna peticiones» presentadas a Yüan Shih-k'ai en enero de 1915, y en su mayor parte aceptad. s, ante el ultimátum recibido de Tokyo el 7 de mayo del mismo año. La entrada en guerra de China con el Japón en 1917 obedeció en parte a la esperanza de poner fin a esta situación. Esperanza defraudada (a decir verdad, su participación en la guerra fue sobre todo nominal), ya que los negociadores del tratado de paz, ligados al Japón por compromisos secretos, hicieron oídos sordos a los clamores de indignación de China. El «movimiento del 4 de mayo» es, pues, en principio, una reacción del nacionalismo chino: de ahí su rápida extensión. Nacido en Pekín, en sólo unas semanas alcanzó Shanghai, Cantón y otras grandes ciudades. Y las «huelgas de comerciantes» reforzaron y prolongaron las manifestaciones estudiantiles.

Movimiento nacional, pues, voluntad de supervivencia de una nación. Pero el «movimiento del 4 de mayo» es también algo más. En su más amplia acepción, el «movimiento del 4 de mayo» es un movimiento de renovación intelectual que comienza varios años antes de 1919 y se prolonga bastante después: de hecho, una verdadera «revolución cultural» *avant la lettre*. Se le ha llamado a veces, y así lo bautizó uno de sus principales iniciadores, el filósofo y ensayista Hu Shih, el «Renacimiento chino». Pero si hay que hacer una comparación con la historia intelectual de Europa, vale más volverse hacia el siglo XVIII. El 4 de mayo evoca a la vez la Ilustración y el asalto de los filósofos franceses a la tradición nacional. En este sentido, los historiadores de la China popular tienen razón al preferir 1919 a 1911. Los intelectuales del 4 de mayo no se enfrentan ahora con un Imperio tambaleante, sino con el soporte ideológico del régimen imperial, con un sistema de pensamiento y de organización social más fuerte que las dinastías: el confucionismo. *Ta-tao K'ung-chia-tien* («Abajo la tienda de Confucio»): este grito de guerra de los estudiantes chinos denuncia sin ambigüedad su verdadero enemigo. Sin ambigüedad pero también sin matices, ya que la enseñanza de Confucio no puede reconocerse completamente en el «confucianismo» oficial que, en los albores del siglo XX, apoya el orden establecido.

El adversario declarado de Confucio, al mismo tiempo que el

ídolo de los estudiantes del 4 de mayo, es Ch'en Tu-hsiu (1879-1942), fundador y redactor jefe de la principal revista militante de la época: *Hsin Ch'ing-nien* («La Nueva Juventud»). Ch'en ataca infatigable e indistintamente los valores y prácticas tradicionales: jerarquía y obediencia —subordinación del súbdito al soberano, del hijo al padre, de la mujer al marido—, respeto a los ancianos, sumisión a los códigos y ritos, moderación y conformismo, matrimonios concertados y pies vendados, etc. Publica y sostiene calurosamente en su revista un proyecto de reforma sacrílego, inmediatamente adoptado: «La revolución literaria» preconizada por Hu Shih (1891-1962). Una revolución que pide a los escritores y publicistas que abandonen la lengua clásica *(wen-yen)*, comprendida sólo por los literatos, y que a partir de ahora escriban en la lengua vulgar, el *pai-hua*. Esta situación, aparentemente inofensiva, supone realmente un golpe decisivo a uno de los más seguros instrumentos de dominación de la clase privilegiada, ya que hace accesibles la literatura y la cultura al pueblo y subraya el descrédito de los clásicos confucianos, contribuyendo a liberarle de su influencia. Por su parte, Lu Hsün (1881-1936), el más célebre escritor de la China moderna, muestra también, en una novela corta titulada *El diario de un loco* y publicada en *La Nueva Juventud*, la relación de causa a efecto existente entre los ideales confucianos y la inquietud del orden social. En ella sugiere que la civilización china se define tradicionalmente por la hipocresía y el canibalismo. Y concluye pidiendo, gritando incluso, que se preserve de esta ideología y de esta sociedad «devoradoras de hombres» a todos los chinos vivos que no han tenido tiempo de contaminarse: «¡salvad a los niños!»...

Este encarnizamiento de los intelectuales del 4 de mayo contra su propia cultura y contra la tradición nacional corre pareja con una frenética imitación y, a veces, una verdadera idolatría de Occidente. Así, Ch'en Tu-hsiu exalta la juventud, el dinamismo, la audacia, la libertad y la democracia, la ciencia y el progreso: valores todos que toma prestados de Occidente o los identifica con él. Si su revista lleva un subtítulo francés, «La Jeunesse», hay otras que exhiben subtítulos ingleses y todas o casi todas dedican a las traducciones la mitad de sus columnas. Se invita a filósofos extranjeros —Dewey, Bertrand Russell— y los intelectuales chinos más escuchados son en su mayor parte *liu hsüeh-sheng*, es decir, «estudiantes formados en el extranjero». El propio Ch'en Tu-hsiu vuelve del Japón —país que desempeñó el papel de intermediario en el proceso de occidentalización— en 1915 y Hu Shih estudió en la Universidad de Columbia, en Nueva York, hasta 1917. En cuanto al tercer animador del «movimiento del 4 de mayo», el rector de la Universidad de Pekín, Ts'ai

Yüan-p'ei, regresa de Francia en 1916 exclusivamente a fin de reorganizar la Universidad (confía la enseñanza de la filosofía china a Hu Shih y nombra a Ch'en Tu-hsiu decano de la Facultad de Letras) y hacer de ella el foco más activo de la «revolución cultural».

Volvemos, pues, a nuestro punto de partida: la manifestación de los estudiantes de la Universidad de Pekín, que ha dado nombre al movimiento. A nuestro punto de partida, sí, pero no a su significación: porque ¿cómo conciliar el nacionalismo que inspira a los manifestantes del 4 de mayo de 1919 y el odio a los valores nacionales profesado por sus maestros? De hecho, ambas cosas están unidas: el 4 de mayo es un movimiento que se opone a la civilización pero no a la nación china. Cuando los patriotas quieren liberar a China y a los chinos vivos de una cultura percibida como obstáculo, lo hacen para salvar a ambos. «Preferiría ver la ruina de nuestra *quintaesencia nacional* que la definitiva extinción de nuestra raza, debido a su ineptitud para sobrevivir»: esta afirmación de Ch'en Tu-hsiu no hace más que repetir el patético grito de Lu Hsün («¡salvad a los niños!...»). Confrontados con Occidente, vencidos, amenazados por él, los grupos cultivados chinos habían descubierto horrorizados que el confucionismo no se identificaba a la civilización, sino simplemente a una civilización: una civilización menos capaz que otras de asegurar la supervivencia de China en un mundo de progreso técnico e implacable competencia. Al cabo de tres cuartos de siglo, para que China sea capaz de adaptarse y resistir a la explotación de aquellos mismos cuyas «virtudes» —es decir, cuya fuerza— quieren imitar, los intelectuales del 4 de mayo se encarnizan contra lo que ha constituido la esencia de China. En este sentido, el 4 de mayo se inserta naturalmente en la evolución intelectual de la China moderna. El «chinocentrismo» contemporáneo de la guerra del opio, que ha podido definirse como un «culturalismo», se abandona definitivamente. El movimiento del 4 de mayo introduce a China en una nueva etapa: la del nacionalismo moderno.

¿Revolución o unificación? (1926-1927)

Parcialmente surgido del movimiento del 4 de mayo, un segundo fermento de transformación actúa sobre la vieja China de los «señores de la guerra». Pero, esta vez, fermento político: la protesta revolucionaria se desarrolla y conduce rápidamente al nacimiento de un verdadero campo de la revolución. Y con la fusión en un solo organismo del renovado Kuomintang y del recién creado partido comunista, este campo, que dispone ya, gra-

cias a la base sudista de Sun Yat-sen, de un apoyo territorial, logra ahora también una unidad en el plano institucional.

Sun Yat-sen extrae la lección del fracaso: fracaso de la República que había contribuido a fundar, pero fracaso también de su propio partido, el Kuomintang, que durante el decenio 1912-1922 experimentaba un largo eclipse. Eclipse, no desaparición, ya que Sun multiplica las iniciativas... y acumula las decepciones. Pero en el momento en que su aliado militar acaba de expulsarle de Cantón, en el momento álgido de este eclipse, Sun emprende una reorientación radical de su actividad y, sobre todo, de sus métodos. Se separa de un Occidente que apenas ha apoyado su combate y cuyos ideales democráticos han fracasado en China, y busca en la joven revolución bolchevique apoyo y directivas más apropiadas para la lucha contra los «señores de la guerra». No se trata, en absoluto, de una conversión al comunismo, sino de una apreciación realista de la situación: Sun necesita ayuda y toma esta ayuda allí donde se le ofrece. En enero de 1923 se reúne con un emisario de la URSS y firma con él el famoso *manifiesto Sun-Joffe*, donde los soviéticos convienen que las condiciones no se prestan, de modo inmediato, al establecimiento del comunismo en China y que las tareas más urgentes son la unificación del país y la realización de la independencia nacional: es decir, el mismo programa del Kuomintang. Algunos meses después, en octubre de 1923, Sun envía a Chiang Kai-chek a Moscú y la Komintern delega a Borodin en Cantón (octubre de 1923) para reorganizar el Kuomintang de acuerdo con el modelo bolchevique. En enero de 1924, el primer Congreso del Kuomintang (el «Congreso de Reorganización») fija oficialmente la nueva línea añadiendo a los «Tres Principios» (nacionalismo, democracia y «bienestar del pueblo») formulados por Sun Yat-sen veinte años antes, las «Tres Políticas» (apoyo a los movimientos obrero y campesino, colaboración con la URSS y fusión con el PCC). Esta «fusión» se realiza inmediatamente, pero en una forma muy particular: los comunistas se adhieren al Kuomintang a título individual. Tres de ellos son elegidos inmediatamente miembros del Comité Central del nuevo partido.

¿Quiénes y cuántos son estos comunistas chinos? A diferencia del Kuomintang, que en 1922 contaba con 150.000 miembros, el *Kung-ch'antang*, o partido comunista, contaba sólo con algunos centenares de intelectuales. Había sido fundado dos años y medio antes (en julio de 1922) en Shanghai por doce delegados, entre ellos Mao Tse-tung. Pero el verdadero padre y primer secretario general del PCC es el redactor jefe de *La Nueva Juventud*, Ch'en Tu-hsiu: este hecho pone de manifiesto la relación entre el movimiento del 4 de mayo y la ulterior radicalización de la vida políti-

ca. Hasta 1924 el PCC alienta algunas huelgas e intenta organizar a la clase obrera. Pero en el momento en que se funde con el gran partido revolucionario «burgués», el partido comunista chino es todavía un grupo esquelético, cuya influencia efectiva es casi irrisoria.

La fusión resulta en principio favorable tanto a ambos partidos como al campo revolucionario en su conjunto. En mayo de 1924, una de las primeras iniciativas de la nueva organización política indica claramente a qué terreno desea llevar su combate: se trata de la creación en Whampoa, en las afueras de Cantón, de una Academia militar, destinada a formar los cuadros del ejército revolucionario. Chiang Kai-chek es su comandante en jefe y Chu En-lai el director político adjunto. En marzo de 1925, enfrentados al este de la provincia de Kwangtung con Ch'en Chiung-ming, el general que había expulsado de Cantón a Sun Yat-sen, los «cadetes de Whampoa» intervienen brillantemente. Dos meses después, el «movimiento del 30 de mayo de 1925» inaugura un prolongado período de agitación, muy favorable a las iniciativas de los revolucionarios de Cantón. La matanza de manifestantes chinos por la policía de la concesión internacional de Shanghai, el 30 de mayo, y después por los franco-británicos en Cantón, el 23 de junio, suscitó una viva indignación contra los imperialistas, que se tradujo en boicots, huelgas —como la gran huelga de Cantón-Hong Kong, dirigida contra los ingleses, que duró más de quince meses, de junio de 1925 a octubre de 1926— y nuevos incidentes. De hecho, el bienio 1925-1927 constituye una primera revolución y una especie de «ensayo general» de 1949, en el sentido en que se dice que 1905 prefiguraba en Rusia 1917. En julio de 1926, en plena fiebre revolucionaria, la *Pei-fa* («Expedición del Norte») parte de Cantón a la conquista de China. Mandada por Chiang Kai-chek, rodeado de veteranos revolucionarios (comunistas o del Kuomintang) y de jóvenes oficiales de Whampoa, precedida de propagandistas políticos y ayudada por fuertes movimientos populares —especialmente campesinos—, la *Pei-fa* lo tenía todo para triunfar sobre sus desunidos adversarios. En la primavera de 1927, el ejército revolucionario ocupa Shanghai, Nankín, Hankou y controla la mayor parte de la China central y meridional.

Pero la Expedición del Norte se detiene durante un año a orillas del Yangtse, ya que los revolucionarios están ahora demasiado ocupados en arreglar sus propias diferencias como para pensar en continuar su ofensiva contra los «señores de la guerra». El 12 de abril de 1927, apenas liberada Shanghai por los sindicatos obreros, Chiang Kai-chek se vuelve contra los comunistas, a quienes masacra empleando algunos de los procedimientos descritos en *La condición humana*, de Malraux. Durante las semanas

y meses siguientes persigue implacablemente a sus aliados de la víspera en todo el territorio que controlan sus ejércitos. Para los comunistas se trata de la «derrota en el seno de la victoria» [4], la revolución escamoteada por su aliado en el momento mismo en que iba a triunfar. Y después de subsistir todavía algunos meses, hasta julio de 1927, aliándose con el ala izquierda del Kuomintang, que establece en Wuhan un «gobierno» rival del de Chiang, los comunistas se refugian en la clandestinidad.

La estrategia que ha llevado al PCC al desastre se ha decidido en Moscú y ha sido impuesta al partido chino por la Komintern. En efecto, el segundo congreso de la Tercera Internacional (1920), estimando que la explotación imperialista de los países coloniales y «semi-coloniales» retrasaba el hundimiento del capitalismo, decidió apoyar activamente las revoluciones nacionalistas, principalmente en Asia: se trataba de atacar al adversario allí donde fuera más vulnerable. En China, la alianza con el Kuomintang, representante de la «burguesía nacional» antiimperialista, resultaba, por tanto, perfectamente ortodoxa, al menos de acuerdo con las decisiones tomadas en vida de Lenin. Pero era una política delicada, que exigía ser aplicada con prudencia y clarividencia, ya que el aliado estaba tan decidido como los comunistas a explotar en su beneficio la acción común. Ahora bien, los estrategas moscovitas la aplicaron de manera imprudente y mecánica, al no prestar atención a las intrigas y ambiciones de Chiang Kai-chek, manifiestas desde el mes de marzo de 1926, es decir, más de un año antes de su «traición», y desaprovechar las nuevas posibilidades nacidas del desarrollo de la propia revolución (en efecto, los comunistas se esforzaron en moderar y frenar un fuerte movimiento campesino que, sin embargo, hubiera podido convertirse en su mejor baza). Una revolución no puede dirigirse de lejos. Cierto que Stalin y sus aliados del momento —los bujarinistas— se preocupaban menos de hacer triunfar la revolución en China que de explotarla contra Trotski, o de evitar que éste la explotara contra ellos.

Pero, una vez dicho esto, justo es reconocer que, en los primeros tiempos, la fusión con el Kuomintang fue extremadamente beneficiosa para el minúsculo partido comunista chino. Le proporcionó medios de acción con los que nunca hubiera podido contar y, antes del catastrófico final de la alianza, representó para él una ocasión inesperada. Todo esto hace pensar que no es probable que los errores humanos —justamente denunciados por los trotskistas— hayan sido los únicos causantes del desastre: no parece que en 1927 existieran condiciones objetivas para la toma del poder por el «partido de la clase obrera», una clase que representaba solamente el 0,5 por 100 de la población. Entre 1927 y

1949, el proletariado chino crece numéricamente. Pero no es este crecimiento lo importante. Lo importante es que el PCC se convierte en algo muy distinto a un partido obrero...

Chiang Kai-chek traicionó, sí, a los comunistas. Pero, al hacerlo, se previno de la traición ulterior de éstos. No dejó que la revolución se desarrollara hasta el punto en que el PCC considerara llegado el momento de volverse contra un aliado juzgado como demasiado moderado, e intentó detener y estabilizar esta revolución a un cierto nivel. Forzoso es reconocer que el nacionalismo profesado por el Kuomintang estaba más de acuerdo con el movimiento en curso —y en primer lugar con el «movimiento del 30 de mayo», que fue fundamentalmente una explosión antiimperialista— que la revolución social a la que aspiraban los comunistas. Pero tal como se desarrollaron los hechos, el primer resultado de la crisis de 1925-1927 no fue una «revolución nacionalista», sino simplemente la reunificación del país. La era de los «señores de la guerra», es decir, del parcelamiento territorial, queda cerrada: en 1928, después de nuevas conquistas y nuevas alianzas, el conjunto de China reconoce al nuevo gobierno, instalado en Nankín. El general unificador se proclama heredero de Sun Yat-sen, muerto en 1925, y con cuya cuñada, Soong Meiling, se casa en diciembre de 1927. He aquí, pues, la segunda peculiaridad —pero *sólo la segunda*— del período que se abre: la reunificación se hace bajo la égida de un partido «revolucionario», no quiere ser una simple restauración.

II. EL «DECENIO DE NANKIN» (1927-1937)

El partido «nacionalista» —o Kuomintang— se mantuvo en el poder durante más de veinte años. Pero, a partir de 1937, la invasión japonesa desencadenó el proceso revolucionario que acabaría por derrocar al régimen. Los diez años transcurridos desde 1927 hasta 1937 (el «decenio de Nankín», como lo han bautizado algunos historiadores americanos) aparecen como los únicos años más o menos «normales» del período nacionalista, e incluso de todo el período republicano. Es, pues, el momento de detenerse para examinar algunos de los problemas de fondo que se plantean a la sociedad china y que pueden revelarnos algunas de las claves de la revolución.

Cuatrocientos millones de campesinos

En la China de 1927 se yuxtaponen dos economías —y dos sociedades—completamente diferentes: una economía relati-

vamente «moderna», confinada en la periferia —puertos de la costa oriental y meridional, algunas grandes ciudades, etc.— y la economía tradicional, rural y ampliamente autárquica, que prevalece todavía en todo el «interior». La primera sólo puede calificarse de «moderna» en relación a ésta. De hecho, las transformaciones que se produjeron aquí a partir de mediados del siglo pasado fueron fundamentalmente de tipo «colonial» e interesaron al comercio —bancos, transportes marítimos, etc.— más que a la industria, y a la industria de bienes de consumo —textiles, harinas, cerillas y cigarrillos, etc.— mucho más que a la industria pesada. Esta economía se caracterizaba por su dualidad —empresas autóctonas y empresas extranjeras— y las bajas tarifas, impuestas por los «tratados desiguales», que frenaban el desarrollo del sector nacional.

Una burguesía de negocios todavía embrionaria —y cuya influencia es, sobre todo, sensible en ciudades como Shanghai, Cantón, Wu-han y Tientsin—, al mismo tiempo que descubre el nacionalismo, descubre también los inconvenientes de la competencia imperialista y no vacila en recurrir al boicoteo contra el enemigo nacional, occidental o japonés. En las mismas aglomeraciones, así como en algunos pocos focos industriales —centros mineros, nudos ferroviarios, etc.—, se constituye un proletariado, cuyas filas vienen a engrosarse con campesinos desarraigados. Sus condiciones de vida no son muy diferentes a las conocidas por los obreros europeos durante los decenios que precedieron a la revolución industrial: larga jornada de trabajo y escasos días de descanso, severa reglamentación —práctica de las multas, retenciones de salarios, etc.—, trabajo insano y peligroso, importante mano de obra femenina e infantil extremadamente mal pagada, superpoblación en miserables alojamientos y endeudamiento crónico, etc. Pero por muy crítica que sea la condición obrera, el problema objetivo que plantea parece casi marginal con relación al originado por la condición campesina; y el papel político del proletariado queda eclipsado —y hasta 1949 lo será cada vez más— por el de los intelectuales. En efecto, esta es, de todas las clases urbanas, la que proporciona los más activos agentes en la lucha contra el orden establecido. La actitud iconoclasta del 4 de mayo sólo ha sido un punto de partida, aunque irreversible (su influencia se mide por la rapidez con que ha sido primero asimilado, «superado» después). Un número cada vez mayor de estudiantes y de intelectuales buscan ahora en el marxismo una nueva certeza y, sobre todo, un medio de acción, un método para transformar tanto la nación como la sociedad china.

Esta sociedad sigue siendo fundamentalmente una sociedad campesina. Resolver sus problemas, vencer su miseria es una

necesidad urgente y, al mismo tiempo, una tarea casi insuperable. En todo caso, tarea a largo plazo, tarea que incluso hoy continúa desafiando a los revolucionarios victoriosos. Cuando los dirigentes e historiadores de la China popular, al evocar la China de «antes de la liberación», denuncian la explotación del campesinado por los *ti-chu* (terratenientes), su denuncia es justificada, pero insuficiente: en efecto, aunque no hubiera existido esa inicua situación social, las condiciones objetivas —el peso de la demografía, el retraso de la economía— hubieran bastado para condenar al hambre a las masas rurales.

El extraordinario incremento de la población china en la época moderna constituye uno de los fenómenos más cargados de consecuencias de la historia demográfica mundial. Y debería ser también uno de los más fecundos desde el punto de vista teórico: porque si el incremento contemporáneo —aproximadamente quinientos millones de habitantes hacia 1930, setecientos millones hoy— no hace más que reproducir a escala china un fenómeno comprobado en el conjunto de los países subdesarrollados, el crecimiento anterior —particularmente el del siglo XVIII: de ciento veinte a ciento cincuenta millones de habitantes hacia 1650, cerca de cuatrocientos millones hacia 1850— representa, por el contrario, un caso aberrante con relación a los esquemas clásicos de los demógrafos. La paz interior y la prosperidad correspondientes a la edad de oro de la dinastía manchú y, sobre todo, la introducción de nuevos cultivos alimenticios menos exigentes que el del arroz y el trigo, explican parcialmente este rápido crecimiento. Sea lo que fuere, la conclusión actual de esta evolución demográfica secular es elocuente: densidades superiores a las de todas las zonas del planeta con precipitaciones débiles e irregulares, como las alcanzadas en la gran llanura de la China del norte; éxodo —mejor sería decir huida— de los colonos chinos hacia Manchuria, que llega incluso a un millón por año; mínima superficie de tierra explotada por cada familia —de cada cinco chinos cuatro son campesinos—: una hectárea y un tercio...

Cierto que la rentabilidad de las parcelas aumenta gracias a las dobles cosechas, los cultivos superpuestos y las mil y una ingeniosas prácticas que han hecho que la agricultura china sea comparada a trabajo de jardinería. Pero la rutina, el individualismo, los métodos precientíficos, unas herramientas rudimentarias, la falta de capitales y abonos (naturales y artificiales), un control muy precario de las catástrofes naturales (sequías, inundaciones, plagas de langostas, etc.), la falta de higiene (causa de la destrucción de numerosos gusanos de seda), la extrema parcelización (obstáculo para el drenaje y la irrigación, e impedimento, además, para coordinar eficazmente la lucha contra los parásitos de las

plantas), el culto a los antepasados (que llena de tumbas los campos familiares) y otros diversos factores más condenan un trabajo encarnizado y minucioso a producir sólo frutos modestos y siempre amenazados.

La estructura social ha contribuido a perpetuar el estancamiento de esta economía de penuria. En efecto, mientras que la mayor parte de las explotaciones rurales son demasiado pequeñas para resultar viables, otros muchos cultivadores no poseen o poseen sólo parcialmente la tierra que trabajan y deben retirar una importante parte de la cosecha —casi la mitad— para entregarla en concepto de renta al propietario. Aunque el régimen de arrendamiento está, sobre todo, extendido en la China central y meridional, el pequeño propietario de la China del norte no resulta más favorecido que el colono de Ssuch'uan o de las regiones productoras de arroz y de té situadas al sur del Yangtse: y no solamente porque la China del norte sea menos fértil o esté menos irrigada, sino también porque el colono escapaba en principio al impuesto. Porque aunque teóricamente el importe de la contribución de la tierra no pueda compararse al de la renta, sin embargo, en la práctica, la contribución legal se dobla, triplica y a veces se decuplica por múltiples «sobretasas» adicionales. Sobretasas que, motivadas en su origen por la necesidad de reprimir el bandolerismo en el distrito o la provincia, construir un canal o realizar cualquier otra empresa de interés colectivo, subsisten después de la construcción del canal o la represión del bandolerismo. Además, en vez de ser percibido a intervalos fijos, el impuesto debe pagarse cada vez que el «gobierno local» —administración del distrito— o el general que controla la región necesita dinero: así es como los campesinos de ciertas regiones pagan en 1933 la contribución del 1960 o 1970... La usura castigaba, pues, tanto al pequeño propietario como al colono: casi la mitad de las familias campesinas están empeñadas crónicamente y los préstamos son frecuentemente causa de su proletarización.

El usurero del pueblo y el recaudador de impuestos suelen pertenecer a la aristocracia rural, la de los terratenientes que viven de la renta y monopolizan, además, el comercio de granos, ya que son casi los únicos que disponen de un excedente negociable. Aunque no se trata realmente de una aristocracia de nacimiento comparable a la nobleza de la Europa medieval, ni incluso de un estamento muy rico —ya que los «dominios» de los *ti-chu* están, en total, muy poco extendidos—, para la pobreza china esta clase aparece como extremadamente privilegiada, máxime cuando a este poder económico, modesto, pero enorme en las circunstancias de China, se añade también el prestigio intelectual (es la clase de los letrados) y el poder político (reservado a la élite

cultivada). Este grupo social se impone y domina en todo, pues, en el pueblo. Bloquea la evolución y ni siquiera moderniza las explotaciones de sus colonos: prefiere invertir comprando nuevas tierras. Impide, en fin, que éstos se equipen ellos mismos, ya que se apropia de.esa parte de sus ingresos que hubieran podido ahorrar.

El fracaso del Kuomintang

La reforma agraria resultaba, pues, condición previa para toda mejora decisiva de la condición campesina. Pero el gobierno de Nankín no realizó esta reforma. No entregó la tierra a los campesinos, no disminuyó el importe de las rentas [5] ni el de las contribuciones, ni luchó seriamente contra la usura. Se contentó con introducir —y eso con cuentagotas— cierto número de innovaciones o mejoras técnicas, con realizar algunos trabajos de hidráulica agrícola o de repoblación forestal, pero renunció a atacar al *statu quo* social. Más aún: incluso en el terreno económico, al que el régimen limitó de antemano lo esencial de su acción, se preocupó mucho más de los transportes, de los bancos y la industria que de la agricultura. En vísperas de la guerra chino-japonesa, las disponibilidades alimenticias por cabeza eran inferiores a las de cinco años antes. Parece que la condición de las masas campesinas continúo deteriorándose durante el «decenio de Nankín».

El régimen nacionalista comenzó, pues, de manera tímida y selectiva, el «despegue» económico del país, aunque renunciando a las indispensables transformaciones sociales. En el plano político e ideológico, evolucionó en un sentido cada vez más conservador. Sun Yat-sen había previsto el paso progresivo de la «tutela», asegurada en el momento de la unificación militar por el partido revolucionario (el Kuomintang), a un régimen realmente democrático. De hecho, esta democracia no llegó a instaurarse nunca: el poder del Kuomintang en el interior del país y el de Chiang Kai-chek en el interior del partido y del país continuaron afirmándose. Se trataba, en definitiva, de una verdadera dictadura, a la que sólo faltaba la eficacia —pero no la intención totalitaria— para asemejarse a los Estados fascistas de la Europa contemporánea, regímenes muy apreciados por el «Generalísimo» (Chiang Kai-chek). El movimiento de la *Vida Nueva,* que Chiang Kai-chek intentó imponer como un antídoto al marxismo, estaba pues, impreganado de la ideología fascista, así como de algunos elementos tomados del cristianismo y, sobre todo, de reminiscencias confucianas. Restableció el culto a Confucio, revalorizó las virtudes tradicionales denigradas por los intelectuales del 4 de

mayo y propuso remedios de orden moral o espiritual para los problemas económicos y sociales. Este régimen nacido de una sublevación revolucionaria acabaría por proponer como modelo a los chinos a un hombre de Estado, Tseng Kuo-fan, que aseguró la defensa de la dinastía manchú contra la insurrección de los T'ai-p'ing.

¿Cínica traición de sus orígenes revolucionarios? De hecho, el régimen se veía acaparado por tareas previas, que no le dejaban libre para resolver los problemas de fondo. Concluir la unificación del país, restablecer o mantener el orden y la seguridad, aunque a veces se tratara de una seguridad sólo aparente y de una unidad sólo nominal: tal es, esencialmente, la obra de Chiang Kai-chek. No realizó la revolución con la que Sun Yat-sen soñaba, pero unificó China, como lo habían hecho ya, antes de él, muchos fundadores de dinastías, en los períodos de anarquía consecutivas al declive y a la caída de dinastías precedentes. Como estos fundadores, Chiang actuó por ambición, pero actuó también, y sobre todo, bajo el imperio de la necesidad. El fenómeno del militarismo sobrevivió a la era de los «señores de la guerra». La conquista revolucionaria de 1926-1928 se limitó frecuentemente a una simple integración de los ejércitos regionales de los «señores de la guerra» en el ejército nacional; los primeros conservaron sus caracteres y, en muchos casos, su autonomía. Chiang tuvo que transigir con muchos jefes militares y potentados regionales e incluso concederles puestos oficiales —que equivalían a un reconocimiento de su poder— y tolerar sus guerras privadas y sus críticas. Pero, a pesar de todo, astuto y obstinado, consiguió, por medio de la intriga, la negociación o la guerra, provocar disidencias abiertas entre ellos, como la que enfrentó en 1929-1930 con el gobierno de Nankín a dos de los más conocidos «señores de la guerra» —Feng Yü-hsiang y Yen Hsi-shan— y al rival de Chiang dentro del Kuomintang, Wang Ching-wei. Poco antes de la guerra chino-japonesa, todo el mundo estaba de acuerdo en reconocer los progresos realizados por el gobierno central en la vía de la unificación del mundo chino. De entre los militaristas, los que conservaban una cierta autonomía pudieron todavía ignorar o interpretar exclusivamente a nivel local las directrices llegadas de Nankín, pero no pudieron ya desafiar abiertamente la autoridad del gobierno.

En suma, los «señores de la guerra» y la desobediencia de las provincias sólo representan una oposición y unos problemas bastante tradicionales, y, en todo caso, mucho menos graves que el desafío revolucionario. Porque los más temibles adversarios en el interior de Chiang, son los aliados de la víspera: los comunistas. Perseguidos y diezmados, los comunistas no abandonan la lucha.

Y cuando todavía no ha finalizado «el año de la traición» (1927) intentan ya, por una parte, prolongar la revolución en detrimento del que la ha confiscado, mientras que, por otra, se lanzan también a una reorientación radical de la acción revolucionaria en las zonas rurales. Se producen los últimos estremecimientos de la revolución urbana: el levantamiento, el 1 de agosto, de Nanchang, capital de Kiangsi, fracaso conmemorado hoy como el día del nacimiento del Ejército Rojo, y el sangriento episodio de la comuna de Cantón, del 11 al 14 de diciembre, salvajemente reprimida. Entre estos dos fracasos, otra tentativa desgraciada, pero de naturaleza muy diferente: la «insurrección de la cosecha de otoño», aplastada en menos de veinte días (septiembre de 1927) en los campos de la provincia de Hunan. Detenido el iniciador de esta revuelta campesina, hijo también de un campesino rico de los alrededores, soborna a sus carceleros y, después de esconderse todo el día para evitar ser encontrado y ejecutado, marcha a continuar la lucha un poco más lejos, hacia el este: se llama Mao Tse-tung. Antes incluso que los disturbios de Cantón, desencadenados por orden de la Komintern, hayan confirmado el fracaso de la vía clásica de la revolución, Mao, en octubre de 1927, había establecido la primera base revolucionaria rural en los montes Chingkang, en los confines de las provincias de Hunan y Kiangsi.

Mao no es exactamente el inventor de la «vía campesina», que continúa en China una larga tradición de motines y agitación rural. Por lo demás, desde 1922 otro comunista, P'eng P'ai, fusilado en 1929, ha seguido ya este camino en la provincia meridional de Kwangtung. Pero es Mao quien verdaderamente hará de la acción en el medio campesino la experiencia decisiva de la revolución china. Después de resistir durante algún tiempo todavía en la fortaleza natural de los montes Ching-kang, Mao recibe en la primavera de 1928 el refuerzo de algunos millares de soldados revolucionarios dirigidos por Chu Teh, futuro comandante en jefe del Ejército Rojo y vencedor de la guerra civil. Las fuerzas de Chu Teh le permiten instalarse menos precariamente en el sur de la provincia de Kiangsi. Los comunistas establecen allí una administración rebelde, reparten las tierras de los terratenientes entre los pequeños campesinos, fundan en 1931 una «República soviética china» —con capital en Juichin— y resisten victoriosamente cuatro «campañas de exterminio» montadas por Chiang Kai-chek o sus generales. Pero una nueva ofensiva, la quinta (1933-1934), montada con armamento importado y con ayuda de consejeros militares alemanes, derrota al Ejército Rojo. Sin embargo, éste puede escapar al aniquilamiento evacuando el terreno: es el principio de la Larga Marcha (octubre 1934-octubre 1935), que con-

duce a los supervivientes del Ejército Rojo vencido del sureste (Kiangsi meridional) al noroeste (Shensi septentrional) del inmenso país.

La base revolucionaria de Kiangsi, que en ciertos momentos llegó a englobar también parte de la vecina provincia de Fukien, sólo constituía la «base central», el corazón y el orgullo de la «República soviética». Pero, además, otras quince bases rurales diseminadas a lo largo de la China central, occidental y meridional en uno u otro momento reconocieron la autoridad de Juichin. Todos estos focos, que la miseria de las masas campesinas hacía permanentes, constituían una constante amenaza para el régimen nacionalista, como puso de relieve la efímera ocupación de Changsha, capital de Hunan, por el Ejército Rojo, en julio-agosto de 1930. De todas formas, después de la Larga Marcha —que antes de convertirse en epopeya fue simplemente una retirada—, el peligro comunista, aunque no conjurado, parecía reducido y menos apremiante. Porque ni la base soviética que los compañeros de Mao reconstituyeron en el *Shenpei*, al norte del Shensi, (base que, de hecho, no crearon, ya que se contentaron con agrandar y administrar un territorio previamente ocupado por guerrilleros comunistas), desolado y débilmente poblado, podía compararse con la de Kiangsi, ni el Ejército Rojo de 1936 era el de los años 1930-1933.

Pero es precisamente en estos momentos cuando el enemigo exterior toma el relevo y hace más temible al adversario interior: la agresión japonesa permitió a los comunistas chinos salir de su aislamiento. A decir verdad, las expediciones de los militaristas japoneses en el continente se remontaban a varios años antes e incluso contribuyeron, en los primeros momentos, a hacer impopular entre los intelectuales nacionalistas de las ciudades la revolución agraria desencadenada por los comunistas. Pero a partir del verano de 1935 y, sobre todo, durante el año 1936, la nueva táctica unitaria y antiimperialista adoptada por el PCC después del 7.º Congreso de la Komintern, conjugada con la persistencia y la agravación de la amenaza japonesa, dio sus frutos. Estudiantes e intelectuales patriotas critican ahora no ya la agitación «antinacional» de los revolucionarios, sino la resistencia demasiado blanda del gobierno a las intrigas y exigencias japonesas. Reclaman la unidad de todos los chinos contra el invasor extranjero y, por tanto, la conclusión de la guerra civil contra los comunistas quienes, por su parte, se proclaman una y otra vez los celosos defensores de la integridad nacional.

Aunque Chiang Kai-chek no es menos nacionalista que sus críticos, mejor informado del poder del ejército nipón y de la debilidad china, contemporiza. Y después del «incidente de Muk-

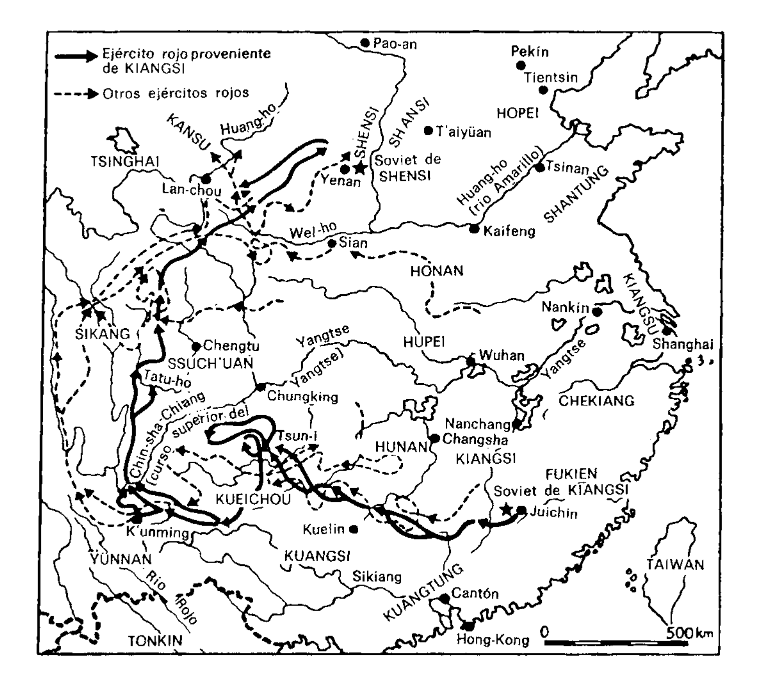


Fig. 2. La Larga Marcha (1934-1935)

den» —el 18 de septiembre de 1931—, que transformó las provincias del noreste en protectorado japonés —el Manchukuo, fundado en 1932—, y de la ocupación de Jehol por el ejército japonés a principios del año 1933, firmó una primera tregua —tregua de Tangku, 31 de mayo de 1933—, que equivalía a un reconocimiento tácito del hecho consumado. Dos años después, aceptaba incluso —acuerdo Ho-Umetzu de julio de 1935— reprimir la agitación antijaponesa en el país y retirar las tropas de China del norte, que los japoneses intentaban convertir en un segundo Manchukuo.

«Pacificación interior primero, resistencia a la agresión extranjera después», repite incansablemente la propaganda gubernamental, revelando así el cálculo de Chiang, que, en efecto, se cree capaz de acabar con los comunistas, pero, para resistir victoriosamente a Tokyo, juzga indispensable una preparación a largo plazo y, sobre todo, una ayuda exterior (sea ésta de los ingleses, de los rusos o de los americanos, cuyos intereses acabarán viéndose amenazados por el militarismo japonés). «Frente unido antijaponés», replica una opinión nacionalista, cuya resolución e impaciencia se expresa en la *Unión para la Salvación Nacional*, fundada en mayo de 1936. La agitación del Frente, cada día mayor, alcanza incluso a las tropas encargadas de luchar contra el Ejército Rojo. Así, cuando en diciembre de 1936 Chiang Kai-chek llega en persona a Sian, capital de Shensi, a proclamar el comienzo de una nueva «campaña de aniquilamiento» de los comunistas, que espera sea la última, es detenido por el general al mando de los ejércitos anticomunistas, quien reclama a su cautivo el cese de las hostilidades con los comunistas y la sustitución de la guerra civil por la guerra nacional.

Treinta años después, el «incidente de Sian» sigue siendo un asunto poco claro y los historiadores continúan ignorando los detalles de las transacciones que se desarrollaron en esas decisivas jornadas y en las que participó, en nombre del PCC, el propio Chu En-lai [6]. En todo caso, liberado al cabo de dos semanas, Chiang Kai-chek renunció a toda nueva campaña anticomunista y endureció, en cambio, su posición con respecto a Tokyo, hasta tal punto que, siete meses después, un nuevo incidente sobrevenido en China del norte —el incidente del puente Marco Polo, julio de 1937— desencadenó la guerra chino-japonesa, que tantos incidentes anteriores no habían podido provocar...

Sea lo que fuere, la guerra constituye la conclusión de una política imperialista a la que los japoneses no habían renunciado verdaderamente desde la época de las «veintiuna peticiones» de 1915, aunque entre 1922 —conferencia de Washington— y 1928 la llevaran con sordina. En este sentido, fue tanto el imperialismo

como sus propias insuficiencias lo que condenó al Kuomintang: aunque, de todas formas, la experiencia iniciada durante el «decenio de Nankín» hubiera probablemente fracasado, lo cierto es que fue la guerra lo que la hizo abortar.

4. El Asia sudoriental desde principios del siglo XX hasta la segunda guerra mundial

A principios del siglo XX, la conquista del Asia sudoriental por el Occidente ha concluido. Sólo el Siam ha podido mantener difícilmente su independencia gracias a su posición de amortiguador entre las posesiones británicas y francesas. Esta situación no sufriría ya más cambios hasta la guerra del Pacífico. Pero, dentro del propio colonialismo triunfante, actúan ya fuerzas que tienden a derribarlo.

Los factores del nacionalismo

Así como el capitalismo engendra el proletariado, la colonización suscita también el nacionalismo. La disgregación de la antigua estructura feudal o semi-feudal hace surgir nuevas clases que tienden a combatir al Occidente con sus propias armas. Reivindican las libertades democráticas, el poder económico, la autonomía, la independencia. La toma de conciencia de la opresión exterior provoca la afirmación de la personalidad nacional y de la unidad étnica. Poetas, escritores, dirigentes religiosos, vuelven a las fuentes y revalidan su lengua, su folklore, su patrimonio artístico y literario, al tiempo que redescubren las glorias de la leyenda y la historia. El imperialismo occidental crea, así, la rebelión contra él mismo. Pero Asia se rebela también contra las formas atrasadas de su propio pasado. Un mundo semi-feudal va transformándose penosamente en un mundo moderno.

Es evidente que el nacionalismo se desarrolla por oposición a la dominación europea. Por eso es débil en Tailandia, que nunca ha llegado a ser una colonia, y en aquellas regiones que se han visto poco afectadas por la colonización occidental y las técnicas de producción capitalistas, donde las poblaciones continúan viviendo según su modo de vida tradicional, sin gran interferencia por parte de las autoridades coloniales y regidas siempre directamente por sus antiguos señores. El retraso del nacionalismo se debe, pues, entre otras razones, a que este pueblo practica todavía una agricultura de subsistencia y, en consecuencia, tiene una menor dependencia respecto a la economía capitalista; por otra parte, continúa sometido al gobierno de los sultanes. Los princi-

pales focos nacionalistas aparecen allí donde la penetración occidental ha sido más profunda.

Por lo demás, en un mismo país el nacionalismo no reviste en todas partes igual violencia: basta con franquear el estrecho que separa Java de Bali para encontrar un elima diferente; los balineses, preservados de los efectos de la civilización moderna por los holandeses, han respondido débilmente a la llamada del nacionalismo. La propia Java, cuyo contacto con Europa se remonta a fecha más antigua, sólo descubrió el nacionalismo a principios del siglo XX, cuando los holandeses estrecharon su control político, centralizado su administración e intensificado la explotación económica de la isla.

Porque no se puede, en efecto, calificar ya de «nacionalistas» a los movimientos armados que se opusieron al principio a la conquista occidental. Más exacto sería utilizar el epíteto de «patrióticos». Estos movimientos están dirigidos por las antiguas clases dirigentes, que reciben, por lo demás, amplia ayuda de la población: representan tanto una reacción instintiva y sentimental a la intrusión extranjera como un esfuerzo de la vieja aristocracia por conservar su autoridad y su prestigio. Así, Diponegoro, sultan de Jogjakarta, durante cinco años, de 1825 a 1830, sostuvo una heroica lucha contra los holandeses. La anexión de Birmania por Inglaterra provocó una resistencia de igual duración, acaudillada por los príncipes reales, los *thugyi* —jefes de administración provincial— y los monjes budistas, contra la que Inglaterra hubo de alinear a más de 40.000 hombres. En Camboya, el príncipe Si Votha lanzó a sus tropas armadas con flechas y fusiles de chispa contra Phnom Penh, ocupado por los franceses (1885-1887). En 1885, después de la caída de Hué, el emperador Hàm-nghi y Tôn Thât Thuyêt sublevaron al Viet-Nam; el movimiento, continuado por Phan Dinh Phùng y Dê Tham, sólo se extinguiría lentamente a principios del siglo siguiente.

La desproporción de fuerzas era aplastante y la resistencia de la aristocracia sufrió un pesado handicap: la ausencia de un carácter verdaderamente nacional. Incluso cuando fue dirigida por la monarquía, no consiguió coordinar el movimiento en el conjunto del territorio. Cada grupo de partisanos operaba en su región sin poder superar unas perspectivas puramente locales. Y la resistencia armada fue reducida progresivamente. Sin embargo, aparecieron otras fuerzas que orientaron el movimiento nacional en una nueva dirección.

Aunque no ejerciera ninguna influencia sobre el resto de Asia, la revolución filipina de 1896 es el primer movimiento que puede llamarse propiamente «nacionalista».

La ocupación española duraba ya desde hacía trescientos años.

Al someter a poblaciones hasta entonces separadas en jeferías opuestas a un solo sistema de leyes, a una administración fuertemente centralizada bajo un gobernador general, a una lengua y religión comunes —excepto los moros de Mindanao, la población filipina es hoy católica en una proporción del 78 por 100—, los españoles habían puesto las bases de una unidad nacional. Pero este régimen se caracterizaba por una profunda opresión. El gobernador disponía de una autoridad ilimitada y reinaba en las islas con la ayuda de nobles españoles y caciques indígenas, a los que se habían atribuido inmensos dominios (encomiendas). La Iglesia, organizada en teocracia, dominaba absolutamente las almas, mantenidas en el oscurantismo. Por coacción o usura, se había apoderado también de vastas propiedades: en el momento de la anexión a los Estados Unidos, los dominicos y agustinos poseían 170.000 hectáreas de los mejores terrenos, en las que trabajaban 60.000 colonos.

Durante los trescientos años que duró la ocupación española, hubo, de media, una revuelta cada cinco años. Se trataba, al principio, de movimientos locales provocados por el trabajo forzoso, los impuestos aplastantes, los abusos de los grandes propietarios o la discriminación con respecto a los sacerdotes filipinos. Pero a principios del siglo XIX empezó a surgir un verdadero nacionalismo. La proclamación de la República española (1868) fue seguida de una liberalización de la política colonial; un número cada vez mayor de filipinos iba a estudiar a Europa. Pero el restablecimiento de la monarquía puso fin a este período y reanimó las revueltas: la de Cavite (1872) señala el principio de la lucha nacional, en la que se distinguen José Rizal, Marcelo H. del Pilar y Andrés Bonifacio, este último fundador de la sociedad secreta *Katipunan*.

La insurrección general estalló en 1896 en Luzón y se extendió rápidamente. Proclamada la República bajo la presidencia de Aguinaldo, los filipinos entraron en contacto con los norteamericanos, que luchaban contra los españoles en Cuba, y, en 1898, el almirante Dewey destruía la flota española en la bahía de Manila. Pero la colaboración cesó inmediatamente cuando los filipinos se dieron cuenta de los objetivos expansionistas de sus aliados. Por el tratado de París, España cedía Filipinas a los Estados Unidos por 20 millones de dólares. Durante tres años más, hasta que fue aniquilada por la fuerza de las armas, Aguinaldo continuó todavía, por honor, la resistencia.

Después de la fase de conquista y «pacificación», la dominación europea, ahora sólidamente asentada, emprendió la implantación de su administración y explotación económica. Esta doble actividad engendraría en las poblaciones nuevas clases sociales:

burguesía agraria o comerciante, proletariado de las plantaciones y de las minas. El fracaso de la lucha armada hizo comprender a la élite intelectual que, para luchar victoriosamente contra Occidente, había que servirse de sus propias armas. Abandonando la «sabiduría oriental», esta élite emprendió ardorosamente el estudio de la ciencia europea. Esta voluntad de «modernización», que se oponía a la nostalgia del pasado del período precedente, se vio alentada por los ejemplos del Japón y China: la industrialización de Meiji, las reformas de K'ang Yu-wei y Liang Ch'i-ch'ao, la victoria de Port-Arthur (1905), de inmensa resonancia, la revolución china de 1911 y los «tres principios del pueblo» de Sun Yat-sen. En la India, el Partido del Congreso, fundado en 1885, que hasta entonces se había contentado con sugerir tímidas reformas, reclamó en 1906 el *svarāj*, es decir, la independencia.

En fin, el Siam, único país independiente del Asia meridional, se modernizaba también. Practicando una política de equilibrio de poderes, el rey Chulalongkorn, contemporáneo de Meiji (1868-1910), introducía reformas administrativas y judiciales y, ayudado por consejeros internacionales, creaba un ejército moderno. A pesar de su régimen de monarquía absoluta, el Siam aparecía como un Estado moderno a ojos de los nacionalistas de los países vecinos; Bangkok se convirtió en un lugar de refugio para los revolucionarios perseguidos por las policías occidentales.

Pero el nacionalismo se vio también involuntariamente favorecido por la propia acción colonizadora. El desarrollo de las comunicaciones terrestres y marítimas implicó una mezcla y contacto de pueblos que, si hasta entonces se ignoraban o desconfiaban entre sí, descubrieron de pronto múltiples afinidades. Este fenómeno resultó particularmente notable en Indonesia y Filipinas, archipiélago de innumerables islas cubiertas por un verdadero mosaico de poblaciones, de las más primitivas a las más evolucionadas. La centralización de la administración europea, realizada en un grado desconocido bajo las viejas monarquías, rompió definitivamente el marco lugareño de las actividades campesinas.

La influencia ideológica fue un factor muy importante. No se extendió por la enseñanza oficial, enseñanza que los gobiernos coloniales restringieron lo más posible, sino por la circulación clandestina de libros prohibidos. Desde Rousseau a Lenin, las obras de los filósofos y hombres políticos de Occidente eran leídas ávidamente por la juventud intelectual. En ellas descubrían con sorpresa la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos de América, los principios de 1789, la afirmación del derecho de las naciones a disponer de sí mismas, las luchas nacionales del siglo XIX europeo, el inmenso alcance de la Revolución de

Octubre. Ahora bien, los ideales de libertad e igualdad en que se fundaban las democracias europeas no aparecían en ninguna parte en sus colonias; contradicción interna que sólo podía explicar el marxismo-leninismo.

Nada ilustra mejor los opuestos resultados que puede tener la política colonial con respecto a los propios proyectos de los colonizadores, como el desarrollo del malayo en Indonesia y del *quôc ngu* en el Viet-Nam. Los holandeses utilizaban en la administración el malayo de bazar, la antigua *lingua franca* del comercio del archipiélago, porque juzgaban que, para mantener su prestigio y el sentimiento de inferioridad de los indonesios, nada mejor que prohibir a éstos últimos hablar la misma lengua que ellos. De hecho, querían fundar su superioridad en la ignorancia indígena. Pero, por reacción, los nacionalistas emplearon el malayo como un arma contra la dominación holandesa, haciendo de él una lengua nacional, la *bahasa Indonesia,* que contribuyó, con el Islam, a romper los particularismos locales.

En el Viet-Nam, la administración francesa favoreció la enseñanza del *quôc ngu,* escritura inventada por los misioneros del siglo XVII con un objetivo muy preciso: eliminar la influencia de la cultura china y, de esta manera, la de los intelectuales que acaudillaban entonces la resistencia y la oposición más irreductibles al Protectorado. De hecho, el *quôc ngu* suplantó al ideograma chino, pero resultó de una comodidad y simplicidad tales que los nacionalistas acabarían adoptándolo como instrumento de vulgarización de los conocimientos y de renovación de la propia cultura vietnamita. La difusión del *quôc ngu* llegaría a ser una de las consignas de la revolución.

El papel de la religión en el movimiento nacional

En ciertos países, la religión desempeñó un papel importantísimo en el crecimiento del movimiento nacional: tal es el caso del budismo en Birmania y Camboya, y del islamismo en Indonesia. No era únicamente su universalidad lo que hacía aquí solidarios a sus fieles. No constituía solamente un lazo de unión entre la mayoría de los habitantes, sino que actuaba como símbolo de reagrupación de las masas bajo el signo de los valores tradicionales, frente a un extranjero invasor con una fe diferente. El prestigio de la antigua religión se vio, además, realzado por el brillante comportamiento de sus sacerdotes que, tanto en Birmania y Camboya como en Indonesia, figuraron entre los jefes de la resistencia a Inglaterra, Francia o los Países Bajos. En Birmania, después de la caída de la monarquía, el budismo constituía el único nexo que unía al pueblo con su pasado. A partir de 1897 nacieron

múltiples asociaciones budistas que contribuyeron a despertar el nacionalismo. Por su papel educativo, el budismo impregnó profundamente el espíritu de varias generaciones de birmanos. Su tolerancia, sus ideales de compasión e igualdad, marcaron su pensamiento político y, especialmente, su marxismo.

El Islam resultó también un vehículo de progreso para Indonesia. Ningún otro país musulmán ha mostrado probablemente menos «fanatismo» y más apertura a las nuevas ideas. Esto se debió en parte a que el Islam sólo fue aquí un ligero barniz que recubría profundas capas de hinduismo, budismo y cultura indígena primitiva. Se interpretó en un sentido mucho menos conservador que en otros países y estuvo mucho menos ligado al orden político y social existente. Indonesia sufrió la influencia no del panislamismo reaccionario, sino del movimiento modernista que se desarrolló en El Cairo en los primeros decenios del siglo XX. Corriente que trata de purificar la religión de su corrupción y de sus prácticas supersticiosas y hacer de ella un instrumento de renovación social.

La influencia del budismo y del Islam explica la débil atracción del cristianismo. Pero la razón esencial de su fracaso no es, sin embargo, ésta. Reside en que el cristianismo está ligado a la conquista occidental, conquista en que los misioneros jugaron el papel de furrieles. Inspirados por ellos, las comunidades indígenas no dudaron en aportar su apoyo a los ejércitos extranjeros y durante mucho tiempo la administración colonial sólo dispuso como colaboradores, según la observación hecha por el almirante Rieunier en Cochinchina, de «cristianos o pícaros». El cristianismo no ha ejercido, pues, ninguna influencia sobre el desarrollo del sentimiento nacional ni incluso del pensamiento. El caso de Filipinas es sólo una excepción aparente. Cierto que la población cuenta hoy con más de un 90 por 100 de cristianos. Pero hay que destacar que, a su llegada al archipiélago, a excepción de los moros, que permanecerían impermeables a la evangelización, los españoles sólo encontraron poblaciones relativamente atrasadas y sin creencias profundas. Especialmente la Iglesia católica, al acaparar las tierras de los campesinos pobres y discriminar a los sacerdotes indígenas, suscitó, como hemos dicho más arriba, violentos odios que se manifestaron en revueltas periódicas. El nacionalismo filipino se formó por oposición a la Iglesia española y no bajo su influencia. La creación, en 1902, de una Iglesia filipina independiente por Aglipay, capellán de las tropas de la Revolución de 1896, es también otra prueba de esto.

Las primeras organizaciones nacionalistas

A principios del siglo XX cambia la dirección de los movimientos nacionales. Pasa de las manos de la aristocracia a las nuevas

clases sociales nacidas de la colonización. En efecto, aparte de una minoría, la aristocracia aceptó generalmente una dominación extranjera que, aun despojándola de sus poderes efectivos, mantenía su posición nominal. Aunque convertidos en simples funcionarios de la administración colonial, funcionarios ante cuyas exacciones se cierra los ojos para poder así mantener su fidelidad, los regentes de Java, el mandarinato vietnamita y los sultanes de Malasia continúan siendo elegidos entre las antiguas familias. Sus intereses quedan así ligados a los de los europeos. Y más que favorecer la acción nacionalista, que en nombre mismo del pueblo y de la nación atacará sus privilegios tradicionales —en todo nacionalismo hay siempre una parte de democracia—, estos funcionarios la combatirán. Sólo en raras ocasiones los más conscientes de ellos conseguirán romper con las ideas de su casta y se colocarán incluso a la cabeza del movimiento nacional.

El caso de Phan Bôi Châu y de Phan Châu Trinh constituye un ejemplo notable en este sentido. Laureados con las más altas recompensas, estos dos grandes intelectuales vietnamitas se negaron a ocupar los puestos que la administración les ofrecía en la corte de Hué y dedicaron su vida a la lucha por la independencia de su país. Aunque por caminos distintos —Châu intentó buscar el apoyo japonés para derrocar por la fuerza el régimen colonial, mientras que Trinh se esforzó siempre en actuar dentro del marco legal—, ambos rechazaron el régimen monárquico. Quisieron renovar el pueblo por la instrucción y construir una democracia. La transformación política iría pareja con la modernización económica: tal es el sentido de la fundación de asociaciones comerciales, que no expresa, como se ha escrito, las aspiraciones de una «joven burguesía» —tal burguesía no existía en 1905—, sino la voluntad de educación de los grupos cultivados reformistas. El Protectorado frustrará estas esperanzas. Después de siete meses de existencia se cerró la escuela *Dong king nghia thuc* y se disolvieron (1907) las asociaciones comerciales inspiradas en ella.

Las organizaciones formadas en la misma época en Filipinas, Birmania e Indonesia se inspiran también en este espíritu de occidentalización. En Indonesia, sometida desde hacía mucho tiempo a dominación europea, la extensión de la administración holandesa y el desarrollo de intercambios creó un núcleo de pequeños funcionarios y comerciantes. Y si la princesa Kartini prefigura aquí el renacimiento cultural nacional, los fundadores de las primeras asociaciones políticas son elementos evolucionados de una clase media. Creado en 1908, el *Budi Utomo* (Noble aspiración) agrupa en su seno a intelectuales occidentalizados, la mayor parte de ellos pequeños funcionarios de Java. El *Budi Utomo* se fija como objetivos el progreso económico y, sobre todo, cultural, del

país. No llegó a conectar con las masas y se limitó a tímidas reivindicaciones.

Por el contrario, el *Sarekat Islam* (Asociación de comerciantes musulmanes) tuvo inmediatamente un gran éxito. Fundado en 1911 por comerciantes urbanos para luchar contra la competencia de los intermediarios chinos, el *Sarekat Islam* es la primera manifestación del nacionalismo «burgués», y muestra ya rasgos progresivos. No solamente ataca los privilegios de la nobleza feudal y el poder de los funcionarios indígenas, sino que se opone también a la jerarquía colonial y a las grandes empresas europeas. El rápido progreso del movimiento, que en 1919 cuenta ya con dos millones y medio de miembros, muestra la resonancia de estas reivindicaciones en la población. Un informe oficial del gobierno de las Indias holandesas, publicado en 1920, analiza exactamente el sentido de este movimiento: «Lo que constituye la naturaleza del movimiento indígena», escribe, «es el esfuerzo por liquidar las limitaciones impuestas por la competencia de las empresas capitalistas extranjeras intentando poner fin a la dominación, tanto política como económica, del extranjero. La esencia del movimiento nacionalista es, pues, la revuelta de las fuerzas productivas crecientes de una sociedad indígena al principio del capitalismo contra la dominación económica y política del capital extranjero».

El ideal nacionalista basado en la unidad indonesia aparece en la misma época. El Partido de las Indias *(Indische Partij)*, fundado en 1912, pide, por primera vez, la autonomía. Detenidos sus dirigentes en 1913, aunque su movimiento no haya tenido tiempo para llegar hasta las masas, el llamamiento a la unidad nacional no será inútil.

La primera guerra mundial tuvo importantes repercusiones en Asia. Las rivalidades y divisiones de las potencias europeas aparecen ahora claramente e incluso los vencedores salen debilitados del conflicto. El ideal proclamado por las democracias, de luchar «por la justicia y la civilización», su victoria sobre los Imperios centrales, la afirmación del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, expresada en los Catorce puntos de Wilson, contribuyen a suscitar las esperanzas de los países coloniales. En fin, la revolución rusa de octubre de 1917 lanza un llamamiento mundial a la lucha contra el imperialismo.

En la India, Gandhi se pone a la cabeza del movimiento nacionalista. Su táctica de la no violencia, de la desobediencia colectiva y del boicot a los productos europeos conseguirá numerosos adeptos en el Asia sudoriental, especialmente en Birmania e Indonesia. En cuanto al Viet-Nam, está directamente sometido a la influencia de los acontecimientos de su gran país vecino, China:

movimiento de los estudiantes de Pekín en 1919, grandes huelgas de Hongkong y Shanghai en 1922 y 1925, respectivamente.

El período 1920-1930 es el del progreso de las organizaciones nacionalistas dirigidas por una burguesía o unas clases medias que han llegado a tener una conciencia cada vez más aguda de su sujeción y de la de su país. La primera sólo pide una mayor participación en el poder dentro del marco del régimen establecido y un desarrollo de las actividades económicas locales, sin preocuparse demasiado por las aspiraciones populares: tal es el caso del Partido nacionalista filipino fundado en 1907 y dirigido por Osmeña y Quezón, o del Partido constitucionalista cochinchino. Este último, creado en Saigón en 1923 —la Cochinchina, colonia, tiene un régimen político más liberal que los protectorados de Annam y Tonkín—, pide las libertades democráticas, la ampliación de la representación vietnamita y el acceso de los vietnamitas a los cargos públicos.

Frente a éstos, los partidos de los intelectuales muestran una mayor combatividad y «radicalismo». Lo que buscan y reivindican es la independencia misma, aunque haya de conseguirse por la insurrección armada.

En Birmania, hasta 1914 las aspiraciones se habían limitado al terreno de la instrucción. En 1920, la Asociación de la Juventud Budista, que existía desde 1906, se transformó en Consejo general de las asociaciones birmanas: después de proclamar abiertamente su objetivo de obtener el *Home rule,* la asociación se lanzó a la agitación política (huelga de estudiantes en la Universidad de Rangún).

En el Viet-Nam aparecen el *Tân Viêt* (Nuevo Viet-Nam), y, sobre todo, el *Viêt-Nam quôc dân dang* o VNQDD (Partido Nacional del Viêt-Nam), fundado en Hanoi, en 1927, de acuerdo con el modelo del Kuomintang chino por un joven maestro, Nguyên Thai Hoc.

En 1923, los estudiantes indonesios en Holanda crean el *Perhimpunan Indonesia* (la Unión indonesia). Algunos de ellos, como Hatta, Sjahrir, Sastroamidjojo, desempeñarían posteriormente un papel importante. En la propia Indonesia, después del fracaso de la insurrección comunista, del que hablaremos más adelante, Sukarno crea, el 4 de junio de 1927, el *Partai Nasional Indonesia.* Sukarno, con un programa cuyos objetivos finales eran la unidad indonesia y la independencia *(Merdeka),* consiguió organizar una federación de todos los partidos políticos indonesios. Desde el Partido de las Indias, el sentimiento nacional había progresado mucho. Los acontecimientos de 1926-27 probaron que toda acción local estaba abocada al aniquilamiento y que únicamente un movimiento apoyado por el conjunto de la población

podría tener éxito. Pero el desarrollo de las comunicaciones interinsulares tendía a borrar los particularismos regionales y a difundir el empleo del malayo, que los holandeses favorecían para evitar así que se propagara el holandés, es decir, la instrucción moderna. Los nacionalistas lo adoptaron como lengua nacional, la *bahasa Indonesia*, y el *kopiah*, fez negro, se convirtió en símbolo de la conciencia nacional. Las asociaciones juveniles regionales se fueron fusionando progresivamente en vastas organizaciones nacionales. Y en 1928, ante la bandera roja y blanca y cantando el himno nacional *Indonesia Raya* («Oh gran Indonesia»), el congreso de la juventud indonesia prestó juramento. Al año siguiente, Sukarno era detenido.

Ante el auge del nacionalismo, los gobiernos coloniales, seguros de su fuerza militar, sólo consintieron tímidas reformas.

Los filipinos contaban sin duda con el régimen más liberal, ya que los Estados Unidos no se interesaban tanto en la dominación política como en la explotación económica. En 1907, el archipiélago obtuvo una Asamblea legislativa, aunque con poderes estrictamente limitados y elegida por sólo el 4 por 100 de la población. En 1916 el *Jones Act* prometió la independencia y amplió la representación filipina. El poder legislativo era ejercido por un Senado y una Cámara cuyos miembros eran elegidos en su mayor parte. La autonomía interna era casi completa: los Estados Unidos se reservaron sólo el control de la moneda y del comercio exterior, así como un derecho de veto sobre los actos del Parlamento filipino.

En Birmania, donde existía un Consejo legislativo cuyos miembros eran designados por nombramiento y tenían sólo un papel puramente consultivo, el *Government of Burma Act* de 1921 introdujo el sistema de la «diarquía» concedido a la India dos años antes. A partir de 1923 el gobernador fue asistido por un Consejo ejecutivo que comprendía dos miembros encargados de los departamentos reservados (defensa, orden público y finanzas) y dos miembros encargados de los departamentos transferidos (educación, sanidad, agricultura y contribuciones indirectas). Estos dos últimos ministros eran responsables ante el Consejo legislativo, dotado de una mayoría elegida según el sistema censatario. La derecha nacionalista se mostró dispuesta a compartir el poder con los británicos, pero la mayoría, decepcionada, boicoteó las elecciones: en 1922 solamente votó el 7 por 100, el 16 por 100 en 1925 y el 20 por 100 en 1928.

En 1918 se creó en las Indias neerlandesas un *Volksraad*, «Consejo del pueblo», con un papel puramente consultivo. Aunque en 1927 este Consejo recibió ciertos poderes deliberativos, el gobernador general siguió conservando el derecho de veto. Los

holandeses disponían de 25 escaños, de un total de 60, y de la presidencia del *Volksraad*. Un tercio de los miembros se designaba por nombramiento, y el resto era elegido por un muy pequeño número de electores, divididos en tres colegios distintos: holandés, chino e indonesio. La mayoría estaba constituida por funcionarios.

En Indochina existían también asambleas llamadas «representativas»: el Consejo Colonial de Cochinchina, el Gran Consejo de los intereses económicos y financieros, las Cámaras de los representantes del pueblo de Tonkín y Annam. Sin embargo, en las dos primeras asambleas, encargadas de opinar sobre los proyectos presupuestarios, los miembros franceses estaban en mayoría y el gobernador general poseía el derecho de veto. Las dos últimas eran puramente consultivas y estaban sometidas a un riguroso control. Por todas partes, las condiciones de censo y de capacidad limitaban estrictamente el cuerpo electoral.

Las decepciones y la represión de las actividades nacionalistas explican la atracción cada vez mayor que ejercía una fuerza nueva, el comunismo.

Auge del comunismo

En rigor, las ideas socialistas se habían introducido en Asia sudoriental antes de la primera guerra mundial, en el momento en que se formaba un proletariado industrial. A principios de siglo se fundan los primeros sindicatos en Filipinas y, sobre todo, en Indonesia, país éste donde más importancia tiene la clase obrera. En 1914 se crea en Java la «Asociación socialdemócrata de las Indias orientales», que difunde la teoría marxista y que experimentará, a partir de la revolución de octubre de 1917, rápidos progresos.

La Internacional se interesa particularmente por Indonesia e Indochina, países que se considera cumplen las condiciones prerrevolucionarias, ya que ambos cuentan con los regímenes coloniales más autoritarios y las poblaciones más miserables y numerosas.

Indonesia, ese «puente entre Asia y Australia», según la expresión de Bujarin, parecía un terreno abonado para la revolución. En efecto, cuenta con las más antiguas tradiciones socialistas y su clase obrera es la más fuerte numéricamente y la que antes ha comenzado a organizarse. El Partido comunista indonesio (PKI), creado el 23 de mayo de 1920, es el primer partido comunista del Asia sudoriental. Al principio, sus progresos son notables y no tardó en conseguir el control de los sindicatos más importantes. Pero, sobrevalorando su influencia, se desviará hacia la izquierda:

en junio de 1923 decreta una huelga general de transportes y anuncia abiertamente su objetivo de instaurar el poder soviético. Este comportamiento es denunciado por Stalin en mayo de 1925 ante la Universidad de los Pueblos de Oriente: «Me parece que los comunistas de Java, que recientemente han cometido el error de lanzar la consigna del poder soviético en su país, han sobreestimado las posibilidades revolucionarias del movimiento de liberación y subestimado la alianza de la clase obrera con la burguesía revolucionaria contra el imperialismo. Se trata de una desviación a la izquierda, que puede aislar a las masas del Partido comunista y transformar a éste en una secta» [1].

Es probable que el PKI no tuviera entonces conocimiento de esta crítica. El hecho es que no la tuvo en cuenta. Contaba entonces con 3.000 miembros y controlaba organizaciones que agrupaban aproximadamente a 31.000 trabajadores urbanos y rurales. A pesar de la debilidad de esta base y haciendo caso omiso de la opinión de una minoría representada por Tan Malaka, se decidió la insurrección. Pero como la mayor parte de sus jefes fueron sucesivamente detenidos y deportados, el partido, desorganizado, encontró cada vez más dificultades para coordinar sus actividades y perdió el contacto con las masas campesinas. La insurrección general, aplazada una y otra vez, estalló finalmente el 12 de noviembre de 1926, y sólo afectó seriamente a Bantam y a la costa occidental de Sumatra. Finalmente, el gobierno la aplastó por el terror. La fuerza de los comunistas quedó rota para el resto del período colonial: su izquierdismo y su aventurismo, que se renovarían una vez más en 1948, dejaban la dirección del movimiento nacional a los intelectuales nacionalistas.

Por el contrario, el Partido comunista indochino se benefició de la dirección de un jefe genial, Nguyên Ai Quôc, que, contra viento y marea, le conduciría finalmente a la victoria. Es preciso subrayar aquí que la atracción marxista no sufrió el freno espiritual que constituía el budismo en Birmania o el Islam en Indonesia, ya que el budismo mahayâna vietnamita, por lo demás extremadamente tolerante, estaba desde hacía mucho tiempo en decadencia y no ejercía ninguna influencia profunda sobre el espíritu positivo de los vietnamitas. Sólo el catolicismo, fuertemente organizado, se opuso eficazmente al marxismo, aunque agrupaba a menos del 10 por 100 de la población.

Nguyên Ai Quôc, después de haber militado en Francia y en Rusia, llega a Cantón y funda allí, en 1925, dos organizaciones: la Unión de los Pueblos oprimidos de Oriente y la Asociación de la Juventud revolucionaria del Viet-Nam. Esta última difunde clandestinamente en el país el periódico *Thanh niên* (Juventud), que desarrolla temas nacionalistas y marxistas. En 1926 Quôc escribe

El camino de la revolución, donde se hace hincapié en tres ideas: 1) la revolución no es obra de algunos hombres, sino de amplias masas obreras y campesinas, y de ahí la necesidad de organizarlas; 2) la revolución debe estar dirigida por un partido marxista-leninista; 3) en cada país, el movimiento revolucionario debe mantener un estrecho contacto con el proletariado internacional.

La consecuencia del desarrollo de la clase obrera y del movimiento proletario en Viet-Nam es la creación, en 1929, de tres organizaciones comunistas, en cada una de las tres partes de Viet-Nam. Nguyên Ai Quôc consigue unificarlas en Hong-Kong, en 1930: el Partido comunista vietnamita, creado en enero, toma en octubre el nombre de Partido Comunista indochino para englobar así, en su esfera, al Viet-Nam, Camboya y Laos. Las «Tesis políticas de octubre» proponen la «revolución democrática burguesa». Sus dos objetivos principales son el derrocamiento del imperialismo y la abolición de los vestigios del feudalismo, por una parte, y la distribución de la tierra a los campesinos, por otra. Estos objetivos aparecen estrechamente ligados, ya que no se puede liquidar el feudalismo sin derrocar el imperialismo que lo apoya y, a la inversa, no se puede derrocar el imperialismo sin liquidar el feudalismo, sin dar la tierra a los campesinos. La clase obrera y el campesinado constituyen las fuerzas motrices esenciales de la revolución, pero es indispensable, para que ésta triunfe, que la clase obrera asuma la dirección.

1930 es también el año en que aparecen los Partidos comunistas de Malasia y Filipinas. La coincidencia no es fortuita ya que ambos se han formado bajo la influencia del Buró para el Extremo Oriente, uno de cuyos dirigentes es Nguyên Ai Quôc.

En el momento en que el capitalismo atraviesa su fase de más profunda depresión, el instrumento para luchar contra él está a punto.

Los movimientos de 1930

Pues, en efecto, la crisis económica que estalla en Nueva York en 1929 precipita la crisis general del sistema capitalista. Como la de las metrópolis, e incluso más gravemente, la economía colonial se hunde. Basada en la exportación de materias primas y géneros coloniales particularmente sensibles a las fluctuaciones internacionales, ofrece una vulnerabilidad total. Las repercusiones sociales son crueles: los campesinos arruinados por la caída de los precios del arroz y desposeídos por sus acreedores, paro obrero, reducción de salarios o pérdida de trabajo entre los empleados y pequeños funcionarios. En fin, los grandes propietarios y los comerciantes se ven también afectados por la crisis.

La depresión económica tiene, así, por efecto, reunir las diferentes fuentes de descontento y fusionar en un mismo impulso reivindicador todas las capas de la población. 1930 será el punto de partida de disturbios y huelgas que, duramente reprimidas, persistirán en estado latente para renacer con nuevo vigor durante la guerra del Pacífico. A la crisis del capitalismo viene a unirse la crisis colonial.

Por todas partes estallan revueltas. De un punto a otro del Asia sudoriental, estas revueltas se propagan como una reacción en cadena.

La señal la dará, en 1930, el Viet-Nam. El 10 de febrero, el VNQDD se subleva en Yênbai, en el Viet-Nam del Norte. El movimiento, mal coordinado, no es seguido. Detenidos y ejecutados los principales jefes, los supervivientes se refugian en la China meridional. Sin embargo, la acción ha tenido profundas repercusiones.

Los comunistas toman el relevo. En febrero de 1930 se produce una oleada de huelgas. A partir del 1.º de mayo se desencadenan grandes manifestaciones populares en las desheredadas tierras del norte de Annam y del bajo delta tonkinés, así como en los grandes dominios del oeste cochinchino. La lucha alcanza su punto culminante en septiembre, cuando se forman en Nghê-Tinh soviets de obreros y campesinos, que reparten las tierras: el movimiento toma ahora un carácter netamente revolucionario. La represión será sangrienta y dislocará durante un primer momento al PCI. Pero la dinámica que ha suscitado reviste una considerable importancia: en efecto, por primera vez, las masas han despertado a la vida política, y a las aspiraciones confusas del campesinado y del proletarido hacia una mayor justicia social, vienen a unirse las reivindicaciones de la élite intelectual. Sobre todo, a diferencia de los movimientos anteriores, que estaban localizados bien al sur, bien al norte, la acción se extiende ahora a las tres partes del Viet-Nam: la nación deja de ser un concepto para convertirse en algo real.

En Birmania, la primera explosión se produjo también en 1930. La represión que siguió tuvo como blanco a los dockers indios de Rangún, con ocasión de una huelga: más de un millar de ellos fueron muertos o heridos. Al final de este mismo año, estalló una formidable rebelión que se propagó rápidamente por el delta. Los campesinos pobres, dirigidos por un antiguo bonzo, Saya San, luchaban por una disminución de los impuestos, por recuperar sus tierras en poder de los usureros indios y contra el gobierno británico que protegía a éstos: la represión definitiva sólo se produciría en marzo de 1932.

En cuanto a las Filipinas, las masas explotadas por los hacen-

dados se ponen en movimiento, bajo el impulso de los partidos de izquierda. Aunque después de la revuelta de Tayug (1931) el partido comunista queda fuera de la ley y detenidos sus jefes, su eliminación no destruye, en todo caso, las profundas corrientes de descontento. Corrientes que encuentran su más dramática expresión en 1935 en la revuelta de Sakdal. Un buen observador norteamericano, J. R. Hayden, antiguo vicegobernador de las Filipinas, no se equivocaba al decir: «El levantamiento de Sakdal fue tanto un movimiento contra los caciques como un movimiento por la independencia. Para las masas, el caciquismo está ligado a la dominación americana, ya sea bajo el imperio de la ley Jones o de la Commonwealth... Se ha dicho a los que nada tienen, y muchos de ellos lo creen, que una vez que Norteamérica se haya retirado, podrán disponer de sus propios «tiranos». Aunque prefieran mejorar su suerte mediante papeletas de voto, si la acción política efectiva, ante la eliminación de todo verdadero partido de oposición y la práctica de las elecciones dirigidas, les resultara imposible, están dispuestos a recurrir a las balas y a las bombas. Tal es la lección política a extraer de la sublevación de Sakdal, que, al menos en lo que concierne a la masa, fue el gesto trágico de humildes hombres y mujeres inducidos a error, que arriesgaron todo para defender sus derechos en tanto que ciudadanos y realizar su deber en tanto que patriotas» [2].

En Malasia, el Partido comunista se crea en 1930. Consigue el control de la Federación de estudiantes y de la Federación general del trabajo, ambas de Singapur, y de la Liga anti-imperialista. Aunque la mayoría de los miembros de estas organizaciones sean chinos, cuentan también con un 10 por 100 de malayos y un 10 por 100 de indios. El comunismo es el único movimiento de la preguerra que no ha aplicado la discriminación racial. En los años 1936 y 1937 se produjeron grandes huelgas en las plantaciones y en las fábricas de caucho y de conservas de piña. No obstante, estos movimientos no pueden calificarse de nacionales, toda vez que afectan principalmente al proletariado chino.

La represión estalla por todas partes. Sin embargo, para conseguir el apoyo de la burguesía local y servirse de ella contra las masas, los gobiernos emprenderán la vía de las reformas.

Por el *Tydings-McDuffie Act* de 1934, los Estados Unidos, más liberales, organizan un gobierno de la Commonwealth responsable en las Filipinas, a quienes se promete la independencia para 1946; pero las leyes que aprueba el Parlamento filipino quedan sometidas a la ratificación del gobernador general y del Senado norteamericano. En realidad, el estatuto colonial, que permitía la franquicia a los productos en Estados Unidos, perjudicaba a los productores de remolacha azucarera y de oleaginosos y, sobre

todo, a los trusts azucareros de Cuba; los sindicatos obreros protestaban también contra la inmigración filipina, que suministraba una mano de obra barata. Y fue la presión de estos grupos lo que indujo al gobierno norteamericano a conceder la autonomía a las Filipinas, compaginando cláusulas militares y económicas: las importaciones de azúcar filipina, ya limitadas, serían ahora sometidas progresivamente al arancel ordinario. El acta de independencia, como señalaba un senador norteamericano, tenía un fuerte olor a sacarina [3].

Birmania, definitivamente separada de la India, obtuvo del gobierno británico en 1935 una semi-autonomía. El gobernador conservaba la responsabilidad de los «asuntos reservados», e incluso poderes exclusivos en tiempo de crisis, así como la administración de los Estados Shan, Karenni y de las tribus de las montañas. Pero el Gabinete se ampliaba y el Parlamento comprendía ahora dos cámaras: un Senado y una Cámara de Representantes; en fin, el derecho de voto se extendía a un tercio de la población. El nuevo estatuto entró en vigor el 1 de abril de 1937.

Más autoritarios y paternalistas, los Países Bajos y Francia se contentaron con medidas de detalle sin alcance real: ni siquiera llegó a intentarse un esfuerzo serio para comprender el problema. En sus posesiones, el gobernador general disponía de poderes casi absolutos. No había libertad de opinión, de reunión y de asociación, ni libertad de prensa. Los indígenas no podían acceder a puestos directivos ni a funciones judiciales.

Pero ni la represión ni el espejismo de las reformas logran frenar los movimientos nacionales. Después del fracaso de las tentativas de insurrección, nacionalistas y comunistas adoptan las formas de oposición legal. A excepción de Indonesia, donde el PKI no ha logrado aún recuperarse de su derrota de 1926, el marxismo progresa por todas partes. Su prestigio se ve incrementado por el éxito de los planes quinquenales de la URSS.

En el Viet-Nam, el PCI, después de un período de reflujo, se reconstituye en Saigón. Aliado temporalmente con el grupo trotskista en el órgano común *La lucha*, ante el avance del imperialismo nipón y la amenaza de una segunda guerra mundial, aplaza la lucha contra el colonialismo y por la reforma agraria. Preconiza un amplio «Frente unido democrático indochino» que reúna a indochinos y franceses progresistas, capas trabajadoras y burguesía nacional, para reivindicar las libertades elementales. Este cambio de su política coincide con el advenimiento en Francia del Frente popular, que amplía las libertades de prensa y asociación. Aunque el «Congreso indochino» es prohibido, el PCI puede, sin embargo, organizar numerosas manifestaciones, huelgas —con las que se conseguiría la concesión de un Código de trabajo— y

asociaciones de masas, y participar con éxito en las elecciones para la Cámara de representantes del pueblo y para los Consejos municipales. Después del desencadenamiento de la guerra en Europa, sustituye el «Frente democrático» por un «Frente unido antiimperialista», para realizar la unión de todas las capas de la población, de todas las clases sociales y de todos los pueblos de Indochina en la lucha contra el imperialismo fascista (noviembre de 1939).

En Birmania, el marxismo progresa en la Universidad con el grupo *Thakin*. Este término, equivalente a la palabra india *sahib*, manifestaba la voluntad de los birmanos de ser dueños de su propio país en lugar de los británicos. Totalmente desinteresados, al contrario de los partidos de la derecha, que sólo veían en el poder una fuente de beneficios, los marxistas extendieron rápidamente su influencia reivindicando la independencia completa y el establecimiento del socialismo.

En 1936, bajo la dirección de Thakin Nu y de Aung San, los estudiantes llevaron a cabo una importante huelga, que se transformó en un movimiento de protesta nacionalista que, durante tres meses, se extendió por todo el país. Su éxito reforzó la influencia política de los *Thakin* que, a partir de ahora, controlarían no solamente la Unión general de Estudiantes, sino también la Organización de Campesinos de Birmania. Sin embargo, las divergencias internas no tardarían en provocar la escisión entre el ala derecha y el ala izquierda: Ba Swe y Kyaw Nein fundaron el futuro partido socialista birmano; Thakin Than Tu y Thakin Soe, el partido comunista (1939).

En Indonesia, a partir de 1932, el nacionalismo toma un nuevo impulso. Ese mismo año, cuando Sukarno salía de la prisión, Hatta y Sutan Sjahrir, de vuelta de los Países Bajos, acababan de fundar el «Círculo para la educación nacional indonesia»: se trataba de preparar el acceso a la independencia mediante la difusión de la instrucción y no por la acción de masas. Los partidos de Sukarno y de Hatta-Sjahrir se convirtieron en los polos del movimiento nacional. Sukarno fue de nuevo detenido en 1933 y el tándem Hatta-Sjahrir, al año siguiente. No obstante, el movimiento nacional continúa y durante estas fechas se produce un reagrupamiento de las fuerzas nacionalistas: los moderados, en el *Parindra;* la izquierda, en el *Gerindo*. El rechazo de las moderadas peticiones por el gobierno holandés tuvo por consecuencia un deslizamiento hacia la izquierda: los diferentes partidos políticos crearon un organismo de coordinación, el GAPI, que reclamó la independencia y la democracia (1939). En el Congreso del pueblo indonesio de diciembre 1939 se hizo hincapié en la unidad indonesia, a partir de ahora dotada de un idioma, una bandera y un himno nacional.

En el único país de la región que permanecía independiente, el Siam, la crisis de 1929 tuvo también importantes repercusiones. Provocó una revolución que transfirió el poder de la realeza a un pequeño grupo de oficiales e intelectuales pertenecientes a la pequeña nobleza y a la clase media.

A pesar de las reformas de Chulalongkorn y de la modernización de las instituciones, la autoridad real seguía siendo absoluta. En el punto más bajo de la escala social, la masa de la población continuaba cultivando la tierra. En el punto más alto, el poder estaba en manos de la numerosa familia real y de una aristocracia terrateniente de nobles y altos dignatarios. Entre estos dos extremos, nacía una pequeña clase media de funcionarios, oficiales del ejército y de la marina, y miembros de profesiones liberales, surgida de la «occidentalización» del país. La mayor parte de ellos había estudiado en las democracias de Europa, donde se habían impregnado de las doctrinas nacionalistas y socialistas. A su vuelta, su descontento ante el absolutismo de la monarquía se veía incrementado por la imposibilidad de acceder a los escalones superiores, ocupados por la oligarquía feudal. El rey Prachathipok (Rama VII), ascendido al trono en 1925, había incluso abandonado la costumbre de repartir un cierto número de altos puestos entre las personas pertenecientes a la clase media y tendía a dejar que los príncipes de sangre monopolizaran los mejores puestos. Hacia la misma época, la acción de los revolucionarios chinos, indios y vietnamitas refugiados en Bangkok excitó la imaginación de los intelectuales y del ejército; su creciente nacionalismo se vio ofendido por la influencia preponderante que los consejeros europeos ejercían en la corte. Al principio, la falta de organización y el respeto tradicional a la realeza impidieron a estos elementos intentar ningún movimiento. Pero la depresión de 1930 hizo cristalizar el malestar latente.

En efecto, la crisis provocó una caída de los precios del arroz y una baja de las exportaciones al Imperio británico debido a la devaluación de la libra esterlina. Para remediar las dificultades financieras, el gobierno tomó diferentes medidas: aumentó los impuestos, redujo los salarios, despidió masivamente a los funcionarios y, finalmente, devaluó el *baht* a principios de 1932. La clase media fue la más afectada. Ahora bien, desde 1930 existía un pequeño grupo dirigido por Pridi Phanomyong, brillante jurista salido de la Facultad de París. Este grupo tomó el nombre de «Partido del Pueblo» y consiguió el apoyo de oficiales celosos de las prerrogativas de los príncipes.

El golpe de Estado desencadenado el 24 de junio de 1932 no

encontró apenas resistencia y triunfó fácilmente, sin efusión de sangre. El 10 de diciembre se promulgó una Constitución: en ella se establecía un gobierno responsable ante una asamblea cuyos miembros eran designados a medias por el rey y a medias elegidos por un sufragio en dos vueltas: aparentemente se trataba de la institución de un régimen constitucional próximo al del Japón, pero, de hecho, el poder pertenecería a los promotores del golpe de Estado. A pesar de su nombre, el «Partido del Pueblo» carecía de toda base popular y los acontecimientos no aportaron ningún cambio radical. Entre sus miembros no existía unanimidad de puntos de vista. Pridi tenía un plan de reformas económicas y sociales, de inspiración socialista, pero no era seguido por los militares conservadores que tenían en sus manos la fuerza real. Fuerza de la que se sirvieron para reforzar su posición mediante varios golpes de Estado durante los cuales se distinguió Pibun Songgram, salido de la academia militar de Fontainebleau.

Sin embargo, hasta la guerra, continuó la cooperación entre civiles y militares. El rey Prachathipok había abdicado en 1935. Su sucesor, Ananda Mahidon, sólo en 1945 regresaría de Suiza. Durante este período, el gobierno llevó a cabo reformas administrativas (institución de asambleas provinciales elegidas, dotadas de poderes consultivos, y de municipalidades elegidas con una cierta autonomía), creó la Universidad Thammasat y, sobre todo, prosiguió una política activamente nacionalista: las potencias occidentales concluirían nuevos tratados sobre la base de la igualdad y la reciprocidad y en 1937 abandonarían sus derechos de extraterritorialidad; el número de sus consejeros se vio fuertemente reducido. También se limitó la inmigración china: esta importante minoría de tres millones de almas, que controlaba el 90 por 100 del comercio interior, no llegó nunca a integrarse a la comunidad siamesa, conservando siempre su propio modo de vida y su fidelidad a China. Se cerraron numerosas escuelas chinas y el gobierno creó empresas nacionales destinadas a eliminar la actividad económica extranjera (empresas, por lo demás, que en su mayor parte fracasaron). En fin, se reforzaron y remozaron la administración y la policía.

La ola del nacionalismo se acentuó con la llegada al poder de Pibun Songgram, en diciembre de 1938. Fue él quien lanzó la doctrina «Pan Thai» y cambió el nombre de Siam por el de *Tailandia:* la «tierra de los Thai», que reuniría, bajo la égida de Bangkok, a todos los pueblos thai de la península. Después de la caída de París, Pibun hizo valer sus pretensiones sobre Indochina, ocupando, gracias a la mediación japonesa, una parte de Camboya y de Laos. Cuando se desencadenó la guerra del Pacífico y las tropas niponas penetraron en Tailandia, acentuó su política de colaboración y declaró la guerra a los aliados (1942).

B. La segunda guerra mundial y sus consecuencias

Introducción

La victoria conseguida por el Japón sobre Rusia (1905), la primera guerra mundial y la revolución rusa, el fracaso de la insurrección indonesia y la derrota de la revolución china (1926-1927), la extensión, en fin, a Asia y a la economía colonial de la crisis mundial (1930) fueron fechas importantes para Asia. Pero la segunda guerra mundial lo fue mucho más que todos estos acontecimientos: en efecto, no constituye solamente una fecha común, sino una época entre dos períodos, el imperialismo y la independencia, e incluso la revolución. Fue la guerra lo que hizo pasar del orden antiguo al orden nuevo. Pero este paso se realizó utilizando los materiales explosivos progresivamente acumulados en el curso y, sobre todo, a finales del primer período. Surgidas a raíz de la gran depresión, las numerosas revueltas antiimperialistas de los años 1930-1931 y la agresión japonesa en Manchuria (1931) eran ya chispas que anunciaban el incendio. Y no solamente lo anunciaban, sino que lo preparaban...

La guerra estallaría cuando todavía no habían transcurrido seis años (julio de 1937) y duraría hasta septiembre de 1945. Pero, a partir de finales de 1941, cambió de naturaleza: lo que en principio era sólo un conflicto limitado a los dos principales Estados de Extremo Oriente se convirtió, inmediatamente después del ataque de los bombarderos japoneses a Pearl Harbor (7-8 de diciembre de 1941), en participación directa, en un vasto teatro de operaciones, en la guerra mundial. A su vez, la primera etapa (1937-1941) se subdivide en dos períodos: uno de intensa actividad militar, que abarca los quince primeros meses (julio de 1937-octubre de 1938) y otro de larga calma [1]; durante estos tres años (otoño de 1938-otoño de 1941), las iniciativas y los giros de la diplomacia japonesa cuentan por lo menos tanto como la actividad militar propiamente dicha.

La «Guerra del Pacífico» (1941-1945), que enfrenta a los japoneses con los «aliados» (sobre todo norteamericanos), atraviesa tres fases: seis meses de guerra relámpago (diciembre de 1941-junio de 1942), durante los cuales el Japón va acumulando los más impresionantes éxitos [2], y funda un Imperio continental y marítimo que se extiende a lo largo de 6.500 km de norte a sur (desde la isla de Sajalin a los confines de Australia) y de casi 10.000 km de oeste a este (desde Birmania a las islas Gilbert); dos años (verano de 1942-verano de 1944), durante los cuales, lenta pero

progresivamente, la superioridad va pasando a los que disponen de una base económica más potente; en fin, el período de las grandes ofensivas aliadas contra el Japón (verano de 1944-verano de 1945), período que termina con Hiroshima y Nagasaki (6 y 9 de agosto de 1945).

Aunque no hubiera sido desmembrado y reconquistado después desde el exterior, es probable que el Imperio japonés hubiera también acabado por fragmentarse; porque era frágil. En el plano económico, el Japón no pudo nunca reemplazar al comercio mundial: no pudo nunca suministrar, por ejemplo, al Asia sudoriental, todos los productos fabricados que ésta necesitaba y absorber todos sus excedentes de géneros tropicales. Y allí donde pretendía establecer una «esfera de co-prosperidad», expulsando a los blancos y practicando una especie de autarquía económica, provocaba, de hecho, estancamiento, penuria e inflación. La unidad y la prosperidad económicas, siempre difíciles de realizar, lo fueron mucho más a partir del momento en que la economía norteamericana se dedicó a la producción de guerra y comenzó a producir submarinos y aviones en número suficiente como para destruir casi completamente la marina mercante japonesa —así como su flota y su aviación de guerra— y aislar prácticamente al Japón de su Imperio. Por otra parte, Tokyo quiso utilizar su imperio en apoyo del esfuerzo de guerra, cometiendo así una contradicción no ya solamente económica, sino también política. En efecto, a pesar de su intento de alzar en armas a los «hermanos» asiáticos contra el imperialismo blanco, el hecho es que los japoneses creyeron a veces más eficaz mantener, al menos parcialmente, la autoridad de los colonizadores —los franceses en Indochina, por ejemplo— y frenar el desarrollo de los movimientos nacionalistas autóctonos. E incluso cuando llegaron a expulsar efectivamente a los blancos, por el orgullo y las brutalidades de sus soldados y de su policía militar, por el trabajo forzoso y las dificultades económicas, por la enseñanza del japonés como segunda lengua, etc., los japoneses no tardaron en hacerse detestar tanto como aquellos a quienes sustituían. En fin, si la exaltación de la unidad racial y cultural pudo ilusionar durante algún momento, el contraste entre la orientación y las aspiraciones de los movimientos nacionalistas modernos y la ideología tradicionalista y autoritaria, e incluso francamente reaccionaria, del «Nuevo Orden japonés» hacía difícil la prolongación del provisional entendimiento entre «liberadores» y «liberados».

Dilucidar si los movimientos nacionalistas aceptaron o no colaborar y, en este último caso, si lo hicieron por convicción o por táctica (manteniendo frecuentemente lazos con los exiliados o los «clandestinos» opuestos al protectorado japonés), no es aquí lo

más importante. Lo que importa, en definitiva, es el resultado: armados por los japoneses contra los imperialistas o por los aliados para la resistencia antijaponesa, el hecho es que, en 1945, los pueblos coloniales se dispusieron a asumir su destino. La prueba de la guerra resultó fatal para el poder y prestigio tanto de sus antiguos dueños como de los nuevos.

Todo esto vale, sobre todo, para el Asia sudoriental [3]. Pero la participación de Gran Bretaña en la segunda guerra mundial hizo también progresar decisivamente el movimiento nacional indio: la mayoría del Congreso se pronunció a la vez por la legitimidad de la lucha contra el nazismo y el fascismo y por la prioridad de una independencia que debía ser concedida a la India sin dilación [4]. En fin, en China la agresión japonesa no solamente favoreció la independencia efectiva de la «semi-colonia», sino que, de rechazo, provocó, al mismo tiempo, la Revolución [5].

Puede decirse que el país que desencadenó la guerra fue, quizá, el que menos modificó, a largo plazo, el curso de su historia. Semejante afirmación no implica, naturalmente, el olvido o el desconocimiento de los terribles sufrimientos del pueblo japonés bajo las bombas y de las privaciones, del cataclismo de Hiroshima, del caos moral causado por la derrota, del hundimiento económico, de los desórdenes de todo tipo que se produjeron en todo el archipiélago en 1945. Se trata simplemente de medir la profundidad y el carácter decisivo de los cambios que la segunda guerra mundial provocó en el resto de Asia.

5. El Japón en guerra (1937-1945)

Konoe Fumimaro fue el hombre llamado, en junio de 1937, para realizar la unión nacional, tarea en la que antes había fracasado Hirota. Perteneciente a una de las más importantes familias de la nobleza de Kyôto, acababa entonces de cumplir cuarenta y seis años. Próximo a ciertos medios liberales, era conocido por sus relaciones entre los militares y por sus ideas reformistas. De la derecha a la izquierda oficial, en el Parlamento y la prensa, Fumimaro fue recibido por todos con esperanza.

El ejército se aprovechó de esta calma provisional para precipitar su acción. A partir de un tiroteo que tuvo lugar, el 7 de julio de 1937, en el puente Marco Polo, en los arrabales del sur de Pekín, la guerra se generalizó en China. Aunque expresando su intención de limitar el conflicto, Konoe decidió enviar refuerzos a China. El gobierno de Nankín proclamó su voluntad de combatir hasta el fin e hizo la paz con el Partido comunista chino para luchar, aliado a él, contra el Japón. Por su parte, poco después de la toma de Pekín, el 8 de agosto, el ejército japonés se concedía un tiempo de respiro. Esperaba la organización de un dispositivo de guerra en la metrópoli. El gabinete Konoe creó un organismo en Tokyo para planificar la movilización económica, y el mando militar estableció un Cuartel general. Así, sin una declaración en regla, comenzaba la segunda guerra chino-japonesa. En agosto, el avance de los japoneses, desembarcados en los alrededores de Shanghai, se vio detenido por una fuerte resistencia china. La ofensiva continuó en octubre. En el norte, el ejército imperial alcanzaba, por una parte, el gran meandro del río Amarillo y, por otra, T'aiyüan y, finalmente Tsinan. En la cuenca del Yangtse, los japoneses ocupaban, el 12 de diciembre, Nankín.

Las primeras victorias provocaron verdaderas manifestaciones de entusiasmo en la población japonesa. El 16 de enero de 1938, Konoe declaró: «A partir de ahora, no consideramos ya al gobierno nacionalista como nuestro interlocutor.» El Japón estaba decidido a seguir la guerra hasta el final. El desembarco de un destacamento en Tsingtao, en enero de 1938, preludiaba la segunda ola de la invasión japonesa. En mayo, el ejército del norte y el de la cuenca del Yangtse se unían en Hsüchou. En fin, en otoño, los japoneses tomaban Hankou y Cantón. Pero después de la ocupación de Nanchang, en marzo de 1939, y el desembarco, en las mismas fechas, en la isla de Hainan, el avance japonés comenzó a detenerse. Pues aunque el ejército ocupaba la zona

norte de Shansi a Shantung, es decir, la cuenca del Yangtse, región industrial de Wu-han comprendida, no pudo establecerse sólidamente en el sur. No consiguió ocupar el ferrocarril Pekín-Hankou y, en la región de los lagos y el litoral de Kiangsu y de Chekiang, no tardaría en ser hostigado por las tropas chinas.

Sin embargo, el gobierno de Tokyo había perfeccionado su aparato de guerra. El 5 de mayo de 1938 promulgó la ley de movilización en todo el país, que le permitiría controlar no solamente el comercio exterior y la industria de guerra, sino también el contingente de materias primas, el empleo, las condiciones de trabajo, las inversiones e incluso la prensa. El Parlamento votó esta ley sin que se manifestara ninguna oposición eficaz. Los propios sindicatos se comprometieron a renunciar a las huelgas. Los partidos de izquierda autorizados se adhirieron a la política gubernamental. Y entre el final de 1937 y la primavera de 1938 los sindicalistas y socialistas que se atrevieron a protestar contra la extensión de la guerra fueron detenidos. Los medios financieros intentaron conservar un poco de libertad, pero, en otoño de 1938, se vieron obligados a transigir con el ejército. Bajo la dirección del gobierno, que a su vez caía bajo el poder del ejército, todo el Japón se convirtió en una enorme fábrica de guerra.

Al soportar esta movilización, realmente general en el sentido estricto del término, la población japonesa mostraría una extraordinaria vitalidad. Numéricamente, había superado los 50 millones de habitantes en 1912, los 60 en 1926 y los 70 en 1937. Hasta 1943 la tasa de natalidad se mantuvo en un 30 por 1.000 o más y la tasa de mortalidad en un 16 por 1.000, aproximadamente. A pesar de las privaciones y las campañas de China, las generaciones se renovaban suministrando hombres a las fábricas y al ejército. Sin embargo, nunca la posición de un gobierno japonés fue tan falsa como la del gabinete Konoe. En efecto, presentado como el gabinete de la concordia, en realidad no había hecho más que amordazar el Parlamento sin que eso, por otra parte, le evitara el perder su autonomía con respecto al ejército. Los sucesivos reajustes ministeriales no hicieron más que poner de manifiesto un malestar que cada vez se iba haciendo más profundo. Un general se convirtió en ministro de instrucción pública, y un organizador de la guerra de 1931 en ministro del ejército. Cuando las operaciones militares en China se estancaron, Konoe tuvo que retirarse bastante rápidamente. Por una parte, el ejército japonés comenzó a sufrir los primeros reveses; por otra, las dificultades diplomáticas se hacían cada vez más difíciles de superar. En efecto, de julio a agosto de 1938, los japoneses habían sido rechazados por el ejército soviético cerca de la frontera común entre Manchuria, Corea y la provincia marítima. En vista de todo ello, y volvién-

dose atrás de sus declaraciones anteriores, Konoe ofreció la paz a Chiang Kai-chek, proponiéndole la edificación de un «orden nuevo» en el Asia oriental. Pero exigió a cambio el reconocimiento del Manchukuo por China y la participación de ésta en un acuerdo anti-Komintern. Wang Ching-wei respondió favorablemente a esta proposición pero se vio obligado a huir de Chungking, tratado de «traidor» por el gobierno nacionalista. Las negociaciones, por tanto, no se llevaron a cabo. Por lo demás, el ejército japonés exigía un tratado militar con Alemania que, a su vez, reclamaba la alianza con Chiang Kai-chek contra los comunistas. En enero de 1939, Konoe dimitió.

Su sucesor, Hiranuma Kiichirō, presidente del Consejo Supremo Secreto, era conocido desde hacía mucho tiempo como una de las más importantes personalidades de la derecha. Hiranuma eliminó a los ministros procedentes de los partidos y conservó a Konoe en el gobierno, como ministro sin cartera. Al tiempo que intentaba negociar el tratado militar con Alemania, predicaba la paz universal. Pero, de mayo a septiembre de 1939, el ejército japonés sufría nuevas derrotas a lo largo y en los alrededores del río Khalkha, cerca de la frontera entre Manchuria y la Mongolia exterior. Por lo demás, las relaciones del Japón con las demás potencias se deterioraban. Después de los incidentes en las concesiones francesa e inglesa de Tientsin, Gran Bretaña adoptó con respecto al Japón una actitud reservada, mientras que los Estados Unidos denunciaban, el 28 de julio de 1939, el tratado comercial niponorteamericano. En fin, el gobierno de Tokyo, ya muy aislado en sus relaciones exteriores, sufrió un duro golpe con el pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939. E Hiranuma dejó su puesto al general Abe Nobuyuki.

Pero nada más llegado éste al poder, estallaba la guerra en Europa. El general Abe se apresuró a afirmar la no ingerencia del Japón en el conflicto europeo. En realidad, su tarea era muy ingrata. En el exterior, el Japón parecía abandonado por todos sus aliados; en el interior, empezaban a manifestarse las primeras dificultades económicas consecutivas a la guerra. Y, a pesar de la congelación de los precios, la inflación iba progresando. En el Parlamento empezaba a esbozarse un movimiento antigubernamental. En vista de todo esto, en enero de 1940 Abe dimitía, siendo sustituido por el almirante Yonai Mitsumasa. Yonai formaba parte de los medios anglófilos de la marina. Se dice que el emperador intervino personalmente para obligar al ejército a colaborar con el nuevo gabinete. Después del incidente de la exclusión de la Cámara de Diputados de Saitō Takao, del Minseitō, por un discurso antimilitarista, la política interior se estabilizó por algún tiempo.

El gobierno pudo entonces consolidar en cierta medida sus posiciones en el exterior. En marzo de 1940 Wang fundaba en Nankín un gobierno pro-japonés. En principio, el poder de este gobierno disidente se extendía a todas las zonas ocupadas por el ejército nipón. De hecho, la población china sólo respetaba su autoridad bajo la protección de los invasores. El gobierno de Wang sólo fue, pues, un gobierno de paja. Sea lo que fuere, su creación constituyó un éxito para Yonai. Además, el 12 de junio de 1940, el Japón concluía un tratado con Tailandia y daba así el primer paso para la expansión hacia el Sudeste asiático. Pero el almirante Yonai no pudo resistir el empuje de un movimiento favorable a la unificación de los partidos. El proyecto tomó cuerpo hacia el mes de mayo, en torno a Konoe Fumimaro y con el apoyo del ejército. Los partidos, comenzando por el Partido socialista de masas, decidieron su disolución. Este movimiento estaba influido por los primeros éxitos conseguidos por Alemania en Europa: reclamaba el estrechamiento de lazos con los regímenes de Hitler y Mussolini. Yonai dimitió. Y el 22 de julio de 1940 Konoe volvió al poder.

Konoe se apresuró a formar su nuevo partido. Su intención fue probablemente estructurar una gran organización civil, capaz de asumir la responsabilidad de la dirección del Estado, independientemente de la voluntad del ejército. Sin embargo, la Sociedad de apoyo a la política imperial, nacida el 27 de septiembre de 1940, aunque con el aspecto de un partido único, en realidad fue sólo una asociación de hombres políticos, que en nada podía contrariar las ambiciones del ejército.

Por lo demás, la política del segundo gabinete Konoe, estuvo desde el principio marcada por la extraña personalidad de Matsuoka Yōsuke, ministro de asuntos exteriores. Matsuoka había sido jefe de la delegación japonesa que se retiró de la Sociedad de Naciones en 1933 y Presidente, después, de la Sociedad de Ferrocarriles de Manchuria meridional. Aceleró las negociaciones con Alemania e Italia, a pesar de las objeciones de ciertas personalidades del círculo íntimo del emperador. Según él, incluso si el ejército japonés hubiera evacuado la mayor parte de China, las relaciones con Estados Unidos no se habrían por ello mejorado y la mediación de Alemania debía asegurar al Japón la benevolente neutralidad de la Unión Soviética. El pacto tripartito se firmó en Berlín el 27 de septiembre de 1940. Mientras tanto, el ejército japonés había intervenido en Indochina. En junio de 1940 pidió al gobernador francés de Hanoi que impidiera el paso de material destinado al ejército de Chiang Kai-chek e impuso, además, la presencia en Tonkín de un comité japonés de vigilancia. Inmediatamente, el 23 de septiembre, se envió a Tonkín un destacamento

japonés. Por otra parte, el gobierno japonés se mostraba muy interesado por el conflicto fronterizo entre Laos y Tailandia. Washington protestó contra la ingerencia del Japón en Asia sudoriental y Gran Bretaña volvió a abrir la ruta birmana que había aceptado cerrar por tres meses. Provisionalmente, la tentativa de ofensiva militar japonesa en Asia sudoriental quedaba contenida.

Pero Matsuoka Yōsuke continuaba la realización de sus planes. Abandonó Tokyo en marzo de 1941 y, pasando primero por Moscú, entabló, por una parte, negociaciones con el gobierno soviético y, por otra, en la misma ciudad, solicitó al embajador norteamericano los buenos oficios del presidente Roosevelt para el restablecimiento de la paz en China. Después, marchó a Berlín y Roma. Hitler mostró su descontento respecto a la aproximación entre Tokyo y Moscú, expresando su deseo de que el Japón entrara en guerra contra Inglaterra, al lado de Alemania. Matsuoka no dio ninguna respuesta precisa y, en el camino de vuelta firmó, el 13 de abril de 1941, el pacto de neutralidad con la Unión Soviética.

De vuelta al Japón, Matsuoka se dedicó a las relaciones con los Estados Unidos. En efecto, la situación del comercio exterior japonés se hacía cada vez más preocupante. En el primer semestre de 1940 el Japón importaba de Norteamérica más de las tres cuartas partes del petróleo que consumía y los dos tercios del hierro y la maquinaria que necesitaba. Era preciso, pues, restablecer las relaciones comerciales con los Estados Unidos, so pena de provocar una brutal contracción de la economía japonesa. Por lo demás, el Japón debía también preocuparse de que mejoraran sus relaciones en China o, por lo menos, de que no se degradaran más. En efecto, entre 1937 y 1940 las exportaciones a China se habían triplicado mientras que, durante el mismo período, las importaciones sólo habían aumentado en un 75 por 100. A todo esto hay que añadir que China sólo suministraba la sexta parte del hierro que alimentaba a la siderurgia japonesa. Matsuoka se veía así obligado a desear que los Estados Unidos dejaran al Japón las manos libres en China, restableciendo también el tratado comercial abandonado por Washington. Ahora bien, cuando Matsuoka regresó a Tokyo, las conversaciones entre el gobierno norteamericano y el gobierno japonés estaban ya muy avanzadas. Los Estados Unidos habían enviado al Japón negociadores oficiosos. Por su parte, Matsuoka había enviado como delegado a Washington al almirante Nomura Kichisaburō, bien conocido en los medios oficiales norteamericanos. En abril de 1941, existía ya una plataforma con vistas a la celebración de negociaciones oficiales: los Estados Unidos ofrecían su mediación entre Chungking y Tokyo, y admitían la expansión económica y pacífica del Japón en

Asia sudoriental a condición de que el ejército imperial evacuara el territorio chino; el Japón podría conservar el Manchukuo. Quedó fijada incluso una entrevista entre Roosevelt y Konoe. El secretario de Estado, Cordell Hull, proponía cuatro principios como base de discusión: 1.º el respeto a la soberanía de todos los estados; 2.º la no injerencia en los asuntos internos de los Estados extranjeros; 3.º la igualdad entre Estados en las relaciones comerciales; 4.º el *statu quo* en el Océano Pacífico. Matsuoka envió a Nomura un contraproyecto en el que no se hablaba para nada de las condiciones de paz con China, exigidas por los Estados Unidos. Además, cuando Alemania invadió la Unión Soviética, intervino cerca del emperador para que el Japón declarara la guerra a ésta. En vista de todo esto, Konoe, en desacuerdo con su ministro de asuntos exteriores, decidió separarle del gobierno. Y el 18 de julio Matsuoka dimitió repentinamente. El emperador encargó inmediatamente a Konoe la constitución de su tercer gabinete. El almirante Toyoda Sadajirō reemplazó a Matsuoka Yōsuke en asuntos exteriores; Hiranuma Kiichirō, que era ministro del interior desde hacía algunos meses, fue también alejado del gobierno. Konoe intentaba, por última vez, formar un gobierno moderado.

Pero, en ese mismo momento, el ejército realizaba un nuevo acto de fuerza, imponiendo el estacionamiento de un destacamento en Cochinchina. La Francia de Vichy se inclinó ante el ejército japonés, pero no así Washington, que hizo saber a los japoneses que sus bienes serían confiscados en los Estados Unidos. El 1.º de agosto Norteamérica suspendía todas las exportaciones de petróleo al Japón. Sin embargo, obstinadamente, Konoe continuaba sus negociaciones con Washington. Seguía esperando celebrar una entrevista con Roosevelt. Este último, aun afirmando su intención de recurrir a la fuerza en caso de que el Japón prosiguiera su expansión militar, aseguró que estaba dispuesto a buscar una solución a la crisis. El 3 de septiembre precisó que exigiría el retorno a la base de discusión fijada en abril. El 6 de este mismo mes, el gabinete Konoe celebró consejo ante el emperador: se decidió que, si toda negociación resultara imposible, a finales del mes de octubre se entablaría la guerra con los Estados Unidos. Por un memorándum fechado el 2 de octubre, Washington exigía como condición previa a toda discusión el compromiso, por parte del gobierno japonés, de retirar el ejército de China y del Asia sudoriental. Por lo demás, el ejército japonés se comportaba como si las conversaciones con los Estados Unidos fueran a fracasar ineluctablemente. El 16 de octubre, Konoe dimitía.

Dos días después, el general Tōjō, ministro del ejército en

los dos gabinetes anteriores, fue encargado de formar el nuevo gobierno. Promovido a capitán general, continuaba en activo y conservaba su cartera de ministro del ejército. Había sido jefe del estado mayor del ejército de Kwantung y era conocido como uno de los más convencidos belicistas del ejército. No obstante, de momento dejó las cosas como estaban, sin intentar acelerar el proceso, y se inclinó ante la voluntad del emperador, que deseaba reconsiderar la decisión del 6 de septiembre. Del 23 al 30 de octubre, el gobierno multiplicó sus consultas con los mandos de los dos ejércitos: el de tierra juzgaba inevitable la guerra con los Estados Unidos, en cuyo caso la marina prefería que se abrieran las hostilidades cuanto antes. Entre el ejército de tierra y la marina apareció una divergencia: mientras aquél consideraba la guerra contra los Estados Unidos como un elemento más de la contienda que venía realizando en el continente desde hacía ya cuatro años, la marina, que esperaba una guerra corta, sólo se comprometía a aguantar al enemigo durante dos años, pero no más. Por su parte, el ministro de hacienda mostraba sus reservas sobre el aprovisionamiento de materias primas. Tōjō decidió hacer «todo lo humanamente posible» para la conclusión de las negociaciones con los Estados Unidos. Y envió a Kurusu Saburō a Washington, a título de embajador extraordinario. Pero el 26 de noviembre, Hull, que estaba perfectamente informado sobre los movimientos del ejército y de la marina japoneses, remitió a Nomura y a Kurusu una nota en la cual exigía dos condiciones: la retirada del ejército y la policía japoneses de todo el continente asiático y la renuncia al pacto del Eje. El mando militar japonés consideró esta nota como una ruptura y, el 1.º de diciembre, se decidió la guerra contra los Estados Unidos. La marina había establecido ya un plan, fundado sobre una estrategia de ataque sorpresa.

Y el domingo 7 de diciembre por la mañana, hora local, escuadrillas despegadas de seis portaaviones japoneses bombardeaban Pearl Harbor. Sorprendidos, los norteamericanos perdieron en unas horas cinco acorazados, más de 250 aviones y más de 2.000 hombres. Los japoneses, aun cuando los cinco submarinos que se habían aventurado en la bahía no volverían nunca, sólo perdieron treinta aviones y un centenar de hombres.

La discusión sobre la hora en que se transmitió a Washington la declaración de guerra no tiene ningún sentido. En efecto, una hora y media antes del ataque contra Pearl Harbor, la marina japonesa había bombardeado Kota Bharu, en Malasia, y el gobierno japonés no comunicó a Londres ningún documento concerniente a la apertura de las hostilidades.

Había comenzado la guerra relámpago. El 10 de diciembre la

flota británica había perdido ya dos acorazados, frente a las costas malayas. Cubierto por las rápidas maniobras de la marina, el ejército desencadenaba su ofensiva en el Asia sudoriental: el 25 de diciembre capitulaba Hong Kong, el 2 de enero de 1942 Manila, y, un mes y medio después, el 15 de febrero, Singapur caía en poder del ejército imperial. Aparte del fracaso sufrido en la isla de Wake del 8 al 11 de diciembre, durante los primeros meses de guerra, el ejército japonés, victorioso en todas partes, ocupaba uno tras otro los territorios enemigos. En marzo de 1942 caía Rangún, capital de Birmania, así como las principales ciudades de la India holandesa. En abril se bombardeaba Ceilán. Pero, en Nueva Guinea, el avance comenzaba a detenerse. Por lo demás, el 18 de abril, una escuadrilla de B25 transportados cerca de la costa japonesa por dos portaaviones americanos bombardeaba Tokyo. Los daños materiales en la capital nipona fueron mínimos, pero los B25 consiguieron aterrizar en China y los dos portaaviones pudieron alejarse y escapar a la persecución de la aviación japonesa. Los americanos habían hecho la demostración de un ataque sorpresa en plena guerra.

Matsumoto Isoroku, comandante en jefe de la marina japonesa, propuso entonces la ocupación de la isla de Midway, al oeste de Hawai, y de las islas Aleutianas, en el norte del Pacífico. Aunque los japoneses consiguieron establecerse en dos islas del archipiélago de las Aleutianas, tuvieron que replegarse, después de haber perdido cuatro portaaviones. Por otra parte, el general Mac Arthur, comandante de los ejércitos americanos del Pacífico, instalado en Australia, preparaba la contraofensiva. En efecto, el desembarco de los norteamericanos en Guadalcanal, el 7 de agosto de 1942, señalaba el fin del avance del ejército japonés, hasta entonces verdaderamente fulminante. ¿Cómo encontrar de nuevo fuerzas, después de esta primera fase victoriosa? Tal era el problema que se planteó entonces a los ejércitos japoneses.

En el propio Japón, la población, jubilosa por las noticias de las victorias, permaneció ignorante durante mucho tiempo de las derrotas. El general Tōjō, aprovechándose de la euforia de los primeros tiempos, supo consolidar su posición política. Y por primera vez desde 1912, en 1942 llegaba a su término una legislatura sin disolución de la Cámara. El gobierno designó los candidatos recomendados expresamente por él. En las elecciones, éstos obtuvieron 381 escaños de un total de 466. Tōjō creó una nueva asociación política, más gris todavía que la de Konoe, que, sin embargo, logró subsistir. Pero la situación militar e internacional seguía deteriorándose. El ejército alemán capitulaba en Stalingrado y, en ese mismo mes, el ejército japonés evacuaba Guadalcanal (febrero de 1943). En mayo, los americanos recuperaban las

dos islas Aleutianas ocupadas por los japoneses, que perdían a su almirante Yamamoto, desaparecido en un combate aéreo. En septiembre, Italia se rendía a los aliados. El 27 de noviembre, en la declaración de El Cairo, Gran Bretaña, Estados Unidos y China fijaban los objetivos de la lucha en Extremo Oriente: la expulsión de los japoneses y el restablecimiento de la soberanía de todos los países ocupados por ellos. En la misma época, los norteamericanos atacaban las islas Gilbert y Salomón. Los japoneses habían perdido, definitivamente, la iniciativa de las operaciones en el Pacífico.

Lo cual no fue óbice para que, en el mismo período, el gobierno japonés intentara ganar terreno en el plano diplomático. Según el pacto tripartito, el Japón debería ser dueño de un vasto bloque territorial que abarcaría de India a China y del Manchukuo a Australia. Más tarde, se incluyeron también en este plan las islas Filipinas. Del 5 al 6 de noviembre de 1943 se reunieron en Tokyo delegaciones del Manchukuo, del gobierno de Nankín, Tailandia, Birmania, Filipinas y representantes de la India. Quedó así esbozado el plan de la «Esfera de coprosperidad de la Gran Asia». Al mismo tiempo, el gobierno japonés creaba un ministerio de la Gran Asia que se ocuparía de los intercambios culturales y de los problemas de emigraciones entre países asiáticos. Aunque el Japón no llegó a beneficiarse de su política exterior durante la guerra, la impulsión dada por la idea de la Esfera de coprosperidad desempeñaría más tarde un importante papel en el movimiento de independencia de Asia. La ocupación japonesa se había hecho odiosa por sus actos de violencia e incluso de crueldad, que comprometieron las relaciones entre el Japón y los países invadidos, aunque éstos últimos, más tarde, se aprovecharan de la interrupción del dominio de las potencias occidentales.

El general Tōjō quiso conservar las posiciones japonesas en el continente y en el Pacífico centralizando en su persona varios puestos de mando esenciales. Así, en noviembre de 1943 creó el ministerio de abastecimiento, de cuya cartera se hizo cargo, y, en febrero de 1944, se nombró a sí mismo jefe del estado mayor general. El ejército japonés intentó después una última ofensiva en China. Durante la primavera de 1944, ocupó Lo-yang, el ferrocarril Pekín-Hankou y Changsha, disputada a los chinos desde 1941. A finales del año fue ocupado Nanning, cerca de la frontera de Tonkín. No obstante, había comenzado ya la retirada japonesa en el Pacífico. En febrero de 1944, los americanos desembarcaron en las islas Marshall y, en julio, en las Marianas. Tōjō se retiró y el 22 de julio le sucedió el general Koiso Kuniaki. Pero estos cambios no pudieron evitar que el repliegue de los japoneses se convirtiera en derrota. En octubre de 1944, los americanos co-

menzaron la reocupación de las Filipinas; al mes siguiente, las superfortalezas volantes con base en la isla de Saipán, en las Marianas, empezaron a bombardear el territorio japonés, sobre todo Tokyo.

Por primera vez, la población japonesa de la metrópoli sufría directamente los horrores de la guerra, aunque, desde hacía mucho tiempo, viniera experimentando múltiples privaciones. Ya desde 1937, los tejidos de fibras sintéticas habían ido sustituyendo a las sedas y telas tradicionales. A partir de 1940, comenzando por las grandes ciudades, hubo que implantar obligatoriamente racionamientos para una serie de artículos como azúcar, leche, arroz, harina, aceite, cerillas, carbón, leña, ropa, etc. En 1942 se racionaron en Tokyo las frutas y verduras; en 1944, se prohibió la venta de azúcar al por menor. Por lo demás, la mayor parte de las familias tuvieron muertos de guerra, cuyo número crecía constantemente. En 1943 se movilizó a los jóvenes de diecinueve años, y, en 1944, a los de dieciocho; se enroló a los estudiantes. Cuando comenzaron los bombardeos intensivos de los americanos, los habitantes del Japón se encontraban muy debilitados físicamente. Tokyo ardió tres veces, en marzo, abril y mayo de 1945, y las demás ciudades fueron también alcanzadas por las bombas. A partir de ese momento, el Cuartel General de Tokyo no pudo ocultar las derrotas. En febrero de 1945 los americanos desembarcaban en Iwō Jima, a 1.000 kilómetros al sur de Tokyo y, en abril, en Okinawa.

El 7 de abril de 1945 el almirante Suzuki Kantarō fue llamado a sustituir al general Koiso. Después de la capitulación de Alemania, el Japón no podía hacer otra cosa que reconocer su derrota. Reunidos en Potsdam, el 26 de julio, Churchill, Stalin y Truman lanzaron la declaración —a la que se adhirió más tarde Chiang Kai-chek— en que se precisaban las exigencias de los vencedores. Todo el Japón sería desmilitarizado, su territorio se reduciría en total a sus cuatro islas principales y se juzgaría a sus criminales de guerra. A través de Suecia, Suiza e incluso la Unión Soviética, el gobierno japonés había sondeado ya las intenciones de los aliados. No respondió, pues, de momento, a la declaración de Potsdam. Y las reservas del ejército respecto a la capitulación incondicional dieron lugar a largos aplazamientos. Pero el 6 de agosto de 1945 los americanos lanzaban la primera bomba atómica sobre Hiroshima, que causó más de 200.000 víctimas, y el 9 la segunda sobre Nagasaki. La víspera, la Unión Soviética había entrado en guerra contra el Japón. En esta situación, aunque algunos elementos militares intentaron resistir hasta el final —la acción de los *kamikaze*, pilotos suicidas, había retrasado el avance de los americanos en Okinawa—, después de la declara-

ción de «fin de la guerra», grabada por el propio emperador y difundida por la radio el 15 de agosto, la población, postrada, se sometió, así como el ejército. El 2 de septiembre se firmaba el armisticio a bordo del *Missouri*, en la bahía de Tokyo.

El balance de la guerra era terrible. En la metrópoli, la población había descendido de 73.800.000 habitantes que tenía en 1944 a 72.200.000 en 1945 [1]. Los daños materiales ascendieron a más de 65.000 millones de *yens*. La producción quedó prácticamente paralizada y las comunicaciones interrumpidas. Cundía el hambre y se declararon epidemias. El hundimiento era total. Había que reconstruir todo.

6. La revolución China (1937-1949)

La revolución china no comenzó en 1937. La guerra civil propiamente dicha, que llevaría a los comunistas al poder, estalló en 1946. Y si quiere tomarse en consideración los orígenes de la revolución anteriores a la guerra civil, habría que remontarse a veinte años antes, hasta la época del 4 de Mayo. Sin embargo, la invasión japonesa y el estado de guerra, efectivo a partir de 1937, aceleraron decisivamente el proceso revolucionario. Cuando en 1945 la bomba lanzada sobre Hiroshima puso súbitamente fin a la ocupación japonesa, es posible que Chiang Kai-chek, libre por fin del enemigo exterior, tuviera ya perdida, antes incluso de haberla entablado, la lucha contra el adversario interior. Pues, en algún modo, la victoria comunista durante la guerra civil sólo fue el corolario y la continuación de las ventajas adquiridas por el PCC durante la guerra nacional.

1. GUERRA Y REVOLUCION (1937-1945)

La guerra

Antes o después de Pearl Harbor: como Chiang Kai-chek, el historiador siente la tentación de dividir los ocho años de guerra en dos etapas de la misma duración: el período crítico (julio de 1937-diciembre de 1941), en que China lleva sola el peso de una lucha desigual, y un segundo período (diciembre de 1941-agosto de 1945), en que descarga sobre su poderoso aliado la tarea de ganar la guerra. Pero el pueblo chino es más sensible a la realidad inmediata de la guerra que al cálculo de sus jefes. Y, desde su punto de vista, sería mejor considerar un período de quince meses de guerra relámpago (julio de 1937-octubre de 1938), frente a un segundo período de cinco años y medio de paz relativa (1938-1944), seguidos ambos de una última y fulgurante invasión.

Bastará con hacer un simple resumen de las operaciones de la primera de estas fases, toda vez que, a partir de octubre de 1938, los japoneses se hicieron dueños de las mayores ciudades, de los puertos más importantes, de las grandes aglomeraciones industriales, en suma, de toda esta parte de China que el imperialismo había explotado y «desarrollado» desde hacía un siglo. La facili-

dad del ejército japonés para conquistar lo esencial de la China del norte (a partir de las posiciones que ocupaba la víspera del incidente del Puente Marco-Polo) está en razón directa a la frecuencia con que se enfrentaba a ejércitos «regionales» mal equipados (Chiang, desconfiado, se oponía a entregarles aviones o artillería pesada), mal entrenados y mal mandados (pues incluso en aquellas ocasiones en que los jefes tenían algún conocimiento de la guerra moderna, vacilaban en comprometer una fuerza militar que representaba para ellos lo más valioso de su capital político). Avanzando preferentemente a lo largo de las vías férreas, los japoneses penetraron en dirección oeste y sur en las provincias de Suiyuan, Shansi, Hopei y Shantung: T'aiyüan, capital del Shansi, y Tsinan, capital del Shantung, cayeron en su poder a finales de 1937. En la misma fecha, Shanghai y Nankín cayeron también en manos de los invasores, que abrieron entonces un segundo frente en China central a partir de la costa. En fin, aunque en 1938 el ejército japonés tuvo algunas dificultades para unir ambos frentes (dificultades debidas primero a su derrota de Taierchuang, cerca de Hsüchow, y después a la apertura de los diques del río Amarillo, que provocó la inundación de una vasta región), a partir de octubre alcanzó las líneas que, con ligeras modificaciones, permanecerían en su poder hasta la primavera de 1944 (ocupación de Wu-han el 25 y 26 de octubre de 1938; desembarco en China meridional y conquista de Cantón el 21 de octubre).

A partir de ese momento el Japón se contentó con el millón y medio de kilómetros cuadrados que ocupaba (al menos teóricamente) en la China septentrional y oriental, hasta que los bombardeos efectuados por los americanos desde sus bases aéreas de China le incitaron a lanzar, en abril de 1944, la operación *Ichi-Go*, que, en menos de seis meses, provocó, del norte al sur de China, la derrota de los ejércitos nacionalistas.

Pero el desastre militar no impidió a Chiang Kai-chek, que se había negado obstinadamente a toda negociación y estaba refugiado, desde 1938, en Chungking, en el alto curso del Yangtse, en la inaccesible (o difícilmente accesible), Ssuch'uan, mantener al menos un gobierno independiente. Esto bastó para hacerle también beneficiario de la victoria aliada: en 1945, China nacionalista tuvo su puesto entre los «Cuatro Grandes».

¿Revolución comunista o revolución nacionalista?

«Los japoneses son una enfermedad de la piel y los comunistas una enfermedad del corazón», diagnosticó Chiang en 1941. De hecho, si el problema de la agresión extranjera se resolvió final-

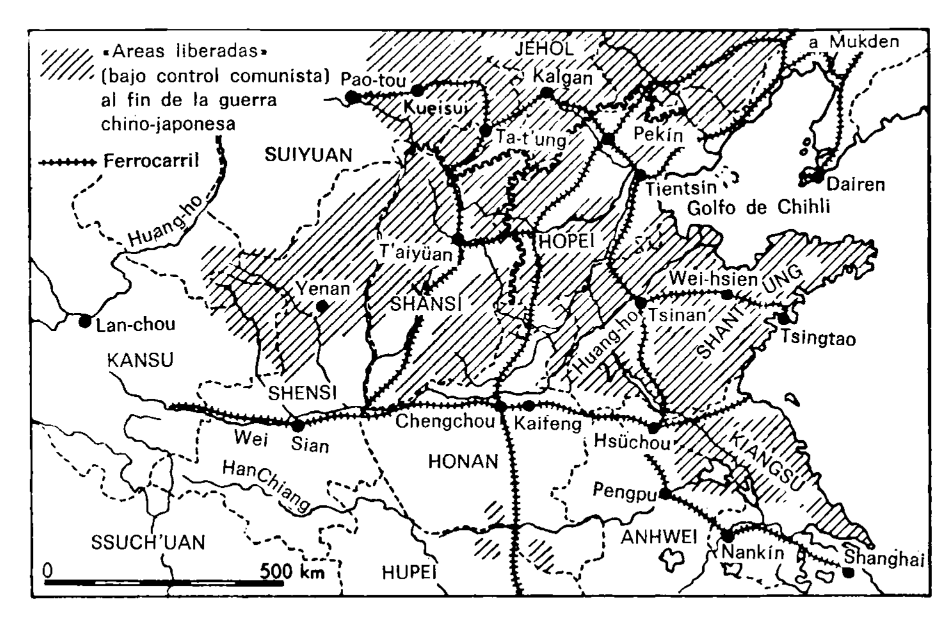


Fig. 3. Areas controladas por los comunistas chinos al fin de la segunda guerra mundial

mente conforme a sus previsiones, Chiang Kai-chek no tuvo tanta fortuna en el frente interior. En efecto, sus compañeros chinos se «aprovecharon» de la situación de guerra más que él se aprovechó del poder y la riqueza americanos: aquéllos supieron explotar la posibilidad que se les presentaba, mientras que el Kuomintang no aprovechó la suya y se dejó corromper por su exceso de fortuna.

El ejército japonés sólo ocupó en China las ciudades y las vías de comunicación. Detrás del frente quedaban grandes espacios vacíos. Si el invasor no podía estar presente en todas partes, su paso bastaba, sin embargo, muy frecuentemente, para provocar la huida o la desaparición de los representantes de la administración nacionalista o provincial. Los comunistas, en cambio, con la seguridad que les daba su experiencia de encuadramiento de la población adquirida en Kiangsi, y también su valor, en cuanto un puesto quedaba libre, lo ocupaban audazmente. A partir de su feudo en el Shensi septentrional, se fueron infiltrando progresivamente, pero con bastante rapidez, en las montañas y la gran llanura de la China del norte y ocuparon, detrás de las líneas enemigas, la mayor parte de Shansi, Hopei y Shantung. Independientemente de la China del norte, que constituía el corazón de su nuevo imperio, llegaron también a implantarse en la cuenca inferior del Yangtse e incluso, de forma más esporádica, en la China del sur. En conjunto, cuando la guerra acabó, más de noventa millones de campesinos vivían bajo su administración (frente al millón y medio de 1937). En cuanto al Ejército Rojo, que oscilaba entre los cuarenta y los ochenta mil hombres en 1937, contaba al finalizar la contienda con un total de seiscientos a novecientos mil soldados regulares, a los que había que añadir un número mayor todavía de milicianos (campesinos arrastrados al combate en la región que habitaban).

¿Cómo pudieron los comunistas realizar tales progresos? ¿Cómo pudieron, partiendo de su situación inicial, llegar a convertirse en serios competidores al poder? Jugando la carta de la resistencia. Los comunistas no se mostraron más eficaces que los nacionalistas para detener el avance japonés. Pues si la victoria conseguida durante los primeros meses de la guerra por Lin Piao en Pinghsingkuan, en el Shansi septentrional, obstaculizó y retrasó la penetración japonesa, tuvo menos importancia que la de Taierchuang, por ejemplo, debida al general nacionalista Li Tsung-jen. Puede incluso decirse que sostuvieron, proporcionalmente, menos batallas abiertas que el Kuomintang. Pero hubo al menos un terreno en el que la administración nacionalista no se mostró ni deseosa ni capaz —debido a las relaciones que mantenía con la población campesina— de rivalizar con los comunistas:

el de la guerrilla, que el PCC recomendó y practicó en los campos intensamente poblados, en la retaguardia de las líneas japonesas. Las salvajes represalias que seguían a los atentados y sabotajes guerrilleros alzaron a los campesinos contra el ocupante y les hicieron adquirir, en las más dramáticas circunstancias, una conciencia nacional, que hasta entonces había sido atributo de las clases urbanas y, entre éstas, de los intelectuales sobre todo.

Una de las consecuencias de la segunda guerra mundial fue, por tanto, la aparición y desarrollo, en el medio rural, de un «nacionalismo de masas» [1] que los comunistas alentaron y explotaron. Frente a los campesinos, éstos se presentaron, no ya como los partidarios e iniciadores de la revolución social (por lo demás, conforme a las exigencias de la «unión sagrada» contra el invasor, tuvieron buen cuidado de moderar su política agraria), sino como los jefes naturales de una comunidad nacional amenazada. Así, para numerosos campesinos, el término «comunista», nuevo para ellos, llegó a equipararse con el de «resistente». La propaganda de Yenan (la capital comunista, en el Shensi septentrional) no hizo nada para disuadirles de ello. Por el contrario, citaba complacientemente las proclamas del ejército japonés (proclamas en las que se presentaba su conquista, justificándola, como una cruzada antibolchevique) y fingía a veces confundir el Kuomintang de Nankín (régimen colaboracionista de Wang Ching-wei, antiguo fiel de Sun Yat-sen) y el Kuomintang de Chungking (el gobierno oficial de Chiang Kai-chek). En fin, en ocasiones utilizó también argumentos menos falaces, como el del sitio y ataque llevado a cabo por los nacionalistas, inquietos ante los progresos del PCC, a un ejército comunista (el IV Nuevo Ejército) en la región del Yangste, en enero de 1941. En todo caso, la mayor parte de los nuevos elementos reclutados por el Ejército Rojo y de los nuevos adherentes del PCC eran campesinos.

La invasión y la guerra permitieron al PCC realizar de manera más completa y a una escala completamente diferente lo que sólo a medias había conseguido hacer en Kiangsi, es decir, asegurarse el apoyo de las masas campesinas: los comunistas chinos construyeron su victoria ulterior de la misma manera que Tito, que se impuso en la Yugoslavia ocupada como el verdadero jefe de la resistencia antihitleriana [2]. En efecto, tanto en China como en Yugoslavia, las dos democracias populares que más decidida resistencia opusieron a la hegemonía soviética (a excepción de Cuba), las dos únicas en que los comunistas no llegaron al poder en los furgones del Ejército Rojo (soviético), los revolucionarios se colocaron, para triunfar, la máscara nacionalista. Dicho esto ¿no sería entonces más simple leer «nacionalismo» en vez de «comunismo»?

No exactamente. Es innegable que el nacionalismo ha sido, y sigue siéndolo todavía, un elemento fundamental de la revolución china. Lo es también que la segunda guerra mundial aceleró al menos —y quizá hizo posible— la victoria de los revolucionarios en China. Las causas puramente económicas y sociales, es decir, a fin de cuentas, su propia miseria, no hubieran bastado para convertir a los campesinos a la revolución. Pues si éstos se rebelaron de vez en cuando contra el exceso de impuestos, los abusos de la soldadesca, etc., su acción, dispersa y mal coordinada, no llegó a poner en peligro al régimen, y, sobre todo, fue esencialmente defensiva: no se enfrentó con las causas permanentes de la miseria y de la explotación, sino con factores accidentales, excepcionales, y por eso mismo peor aceptados que su desgraciada situación diaria, para ellos normal [3].

Si los campesinos se dejaron movilizar contra el enemigo nacional durante la guerra, ello se debió probablemente a que este enemigo atentaba de una manera inmediata a su *statu quo*, como hubiera atentado, por ejemplo, una plaga de langostas, una incursión de soldados chinos saqueadores o una leva excepcional de impuestos: las atrocidades del ocupante, que pusieron a los campesinos en situación desesperada, empujaron a éstos, como única salida, a apoyar al Ejército Rojo y a la nueva administración resistente organizada por los comunistas. Por razones similares, en las zonas controladas por el gobierno legal los campesinos adoptaron frecuentemente una actitud antipatriótica: intentaron escapar al reclutamiento, no vacilaron en trabajar como *coolies* al servicio de los invasores y, en ocasiones, llegaron a mezclar arena con el arroz destinado al ejército. Ello no quiere decir que los campesinos de la China occidental o meridional fueran ni más ni menos rebeldes al sentimiento nacional que sus hermanos de China del norte. Ocurría, simplemente, que la calamidad mayor no era para ellos el ejército japonés sino el propio ejército nacional. Un ejército que trataba brutalmente a sus reclutas (casi todos procedentes del campesino pobre o medio), se preocupaba muy poco de ellos (muchos llegaron incluso a morir de enfermedad antes de haber podido incorporarse a su unidad) y llegaba en ocasiones a encadenarles como prisioneros, por miedo a que desertaran. Por lo demás, el ejército nacional se preocupaba tan poco por la vida de los campesinos civiles como por la de los que enrolaba: la decisión de abrir los diques del río Amarillo en la primavera de 1938, o los episodios de soldados hambrientos asesinando a los campesinos que se resistían al pillaje de su grano, dan fe de esta situación.

Así, a pesar de las aparentes contradicciones, la actitud de los campesinos muestra una cierta continuidad en el tiempo y en el espacio: lo que éstos buscan ante todo es sobrevivir y defenderse. En tiempo de paz, contra los impuestos o la soldadesca; en tiempo de guerra, sólo contra la soldadesca. Una soldadesca que, según los lugares, puede estar diferentemente representada por el «ocupante» llegado del Japón o por el de una provincia china próxima. En estas condiciones, la originalidad del comportamiento del Ejército Rojo y de la administración comunista parece ser más de naturaleza *social* que *nacional* [4]. Los comunistas dirigen la resistencia a la ocupación japonesa, pero, sobre todo, no maltratan al pueblo: ésta es, para los administrados, su novedad fundamental. En efecto, para los campesinos, esos soldados del «Octavo Ejército de Ruta» (tal es el nombre, que pronto se haría legendario, del principal grupo de ejércitos rojos durante el período del «frente unido» contra el invasor), que pagan lo que compran, arreglan y ordenan las habitaciones que ocupan e incluso no vacilan, llegado el caso, en ayudar a los trabajos del campo, debían ser, verdaderamente, unos extraños soldados... Tales prácticas explican la ayuda que desde el primer momento prestó el campesino a un ejército, el octavo, al que conocen más como el «ejército del pueblo» *(lao-pai-hsing ti chün-tui)* que como el «ejército de resistencia antijaponesa».

Mientras se aprovechan del estado de guerra, éste va minando profundamente al régimen: tal es la doble ventaja de los revolucionarios. La guerra es un test para los beligerantes. Un test que, después de la Rusia zarista, experimentará a su vez la China nacionalista. Con la guerra, que acelera evoluciones y mutaciones, la resolución de los problemas de fondo —el problema agrario en primer lugar—, cuya solución se había aplazado durante el «decenio de Nankín», se hace súbitamente tan imposible como urgente.

Al replegarse en las provincias retrasadas del sudoeste, el régimen se hizo a la vez más conservador (más sensible a los intereses de los notables rurales, que no contaban ya, como en los puertos de la costa oriental, con la competencia de la burguesía industrial y comerciante) y más pobre. En efecto, a partir de entonces, los derechos de aduana, sobre todo de aduana marítima, que constituían los más sólidos ingresos del gobierno central, fueron percibidos por los japoneses. Incapaz de financiar con unos recursos disminuidos los gastos cada vez mayores exigidos por el esfuerzo bélico, la China de Chungking no pudo evitar la inflación. De un año a otro, los precios se duplicaron, se triplicaron y acabaron siendo, en junio de 1944, cinco veces más elevados que en junio de 1937, en vísperas de la guerra. Los más

afectados por esta subida fueron los empleados del gobierno y los funcionarios con sueldos fijos que, para sobrevivir, recurrieron al trabajo ilegal y a la venalidad.

En efecto, la inflación favoreció la especulación y la corrupción. Una corrupción que no sólo alcanzó a los miembros de la administración acuciados por la necesidad, sino que se extendió también a los medios más próximos al poder y a numerosos oficiales superiores y generales, que se dedicaron al contrabando de productos japoneses o a la regenta de armas y medicamentos suministrados por el aliado norteamericano. El cambio oficial, extremadamente desfavorable a los Estados Unidos, elevaba el precio de la construcción de la más pequeña base aérea a una suma fabulosa; pero una buena parte de lo que desembolsaba la intendencia americana iba a parar a manos de los oportunistas, primero en Chungking y después en los propios lugares en que se efectuaban las transacciones.

La crisis moral que desacreditó al régimen de Chiang Kai-chek después de Pearl-Harbor es comparable a la que surgiría en el Viet-Nam del Sur un cuarto de siglo más tarde. En ambos casos, intervinieron razones análogas: contacto brutal entre una sociedad caracterizada por la penuria y una microsociedad (el cuerpo expedicionario americano) donde reina la abundancia, prolongación desalentadora de una guerra cuyo final se sabe no depende de los gobiernos nacionales de Saigón o Chungking. A lo que hay que añadir, en el caso de China, el convencimiento de que es mejor reservar las fuerzas, en previsión del inevitable enfrentamiento con los comunistas y no comprometerlas inconsideradamente al lado de los americanos. Esta misma abstención beneficiaría a los comunistas: los estudiantes patriotas masivamente reunidos en Chungking en 1938, se sentirían cada vez más atraídos por el prestigioso Yenan que, por oposición al desorden establecido y a la inacción de la China oficial, encarnaba para ellos el espíritu de resistencia, la integridad, la austeridad y el porvenir.

Si la creciente desmoralización alejó del régimen a un número cada vez mayor de chinos, no tuvo probablemente una influencia tan profunda como las rápidas transformaciones que, en el espacio de unos años, cambiaron radicalmente la vida de los habitantes de las ciudades de una gran parte de la población rural. La transformación de Chungking, mercado rural convertido en capital, que experimentó, al mismo tiempo que el *boom* económico y la irrupción del siglo XX, repetidos bombardeos aéreos y alza de precios, constituye un símbolo de estas transformaciones. Tres poblaciones convivían allí sin llegar nunca a mezclarse: una minoría de «autóctonos» estupefactos ante el crecimiento de la ciudad (los doscientos mil habitantes con que contaba en 1938 se conver-

tirían, un año después, en un millón); los refugiados y resistentes llegados de la costa y de la cuenca inferior del Yangtse, que despreciaban a los primeros y no reconocían ya su China en este «interior» atrasado; y finalmente, la colonia extranjera (misiones diplomáticas, militares o comerciales), que despreciaba a ambas y se atrincheraba preferentemente al margen de la ciudad china, a la orilla sur del Yangtse. Más al sur, K'unming, capital de Yünnan, acogía a universidades replegadas de la costa oriental (y, con ellas, la agitación de los inconformistas y de los políticos liberales hostiles a la dictadura del Kuomintang), aviadores americanos y fábricas de municiones, todo ello a un solo día de marcha de las montañas y las colinas donde los descendientes de las poblaciones aborígenes antaño expulsadas de la llanura por los colonos chinos conservaban, según asegura el sociólogo y antropólogo Fei Hsiao-t'ung, costumbres bastante próximas a las de las tribus primitivas de Melanesia.

Aunque el contraste no era, naturalmente, tan extremo en todas partes, el choque de las civilizaciones fue no obstante suficientemente fuerte para que numerosas gentes, cansadas de interpretar lo incomprensible en términos familiares, llegaran pronto a concebir lo inconcebible y a concluir que había llegado el tiempo de actuar. Baste como ejemplo de esta situación, el de esos habitantes de una pequeña ciudad de la China meridional que, ignorantes, varias semanas después de Hiroshima, de que la guerra había terminado y al asistir por casualidad a una ceremonia durante la cual un grupo de oficiales chinos y americanos celebraban la victoria común contra el enemigo japonés, acabaron por concluir, para tranquilizarse, que estos personajes importantes se aprestaban a ejecutar algunos bandidos; o el de esos «sabios» de provincia disertando inacusablemente sobre las estratagemas de esos nuevos héroes de los «Tres Reinos» que se llamaban Roosevelt, Churchill y Stalin)... Cierto que esas gentes sólo forman todavía una minoría, pero una minoría, como ocurrirá más tarde con los *fellahin* argelinos o los campesinos vietnamitas traumatizados y desarraigados por la guerra, dispuesta a acoger y, llegado el caso, a promover los cambios más radicales.

II. LA REVOLUCION COMO CONQUISTA (1945-1949)

El último respiro (1945-1946)

Aunque la derrota del Japón dejó los dos campos frente a frente, la guerra civil sólo se hizo efectiva a partir del verano de 1946. Nacionalistas y comunistas, con idéntica decisión de recurrir a las

armas para aplastar al adversario, tenían que tener en cuenta una opinión agotada por ocho años de guerra y dispuesta a tomar partido contra aquél de los dos campos que tomara la iniciativa de las hostilidades. Por si esto fuera poco, los aliados americanos, poco deseosos de verse implicados en una nueva guerra, presionaron en favor del establecimiento de un *modus vivendi*.

En estas condiciones, los dos campos intentaron asegurarse bazas, prestándose a las negociaciones con una fingida docilidad. El 10 de agosto de 1945, al día siguiente del lanzamiento de la segunda bomba atómica e incluso antes de la rendición japonesa, se dictaron dos órdenes del día contradictorias: en una de ellas, la de Chiang Kai-chek, se ordenaba al general Chu Teh, comandante en jefe del Octavo Ejército, que no aceptara la rendición de ninguna unidad japonesa; en la otra, procedente del cuartel general de Chu Teh, se ordenaba a los jefes de todas las unidades que obedecieran las órdenes de desarmar inmediatamente las tropas japonesas y colaboracionistas, y que ocuparan sin tardanza las ciudades y vías de comunicación «hasta ese momento ocupadas por los japoneses o sus lacayos chinos». Cuatro días después, el general Mac Arthur, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Pacífico (SCAP), se decidió por Chiang, al que designó como la única autoridad habilitada para recibir la rendición japonesa en China. Los aviones americanos se apresuraron a transportar hacia China del norte y del este (principal zona de ocupación japonesa) varios centenares de miles de soldados nacionalistas, mientras que los *marines* desembarcaban en Shantung y Hopei y tomaban posesión, en nombre del gobierno legal chino, de Pekín, Tientsin y otras ciudades y puertos. Con semejante ayuda, los nacionalistas no tuvieron dificultades en ganar esta carrera de velocidad. Sus rivales comunistas sólo pudieron precederles en una parte de Manchuria y, naturalmente, conservaron el control de numerosos pueblos de China del norte, que administraban desde hacía varios años.

Mientras la disputa por los despojos japoneses alcanzaba su punto culminante, Mao Tse-tung negociaba con Chiang Kai-chek en Chungking. Oficialmente, los comunistas pedían la formación de un «gobierno democrático de la coalición». Pero Chiang Kai-chek no aceptó y, sin que se resolviera ninguna diferencia importante, se produjo la separación con una declaración aparentemente conciliadora, destinada a salvar las apariencias (11 de octubre de 1945). La presencia de un mediador americano, el general Marshall, no tardó en obligar a los antagonistas chinos a entablar negociaciones más serias, que, como las anteriores, sólo conducirían a acuerdos ilusorios. Pues aunque en enero de 1946 Marshall consiguió, en efecto, que se proclamara una tregua, lo

cierto es que el «Comité de los Tres», constituido por él mismo con Chu En-lai y el general nacionalista Chang Chih-tung, y encargado de resolver las reclamaciones y conflictos surgidos sobre la marcha, se veía obligado a actuar constantemente. Los incidentes se multiplicaban, particularmente en Manchuria, donde en abril-mayo de 1946, y desencadenada por el Ejército Rojo, se produjo la primera batalla abierta de alguna importancia por el control de la estación de Ssup'ing que, desde el incidente de Sian, opuso a comunistas y nacionalistas.

Durante mucho tiempo, Manchuria (en chino: *Tungpei*, «el noroeste») será el principal teatro de operaciones de la guerra civil. Era la única parte del territorio chino en que los americanos no habían podido intervenir con eficacia, ya que sus aliados soviéticos —beligerantes con el Japón, en virtud de los acuerdos de Yalta, desde el 8 de agosto de 1945, es decir, dos días después de Hiroshima— la ocuparon durante los ocho días en que estuvieron en guerra con el Japón. Ello no quiere decir que el Ejército Rojo soviético prestara al Ejército Rojo chino servicios comparables a los que los nacionalistas obtuvieron de los americanos. En efecto, el jefe del cuerpo expedicionario soviético. Malinovski, si bien permitió a los partisanos de Lin Piao infiltrarse en los campos y ocupar la mayor parte del norte de Manchuria, entregó también grandes ciudades del sur y el centro al ejército nacionalista. Stalin, que el 14 de agosto de 1945 firmó un tratado de alianza con el gobierno legal de Chungking, no parecía tan deseoso de apoyar la revolución china —cuyas posibilidades, por lo demás, había subestimado— como de transportar a la URSS las máquinas y fábricas anteriormente instaladas por los japoneses, y que el Ejército Rojo se dedicó a desmontar febrilmente. Para China, el daño causado era tanto más grave cuanto que el noreste constituía la única región verdaderamente industrializada del país.

La guerra civil (1946-1949)

Ninguna declaración de guerra permite trazar, entre las escaramuzas de la primavera de 1946 y el período de la guerra civil propiamente dicha, una línea de demarcación neta. Chu En-lai permaneció en Chungking hasta noviembre y la delegación política que dirigía no abandonó definitivamente Nankín —por entonces la capital nacionalista— hasta mayo de 1947. No obstante, puede considerarse que la guerra se hizo efectiva a partir de julio de 1946: el 30 de junio caducaba, sin ser renovada, una última tregua, firmada en Manchuria el mismo mes, y en julio los comunistas anunciaban la creación de un «Ejército de Liberación del Pueblo». Este nuevo nombre, que sucedía al de VIII Ejército de

Ruta, evocador del período del frente unido, era ya de por sí todo un programa...

Los nacionalistas contaban con la superioridad numérica (tres millones de hombres frente a poco menos de un millón), la ayuda financiera y las armas americanas y, en fin, con los recursos de una región mucho más extensa y rica (en efecto, los comunistas, cuando comenzó la guerra, no tenían ninguna gran ciudad). Pero el alto mando nacionalista era en su conjunto muy mediocre y algunos jefes de valor, como el general Li Tsung-jen, el vencedor de Taierchuang, fueron marginados como sospechosos por razones políticas. Además, la ausencia de continuidad en el mando y las intervenciones personales de Chiang Kai-chek (que no dudaba en supervisar, desde Pekín o desde Nankín, operaciones realizadas a centenares de kilómetros y a quién encantaba dar órdenes al inferior sin avisar al superior) provocaban confusión e incertidumbre y paralizaban las iniciativas. Ahora bien, estas iniciativas se producían ya muy raramente en un ejército cuya estrategia y estado de ánimo eran esencialmente defensivos: en los primeros meses de la guerra, es decir, verano de 1946-primavera de 1947, los nacionalistas añadieron también nuevos territorios a los que habían ocupado antes de que comenzara y, a partir de ese momento, su preocupación esencial fue conservarlos. Dispersadas a lo largo de las vías de comunicaciones y en ciertas ciudades, algunas de las cuales, como en el caso de Changchun y de Kirin, en Manchuria, están a varios miles de kilómetros de sus bases de la China central, las guarniciones nacionalistas no tardaron en perder toda movilidad y, en algunos casos, también toda intención de exponer sus reservas en municiones. La resquebrajada moral de los soldados (campesinos reclutados a la fuerza y sensibles a la propaganda de los campesinos del bando contrario, a quienes «el Ejército de Liberación del Pueblo» no maltrataba y que se beneficiaban, además, de la redistribución de tierras y de los propios oficiales, multiplicaba las deserciones e incluso las defecciones de unidades enteras.

Se podría oponer punto por punto las virtudes del Ejército Rojo a las debilidades de los gubernamentales: continuidad de mando (los mismos hombres combatían juntos desde los días heroicos de Kiangsi) estrategia tan sencilla como audaz, que busca no la defensa u ocupación de objetivos geográficos sino la aniquilación del adversario (de ahí, por ejemplo, que, ante el ataque a Yenan de los nacionalistas, las tropas rojas no vacilaran en abandonarlo; recurso sistemático a las tácticas y astucias de la guerrilla que, mucho más que las batallas francas, donde pérdidas y ganancias se equilibran, permiten compensar la inferioridad de los efectivos y del material; extrema movilidad, mejor disponibilidad (se le-

vanta el campo rápidamente y se deja al enemigo una plaza vacía y un éxito ilusorio) y, en fin y sobre todo, una moral tan elevada como baja era la de las «fuerzas del orden».

Revolución agraria

Pero la moral de los soldados del «Ejército de Liberación del Pueblo» se debe a factores no militares. La guerrilla no añade un nuevo estilo al arte militar: no es más que una forma y un momento del combate revolucionario. La lucha del Ejército Rojo no puede separarse de la revolución agraria, que, al mismo tiempo, transforma radicalmente las relaciones sociales en innumerables pueblos de China del norte y del noreste.

Fanshen [5], «revolverse», es decir, en el sentido literal, «realizar una revolución»: he aquí la palabra clave del período. Para un campesino de las «regiones liberadas» (las zonas controladas por los comunistas), *fanshen* significa concebir la vida y las relaciones sociales de una manera totalmente nueva. Significa no considerar ya que la sumisión al propietario, al usurero, al administrador es algo natural e inevitable. Y significa, en fin, recibir un lote de tierra y una parte de los «frutos de la lucha» (instrumentos agrícolas, ganado, ropa y demás bienes confiscados a los ricos). Pero la revolución social se acompaña de una revolución en las costumbres. Y, para la mujer del mismo campesino, *fanshen* significa probablemente no aceptar ya ser pegada por su marido y poder rebelarse contra la tiranía de su suegra. Todo el mundo puede descargarse de sus penas y preocupaciones participando en las «Exposiciones de Agravios», donde se unen a la vez el psicodrama y la asamblea pública. Estas manifestaciones, organizadas por el Ejército Rojo, tienen por objeto, por una parte, desarrollar la conciencia de clase de los campesinos y, por otra, revelar los nombres de los más odiados terratenientes y tiranos locales, que serán humillados, insultados y, a veces, torturados antes de ser ejecutados.

La revolución agraria no llegó de un modo súbito a estos extremos. Se impuso, por el contrario, progresivamente e incluso hubo momentos en que hubo de retroceder o moderarse. En definitiva, puede considerarse que, en los primeros momentos, la política agraria del PCC se atuvo a las medidas adoptadas durante la guerra chino-japonesa, es decir, reducción del importe de las rentas y del interés, etc. Las primeras confiscaciones de tierras de los grandes propietarios se practicaron durante el verano de 1946 y sólo a partir de octubre de 1947 la lucha de clases se intensificó y sistematizó a la vez, en los campos ocupados por el Ejército

Rojo. Intensificación, naturalmente, que mostró importantes desajustes según se tratara de una región «antiguamente», «semi antiguamente» o «recientemente» liberada.

Los *ti-chu* o grandes propietarios y sus agentes (intendentes, hombres de paja o sicarios, clientes y cómplices, brujos que viven del orden antiguo y cuyos ritos y prohibiciones protegen, etc.) no fueron las únicas víctimas de la revolución agraria. Pues ocurrió, en efecto, en más de un distrito que la revolución no solamente se enfrentó con los campesinos ricos, sino con los «campesinos medios superiores»: nueva categoría definida por razones de necesidades, desde el momento en que, una vez realizada la redistribución de los «frutos de la lucha», resultó claro que la mayoría de los pobres seguían siendo pobres y lo seguirían siendo si no se despojaba a otros «ricos».

El partido reaccionó contra este igualitarismo excesivo que, al romper el frente unido entre campesinos pobres y campesinos medios, las dos clases en que se apoyaba la administración comunista, podía provocar en un plazo inmediato un grave problema político en la retaguardia del Ejército Rojo. Además, esta forma de actuar ignoraba que únicamente remedios de orden económico (incremento de la producción y, por tanto, de la masa global de recursos a repartir) eran susceptibles de resolver —lenta y trabajosamente— una penuria general.

A veces, también fue la propia comunidad en su conjunto la que sufrió el orden nuevo, representado por algunos de sus propios miembros: «cuadros» campesinos, comunistas o no, activistas de la Asociación de los campesinos pobres o jefes de la milicia local, etc. Estos hombres, ebrios por el nuevo poder, o quizá por el hecho de llevar un fusil, se atribuían las mejores tierras, se arrogaban el derecho de designar como «voluntarios» para el Ejército Rojo a sus «enemigos» en el pueblo o a aquéllos que se resistían a su arbitrariedad, intimidaban a la mayoría para poder así expoliar impunemente a una minoría o recurrían pura y simplemente a la fuerza para perpetrar pillajes, violaciones o asesinatos. Estos abusos de poder de los nuevos amos, esta dictadura temporal y localizada de los más decididos —que eran también generalmente los que más habían arriesgado en la etapa inicial de la revolución agraria— fueron igualmente combatidos y progresivamente corregidos por el partido comunista, que obligó a sus miembros y a los cuadros de las asociaciones de masa a «cruzar la puerta», es decir, a someterse a las críticas y al juicio público del conjunto de los campesinos, únicos habilitados para separar el grano de la paja. Los que fracasaban al «cruzar la puerta» de la aprobación popular eran revocados y, llegado el caso, castigados e incluso encarcelados. Algunos de estos cuadros se suicidaron y

otros se desmoralizaron. De ahí que, tiempo después, una nueva «rectificación» —un reajuste en sentido opuesto— los protegiera o rehabilitara...

En los pueblos «liberados» no todo fue, pues, ni tan simple ni tan rosa como a veces se ha expuesto. Y es natural. Todas estas precisiones sólo intentan corregir ciertas representaciones idealizadas de la reforma agraria y del campesinado pobre, un campesinado que sólo podía ser lo que una existencia difícil y precaria había hecho de él: una masa generalmente sumisa y timorata (toda revuelta era «tratada» implacablemente), pero capaz en ocasiones de ser áspera, dura y egoísta (porque un exceso de generosidad puede también traer malas consecuencias). La indignación o la condena moral no tendrían aquí ningún sentido: en efecto ¿quién reprocharía a los campesinos practicar el infanticidio o vender a sus hijas, cuando no existía otro medio de asegurar la supervivencia de los demás hijos, incluidas las propias hijas vendidas? Nos contentaremos aquí, después de haber recordado el progreso vacilante de esta revolución campesina, presa en la inagotable complejidad de lo cotidiano, con concluir que la revolución, para vencer, tuvo que echar raíces en los pueblos y que los intelectuales que la servían desde el principio descubrieron entonces que esa revolución era algo muy distinto al desarrollo «perfecto» de una idea pura, el infalible instrumento de una justicia abstracta.

Una vez dicho esto, es preciso repetir una vez más que, en conjunto, los comunistas consiguieron movilizar a las masas campesinas transformando relaciones sociales y políticas inamovibles desde tiempos inmemoriables. Las propias dificultades y tragedias que hemos mencionado no se debieron tanto a la dirección del partido como a los dramas y disensiones internas de la sociedad campesina (de donde salieron los cuadros comunistas locales). Esto prueba al menos que la revolución en los pueblos se convirtió verdaderamente en un asunto de campesinos, que éstos participaron en la empresa comenzada —y guiada— por los dirigentes del partido comunista, de la misma manera que delegarían en sus hijos la participación en el Ejército Rojo. Ejército Rojo que, a su vez, y según la fórmula de Mao, supo estar en el pueblo «como un pez en el agua» y supo educar a sus propios reclutas campesinos para hacer de ellos combatientes de la Revolución. Una unidad del Ejército de Liberación del Pueblo, observa un corresponsal de guerra norteamericano, es también «una escuela, un teatro, un círculo de trabajo cooperativo y político» [6]. Gracias al comportamiento y a la acción del ejército, gracias a la revolución agraria y a la distribución de los campos, la integración entre partido y pueblo se realizó finalmente. Es decir, a fin

de cuentas, la integración entre los pretendientes al poder y sus administrados: su retaguardia.

Pérdida del «mandato»

La retaguardia de los ejércitos blancos durante la guerra civil comprendía todo el resto de China: una China rural, donde los campesinos no heredaban las tierras de los ricos como sus afortunados hermanos del norte y del noreste (los soldados de las «fuerzas del orden», campesinos también, no ignoraban este contraste, que la propaganda comunista les recordaba constantemente) y toda la China urbana trastornada y desmoralizada por la inflación y el marasmo económico. Aunque al final de la guerra se detuvo por algún tiempo la depreciación monetaria del período de Chungking, una evaluación demasiado optimisma del valor del *fabi,* moneda legal de la China «libre», cuya paridad con los billetes emitidos por el ocupante japonés en las provincias orientales se fijó demasiado alta, no tardó en provocar de nuevo la inflación. Como ésta se agravara por la reapertura de las hostilidades entre nacionalistas y comunistas, el gobierno recurrió sistemáticamente a la emisión de billetes para financiar el esfuerzo bélico y no retrocedió ante las más costosas operaciones militares: sólo el aprovisionamiento aéreo, durante poco más de dos meses, de la plaza de Changchun, bloqueada por el Ejército Rojo, absorbió la totalidad del presupuesto militar del segundo semestre del año 1948. Como, por otra parte, no se tomó ninguna medida fiscal para limitar las ganancias que favorecían la inflación y la especulación, y como, además, la ausencia de un efectivo control del cambio y de una restricción de las importaciones permitió a los poseedores de capitales colocarlos en el extranjero, la situación se agravaba aún más. Así, entre enero de 1946 y agosto de 1948, los precios se multiplicaron por 67. Un dato: en esta última fecha, en la región de Cantón, para comprar un grano de arroz se necesitaban ya quince *fabi.*

Para intentar yugular la inflación, el gobierno recurrió a medidas enérgicas (precios máximos, conversión forzosa de divisas extranjeras y metales preciosos, caza a los especuladores, algunos de los cuales serían fusilados) y sustituyó (el 19 de agosto de 1948) el *fabi* por una nueva moneda, el *yuan* de oro. Pero era demasiado tarde. En efecto, la desconfianza del público y una excesiva emisión de billetes darían rápidamente cuenta de esta nueva moneda, cuya depreciación, a partir de noviembre de 1948, fue todavía más impresionante que la del *fabi.* Por consiguiente, esta última reforma financiera no sólo fracasó, sino que su inope-

rante terrorismo alejó del régimen a la clase más interesada en combatir la «subversión» comunista: la de los capitalistas y hombres de negocios, encarcelados a veces entre la multitud de oportunistas y pequeños delincuentes. Al avanzar en China central, las tropas del «general tuerto» Liu Po-ch'eng (uno de los veteranos del Ejército Rojo), se encontraron incluso con convoyes de tejidos: regalos de tejedores de Shanghai, que habían elegido su campo...

Las otras clases urbanas, clases medias e intelectuales sobre todo, que tuvieron que sufrir también la inflación, no esperaron a 1948 para romper con el Kuomintang. En efecto, hostiles a la guerra civil desde el principio, los intelectuales no perdonaron nunca a Chiang su intransigencia de 1945-1946. Y como sus críticas o reivindicaciones sólo suscitaron intervenciones policíacas, internamientos arbitrarios en campos de concentración e incluso asesinatos de intelectuales liberales por la policía secreta del régimen, una parte de estos intelectuales se inclinó por Yenan, mientras que la otra se sumergía en una asqueada y temerosa apatía. Los estudiantes se manifestaban contra los ataques a las libertades y al mismo tiempo contra el «imperialismo americano»: la propaganda comunista había conseguido hacer que se asimilara la ayuda americana al gobierno nacionalista con la invasión japonesa de antaño y que se identificara su propio combate con la lucha nacional, aunque las cosas fueran muy diferentes, y diferentes también del compromiso norteamericano contra la revolución vietnamita dos decenios más tarde (en efecto, en China, lo esencial era la guerra civil entre dos fuerzas nacionales con programas antitéticos y ambiciones incompatibles, y la intervención imperialista sólo desempeñó aquí un papel accesorio).

Los medios muy restringidos que participaban en la vida política —o lo que se entendía por «vida política»— se alejaban también de un régimen bamboleante y, sin embargo, autoritario. La tercera fuerza, la *Liga Democrática*, que reagrupaba a un cierto número de partidos liberales o moderados, se inclinó también hacia los comunistas: boicoteó como ellos la Asamblea Nacional, que se reunió en Nankín en noviembre de 1946, y, cuando aún no había transcurrido un año, en octubre de 1947, quedó declarada fuera de la ley. El partido en el poder no se salvó de la secesión: un «comité revolucionario del Kuomintang», fundado en enero de 1948 por generales y dignatarios del régimen, incitó a la lucha armada contra el poder y algunos de sus activistas se pasaron a las filas comunistas. En abril de 1948, la Asamblea —designada por nombramiento y no por elección— reeligió a Chiang Kai-chek Presidente de la República, pero, asociándole, a pesar de todo tipo de presiones, un vice-presidente no querido por él y que

frecuentemente le había criticado e incluso combatido con las armas en la mano: Li Tsung-jen.

La desafección de los ciudadanos se vio acelerada o reforzada por una crisis moral, que recuerda a la clásica pérdida del «mandato celeste», que, según la historiografía china tradicional, experimentaban las dinastías declinantes como anuncio de su próxima caída. La inflación convirtió la corrupción de los funcionarios, anteriormente ya muy extendida, en un verdadero mal endémico. La restitución a China de las colonias o posesiones japonesas —Taiwan (Formosa) y el nordeste (el antiguo Manchukuo)— dio lugar a una vergonzosa explotación, que no tardaría en hacer añorar a estos chinos de la periferia (en su mayoría, la población estaba compuesta de emigrantes o descendientes de emigrantes *Han*) la época de la dominación imperialista. El resentimiento impulsó a más de un joven chino del nordeste a las filas del Ejército de Liberación del Pueblo y provocó, en Taiwan, una revuelta, en marzo de 1947, duramente reprimida. Revuelta que Chiang Kai-chek atribuyó inmediatamente a las intrigas de los «comunistas taiwaneses, dejados allí por los japoneses con objeto de suscitar desórdenes»: un ejemplo más, entre mil, de las mentiras oficiales que se multiplicaban durante la guerra civil (cada derrota se presentaba, contra toda evidencia, como una «derrota de los bandidos rojos») y que acabaron de hundir definitivamente al régimen en el desprestigio.

Las operaciones

No obstante, la primera parte de la guerra civil fue favorable a los nacionalistas, cuyos efectivos, armamento, equipo y recursos eran, como se recordará, muy superiores a los de sus adversarios. Pero a partir del verano de 1947 los comunistas tomaron la iniciativa en Manchuria —de donde partiría también su ofensiva final— y demostraron, con su acción de guerrilla, cómo la enorme extensión geográfica de las fuerzas nacionalistas podía convertirse en una fuente de fragilidad y debilidad. Cuando concluyó el año, los observadores lúcidos —que son raros— vieron claramente que el mapa de los territorios ocupados y la potencia material no traducían en absoluto la relación de fuerzas real y las respectivas posibilidades. Entusiasmado, Mao declaraba: «la guerra revolucionaria del pueblo chino ha tomado ahora un nuevo giro... el giro de la historia» (informe al Comité Central del 25 de diciembre de 1947), pero ni él mismo preveía una conclusión tan próxima.

En efecto, desde 1948, las en resumidas cuentas fáciles victorias del Ejército Rojo habían decidido ya la suerte de la guerra. Los comunistas recuperaron Yenan, capturaron grandes ciudades

como Lo-yang, en Honan, y Tsinan, capital de Shantung (demostrando así que a partir de entonces eran capaces de pasar de la guerrilla a los asedios y a las batallas abiertas de la guerra «regular»), y se lanzaron después, a partir de septiembre, al asalto decisivo en el nordeste, que lograron dominar completamente en menos de dos meses, capturando a varios cientos de miles de soldados nacionalistas. Si el gran vencedor de la campaña del nordeste fue Lin Piao, casi inmediatamente después Ch'en Yi y Liu Po-ch'eng se convertían en los principales artífices de la victoria que daba el golpe de gracia al régimen: la batalla de Huai-hai (noviembre de 1948-enero de 1949). En este gigantesco enfrentamiento que se produjo en la región de Hsüchow, en terreno descubierto, intervinieron aproximadamente un millón de hombres, muy desigualmente mandados. En efecto, los errores tácticos de los nacionalistas (tanto de Chiang como de sus generales), la falta de cooperación entre generales rivales y la baja moral de las tropas fueron responsables de un desastre que costó 550.000 hombres a los gubernamentales (de ellos 327.000 prisioneros): el contingente fundamental de lo que les quedaba.

A partir de entonces, los comunistas tenían abierta ya la vía de Nankín (la capital) y de Shanghai. Y si esperaron hasta el 20 de abril para franquear el Yangtgekiang (estarían en Nankín el 23), sólo se debió a unas últimas negociaciones llevadas a cabo en Pekín, ocupado entretanto. Negociaciones que tuvieron como interlocutor no a Chiang Kai-chek, que había dimitido y que preparaba ya el repliegue a Taiwan, sino al vice-presidente Li Tsung-jen, convertido en presidente interino. Fracasadas las conversaciones, el paseo triunfal del Ejército Rojo continuó del norte al sur y al sudoeste del inmenso país. Y cuando todavía no había concluido la ocupación, un pueblo jubiloso aclamaba, el 1 de octubre de 1949, la fundación de la República Popular de China.

Una conquista asombrosamente fácil. Estas palabras contienen dos conclusiones aparentes, que son, a la vez, dos tentaciones para el historiador. La primera consiste en reducir la revolución china a una conquista militar, ya que, en efecto, fue la fuerza de las armas lo que finalmente designó al vencedor. La segunda sugiere que no se trató de una conquista, ya que los comunistas tenían verdaderamente la partida ganada y sólo se contentaron con heredar un régimen que se desintegraba: simplemente, las clases dirigentes chinas les habrían dejado el puesto. Aunque ninguna de las dos explicaciones del triunfo de los revolucionarios es falsa, ambas son parciales. Expresan una cierta verdad literal de la última etapa de la revolución. Porque también se podría, y apoyándose en argumentos de peso, proponer una tesis «financiera» de los orígenes de la revolución y comparar incluso los efec-

tos de una bancarrota que entrañó aquí la desafección de los capitalistas, con la Francia del Antiguo Régimen, la revuelta de los privilegiados y la convocatoria de los Estados Generales...

Pero si se quiere ir más allá de estas causas, en algún modo ocasionales, habría que invocar, creemos, la gravísima crisis a la vez nacional y social que venía sufriendo el mundo chino desde hacía un siglo [7]. Crisis que en su última etapa se manifestó por la deterioración de las condiciones de vida del campesinado y por la intervención del imperialismo japonés: éste brindó al PCC su oportunidad mientras que el campesinado suministró a los revolucionarios sus tropas.

Pero era preciso movilizar esas tropas y no dejar escapar esta oportunidad: es aquí donde habría que hacer intervenir los factores *subjetivos* del triunfo de los comunistas chinos o, dicho con otras palabras, los medios utilizados para explotar una situación *objetiva* favorable. Porque la historia no conoce ninguna partenogénesis revolucionaria, espontáneamente surgida de una situación «que no puede ya durar más». En efecto, generalmente lo insoportable dura. Y dura mucho (si no fuera así, la revolución habría estallado ya desde hace mucho tiempo en el nordeste del Brasil y en tantas otras regiones del Tercer Mundo contemporáneo). En China, esos instrumentos de la revolución, que permitieron orientar y multiplicar el efecto natural de lo que Mao llamaba las «contradicciones antagónicas», fueron esencialmente el partido (especialmente ese pequeño grupo de hombres —sobre todo intelectuales— fieles, aguerridos y disciplinados que lo dirigía) y el ejército: de nuevo encontramos —a este estadio y a este nivel— el papel de la vía militar...

Lo que nos lleva, a su vez, a la estrategia maoísta: establecimiento de bases revolucionarias rurales y conquista militar del poder. Estrategia que resultó, en la situación china, extremadamente perspicaz y fructuosa. Lo cual no significa, naturalmente, que pueda ser de aplicación universal.

7. El Asia sudoriental se hace independiente

La Guerra del Pacífico

En 1940, el movimiento nacional en fermentación sólo necesitaba, para surgir, una levadura más potente. Y la guerra del Pacífico le proporcionó esa levadura.

Ya es sabido cómo los japoneses, una vez ocupado Cantón, en octubre de 1938, avanzaron hacia el sur y, aprovechándose de la derrota francesa en Europa, pusieron pie en Indochina. Sus tropas, estacionadas en el norte desde el otoño de 1940, desembarcaban en Saigón en agosto de 1941: esta ocupación, que amenazaba directamente los mares del Sur, abrió el último acto de la crisis. El 7 de diciembre, los japoneses atacaban Pearl-Harbor y comenzaban la fulminante ofensiva que, en menos de tres meses, anegaría las Filipinas (Manila, 2 de enero de 1942), Malasia (Singapur, 15 de febrero de 1942), las Indias holandesas (Bandung, 9 de marzo de 1942) y Birmania (Rangún, 9 de marzo de 1942). El dogma de la superioridad occidental que el colonialismo había venido manteniendo con tanto cuidado, se disipaba como el humo.

Al principio, los japoneses fueron recibidos en todas partes como liberadores, salvo por los comunistas. Su propaganda exaltaba la unidad cultural y racial de Asia y prometía a todas las naciones una independencia, que fue, efectivamente, proclamada. Pero las ilusiones no duraron mucho. Las violencias japonesas, una explotación económica brutal, el trabajo forzoso de cientos de miles de personas para el establecimiento de vías estratégicas, todo ello contribuyó a enajenarles rápidamente las simpatías de las poblaciones. No obstante, los nacionalistas, aunque decepcionados, continuaron su colaboración. Aprovecharon, en efecto, la posibilidad única que se les ofrecía de poder formar, en el corto espacio de tiempo de que disponían, los cuadros necesarios para la futura guerra de liberación. Una vez eliminados los europeos, todas las funciones administrativas y técnicas que tan celosamente monopolizaban éstos, se abrían a las élites nacionales. Por primera vez, el gobierno, la industria y el comercio pasaban a sus manos. Por primera vez, existían ejércitos nacionales. Además, las múltiples organizaciones apadrinadas por los nipones servían también para propagar el ideal nacionalista entre las masas. De

ahí que los tres años de ocupación japonesa aceleraran considerablemente la maduración del nacionalismo.

Los movimientos de resistencia

Tal fue la táctica adoptada por los nacionalistas. Táctica abierta, ya que la mayor parte de ellos, de acuerdo con los elementos de izquierda, elaboraban secretamente la resistencia. Los comunistas, los mejor organizados, los más disciplinados y los más conscientes políticamente, fueron también los primeros en preparar la lucha antijaponesa. Desde el principio de la ocupación, aunque cooperaran con los aliados que les suministraban armas y municiones, los comunistas no disimularon su doble objetivo de derrocar no solamente a los japoneses sino también al imperialismo colonial. Tal fue el caso tanto del *Viêt-Minh*, como de los *Hukbalahaps* y del Ejército popular antijaponés de Malasia.

En el Viet-Nam, la táctica de guerrillas se aplicó por primera vez en el levantamiento de Bac-son (septiembre de 1940). Enardecido por este ejemplo, el Comité del Sur decidió una insurrección general, sin el acuerdo del Comité central: la desencadenada el 23 de noviembre en la llanura de los Juncos, que fue aplastada por el terror. Grave error que, al diezmar los cuadros, pesaría después sobre el porvenir del movimiento en el sur.

En mayo de 1941 Nguyên Ai Quôc convocó en Pac-bo, cerca de la frontera china, la VIII conferencia del Comité central. Fecha esencial, toda vez que señala el nacimiento del *Viêt-Minh* (Liga por la independencia del Viet-Nam) y la elaboración de un programa que se seguiría hasta después de la indpendencia. La Liga se proponía agrupar en un frente único a obreros, campesinos, pequeñoburgueses, burgueses nacionalistas y «propietarios patriotas» para luchar contra el colonialismo francés y el imperialismo nipón. Al contrario de los otros partidos, cuyo objetivo único y suficiente era la independencia, el *Viêt-Minh* ofrecía un programa político, económico y social completo que le aseguró la primacía entre las masas.

Bajo la dirección de Nguyên Ai Quôc, que tomó el nombre de Hô Chi Minh, el *Viêt-Minh* combinó la acción política con el esfuerzo militar y organizó un «Ejército de propaganda y de liberación», bajo el mando de Vo Nguyên Giap, que extendería la lucha desde la base de Cao-bang en dirección del delta. Durante el invierno, se constituyeron «zonas liberadas» en el alto Tonkín. Se aproximaba el momento decisivo. La acción se aceleró por el golpe de fuerza japonés del 9 de marzo de 1945, que provocó el brusco hundimiento del régimen colonial.

En las Filipinas, cuyo gobierno, después de Corregidor, se

había refugiado en Washington, cierto número de altos funcionarios y grandes propietarios, precisamente los más opuestos a todas las reformas, colaboraron con el ocupante para preservar sus privilegios. En octubre de 1943 se creó una República bajo la presidencia de José Laurel. Pero la masa de los filipinos no les siguió y se unió a la resistencia organizada por los huks.

Los huks, abreviatura de *Hukbalahap* o «Ejército popular antijaponés», se habían constituido en marzo de 1942 en el centro de Luzón, ese foco permanente de la agitación agraria. Sus jefes, Vicente Lava y Luis Taruc, procedían de los partidos socialista y comunista. Como el *Viêt-Minh*, formado el año anterior, el *Hukbalahap* se presentaba como una coalición de partidos nacionales alzados a la vez contra los japoneses y el colonialismo. Los huks, al mismo tiempo que hacían la guerrilla contra el invasor, iban también sentando las bases de una organización política y de una reforma agraria.

En Malasia, el partido comunista organizó la *Malayan People's Anti-Japanese Army (MPAJA),* que llevaba como insignia tres estrellas, una para cada raza: malaya, china e india. A partir de febrero de 1943 la MPAJA formuló un programa político en nueve puntos centrados alrededor de las siguientes ideas: liberación de los japoneses y de los británicos, establecimiento de una República en la que estarían representadas todas las nacionalidades, libertades democráticas, industrialización y enseñanza gratuita en las diferentes lenguas nacionales. El mismo año estableció contacto con las fuerzas británicas que aprovisionaron el maquis en armas y en dinero. En el momento de la capitulación del Japón, en agosto de 1945, los efectivos de la MPAJA se elevaban a 7.000 hombres. Durante el mes que transcurrió antes de que desembarcaran las tropas británicas, el ejército popular salió de la selva y se presentó en las ciudades como liberador.

En Birmania, los nacionalistas, y entre ellos ciertos *Thakin,* se volvían hacia el Japón, esperado como «liberador». De acuerdo con los japoneses, Aung San preparó la organización de un ejército de independencia que colaboró con ellos en el momento de la invasión del país, en diciembre de 1941. En mayo de 1942 el país quedaba totalmente ocupado y, quince meses después, el 1.º de agosto de 1943, se proclamó la «independencia». Pero los birmanos no tardaron mucho en percibir la realidad de una implacable explotación y de la subordinación completa de los intereses nacionales a la estrategia nipona en el momento en que iba a cambiar el curso de las hostilidades. Aung San, U Nu y Than Tun, ministros del gobierno nipófilo de Ba Maw, organizaron clandestinamente, con el comunista Thakin Soe, el *Anti Fascist People's Freedom League* o AFPFL (Liga Antifascista para la Libertad del

Pueblo), que agrupó, en agosto de 1944, a los diversos partidos políticos para obtener la independencia del país y el establecimiento de un Estado socialista. La Liga entró en contacto con los aliados y desencadenó, el 27 de marzo de 1945, un levantamiento general. La acción de las fuerzas birmanas estaba coordinada con la de las tropas británicas: Rangún era liberado el 22 de abril.

En Indonesia encontramos una situación bastante semejante. Liberados por los japoneses, Sukarno y Hatta aceptaron cooperar para preparar así la independencia, mientras que Sjahrir, siempre en contacto con ellos, organizaba la resistencia con Sjarifuddin, líder de izquierda.

I. LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Cuando en agosto de 1945 capituló el Japón, el movimiento nacional estaba dispuesto para la lucha contra el retorno de las antiguas potencias coloniales.

Esta lucha no revistió en todas partes las mismas formas. Sus características dependían a la vez de la naturaleza —conservadora o revolucionaria— de la dirección del movimiento, y de las tendencias —liberales o autoritarias— de la política colonial.

Pues en una sociedad de clases, cada una de ellas reacciona diferentemente ante el impacto de la colonización. Y el nacionalismo cambia de sentido. Para el núcleo de la gran burguesía terrateniente, industrial o comerciante, se trataba de obtener las palancas de mando de la administración y la economía que hasta entonces habían estado en manos de los europeos; pero en el plano interno, sus intereses estaban ligados al mantenimiento de las antiguas relaciones de producción en el terreno agrario e industrial, que precisamente la política de clientela colonial le permitía perpetuar. De ahí que la burguesía, ante esta dualidad de intereses, se inclinara hacia el compromiso: no siguió hasta el final la lucha nacional, se detuvo a la mitad del camino y llegó a un arreglo con el imperialismo para reprimir el movimiento revolucionario en su propio país. Tal fue el caso, por ejemplo, de las Filipinas.

Por el contrario, el proletariado y el campesinado luchaban no solamente para liberarse del dominio extranjero, cuyas consecuencias sufrían más pesadamente, sino también de la opresión de los amos indígenas: la jerarquía feudal mantenida por la potencia colonizadora y los grandes propietarios cuyo número crecía gracias a ésta, estando a menudo unidos ambos grupos. De ahí que su movimiento tenga un carácter radical: tiende a la liberación del imperialismo al mismo tiempo que al derrocamiento del

antiguo sistema de explotación. Tal fue el sentido de la guerra revolucionaria del Viet-Nam.

Entre ambos extremos, otros países como Indonesia y Birmania vivieron una experiencia intermedia. La lucha por la independencia estuvo dirigida aquí por la élite intelectual, clase media auténticamente nacional, sin ataduras ni con el imperialismo ni con los intereses feudales. Pero esta élite carecía de bases políticas y sociales amplias; estaba formada en general por elementos urbanos cuyos contactos con las masas eran limitados. Una vez adquirida la independencia, la unión nacional se desintegró: los intereses opuestos de que en realidad se componía salieron a la luz y provocaron graves choques, incluso la guerra civil. De ahí el período de anarquía y de disturbios secesionistas en Birmania e Indonesia.

Por lo demás, no es necesario subrayar que la violencia del nacionalismo está en razón directa con la opresión política. En efecto, ahí donde el poder colonial dio prueba de liberalismo y permitió —por una u otra razón— el camino progresivo hacia la autonomía, la transferencia de soberanías se realizó de manera pacífica: así ocurrió en las Filipinas y en Birmania. Por el contrario, en aquellos países en que el autoritarismo reinó con poder absoluto, negándose a toda reforma constitucional e incluso a toda oposición legal, la independencia se conquistó por las armas: tal fue el caso de Indonesia y del Viet-Nam.

La independencia de las Filipinas

El primer país que obtuvo la independencia fue la República de Filipinas.

La contraofensiva de los americanos tuvo como resultado la liberación completa del archipiélago en febrero de 1945. El general Mac Arthur se dio cuenta inmediatamente del peligro huk. Al mismo tiempo que intentaba reducirlo por las armas, restauraba el gobierno filipino, exculpaba a los colaboracionistas, y prometía, en fin, la ayuda americana y la independencia. Pero independencia y ayuda estaban subordinadas a la aceptación por Manila del *Bell Trade Act*, que preveía exorbitantes ventajas económicas para los Estados Unidos. Obligado por la necesidad, el gobierno filipino tuvo que ceder: hizo enmendar la constitución, violándola mediante la exclusión de siete miembros de la oposición para así tener en el Congreso la mayoría de tres cuartos requerida. El 4 de julio de 1946 se proclamaba la República de Filipinas.

De 1946 hasta su revisión en 1955, el *Bell Trade Act* ha obstaculizado el desarrollo de la economía filipina. La referida ley, en efecto, permitía la libre entrada de las mercancías americanas

—impidiendo así las medidas proteccionistas necesarias para la industrialización— y limitaba, en cambio, las exportaciones filipinas a los Estados Unidos. Por si esto fuera poco, los contingentes se concedían a firmas que operaban ya en 1940, es decir, de hecho por casas americanas. Como la relación peso-dólar era de dos pesos por un dólar y las dos monedas eran interconvertibles, los americanos se aseguraban una moneda estable y la libre transferencia de capitales, mientras que los filipinos no podían dirigir su moneda y sufrían inmediatamente las fluctuaciones de la economía dominante (como las ocasionadas por las recesiones americanas de 1949 y de 1954). La cláusula que más descontento suscitó fue la de la *paridad*: los americanos gozaban de los mismos derechos que los filipinos en la explotación de los recursos nacionales. Fue esta cláusula la que exigió una enmienda a la Constitución filipina.

En fin, los Estados Unidos seguían estando militarmente presentes. Un acuerdo firmado el 14 de marzo de 1947 ponía a su disposición 23 bases militares, aéreas y navales, por una duración de noventa y nueve años (reducida a veinticinco años en 1959).

La independencia de Birmania

En Birmania, al acabar la guerra, el AFPFL representaba la gran fuerza política. Agrupaba a 200.000 miembros y diez partidos que iban desde la extrema izquierda a la extrema derecha, incluidas las organizaciones budistas. Insensible al principio a las modificaciones acaecidas, y subestimando excesivamente la influencia del AFPFL, Gran Bretaña pensó recuperar la dirección del país, restablecer la constitución de 1935 y restituir sus tierras a los grandes propietarios que habían huido a la India durante la guerra. Pero estos proyectos suscitaron una violenta campaña de oposición. Una serie de huelgas de funcionarios y policías amenazó con paralizar toda la vida económica. Hacia mediados de 1946 el nuevo gobierno de Londres, formado por los laboristas que acababan de ganar las elecciones, consideró con realismo la situación y decidió un cambio de política.

Pero, por su parte, el AFPFL había perdido su unidad. En efecto, el frente heterogéneo sólo pudo mantener su cohesión en el período de lucha armada contra los japoneses; al aproximar la independencia, no tardarían en reaparecer las divergencias de concepciones. El AFPFL se veía atacado a la vez por su izquierda y por su derecha.

A principios de 1946 el partido comunista birmano se había escindido en dos tendencias. La mayoría llamada «Bandera Blanca», dirigida por Than Tun, Thein Pe y H. N. Goshal, fiel a la

línea adoptada por todos los partidos comunistas en los territorios dependientes, consideraba útil y necesaria la alianza provisional con los nacionalistas burgueses, para ampliar así el frente antiimperialista. Por otro lado, a la minoría llamada «Bandera Roja», dirigida por Thakin Soe, a quien se calificaba, por simplificar, como trotskista, rechazaba toda colaboración con la burguesía y preconizaba la acción directa y violenta. A pesar de sus diferencias, los dos grupos reclamaban la expropiación sin indemnización de los bienes de los grandes propietarios y de las firmas británicas. Bandera Roja fue excluida de la Liga en abril de 1946 y Bandera Blanca en octubre. Al mismo tiempo, los partidos de derecha, a los que inquietaba el socialismo de la mayoría, abandonaban también el movimiento.

Sólo quedaba, pues, en el AFPFL, el centro, formado esencialmente por el partido socialista. Aung San marchó a Londres para tratar con el gobierno Attlee y el 27 de enero de 1947 se firmaba un primer acuerdo que reconocía el principio de la independencia birmana. Este éxito permitió a la Liga obtener una resonante victoria en las elecciones de abril, que ganó con el 80 por 100 de escaños en la Asamblea Constituyente. Aung San formó gobierno. Por su energía y dinamismo, parecía el «hombre fuerte» capaz de llevar a buen puerto la edificación del Estado con el concurso de todas las nacionalidades. Pero el 19 de julio de 1947 caía abatido, junto con otros seis ministros, por las balas de asesinos a sueldo de U Saw, político de derechas que esperaba así apoderarse del poder. Los desórdenes con que contaba U Saw no se produjeron: esa misma noche U Nu aceptaba las funciones de primer ministro y formaba inmediatamente su gabinete. U Saw fue detenido, juzgado y ahorcado.

La Asamblea votó la Constitución el 24 de septiembre. Preveía una Unión birmana con autonomía para los Estados Shan, Kachin, Karen, Karenni (Kayah) y Chin; al lado de la Cámara de Diputados, elegida por toda la población, una Cámara de las Nacionalidades representaba a los diferentes grupos étnicos. La Asamblea se pronunció a favor de la secesión de la Commonwealth: el tratado del 17 de octubre de 1947, firmado por U Nu y Attlee, reconocía la independencia completa de Birmania. Independencia que fue definitivamente proclamada el 4 de enero de 1948.

La independencia de Indonesia

La revolución de Indonesia presenta caracteres específicos. Fue dirigida por intelectuales nacionalistas que supieron ganarse un vasto apoyo popular. Nada más falso que calificarla de «bur-

guesa» en el sentido europeo del término. Casi ninguno de sus jefes políticos estaba ligado con los intereses agrarios o capitalistas. De ahí las tendencias socialistas de la República indonesia, aunque esas tendencias fueran menos pronunciadas que en Birmania. Su ala derecha se oponía al comunismo no tanto en el plano económico como en el plano religioso, en tanto que portadora de la fe islámica. Todos se oponían violentamente al capitalismo, ligado para ellos a un imperialismo que la población llevaba sufriendo durante trescientos años. «El duro combate llevado a cabo por el pueblo indonesio contra el capitalismo y el imperialismo», escribía Mohamed Hatta, «es un combate contra el mal».

Por lo demás, la guerra de independencia de Indonesia suministra el primer ejemplo en que un conflicto entre una metrópoli y una colonia sublevada haya sido llevado ante las Naciones Unidas, que, aunque vacilantes, desempeñaron un importante papel para su solución. Cierto que esto no se habría producido si la República indonesia hubiera sido «comunista» y no nacionalista. Pero las circunstancias empujaron también al joven Estado, para crear una opinión mundial favorable a su causa, a contar no solamente con sus tropas sino también con su diplomacia. No había ninguna frontera terrestre por donde hubiera podido llegar la ayuda de países amigos. El parcelamiento insular hacía difícil la coordinación del movimiento a través del país. Pero el factor que determinó la intervención de las grandes potencias fue la existencia de considerables inversiones internacionales: todas estaban directamente interesadas en el destino político de Indonesia. «Los inmensos recursos de este país en mano de obra y en materias primas y su situación estratégica ofrecen una tentación crónica a la intervención extranjera [1].»

El 17 de agosto de 1945, tres días después de la capitulación japonesa, Sukarno proclamaba en Yakarta la independencia de la República de Indonesia.

Bajo la presión de los acontecimientos y con la mediación británica, los holandeses entablaron las primeras conversaciones con el gobierno indonesio. El acuerdo de Linggadjati (15 de noviembre de 1946) reconocía la autoridad *de facto* de la República sobre Java, Madura y Sumatra. Esta última se comprometía a colaborar en la formación de los Estados Unidos de Indonesia —de la que ella misma era un estado miembro— en el marco de una Unión holando-indonesia bajo la corona de los Países Bajos. La política holandesa consistía en aislar a la República, en dividirla utilizando las diferencias étnicas y religiosas del archipiélago y suscitando así una serie de estados fantoches que harían contrapeso a Java. En una serie de conferencias (Malino, julio; Den

Pasar, diciembre de 1946) se puso en práctica el «principio federativo» y en Indonesia oriental y Borneo empezaron a surgir Estados «autónomos». Bajo la acusación a la República de inaplicación del acuerdo de Linggadjati, los holandeses desencadenaron, el 20 de julio de 1947, su primera «operación de policía»: en una semana, sus tropas de apoderaban de los principales puntos estratégicos y económicos de Java y Sumatra. Ante esta situación, el Consejo de Seguridad de la ONU ordenó el alto el fuego y nombró una Comisión mediadora. Bajo la presión americana, la República tuvo que aceptar el acuerdo del *Renville* (17 de enero de 1948), que reducía su territorio a la parte central de Java y a las tierras altas de Sumatra.

Pero el descontento suscitado por este acuerdo, las dificultades económicas y financieras debidas al bloqueo, y, en fin, la continuación por los holandeses de su política de «balcanización», provocaron una insurrección comunista en Madiun y Surakarta, el 18 de septiembre de 1948. La insurrección fue totalmente aplastada. Era la segunda vez, después del levantamiento fallido de 1926-27, que el PKI caía en el aventurismo.

Esta crisis parecía mostrar la debilidad de la República. La derecha, que volvía a tomar el poder en los Países Bajos, exigía una «rápida solución» de la cuestión indonesia. Y en la noche del 18 de diciembre de 1948 las fuerzas holandesas lanzaban su segunda «operación de policía», ocupando Djogjakarta y haciendo prisioneros a Sukarno, Hatta y los principales ministros. Esta política del hecho consumado provocó la oposición internacional.

E, incluso en la propia Indonesia, los holandeses encontraron graves dificultades. En efecto, en el maquis de Sumatra se constituyó un gobierno para dirigir la resistencia. La acción de las guerrillas y la no colaboración de los civiles revestían una amplitud e intensidad absolutamente inesperadas.

Por otra parte, la política decidida en Malino constituyó un fracaso. Los medios feudales colaboracionistas se dieron cuenta de que, en realidad, no se les había concedido ninguna «autonomía». Y cuando el éxito de las guerrillas hizo dudar incluso de la propia solidez del aparato militar holandés, el «federalismo» se hundió: los gabinetes de Indonesia oriental y de Java occidental dimitieron, mientras que los otros «territorios autónomos» se pronunciaban contra la «acción de policía». En fin, se conjugó un último factor: la evolución de la política americana. En efecto, Washington temía que el prolongado alejamiento de los jefes nacionalistas hiciera pasar la dirección de la lucha a manos de los comunistas. De ahí que presionara sobre los holandeses (amenazándolos con suspender la ayuda Marshall) y los indonesios para empujarles a una solución rápida.

Bajo los auspicios de la Comisión de las Naciones Unidas, el 14 de abril de 1949 continuaron las conversaciones. Y el 23 de agosto se iniciaba en La Haya la conferencia de la Mesa Redonda, de la que salieron los textos del 2 de noviembre de 1949 en que se reconocía la independencia de los Estados Unidos de Indonesia, dejando en suspenso la cuestión de la Nueva Guinea occidental (Irian occidental). El 27 de diciembre, a los acordes del *Indonesia Raya*, se izaba en Yakarta la bandera roja y blanca.

Cesaba así la dominación colonial. Pero dejaba un vestigio: el «federalismo», es decir, los quince estados y territorios constituidos al lado de la República. Así, durante el primer año de la independencia, se desarrolló un amplio movimiento unitario con vistas a la fusión de estos Estados en un gobierno central. Apoyado por la gran mayoría de la población, sólo encontró resistencia en ciertas regiones donde imperaban todavía grupos holandeses que, no resignados al nuevo estado de cosas, excitaron a los medios feudales o cristianos a la revuelta. No obstante, liquidados los movimientos de Westerling en Java, de Aziz en Makassar y de Sumokil en Amboina, el 17 de agosto de 1950 la República unitaria sustituyó al Estado federal.

Todos estos acontecimientos entorpecieron la realización de la Unión holando-indonesia, máxime cuando los Países Bajos se negaban a transferir a Indonesia el Irian occidental.

La República denunció esta Unión el 10 de agosto de 1954, poniendo así fin a todos los lazos políticos y financieros que todavía existían con los Países Bajos. Pero sólo en 1962 obtendría un acuerdo estipulando que, a partir del 1.º de mayo de 1963, les sería confiada la administración del Irian. Hasta esa fecha, las Naciones Unidas se encargarían de ella.

La independencia del Viet-Nam

La revolución que se desencadenó el 19 de agosto de 1945 en Hanoi contaba con varios factores favorables: la desaparición de la fuerte administración francesa, la falta de autoridad del gobierno constituido en Hué bajo los japoneses y, en fin, el descontento de una población puesta a prueba por un duro período de hambre, durante el invierno 1944-45. Frente a sus rivales, el *Viêt-Minh* se presentaba como la única organización de resistencia, aureolada, además, por el prestigioso nombre de Nguyên Ai Quôc. Pero, sobre todo, el *Viêt-Minh* supo captar las aspiraciones profundas de todo el país: la revolución triunfó en las tres regiones del Viet-Nam con una facilidad que revela la fuerza y unanimidad del sentimiento nacional. El 25 de agosto, mientras que los

partidos pro-nipones desaparecían en Saigón, el emperador Bao-Dai abdicaba en Hué y aceptaba convertirse en alto consejero del nuevo régimen. Y el 2 de septiembre Hô Chi Minh proclamaba en Hanoi la independencia del Viet-Nam y el advenimiento de la República Democrática.

Aunque los franceses ocuparon Saigón en septiembre de 1945, para volver a Hanoi, donde residía el nudo de la cuestión, tuvieron que tratar con Hô Chi Minh. La convención del 6 de marzo de 1946 reconocía al Viet-Nam como un Estado libre dentro de la Unión francesa y estipulaba, además, que la reunión de los tres *Ky* había de ser objeto de un referéndum. Sin embargo, bajo la influencia de los Servicios civiles, de las Misiones y de la sociedad colonial, el Alto Comisariado se dedicó a obstaculizar los acuerdos. En efecto, antes incluso de la Conferencia de Fontainebleau, erigía como «países autónomos» la «República de Cochinchina» y las «poblaciones montañesas del sur indochino» y reconstituía los servicios federales. Aunque Hô Chi Minh, para evitar la ruptura, firmara el 14 de septiembre un *modus vivendi,* los franceses aplicarían una política de fuerza. El 24 de noviembre un incidente aduanero en Haifong provocó el bombardeo de la ciudad y apenas un mes después, en la noche del 19 de diciembre, se generalizaron las hostilidades en Hanoi.

En su famosa obra *La resistencia vencerá,* aparecida en junio de 1947, Truong Chinh definía los principios de la lucha. La resistencia es a la vez una guerra justa contra el imperialismo y una guerra revolucionaria para la abolición de los vestigios del feudalismo y la construcción de un mundo mejor. De ahí que deba cubrir todos los terrenos, no solamente el militar, sino también el político, el económico y el cultural. «En el terreno militar, tenemos que llevar a cabo una guerra de larga duración que desgaste las fuerzas del enemigo al mismo tiempo que incremente constantemente las nuestras: el tiempo trabaja a nuestro favor. En el terreno político, realizar la unión nacional, conseguir el apoyo de las fuerzas democráticas internacionales y aislar a los colonialistas franceses. En el terreno económico, elevar el nivel de vida del pueblo, construir una economía autárquica, destruir la economía enemiga. En el terreno cultural, suprimir los restos de la cultura colonial (pero no la cultura progresista francesa) y edificar una cultura nacional, científica y popular a la vez.

La guerra de larga duración pasará por tres fases: *defensiva, de resistencia* o equilibrio de fuerzas y *contraofensiva general.* En las tres fases, la táctica a seguir es la guerrilla combinada con la guerra de movimientos. Su objetivo es obtener para cada campaña una decisión rápida: el aniquilamiento del enemigo, no la ocupación del territorio. Su esencia es la iniciativa. Nuestra resis-

tencia será larga y dura, pero si seguimos unidos, el porvenir será nuestro.»

Esta estrategia y esta táctica se oponen a las del mando francés, que busca una victoria rápida mediante una guerra relámpago y la ocupación del territorio. Su éxito se confirmará en el otoño de 1947 cuando los franceses, para preparar el retorno de Bao-Dai, desencadenan con considerables fuerzas la ofensiva del Viêt-bac (alto Tonkín): después de dos meses de lucha, la ofensiva será rechazada. A la fase defensiva sucede ahora el equilibrio de fuerzas.

A partir de este momento, al amparo de sus montañas, la República democrática consolidará su aparato político y militar. Aunque la base administrativa siga siendo la aldea, los consejos de notables son sustituidos por organismos elegidos: Comités del pueblo y Comités de administración y resistencia que, tanto en las zonas libres como en las ocupadas, dirigen todas las actividades de la población y de las tropas locales. Idéntica organización puede encontrarse en todos los escalones de la jerarquía: *huyên, phu,* provincia, zona militar (seis de Norte a Sur).

Como la administración, el ejército constituye también una «pirámide viva». Los guerrilleros de las aldeas se agrupan en las milicias comunales cuyos mejores elementos pasan a su vez a las tropas regionales. En la cima, el ejército regular, cuya tarea principal no es la defensa, sino el ataque. Estas tropas estarán dotadas de un armamento cada vez más perfeccionado: de los bambúes aguzados y las pocas armas recuperadas del período heroico, se pasa a las granadas, minas, bazucas, cañones sin retroceso (SKZ) e incluso pequeños cohetes, salidos de una multitud de talleres constituidos en plena selva. Pero la fuerza de este ejército no reside tanto en su organización o en su técnica como en su carácter *popular*. Porque el ejército vietnamita es el ejército del pueblo. De un pueblo del que ha salido y que le nutre y le ayuda. Y por el pueblo se bate. La alta moral de este ejército, su ardor en el combate, su espíritu de sacrificio le son inculcados por la educación política. Educación política que precede a la formación militar propiamente dicha y se continúa cotidianamente. De ahí las sesiones de autocrítica que ayudan al combatiente a superar sus desfallecimientos y a conservar una fe a toda prueba.

La resistencia —y con ella la República democrática— sólo puede continuar con el apoyo del pueblo. La lucha debe desarrollarse también en el plano económico para asegurar la satisfacción de sus necesidades.

A pesar de la guerra, la cruzada contra el analfabetismo se prosigue con vigor. El *Binh dân hoc vu* (Servicio de instrucción popular), agrupa a miles de maestros entusiastas y benévolos. En

los campos, en el mercado, en las fábricas, escribiendo sobre la arena o sobre hojas de plátano, con carbón o con bambúes, viejos y jóvenes, soldados y civiles, mujeres y niños aprenden las enseñanzas impartidas por el Servicio. De 1945 a 1953, la proporción de analfabetos descenderá del 80 al 30 por 100 de la población. En 1949, la enseñanza primaria y la enseñanza secundaria quedan unificadas en un solo ciclo de nueve años y con un único examen al final. En fin, comienza a esbozarse una enseñanza superior en lengua vietnamita.

Porque se trata de construir una nueva cultura, que debe ser al mismo tiempo nacional, científica y popular. Todos estos esfuerzos en todos los terrenos exigen de cada uno una participación intensiva. El 1 de junio de 1948 Hô Chi Minh lanza el movimiento de «emulación patriótica» *(Thi dua)*. Se invita a todos los vietnamitas a superarse en interés del pueblo.

Mientras la República se afianzaba, los franceses habían instalado en su zona, en junio de 1949, la administración Bao-Dai. Desprovista absolutamente de bases populares, se apoyaba en un cierto número de grupos «feudales»: las sectas caodaístas, *hoa-hao* y *binh-xuyên* en el sur, el partido *Dai-Viêt* y los obispados de Phat-diêm y Bùi-chu en el norte. Por lo demás, su apoyo era puramente nominal ya que esos grupos, cada uno con su ejército propio, se comportaban como verdaderos Estados dentro del Estado.

La victoria de Mao Tse-tung internacionaliza el problema, haciendo del Viet-Nam una de las fronteras entre el «Este» y el «Oeste». A principios de 1950 la República democrática y el «Estado del Viet-Nam» son reconocidos, respectivamente, por los dos bloques. Viene después la guerra de Corea: comienzan a llegar la ayuda americana y la ayuda china. La República, que ha decretado en febrero la movilización general, se siente ahora lo bastante fuerte como para desencadenar la ofensiva en la estación seca. Es el momento de las victorias de Dông-khê y de Cao-bang (septiembre-octubre de 1950), que liberarán la frontera chino-tonkinesa y unirán el Viet-Nam a la nueva China y al bloque socialista. A partir de ahora, la iniciativa ha pasado a manos de la República.

A esta campaña, y a la evolución de la situación internacional, seguirán tres importantes acontecimientos. En primer lugar, el partido comunista indochino, que en noviembre de 1945 se había disuelto, recupera ahora su libertad de acción: renace bajo la forma del Partido de los Trabajadores *(Dang Lao-dông)*, destinado a desempeñar el papel de vanguardia (11 de febrero de 1951). Por consiguiente, desaparece el *Viêt-Minh*: el 3 de marzo se fusiona con el Liên Viêt para formar el *Frente nacional*

unificado, organización de masas que agrupa a todas las capas de la población. En fin, el 11 de marzo se crea el Bloque de alianza de los pueblos del Viet-Nam, del país Khmer y del *Pathet Lao,* ya que la liberación del Viet-Nam sólo será completa si se acompaña de la de sus vecinos.

El general de Lattre no puede enderezar la situación. El 22 de febrero de 1952 tiene que ser evacuada Hoa-binh, mientras que los regimientos de Vo Nguyên Giap se infiltran en el delta. Para preparar la próxima fase de contraofensiva general, la organización de la «mano de obra popular» *(dân công),* creada en julio de 1952, moviliza a todos los ciudadanos, comprendidas las mujeres, de dieciocho a cincuenta años. Estos trabajadores montarán los depósitos de víveres y municiones, evacuarán los heridos, asegurarán los transportes, reconstruirán las carreteras y los puentes: su aportación contribuirá decisivamente a las campañas del país Thai. El 13 de octubre de 1952 el estado mayor popular desencadena la operación *Tây-Bac* (Noroeste): a partir del 18 sus fuerzas ocuparán Nghia-lô y, en sólo algunas semanas, liberarán todo el país a excepción de Lai-Châu y de Na-san. Queda proclamada una administración Thai autónoma.

El año 1953 se caracterizó por una intensa preparación militar y por la realización de la reforma agraria. Un primer decreto, aparecido el 12 de abril, estipulaba la reducción retroactiva de las rentas de las tierras y de las tasas de interés, y moviliza a las masas campesinas para su aplicación. En efecto, en lugar de ser confiada a la administración local, donde los notables eran todavía influyentes, a partir de ahora, la reforma saldría de las uniones campesinas y de los comités agrarios. Pero eso no bastaba: del 1 al 4 de diciembre de 1953 se reunía la Asamblea Nacional y votaba una ley promulgada por Hô Chi Minh el día 19, aniversario de la resistencia. Desde este momento, todas las tierras pertenecientes a los colonos franceses y a los propietarios vietnamitas, así como las tierras comunales, el ganado y los instrumentos agrícolas, se repartían a título definitivo entre los campesinos pobres. Los propietarios que no hubieran luchado contra la resistencia serían indemnizados en bonos del Estado reembolsables en diez años. Todas las deudas rurales quedarían abolidas y se instituirían tribunales especiales.

Se trataba, pues, de una reforma radical. En su discurso a la Asamblea, Hô Chi Minh expuso los efectos que se esperaban de ella. «En el plano militar, los campesinos tomarán una parte más activa en la resistencia. En los campos, el poder político y económico pasará a sus manos: el Frente *Liên Viêt* se hará más amplio y poderoso. Una vez liberados de la pesada explotación feudal, los campesinos incrementarán la producción, lo que esti-

mulará toda la economía y mejorará el nivel de vida general. En el plano cultural y social, la gran mayoría de nuestro pueblo, que podrá ahora comer y vestirse, aspirará también a aprender y desarrollará los mejores elementos de nuestra cultura y de nuestras tradiciones». Así, «la reforma agraria tiene por objeto asegurar la victoria de la resistencia. La victoria sobre el enemigo asegurará el éxito de la reforma agraria. Todas las demás tareas deben coordinarse alrededor de estas dos, deben centrarse en ellas y servirlas».

Mientras tanto, la prolongación de la guerra y la sucesión de fracasos militares acabaron por conmover a la opinión francesa y al Parlamento. Por última vez, el Estado Mayor francés intentaría recuperar la iniciativa: se trataba del «plan Navarre», financiado por 385 millones de dólares americanos. El 20 de noviembre de 1953 se reocupaba Diên-biên-phu, en la frontera entre el país Thai y el Laos, construyendo allí una poderosa zona atrincherada con la esperanza de detener así y destruir a las tropas populares. Pero los puntos de apoyo van cayendo uno después de otro; las mejores divisiones vietnamitas lanzan asalto tras asalto mientras que millares y millares de trabajadores vietnamitas y Thai horadan la montaña para establecer caminos y senderos, y transportan en largas filas, al final de su tradicional balancín, víveres y municiones. El 7 de mayo de 1954 cae Diên-biên-phu: más de diez mil hombres, la «punta de lanza» del cuerpo expedicionario, son hechos prisioneros. El eco mundial es inmenso. Para todos los países, y particularmente para todos los países coloniales o semi-coloniales, Diên-biên-phu no aparece como una victoria comunista. Ni tampoco como la mayor victoria de Asia sobre Occidente desde Port-Arthur (1905). Diên-biên-phu demuestra luminosamente la invencibilidad de un pueblo que lucha por su independencia.

La suerte de las hostilidades queda decidida. Por los acuerdos de Ginebra del 21 de julio de 1954, se proclama el alto el fuego en el conjunto del territorio indochino. En el Viet-Nam, las tropas de ambos bandos se reagrupan a uno y otro lado del paralelo 17. Una comisión internacional compuesta por la India, Canadá y Polonia es encargada de asegurar el control. Se prevé, para restablecer la unidad del país, la celebración de elecciones generales que deberán tener lugar antes del 20 de julio de 1956.

La independencia de Camboya

El 12 de marzo de 1945 el rey Norodom Sihanuk proclamaba la independencia de Camboya. Pero las tropas francesas no tardaron en reocupar el país y, como en el caso de Laos, Camboya adqui-

rirá progresivamente su autonomía gracias a la resistencia interior de los *Khmer Issaraks* (Khmer libres) y, sobre todo, a la de la República democrática del Viet-Nam. De todas formas, contrariamente a Bao-Dai, Norodom Sihanuk supo maniobrar con bastante habilidad para conservar la dirección del Estado. Hasta 1952 la vida pública estuvo dominada por el Partido demócrata que, vencedor en las elecciones de 1946, hizo votar el año siguiente una Constitución donde se establecía un régimen parlamentario que limitaba la autoridad del soberano. Pero dividido por rivalidades personales o de facciones, el Partido demócrata no pudo mantener su unidad. El tratado franco-khmer del 8 de noviembre de 1949 reconocía la «independencia de Camboya en el seno de la Unión francesa», pero limitándola en los puntos más importantes: defensa nacional, diplomacia, policía, justicia para los extranjeros residentes en Camboya. Los acuerdos de Pau (24 de diciembre de 1950) instituían similares limitaciones en los terrenos económico y financiero.

El 15 de junio de 1952, Norodom Sihanuk se deshace del gobierno demócrata y se pone de nuevo al frente del ejecutivo. Se disuelve la Asamblea. La evolución de la guerra del Viet-Nam favorecerá a Sihanuk. En efecto, la ofensiva vietnamita de 1953 obliga al estado mayor francés a evacuar sus fuerzas de Camboya para reforzar sus defensas en el norte. Por sucesivos acuerdos, se transfieren a Camboya la justicia y la policía (29 de agosto de 1953) y, más tarde, las competencias militares (17 de octubre de 1953). El 9 de noviembre de 1953 tiene lugar oficialmente la retirada del poder francés en Camboya, lo que hará de esta fecha la de su independencia. En Ginebra, Sihanuk será el gran vencedor de las negociaciones, ya que evita la partición y hace reconocer la independencia de su país de forma plena y total.

La independencia de Laos

Laos no tuvo la misma suerte. Cierto que las condiciones aquí son completamente diferentes.

Como Camboya, el 1 de septiembre de 1945 Laos proclama, con el príncipe Phetsarath, su independencia, a la que seguirá, quince días después, la unificación. El 12 de octubre se crea un Gobierno provisional del *Pathet* (País), *Lao*. Este gobierno promulga una Constitución y el rey abdica. Pero en la primavera de 1946 las fuerzas francesas reocupan el país y restablecen la monarquía. El gobierno nacional se refugia en Siam y continúa desde allí dirigiendo la resistencia. Bajo la presión de los acontecimientos del Viet-Nam, el 19 de julio de 1949 Francia reconoce

la «independencia» de Laos en la Unión francesa. Este reconocimiento provocaría una escisión dentro del movimiento *Lao Issara* (Lao libre) de Bangkok. La mayoría, con Suvana Fuma, vuelve a Vientiane y negocia un nuevo tratado de independencia, el 22 de octubre de 1953. La minoría, dirigida por Sufanuvong, hermanastro del anterior, continúa la resistencia. El 13 de agosto de 1950, un Congreso de Representantes del pueblo del *Pathet Lao* funda el Frente Nacional Unificado, que toma el nombre de *Neo Lao Issara*. Con el apoyo de la República democrática del Viet-Nam, el Frente libera, en 1953-54, una zona de más de cien mil kilómetros cuadrados, que comprende Samneua, Phongsaly, Thakhekm Attopeu y las mesetas de Boloven.

Los acuerdos de Ginebra no pueden restablecer inmediatamente la paz civil. En efecto, sólo dos años más tarde, en agosto de 1956, las difíciles conversaciones, entrecortadas por violentos enfrentamientos, conducirán a una declaración común de Suvana Fuma y Sufanuvong en favor de una política de paz y neutralidad de Laos, fundada en los principios de la coexistencia pacífica. Se prevé en ella la integración de las fuerzas del *Pathet Lao*, así como la formación de un gobierno de coalición y la celebración de elecciones complementarias para la Asamblea Nacional, donde el número de escaños debe pasar de treinta y nueve a sesenta.

La independencia de Malasia

De todos los países del Asia sudoriental, Malasia es el último en adquirir la independencia. Mientras que los británicos se la habían reconocido a los birmanos ya en 1947, tendrán que transcurrir todavía diez años hasta que la Federación Malaya, a la que seguirá más tarde Singapur, adquiera la independencia.

Esta diferencia se deriva de causas estratégicas, económicas y políticas.

En efecto, estratégicamente Birmania no tiene la misma importancia que Malasia. Pues es esencial para el Imperio británico conservar abierta la ruta marítima hacia Australia. Singapur domina esta ruta, que es también la ruta marítima del Océano Indico al Pacífico, de la India al Extremo Oriente. Después de la liberación del Viet-Nam y la firma del tratado de Asia Sudoriental (SEATO), se trata ahora de proporcionar una «retaguardia» a Tailandia y, si ésta cayera a su vez, de «bloquear» Malasia cortando la península por el istmo de Kra.

Económicamente, el «activo» birmano es también inferior al de Malasia. El caucho y el estaño malayos reportan a Gran Bretaña tantos dólares como las exportaciones de sus propias industrias.

En 1951, en el momento del *boom* coreano, los beneficios en dólares excedieron en 144 millones de libras esterlinas los gastos de Malasia. El país obtuvo 400 millones de dólares USA, de los que gastó el 17 por 100 y, entregó el 83 por 100 al *pool sterling* de Londres. «Sin Malasia», escribía el *British Survey* en junio de 1952, «el sistema de la libra esterlina tal como lo conocemos no podría existir: Gran Bretaña tendría que reducir la mitad de sus importaciones de los Estados Unidos... Malasia financia considerablemente a Gran Bretaña en la crisis actual, no con dividendos, sino acumulando libras esterlinas en Londres. Aunque Malasia deba mucho a Gran Bretaña, hablando fríamente, en términos de finanzas, es Gran Bretaña quien tiene deudas con Malasia» [2].

En fin, desde el punto de vista político, Gran Bretaña no se ha encontrado frente a un movimiento nacionalista con la misma fuerza y unidad que el birmano. Aunque dotados de una comunidad de civilización y de lengua, los malayos, antes de la dominación británica, no habían llegado a formar nunca un Estado único. La dominación inglesa conservó las divisiones territoriales y políticas que estimulan el patriotismo local y frenan el nacimiento de un sentimiento nacional. Existían tres tipos de administración: los Establecimientos de los Estrechos *(Straits Settlements)*, que comprendían Singapur, Malaca y Penang, colonias de la Corona; los Estados federados, que eran los más antiguos protectorados: Perak, Selangor, Negri Sembilan y Pahang (1874-1888); y los Estados no federados: Kedah, Perlis, Kelantan, Trengganu (1909) y Johore (1914). Existían tantas nacionalidades malayas como Estados, es decir, nueve.

A fin de desarrollar la producción de caucho y de estaño, los británicos apelaron a una inmigración masiva de chinos y de indios, mientras que los malayos continuaban sus cultivos de subsistencia. Esto hizo que la proporción de extranjeros no tardara en superar a la de los indígenas: en 1947, los malayos no eran más que el 43,5 por 100 de la población total (incluida la de Singapur), frente al 44,7 por 100 de chinos y al 10,3 por 100 de indios. Singapur es una ciudad china al 90 por 100. Ahora bien, el PCM, que llevaría la lucha contra los británicos, se componía en su mayor parte de chinos: este hecho no le ha permitido aparecer como un movimiento «nacional», ni apoyarse en la masa malaya.

Acabada la guerra, el gobierno laborista preveía la autonomía de Malasia, dividida en dos entidades: la Unión malaya y Singapur, ya que deseaba conservar esta base estratégica. En la Unión malaya, la ciudadanía se concedía libremente a toda persona nacida en Malasia o que residiese allí desde hacía cinco años; en estas condiciones, podía acceder a todos los cargos públicos sin discriminación racial. Apoyada por los medios coloniales, la aris-

tocracia malaya desencadenó una gran campaña contra el proyecto gubernamental. Y a raíz de una conferencia celebrada en Kuala Lumpur el 1 de marzo de 1946, numerosas organizaciones se fusionaron en la *United Malays' National Organisation* (UMNO). La UMNO consiguió la sustitución, el 1 de febrero de 1948, de la Unión por la Federación Malaya. Esta comprendía los nueve Estados de la península y los dos «Establecimientos» de Penang y Malaca; el tercero, Singapur, formó una colonia separada. Con relación a la Unión malaya, la UMNO representaba un gran retroceso. En efecto, la Federación seguía subordinada a la Corona y no recibía el *self-government*. Gran Bretaña ejercía un control absoluto en los ministerios de defensa y asuntos extranjeros y el Alto Comisario gobernaba con ayuda de un Consejo ejecutivo y de un Consejo legislativo federales, ambos nombrados cuyas opiniones podían no ser tenidas en cuenta. Los sultanes vieron confirmados todos sus poderes y privilegios; continuaron, como antes, con la obligación de escuchar la «opinión» de un consejero británico (ese funcionario, que antaño se llamaba residente, sólo había cambiado de nombre) sobre cualquier tipo de asunto excepto en lo tocante a la religión musulmana y a los usos malayos. En el terreno de la ciudadanía federal se produjo también una neta regresión. Sólo se concedía a personas que cumplieran condiciones muy estrictas de nacimiento y de residencia, lo que excluía a la mayor parte de los chinos y de los indios.

Ante esta situación, la reacción más viva provino de los comunistas. Se manifestó en principio por huelgas, y después, en vista de la represión, por actos de terrorismo y sabotajes contra las plantaciones de heveas. A principios de junio de 1948 estalló la insurrección en varios lugares. Mientras el gobierno disolvía la Federación sindical panmalaya y decretaba el estado de excepción *(emergency)*, el PCM lanzó una proclama invitando a la población a sublevarse contra los británicos. Pero declarado fuera de la ley a partir de julio, tuvo que entrar en la clandestinidad.

El estado de excepción duraría doce años. El PCM se esforzó en aplicar la estrategia de Mao Tse-tung, utilizada en esos mismos momentos por la resistencia vietnamita. Los *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de Malasia* preveían la guerrilla y la guerra de movimientos, la formación de zonas liberadas como bases de expansión, el sabotaje de las plantaciones, principal fuente de dólares para Gran Bretaña, y, en fin, la creación de una República democrática donde se integrarían la Federación malaya y Singapur con una sola ciudadanía-nacionalidad, una economía mixta y la reforma agraria. A partir del 1 de febrero de 1949, los guerrilleros tomaron el nombre de «Ejército de liberación de las razas malayas»: un ejército de cinco a seis mil

hombres sostenidos por una organización civil, el *Min Yuen*, de aproximadamente veinte mil personas, encargadas de la información, aprovisionamiento y propaganda.

No obstante, la lucha del PCM no consiguió el mismo éxito que la resistencia vietnamita, debido principalmente al predominio chino en el movimiento, que le impidió atraer a las masas malayas. En efecto, el PCM tuvo que apoyarse sobre todo en los *squatters* chinos, refugiados durante la ocupación japonesa en los confines de la jungla, donde cultivaban arroz, tabaco y plátanos.

Por su parte, los británicos pusieron en acción considerables fuerzas: en 1952 casi 400.000 hombres del ejército, la policía y la *Home Guard*, a los que se dedicó aproximadamente la mitad del presupuesto, 90 millones de dólares en 1949, que pasaron a ser, en 1953, 250 millones. Para destruir las fuentes de aprovisionamiento de los guerrilleros, el plan Briggs desplazó a más de 500.000 *squatters* (85 por 100 de chinos, 15 por 100 de malayos) para reagruparlos en 400 «nuevas aldeas». El general Templer, alto comisario de 1952 a junio de 1954, convirtió a Malasia en un verdadero «campo policiaco»: represalias colectivas, fuertes multas y reducción de las raciones de arroz, además de la detención ilimitada de miles de sospechosos, tal fue su política.

Política que, si no consiguió conquistar los corazones, obtuvo resultados militares. En efecto, a partir del año 1952, la guerrilla perdía poco a poco su mordiente, mientras que los problemas políticos pasaban a primer plano.

Desde 1948 el estado de excepción sólo dejó subsistir dos organizaciones políticas de derecha; todas las de izquierda tuvieron que disolverse. En febrero de 1949 nacía la *Malayan Chinese Association* (MCA) que, bajo la presidencia de Tan Cheng-lock, suplantaría a la AMCJA. Partido de la burguesía china, aunque su finalidad principal era realizar la amistad chino-malaya, se preocupó, sobre todo, de objetivos económicos. Anticomunista, entregaría dos millones y medio de dólares malayos para financiar el plan Briggs de reinstalación de los *squatters*. Unica gran organización malaya, la UMNO se deslizó hacia el centro y se mostró más favorable a las reivindicaciones chinas.

Bajo la presidencia del *Tengku* (príncipe) Abdul Rahman, en las elecciones municipales de Kuala Lumpur (1952) triunfó una alianza UMNO-MCA. Este éxito incitó a reclamar un Consejo legislativo electo y la creación de una Malasia independiente en el seno de la Commonwealth. Pero, a pesar de una nueva ley sobre ciudadanía aparecida en junio de 1952, sólo podían aspirar a ella menos de un 60 por 100 de los chinos y de un 30 por 100 de los indios. Aunque desde 1951 existían ministros *(member system)*, éstos eran designados por el alto comisario y no eran responsa-

bles ante la Asamblea, designada también totalmente por nombramiento.

Después de Diên-biên-phu se aceleró la evolución e Inglaterra prometió a la Federación y a Singapur Asambleas elegidas y gobiernos responsables. En las elecciones de julio de 1955, la alianza UMNO-MCA, de la que entró a formar parte el Congreso indio de Malasia, consiguió una aplastante victoria: 51 diputados de un total de 52, de ellos 35 malayos, 15 chinos y un indio. Así, la conferencia de Londres (enero de 1956) reconocía la autonomía interna de la Federación, que aceptó concluir un acuerdo de defensa y ayuda mutua con Gran Bretaña y permanecer, después de la independencia, en el área de la libra esterlina. El 31 de agosto de 1957 se proclamó la independencia. Abdul Rahman fue elegido primer ministro.

La Constitución establecía un régimen federal bajo la jefatura de un *Yang di Pertuan Agong*, elegido entre los nueve sultanes. El Islam fue declarado religión nacional y el malayo la única lengua oficial. No obstante, durante un período transitorio, podía utilizarse también el inglés (pero no el chino) como tal. En lo concerniente a las reservas de tierras, la entrada en la administración y la gestión de empresas industriales y comerciales, se mantuvieron los derechos especiales de los malayos. Los extranjeros nacidos en la Federación o que tuvieran ocho años de residencia podían obtener la ciudadanía, lo que ampliaba un poco su acceso con relación a la legislación anterior.

La autonomía de Singapur

Debido a la importancia estratégica y comercial que Singapur tenía para Gran Bretaña y a su población china, más «radical» que los malayos, Singapur obtendría la autonomía mucho después de la Federación.

En efecto, hasta 1955 no empezarían las reformas. Ese año se creó una Asamblea legislativa de 32 miembros, 25 de ellos designados por elección, y se estableció un Consejo de ministros de nueve miembros, seis de ellos elegidos en la mayoría parlamentaria, conservando el gobernador británico un derecho de veto y el derecho de suspender la Constitución.

El *Labour Front* ganó las elecciones de abril de 1955 y formó gobierno con ayuda de la alianza UMNO-MCA. Con una mayoría precaria y disensiones internas, tuvo que enfrentarse, a la izquierda, con la vigorosa oposición del *People's Action Parry* (PAP), con las huelgas de los sindicatos y la agitación política de los estudiantes. Después de unas difíciles negociaciones, en marzo de 1957 se llegaba, por fin, a un acuerdo con Londres.

Gran Bretaña reconocía la autonomía de Singapur, cuyo jefe nominal sería un malayo, conservando el control de los asuntos exteriores y de la defensa, mientras que la seguridad interna dependería de un Consejo de seguridad compuesto por siete miembros: tres británicos, tres ministros de Singapur y un representante de la Federación. La Asamblea se elevó a 51 miembros, a partir de ese momento elegidos todos por sufragio universal.

En las elecciones del 31 de mayo de 1959, el PAP consiguió una aplastante victoria. Su jefe, Lee Kuan Yew, joven abogado chino nacido en Singapur y formado en Cambridge, se convirtió en primer ministro. Y el 3 de junio de 1959 nacía oficialmente el Estado de Singapur.

8. La India de 1939 a 1947

La segunda guerra mundial. Bose y la Indian National Army

La amenaza de la segunda guerra mundial se cernía sobre la India cuando el Congreso indio atravesó en 1939 una breve crisis de dirección. Las tensiones entre el ala izquierda, los *leftists*, agrupados en torno a Nehru y a Bose, por una parte, y la vieja guardia en torno a Gandhi, por otra, se habían acentuado. En 1938 había sido elegido presidente del Congreso el bengalí Subhas Chandra Bose (1897-1945). Había alcanzado ya en 1921 un papel preponderante en el movimiento y se contaba entre los más enconados críticos de Gandhi y de sus métodos directivos. Consideraba equivocada la aversión de Nehru y otros socialistas del Congreso hacia las florecientes potencias fascistas de Europa y proyectaba como programa político una «síntesis» autoritaria de comunismo y fascismo. Su plan de aprovechar el peligro de guerra y la difícil situación en que se encontraba Inglaterra para exigir en un ultimátum la retirada de los ingleses, amenazando en caso contrario con la revolución, fue rechazado no sólo por Gandhi, sino también por Nehru y otros *leftists*. No obstante, Bose logró ser elegido nuevamente presidente del Congreso en 1939. Pero cuando Gandhi le sometió a una prueba de fuerza, el apoyo de Bose demostró ser demasiado débil. Obligado a presentar la dimisión y aislado políticamente, fundó un partido propio, el *Forward Bloc*.

Su fortuna ulterior fue novelesca. En 1941 consiguió huir desde la cárcel británica y a través de Kabul y Moscú dirigirse a Alemania. Allí, gracias al gobierno del Reich pudo fundar la organización *India libre*, emitir programas de radio para la India y formar con los prisioneros de guerra indios tropas que debían constituir el núcleo de un posterior ejército indio. Este apoyo no respondía totalmente a la línea política del partido nacional-socialista, pues Hitler había calificado anteriormente al movimiento nacionalista indio de «bufón asiático» y de hatajo de degenerados que trataban inútilmente de derribar el Imperio británico. Como germano, prefería ver la India bajo soberanía inglesa que bajo cualquier otra potencia [1]. En 1943, Bose abandonó Kiel en un submarino y fue acogido en Madagascar por un buque japonés.

Fundó en Singapur un gobierno provisional de la India libre, reconocido por las potencias del Eje, del que fue primer mi-

nistro. En numerosas arengas radiofónicas invitó a la India a abjurar definitivamente de la no-violencia y a no temer el derramamiento de sangre por la libertad. Reorganizó la *Indian National Army* (INA), que se había formado con indios establecidos en el Asia sudoriental y con prisioneros de guerra del ejército anglo-indio, y tomó parte con sus tres divisiones en la fracasada y catastrófica ofensiva nipona de la primavera de 1944 contra la India. Presumiblemente murió en un accidente de aviación en Formosa el año 1945.

Sin embargo, algunos de sus partidarios siguen creyendo que el *nētajī* («jefe»), como era llamado Bose, está todavía con vida. Inmediatamente se formó un mito en torno a él y a las hazañas del INA. Cuando las tropas británicas reconquistaron Birmania en 1945, se produjeron escenas de confraternidad entre indios del ejército británico y soldados del INA. Las reacciones indias ante los procesos por crímenes de guerra que lo británicos organizaron contra el INA después del final de la guerra, demostraron cuán popular se había hecho este ejército nacionalista. Hubo incluso manifestaciones de masas y una sublevación de la Marina. Los ingleses pudieron constatar por si mismos que el nacionalismo afectaba ahora también a los soldados indios, que hasta ahora siempre habían sido considerados estrictamente leales y habían combatido valientemente en la segunda guerra mundial. Muchos políticos británicos, reconociendo que el ejército indio, fuertemente reforzado y dotado de un modernísimo armamento durante la guerra, no ofrecía ya garantías de absoluta fidelidad, se convencían cada vez más de que ya no se podía mantener por largo tiempo la posición británica en la India [2]. Esta fue la contribución específica del INA, a cuyo espíritu de unidad nacional más allá de todo particularismo religioso y regional el propio Gandhi hubo de rendir un caluroso homenaje, a la lucha de la India por la independencia.

El Congreso y la Liga de 1939 a 1941

El principio de Bose: «Todo enemigo de Inglaterra es un amigo de la India», fue adoptado sólo por una minoría radical. Todos los demás políticos importantes de la India no dejaron duda alguna sobre su posición antifascista. Gandhi, para quien era un precepto de la *ahimsā* no sacar de una situación crítica del enemigo ventaja alguna, inmediatamente después del estallido de la guerra aseguró al virrey lord Linlithgow su simpatía por el pueblo británico. Muchos príncipes y grupos políticos indios estaban dispuestos a prestar un apoyo incondicional a los esfuerzos bélicos británicos.

Pero el Congreso estaba escindido y no tenía una línea política clara. No deseaba poner trabas a Inglaterra, pero por otra parte no podía ser infiel a su tradición de exigir nuevas concesiones para la India.

Ya el 3 de septiembre de 1939 el virrey había declarado a la India país beligerante, sin consultar a los políticos indios. Este procedimiento, que en verdad era legalmente correcto, pero que tácticamente era muy imprudente, tenía que ser sentido como una humillación nacional. No obstante, la mayoría del Congreso estaba dispuesta en principio a apoyar plenamente a Gran Bretaña si los británicos emitían una declaración precisa de sus objetivos bélicos y aseguraban que la libertad por la que ahora combatían debía ser indivisible y valer también para la India. Como los británicos no ofrecieron una garantía satisfactoria, los miembros del Congreso renunciaron en octubre de 1939 a sus cargos en el gobierno, algunos muy a su pesar y tras muchas vacilaciones. En las provincias afectadas los gobernadores británicos asumieron el gobierno en virtud de sus plenos poderes. Pero en las provincias con mayoría musulmana los ministros indios permanecieron en el cargo. Jinnah, que no habría podido asistir indiferente a una alianza del Congreso con los británicos, supo aprovechar hábilmente la ruptura e hizo celebrar la renuncia de los gabinetes del Congreso como «día de la liberación». Poco más tarde el virrey dio a Jinnah la seguridad de que no se elaboraría la futura constitución de la India sin la aprobación de la Liga musulmana. Así se concedió a Jinnah un derecho de veto que más tarde fue confirmado. La idea del futuro Paquistán, entonces todavía vaga, recibió con ello nuevo impulso. Los británicos, el Congreso y la Liga, manteniéndose obstinadamente en sus posiciones, condenaron la política interior india al estancamiento.

Como réplica a los planes separatistas de la Liga, el Congreso eligió presidente en 1940 a uno de sus más fieles musulmanes, Maulana Abul Kalam Azad, futuro ministro indio del Culto. Gandhi recibió plenos poderes para preparar una nueva campaña de desobediencia civil y para fijar el plazo y el modo de su realización. En tanto que la señal de partida de Gandhi se hacía esperar, la situación de Inglaterra en Europa se hacía cada vez más crítica ante los éxitos alemanes. El grupo dirigente del Congreso hubiera evitado con gusto todo obstáculo al gobierno británico en aquellos momentos, y por ello ofreció, contra la voluntad de Gandhi, su apoyo y colaboración si se comprometía formalmente a conceder la independencia a la India y consentía de inmediato la formación de un gobierno nacional indio que abarcara todos los partidos. En su contestación del 7 de agosto de 1940, la denominada «propuesta de agosto», el virrey rechazó las exigencias del

Congreso pretextando que los partidos políticos de la India estaban desavenidos y que había que impedir el refuerzo de las minorías. Se declaraba dispuesto simplemente a aceptar más indios en su Consejo ejecutivo y a crear un Consejo nacional de defensa. Como el Consejo ejecutivo no tenía un poder efectivo, el Congreso y la Liga rechazaron la propuesta como insatisfactoria. El Congreso se vio, pues, obligado a reanudar su programa de resistencia pacífica.

La nueva campaña de *satyāgraha* (17 de octubre de 1940-6 de enero de 1942) se concibió en un principio no como un movimiento de masas, sino como una simple forma de desobediencia individual y de resistencia simbólica. Determinados *satyāgrahīs* escogidos debían infringir las leyes de excepción británicas pronunciando discursos públicos contra la guerra hasta que fueran encarcelados. Los participantes, que se comprometían a mantener una estricta no-violencia, informaban habitualmente a las autoridades británicas de la hora y el lugar de la infracción proyectada, se hacían rodear de amigos y pronunciaban luego un par de frases contra el apoyo indio a los esfuerzos bélicos británicos. Entre los primeros detenidos estaba Nehru; en 1941 acabaron en la cárcel, una tras otra, casi todas las personalidades del Congreso. Menos dura que la de 1920 ó 1930, ésta discurrió pacíficamente y no tuvo ni remotamente la misma repercusión. No ocasionó serias dificultades a los británicos y tampoco se lo proponía. De todos modos la detención de bastante más de 10.000 patriotas indios produjo un profundo malestar en los círculos anglófilos anticolonialistas, especialmente en los Estados Unidos.

Entretanto continuaban entre bastidores los intentos de superar la parálisis de la política interna de la India. Una conferencia de políticos «por encima de los partidos», bajo la presidencia de un eminente especialista en derecho constitucional, sir Tej Bahadur Sapru, intentó en vano reunir las fuerzas que estaban fuera de la Liga y del Congreso. En julio de 1941, en cumplimiento de su «propuesta de agosto», ya hacía tiempo rechazada por la Liga y el Congreso, el virrey amplió su Consejo ejecutivo. La desconfianza de los indios a propósito de los objetivos bélicos de la Gran Bretaña recibió, sin embargo, nuevo impulso con la declaración hecha por Churchill en septiembre de ese mismo año, según el cual la cláusula de la Carta del Atlántico sobre el derecho de autodeterminación de los pueblos se refería sólo a las naciones sometidas por las potencias del Eje, pero no a la India [3]. Pero pocas semanas después, en diciembre de 1941, en vísperas de Pearl Harbor, el gobierno británico-indio liberó de las cárceles, ante la sorpresa general, a los *satyāgrahīs* detenidos [4].

Después de la entrada de Japón en la guerra (7 de diciembre de 1941) el virrey hizo un llamamiento a la unión frente a la nueva amenaza. El Congreso se mostró dispuesto a colaborar con el gobierno bajo ciertas condiciones. Esto sucedió contra la voluntad de Gandhi, quien a consecuencia de ello se retiró una vez más del Congreso y designó a Nehru como su sucesor y heredero espiritual.

El fulminante avance japonés a través de Asia sudoriental hizo pronto de la defensa de la India un problema urgente. Londres hubo de actuar y envió a la India, en marzo de 1942, a sir Stafford Cripps, miembro del gabinete de guerra y conocido por sus buenas relaciones con los nacionalistas indios. Cripps precisó las propuestas anteriores y añadió otras nuevas. Prometió el estatuto de *dominion* para la India con el derecho de salirse de la Commonwealth; una Asamblea nacional india debía elaborar una nueva constitución sin intervención británica. Pero todo esto sólo después de terminar la guerra. Por el momento, Cripps no tenía prácticamente nada que ofrecer. En especial no había recibido plenos poderes para transferir a la India la responsabilidad de su ejército.

Además, los planes de Cripps preveían un estatuto especial para las regiones indias que no quisieran entrar en el *dominion* que había de crearse. Esto era una concesión a la Liga musulmana y a las aspiraciones de autonomía de determinados príncipes. El Congreso veía que con ello se abría el camino a la temida división de la India en pequeños Estados. Cripps invocaba la necesaria protección de las minorías. El Congreso insistía en su opinión de que la voluntad británica de prestar atención a demasiados intereses particulares sólo alentaba la desunión y de que, sin la intervención extranjera, el pueblo indio llegaría rápidamente a un acuerdo. A lo largo de las negociaciones, que duraron varias semanas, aumentó la desconfianza del Congreso respecto a las verdaderas intenciones de los británicos. Gandhi calificó las promesas de Cripps de «cheque posfechado contra un banco que va a la quiebra». En efecto, las victorias alemanas y japonesas parecían quitar a los británicos el derecho de hacer promesas para la época de posguerra. Siguiendo el ejemplo del Congreso, tras largas luchas internas, también los otros partidos importantes rechazaron las propuestas de Cripps [5]. Pero más tarde, cuando la situación bélica cambió a favor de los aliados, algunos se preguntaron si un acuerdo con Cripps y la colaboración con los británicos no hubieran ofrecido al Congreso mayores posibilidades de salvaguardar la unidad estatal de la India.

Pero en 1942 la India hubo de temer una invasión japonesa. En los momentos de peligro, el Congreso se sometió nuevamente a la dirección de Gandhi. Después del fracaso de las negociaciones con Cripps, se había hecho absurdo buscar nuevas soluciones de compromisos. Por eso el giro aparentemente radical, al menos en un principio, de Ghandi resulta comprensible. Decidió convertir la inmediata retirada de los británicos en el lema de una nueva campaña de agitación. Creía que los japoneses no atacarían a una India libre o que, en caso contrario, se les podría ofrecer resistencia por medio de la *satyāgraha*. Este plan entrañaba muchos riesgos; Nehru y otros políticos del Congreso se opusieron por largo tiempo, pero se rindieron finalmente o intentaron al menos ejercer una acción moderadora sobre su desarrollo.

El 14 de julio de 1942 el *Working Committee* adoptó la más tarde denominada *Quit India-Resolution*, que exigía la independencia inmediata de la India para que así el país pudiera movilizar todas sus fuerzas contra la amenaza nipona, aunque admitía el estacionamiento de fuerzas militares aliadas para la defensa contra los japoneses o el apoyo de China. En caso de una negativa británica, la resolución amenazaba con una rebelión no-violenta de las masas bajo la dirección de Gandhi. El 8 de agosto de 1942 el *All India Congress Committee* aprobó, por una gran mayoría, esta resolución [6].

Gandhi pronunció un elocuente discurso que culminó con la consigna *do or die*, pero no presentó todavía ningún plan concreto de acción. Tampoco tuvo ya ocasión para ello. Los británicos reaccionaron inmediatamente. Al amanecer del día siguiente, Gandhi y los jefes del Congreso fueron detenidos. La consecuencia fue que el movimiento estaba ahora sin plan y sin líder y que cada uno podía dar a la consigna *do or die* el sentido que considerara justo. La tensión de los últimos meses se tradujo en una reacción en cadena de actos de violencia. Edificios del gobierno incendiados, comisarías de policía atacadas, calles cortadas, vías y puentes volados, comunicaciones telefónicas interrumpidas y trenes descarrilados perfilaron el cuadro del «movimiento de agosto». Con todo, el ejército y la policía pudieron imponerse en pocas semanas con una dura intervención. Sólo acciones de comandos aislados duraron hasta 1944. El informe oficial británico habla de más de 1.000 muertos; las fuentes indias citan números mucho más elevados. Más de 60.000 nacionalistas indios fueron encarcelados, algunos de ellos hasta el final de la guerra. En un intercambio epistolar, Gandhi y el virrey se hicieron mutuamente responsables del derramamiento de sangre [7].

El movimiento *Quit-India* de 1942 fue una manifestación de la voluntad popular, cuya amplitud demostró la peligrosidad de las

tensiones en la India. Pero su resultado más importante radicó en otro aspecto. Modificó las relaciones de fuerza dentro de la India. Jinnah no había apoyado el movimiento porque sólo veía en él un intento del Congreso para hacerse con el poder.

En cuanto al partido comunista, de nuevo autorizado, se mantuvo al margen, ya que para él la guerra se había convertido, con la alianza británico-soviética, en una «guerra popular». Apoyaba abiertamente las exigencias de la Liga sobre Paquistán e invocaba para ello las declaraciones de Stalin sobre las justas aspiraciones de las «nacionalidades» indias [8]. Esto condujo a un creciente distanciamiento entre el Congreso y los comunistas, quienes a los ojos de muchos socialistas del Congreso aparecían ahora como traidores a la causa nacional. De 1942 a 1945 el Congreso estuvo prohibido, sus líderes encarcelados y su organización paralizada. En el vacío político que se produjo con ello, el partido comunista y sobre todo la Liga pudieron consolidar su posición. El número de miembros de la Liga aumentó a unos dos millones y el respaldo a Jinnah entre las masas musulmanas se afianzó. Todos los intentos de algunos políticos de la Liga y del Congreso para elaborar propuestas comunes para el futuro político de la India fracasaron. Durante el resto de la guerra, que aportó a la India un notable desarrollo industrial, aunque también, a causa de la amenaza japonesa, grandes dificultades de transporte y abastecimiento —en 1943 Bengala hubo de padecer una de las más terribles hambres de su historia—, la vida política de la India no conoció ya ningún movimiento notable.

Hacia la partición (1945-1947)

En la nueva situación internacional de la posguerra, se hicieron cada vez más fuertes e influyentes las voces de los políticos británicos que querían liberar lo antes posible a Inglaterra, debilitada por la guerra, de la carga financiera, militar y moral de mantener sometida a la India. Esto se demostró incluso en el triunfo electoral del partido laborista (julio de 1945). Para la aristocracia y la clase media británicas la India había sido durante largo tiempo la «más esplendorosa joya de la Corona británica». Sin embargo, ahora que la India, en el curso de la guerra, había pasado de ser deudora a ser acreedora de Inglaterra, los antiguos motivos económicos perdieron mucho de su valor. Pronto quedó solamente en pie la pregunta primordial: ¿cómo se conseguiría independizar a la colonia más grande del globo, desgarrada por antagonismos internos? Los medios económicos indios sólo pensaban, por lo general, en conservar sus ganancias de guerra y se mostraban, a diferencia de 1919, poco dispuestos a apoyar la agitación política.

El gobierno británico intentó, pues, presentar nuevamente las propuestas de Cripps de 1942, que seguía considerando válidas. La última fase de la descolonización debía iniciarse lo más rápidamente posible, antes que hubiera que temer una nueva agitación en la India como consecuencia de la desmovilización.

Tras la liberación de los líderes del Congreso, el virrey lord Wavell (que gobernó de 1943 a 1947) intentó anticiparse a su actividad política y en julio de 1945 convocó en Shimla una conferencia de los líderes de los partidos indios que debía decidir sobre la composición de un gobierno provisional indio. Pero la postura de Jinnah no había cambiado: seguía viendo en el Congreso un partido hindú y en los musulmanes de este partido simples «colaboracionistas». Su exigencia de que todos los miembros musulmanes del futuro gobierno pertenecieran a la Liga tenía que ser inaceptable para el Congreso. Jinnah, presidente permanente de la Liga desde 1934 y denominado ahora por sus partidarios «gran jefe» *(Qā'id-i'Azam)*, se sentía bastante fuerte para hacer fracasar la Conferencia con su veto.

Las primeras elecciones de la posguerra (invierno de 1945/1946) parecieron confirmar su postura. La Liga y el Congreso se anotaron grandes éxitos: la India parecía encaminarse hacia un sistema bipartidista. La Liga ganó en el parlamento central todos los escaños reservados a los musulmanes, y en los parlamentos provinciales la mayoría de los mismos. Pero sólo en Bengala y en Sind obtuvo una mayoría que permitiera formar gobierno [9]. En la *North West Frontier Province* (NWFP), de población musulmana, el Congreso obtuvo la mayoría absoluta y formó un gobierno presidido por el Dr. Khan Sahib, el hermano del «Gandhi de la frontera». La situación era sumamente delicada en Panjab, la provincia más inestable y, como pronto se demostró, la más peligrosa. La Liga fue aquí el partido más fuerte, aunque no consiguió la mayoría absoluta. Una coalición del Congreso con el Partido de la Unión, de tendencia conservadora y apoyado principalmente por los grandes terratenientes, y con el partido *Akali* de los sikhs pudo así impedir que la Liga accediera al poder. Estos métodos dudosamente democráticos hicieron que varios políticos del Congreso no tuvieran la conciencia tranquila. En las demás provincias el Congreso formó gobierno. Así se restableció en la India británica aproximadamente la situación de 1937 a 1939.

Mucho más difícil fue el paso siguiente: la formación de un gobierno central indio y la convocatoria de una Asamblea Constituyente [10]. En marzo de 1946, llegó a la India una delegación del gabinete británico. En el curso de las conversaciones se elaboró un plan, que preveía un gobierno de unión india que sólo sería competente en materia de política exterior, defensa y comunica-

ciones. Todas las demás cuestiones debían ser competencia de las provincias, que debían agruparse en federaciones de provincias y zonas con mayoría musulmana o hindú. Esto era un intento, ya apuntado antes en alguna ocasión, de ofrecer simultáneamente una especie de Paquistán a la Liga y una especie de India indivisa al Congreso. Después de largos debates, ambas partes se pusieron de acuerdo en el principio; pero en la interpretación y realización de los complicados particulares del plan se perfilaron notables diferencias [11]. Nehru, precisamente elegido presidente del Congreso, en un discurso políticamente razonable sin duda, pero desacertado tácticamente, no disimuló que consideraba ilusorio el plan entero [12]. De nada servían ya los intentos de conciliación: Jinnah tenía ahora un motivo para retirar su consentimiento al plan de la *Cabinet Mission*. Como la formación de un gobierno provisional con la Liga y el Congreso no era posible en esta atmósfera, el virrey pidió el 12 de agosto de 1946 a Nehru que formara un gabinete.

Jinnah, siempre temeroso de que los británicos llegaran a un acuerdo con el Congreso, se vio entonces forzado a pasar a la «acción directa» y declaró el 16 de agosto *direct action day*. Aun cuando no tuviera la intención de incitar a la guerra civil, sino de organizar disciplinadas manifestaciones musulmanas [13], el hecho es que su lenguaje ardiente desencadenó en los meses siguientes una de las más terribles catástrofes de la historia moderna de la India. El 16 de agosto, en Calcuta, una muchedumbre incontrolada convirtió la ciudad en un matadero: hubo más de 4.000 muertos. El gobierno de la Liga musulmana de Bengala, presidido por H. S. Suhrawardy, desempeñó en ello un oscuro papel [14]. El ejército pudo restablecer el orden inmediatamente, pero las alarmantes noticias habían provocado ya en muchas partes reacciones en cadena, sobre todo en la vecina provincia de Bihar, donde la mayoría hindú se vengó de los musulmanes con la misma furia. Gandhi recorrió las zonas donde la agitación había sido más violenta, tratando de salvar lo que todavía era salvable.

En Delhi, los líderes del Congreso habían entrado el 2 de septiembre de 1946 en el Consejo ejecutivo del virrey y habían formado un gobierno provisional con Nehru como vicepresidente y Vallabhai Patel como ministro del Interior. Las cinco carteras ministeriales correspondientes a la Liga no fueron ocupadas hasta fines de octubre, cuando Jinnah abandonó su boicot bajo la presión de los desórdenes que se extendían sin cesar. Pero la Liga parecía querer mostrar sobre todo, mediante la «obstrucción desde dentro», que un gobierno común era imposible. La Liga tenía el ministerio de Hacienda, y el titular de esta cartera, Liaqat Ali Khan, podía servirse de esta posición clave para bloquear

todas las medidas de sus colegas del Congreso. Su proyecto de presupuesto preveía un elevado impuesto especial sobre los beneficios, lo que al punto suscitó la sospecha de que la Liga quería perjudicar a los financieros del Congreso y sembrar la discordia entre el ala derecha y la socialista de este partido [15]. El clima reinante en el gobierno hizo que muy pronto los dirigentes del Congreso se resignaran en su fuero interno a aceptar la división de la India.

El 9 de diciembre de 1946 se reunió la Asamblea Constituyente. El memorable acontecimiento se producía en una forma nunca esperada por los nacionalistas indios. Como todavía no se había logrado un acuerdo sobre la definición de las «zonas» previstas por la *Cabinet Mission*, la Liga boicoteó la asamblea; el gobierno provisional se vio paralizado; en Panjab se creó un foco de crisis altamente explosivo; se acrecentaron las agitaciones de las «comunas». En esta situación lord Wavell fue llamado a Londres. Simultáneamente, el primer ministro Attlee hizo saber el 20 de febrero de 1947 que su gobierno estaba decidido a poner fin al dominio británico lo más tarde en junio de 1948, independientemente de las autoridades que tomaran luego el poder en la India. Tampoco la presión de esta declaración tuvo el efecto deseado. En Panjab cayó el gobierno de coalición; en medio de los sangrientos disturbios hubo de hacerse cargo del mando el gobernador británico de la provincia.

El último virrey británico, lord Mountbatten, acostumbrado como anterior comandante en jefe de Asia sudoriental a resolver las situaciones más inextricables, llegó inmediatamente a la convicción de que la única alternativa de la guerra civil y la anarquía era la división del país. Ya el 3 de junio de 1947 presentó el siguiente plan: estatuto de *dominion* para la India y Paquistán dentro de la *Commonwealth*. En Bengala y en Panjab las asambleas legislativas debían decidir sobre la unidad o la división, mientras que en la NWFP debía celebrarse un referéndum. Jinnah, que había ansiado un Estado musulmán mucho mayor, aceptó el Paquistán «carcomido por la polilla» que ahora se le ofrecía. También el Congreso aprobó ahora la división. La suerte estaba echada. En julio, el Parlamento británico votó la *Indian Independence Bill*, la última de la larga serie de leyes para la India, que significó el final de una época.

En junio, Bengala y Panjab se habían pronunciado en favor de la división. Al gobierno musulmán del Congreso en la NWFP se le cerraba así la vía de la unión con la India. Su proyecto de un Estado pathan autónomo, el «Pashtunistán», encontró un fuerte apoyo en el gobierno y la prensa de Afganistán, ya que este proyecto permitía revisar la «división de la nación afgana» lle-

vada a cabo por el trazado de la frontera anglo-afgana de 1893 *(Durand line)*. Como la Liga se opuso, el Congreso de la NWFP boicoteó el referéndum, que arrojó mayoría a favor de la anexión a Paquistán. Así pues, Paquistán heredó de la India británica la dura carga de la NWFP, siempre intranquila. Las tensiones entre Paquistán y Afganistán aumentaron, especialmente a mediados de los años cincuenta, hasta el peligro de guerra.

Como Mountbatten temía el súbito hundimiento del gobierno provisional y del aparato administrativo, el día de la independencia había sido anticipado en casi un año, al 15 de agosto de 1947. Así pues, en un plazo increíblemente breve, en apenas dos meses, hubo de llevarse a cabo una de las más importantes medidas administrativas de la historia: la división de la administración, las finanzas y el ejército de la India. Dos comisiones fijaron las nuevas fronteras en Bengala y en Panjab; pero no publicaron su informe hasta después del 15 de agosto. Hasta la promulgación de las nuevas constituciones los dos Estados debían regirse de acuerdo con el *India Act* de 1935. La esperanza de que Mountbatten llegaría a ser gobernador general de los dos *dominions* fracasó ante Jinnah, quien reivindicó para sí este cargo en Paquistán. Con todo, Mountbatten pudo obtener el nombramiento para la India.

Cuando el 15 de agosto de 1947 se festejaba con júbilo la independencia en las capitales de Delhi y Karachi, ya había empezado en Panjab una espantosa matanza. Grupos de sikhs, desesperados por la división de su comunidad religiosa e instigados por los discursos del demagogo Tara Singh, rivalizaron en crueldad y violencia con musulmanes fanáticos, organizaciones hindúes extremistas e incluso bandas criminales. El número de víctimas nunca podrá fijarse exactamente, pero fue sin duda del orden de cientos de millares. De nada sirvió el hecho de que los dos nuevos Estados hubieran prometido la protección de las minorías. Se produjo un éxodo masivo: de sikhs e hindúes hacia la India, de musulmanes hacia Paquistán. La inseguridad reinante en cuanto al trazado exacto de las fronteras aumentaba el pánico. Cruzaban la frontera trenes llenos de cadáveres con letreros «regalo de Paquistán» o «regalo de la India». Los supervivientes comunicaban el suceso y desencadenaban una reacción en cadena de actos de venganza. La precipitación en la transmisión del poder mostraba ahora sus sangrientas consecuencias. Se había omitido poner las zonas fronterizas bajo una férrea administración militar; la débil *Panjab Boundary Force,* con apenas 55.000 soldados, no podía hacer frente a la situación. Los británicos se abstenían de intervenir directamente, por razones políticas; los hombres de Estado de ambos países no habían previsto la catástrofe y no

disponían de una organización suficiente para hacerse cargo de ese gigantesco intercambio de población [16].

La otra parte separada de la India, Bengala, permaneció relativamente tranquila en 1947. Esto fue decisivamente mérito de Gandhi. Durante las fiestas de la independencia, en las que Nehru le proclamó «padre de la nación», Gandhi estaba lejos de la capital, en el barrio musulmán de Calcuta. Había sido hasta el fin el gran enemigo de la división. La libertad alcanzada le dejó indiferente. Para él, los medios de la lucha eran siempre más importantes que el éxito, ya que el hombre puede elegir los medios, pero el resultado, en cambio, no está en su poder. Cuando la noticia de los horrores cometidos en Panjab amenazaba con suscitar desórdenes en Calculta, Gandhi inició una huelga de hambre. En la asamblea de oración que organizó, millares de hindúes y musulmanes se abrazaron [17]. Como político, Gandhi había fracasado, pero la nobleza de sus esperanzas era indiscutible. Mountbatten le envió un telegrama diciéndole que su «ejército de un solo hombre» había llevado a cabo lo que en Panjab no habían conseguido miles de soldados [18]. Desde septiembre trabajó en Delhi por la protección de la minoría musulmana. Aquí emprendió en enero de 1948 su última huelga de hambre. Con ella obligó al gobierno indio a respetar el derecho moral de Paquistán a la división convenida de los fondos estatales. Para los fanáticos hindúes esto era una traición a la patria, ya que la India estaba prácticamente en guerra con Paquistán en Cachemira. El 30 de enero de 1948 Gandhi fue asesinado por un extremista hindú. La profunda emoción que suscitó su muerte en la India y en el mundo entero pareció poner fin por algún tiempo a los excesos más deplorables del fanatismo religioso.

C. La evolución contemporánea

9. El subcontinente indio desde 1947

I. CONSECUENCIAS DE LA DIVISION

Los refugiados

La división creó muchos más problemas de los que pudo resolver. Los nuevos conflictos en el subcontinente absorbieron unas energías que hubieran sido necesarias urgentemente en ambos países. Es cierto que, tras los éxodos y las deportaciones masivas, Paquistán occidental se había convertido en un país habitado casi exclusivamente por musulmanes, pero no así Paquistán oriental, donde, junto a otras minorías, todavía hoy casi el 20 por 100 de la población es hindú. En la India permanecieron unos 50 millones de musulmanes. Entre los fugitivos —su número se estima en 12 millones— reinó todavía por largos años una miseria superior a toda ponderación. Tan pronto como la situación lo permitió, se iniciaron negociaciones entre los dos Estados sobre la devolución de las mujeres raptadas y sobre el control de los bienes abandonados por los fugitivos. Fueron necesarios unos acuerdos muy complicados, pues el número de los afectados en ambos países era aproximadamente el mismo, pero los hindúes y los sikhs habían sufrido mayores pérdidas materiales que los musulmanes, por lo general situados a un nivel social inferior [1]. Bajo la presión de las agitaciones surgidas en Bengala, los primeros ministros Nehru y Liaqat Ali Khan llegaron en 1950 a un acuerdo sobre la protección de las minorías. Pero las dos partes se han acusado continuamente de violación de los acuerdos. Hasta estos últimos años se produjeron persecuciones y éxodos de refugiados como consecuencia de conflictos locales cuyas causas son difícilmente discernibles o como reflejo de los acontecimientos en la guerra de Cachemira.

Problemas económicos

La división tuvo duras consecuencias económicas, al separar espacios económicos interdependientes. Así, las mejores zonas para el cultivo del yute y del algodón correspondieron a Paquistán, pero las fábricas para su elaboración quedaron en la India. Paquistán, que dependía del carbón indio, tuvo que equipar sus locomotoras con motores Diesel. El comercio entre los dos países

se interrumpió temporalmente porque la India devaluó en 1949 su moneda juntamente con la mayoría de los países del área de la libra esterlina, pero no así Paquistán. En Panjab el trazado de la frontera cortó el sistema de riego. Como la India controlaba el curso superior de algunos afluentes del Indo, tenía en sus manos la suerte de grandes zonas de Paquistán occidental. Sólo en 1960 pudo lograrse, gracias a la mediación de la banca mundial, un compromiso en la disputa sobre los canales de riego [2]. Paquistán dispondría, a partir de 1970, de las aguas del Indo, el Jhelam y el Chenab, pero sólo de ellas. Para esto se necesitan nuevas inversiones de evergadura. En 1967 se inauguró la presa de Mangla, en el río Jhelam. El gran pantano del Indo en Tarbela fue una de las mayores obras que hayan sido subastadas en el mundo.

Los principados

El mayor foco de crisis, que fomentó continuamente las tensiones entre los dos Estados, se derivó de la negativa de los británicos a solucionar razonablemente antes de su marcha de la India el problema de los principados. Al término de la dominación británica, los príncipes, más de 500, tenían dos opciones: unirse a la India o a Paquistán, o declarar su independencia. Pero la India no estaba dispuesta a tolerar la amenazante balcanización del subcontinente. Los príncipes, acostumbrados a la independencia, no estaban dispuestos a entrar en una comunidad. Muchos de ellos supieron reconocer los signos de los nuevos tiempos y aceptaron dignamente lo inevitable. Ya antes de la proclamación de la independencia, el 15 de agosto de 1947, todos los príncipes vecinos al nuevo Estado indio, a excepción de tres, subscribieron la declaración de su ingreso en la Unión India. Como consecuencia, sus Estados fueron integrados gradualmente en la Unión India en los planos territorial, fiscal y constitucional, y los príncipes fueron indemnizados con ingresos libres de impuestos y con otros privilegios. En esta revolución incruenta se acreditaron de manera brillante la eficacia y la habilidad diplomática del ministro indio V. Patel [3]. Sólo hubo dificultades serias en tres lugares: Yunagat, Haiderabad y Cachemira.

El príncipe musulmán de Yunagat, cuyos súbditos eran hindúes en un 80 por 100, declaró en 1947 su unión a Paquistán. Aunque era contraria a la «teoría de las dos naciones», esta unión fue aceptada. Cuando, a consecuencia de ello, estallaron desórdenes en el principado, intervino el ejército indio. Un plebiscitc arrojó una fuerte mayoría a favor de la unión a la India. Más complicada estuvo la situación en el gran principado de Haiderabad. Aunque su país estaba rodeado por territorio indio, el príncipe musulmán

aspiraba a un Estado independiente. Durante las negociaciones con la India, Telingana, al este del principado, fue escenario de rebeliones de los campesinos duramente explotados, dirigidas por los comunistas, y de actos de terrorismo de una organización musulmana militante *(Razakar)* contra la población hindú. Después de intentar ejercer presión por medio del bloqueo, en septiembre de 1948 tropas indias invadieron el principado y conquistaron Haiderabad en una «acción policial» de cinco días. La conducta de la India fue duramente criticada, no sólo en Paquistán, sino también en Occidente, pero sin duda el resultado era inevitable. Su actitud contradictoria la expuso a numerosas críticas: en efecto, ni en Yunagat ni en Haiderabad respetó el derecho a la autodeterminación de los príncipes, del que se servía para justificar su postura en Cachemira; además, concedía a Yunagat el plebiscito que se obstinaba en negar a Cachemira [4].

Cachemira

El principado de Cachemira, bajo la soberanía de la dinastía hindú de los Dogras, carecía de toda unidad religiosa, cultural o lingüística. Una mayoría musulmana (77 por 100 de la población), la situación geográfica y la dependencia con respecto a Paquistán en el plano económico y en el de las comunicaciones hacían parecer conveniente la unión con este país. De los dos principales partidos del país, la *National Conference* con el jeque M. Abdullah, el «león de Cachemira», a la cabeza, se oponía a la idea paquistaní de un Estado religioso y simpatizaba con el Congreso indio, mientras que la *Muslim Conference* mantenía estrechas relaciones con la Liga Musulmana.

El maharajá hizo encarcelar a los dirigentes de los dos partidos y subscribió con Paquistán un pacto de no-agresión. Lo que ocurrió luego en el otoño de 1947 permanece en gran parte oculto tras la niebla de exposiciones tendenciosas. Parece que la población musulmana de la zona fronteriza sudoccidental de Cachemira (Punch) se rebeló contra el príncipe, muy impopular. Poco después, estalló abiertamente el conflicto de Cachemira, cuando en octubre de 1947 guerreros de la tribu de los pathanes, procedentes de la NWFP, atravesaron Paquistán y entraron en Cachemira, para saquear el país y ayudar a sus correligionarios musulmanes. Presumiblemente, en algunos lugares fueron apoyados por paquistaníes, pero hasta hoy —en contra de las afirmaciones indias— no puede considerarse demostrado que su conducta formara parte de un plan general de agresión elaborado por Paquistán. Los políticos paquistaníes replicaron que su Estado, en la

caótica situación que siguió a su nacimiento, no tenía absolutamente ningún poder para controlar a las diferentes tribus [5].

Cuando estos guerreros se aproximaron a Shrinagar, saqueando y devastando, y tras el rápido desmoronamiento del ejército de Cachemira, el maharajá huyó de la capital, pidió ayuda a las tropas indias y el 26 de octubre de 1947 proclamó la unión con la India. Mountbatten, como gobernador general, accedió, pero en su respuesta precisaba que, en esa conflictiva situación, el ingreso sólo podía ser provisional y que el pueblo de Cachemira debía decidir su futuro tan pronto como se restablecieran en el país la tranquilidad y el orden. A consecuencia de ello se enviaron tropas indias a Cachemira. Lo más tarde, en la primavera de 1948 intervinieron también unidades paquistaníes regulares en las luchas, a las que puso fin, el 1 de enero de 1949, un armisticio gracias a la intervención de la ONU. La parte mayor y más importante de Cachemira permaneció en poder de la India; el resto fue administrado en parte por un gobierno de «Cachemira Libre» *(Āzād Kashmir)*, bajo protectorado paquistaní, y en parte, directamente por un comisario paquistaní *(Gilgit Agency)*.

Hasta ahora han fracasado todos los intentos de llegar a un acuerdo por mediación de la ONU y de la Commonwealth, así como las negociaciones indo-paquistaníes directas. Paquistán niega toda validez al ingreso del príncipe en la Unión India, ya que tuvo lugar cuando éste había sido derrocado por su pueblo. El plebiscito prometido por la India no se llevó a cabo porque no hubo un acuerdo sobre las modalidades de la retirada de las tropas y la ONU se negó a formular una condena contra el «agresor paquistaní», como exigía la India. La postura india se endureció en 1954, cuando Paquistán recibió ayuda militar americana e ingresó en la SEATO y en el Pacto de Bagdad (CENTO). Así, el conflicto de Cachemira se convirtió en una parte de la guerra fría. Ya antes, la India se esforzó por consolidar su unión con Cachemira. Contra la voluntad del Consejo de Seguridad de la ONU, en 1951 se reunió en la parte de Cachemira ocupada por la India una Asamblea Constituyente; en 1952, fue proclamada en Delhi la integración de Cachemira en la Unión India, conservando, no obstante, un estatuto especial. Desde 1948 hasta 1953, Abdullah fue jefe de un gobierno estable, cuyo principal mérito fue proceder a una reforma agraria. Tensiones en su propio partido provocaron en 1953 su caída. Su sucesor, Bakshi Ghulam Mohammad, le hizo incluso detener. Además de las intrigas personales, la razón, o el pretexto para ello parece haber sido la aspiración de Abdullah a hacer de Cachemira un Estado independiente o, al menos, unido a la India por lazos bastante débiles. Al amparo del veto soviético en el Consejo de Seguridad, en 1957 y 1964, la

India dio ulteriores pasos con vistas a la integración total de Cachemira. La India rechaza ahora todo plebiscito e invoca su concepción del Estado laico para negar el derecho de secesión a toda comunidad religiosa. Para Nehru, que en sus últimos años de vida sentía una fuerte preocupación por la ruptura de la Unión India, Cachemira se convirtió en el símbolo de la unidad nacional. En esto coincidía con los fanáticos hindúes, si bien éstos hablaban de la indivisible «madre India». Pero también Paquistán estima que el conflicto de Cachemira amenaza los fundamentos de su idea de Estado más aún que sus intereses estratégicos y económicos.

Se afirma frecuentemente en la India que las elecciones parlamentarias han hecho superfluo un plebiscito en Cachemira. Pero en estas elecciones, cuyo carácter democrático ha sido puesto en duda incluso por varios indios [6], nunca se sometió a decisión la cuestión de la incorporación a la India. La inestabilidad política de los últimos años demuestra que muchos habitantes de Cachemira no están dispuestos a aceptar la integración total [7]. La popularidad de Abdullah no ha sido alcanzada por sus sucesores. Cuando a fines de 1963 estalló una difícil crisis [8] y los conflictos entre las comunidades afectaron a Bengala, Abdullah fue puesto en libertad (principios de 1964). Como no compartía el punto de vista indio ni el paquistaní [9], pareció que se podría superar la situación de punto muerto. Pero la muerte de Nehru (1964) y luego las luchas por el *Rann of Katch* impidieron todo progreso [10]. El armisticio (30 de junio de 1965) fue condenado por los radicales de ambos bandos. Los conflictos lingüísticos y la crisis alimenticia acrecentaron las tensiones en la India. Ya en mayo había sido encarcelado nuevamente Abdullah, acusado por algunos de conspiración con Pekín [11]. Esto provocó nuevos desórdenes antiindios en Cachemira, que seguramente eran atizados desde lejos por «Cachemira Libre». El ejército indio se vio envuelto en una guerra de guerrillas, principalmente con grupos de paquistaníes infiltrados [12]. La prensa paquistaní, controlada por el gobierno, no decía, sin embargo, nada sobre tales infiltraciones, y hablaba sólo de la «rebelión popular» de Cachemira. Pero si Paquistán esperaba provocar una levantamiento general en Cachemira con la aparición de sus comandos, se había equivocado. A mediados de agosto, las tropas indias atravesaron la línea del armisticio para impedir una nueva infiltración, según la versión oficial. La reacción paquistaní (1 de septiembre) se dirigió contra las vías de comunicación entre la India y Cachemira. A consecuencia de ello, tropas indias atravesaron la frontera internacional de Panjab y dirigieron un ataque contra Lahore. Esta intervención militar, que no había sido precedida de una declaración de

guerra, aunque comportó batallas con carros blindados y ataques aéreos, fue condenada casi unánimemente por la opinión mundial. Los Estados Unidos y Gran Bretaña suspendieron su ayuda militar y económica. Una resolución del Consejo de Seguridad, redactada en términos muy duros, condujo al alto el fuego el 23 de septiembre [13].

A pesar de sus suministros de armas a la India, la Unión Soviética supo adoptar hábilmente el papel de mediador neutral. En la Conferencia de Tashkent (enero de 1966), la India y Paquistán se pusieron de acuerdo en el último momento para normalizar las relaciones, suspender la campaña de difamación y retirar las tropas tras las fronteras. El «espíritu de Tashkent» no sobrevivió al presidente del Consejo de Ministros indio Shastri. La carrera de armamentos prosigue a un ritmo acelerado en ambos países. Paquistán, mucho más dependiente de los suministros de armas extranjeras que la India, piensa que el armamento indio va dirigido exclusivamente contra él, ya que no quiere creer en una amenaza por parte de China.

Mientras el conflicto de Cachemira esté determinado por unas ideologías históricamente superadas, mientras se plantee el problema de la coexistencia, en el subcontinente, de dos naciones, y cada una de ellas endurezca su postura basándose en argumentos puramente jurídicos, no se vislumbrará una solución política.

Pero la nueva grave crisis en el subcontinente no partió de Cachemira, sino de la provincia oriental de Paquistán. Durante la guerra civil en Paquistán oriental, llegaron a la India en 1971 millones de refugiados huyendo del terror del ejército paquistaní. La India exigió, ejerciendo grandes presiones, el regreso de los refugiados y un cambio total de las relaciones en Paquistán oriental. Tras numerosos encuentros fronterizos empezó la guerra con un ataque aéreo del Paquistán sobre aeródromos hindúes (3 de diciembre de 1971). En respuesta a ello, destacamentos hindúes entraron en Paquistán oriental. Según lo que afirmaron los norteamericanos, hubiese sido posible todavía un arreglo diplomático si los hindúes no hubiesen perdido los nervios. Aun cuando pueda considerarse como exagerada la tesis chino-americana de la culpabilidad única de Delhi, no puede haber dudas en que la India persiguió objetivos políticos de poder en la crisis de Bengala. Después de la guerra relámpago de dos semanas, que llevaron a cabo las tropas hindúes, los paquistaníes del este del país fueron obligados a capitular. En la frontera occidental se mantuvo, fundamentalmente, una guerra de posiciones sin claro desenlace.

Las tropas hindúes fueron aclamadas calurosamente por los bengalíes liberados. Así pues, a partir de enero de 1972 fue una

realidad el tercer Estado en el subcontinente: Bangladesh («País de Bengala»), después de que ya en abril de 1971 hubiera sido formado en Calcuta un gobierno provisional. El anterior Paquistán oriental, el nuevo Bangladesh, marcado por la guerra y el terror, con sus 75 millones de habitantes, se enfrentaba a duros problemas, como la reorganización del aparato estatal y administrativo, la reanimación de la destruida economía, la reintegración de los millones de refugiados y el desarme de los bengalíes «combatientes por la libertad» *(mukti-bahini)*. La India prestó eficaz ayuda. El partido gubernamental de Bangladesh fue, desde un principio, la «moderada» Liga Awami («Liga Popular») del jeque Mujibur Rahman. En las primeras elecciones (7 marzo de 1973) obtuvo una indiscutible victoria. La oposición quedó dividida en más de una docena de partidos, entre ellos también los grupos de extrema izquierda por ejemplo, los del anciano Maulana Bashani), quienes luchan no sólo por una revolución nacional, sino también social. La Liga Awami es, al igual que el Congreso indio, un receptáculo de los más diversos intereses y agrupaciones sociales sin una rígida coherencia interna. El factor más fuerte de integración sigue siendo de momento la carismática y paternal figura de Mujibur, el Bangabandhu («Amigo de los bengaleses»), como era su título honorífico. Después de un total de doce años de prisión en las cárceles de Paquistán pasó a ser el primer presidente del consejo de ministros del nuevo Estado. De acuerdo con su constitución, Bangladesh es una democracia parlamentaria. El nacionalismo, la democracia, el socialismo y el secularismo están considerados como los cuatro pilares de su ideología estatal, el «mujibismo». El joven Estado, con sus enormes problemas económicos y sociales, se encuentra en una situación difícil que deja abiertas muchas posibilidades para el desarrollo futuro.

Después de la guerra de diciembre de 1971 se hicieron intentos por encontrar una solución política al conflicto indio-paquistaní. En la conferencia cumbre de Simla (3 de julio de 1972), la India y el Paquistán mutilado acordaron retirarse de los territorios ocupados durante la última guerra, renunciar al empleo de la violencia en el futuro y normalizar sus relaciones. Pero hasta agosto de 1973 no se logró un entendimiento en lo que respecta a las cuestiones humanitarias. Entre éstas figuran la puesta en libertad de los prisioneros de guerra y la disposición de principio para realizar un nuevo intercambio de población en el subcontinente (esta vez: bengalíes en Paquistán por determinados grupos no bengalíes en Bangladesh). Aun cuando se notaba en ambas partes una disposición al compromiso, no puede esperarse, sin embargo, que la desconfianza acumulada pueda disiparse de hoy a mañana.

Las dificultades del nuevo Estado

En 1947 estaba muy difundida entre los políticos indios la opinión de que el Estado de Paquistán no sería viable y volvería pronto arrepentido a los brazos de la India. Hace tiempo que esto demostró ser una equivocación. Pero las dificultades que tuvo que superar en sus comienzos el mayor Estado musulmán de la tierra después de Indonesia fueron grandes[14]. El hambre de los refugiados planteaba en la India problemas locales; en Paquistán, en cambio, era un problema nacional. Uno de cada cinco paquistaníes occidentales era un refugiado. La emigración masiva de la clase media hindú dejó grandes vacíos en la economía, la administración y entre los intelectuales, y el país se vio obligado a conservar en los primeros años muchos funcionarios y oficiales británicos. Mientras que la India heredó del Imperio colonial británico la capital y el aparato del gobierno, Paquistán hubo de crear una capital (primero Karachi, y más tarde Islamabad, cerca de Rawalpindi). En la división, casi toda la industria del subcontinente correspondió a la India. Sólo gracias a un duro esfuerzo y a un notable entusiasmo nacional pudo Paquistán sobrevivir.

Pero cuando se trató no ya de la supervivencia, sino de la forma concreta de gobierno, pronto se desencadenó una crisis duradera. Paquistán tenía algunos políticos capaces, pero con la muerte de Jinnah (1948) y el asesinato de Liaqat Ali Khan (1951) quedó vacante la función de líder carismático, ejercida en la India por Nehru. La caída de los precios del yute y del algodón en el mercado mundial hizo que se tambaleara la economía. Además, los debates en torno a la constitución del nuevo Estado entraron en un callejón sin salida. En tanto que el Congreso indio se había convertido, en el último decenio bajo dominio británico, en cierto modo en un poder político paralelo y estaba preparado personal y organizativamente para la toma del poder, la Liga musulmana se había limitado casi por completo a una táctica de oposición y no había elaborado un programa político, social o económico sólido ni edificado una infraestructura política diferenciada. Sólo el objetivo esencial de un Estado musulmán había alentado a los funcionarios y electores de la Liga. Pero las opiniones sobre cuestiones fundamentales, como por ejemplo la forma que debía asumir un Estado islámico en el siglo XX eran muy diferentes. Se discutía el papel que debía corresponder al Islam en la estructuración del Estado. En este punto, los modernistas y los tradicionalistas no pudieron llegar a un acuerdo durante muchos años [15]. Para ciertos teólogos musulmanes, como A. Maududi, se planteaban pro-

blemas de principio como éstos: ¿podía la religión universal del Islam ser restringida al concepto de un Estado nacional?, ¿cómo y cuándo las leyes estatales existentes habían de coincidir con el derecho canónico islámico *(sharīa)?*, ¿podía el nuevo Estado tener bancos, puesto que el préstamo con intereses estaba prohibido en el Islam?, ¿podía cambiar una decisión mayoritaria democrática las leyes de Dios? Maududi había combatido duramente antes de la independencia el nacionalismo separatista de Jinnah y de otros musulmanes más o menos secularizados. Juntamente con otros eruditos *(«ulamā»)*, se opuso, en los debates sobre la constitución paquistaní, a los múltiples intentos de interpretar nuevamente el Islam a la luz de las necesidades de la vida moderna [16].

El problema de la importancia respectiva de la centralización y la autonomía regional dio también lugar a vivas controversias. Dados los intereses frecuentemente contradictorios de Paquistán oriental y Paquistán occidental, las relaciones entre las dos partes tan diferentes en la lengua [17], el sistema de vida, la estructura social y la historia y distantes entre sí 1.700 kms sin comunicación por tierra fue siempre un problema difícil [18]. Paquistán oriental aportaba al Estado, gracias a la exportación de yute, la mayoría de las divisas, sintiéndose, en cambio, perjudicado por la industrialización y la distribución de los cargos y los fondos públicos con respecto a Paquistán occidental [19]. La aplastante derrota de la Liga musulmana frente a un *United Front* en las elecciones para la asamblea regional de Paquistán oriental en 1954 fue un indicio amenazador. Pero también en Paquistán occidental aumentaron las rivalidades entre los inestables gobiernos provinciales hasta que todo el país fue declarado *one unit* en 1954. Surgieron nuevos partidos cuya historia hasta 1958 es muy oscura, porque nunca tuvieron ocasión de presentarse a unas elecciones generales. El partido comunista, mucho menos activo que en la India, fue prohibido en 1954 y, limitado desde entonces a una actividad clandestina, desarrolló su acción en organizaciones obreras y estudiantiles. En el gobierno central varios gabinetes de coalición cayeron rápidamente después de 1951 [20]. Tensiones entre el gobernador general Ghulam Mohammad y la Asamblea Constituyente condujeron a la disolución de ésta y a la constitución de una nueva (1955). La constitución de la «República islámica de Paquistán», que fue promulgada por fin en 1956, tuvo una breve vida. El continuo aplazamiento de las elecciones parlamentarias, el déficit creciente de la balanza de pagos, la aparición de organizaciones paramilitares agravaron la crisis rápidamente. La administración estaba paralizada por la inseguridad general, la antigua clase dirigente estaba en gran parte corrompida o era

sospechosa de corrupción, los intelectuales de la clase media estaban fraccionados en partidos y camarillas. El ejército representaba la única fuerza capaz de actuar.

El gobierno de Ayub Khan (1958-1969)

El 7 de octubre de 1958, el presidente Iskandar Mirza dejó sin vigor la constitución, prohibió todos los partidos y dio al general Ayub Khan plenos poderes para aplicar la ley marcial. Tres semanas más tarde el ejército derribó al presidente y le envió al destierro. Los militares ocuparon los puestos clave o colocaron en ellos a hombres de su confianza. Los primeros resultados del incruento golpe de Estado fueron pronto evidentes: las mercancías almacenadas llegaron al mercado, los precios cayeron, los impuestos durante muchos años evadidos afluyeron a las arcas del Estado, y los terribles campos de refugiados de Karachi desaparecieron. Sin duda el nuevo régimen ganó en seguida con ello cierta popularidad.

El ejército no había sido en Paquistán un grupo desfavorecido, por lo que tras su golpe de Estado no había una ideología social revolucionaria. En Paquistán occidental la reforma agraria de 1959 redujo ciertamente las fincas de los poderosos terratenientes, que hasta entonces habían sido la clase dominante, pero no afectó a la clase media campesina. El régimen militar quería en primer lugar restablecer el orden y se proponía purificar y estabilizar el Estado. Muchos políticos del régimen precedente fueron «descalificados» por algunos años. Pero Ayub Khan prometió al punto poner nuevamente en manos de los civiles la jefatura del Estado tan pronto como fuera posible. Con todo, el desacreditado sistema de partidos y el parlamentarismo de tipo británico debían ser sustituidos por una forma de democracia que se adaptara a un país con un 80 por 100 de analfabetos.

Un año después de la toma del poder, Ayub Khan publicó el programa de las democracias de base *(Basic Democracies)*. El elector no debía dar su voto a dirigentes de partidos políticos en función de su prestigio: en efecto, hasta entonces le resultaba imposible, en la mayoría de los casos, desenmascarar su política demagógica. Por el contrario, debía realizar el aprendizaje directo de la democracia en el mismo lugar donde vivía y elegir en uno de los 80.000 pequeños distritos electorales una personalidad que mereciese su confianza. Diez de estas personalidades elegidas *(Basic Democrats)* debían formar, con funcionarios nombrados, un Consejo de aldea *(Union Council)* o un Consejo de ciudad *(Town Committee)* según los casos, dotado de plenos poderes para el desarrollo de la economía local y la autoadministración.

Cada una de estas asambleas debía enviar delegados al escalón superior, formando el sistema en total una pirámide de asambleas a cinco niveles [21]. En 1959 tuvieron lugar en Paquistán, de acuerdo con este sistema, las primeras elecciones generales. Después de estas elecciones, en 1960, los consejeros locales *(Basic Democrats)* tuvieron que emitir un voto de confianza en favor de Ayub Khan y confirmarle en sus funciones a fin de que terminara de elaborar la constitución. Los consejeros expresaron su confianza con una mayoría del 96 por 100 de los votos [22] y Ayub Khan fue proclamado presidente de Paquistán.

La segunda constitución de Paquistán, publicada en 1962, intentó sacar las enseñanzas del fracaso de la primera República paquistaní. Se apartaba del modelo británico, daba al Estado la forma de una democracia presidencialista y se preocupaba sobre todo por la estabilidad y capacidad de acción del ejecutivo, que era autorizado a limitar, llegado el caso, las libertades democráticas. Todo el poder ejecutivo recaía en el presidente, elegido indirectamente cada cinco años por el colegio de compromisarios, los *Basic Democrats*. Sus competencias eran amplias, pero estaban definidas con precisión. Ni él ni el Consejo de Ministros por él nombrado eran responsables ante el poder legislativo. Sólo con una mayoría de tres cuartos de la Asamblea Nacional podía ser destituido. Tenía derecho de veto frente a los proyectos de ley del Parlamento, que sólo podía ser anulado con una mayoría de dos tercios. En este caso, le quedaba la posibilidad de celebrar un referéndum. Para demostrar la igualdad de derechos entre Paquistán occidental y Paquistán oriental, Dacca era declarada la sede de la Asamblea Nacional, y el bengalí era adoptado como lengua nacional junto al urdu (también el inglés seguía siendo durante diez años lengua oficial).

Por lo que se refiere al lugar de la religión, sólo se hablaba en general del *Islamic way of life*. El presidente debía ser ciertamente musulmán, pero el adjetivo «islámico», presente en la constitución de 1956, no se recogía en la nueva definición del Estado. Existía un *Council of Islamic Ideology*, pero debía tener sólo una función consultiva en la elaboración de las leyes. El presidente hablaba con frecuencia del Islam, pero en términos a menudo laicos, como caridad, fraternidad o justicia.

Las primeras elecciones para el Parlamento central y las dos Asambleas regionales (1962) tuvieron un resultado sorprendente: los compromisarios eligieron a muchos de los políticos del régimen anterior. En la Asamblea de Paquistán occidental fueron elegidos sobre todo los grandes y los medianos terratenientes; en Paquistán oriental, donde las grandes fincas ya habían sido divididas, intelectuales. Ayub Khan no había conseguido atraerse a

nuevas fuerzas dirigentes que estuvieran dispuestas a asumir la responsabilidad política. Una de las primeras exigencias de la nueva Asamblea legislativa fue también entonces la readmisión de los partidos. De mala gana se resignó el presidente e ingresó personalmente en la *Pakistan Muslim League*, que desde entonces fue el partido más fuerte del país. Entre las demás agrupaciones políticas pronto aparecieron nuevamente los antiguos antagonismos. Al frente de la oposición contra Ayub Khan estaba el antiguo primer ministro H. S. Suhrawardy, quien desde 1963 intentaba agrupar un *National Democratic Front*. Después de su muerte, la heterogénea oposición —que abarcaba desde los Mullas tradicionalistas hasta los intelectuales secularizados— se reagrupó en torno a Fatima Jinnah, la anciana hermana del fundador del Estado, y la presentó en 1964 como candidata a la presidencia. En su campaña electoral abogó por el restablecimiento del sufragio universal y la supresión de la «dictadura». Con todo, Ayub Khan fue reelegido con el 63 por 100 de los votos. El electorado de F. Jinnah residía en Bengala oriental, donde Ayub Khan obtuvo sólo el 53 por 100 de los sufragios, y sobre todo en las grandes ciudades.

Mientras que antes de 1958 Paquistán era considerado por muchos países no-alineados como un satélite de los Estados Unidos, su política exterior se hizo más flexible bajo Ayub Khan. La ayuda militar americana a la India (desde 1962) creó tensiones entre los miembros de la SEATO [23]. Ya anteriormente había empezado una cautelosa aproximación de Paquistán a Pekín. Sus frutos fueron acuerdos comerciales y culturales. Además China comenzó a suministrar armas a Paquistán, aunque en pequeña cantidad, y en 1963 firmó un acuerdo sobre delimitación de las fronteras en el que se intentaba no comprometer la solución del problema de Cachemira [24]. Al menos desde la Conferencia de Tashkent habían mejorado también las relaciones con la Unión Soviética, si bien Moscú continuó apoyando las tesis indias con respecto a Cachemira. Como Paquistán seguía dependiendo de la ayuda financiera americana, Ayub Khan hubo de mantener un difícil equilibrio entre Moscú, Washington y Pekín a fin de que su país permaneciera al margen del conflicto entre las grandes potencias.

En política interior, Ayub Khan parecía estar firme en los estribos, aunque la oposición no había enmudecido. Los grupos conservadores se oponían a su legislación sobre la familia, a la restricción de la poligamia y a los programas de control de la natalidad. En Paquistán oriental, donde el cuerpo de oficiales apenas estaba representado y gozaba de pocas simpatías, se hablaba en ocasiones de aspiraciones separatistas. El más duro crítico de

Ayub Khan era su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Z. A. Bhutto, destituido en 1966, cuyo postulado de un «socialismo islámico» y de un acercamiento más estrecho a China encontraba eco sobre todo en los intelectuales jóvenes.

Con todo, de momento no se ofrecía una auténtica alternativa de Ayub Khan. Su gobierno tenía en su haber unas realizaciones que no era posible ignorar. Las tasas de crecimiento de la economía eran en los últimos años más elevadas y más constantes de lo que habían sido con anterioridad. Se perfilaba una tendencia a la economía de mercado [25]. En el marco de los planes quinquenales la economía privada tenía un campo de acción más libre que en la India. Ayub Khan podía contar con el apoyo de eficaces funcionarios profesionales y del cuerpo de oficiales. En cualquier caso, en Paquistán no gobernaba una «dictadura militar teocrática», como afirmaban muchos periódicos indios. El régimen militar había sido reemplazado luego de cuatro años por un régimen constitucional que admitía partidos de oposición y tribunales independientes. A pesar de su papel dominante en la vida política, el presidente quería «aliar la democracia a la disciplina» [26].

La caída de Ayub Khan

El régimen de Ayub Khan se hundió bruscamente. Todavía es difícil comprender cómo pudo el país llegar al borde del caos en pocos meses. La crisis empezó con agitaciones estudiantiles en noviembre de 1968, poco después de que Ayub festejará el décimo aniversario de la fundación de su régimen. Varios partidos de la oposición, hasta entonces fraccionada, se agruparon en un «Centro de acción democrática». Un antiguo oficial del ejército del aire, el mariscal Asghar Khan, muy popular se puso abiertamente del lado de los enemigos de Ayub. Manifestaciones de masas acusaron de corrupción al régimen y reclamaron más democracia, libertad de prensa y el restablecimiento del sufragio universal directo. Los conflictos sociales provocaron varias huelgas generales. Era evidente que el crecimiento económico había favorecido sólo a una pequeña capa de la población. En Paquistán occidental empezaron a manifestarse tendencias particularistas en diferentes regiones. Pero, sobre todo, la agitación autonomista tomó formas peligrosas en Paquistán oriental. Aquí la situación era tanto más precaria cuanto que en el vecino Estado federal indio de Bengala occidental unas elecciones parciales habían llevado al poder a una mayoría comunista pro china.

Ayub pareció sorprendido por el alcance de la oposición. No reaccionó con dureza, sino que trató de transigir con la oposición.

Levantó el estado de excepción existente desde 1965, prometió una modificación del sistema electoral y renunció a ser nuevamente candidato a la presidencia. Relevantes políticos de la oposición fueron puestos en libertad, entre ellos Bhutto, que había sido detenido como supuesto organizador de las agitaciones estudiantiles. Pero tales concesiones no aportaron la tranquilidad. En todas partes, sobre todo en Paquistán oriental, la situación se hizo cada día más confusa. Se produjeron linchamientos y otros excesos que llevaron al país al borde de la guerra civil. Según parece, el ejército no estaba ya al lado del presidente. El 25 de marzo de 1969, Ayub tuvo que confesar que no era ya dueño de la situación. Dimitió y entregó el poder al comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Yahya Khan, quien poco después se nombró a sí mismo presidente. Se impuso la ley marcial, la constitución fue parcialmente suspendida. En diciembre de 1970, las primeras elecciones libres en Paquistán deberían devolver al país el orden parlamentario y democrático. Pero ese intento de democratización condujo al Estado al borde del abismo. Las elecciones trajeron en Paquistán oriental una victoria casi total de la autónoma Liga Awami sobre el jeque Mujibur Rahman, quien consideraba a su patria explotada «colonialmente» por Paquistán occidental. En Paquistán occidental ganó las elecciones Bhutto (nacido en 1928) con su *People's Party*. Pero, como hombre del centro, no estaba dispuesto a entregar la dirección de todo el Estado a Mujibur y la Liga Awami, desde ese momento el partido más fuerte. Durante la prueba de fuerza política se hicieron cada vez más agudas las tendencias separatistas del nacionalismo bengalí. Se produjeron sangrientos ataques contra paquistaníes orientales no bengalíes. Tras vanos intentos de Yahya Khan por actuar de mediador entre Bhutto y Mujibur, el ejército paquistaní contraatacó (25 de marzo de 1971) en forma más sangrienta todavía. Noticias de atrocidades y «genocidios» en Bengala oriental circularon por la prensa mundial. La Liga Awami fue prohibida, y Mujibur detenido y llevado a Paquistán occidental. El problema de los refugiados y las simpatías hindúes por Mujibur llevaron a un plano internacional la crisis estatal de Paquistán.

Con la perdida guerra y el derrumbamiento de Paquistán se puso punto final al sueño de un Estado musulmán en el subcontinente. La ideología religiosa estatal ha demostrado su ineficacia como *nationbuilding*.

Tras la dimisión de Yahya Khan, Bhutto, como su sucesor en la presidencia, intentó extraer las consecuencias de la derrota con una política pragmática. Mujibur fue puesto en libertad y se siguió el camino de las negociaciones con la India.

Como los amigos de Paquistán, EE. UU. y China, no pudieron

impedir la catástrofe, Bhutto dirigió cada vez más su política exterior hacia el Asia occidental, en especial el Irán.

La reorganización interna de Paquistán concluyó temporalmente en la nueva constitución que fue aprobada en abril de 1973 por la Asamblea Nacional (elegida ya en 1970), también con los votos de la oposición, y que entró en vigor el 15 de agosto. Con ella realiza Paquistán un intento por regresar de nuevo a una democracia parlamentaria y apartarse del sistema presidencialista. En manos del presidente del consejo de ministros —el primero en ocupar tal cargo fue Bhutto— se concentra un enorme poder. Sólo puede ser derrocado por un especial voto de censura. En la constitución se procura en verdad lograr un equilibrio entre el gobierno central, con sede en Islamabad y los gobiernos provinciales. Pero la agitación política en los bastiones de la oposición contra Bhutto, en Beluchistán y entre los pathanes de la provincia fronteriza nordoccidental —el partido más fuerte de la oposición es el *National Awami Party*, dirigido por Wali Khan— muestra que todavía no puede preverse el fin de las dificultades en política interior y de la crisis de identidad del Paquistán.

III. LA UNION INDIA

Nehru, el Congreso y el funcionamiento de la democracia india

La constitución india entró en vigor el 26 de enero de 1950, luego de debates que duraron tres años [27]. La constitución evitaba todo experimento revolucionario y no respetaba el testamento de Gandhi, que recomendaba fundamentar la organización del Estado en un Consejo de aldea *(Panchayat)* y hacer de la India una federación de repúblicas de aldeas autónomas. Los desórdenes provocados por la división fomentaron la preocupación por la estabilidad de la Unión así como la inclinación a conservar la herencia del gobierno y la administración británicos, la estructura del sistema estatal otrora combatido. Así la constitución de 1950 recogía muchos detalles importantes, así como la concepción general de la de 1935 [28] y contrarrestaba la autonomía de los Estados con un fuerte poder central. Las competencias del presidente de la Unión y de los gobernadores de los Estados, incluidos sus plenos poderes para proclamar el estado de excepción, se definían aproximadamente como en 1935. También la posición de los altos funcionarios se garantizaba expresamente en la constitución según el ejemplo de 1935. Así el espíritu de élite y de cuerpo del antiguo *Indian Civil Service* se transmitía en herencia al actual *Indian Administrative Service*. Sin este cuerpo de altos funcionarios no hubieran podido llevarse a cabo tareas administrativas tan gigantescas como la integración de los principados en la

Unión, la nueva división del país en Estados lingüísticos o la organización de las elecciones democráticas más grandes de la historia. Lo poco que pasó a la constitución de los programas elaborados por el Congreso durante la lucha por la independencia, encontró su puesto en la lista de derechos fundamentales, que, no obstante, en casos de excepción podían ser fuertemente restringidos, y en los principios fundamentales de gobierno *(directive principles)*.

La democracia parlamentaria ha mostrado en la India hasta la fecha una estabilidad que difícilmente se encuentra en los países en vías de desarrollo, y ello a pesar de las tremendas dificultades económicas, de la miseria social, del hambre, de la superpoblación, y de muchos peligros que amenazan a la unidad nacional. El más importante pilar de la continuidad política ha sido hasta hoy el Congreso. Hasta 1967 jamás había estado seriamente en peligro su mayoría en el Parlamento de la Unión y en las asambleas de los Estados, si se exceptúa la de Kerala. Aunque su porcentaje de votos electorales oscilaba solamente en torno al 45 por 100, en virtud del sistema electoral mayoritario obtenía con él alrededor del 70 por 100 de los escaños, porque la oposición estaba fraccionada. Ciertamente, el Congreso nunca había sido, en toda su historia, un partido unitario. Incluia tanto a hindúes conservadores como a intelectuales laicos; tanto a partidarios de una rigurosa economía planificada como a defensores de una política de *laissez faire*. Conflictos y escisiones internos habían debilitado con frecuencia al Congreso, pero sin amenazarle decisivamente [29]. Más bien el partido estaba llamado a ser, por decirlo así, un reflejo de toda la India, y a impulsar una política de equilibrio y conciliación entre los muchos intereses particulares. En esto Nehru demostró ser un maestro en el arte del arbitraje. Sólo una vez su gran rival del ala derecha, V. Patel, logró disputarle la jefatura del partido. Pero después de la muerte de Patel (1950), Nehru se convirtió en presidente del Congreso y reunió en sus manos durante años la jefatura del partido y la del gobierno. La supervivencia de la Unión parecía estar tan vinculada a su persona que se planteaba una y otra vez la pregunta *«after Nehru, who?»*. Sin embargo, el Congreso resolvió este problema en 1964 y en 1966, con la elección de L. B. Shastri y de Indira Gandhi para la jefatura del gobierno, más rápida y pacíficamente de lo que muchos habían esperado [30].

El problema agrario

La base social del Congreso está predominantemente formada por el mundo urbano de los negocios y la clase media campesina.

Este hecho y la necesaria política de equilibrio impedían una intervención radical en la estructura económica y agraria. Ya en 1938 se había formado una comisión del Congreso para la planificación. Después de la independencia se insistió de nuevo en el principio de la planificación económica para combatir la pobreza de las masas, pero el sistema de la economía mixta defraudó las esperanzas socialistas. El Congreso insistió en la nacionalización de la industria mucho menos de lo que se había esperado. En 1955 se pronunció explícitamente por un *socialistic pattern of society,* pero conservó su flexibilidad sin comprometerse mediante una definición precisa de lo que entendía por socialismo. En los diez primeros años de economía planificada, el porcentaje del sector nacionalizado en la renta nacional aumentó sólo alrededor del 3 por 100 [31]. La iniciativa de los empresarios privados ha seguido siendo vital, no obstante el estricto control estatal de las divisas, las importaciones, la explotación de la energía y los transportes. Mientras que el primer plan quinquenal (desde 1951) se consideró un éxito, los ambiciosos proyectos de industrialización [32] de los siguientes planes tropezaron con grandes dificultades. La falta de divisas obligó a la India a recurrir a la ayuda económica extranjera. En medio de la competencia entre Oriente y Occidente, la Unión Soviética en Bhilai, Gran Bretaña en Durgapur y la República Federal Alemana en Rurkala, construyeron acerías por cuenta de la empresa estatal *Hindustan Steel.* La producción anual de acero de la India ascendió, entre 1947 y 1965, de dos a cinco millones de toneladas. Con todo, desde 1957 la economía no ha alcanzado nunca los objetivos de los planes. Ha sido necesario aplicarlos flexiblemente y adaptarlos a la realidad. A pesar de la expansión industrial, la renta *per capita* no ha aumentado esencialmente a causa del fuerte crecimiento de la población. Las huelgas son frecuentes y el paro, total o parcial, muy elevado.

El peor problema económico, como en Paquistán, sigue siendo la alimentación. La irregularidad de los monzones provocó graves crisis e hizo necesarias medidas de ayuda internacional, no obstante la ampliación de la superficie cultivable y los programas destinados a aumentar los rendimientos [33]. La situación en las aldeas, donde vive alrededor del 80 por 100 de la población india, no ha cambiado radicalmente con las nuevas reformas. Desde los años veinte, las asociaciones de campesinos *(kisān-sabhā),* de inspiración socialista o comunista, habían pedido la expropiación de los grandes terratenientes *(zamīndār).* Pero después de la dependencia se evitó toda reforma agraria radical, a la que antes se habían mostrado favorables muchos políticos del Congreso. Ciertamente los grandes propietarios *(landlords)* fueron expropiados e

indemnizados en virtud de las leyes de los diversos Estados, pero esto no produjo grandes cambios estructurales porque los límites fijados para la superficie de los latifundios eran bastante altos y, además, su tamaño real podía encubrirse fácilmente mediante la transferencia ficticia de tierras a miembros de la familia. Las tierras expropiadas pasaron a manos del Estado. Las condiciones de crédito hacían muy difícil su adquisición por particulares, ya que las cargas que pesaban entonces sobre ellos eran casi tan fuertes como las del antiguo arrendamiento. Como la propiedad de las clases medias campesinas, políticamente influyentes, no se vio afectada, apenas cambiaron, en la mayoría de los casos, las antiguas relaciones de dependencia de los arrendatarios. La reducción legal de los cánones de arrendamiento al 25-30 por 100 de la cosecha (frente al 50-60 por 100 anterior) ha mejorado sin duda la suerte de los arrendatarios [34], aunque deben existir todavía muchos contratos verbales sometidos a cánones ilegales. Pero, evidentemente, las cantidades que las nuevas leyes sobre arrendamientos permitían ahorrar no fueron invertidas de ordinario en la agricultura, sino consumidas por las familias en rápido crecimiento. Los programas del gobierno para el control de la natalidad han tenido poco éxito hasta la fecha, especialmente en el campo.

Desde el segundo plan quinquenal, los capitales nacionales y extranjeros se dedicaron preferentemente a la industria, incluida la de armas. La organización del crédito agrícola, por el contrario, es insuficiente; la producción agrícola está estancada por falta de capitales y el objetivo del autoabastecimiento de la India previsto para el tercer plan no se alcanzó. Como sucede siempre en tales situaciones, se produjeron acaparamientos de víveres y especulaciones de precios, en tanto que el gobierno se esforzaba por mantener bajo el nivel de precios de los productos alimenticios mediante importaciones.

El programa de explotación de la tierra en forma de cooperativas voluntarias recomendado en la asamblea del Congreso de Nagpur (1959) ha encontrado hasta ahora poco eco en los campesinos. Entre otros esfuerzos por mejorar la situación en el campo, hay que citar especialmente el programa iniciado en 1952 con ayuda americana para el desarrollo de las comunidades rurales (*Community Development*), que aspira a elevar el nivel de vida de las aldeas mediante una cooperación técnica y una ayuda práctica. A pesar de algunos innegables éxitos, cabe preguntarse hasta qué punto los grupos de expertos agrícolas y de funcionarios especialistas en desarrollo bastará para inducir a los campesinos a introducir innovaciones, y sobre todo a producir más de lo necesario para la manutención de su propia familia.

Un intento de promover el espíritu de iniciativa y el sentido de

responsabilidad de la aldea y de otorgarle más poder de participación, es el sistema del *Panchayati Raj*, introducido en todos los Estados federales a partir de 1959 de acuerdo con la constitución de la Unión. La India quiere con ello entroncar con las tradiciones de la autoadministración local que existían en la época anterior a la dominación británica, y restablecer el «tribunal de cinco hombres» *(Panchāyat)*. Según la actual reglamentación india, la aldea elige un Consejo de aldea *(Panchāyat)*; los presidentes de varios Consejos de aldea forman un Consejo de bloque *(Samiti)*, y varios de tales bloques se agrupan en un Consejo de distrito *(Zilla Parishad)*. Estas corporaciones locales, diferentes en cada uno de los Estados federales, tienen la misión de distribuir los fondos públicos, por ejemplo, para construir escuelas, establecimientos sanitarios, caminos y pozos. Los efectos de esta descentralización, en la que se ponen grandes esperanzas en la India, no se pueden juzgar todavía con seguridad.

De manera muy distinta de todas las medidas estatales, Vinoba Bhave más fiel al espíritu de Gandhi, intentó en 1951 mitigar la miseria de la aldea india dentro de una concepción visionaria de un futuro ordenamiento social basado en la justicia. Renunciando a toda organización, iba de aldea en aldea y pedía a los terratenientes la donación de la tierra *(bhūdān)* a sus trabajadores. Su movimiento, muy admirado y también muy ridiculizado, naturalmente, sólo ha podido aportar una ayuda eficaz en casos particulares.

La agitación lingüística

Duras preocupaciones depararon al gobierno central las tendencias centrífugas dentro de la Unión que se manifestaron desde el comienzo de los años cincuenta. Ningún otro problema ha suscitado en la India discusiones tan apasionadas como el de las lenguas. Los tres antagonistas en esta disputa son el hindi, el inglés y los *regional languages*. Mientras que, desde el siglo XIX, una pequeña élite pudo, gracias a su formación inglesa, superar el obstáculo de la diversidad lingüística en la India y se constituyó en portavoz de toda la India, con el movimiento de liberación nacional comenzó un retorno consciente a la lengua materna. Se editaron periódicos en las lenguas regionales y aparecieron en la India nuevos géneros literarios como la novela, el cuento y el ensayo. La floreciente literatura en las nuevas lenguas indias en los últimos decenios se interesó frecuentemente por los temas de la crítica social y de la historia contemporánea y ofrece a los historiadores importantes testimonios, todavía poco conocidos, de la concepción que la India espiritual tiene de sí misma [35].

La nueva división del aparato del Congreso de acuerdo con las zonas lingüísticas robusteció la dinámica política de las lenguas regionales.

Pero después de la independencia, el gobierno central vaciló en fijar las nuevas fronteras de los Estados según criterios lingüísticos, por miedo a conflictos territoriales, problemas de minorías y desarrollo de un patriotismo provincial. A consecuencia de ello, empezó una intensa agitación en las provincias plurilingüísticas de la India meridional y central. Cuando en Andhra el líder del movimiento en pro de la creación de un Estado de lengua telugu murió como consecuencia de una huelga de hambre y estallaron desórdenes, Nehru cedió. En 1956 se promulgó la ley sobre la creación de Estados lingüísticos *(linguistic states)*. El intento de dejar intacta la antigua provincia de Bombay, fracasó. Luego de un sangriento enfrentamiento, hubo que dividirla, en 1960, en los nuevos Estados de Maharashtra y Gujarat. En 1966 se realizó por fin la división de Panjab que los sikhs pedían desde hacía años, la cual les deparó un Estado federal propio de lengua panjabí. El Estado de Assam se vio afectado por rebeliones separatistas de las tribus de la frontera oriental (Naga, Mizo) y por graves disturbios provocados por la presencia de una minoría de lengua bengalí. Sólo la existencia de la amistosa Bangladesh supuso un alivio para el orden político del nordeste de la India, hasta entonces aislado.

La atmósfera política de los años cincuenta reveló un chauvinismo lingüístico que en la India se denomina *linguism*. Grandes sectores de la prensa provincial, panfletos, e incluso libros escolares se complacían en la exaltación de su propia lengua y de la historia regional, lo que rara vez acababa sin la denostación de una provincia vecina. No siempre se podía distinguir en ello lo necio de lo peligroso [36]. Estos particularismos lingüísticos fomentaban a veces el separatismo, sobre todo en la India sudoriental, donde el partido *Dravida Munnetra Kazhagam* (DMK) luchó durante años por un Estado dravídico independiente [37]. Por otra parte frecuentemente el idioma es el pretexto de otros intereses particulares. Los drávidas del sur temen la penetración de la civilización aria del norte. En todos los Estados lingüísticos es habitual reservar los cargos de la administración a los que hablan la lengua local. En Maharashtra, ha causado mucho daño en los últimos tiempos la *Shiv Senā*, una organización militante que intenta excluir de los cargos públicos a los indios del sur. Las nuevas fuerzas, procedentes ahora de la clase media baja, pequeños comerciantes y empleados, que controlan las organizaciones locales del Congreso, están vinculadas a su región y a su lengua mucho más fuertemente y pierden de vista el contexto nacional

con más facilidad que la generación que llevó a cabo la lucha por la independencia. Las rivalidades entre los Estados de lengua diferente han intensificado incluso la crisis de aprovisionamiento, ya que la política agraria cae bajo la competencia de los Estados federales y los que disponen de excedentes se niegan a veces a suministrar víveres a otras regiones de la Unión que lo necesitan.

Pero no se puede ignorar que a estas tendencias centrífugas se oponen también considerables fuerzas contrarias. Un Estado lingüístico no forma habitualmente un frente unido contra el gobierno central, ya que él mismo tiene que resolver un buen número de luchas intestinas. El gobierno central posee además amplios poderes para intervenir en los asuntos internos de un Estado. Desde 1966 dispone incluso de una ley que le autoriza a proceder contra la propaganda separatista. La creciente interdependencia económica de los diversos Estados de la Unión, y la distribución de los fondos a través de la comisión central de planificación representan asimismo fuerzas centrípetas. Con todo, muchos indios siguen temiendo la «balcanización emocional» del país [38]. Muchos critican hoy que en 1950 se dejara la educación —como en 1935— a cargo de los Estados federales. Así, el gobierno central dispone de pocos medios para influir en que los niños indios no sólo sean instruidos en su lengua materna, sino que también aprendan un idioma obligatorio, el hindi o el inglés, o los dos.

En los debates de 1949 sobre la constitución se había tomado la decisión de sustituir en un plazo de quince años el inglés como lengua oficial por el hindi, por una mayoría de un voto. Como el hindi, al igual que las demás lenguas regionales, no había sido empleado hasta entonces ni en la ciencia ni en la administración modernas, hubo de suplir la falta de una terminología técnica con la ayuda de neologismos creados a partir del sánscrito [39]. Las probabilidades de éxito de esta fabricación de palabras, en la que por otra parte cada uno de los Estados federales sigue frecuentemente caminos propios, siguen siendo inciertas. Además, rápidamente demostró ser vana la esperanza de que en quince años se difundiría suficientemente el conocimiento del hindi entre todos los indios. Especialmente en la India meridional creció la oposición contra el «imperialismo del hindi», acusado de querer convertir en ciudadanos de segundo orden a todos aquéllos cuya lengua materna no fuera el hindi. A favor del inglés se argumentaba que era un idioma neutral para la India que todos debían aprender primeramente, sin que por ello la Unión, como en el caso del hindi, se identificara con una de sus regiones. El Parlamento intentó impedir que 1965 se convirtiera en el año de la crisis lingüística y a este fin, después de apasionados debates,

decidió en 1963 que incluso después de 1965 el inglés, como segunda lengua oficial, podía emplearse en las relaciones entre el gobierno central y los Estados. A pesar de ello, en 1965 se produjeron, especialmente en Madrás, episodios sangrientos. Desde entonces está a la orden del día que fanáticos del hindi quemen libros ingleses o destrocen carteles con inscripciones en inglés en el norte de la India, en tanto que en Madrás los estudiantes asaltan los cines en que se proyectan películas en hindi. Están todavía en estudio numerosas propuestas para establecer en la administración y enseñanza una relación razonablemente equilibrada entre el hindi, el inglés y las lenguas regionales [40]. Con todo, las lenguas regionales parecen ganar terreno en todas partes. Si llegaran a desbancar al inglés también en la enseñanza universitaria, no obstante la falta de libros de texto, disminuirá considerablemente la movilidad de los estudiantes y de los profesores. Así pues, el peligro del provincialismo amenaza a las universidades de la India. Suponiendo, en el peor de los casos, que se rompa el lazo unificador del inglés y que el hindi no pueda imponerse, los idiomas regionales resultarían vencedores en el conflicto lingüístico. Pero incluso en este caso podrían encontrarse nuevas formas de coexistencia en el seno de la Unión. Ya han vaticinado muchos profetas el fracaso de la Unión India, pero hasta ahora la historia no les ha dado la razón.

El Estado «laico» y sus adversarios

Bajo el punto de vista de la unidad nacional hay que contemplar también la idea de Nehru de un Estado «laico» [41]. No sólo era la antítesis del particularismo religioso que acarreó a la India en 1947 las conmociones de la división, sino que también planteaba el principio de un Estado que debía, gracias a su carácter tolerante y apaciguador, estar por encima del espíritu de casta y de los intereses particulares [42]. La enseñanza religiosa está prohibida en las escuelas del Estado [43], pero Nehru no podía pensar en eliminar de la vida política el hinduismo. Como sólo rara vez ha producido el hinduismo en su historia importantes creaciones políticas, el nacionalismo hindú vive no tanto de recuerdos políticos como de tradiciones culturales y religiosas. Nación, cultura y religión son todavía hoy para muchos hindúes conceptos inseparables. A menudo influencias exteriores, especialmente del cristianismo, han sido integradas en la tradición cultural hindú.

El Estado «laico» sólo podía tratar de modernizar y reformar las costumbres de los hindúes con mucha prudencia. Esto sucedió, por ejemplo, con la reforma del derecho familiar hindú

(Hindu Code Bill) que suscitó durante años vivas controversias, especialmente con respecto a la igualdad de derechos de la mujer. Otras leyes están encaminadas a favorecer a los antiguamente «intocables» y a otras *backward communities*. Según un sistema de cuotas se les reservan puestos en las escuelas y en los cargos públicos. Esta práctica ha tenido a veces curiosas consecuencias: ciertas personas que antes jamás habrían declarado pertenecer a estos grupos sociales han pretendido beneficiarse de estas medidas de ayuda a los «desheredados».

La transformación de un orden social dividido muy jerárquicamente en una sociedad de masas igualitaria, avanza sólo con lentitud. En la sociedad de castas se pueden distinguir dos corrientes opuestas: por una parte, el retorno al antiguo *(sanskritization)* y, por otra, tendencia a la occidentalización [44]. Sobre todo fuera de las grandes ciudades y en el sur de la India, la casta ha sido un importante elemento de la vida política. Sólo rara vez las castas fundan partidos propios, pero frecuentemente invitan a sus miembros a apoyar a partidos existentes. Incluso los políticos que condenan públicamente el espíritu de casta, no pueden permitirse el lujo de ignorar las agrupaciones de casta en la designación de candidatos electorales. Con ello la infraestructura política se hace más compleja y difícil de comprender.

Parece que después de la muerte de Nehru, las fuerzas contrarias al Estado «laico» saltan nuevamente con más ímpetu a la palestra. Pudieran ser indicios de ello las victorias electorales del *Jan Sangh*, y los sangrientos disturbios de Delhi (noviembre de 1966) para obtener la aprobación de una ley federal que prohibiese matar vacas [45]. Relevantes políticos del Congreso como L. B. Shastri, M. Desai, G. L. Nanda o N. K. Kamaraj estaban o están mucho más próximos a la tradición hindú de lo que lo estaba Nehru con sus modales de hombre de mundo. Pero la elección en 1967 de un musulmán, Zakir Husain (muerto en 1969), como presidente de la Unión fue probablemente un indicio de que la India sigue fiel a la idea de un Estado tolerante.

Debilidad y heterogeneidad de la oposición

En las elecciones indias, en las que hasta ahora ha participado, por término medio, algo más del 50 por 100 de la población, interviene un gran número de partidos regionales y de candidatos independientes. El Parlamento *(lok-sabhā)* sigue estrictamente el modelo británico. Su principal defecto real es la débil oposición, cuyo papel ejercen en gran medida los grupos enfrentados en el seno del Congreso y a veces también las fuerzas extraparlamenta-

rias. Así las malas condiciones de estudio en las universidades fuertemente masificadas, la inseguridad social y las sombrías perspectivas profesionales han provocado con frecuencia en los últimos tiempos protestas estudiantiles.

El partido comunista (CPI) constituye desde 1957 la mayor fuerza de la oposición en el Parlamento. En las cuatro elecciones habidas de 1952 a 1967 consiguió 16, 27, 29 y 42 escaños, respectivamente, frente a 364, 371, 361 y 281, respectivamente, el Congreso. Sin embargo, el partido comunista no ha alcanzado hasta la fecha la fuerza que hubiera sido de esperar de un país donde la miseria de las masas es tan grande. No ha conseguido más que los demás partidos convertirse en portavoz de las silenciosas y desposeídas masas de trabajadores del campo. Sólo aisladamente ha tenido éxito en el campo, sobre todo en Andhra, donde en los conflictos de casta tomó el partido de la clase media campesina y fue apoyado por los campesinos acomodados [46]. El CPI fue desgarrado frecuentemente por luchas intestinas de carácter ideológico. Sus relaciones con la burguesía del Congreso han dependido a menudo de las fluctuaciones de la política soviética con respecto a la India. Gandhi y Nehru, considerados primeramente como «reaccionarios» y «traidores al pueblo indio» por el CPI, se convirtieron más tarde en «patriotas progresistas» [47]. El elevado endeudamiento exterior de la India era para unos la sumisión de la economía a Wall Street, y para otros, en cambio, un mal necesario sin el que no se podía ampliar la base industrial. Después de su participación en rebeliones locales campesinas, el CPI adoptó una línea de acción dentro de la legalidad constitucional a principios de los años cincuenta. Fue uno de los más fervientes partidarios de la formación de Estados lingüísticos y obtuvo sus mayores éxitos cuando consiguió despertar el patriotismo regional o basarse en él. Así en 1957 pudo formar un gobierno de mayoría comunista presidido por el influyente brahmán E. M. S. Nambudiripad, en Kerala, Estado con una estructura de castas especialmente complicada, muchos cristianos, un gran proletariado intelectual y una débil organización local del Congreso. Pero cuando quiso cambiar demasiadas cosas a un tiempo e intentó poner bajo el control del Estado las escuelas hindúes y cristianas, la oposición se levantó. Hubo de intervenir Delhi, el gobierno fue depuesto y el Estado sometido a la *President's rule* («Proclamación de la autoridad del Presidente»), como sucedió de nuevo en 1965-1967, ya que la siguiente coalición, de la que estaban excluidos los comunistas, también fracasó.

Fuera de los Parlamentos la influencia comunista abarca especialmente los sindicatos como el *All India Trade Union Congress* (AITUC), las asociaciones como la *All India Progressive Writers'*

Association y las numerosas sociedades culturales indo-soviéticas.

El conflicto con China y las tensiones en el movimiento comunista internacional condujeron en 1964 a la escisión del CPI en un partido prosoviético y otro prochino, que se denomina *CPI (Marxist)*. Mientras que el PCI de «derecha» en torno a S. A. Dange tiene su centro en Bombay, los baluartes de los prochinos son Bengala, Kerala y Andhra. Aunque el gobierno ha hecho detener «preventivamente» muchas veces a miembros del CPI prochino acusados de ser agentes de Pekín, el éxito del partido en las elecciones de 1967 fue apenas menor que el CPI prosoviético. Pero ya se señalan conflictos dentro de su seno. En Kerala, Nambudiripad, como jefe de una coalición, debe actuar mucho más cautelosamente que los radicales en Bengala. Por eso se le acusó de «neo-revisionismo», en tanto que la prensa de Pekín saludó las rebeliones de trabajadores del campo en el norte de Bengala en 1967 como ejemplo de una auténtica lucha de liberación [48].

Los que constituyen el grupo de oposición más importante después del CPI, se separaron del Congreso en 1948, y han perdido votos continuamente en las elecciones hasta 1962. En varias ocasiones, se han reagrupado de distintas formas y bajo nombres distintos (últimamente como *Prajā Socialist Party* y «Socialistas Unificados»). Les ha resultado difícil distinguirse de los comunistas y el Congreso, que también se declaraba partidario de una forma de sociedad socialista. Socialistas relevantes como J. Narayan, que recoge la idea de Gandhi de una «democracia desde abajo» sin partidos, J. B. Kripalani o Ashok Mehta, han seguido en los últimos años sus propios caminos.

A la derecha del Congreso, los dos partidos de oposición más importantes son la *Jan Sangh* (desde 1951) y el partido *Svatantra* (desde 1959), que en las últimas elecciones han ganado muchos votos. Ambos tienen poco en común. La *Jan Sangh* («Alianza Popular»), representada hoy por 35 escaños en la Cámara baja, niega ciertamente ser un partido hindú «comunitario», pero se asemeja en mucho a la antigua *Hindu Mahāsabhā*. A la vez nacionalista y fanático, reprocha al gobierno su política de conciliación para con los musulmanes y Paquistán y simultáneamente reclama con especial energía un armamento atómico para la India. Los manifestantes contra la visita del Papa a la India y los agitadores que piden que se prohiba matar vacas guardan en gran parte una vinculación con este partido que, como ferviente defensor del hindi, está limitado preponderantemente a los Estados del norte de la India, aunque su evolución será de tener en cuenta en el futuro.

El partido *Svatantra* («Partido de la Libertad»), fundado por un antiguo político del Congreso, Ch. Rajagopalachari, muy popular en el sur de la India, intenta una unión de las fuerzas liberales y conservadoras. Se vuelve contra la política del gobierno que da preferencia al sector público en lo que respecta a la inversión de los fondos del Estado y contra el creciente control estatal y la burocratización de la vida económica [49]. En las elecciones de 1967 obtuvo en la Cámara baja 42 escaños, es decir, tantos como los dos grupos comunistas juntos.

El neutralismo activo: del no-alineamiento al «bi-alineamiento»

En política exterior, la India consiguió bajo Nehru un prestigio y un peso internacionales superiores a los que habrían correspondido a su potencial económico-militar. La política de no alineación debía significar no sólo neutralidad, sino también —como repercusión de la conciencia mesiánica del nacionalismo indio— factor de equilibrio y mediación entre los dos bloques. Al adoptar el *pāncśīl,* los cinco principios de la coexistencia pacífica, la India entroncaba con la tolerancia del emperador budista Aśoka y la *ahīṃsa* de Gandhi. Con todo, Nehru, como portavoz del espíritu de solidaridad afro-asiática, vio desbaratado por la política de alianzas de los Estados Unidos su plan de hacer de Asia una «zona de la paz». Su aversión hacia el pensamiento maniqueísta de la era de Dulles le condujo al acercamiento a la Unión Soviética y al bloque socialista. Sin embargo, la India no renunció nunca al apoyo occidental a pesar de la ayuda económica y militar soviética.

La invasión de Goa (1961) suscitó muchas críticas en Occidente. Francia había abandonado sus pequeños enclaves en la India, pero Portugal confió demasiado en el pacifismo de los indios y reprimió violentamente la resistencia de la *satyāgraha*. Sólo después de largas vacilaciones y bajo la fuerte presión de la opinión pública en Africa y en la India, Nehru decidió actuar, exponiéndose así a la fácil acusación de que no respetaba la no-violencia que predicaba hipócritamente a los demás. La decisión fue tomada cuando la India estaba bajo la conmoción del conflicto con China, que acarreó el más duro revés a la política exterior de Nehru.

Aunque el Congreso había mantenido siempre buenas relaciones con el *Kuomintang,* la India reconoció a la República Popular China ya en 1949 y se esforzó por mantener buenas relaciones con ella. En el Tratado indio-chino de 1954 (acuerdo sobre los Cinco Principios o *pāncśīl),* la India no hizo valer sus derechos sobre el Tibet, reivindicación que hubiera podido mantener,

refiriéndose a la Convención de Shimla (1914), como sucesora jurídica de la India británica [50]. En la misma Convención, jamás suscrita por China, se había fijado también la frontera indio-tibetana en el este (línea McMahon). Pronto fue acusada de defender unas fronteras impuestas por el imperialismo británico. De las demás zonas conflictivas, la más importante es el territorio de Aksai Chin, en Ladakh, es decir, el nordeste de Cachemira, donde China había construido en 1956/1957, a través de la deshabitada meseta reivindicada por la India, una carretera de Sinkiang al Tibet que de momento había pasado desapercibida. Aquí la situación jurídica es muy confusa y el derecho de la India no es demostrable históricamente con total evidencia. Algunas circunstancias hablan en favor de China, mientras que en el este la línea McMahon constituye una frontera natural razonable que a lo sumo requeriría modificaciones de detalle. Por el contrario, no se pueden justificar históricamente las pretensiones chinas sobre territorios situados al sur de la línea [51]. Se hubiera podido llegar a un compromiso satisfactorio: que la India renunciara a Aksai Chin, de poco interés para ella, a cambio de que China reconociera la línea McMahon. Pero esto ya no era posible en la atmósfera creada por la guerra diplomática, los frecuentes incidentes fronterizos y la indignación general suscitada por la intervención china en el Tibet. No obstante las muchas declaraciones de que no se cedería ante la presión china, la India no estaba preparada para una prueba de fuerza militar en las altas montañas. El rápido avance chino (octubre-noviembre de 1962) no pudo ser contenido por las tropas indias, pero los propios chinos se retiraron voluntariamente a algunas de sus posiciones de partida [52]. Hoy no se puede demostrar que China tuviera en 1962 fines distintos de una limitada demostración de fuerza. La cuestión de las reparaciones de guerra arroja, según las investigaciones de N. Maxwell (véase bibliografía) una nueva luz poco favorable para la India. La cuestión fronteriza permanece sin resolver. El ultimátum chino de 1965 —que por cierto no tuvo consecuencias— durante las luchas entre la India y Paquistán y los tiroteos en el paso de Nathu, en la frontera entre el protectorado indio de Sikkim y China en el año 1967, que se prosiguieron varios días demuestran que la situación sigue siendo explosiva [53].

Durante las dramáticas semanas del año 1962, la India encontró una solidaridad nacional que no se había visto desde la independencia. La derrota se sintió como una humillación nacional. Los jefes militares denunciaron la incapacidad de los políticos [54]. El ministro de defensa Krishna Menon, sobre el que recaía sin duda la principal responsabilidad en el error de apreciación de la situación, hubo de ser destituido. Se insiste formalmente toda-

vía en la política de *non-alignment*. Pero con la ayuda militar soviética y americana, esta política ha sido en realidad sustituida por una especie de *bi-alignment*. La época en que Nehru parecía encarnar la conciencia moral del mundo, fue seguida, después de su muerte, por un período de replegamiento de la India sobre sí misma.

En 1971, año de crisis en política exterior, fue firmado en agosto el tratado indio-soviético sobre amistad y colaboración, con lo que aumentaba la influencia política y económica de la Unión Soviética en la India y se le otorgaba a Delhi el respaldo necesario para la solución violenta de la crisis bengalí, mientras que al mismo tiempo, descendían al mínimo las relaciones entre la India y los EE. UU.

Las elecciones de 1967 y el retroceso del Congreso

Las elecciones de 1967 han cambiado el mapa político de la India. El Congreso conservó ciertamente la mayoría absoluta en el Parlamento central, pero la perdió en varios Estados. La oposición de derecha y de izquierda se benefició, de diferente manera según los Estados, de las alianzas electorales, y las escisiones del Congreso en algunas regiones. Con todo, el Congreso aunque debilitado, sigue siendo el único partido que está representado en todos los Estados. El resultado electoral fue menos un voto a favor de un partido determinado que contra el Congreso y contra su incapacidad de controlar la crisis alimenticia (que en tiempo muy reciente ha remitido), la inflación y el creciente desempleo. Para millones de jóvenes electores, que ya no se acuerdan de la lucha por la independencia, el Congreso se ha convertido en un *establishment* vanidoso, arrogante y anticuado. Sin embargo, poco después de las elecciones se hizo evidente que no había a la vista una alternativa seria al Congreso. Las rebeliones de 1967 en el norte de Bengala y los posteriores disturbios naxalíes, las numerosas «huelgas de ocupación» *(gherao)* ilegales en las fábricas, los graves incidentes de Calcuta, fueron sólo algunos indicios de una peligrosa inestabilidad política. En varias Asambleas de Estados la mayoría es oscilante porque los diputados cambian de partido con frecuencia; desde noviembre de 1967 se produjeron graves crisis de gobierno en cuatro Estados federales del norte de la India. En otras coaliciones muy heterogéneas, formadas por partidos que no tienen en común más que su oposición al Congreso, se muestran señales de una próxima disolución.

También en el mismo Congreso se produjeron en 1969 fuertes disputas entre Indira Gandhi y la «vieja guardia» de la dirección del partido (el «Sindicato»). La rivalidad entre el partido y su

dirección provocó la escisión en un «viejo» y «nuevo» Congreso. Con el último, obtuvo Indira Gandhi en las adelantadas elecciones al Parlamento de 1971 una victoria aplastante, logrando una mayoría de las dos terceras partes, igual a la derrota de 1967. También las elecciones al Congreso de 1972 arrojaron nuevos éxitos, hasta en Bengala occidental que había peligrado siempre políticamente. Aunque India pudiese de nuevo demostrar la estabilidad de su democracia, pronto se hizo evidente que la consigna *gharibi hatao* («¡acabad con la pobreza!»), que ayudó a la señora Gandhi a ganar las elecciones, no bastaba para lograr grandes milagros en la práctica.

Duras pruebas esperan a la democracia india. Pero la India —comparada frecuentemente con Europa por la diversidad de sus lenguas y la complejidad de su historia— no puede medirse por los criterios que se aplican a los Estados occidentales. Serán necesarios políticos dotados de una gran diplomacia para conciliar a nivel nacional los impulsos políticos de casta, región y lengua. La consigna de Nehru, frecuentemente evocada: *unity in diversity*, (unidad en diversidad), sigue siendo una tarea dificilísima de la India.

IV. CEILAN DESDE LA INDEPENDENCIA

Resultado de la última fase de la historia constitucional iniciada en 1943 fue, bajo la influencia de los acontecimientos simultáneos de la India y Birmania, la independencia de Ceilán (4 de febrero de 1948: día de la independencia), que siguió siendo Estado miembro de la *Commonwealth*. La constitución de Ceilán fue en gran parte calcada de la constitución británica. El *United National Party* (UNP), fundado en 1947 bajo la jefatura de D. S. Senanayake, que tomó el poder después de las elecciones parlamentarias de 1947, era una coalición formada en aquella ocasión por grupos nacionalistas preponderantemente conservadores, muy vinculada a un trust de prensa *(Associated Newspapers of Ceylon,* conocido como «Editorial *Lake House»)* y a los terratenientes más influyentes. Ceilán tenía al comienzo de su independencia grandes reservas de libras esterlinas (en 1948, 1.260 millones de rupias).

El gobierno del UNP sólo pudo conseguir éxitos en el sector de la política agraria, que, sin embargo, guardaban proporción con el rápido aumento de la población; otros planes de desarrollo fracasaron completamente. Hubo que importar arroz, trigo y azúcar y venderlos racionados, a precios subvencionados. Esta malsana política económica, cuya revisión sólo pudo emprenderse en el

otoño de 1973 bajo la presión de las circunstancias, después de que había sido mantenida por todos los partidos por motivos de táctica electoral, condujo a la disminución de los créditos extranjeros y luego a un notable endeudamiento del país. En política interior el gobierno acrecentó la influencia de los campesinos de la montaña, privando de derechos civiles a la mayoría de la población obrera tamil, originaria de la India y negándole incluso el derecho de voto mediante una ley promulgada en 1949.

En el año, 1951 S. W. R. D. Bandaranaike abandonó el gabinete y fundó el Partido de la Libertad *(Sri Lanka Freedom Party,* SLFP); al año siguiente murió D. S. Senanayake de resultas de una caída de caballo. Su hijo Dudley Senanayake se hizo cargo de la jefatura del gobierno y alcanzó un triunfo en las nuevas elecciones (1952). Pero la situación económica del país empeoraba rápidamente, y un intento de reducir las subvenciones estatales provocó desórdenes y huelgas. El primer ministro dimitió; su sucesor, sir John Kotelawela, presentado por la prensa de *Lake House* como político de talla internacional, defendió exclusivamente los intereses de la élite inglesizada. Además su nacionalismo cingalés le enemistó con los miembros tamiles del UNP, quienes se afiliaron al partido federalista, exclusivamente tamil.

La proximidad de las fiestas del 25 centenario de Buda *(Buddha Jayanti)* en 1956 reavivó el fervor religioso y el nacionalismo cingalés. Antes de las elecciones de 1956 se formaron grupos cuyos objetivos eran imponer el cingalés como única lengua del Estado y defender los intereses de los budistas. Por primera vez en la historia de Ceilán, intervinieron los monjes budistas en la lucha electoral en gran escala; su más importante organización era el Frente Unido de los Monjes *(Eksat Bhikkhu Peramuna,* EBP) bajo la dirección de Talpāvila Silavamsa y Māpitigama Buddharakkhita. Su campaña se apoyaba en el informe de la «comisión de investigación budista» nombrada por el *All-Ceylon Buddhist Congress,* la mayor organización budista de seglares del país, informe en que el gobierno era acusado de descuidar los intereses budistas y se criticaba la gran influencia de la Iglesia católica [55]. S. W. R. D. Bandaranaike fusionó en febrero de 1956 el SLFP con dos pequeños partidos, creando así el Frente Popular Unido *(Mahajana Eksat Peramunu,* MEP) y subscribió alianzas electorales limitadas con los partidos de izquierda.

Las elecciones de 1956 dieron al MEP una mayoría absoluta en el Parlamento; en todas las zonas de la isla pobladas por cingaleses el cambio se celebró con gran entusiasmo como la «revolución de 1956» y el nuevo gobierno como el «gobierno del pueblo». La clase media baja cingalesa, formada por monjes budistas, maestros cingaleses, médicos ayurvédicos (homeópatas),

seudointelectuales sin trabajo y sacerdotes de la religión popular, que había provocado el cambio de gobierno y estaba ahora organizada en influyentes grupos de presión, urgía el inmediato cumplimiento de las promesas electorales para poder ocupar el puesto de la élite dirigente de formación inglesa. Bandaranaike intentó aplazar toda decisión sobre el problema lingüístico y otras cuestiones importantes, pero no estaba en condiciones de resistir efectivamente la presión ejercida sobre él. El EBP tendía a identificarse con el «pueblo» y a prescribir al gobierno lo que tenía que hacer.

El 7 de julio de 1956 se promulgó la ley que hacía del cingalés la única lengua oficial de Ceilán. Bandaranaike, cediendo a la presión extraparlamentaria, había suprimido del texto de la ley las disposiciones previstas originariamente en el proyecto de ley del SLFP sobre el uso del tamil como lengua regional en las zonas del país pobladas por tamiles. Bandaranaike intentó poner fin a los crecientes antagonismos entre cingaleses y tamiles mediante un acuerdo con el jefe del partido federalista, S. J. V. Chelvanayakam, el denominado «Pacto B-C» (Bandaranaike-Chelvanayakam). Pero grupos extremistas, entre ellos el EBP, trataron de obligar al primer ministro a rescindir este pacto. El 9 de abril de 1958 cedía Bandaranaike. El inmediato resultado de este proceso fue una enorme pérdida de autoridad para el gobierno. A fines de mayo se desencadenó una ola de actos de terror, en la que se descargaron las contradicciones entre ambos grupos (cingaleses y tamiles); las violencias fueron acabando lentamente, tras la proclamación del estado de excepción y la intervención del ejército; pero no se superó la oposición entre cingaleses y tamiles.

Simultáneamente, numerosas huelgas y agitaciones laborales paralizaron la vida económica y afectaron sobre todo al puerto de Colombo. Incluso un intento de reforma agraria quedó parado a medio camino porque la influencia de los latifundistas conservadores en el SLFP era demasiado fuerte. La coalición del MEP sufría, además, constantes disensiones internas, que en mayo de 1959 condujeron a la salida de los dos ministros pertenecientes a un partido de izquierda dirigido por Philip Gunawardena y con ello al final de la coalición; al mismo tiempo, Bandaranaike era objeto de fuertes ataques por parte del EBP y de otros grupos políticos de monjes. Estos ataques alcanzaron su punto culminante cuando el primer ministro destituyó al jefe de policía en abril de 1959 contra la opinión de estos grupos. En materia de política cultural se tomaron decisiones importantes, tales como la fundación de dos universidades budistas (la universidad de Vidyodaya y la de Vidyālankāra), introducción del cingalés como

lengua oficial, reconocimiento de los exámenes de *Pandit* (pruebas para la obtención de grados académicos de la tradicional cultura indígena) y medidas similares [56].

El 25 de septiembre de 1959, S. W. R. D. Bandaranaike cayó víctima de un atentado perpetrado por el monje budista Talduvē Somārāma. Este no era en realidad más que el instrumento de una conjura dirigida por Māpitigama Buddharakkhita; superior del monasterio del famoso templo de Kälani en Colombo, miembro fundador del SLFP y uno de los dirigentes del EBP. En 1952 y 1956 había aportado elevadas contribuciones para la campaña electoral del SLFP. Sus diferencias con Bandaranaike parecen haber sido principalmente de tipo económico, ya que Buddharakkhita había invertido importantes sumas de dinero en una compañía marítima y Bandaranaike tenía el proyecto de nacionalizar las líneas de navegación.

El 26 de septiembre de 1959 el ministro de educación W. Dahanayake fue nombrado primer ministro. Dahanayake era uno de los antiguos dirigentes del movimiento nacionalista y como presidente del «frente lingüístico» cingalés se había adherido en 1956 al MEP. Dahanayake logró restablecer la tranquilidad y el orden. Su intento de ganar las elecciones de marzo de 1960 con un partido de nueva fundación fracasó por el hecho de que pertenecía a una casta minoritaria. Estas elecciones parlamentarias dieron una mayoría relativa al UNP, pero su presidente, Dudley Senanayake, no pudo formar un gobierno estable. Antes de las nuevas elecciones de julio de 1960, necesarias por ese motivo, la señora Sirimavo Ratwatte Dias Bandaranaike, viuda de S. W. R. D. Bandaranaike, asumió la jefatura del SLFP. Aunque el UNP pudo conseguir el mayor porcentaje de votos, el SLFP, gracias a hábiles alianzas electorales con pequeños partidos, obtuvo en el Parlamento una mayoría parlamentaria sólida.

La señora Bandaranaike, que el 21 de mayo de 1960 prestó juramento como primer Ministro, había prometido a sus electores una continuación de la política de su esposo asesinado. En materia de política cultural siguió las recomendaciones del informe de la «comisión de investigación budista» y así se convirtió en la base de la política de su gobierno una ideología orientada a la resurrección del «gran pasado de la cultura cingalesa». Junto a la tan esperada nacionalización de las escuelas privadas, ayudadas financieramente por el Estado (1961), que provocó conflictos con los grupos de intereses católicos, apareció nuevamente en escena el problema lingüístico. Las recomendaciones de la Comisión Nacional para la Educación, que por supuesto no se pusieron en práctica, preveían una «confesionalización» del campo cultural mediante la regulación del acceso a las universidades, etc., según

cuotas confesionales. En el seno del movimiento budista hubo también una fuerte oposición a las recomendaciones de una Comisión para la Reforma de las Instituciones Budistas (Comisión *Buddha-Sāsana)*. A principios de 1963 entró en escena una organización budista radical, *Bouddha Jātika Balavēgaya)*, bajo la dirección de L. H. Mettananda.

Como la mayoría parlamentaria del partido gubernamental se redujo amenazadoramente debido a las frecuentes defecciones, el SLFP formó en 1964 una coalición con el *Lankā Sama Samāja Pakshaya* (LSSP), cuyo presidente, el Dr. N. M. Perera, fue nombrado ministro de hacienda. Al principio, una parte de los grupos budistas influyentes pareció tolerar la coalición; pero pronto comenzó una intensa campaña de agitación contra el gobierno, sobre todo cuando el ministro de hacienda propuso liberalizar la recogida del jugo de la palma de coco para la obtención de vino de palma y de arrak, sometiéndola a un impuesto y cuando se presentó un proyecto de ley de prensa sobre la expropiación de las dos grandes cadenas periodísticas. Los grupos políticos de monjes entraron nuevamente en escena, y el gobierno hubo de convocar nuevas elecciones cuando el presidente del Parlamento, C. P. de Silva, y una serie de otros diputados se pasaron, el 3 de diciembre de 1964, a la oposición.

Las nuevas elecciones, celebradas en marzo de 1965, dieron al UNP una mayoría relativa en el Parlamento (66 escaños); Dudley Senanayake pudo formar un gobierno de coalición, con la ayuda de cuatro pequeños partidos, entre ellos el partido federalista tamil. Como el UNP acogió en este gobierno —ya fuera como componentes de la coalición, o como nuevos miembros del propio partido— a numerosos grupos de intereses que antes de 1956 habían estado en oposición y habían participado después en los gobiernos Bandaranaike, el cambio de gobierno de 1965 no puede señalarse como una vuelta a la situación política de antes de 1956 [57]. Este cambio estuvo condicionado principalmente por las modificaciones de las agrupaciones políticas y por las alianzas electorales; a pesar de la heterogeneidad de la nueva coalición, fueron realizadas algunas reformas hasta 1970; aun cuando el rápido aumento de la población (1931: 6,7 millones; 1953: 8,1 millones; 1963: 10,7 millones; ahora unos 12 millones) obstaculizó la planificación económica en las regiones agrícolas superpobladas. El gobierno de Senanayake desarrolló sobre todo la agricultura y el comercio exterior. En la esfera en que se había producido desde 1956 los más sensibles cambios, a saber, en la política cultural y lingüística, el gobierno Senanayake siguió en lo esencial, los pasos del de Bandaranaike [58].

La campaña electoral antes de las elecciones al Parlamento del

27 de mayo de 1970 fue llevada a cabo con una dureza poco común incluso en Ceilán; además de las controversias en torno a la política cultural, los disturbios partieron sobre todo de la joven generación, a quien se le ofrece educación mediante un sistema de enseñanza altamente desarrollado, pero después ningún trabajo. El Frente Unificado, formado por el SLFP, el LSSP y los comunistas, bajo la dirección de la señora Bandaranaike, obtuvo una aplastante victoria electoral. Desde entonces se han realizado, en el marco de una política socialista, una limitación de los ingresos mediante el fomento del ahorro y numerosas medidas para restringir la propiedad, así como la socialización de los medios de producción y una socialización, es decir, prácticamente un control estatal, de las dos grandes cadenas de periódicos. Además, fue aprobada una nueva constitución republicana. De gran significación fue el levantamiento armado, dirigido por el «Frente de Liberación Nacional», de una gran parte de la juventud cingalesa en abril de 1971, el cual sólo pudo ser aplastado mediante el empleo de todas las fuerzas del ejército y de la policía con ayuda extranjera. En el otoño de 1973 la situación económica obligó a una revisión, en realidad ya atrasada, de la política de subvenciones.

10. La China popular de 1949 a 1974

Desde el advenimiento del régimen comunista, la población china ha aumentado en unos 200-250 millones de almas: el equivalente de la población de EE. UU. o de la URSS. Tal es el factor fundamental que determinará la evolución y el porvenir de la China popular. En efecto, todas las demás consideraciones (relativas a la ideología marxista o «maoísta», a la experiencia de los dirigentes comunistas, a las relaciones con la URSS y el Tercer Mundo, al «profetismo» de la revolución cultural, etc.), por importantes que sean, sólo pueden tratarse después de las relativas a la evolución demográfica.

Aunque el censo de 1953 era muy defectuoso, fue en todo caso el más exacto de todos los que se habían hecho hasta entonces en China. La cifra de 583 millones de habitantes que indicaba pecaba probablemente por defecto. Desde 1953, la tasa de crecimiento anual debió de variar entre el 1,5 por 100 y el 2,5 por 100. La más baja de estas cifras representa actualmente entre once y doce millones de chinos más cada año (si bien el excedente anual se aproxima quizás a los quince millones). Aunque la ausencia de estadísticas seguras obliga a una gran cautela, se puede considerar razonablemente que, en 1970, la población de China se aproximaba a los 800 millones de habitantes.

Hasta 1957 la producción de cultivos alimenticios parece haber crecido un poco más rápidamente que la población. Desde 1958 sucede lo contrario y la ración alimenticia de cada chino es hoy inferior a la de hace quince años. Para prevenir o combatir el hambre [1] la China popular está obligada a importar cereales. Por el contrario, anteriormente (durante el período del primer plan quinquenal, de 1953 a 1957) los exportaba, para financiar sus importaciones de bienes de equipo.

A partir de finales de 1954, los dirigentes de la China popular, superando o cambiando la postura anti-malthusiana del marxismo ortodoxo, lanzaron diversas campañas de limitación de nacimientos, esgrimiendo argumentos de orden sanitario, educativo o social y dejando en la sombra los aspectos propiamente económicos y demográficos del problema. Súbitamente, poco después de haber alcanzado su punto de mayor intensidad (verano de 1957), estas campañas se abandonaron y el principal abogado de la limitación de nacimientos, el economista Ma Yin-ch'u, fue primero severamente criticado y después revocado de su puesto de de-

cano de la Universidad de Pekín. Durante el otoño de 1958, la prensa china repetía gustosamente que una población numerosa era una gran fuerza y que una boca más que alimentar eran también dos brazos disponibles para la producción. Las circunstancias del momento (era la época del «Gran Salto adelante» y los grandes trabajos emprendidos por las «Comunas populares» proporcionaron por un instante la ilusión de que, en efecto, China carecía de mano de obra) explican parcialmente este cambio radical de la política demográfica. No obstante, hay que tener también en cuenta el hecho de que la política anterior había fracasado: la campaña de restricción de nacimientos de 1957 (única que fue llevada a cabo resueltamente) apenas tuvo efecto, ya que existían profundos obstáculos, principalmente de orden cultural, que impedían que la población practicara el *birth control.* Aunque a partir de 1961 la China popular, impulsada por la necesidad (la situación alimenticia nunca fue tan grave como en la primavera de ese año) volvió a una política de limitación de los nacimientos (propaganda en favor de los matrimonios tardíos, etc.), no es de esperar que, en un futuro próximo, esta política consiga contener la explosión demográfica. Pero, aunque fuera capaz de disminuir notablemente la tasa de fecundidad de las mujeres chinas, es evidente que, debido a la resistencia propia de los fenómenos demográficos, los efectos de esta política sólo comenzarían a modificar sensiblemente la tasa de natalidad dentro de quince a veinte años, una vez que los niños nacidos durante estos últimos años estén en edad de reproducirse. Pero, para estas fechas, China tendrá probablemente mil millones de habitantes, o tal vez más.

En China, la presión demográfica y el atraso económico han hecho —y siguen haciendo todavía— de la «edificación del socialismo» una tarea a la vez más delicada y gigantesca que lo que fue en la URSS. Esta particularidad —así como otras razones de naturaleza más subjetiva— explican que los comunistas chinos, después de haber seguido al principio la vía abierta por los rusos, y haber encontrado en su camino cierto número de obstáculos y dificultades que éstos no habían conocido, hayan intentado bruscamente, en 1958, abrir otra vía: buscar de algún modo un camino más corto hacia el desarrollo. Esta fecha de 1958 —o más exactamente finales del año 1957— representa un corte fundamental en la evolución de la China popular.

Pero así como la guerra civil y sus secuelas impidieron a los bolcheviques victoriosos emprender inmediatamente la realización de su programa, así también en China doce años de guerra civil y con el extranjero, dejaron al país en una situación tal que, antes de emprender nada, lo que verdaderamente importaba, como en la Rusia de los años veinte, era reconstruirlo.

I. LA RECONSTRUCCIÓN (1949-1952)

En el espacio de tres años, los revolucionarios en el poder realizaron varias tareas muy diferentes.

La consolidación política y militar

Después de eliminar fácil y rápidamente los últimos focos de resistencia del Kuomintang en el oeste (Sinkiang) y el sur (isla de Hainan, conquistada en la primavera de 1950), en 1951 los comunistas restablecen (expedición dirigida por el veterano de las campañas revolucionarias Liu Po-ch'eng) la autoridad de Pekín sobre un Tibet que, a favor de la primera revolución china, había proclamado su independencia en 1913 y que a partir de ahora debe contentarse, después de un vano llamamiento a las Naciones Unidas, con un estatuto de «autonomía regional».

Aunque la instalación política se culmina tan perfectamente como la conquista militar, por lo menos durante los primeros tiempos se procura salvar las apariencias. El nuevo régimen es el de la «Nueva Democracia», caracterizado, no por la dictadura del proletariado, sino por la de las cuatro «clases revolucionarias» (obreros, campesinos, pequeña burguesía y «burguesía nacional»). El término «burguesía nacional» designa a los capitalistas que aceptan servir al régimen popular: éstos conservan provisionalmente la propiedad y la gestión de sus bienes. Al lado de los comunistas, una «Conferencia política consultiva del pueblo chino» reúne a los representantes de numerosos pequeños partidos (la Liga Democrática y el Kuomintang Revolucionario son los principales) y adopta un «programa común». Asimismo, casi la mitad de los escaños del «gobierno de coalición» se confían a no comunistas. Pero, naturalmente, el poder efectivo está en manos del PCC. Los intelectuales y políticos liberales, desde hace mucho tiempo hostiles al Kuomintang, no tienen otra elección que poner su competencia o su experiencia al servicio del régimen, y ello por razones de orden patriótico. La autoridad real no solamente está concentrada en manos del grupo reducido que dirige el partido comunista (compuesto casi exclusivamente por veteranos del combate revolucionario) sino que, al otro extremo, gracias a sus organizaciones provinciales, locales y profesionales, el partido está presente en todas partes y la centralización es ahora mucho más efectiva que lo fue nunca bajo el Imperio o la República.

La rehabilitación económica y financiera

Combatir la inflación, una inflación que, como se recordará, contribuyó eficazmente al aniquilamiento del régimen nacionalis-

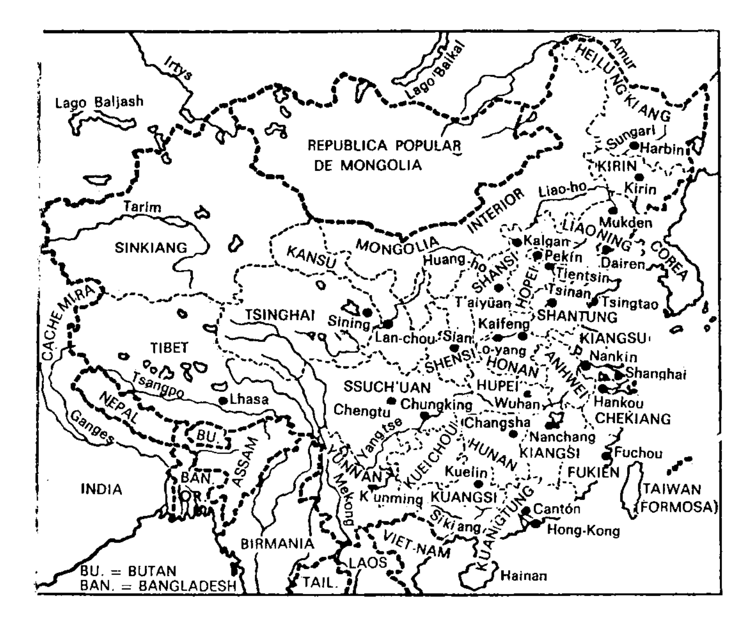


Fig. 4. China (mapa general)

ta, es en el terreno económico la tarea más urgente. Una serie de medidas rigurosas o realistas (como la percepción del impuesto agrario en especie y la fijación de los salarios y emolumentos en términos de productos de consumo corriente), la reorganización de la administración fiscal y, en fin, el restablecimiento progresivo de un cierto equilibrio presupuestario no tardan en producir frutos. Las tasas de interés mensual de los préstamos a los negociantes de Shanghai, que de junio de 1949 a diciembre del mismo año pasan del 24-30 por 100 al 70-80 por 100, vuelven a descender al 18 por 100 en abril de 1950, y, en abril de 1951, al 3 por 100. Durante 1950 los precios se estabilizan y el *yuan* (la moneda china) se fija a un cambio aproximado de 0,4 dólar USA.

Los efectos de la inflación, para acabar de desorganizar y agotar a la economía del país, se habían sumado a los de la guerra, la huida de una parte de los capitales a Hong Kong o a Taiwan y el desmantelamiento de la industria del nordeste por los soviéticos. Desde finales de 1952, la capacidad de producción queda restablecida al más alto nivel alcanzado antes de la guerra (según los sectores, 1936-1937 ó 1942-1943), resultado verdaderamente notable, sobre todo en lo concerniente a la industria y los transportes. Y si en octubre de 1949 más de la mitad de las vías férreas no funcionaban, a partir de mediados de 1951 funciona ya la totalidad. Entre las nuevas construcciones, hay que resaltar los quinientos kilómetros de vías férreas del trazado Chungking-Chengtu, en Ssuch'uan, concluidas en 1952: realización de un viejo proyecto previsto ya desde finales del Imperio. Así, cuando la más poblada y extensa de las provincias chinas tiene por fin su ferrocarril, sus habitantes besan con unción los raíles e identifican espontáneamente su nacionalismo con la fidelidad a un régimen eficaz. La agricultura, debida a la importancia predominante del sector tradicional en la economía rural, sufrió menos profundamente las consecuencias de la guerra, o más exactamente resultó menos vulnerable. Las bajas cifras de producción alcanzadas en 1949 se debieron más a las inundaciones (que al parecer afectaron a cerca de ocho millones de hectáreas, es decir, la doceava parte de la superficie cultivada del país) que a la guerra civil. En el momento en que se produjeron mejores condiciones meteorológicas, se volvió a las buenas cosechas de los años 1950-1952.

La reorganización social

En ciertos aspectos, la revolución social se contentó con continuar —e institucionalizar— la revolución contra la sociedad tradicional emprendida en la época del 4 de Mayo. Tal es, por ejemplo, el sentido de la ley sobre el matrimonio, promulgada en 1 de

mayo de 1950, que prohibía prácticas que los intelectuales liberales habían ya combatido desde hacía tiempo y que habían ido desapareciendo progresivamente: noviazgos de niños y matrimonios impuestos por los padres, bigamia y concubinato, etc. Se trataba, en todo caso, de una ley importante que hizo progresar —aun encontrando serias resistencias en la sociedad campesina— la emancipación de la mujer. Una emancipación que la administración comunista había comenzado a promover en las «regiones liberadas», antes incluso de la conquista del poder [2].

Si el espíritu que informa la ley sobre el matrimonio es, en definitiva, el del conjunto del movimiento liberal y progresista de la época moderna, la reforma agraria (28 de junio de 1950) pertenece al programa específico de los comunistas, o, al menos, constituye su etapa previa. La reforma agraria extiende también al conjunto del país lo que había sido emprendido ya antes de la «liberación» en el norte de China, extensión que se lleva a cabo de manera muy progresiva: serán necesarios más de dos años antes de que las regiones meridionales realicen a su vez esta prodigiosa y a menudo violenta transformación social. Se multiplican, según el método ya experimentado, las «exposiciones de agravios», «arreglos de cuenta» y juicios públicos de los grandes propietarios que han abusado de su poder y de sus privilegios económicos y políticos. Todo ello desarrolla el odio y la conciencia de clase de los campesinos, al mismo tiempo que éstos liquidan la clase contra la que se ha hecho la revolución. Las asociaciones campesinas presiden la redistribución de tierras y de los bienes confiscados: la clasificación de las familias en la categoría de campesinos ricos, medios o pobres representa el «Juicio final» [3] que decide la suerte de cada cual. En total, han cambiado de propietarios 47 millones de hectáreas, es decir, cerca de la mitad de las tierras cultivadas en el conjunto del país. Pero el botín individual es escaso: de 15 a 16 áreas (lo que representa, de media, tres cuartas partes de hectárea por familia). En cualquier caso, la apropiación privada de la tierra sólo constituiría una etapa transitoria e incluso duraría menos tiempo del previsto: a partir de 1952, la organización de los equipos de ayuda mutua, destinados a inculcar a los campesinos las ventajas de la cooperación, constituye el primer paso en la vía de la «transición hacia el socialismo».

El encuadramiento de la población

Los juicios sumarios y ejecuciones de terratenientes preludian otras violencias, que tendrán lugar tanto en las ciudades como en el campo. El año 1951 es un año de terror: terror efectivo para

una minoría de contrarrevolucionarios o de oponentes virtuales; terror como espectáculo para los demás. En la China popular, el totalitarismo reviste una forma muy particular, a la vez más pública y más interiorizada que en otros lugares. Del verano de 1950 al verano de 1952 se suceden casi sin interrupción campañas y «movimientos de masa» para combatir e inspirar miedo al enemigo, sí, pero también para convencer y provocar adhesiones.

La primera campaña, la más brutal, está destinada a liquidar a los contrarrevolucionarios: supuestos o declarados agentes del Kuomintang, miembros de sociedades secretas, bandidos, opresores y «enemigos del pueblo», etc... En la época en que alcanza su mayor intensidad (primavera de 1951), apenas existe ciudad china que no organice diariamente su o sus procesos de masa. La población, que a veces asiste y participa en el juicio y la condena, es también invitada a concurrir a las ejecuciones. Sólo en la ciudad de Pekín [4], en el espacio de unos meses se celebran al parecer cerca de treinta mil mítines de este tipo, a los que asisten en total más de tres millones de personas. Es difícil, naturalmente, evaluar el número de víctimas: aproximadamente entre uno y tres millones, habida cuenta de los terratenientes ejecutados durante la reforma agraria.

Mucho menos sangrientas, aunque muy rigurosas, las campañas de los «Tres Anti» y de los «Cinco Anti» (final de 1951 y principios de 1952), complementarias entre sí, conservan el carácter masivo y sistematizan ciertas prácticas (denuncia y participación fomentadas u obligatorias) de la «campaña de supresión de los contrarrevolucionarios». Destinada a depurar las filas de los cuadros del partido (que con la victoria se había visto engrosado con los oportunistas de siempre, por una parte, y algunos celosos pero insuficientemente educados o experimentados combatientes, por otra), la campaña de los «Tres Anti» se enfrenta con la corrupción, el despilfarro y el espíritu burocrático. Dirigidos contra las prácticas venales (contrapartida necesaria de la «corrupción» de los cuadros), el fraude fiscal o comercial, la malversación de los fondos públicos y la extorsión de informaciones confidenciales de orden económico, los «Cinco Anti» tiene esencialmente como blanco a los capitalistas. En efecto, la «burguesía nacional», aunque reconocida en octubre de 1949 como una de las cuatro clases constitutivas del «pueblo», a partir de la primavera de 1952 es combatida y su independencia económica se ve amenazada: su precaria supervivencia no excederá al año 1956.

Situado en el tiempo entre la «campaña de supresión de los contrarrevolucionarios» y los «Tres» y «Cinco Anti», el movimiento de «reforma del pensamiento» *(szu-hsiang kai-tsao)* es completamente diferente. Muestra mejor que éstos todavía la ori-

ginalidad de los procedimientos de control no sólo de los actos, sino también de los pensamientos utilizados por los comunistas chinos. Destinado a la élite del país (cuadros y miembros del partido primero o intelectuales, sobre todo, después), el «movimiento de reforma del pensamiento» es un largo y laborioso proceso de readoctrinamiento ideológico que dura ordinariamente varios meses. Se trata de una especie de psicoterapia por la coacción, una psicoterapia que enfermará al paciente y, a la vez, le suministrará el remedio para la enfermedad [5]. La enfermedad es el sentimiento de culpabilidad y de vergüenza que, en mayor o menor grado, está presente o disimulado en todo ser humano, y que un análisis y una crítica implacables del pasado del individuo y de su medio profesional o familiar exponen y reavivan. El objetivo de la cura es romper los lazos psicológicos y emocionales que ligan el sujeto de la antigua sociedad (sobre todo por la acusación del padre, por regla general un privilegiado o un beneficiario del antiguo régimen, ya que ha podido hacer de su hijo un intelectual) y reintegrarlo después en la nueva sociedad, cuyos ideales colectivistas y espíritu militante señalan la vía de salvación para el individuo desamparado.

El movimiento de «reforma de pensamiento» se dirige, pues, a obtener no solamente esa obediencia exterior, con que se contentaba frecuentemente el totalitarismo estaliniano, sino también una aquiesciencia interior y una especie de transformación espiritual del hombre. Postula que todo el mundo puede ser recuperado y convertido, hace hincapié no tanto en la purga como en la reforma, evoca incluso a veces una experiencia mística o religiosa. En suma, interioriza el problema de la adhesión al régimen y a los nuevos valores que éste encarna. En este sentido, tal procedimiento hereda las técnicas de conversión de los soldados blancos prisioneros, experimentadas primero en la época de los soviets de Kiangsi, y elaboradas y perfeccionadas después para contribuir a la corrección de las tendencias anárquicas o «erróneas» de los intelectuales adheridos al partido en el momento de la invasión japonesa (movimiento *cheng-feng*, inaugurado en Yenan en 1942). Sistema éste que quizás anuncie ya ciertas ambiciones de la Revolución cultural...

El alineamiento en el campo socialista

Como entre el «imperialismo capitalista» y el pueblo no hay tercera vía posible, China debe «inclinarse hacia un solo lado», había proclamado Mao la víspera de la conquista del poder. Por eso, en diciembre de 1949 Mao parte para Moscú: su primer viaje al extranjero, a los cincuenta y seis años. Y el 14 de febrero de

1950, después de dos meses de estancia en la capital soviética, y al cabo de laboriosas negociaciones, firma con la URSS un «tratado de amistad, alianza y asistencia mutua», previsto para una duración de treinta años. Pero Mao no ha obtenido de este tratado lo que esperaba: la URSS no se decide a renunciar a su posición privilegiada en Manchuria y su ayuda financiera representa muy poco, comparada con la ayuda americana a los nacionalistas. En todo caso, la alianza soviética equivale al menos a un escudo bajo cuya protección la China popular podrá dedicarse a la «construcción del socialismo».

Lo que no impedirá que, algunos meses más tarde, China se vea implicada, en primera fila, en la guerra de Corea [6]. Es muy posible —aunque no probado— que Mao, ocupado entonces en liquidar los últimos islotes de resistencia del Kuomintang en el continente y en preparar la invasión de Taiwan, ignorara hasta el último momento (junio de 1950) el ataque que se preparaba contra Corea del Sur, más útil a los intereses estratégicos de la URSS que a los de China. Sea lo que fuere, el envío de «voluntarios» chinos a Corea a partir de octubre de 1950, y la decisión tomada por los Estados Unidos de asegurar la protección de Taiwan contribuyen a acabar de inclinar a China «a un solo lado».

II. EL PRIMER PLAN QUINQUENAL (1953-1957)

La economía: colectivización e industrialización

La guerra de Corea finaliza en 1953. En esta fecha, la consolidación de la autoridad del régimen y, sobre todo, la restauración de la economía están lo bastante avanzadas como para que los dirigentes de la China popular puedan pensar en abordar la segunda etapa de su programa: la de la «transición al socialismo». No obstante, el primer plan quinquenal, con el que se pensaba cubrir los años 1953-1957, sólo será hecho público en julio de 1955 y sólo a partir de esta fecha será verdaderamente efectivo. Los dos años y medio precedentes (enero de 1953-junio de 1955) representan más bien un período de experimentación y de preparación del plan, en particular mediante el establecimiento de un conjunto de estadísticas no demasiado rudimentarias y de la fijación de objetivos anuales para los principales productos.

El primer plan quinquenal chino sigue el modelo del primer plan soviético, de un cuarto de siglo antes: colectivización y prioridad a la industria pesada. En efecto, ésta acapara el 85 por 100 de las inversiones reservadas a la industria que, en su conjunto, recibe, por parte del Estado, siete veces más inversiones que la

agricultura. Esta última, que a principios del período quinquenal suministraba casi la mitad del producto nacional, recibe dos veces menos inversiones que los ferrocarriles: en total, las tres cuartas partes de las inversiones del Estado van a la industria y a los transportes, y sólo un 8,2 por 100 a la agricultura.

Distribución de las inversiones del Estado, 1953-1957

Industria	56 %
(industria pesada: 48 por 100)	
Transportes	18,7 %
Agricultura, bosques y trabajos hidráulicos	8,2 %
Varios	17 %

El aumento de las construcciones ferroviarias, en particular hacia el oeste, permite corregir un poco la desigualdad del desarrollo económico, que en la época imperialista afectaba sobre todo a la franja costera. De la totalidad de los grandes proyectos de construcción industrial (los grandes proyectos o «proyectos por encima de lo normal», los más costosos y los más mimados por el régimen, constituyen lo esencial del programa de desarrollo), 472 se destinan al interior del país y sólo 222 a las regiones costeras [7]. Asimismo, la preferencia sistemática concedida a la industria pesada, aunque resultante ante todo de una elección *a priori*, tiene por efecto remediar el desequilibrio anterior: el peso relativo de la industria de bienes de consumo de Shanghai en la producción total industrial del país resume por sí solo los dos aspectos de un desarrollo irracional, más conforme a la lógica de la «penetración» que a las exigencias de la explotación del continente chino.

La colectivización de la agricultura es el complemento necesario —o así se cree— de la industrialización. Deseosos de evitar las desastrosas consecuencias de la colectivización soviética de los años 1929-1932, los chinos proceden primero prudentemente y por etapas, transformando los equipos de ayuda mutua provisionales en equipos de ayuda mutua para tres estaciones, convirtiéndolos después en equipos permanentes, haciendo de éstos «cooperativas agrícolas de producción de tipo inferior» o «semi-socialistas» (en el reparto de ingresos entre los miembros se tiene en cuenta a la vez, la superficie de tierra aportada en el momento de la fundación de la cooperativa y el trabajo efectuado) y, en fin, pasando de estas últimas a las «cooperativas de tipo superior», donde el reparto sólo está ya en función de la cantidad de trabajo. El hecho es que hacia mediados de 1955, sólo el 15 por 100 de las familias campesinas son miembros de cooperativas, la mayor parte cooperativas «semi-socialistas». Pero en julio de 1955, un

discurso de Mao acelera súbitamente el ritmo de la colectivización, para prevenir el crecimiento de una nueva clase de «campesinos ricos», pero también, y quizá sobre todo, porque las decepcionantes cosechas de los años 1953 y 1954 auguraban la poca aptitud de una economía de pequeños propietarios para hacer frente a las crecientes necesidades de productos agrícolas. A partir de 1956, más de las nueve décimas partes de los hogares campesinos se han integrado en las cooperativas de producción: integración que, aunque realizada bajo el efecto de presiones indirectas, se lleva a cabo sin violencias, pérdidas ni caos comparables a los producidos en Rusia veintiséis años antes [8]. En la misma época, se efectúa también la socialización del sector privado del comercio y de la industria; algunos capitalistas permanecen en su antigua empresa como directores o expertos remunerados y continúan percibiendo una parte de los beneficios.

Antes de indicar los resultados del primer plan quinquenal chino, y para poder apreciarlos debidamente, conviene comparar, siquiera someramente, la situación económica (y demográfica) de China en 1953 y la de Rusia en 1928. En China, una superficie cultivada —y cultivable— mucho más reducida y una población casi cuádruple se combinan para dar una densidad por hectárea de tierra arable casi diez veces superior a la de la URSS, en el momento del lanzamiento de su primer plan. Los chinos trabajan, pues, con un margen agrícola y alimenticio infinitamente más estrecho y las condiciones meteorológicas —a menudo desfavorables— condicionan mucho más decisivamente el ritmo de su progreso económico [9]. Aunque los recursos minerales y energéticos de China sean, en conjunto, abundantes, su retraso técnico y la debilidad del equipo gravaban mucho más el esfuerzo de desarrollo industrial: no ya la Rusia de 1928, sino la de 1900, tenía una producción por cabeza de hierro y acero, y una densidad de vías férreas por km^2 superiores a las de China en 1953 [10]. Las condiciones económicas iniciales de la China de Mao habría que compararlas con el Japón de Meiji o la India contemporánea, lo que basta ya para poner en tela de juicio la pertinencia del modelo soviético de desarrollo.

En cambio, China, como los demás países subdesarrollados, podía «beneficiarse» de las «ventajas del retraso», que permiten realizar de un solo golpe un salto tecnológico más importante, así como de los errores y de las lecciones de la experiencia soviética (ya se ha visto que había sabido recordar, y evitar que se reprodujera, el precedente de la «deskulakización» rusa). Además, China se benefició también de la ayuda del «país hermano». La asistencia financiera soviética era reembolsable y la asistencia técnica sólo concernía —al margen del envío de es-

tudiantes chinos a la URSS— a un cierto número de grandes proyectos prioritarios. Pero, claro es, su fecundidad fue mucho más que proporcional a la parte que representaba en el conjunto de la economía china (del 2 al 3 por 100 de la inversión total) y actualmente está ya fuera de duda que, privada de los expertos y del equipo soviético, la producción industrial china no habría podido alcanzar una tasa de crecimiento como la conseguida durante el primer plan quinquenal.

Una tasa impresionante: del 14 al 19 por 100 anual, de media, entre 1952 y 1957, es decir, aproximadamente el triple de la tasa de expansión industrial de la India durante el mismo período y más que cualquier país del mundo, a excepción del Japón. El progreso fue particularmente rápido para la producción eléctrica (multiplicada por 2,5 en cinco años: de 7.300 a 19.300 millones de kWh), la extracción del petróleo (de 400.000 a 1.400.000 toneladas), la siderurgia (producción de acero cuadruplicada: de 1,3 a 4,5 millones de toneladas), las construcciones mecánicas y la industria química; pero incluso en un sector de alza menos rápida, como el carbón, en cinco años dobló la producción (64,7 millones de toneladas en 1952, 130 en 1957). Por primera vez, China es capaz de producir, y de producir en grandes cantidades, camiones y automóviles, navíos, aviones, tractores, etc... [11].

Esta rápida industrialización provoca también una no menos rápida urbanización, que plantea, naturalmente, serios problemas. La población urbana crece, de media, cuatro veces más rápidamente que la población rural. Se estima que pasó de 58 millones en 1949 a 72 en 1952 y 92 en 1957. Este progreso se debe, aproximadamente en sus dos terceras partes, al éxodo rural: a partir de 1956, la cuarta parte de los habitantes de las ciudades son inmigrantes recientes, llegados del campo durante los siete años del régimen. El número de ciudades de un millón o más de habitantes pasó de cinco en 1938 a nueve en 1953 y quince en 1958; en esta fecha, los Estados Unidos contabilizan once ciudades «millonarias» y nueve solamente la URSS. En cuanto a las ciudades de medio millón de habitantes, en 1958 China tiene treinta y cuatro (frente a diez en 1938). El desarrollo de las ciudades satélites fue más espectacular todavía que en la URSS del primer plan quinquenal. La población de una vieja capital como Sian (Shensi) casi se triplica en el curso de un decenio (503.000 habitantes en 1948, 1.368.000 en 1958) y la de su vecina T'aiyuan (Shansi) se quintuplica (de 200.000 a 1.053.000 habitantes).

La crisis de alojamiento se hace tanto más aguda cuanto que el reparto de las inversiones es desfavorable para la construcción inmobiliaria. Además, en muchos casos, las destrucciones causadas por la segunda guerra mundial y la guerra civil no son repara-

das. De ahí el elevado número de jóvenes parejas que viven en dormitorios colectivos para solteros. En 1956, cada habitante de Pekín o de Shanghai dispone, de media, de un espacio habitable de menos de 3 m^2 y en una ciudad antes atrasada y de pronto industrializada como Lan-chou, capital de la provincia noroccidental de Kansu, la media puede descender a 1,6 m^2: ¡la superficie de una cama! No obstante, los problemas de alojamiento son mucho menos graves que los planteados por el aprovisionamiento de las ciudades en productos alimenticios: problemas tan difíciles de resolver que el gobierno se ha visto obligado a devolver a los campos a un cierto número de emigrantes rurales (en 1955 hubo incluso un déficit neto de 400.000 almas, en la inmigración urbana) [12].

En muchas ocasiones, estos campesinos se habían infiltrado clandestinamente en las ciudades: además del atractivo que para ellos representa la industrialización, por otra parte, el bajo nivel de vida y a veces la colectivización agrícola les arrojan del campo, hasta el punto de que el éxodo rural precede y excede ampliamente las necesidades de mano de obra urbana. Inferioridad de la renta campesina, dramas de la colectivización agrícola (aun cuando, repetimos, no pueden ser comparados con los vividos por los mujiks un cuarto de siglo antes), extrema dificultad para asegurar la alimentación de los habitantes de las ciudades: éstos son los problemas con que se enfrenta la agricultura (y, por consiguiente, la orientación de la planificación).

Más aún: por elocuente que sea, la curva de crecimiento de la producción industrial presenta fluctuaciones anuales muy marcadas (e incluso variaciones que afectan a varios años y que recuerdan las fluctuaciones cíclicas de las economías liberales). Estas fluctuaciones suelen reproducir, con un año de retraso, las de la producción agrícola. Porque, en efecto, el crecimiento demasiado lento (entre 1952 y 1957, la producción de cereales pasa sólo de 155 a 180 millones de toneladas, y esto infravalorando probablemente la cifra inicial) y las irregularidades de esta última (malas cosechas de 1953, 1954 y 1956) no sólo obligan a racionar estrictamente los alimentos a una población urbana en rápida expansión, sino que, además, el estancamiento agrícola, al limitar las posibilidades de exportación (compuestas, principalmente, de productos agrícolas) y, por consiguiente, las compras de bienes de equipo, y al suministrar insuficientes materias primas a las industrias textiles y alimenticias, frena también el propio desarrollo industrial. La producción de algodón varía de un año a otro no ya en función de las condiciones meteorológicas, sino, simplemente, de la superficie cultivada, que se reduce periódicamente en beneficio de las tierras sembradas, ya que las necesidades en

cereales son prioritarias: de tal forma que, en ciertos años, la industria algodonera trabaja a un nivel sensiblemente inferior a su capacidad. En cuanto a las exportaciones, después del año 1955 su necesidad se hace cada vez más acuciante a causa de la disminución primero, y el cese después, de los créditos soviéticos y de la obligación en que China se encuentra de comenzar a reembolsar la deuda acumulada (a partir de 1956, China vende a la URSS más de lo que compra).

En suma, el crecimiento económico en conjunto depende estrechamente del nivel de la producción agrícola que, sin embargo, permanece prácticamente estacionaria (entre 1955 y 1957, el ritmo de progreso es inferior al de la población). Cuando concluye el primer plan, queda ya claro que, si no se encuentra un medio de sacar a la agricultura del estancamiento en que se encuentra, la propia expansión industrial aparece comprometida (las inversiones de 1957 son incluso inferiores a las de 1956). Indebidamente olvidada por los planificadores, desfavorecida en el reparto de las inversiones, algo desorganizada por la colectivización, la agricultura y los campesinos —que siguen siendo la mayoría de la población— han sido sacrificados. En una China intensamente poblada, subdesarrollada y rural, las consecuencias de esta elección resultan mucho más dramáticas que antes lo fueron en la Unión Soviética. La necesidad y la urgencia de un cambio, un cambio que suprima el estrangulamiento agrícola, explican el giro radical de la política simbolizado por el «Gran Salto adelante» de 1958. Pero Mao y los dirigentes de la China popular se han visto empujados también por otras razones, de naturaleza política o ideológica.

Unidad y moderación: de Bandung a las Cien Flores

El plan quinquenal y la construcción económica constituyen lo esencial de esta etapa y dan sentido al período. Un período que se ha caracterizado también por cierto número de procesos originales, el principal de ellos, una tentativa abortada de liberalización intelectual.

En 1954, las instituciones del país quedan definitivamente fijadas: se reúne una primera Asamblea nacional y adopta (20 de septiembre de 1954) la Constitución de la República popular de China, cuyo quinto aniversario se celebrará jubilosamente algunos días después en presencia de Kruschef y Bulganin. Pero, evidentemente, ni los fastos ni los textos cambian en nada la realidad, que sigue siendo la del poder exclusivo del Partido.

Aunque más importantes que las instituciones del Estado, las del PCC son, sin embargo, en una amplia medida, sólo fachada. Aunque el Congreso Nacional del Partido, teóricamente su ins-

tancia suprema, se elegía en principio por cinco años, lo cierto es que el VIII Congreso, que se reunió en septiembre de 1956, once años después del anterior (Yenan, 1945), sólo será seguido de un IX Congreso en 1969. El Congreso elige el Comité Central (algo menos de un centenar de miembros en 1956 y otros tantos suplentes), que designa a su vez a los diecinueve titulares y seis suplentes del Buró Político. En 1956 se crea el Comité Permanente del Buró Político, cuyos siete miembros (Mao Tse-tung, Liu Shao-ch'i, Chu En-lai, etc.) pasan a ser, de hecho, los verdaderos dirigentes del país. En la época del primer plan quinquenal, estalla una grave crisis, la primera desde la conquista del poder, que afecta a la dirección del partido: la «conspiración» de Kao Kang-Jao Shu-shi. Aunque denunciada oficialmente en abril de 1955, la crisis parece ser anterior, ya que Kao Kang, miembro del Buró Político y principal responsable del Partido en el nordeste (Manchuria), prefirió suicidarse en febrero de 1954, a reconocer sus errores.

Aunque la significación de este episodio continúa siendo oscura, es posible que Kao Kang, acusado de conspirar e intentar construir un «reino independiente» en el nordeste, estuviera en contacto con los rusos y que su caída representara una manifestación de independencia respecto a la Unión Soviética. Sea lo que fuere, las relaciones exteriores siguen estando, durante la mayor parte del período, bajo el signo de la amistad con el «hermano mayor» socialista, que, después de la visita de Kruschef, aumenta su ayuda económica y restituye Port Arthur y Dairen. Al mismo tiempo que la diplomacia soviética, Pekín evoluciona hacia la «coexistencia pacífica», mejorando y estrechando lazos con los Estados no comunistas del Tercer Mundo: es la época de los «Cinco Principios» (1954) y de la Conferencia de Bandung (1955)...

Chu En-lai, que había expuesto en Bandung el rostro sonriente del comunismo chino, es uno de los primeros en anunciar en el interior el movimiento destinado a presentar a los intelectuales no comunistas una imagen agradable del Partido. En enero de 1956 promete a los intelectuales mejores condiciones de trabajo y deplora el sectarismo de numerosos «cuadros» respecto a ellos. La campaña de las «Cien Flores» (1956-1957), que debería representar una experiencia de libertad de expresión y crítica sin precedentes en ningún régimen comunista, se dirigía al principio no tanto a promover una verdadera liberalización —y menos todavía un pluralismo ideológico— cuanto que simplemente a utilizar de manera más racional e intensiva el capital intelectual del país. La empresa está, pues, ligada al Primer Plan y a la construcción socialista: se trata de movilizar unos «recursos» científicos e inte-

lectuales no demasiado abundantes y que un país subdesarrollado no puede permitirse el lujo de despreciar durante más tiempo. Porque, haste ese momento, la burocracia, la desconfianza ideológica, la «reforma del pensamiento» y las repetidas manifestaciones de intolerancia y dogmatismo (como la violenta campaña dirigida contra el poeta y crítico literario Hu Feng, un comunista inconformista detenido en 1955) habían rechazado o alejado del régimen a numerosos científicos, expertos o intelectuales de alto nivel, en particular, los que se habían formado en Europa o América antes de la revolución. Los importantes acontecimientos que por entonces removieron el mundo comunista (XX Congreso del PCUS y «destalinización», liberalización polaca y levantamiento húngaro), por una parte, y el temperamento optimista de Mao, por otra, convencido de que si se abren y rivalizan «cien flores» (escuelas de pensamiento), el marxismo-leninismo saldrá vencedor y se beneficiará, incluso, de las críticas que le dirijan, desvían e introducen en el movimiento una mayor liberalización y una firme voluntad de no perder —o reencontrar— el contacto con los gobernados.

Pero los intelectuales no comunistas se muestran prudentes. Acuciados para que realicen una crítica franca de la acción del PCC, no se desenmascaran. Hasta el punto que el propio Mao intenta un relanzamiento de la campaña en febrero de 1957 (es decir, más de un año después de su comienzo) distinguiendo, en su famoso discurso sobre las «contradicciones», las que son «antagónicas» (y oponen el pueblo a sus enemigos) y las «contradicciones en el interior del pueblo», o no antagónicas (entre ellas, las concernientes a los intelectuales), que deben tratarse con mucha más flexibilidad y comprensión. Pero incluso entonces, y a despecho de las seguridades dadas a los posibles críticos, la «franca discusión» se estableció lentamente. Pero cuando, ante los ruegos y demandas públicamente formulados por los propios ministros (miembros de la Liga Democrática), la discusión se impone por fin (mayo de 1957), se produce una verdadera explosión de descontento, de resentimiento, durante mucho tiempo contenido, y de oposición. Las críticas no sólo toman como blanco los abusos cometidos por los cuadros o la justeza de la acción gubernamental en tal o cual dominio particular, sino el principio mismo del monopolio político del partido comunista. La juventud, objeto de atentos cuidados por parte del régimen, es la más vehemente: en *Pei-ta* (Universidad de Pekín) y otros puntos se desarrolla una agitación estudiantil que recuerda a ciertos veteranos revolucionarios el precedente de mayo de 1919 e inquieta a los dirigentes.

A partir del 8 de junio se produce la inevitable reacción, y la crítica y castigo de los «derechistas» y «contrarrevolucionarios»,

continúan durante más de seis meses, hasta principios de 1958. Muchos intelectuales son «enviados abajo» *(hsia-fang)*, es decir, invitados a participar directamente, con el pico o la escoba, en las tareas de producción o mantenimiento, que la tradición «confuciana» de desprecio por el trabajo manual les había impedido descubrir antes. Y el partido, decidido ya a no hacerles más concesiones, se dedicará más bien a formar sus propios intelectuales, que deberán ser a la vez «rojos y expertos».

Aunque en ningún caso puede interpretarse esta experiencia, poco corriente y rica en enseñanzas, como una trampa maquiavélica, el hecho es que su conclusión contribuye, sin embargo, a la adopción de una línea «dura». Por lo demás, tanto la situación económica (las dificultades y contradicciones analizadas anteriormente, y que se dejan sentir con particular agudeza durante el verano de 1957) como la evolución de las relaciones chino-soviéticas (objeciones de Mao a la forma en que se había conducido la destalinización en Rusia y graves divergencias sobre el problema de la «transición pacífica hacia el socialismo», que contrastan con la continuación conjunta de la política de «coexistencia pacífica», practicada anteriormente) incitaban a la adopción de esta línea «dura».

III. EL «GRAN SALTO ADELANTE» Y SUS CONSECUENCIAS (1958-1965)

Una nueva estrategia del desarrollo económico

A principios de 1958, la China popular se embarca en una loca y emocionante aventura. Puesto que la experiencia del Primer Plan quinquenal ha supuesto una llamada de atención sobre los inconvenientes de una política que no concedía la debida importancia a la agricultura, los dirigentes chinos van ahora a esforzarse en restablecer el equilibrio. Pero, en lugar de frenar para ello el ritmo de la expansión industrial, intentan resolver el dilema desarrollando la agricultura a un ritmo tan rápido como el de una industria, que progresa a su vez a creciente velocidad.

I-ch'iung erh-pai, «primero, son pobres; segundo, son blancos»: así define Mao a los seiscientos millones de chinos en un artículo publicado en abril de 1958, en el primer número de *Bandera Roja*, la nueva revista doctrinal del partido. Pero esta pobreza y este atraso («blanco» evoca a la vez retraso y disponibilidad total) son «en realidad buenas cosas», pues «los que son pobres quieren cambiar lo que existe» y «sobre una hoja de papel blanco pueden escribirse las más nuevas y hermosas palabras» [13]. Así, China, poseedora de la virtud de la indigencia, conseguirá lo

que no habían podido concebir los ricos: encontrará un camino más corto hacia el desarrollo. Realizará un «gran salto adelante», que le permitirá cubrir en dos años los objetivos del segundo plan quinquenal y recuperar, y superar después, en el espacio de quince años, a una potencia capitalista como la Gran Bretaña, cuya industrialización data de antiguo. Puesto que el orden de prioridad escogido por Mao le prohíbe desviar hacia la agricultura una parte de las inversiones reservadas a la industria pesada, el entusiasmo y la frugalidad de las masas suplirán el retraso técnico y la ausencia de capitales.

La nueva estrategia prevé la movilización de una mano de obra rural tradicionalmente subexplotada (el campesino chino trabajaba duro, pero la estación muerta era larga, y si bien la superpoblación incita a incrementar los rendimientos, provoca también despilfarro de mano de obra), que realizará con mucho esfuerzo y pocos instrumentos, grandes trabajos (hidráulica agrícola, conquista de nuevas tierras para el cultivo, etc.), obtendrá mejores rendimientos (gracias a labranzas más profundas, sembrados más juntos, escardas más minuciosas, interminables campañas de destrucción de gorriones, etc.) e incluso creará totalmente una industria rudimentaria y descentralizada, que le permitirá bastarse a sí misma, al mismo tiempo que completará la producción del sector moderno. La «autarquía» del mundo rural (no debe importar nada, pero se espera que exporte mucho hacia las ciudades) y la coexistencia de dos sectores industriales (uno moderno, concentrado y gran consumidor de inversiones; más tradicional el otro, disperso y consumidor de mano de obra) completan esta estrategia de desarrollo. Una estrategia que supone el crecimiento paralelo de dos economías tecnológicas (lo que las declaraciones oficiales llamaban «andar con las dos piernas») y funcionalmente diferentes: una alimenta a la otra, mientras la otra construye el porvenir. Y supone también, es necesario repetirlo, el esfuerzo y sacrificio de todos —sobre todo campesinos—, la abnegación y la emulación, el fervor y el frenesí, avivados por incansables campañas.

La reducida dimensión de las cooperativas agrícolas (que reúnen de media de ciento sesenta a doscientos hogares campesinos) no les permitía organizar los grandes trabajos proyectados. He ahí una de las principales razones de la creación de las famosas «comunas populares», puesto que cada una de éstas equivale a cerca de treinta cooperativas agrícolas y reúne de cuatro a cinco mil hogares (aproximadamente veinte mil almas). Pero la comuna es también una unidad administrativa y militar importante, que crea sus escuelas y entrena a sus milicianos, al mismo tiempo que desarrolla su agricultura, su industria y su comercio. Es, sobre

todo, un centro de experimentación social sin precedente a esta escala, y con el que se intenta realizar una colectivización de la vida cotidiana, que complete y facilite la militarización del trabajo. Refectorios gigantescos, guarderías y servicios gratuitos, etc., liberan a las mujeres y las hacen disponibles para el trabajo productivo, en el que su presencia es tanto más necesaria cuanto que la industria pesada y los grandes trabajos alejan de los campos una parte importante de la mano de obra masculina. Si el «Gran Salto» tiene por objeto acelerar el desarrollo económico, la comuna debe acelerar la transición hacia una sociedad comunista. No se contenta con imponer un relajamiento de los lazos familiares tradicionales: a veces, incluso sustituye el principio de «a cada uno según su trabajo» por el utópico «a cada uno según sus necesidades»...

Las comunas populares se multiplican rápidamente: más rápidamente todavía que las cooperativas de producción tres años antes. La pionera, denominada «Sputnik», se crea en abril de 1958; cuatro meses después, se decide la generalización del sistema y, antes de terminar el año, aproximadamente veintiséis mil comunas reagrupan a más de nueve décimas partes de la enorme población rural china. No obstante, en esta fecha comienza ya el reflujo: adoptada el 10 de diciembre de 1958 por el Comité Central, la resolución de Wu-han, que sanciona la existencia de la nueva institución, inicia una primera retirada táctica. Aplaza el establecimiento de las comunas urbanas, introduce cambios en la organización de las comunas rurales, da ciertas garantías a sus miembros y multiplica las advertencias a los cuadros («la transición hacia el comunismo es un proceso largo y complejo», etc.). En agosto de 1959 (resolución de Lushan), el Comité Central tiene que reconocer que las estadísticas de producción anunciadas en 1958, en pleno entusiasmo del Gran Salto adelante, son erróneas, y se ve obligado a rebajar notablemente los objetivos fijados para 1959: para los cereales, por ejemplo, sólo se pide ahora una cosecha de 250 millones de toneladas, frente a las 350 largas calculadas anteriormente (de hecho, la cosecha apenas debió sobrepasar los 200 millones de toneladas, si es que alcanzó esa cifra) y se reduce de 525 a 275 millones de toneladas el objetivo para 1959 (se cosecharán 180). Sometidos a una intensa presión para alcanzar y superar normas extravagantes, los cuadros las habían sobrepasado, al menos sobre el papel. A partir de 1960 el régimen no publicará ya estadísticas de producción. De ahí que los especialistas, sin apenas datos, cuando intentan apreciar cuantitativamente la evolución de estos últimos años, tanto en el terreno económico como en el que concierne al crecimiento demográfico, se vean obligados a desempeñar el papel de adivinos.

Los promotores de las comunas populares y del Gran Salto adelante experimentan, pues, muy pronto (a partir del otoño de 1958), desilusiones y desengaños, que no tardarán en dar paso a dificultades cada vez mayores y, finalmente, al desastre. En efecto, los años 1960 y 1961 serán los más negros que la China popular haya conocido, y habrá que esperar a 1963 ó 1964 para que la economía china se recupere verdaderamente —aunque subsistan secuelas— del accidente provocado por el brusco cambio de 1958-1959. Los esfuerzos y excesivos sacrificios pedidos a los trabajadores rurales no han dado los resultados esperados (porque los sembrados están demasiado juntos, o porque el estiércol se ha enterrado a una profundidad que en ocasiones alcanza 1,50 m, o porque pululan insectos nocivos que antes eran destruidos por los pájaros, o porque un excesivo riego ha provocado la salinización o la alcalinización del suelo, o por la desorganización de los transportes, o el retraso técnico que transforma en desastre la experiencia de los «pequeños altos hornos», etc.) y han fatigado, desalentado y a menudo descontentado a las «masas». Aquí y allá se manifiesta una resistencia pasiva; se ha roto un resorte.

En la industria, los productos son a veces inutilizables y el material resulta gravemente deteriorado: se han dejado de lado los controles de calidad, así como el mantenimiento y las reparaciones de las máquinas, a fin de producir más y más deprisa. Errores de planificación, favorecidos por el alejamiento de los expertos (las «Cien Flores» les han hecho sospechosos o indeseables y, de cualquier forma, la atmósfera del Gran Salto se acomoda mal a su prudencia) provocan graves desequilibrios: exceso de inversión, especialmente en la industria pesada, que produce más bienes de equipo que los que la economía puede absorber; extrema descentralización, llevada hasta el punto en que se hace imposible toda planificación a escala nacional; multiplicación excesiva de las industrias y talleres locales (los numerosos proyectos lanzados por las autoridades locales o regionales del Partido compiten por la atribución de créditos, materias primas y mano de obra, con empresas vitales para el desarrollo de la nación), etc. A todas estas dificultades, aumentadas por la mala fortuna (de 1959 a 1961 reinan condiciones meteorológicas desfavorables), vienen además a añadirse los efectos de la brusca retirada de los técnicos soviéticos, durante el verano de 1960, a consecuencia de la creciente deterioración de las relaciones entre ambos países. Los ingenieros rusos vuelven a su país llevándose consigo los planes y las instrucciones técnicas, mientras que la supresión o el cese de la entrega de máquinas soviéticas hace inútiles las nuevas realizaciones: en esta época, sólo se había entregado e instalado todavía una de las ocho turbinas gigantes de

la gran central hidroeléctrica de San-men, en el río Amarillo...

Después de 1960, China sufre una verdadera crisis económica. En 1960, la producción industrial alcanzaba el punto máximo, después de haber experimentado, durante los dos primeros años del Gran Salto, un ritmo de progreso más rápido todavía que durante el Primer Plan: y ello no solamente en razón del aflujo de mano de obra y del extraordinario incremento de las inversiones (¡sólo durante los años 1958-1959 fueron superiores a la totalidad de las inversiones industriales del primer plan quinquenal!), sino también gracias a la conclusión de numerosas fábricas construidas durante el Primer Plan y puestas en marcha en 1958. Algunas de estas fábricas y muchas otras cierran a causa de la desorganización y el marasmo de 1961, año durante el cual la producción industrial baja, según ciertas estimaciones, de un 50 a un 75 por 100 (las cifras de 1962 parecen haber sido ligeramente inferiores a las de 1961). La recesión industrial sigue y prolonga, con un año de retraso, la crisis agrícola: la cosecha más desastrosa es la de 1960 (quizá 160 millones de toneladas de cereales, frente a los 180 de 1957 y los 200 de 1958). La primavera de 1961 fue, sin ninguna duda, el momento más trágico: las disponibilidades alimenticias por cabeza debieron descender a un nivel próximo al de la India (en 1957 eran del 25 al 40 por 100 superiores) y la ración cotidiana no debió superar las 1.800 calorías y quizá ni siquiera eso.

Un eficaz racionamiento distribuye al menos bastante uniformemente la escasez y limita el número de víctimas del hambre. Se devuelve a los campos a unos veinte millones de personas, que el Gran Salto había atraído hacia las ciudades o expulsado de las aldeas (la población urbana había pasado de 92 millones de habitantes en 1957 a 130 millones en 1960...) y a los que la recesión industrial había convertido en parados hambrientos. Se importan, en fin, 16 millones de toneladas de cereales en tres años (1960-1963), principalmente del Canadá y de Australia: terrible necesidad para un país subdesarrollado que había comenzado a construir su industria por medio de las exportaciones de productos alimenticios. Aunque estas importaciones sólo pudieron incrementar en un 2 por 100 la ración cotidiana media (menos de 40 calorías por chino y día), dirigidas sobre todo hacia las grandes ciudades de China del norte, evitaron, sin embargo, lo peor.

Sólo se trata, en estos casos, de verdaderas medidas de urgencia. Los remedios hay que buscarlos en el desmembramiento de hecho de las comunas y en la concesión a sus miembros de «pequeñas libertades» (en primer lugar, el derecho de cultivar una parcela individual, de criar cerdos y ovejas e incluso de vender algunos productos en las ferias rurales). Y en el restablecimiento de la autoridad de los expertos (aunque nadie se atreva a atacar

abiertamente la consigna tan frecuentemente repetida desde 1958: «la política en el puesto de mando»), la reintroducción de estímulos materiales (e incluso de la práctica del trabajo a destajo) en la industria, la rehabilitación del cálculo económico en la gestión de las empresas. En fin, bajo el impulso de la necesidad, se lleva a cabo una implacable revisión: a partir de la primavera de 1962 (e incluso desde 1961) se cambia totalmente el orden de prioridades en el campo económico. A la cabeza, la agricultura; la industria ligera, después y, en último lugar, la industria pesada. Dentro de ésta, la preferencia se concede, a partir de ahora, a sectores indispensables para el desarrollo de la agricultura, como la industria de abonos químicos, cuya producción, aunque en rápido progreso (cerca de tres millones de toneladas en 1963), está todavía muy lejos de satisfacer un consumo que es también demasiado bajo [14]. Esta nueva estrategia de sumisión a la realidad difiere aún más del modelo soviético que la inaugurada en 1958: porque el Gran Salto no había dudado nunca del dogma de la prioridad de la industria pesada (a pesar del desarrollo *simultáneo* de una pequeña industria descentralizada) y la concepción de las comunas populares no era en el fondo muy diferente a la que había inspirado a Nikita Kruschef, en 1951, su proyecto de «ciudades agrícolas». Además, la estrategia de 1962 incrementa la parte del consumo personal en detrimento de las inversiones: prudencia y renuncia (quizá sólo temporales), tan opuestas a los planes estalinianos como a la política económica anterior de la China popular.

Este tardío retorno al sentido común acabaría por producir sus frutos: la cosecha de 1964 ha sido una de las mejores, si no la mejor, que China obtuviera nunca (alrededor de los 200 millones de toneladas de cereales, como en 1958). Pero incluso si la agricultura ha recuperado, y superado después, en 1964 y 1965, su nivel de 1957, las disponibilidades alimenticias por cabeza siguen siendo inferiores a las que existían la víspera del Gran Salto. Los cultivos de verduras y frutas se desarrollan alrededor de las aglomeraciones urbanas, elevando notablemente el nivel de, al menos, una parte de los campesinos, que amplían poco a poco el mercado de una industria de consumo a partir de ahora más tenida en cuenta. Incluso la propia industria pesada se resiente mucho menos de lo que cabría suponer dada la nueva preferencia concedida a la promoción agrícola: en efecto, ésta no solamente requiere abonos químicos e insecticidas, sino también la electrificación y la mecanización de la agricultura, el equipo necesario para la irrigación e incluso el desarrollo de los transportes locales o regionales. De una manera muy esquemática, podría decirse que desde 1953 la industria pesada se desarrolló para sí misma y que, a partir de 1962, se desarrolla para servir a la agricultura [15].

En todo caso, parece haber alcanzado, en 1965, un nivel de producción doble al de 1957. Durante esos ocho años, la industria en su conjunto, comprendido el artesanado, ha progresado quizá del 40 al 50 por 100 (recordemos una vez más el carácter tan hipotético como aproximativo de esos diversos cálculos, que constituyen, sin embargo, con las no menos azarosas conjeturas demográficas, el punto indispensable de partida de toda tentativa para apreciar el porvenir del país y de la propia revolución) [16].

Por consiguiente, aunque en vísperas de la Revolución cultural se pueda afirmar que China ha enderezado ya su economía, e incluso aunque haya sido capaz, en octubre de 1964, de hacer explotar su primera bomba atómica, la crisis y el retroceso consecutivos al Gran Salto retrasaron quizá de cinco a ocho años el desarrollo de su economía. Pero el hecho mismo de que China haya pagado tan caro los errores y la impaciencia de sus dirigentes confirma que éstos tuvieron razón en buscar, para su país, una vía diferente a la vía soviética y contribuye paradójicamente a explicar el exceso de su prisa. Entre 1929 y 1932 la colectivización agraria había causado, por lo menos, tantos daños a la agricultura soviética como el Gran Salto causaría a la agricultura china una generación más tarde. Ahora bien, la expansión industrial en la URSS del primer plan quinquenal continuó, sin embargo, a idéntico ritmo y las exportaciones de cereales soviéticos en el período de entre guerras no fueron nunca tan elevadas como en 1931, año de la peor cosecha. Lo que muestra claramente, por comparación, los estrechos márgenes con que tenían que contar y trabajar los chinos, así como la necesidad en que se encontraban de intentar una nueva vía.

Aislamiento y divisiones: La crisis del campo socialista...

La vía «china»: vía china tanto en el dominio ideológico como en la política exterior. Porque, al mismo tiempo que repudia el modelo soviético de desarrollo, la China popular se va alejando progresivamente de lo que no tardará en denunciar como el «revisionismo moderno» y que implica en su opinión, a la vez, un abandono de los principios leninistas y una aproximación al Occidente capitalista de graves consecuencias. Mientras que Moscú continúa y desarrolla la política de coexistencia pacífica, Pekín endurece su actitud y se aísla, confirmando el giro anunciado por Mao en el otoño de 1957. Durante el verano de 1958, la República popular ataca las islas costeras del estrecho de Taiwan, que siguen en poder de los nacionalistas, protegidas por los norteamericanos: es la segunda crisis de Quemoy, después de la de principios de 1955. Al año siguiente, el levantamiento tibetano (moti-

vado por la «chinización» y la inmigración de colonos chinos, sí, pero también por la resistencia a los esfuerzos de transformación «socialista» de una sociedad que continúa siendo muy tradicional) provoca primero una represión muy dura (al parecer, murieron setenta y cinco mil tibetanos, es decir, la veinteava parte de la población) y, después de la huida del Dalai Lama a la India, un claro enfriamiento de relaciones entre los dos grandes países del Asia continental. En fin, tres años después (octubre-noviembre de 1962) un conflicto fronterizo en pleno Himalaya acaba degenerando en abiertas hostilidades en la región de Ladakh. Hostilidades que procuran a Pekín la ocasión para mostrar la prueba de la mayor eficacia de su sistema. Esta política exterior «resuelta» (que prolonga una expansión interna no menos resuelta de la población Han en los confines septentrionales, occidentales e, incluso, meridionales del país) no excluye, sin embargo, el realismo: aproximación con la Francia capitalista, en el momento en que ésta se decide por fin (enero de 1964) a reconocer a la China popular, y prudencia en el compromiso con el Viet-Nam del Norte bombardeado (a partir de 1965). Pero todo ello dominado por un militantismo y una rigidez que provocan graves descontentos, a pesar de la inmensa atracción que ejercen las tesis y el modelo chino entre los desheredados del Tercer Mundo.

El caso es que, a golpe de argumentos ideológicos (argumentos generalmente de no muy alto nivel), los dos grandes Estados socialistas —o «protosocialistas» [17]— se desgarran entre sí. Pero si la ideología influye evidentemente en estas diferencias, no puede decirse que sea la única causa. Intervienen también la geopolítica (los dos gigantes se enfrentan en Asia central), los intereses económicos y la historia: la de los movimientos revolucionarios, que ha dado a los dirigentes una experiencia tan diferente, acompañada para los chinos de recuerdos amargos, pero también la historia nacional y las tradiciones culturales dispares que ésta ha desarrollado. Lo esencial hay que buscarlo quizá en la diferencia de situación, el desajuste entre una revolución joven y una revolución ya «rutinizada» (en el sentido weberiano), entre un país pobre, enfrentado con los problemas del desarrollo y de la superpoblación, y una «superpotencia» a la que sus propios progresos plantean hoy problemas económicos, sociales, políticos e incluso diplomáticos, totalmente nuevos.

El ataque ideológico lanzado por los chinos en agosto de 1960, en la editorial *Viva el leninismo*, la violenta réplica de Kruschef en el Congreso del partido comunista de Rumania en junio y, en fin, la retirada brutal de los expertos dos meses más tarde, testimonian la sensible agravación de una disputa que, en secreto durante mucho tiempo (sus orígenes se remontan a la destaliniza-

ción), continuaría después a través de yugoslavos y albaneses. Después de la guerra chino-india (Moscú suministró Migs a la India) y la crisis cubana del verano de 1962, en la que Kruschef se hizo reo, a juicio de los chinos, primero de «aventurismo» y después de espíritu de capitulación, los ataques se hicieron más directos y duros. A partir de 1963, la ruptura queda consumada. Un artículo muy importante («Sobre el seudo-comunismo de Kruschef y las lecciones históricas que implica para la humanidad») publicado el año siguiente en Pekín, insiste en el ejemplo negativo que ha dado la URSS contemporánea, producto ejemplar de la degeneración de una revolución. En fin, en septiembre de 1965, el mariscal Lin Piao, ministro de Defensa Nacional, en un artículo conmemorando el XX aniversario de la victoria sobre el Japón, confiere un valor universal al modelo chino de revolución y a la estrategia maoísta en particular. Hace del Asia, Africa y América latina las «zonas rurales del mundo», destinadas a cercar las «ciudades» del planeta (América del norte y Europa occidental): siguiendo la vía experimentada en China, la revolución mundial triunfará.

... y la del Buró Político

La declaración que estigmatiza el «seudo-comunismo» de Kruschef y la de Lin Piao, no solamente suministran indicaciones sobre la «política exterior» de la China popular y sobre la candidatura a la dirección del movimiento revolucionario mundial. Porque, cuando todavía no ha transcurrido un año de su declaración de septiembre de 1965, Lin Piao será oficialmente nombrado delfín de Mao Tse-tung. En cuanto al estudio dedicado al «seudo-comunismo» de Kruschef, si analiza el proceso de descomposición soviética es para demostrar el que amenaza a la propia China, si no se dedica inmediata y enérgicamente a combatir la ineluctable degradación revisionista. Durante esta época (1964-1965) tales tesis, que reflejan el pensamiento de Mao, no son compartidas por el conjunto de los dirigentes del partido y del país. El choque provocado por el Gran Salto y sus consecuencias han sido fatales para la cohesión del Buró Político, cohesión que se inicia probablemente en la época de la colectivización agraria del VII Congreso (1955-56). El fracaso del Gran Salto adelante constituye, en una amplia medida, un fracaso personal de Mao, que en el mes de diciembre de 1958 abandona la presidencia de la República, de la que poco después se hace cargo Liu Shao-ch'i.

En el pleno de Lushan, en agosto de 1959, P'eng Te-huai, ministro de Defensa y compañero de combate desde hace tres decenios, critica vivamente la política interior y exterior del Bu-

ró Político, y paga este atrevimiento con su desgracia definitiva (paga también, es verdad, la iniciativa de escribir a los soviéticos una carta exponiendo sus críticas sobre su propio partido). Los acontecimientos de los años siguientes (catástrofe económica, retirada de los técnicos soviéticos) confirman, sin embargo, lo fundado de las advertencias de P'eng Te-huai. Por lo demás, la flexibilización de la política económica y social que estos acontecimientos imponen aumenta la influencia de los moderados y los pragmáticos.

Si, por una parte, esta «campaña de reajuste» económico constituye un éxito, por otra, en cambio, plantea nuevos problemas, contribuyendo a desarrollar y privilegiar la casta de los expertos, la racionalización burocrática y una flexibilidad neutra en detrimento del impulso revolucionario y de la ideología. De ahí que la explicación del contraataque cada vez más resuelto, lanzado por Mao, a partir del otoño de 1962, contra sus «oponentes», haya que buscarla, no sólo en la voluntad de reconquistar un poder que se le había escapado parcialmente, sino también en su profunda desconfianza respecto a los oportunistas y burócratas, y en la inquietud que le inspiraba la evolución psico-sociológica de su pueblo. Antes de esta fecha, Lin Piao había difundido ya en el ejército el estudio del «pensamiento de Mao», colocando a la cabeza de los nuevos burós regionales del partido comunista a un grupo de generales, instrumentos de una futura reconquista del partido por la facción «maoísta». Mas la gran acción, a la vez clandestina y pública (campañas de «educación socialista», campañas de emulación de héroes inspirados por el «pensamiento de Mao», como Lei Feng, etc.), lanzada por Mao y sus fieles para intentar purgar al partido y al pueblo de la podredumbre «revisionista», tuvo lugar a partir del X pleno del Comité Central (del 24 al 27 de septiembre de 1962). Pero, en el interior del partido, escépticos y oponentes sabotean eficazmente estas campañas y sucesivos movimientos. La lección de tres años de inútiles esfuerzos para encontrar de nuevo eco entre los dirigentes y hacer prevalecer su política no cayó en saco roto: después de una última sesión del Comité Central (septiembre de 1965), que le confirma —o descubre— la amplitud y determinación de la oposición, Mao se decide a intensificar y extender los ataques contra ésta recurriendo a un método inédito.

IV. LA REVOLUCION CULTURAL (1965-1969)

Los acontecimientos de los años 1962-1965 constituyen el preludio directo de la revolución cultural. Como ellos, ésta parece en

principio una lucha interna del partido: lucha por el poder y lucha por una política.

Es perfectamente verosímil que los cuadros del partido y de la administración hayan temido que tal o cual aspecto del programa maoísta (incesantes campañas y movilización de las masas, desconfianza respecto a los estímulos materiales de la producción agrícola, por ejemplo, o respecto a los expertos, sospechosos de tibieza revisionista, etc.), más que favorecer, obstaculizaran la construcción económica y complicaran gravemente las relaciones con sus administrados. Además de esas consideraciones de realismo o de prudencia política, han podido y debido añadirse en muchos de esos «burócratas comunistas» reacciones características tanto de la «nueva clase» [18] como de la burocracia china tradicional: reflejo de defensa de los intereses adquiridos y protección de las ambiciones familiares, e incluso de los pequeños reinos más o menos autónomos que se fueron constituyendo poco a poco y que se vieron también, igualmente amenazados por brutales innovaciones, impedimentos o controles constantes del centro.

Lucha de Mao contra la renaciente burocracia y sus privilegios, pero también oposición entre un «voluntarista», entre un «revolucionario romántico», que confía en la perfectibilidad de la naturaleza humana y en los milagros de la voluntad y el desinterés («las fuerzas subjetivas»), y los practicones de la revolución que se atienen a la situación objetiva: tal nos parece ser, en una primera aproximación, el sentido general del conflicto. Un conflicto que, con anterioridad incluso al desencadenamiento de la revolución cultural, debió de enfrentar a una minoría maoísta con la mayoría del Buró Político y del Comité Central, y con un buen número de cuadros regionales y locales del partido. Aunque la «oposición» a la persona e ideas del prestigioso presidente del partido no sería expresada casi nunca abiertamente, mostrándose sólo de forma deferente y silenciosa, ello no quiere decir que esta oposición no haya conseguido incumplir o cambiar sutilmente sus directivas, aprovechándose de los diversos triunfos que le confería su posición dentro de la burocracia: clientelas personales, manipulación de los medios de información, disposición de ciertos recursos materiales, etc.

Si este análisis se confirmara, es concebible que, a partir del otoño de 1965, Mao Tse-tung haya lanzado una nueva ofensiva para intentar liquidar esta resistencia, apoyándose en un pequeño grupo de incondicionales (su mujer, Chiang Ching, Ch'en Po-ta, su secretario de la época de Yenan, etc.), en la alianza —probablemente táctica y difícil, pero en ningún caso desdeñable— con esa fracción de los «burócratas» del gobierno y de la administra-

ción inspirada y encarnada por Chu En-lai y, sobre todo, en el ejército (o al menos en esa mayoría del ejército que tiene en sus manos el ministro de Defensa Lin Piao). Aunque habría que añadir, naturalmente, las «masas», es decir, en lo esencial, la juventud y su punta de lanza: los «guardias rojos». Cabe suponer que estas dos últimas fuerzas, ejército y masas, se completen en algún modo y puedan sustituirse entre sí, aunque el ejército —al margen de algunas acciones decisivas, pero limitadas, como la que asegura a los maoístas el control de los *mass media* en la capital—, en reserva durante tanto tiempo como en reserva estuvo la presión de los guardias rojos, parece suficiente para intimidar y neutralizar a los adversarios.

A grandes rasgos, se pueden distinguir cuatro etapas en el desarrollo de la revolución cultural.

De noviembre de 1965 a mayo de 1966 no se trata aún más que de una fase preparatoria y la ofensiva maoísta es discreta e incluso soterrada. Oficialmente se dirige contra personajes de segunda fila (publicistas o escritores que habían criticado a Mao, como Wu Han, cuya obra de teatro *El despido de Hai Jui* constituía una alusión directa a la caída en desgracia de P'eng Te-huai), pero amenaza también ya a personalidades como el alcalde de Pekín y miembro influyente del Buró Político P'eng Chen (Wu Han, alcalde adjunto de Pekín, y Teng T'o, otro blanco de los primeros ataques de la prensa, forman parte de los principales subordinados de P'eng Chen).

La caída de este último, consumada en mayo y anunciada el 3 de junio, inaugura la segunda etapa de la revolución cultural (mayo de 1966-comienzos de 1967). Acantonada hasta entonces casi exclusivamente en los medios literarios, artísticos y universitarios, la crítica y la depuración escogen a partir de ahora sus blancos entre los más altos dirigentes políticos del país. En julio son sustituidos los principales responsables de la información y la propaganda (Chu Yang, el Zdanov chino, y el ministro de cultura Lu Ting-i). A finales de mes, Mao se considera lo bastante fuerte como para «bombardear el cuartel general», es decir, atacar directamente a sus adversarios más poderosos dentro del Buró Político y del Comité Central. Abandona Shanghai, donde se había atrincherado un poco antes, y vuelve a Pekín para derrotar —en el curso de una batalla puramente política— al Presidente de la República, Liu Shao-ch'i, y al secretario general del partido, Teng Hsiao-p'ing, que, hasta ese momento, habían conservado bastante sólidamente en sus manos la máquina del partido. Es probable que, para congregar contra ambos una mayoría en el XI Pleno del Comité Central, reunido del 1 al 12 de agosto de 1966, Mao haya «reforzado» el CC (una mitad de cuyos miembros no

participó en esta histórica sesión) con miembros de un «grupo de la revolución cultural» de Mao y adoptó la famosa «decisión en dieciséis puntos», que, a partir de ahora, servirá de constitución para la «gran revolución cultural proletaria».

Durante la segunda fase, la revolución cultural reviste ese carácter de manifestación pública, que atrajo la atención de todo el mundo hacia Pekín: aparición de los primeros grupos de guardias rojos en mayo, a los que no tardarían en seguir los «periódicos murales», que denuncian primero a los «burgueses» y «revisionistas» en los puestos de mando y pasan después a críticas y humillaciones públicas de tal o cual profesor o intelectual conocido. El final del verano y el otoño de 1966 se caracterizan por una acentuación de la presión de las masas y una intensificación del culto al «pensamiento de Mao»: el terrorismo y en seguida el desorden se apoderan insidiosamente de Pekín y otras grandes ciudades. Pero, a pesar del recrudecimiento de los ataques (que en el caso de Liu Shao-ch'i y de Teng Hsiao-p'ing se hacen públicos en octubre de 1966) y de la extensión de la depuración y las detenciones, los guardias rojos, lo bastante fuertes como para atacar, pasear o ridiculizar impunemente a dignatarios del partido y veteranos de la guerra revolucionaria, resultan, sin embargo, impotentes para desalojar e incluso para desenmascarar a los numerosos oponentes del interior del partido. E incluso ocurre a veces que estos últimos, declarándose también adictos al «pensamiento de Mao» («blanden la bandera roja para poder atacarla mejor», acusa la propaganda maoísta), consiguen enfrentar entre sí a grupos de guardias rojos rivales. En las fábricas, los obreros resisten a la intrusión de guardias rojos y reivindican; e incluso el campesinado se agita...

A partir de 1967, los maoístas desencadenan una ofensiva más sistemática contra numerosos cuadros del partido y se esfuerzan por reconquistar el conjunto de los órganos provinciales y locales del poder: es la tercera etapa de la revolución cultural, que durará hasta agosto de 1967. Comienza en Shanghai y pronto es seguida del establecimiento de los primeros «comités revolucionarios» provinciales, órganos temporales del nuevo poder. Abiertas o encubiertas, las resistencias se prolongan y el ejército mantiene a duras penas un orden muy relativo. La situación se complica por el hecho de que la facción maoísta pronto debe luchar en dos frentes: contra los burócratas «liuistas» (partidarios de Liu Shao-ch'i) y contra los «ultraizquierdistas» que pretenden a un tiempo intensificar la política anti-Liu y extender la condena a hombres como el ministro de asuntos exteriores Ch'en I, con la segunda intención de minar la posición del propio Chu En-lai.

La cuarta y última etapa (septiembre de 1967-abril de 1969)

culmina, a costa de serios compromisos, la lenta y laboriosa reconquista del poder por la facción maoísta. Las principales purgas afectan ahora a los «ultraizquierdistas», mientras que cierto número de antiguos cuadros recuperados se integran en una «triple alianza» que les une a representantes del ejército y a «rebeldes revolucionarios» maoístas. Es decir, que los nuevos «comités revolucionarios» provinciales, que se multiplican en 1968, están constituidos sobre unas bases más ambiguas que los de comienzos de 1967.

Una vez establecidos estos comités en todas las provincias, los maoístas pueden convocar un 12.º pleno del VIII Comité Central (que destituye oficialmente a Liu Shao-ch'i en octubre de 1968), y luego el IX Congreso (abril de 1969), que sanciona la victoria de los maoístas o de sus aliados más moderados [19].

V. DEL IX AL X CONGRESO (1969-1973)

Entre el VII (1945) y el VIII (1956) Congresos del PCC habían transcurrido once años, y trece entre el VIII y el IX. Apenas cuatro años han separado a este último del X Congreso, reunido en agosto de 1973. En este breve lapso de tiempo, la situación interior y exterior de China popular sufrió una profunda transformación. Tras la eliminación de Ch'en Po-ta, al que la revolución cultural había elevado al cuarto rango en la jerarquía del régimen, el propio delfín, Lin Piao, fue separado del poder. Acusado de haber conspirado contra el presidente Mao, encontró la muerte, según la versión oficial, en septiembre de 1971 fuera de las fronteras chinas, en Mongolia, cuando trataba de huir en compañía de sus principales cómplices, en su mayoría militares de alta graduación. Mientras que algunos de los protagonistas de la revolución cultural eran condenados y alejados, otros de los que la revolución cultural había atacado, criticado y destituido volvían al poder. Entre éstos, muy numerosos, reapareció en la escena política en el curso de estos últimos tiempos un personaje que estuvo durante mucho tiempo asociado a Liu Shao-ch'i: el antiguo secretario general del partido Teng Hsiao-p'ing. A escala regional, los nuevos órganos directivos del PCC están repletos de ex-secretarios del partido denunciados en 1966 o de generales «perseguidores de guardias rojos» en 1967. En cuanto a las masas, no han obtenido más que una representación simbólica en los comités provinciales y locales del partido, reconstituidos después de la revolución cultural. En resumen, la etapa posterior a la revolución cultural tiene un poco el aspecto de desaprobación de aquélla, tanto más cuanto que no sólo se reintegra a sus puestos a los dirigentes «liuistas», sino que se aplican, además, sin decirlo,

determinadas políticas llevadas a cabo bajo la égida de Liu en vísperas de la revolución cultural.

En el exterior, el acercamiento a los Estados Unidos, simbolizado de forma notoria por la visita de Nixon a Pekín en febrero de 1972, marca también el fin de una era. Obedeciendo a los imperativos de la diplomacia más clásica, los dirigentes chinos juzgaron prudente no seguir enemistados a la vez con los dos países más poderosos del planeta. Hayan precedido o seguido al viaje de Nixon, la entrada de China popular en las Naciones Unidas (decidida por la Asamblea General en octubre de 1971) y el reconocimiento del régimen comunista por numerosos países han sido favorecidos por la reconciliación chino-americana. Estos éxitos diplomáticos han atraído de nuevo la atención de la opinión internacional hacia la China revolucionaria. Pero esta nueva atención y este prestigio reforzado son, en parte, el fruto de un malentendido: la participación en las Naciones Unidas y los reconocimientos en cadena ponen simplemente fin a una situación anormal. Quizá, incluso, no se hubiera alcanzado este resultado modesto y tardío sin el acusado giro de la diplomacia china, mucho más militante en la época de la revolución cultural.

Hoy en día (comienzos de 1974) la campaña en curso dirigida contra Confucio y sus émulos contemporáneos puede servir de preludio a una nueva ofensiva contra una política exterior y sobre todo interior considerada oportunista y derechista, e incluso «restauradora» por algunos de los dirigentes supremos. En tal caso, el incansable octogenario Mao-Tse-tung podría aparecer, una vez más, como el portavoz de los descontentos. ¿No predijo acaso, ya en la época de la primera, que serían necesarias nuevas revoluciones culturales durante mucho tiempo?

Lo que la historia corre el riesgo de atribuir al Mao deificado después de 1949, es quizá menos lo que ha hecho —a veces mal inspirado— que su negativa a tomar partido por las renacientes desigualdades. Su insatisfacción le ha llevado a denunciar incansablemente las dificultades y las contradicciones que, lejos de ser propias de la revolución china, son inherentes a la misma revolución: rutinización y debilitamiento del espíritu revolucionario, consolidación de una clase atrincherada en sus privilegios, etc. Su crítica de una política educativa, económica o sanitaria que favorecía a los habitantes de las ciudades en detrimento de los del campo no careció de fuerza ni de pertinencia. El envío de millones de jóvenes diplomados al campo (movimiento que los chinos llaman *hsia-hsiang*), la formación acelerada de «médicos descalzos» que dispensan los primeros auxilios a los aldeanos y aldeanas (y les enseñan los caminos y los medios de la planificación de los nacimientos), la descentralización industrial que multiplica en

los medios rurales las empresas necesitadas de más mano de obra que de equipo y capital, son otras tantas iniciativas atribuidas, con razón o sin ella, a Mao, que, en caso de demostrar su eficacia en China popular, podrían ser aplicadas mañana en otros países del Tercer Mundo.

Pero estas recetas, que no son sino remedios destinados a prevenir, frenar o compensar el retorno de las disparidades e injusticias más llamativas, no pueden servir de sustituto a una estrategia del desarrollo a largo plazo. El constante vaivén (acceso de un militantismo inquisidor e igualitario entremezclado de períodos de consolidación) confirma que Mao y los maoístas no han conseguido hasta ahora oponer a la gestión y a las realizaciones de los burócratas a los que vilipendian una política «creíble» y duradera. No pueden gobernar sin los burócratas, forman parte activa de un sistema cuyos abusos denuncian sin ponerlo en tela de juicio. La «lucha entre dos líneas» no es una invención de la propaganda maoísta. Hay que precisar, sin embargo, que esta lucha se desarrolla en el seno de una reducida minoría de veteranos y que las dos líneas están situadas en un mismo plano, sin que ninguna de las dos facciones en pugna esté dispuesta a llegar —más que de palabra— a plantear la cuestión del poder oligárquico.

No hay por qué extrañarse de que ni la revolución china ni el maoísmo sean tan ejemplares como algunos, aquí y allí, se obstinan en imaginar. Y tampoco sería equitativo valorar los progresos realizados o iniciados desde hace un cuarto de siglo midiéndoles por el rasero de las ambiciones proclamadas. Si olvidamos por un momento éstas, nos encontraremos con un balance bastante impresionante, sobre todo en el orden del *fu-chiang* («riqueza y poderío») que han buscado ardientemente, desde el siglo pasado, toda clase de reformadores e incluso servidores de la dinastía manchú. Menos brillantes y decisivos de lo que a veces se escribe, los progresos de la economía china son, al menos, lo bastante importantes como para que una población mucho más numerosa esté hoy alimentada y vestida de forma más regular y más equitativa de lo que lo estaba bajo el antiguo régimen. Más que el bienestar de los ciudadanos, es ante todo la grandeza de la nación la que hasta ahora se ha beneficiado de la revolución, y los chinos de la diáspora aprecian, al igual que los del continente, la reconquista clamorosa de la independencia, de la influencia y del prestigio por la antigua patria humillada y avasallada por un siglo de pesadilla. A fin de cuentas, para los maoístas resulta muy inoportuno este cumplido, que es, sin embargo, el que con menos reparos se otorga a los comunistas chinos: hasta hoy, su éxito más indiscutible consiste en haber progresado, con mucha más eficacia, por el mismo camino que sus predecesores.

Durante más de veinte años, la supervivencia del régimen nacionalista en la isla de Taiwan (Formosa) ha dependido de la flota americana. Pero lejos de mostrarse agradecido hacia sus protectores, Chiang reprochaba a Washington su excesiva «blandura» con respecto a Pekín y sólo soñaba con reconquistar «el continente». Siempre con la ayuda americana, mantenía un ejército de 600.000 hombres (casi la veinteava parte de la población total), al que esperaban con impaciencia, cosa de la que estaba seguro, centenares de millones de compatriotas que gemían bajo el yugo comunista.

A pesar de esta atmósfera de guarnición y de esta política nostálgica, los problemas de Taiwan son, como los de China popular, esencialmente de orden interno. La superficie y la población de la isla (36.000 km^2 y casi 16 millones de habitantes) son un poco superiores a las de los Países Bajos; su densidad es una de las más fuertes del globo (440 habitantes por kilómetro cuadrado, 1.750 por kilómetro cuadrado cultivado). Aunque la natalidad haya disminuido en un 50 por 100 (23 por 1.000 en 1972 frente a 45 por 1.000 en 1956 y más aún en los años anteriores), la tasa de crecimiento natural alcanza casi un 2 por 100 anual (¡alcanzaba un 3,5 por 100 en los años 50!): en total, la población se ha duplicado desde 1950.

La presión demográfica es, pues, tan fuerte como la del continente. Pero los rápidos progresos de la economía y un nivel de vida bastante menos bajo (el tercero de Asia, después del Japón y de Malasia: 400 dólares por cabeza en 1973) hacen que el problema sea simplemente serio y no, como en la China popular, verdaderamente trágico. Una reforma agraria enérgicamente realizada ha reducido la tasa de las rentas agrarias, favorecido la extensión de la pequeña propiedad y mejorado considerablemente la suerte del campesino medio. Todo ello, conjugado con unas medidas de promoción agrícola muy eficaces gracias a la asistencia de los consejeros americanos de la «Comisión mixta chino-americana para la reconstrucción rural» [20], ha permitido un alza impresionante y regular de la producción agrícola. La industria, sobre todo la de consumo, ha progresado más rápidamente todavía. En total, la tasa de crecimiento anual del conjunto de la economía se ha situado entre el 7 y el 8 por 100 durante el primer decenio y ha alcanzado el 10 por 100 en el curso del segundo: de todos los estados asiáticos, sólo el Japón progresa algo más rápidamente.

Sin embargo, dado que la ayuda americana (mil quinientos millones de dólares de ayuda económica y más de dos mil millones

de ayuda militar entre 1950 y 1965), ha sido casi tan notable como su progreso, la experiencia de Taiwan no puede considerarse como un modelo de desarrollo económico. En efecto, a excepción de Viet-Nam del Sur, ningún país ha recibido tanto por habitante. Además, el punto de partida no era igual al de la China continental en particular: en medio siglo de colonización (1895-1945, pero, sobre todo, a partir de 1930), los japoneses desarrollaron la agricultura (arroz y azúcar), crearon una base industrial y elevaron el poder de compra de los habitantes a un nivel muy superior al de los chinos de China.

En cualquier caso, estas circunstancias favorables no pueden hacer olvidar hasta qué punto, al franquear el estrecho de Taiwan, mejoró la política económica y social (es decir, fundamentalmente, la política agraria) del Kuomintang: la ignorancia, la indiferencia y la incompetencia de antaño fueron sustituidas por el «nuevo pensamiento económico».

Al contrario, en el terreno propiamente político, las cosas cambiaron mucho menos desde los «buenos» tiempos en que gobernaba un continente. El cuasi monopolio del Kuomintang continuó, así como la lealtad personal de los ministros hacia Chiang Kai-chek*. Es este último o su círculo más íntimo quien tomaba todas las decisiones importantes. Chiang fue reelegido por quinta vez Presidente de la República en 1972. La prensa no podía criticar el tema sagrado de la «vuelta al continente», ni la política exterior, ni al Kuomintang, ni al Generalísimo y su familia (el primer ministro y jefe supremo de la policía secreta, Chiang Ching-kuo, hijo del octogenario Chiang, que sucedería a su padre, tenía ya en sus manos los resortes del poder). Arrestos arbitrarios acababan disuadiendo a los más recalcitrantes periodistas; y lo mismo ocurría con la mayoría de los posibles oponentes.

Aunque menos corrompida y más eficaz que antes de 1949, la administración mantiene una burocracia pletórica, sobre todo en los escalones superiores porque al gobierno provincial de Taiwan ha venido a añadirse la superestructura de un gobierno «nacional» y ha habido que proporcionar sinecuras a los fieles venidos del continente.

Estos fieles (aproximadamente dos millones, con sus familias) se consideran como chinos de una especie más pura que los autóctonos (los cuales, en su aplastante mayoría, no por ello dejan de ser chinos de raza, cuya emigración se remonta a varios siglos atrás: miran a los nativos de Taiwan como antaño miraban a los de Ssuch'uan, cuando tuvieron que cambiar Shanghai o Nankín por Chungking [21]. Sobre todo, los «continentales» monopolizan

* Muerto en 1975 (N. del E.).

los puestos en el gobierno, la administración y el ejército (hace algunos años, los autóctonos suministraban el 85 por 100 de los soldados y el 5 por 100 de los oficiales). Aunque esta situación va mejorando lentamente, los formosanos continúan considerando a los chinos llegados de China como extranjeros. La «reconquista del continente» no les preocupa demasiado y aspiran más bien a librarse de sus propios «continentales». Sin embargo, debido al progreso económico y quizá también a que la represión de marzo de 1947 [22] diezmó una élite que la administración japonesa nunca permitió que se desarrollara mucho, no parecen dispuestos a rebelarse.

11. Japón y Corea desde 1945

Se dice —y probablemente es verdad— que el pueblo japonés no comprendió inmediatamente el sentido exacto de los términos de la proclama imperial del 15 de agosto de 1945 anunciando la capitulación japonesa. Redactado en la lengua de la Corte que no le era en absoluto familiar, el texto desconcertaba. Pero su alcance era evidente y los japoneses no se llamarían a engaño sobre él durante mucho tiempo.

Comenzada en la exaltante euforia de éxitos militares espectaculares, la guerra del Pacífico concluía con una aplastante derrota y una rendición incondicional. Por primera vez en su historia, el Japón era vencido y el extranjero iba a ocupar su territorio. Terrible prueba para un pueblo educado en la idea de la invulnerabilidad de su ejército y del carácter cuasi divino de sus orígenes nacionales.

Durante siete años (1945-1952), el archipiélago japonés será dirigido, transformado, revisado de arriba a abajo por aquellos mismos cuya potencia naval e influencia en Asia se quiso aniquilar en Pearl Harbor. Siete años fundamentales para el porvenir político, militar, económico y social del Imperio del Sol Naciente. En el momento de la firma del Tratado de Paz de San Francisco, el 8 de septiembre de 1951, el Japón que representaba M. Yoshida no se parecía en nada al de antes de la guerra. Era una nueva nación, si no un nuevo pueblo.

De 1952 a 1968 se abre otro período: el posterior a la ocupación, el de la independencia. Curado de todo espíritu militarista, el Japón, favorecido ahora por la coyuntura exterior, vuelve a encontrar su estabilidad interior y comienza su vertiginosa ascensión económica.

I. EL JAPON VENCIDO O LA EXPERIENCIA DE LA OCUPACION (1945-1952)

Después del anuncio de su capitulación, el Japón dispuso de quince días para hacerse a la idea de que los americanos iban a ocupar la tierra de los antepasados y pensar en la actitud a mostrar frente al enemigo. Quince días durante los cuales los equipos responsables de la derrota prendieron fuego a los archivos, camuflaron los documentos y desmovilizaron a sus oficiales, ocultando en zonas escondidas a los más comprometidos... Después,

con su sonrisa estereotipada, los japoneses vieron cómo llegaban los «conquistadores».

La situación no era excesivamente brillante. Ni en el plano económico, ni en el plano psicológico.

El Japón era materialmente un país arruinado. Más de dos millones de inmuebles completamente destruidos; el 40 por 100 de las zonas urbanas, totalmente paralizadas; una red de comunicaciones, pulverizada; una producción industrial que, en 1945 —después de haberse duplicado de 1930 a 1941—, sólo representaba la séptima parte de lo que era al principio de la guerra [1].

Psicológicamente, la conmoción de la derrota era ruda y profundo el trauma. Después de años de una intensa propaganda que representaba a los soldados americanos bajo los más negros rasgos, los japoneses esperaban que se desplomaran sobre ellos los descendientes de los mongoles, antaño alejados de las costas del archipiélago por un milagroso tifón. Como en esta ocasión no se había producido la intervención divina, el castigo sería severo. Por su parte, la opinión americana no les era muy favorable. ¿Cómo explicar, entonces, que durante la ocupación no se produjera ningún atentado contra las tropas victoriosas, ningún incidente verdaderamente serio entre las fuerzas de ocupación y la población, sino que, por el contrario, contribuyera al mutuo descubrimiento, desconcertante y a menudo deslumbrado, de ambos pueblos?

Dos razones pueden adelantarse: la primera, debida al temperamento japonés; la segunda, al «genio» de MacArthur.

Por temperamento, los japoneses —amigos del orden, la disciplina y la jerarquía— ven gustosamente en el desarrollo de los acontecimientos del mundo, y más particularmente de los que interesan a su destino nacional, la mano de una Providencia divina que conduce a los hombres y dirige a los pueblos. Se lanzaron a la guerra sin vacilar, sin siquiera poner en duda, ni por un momento, la legitimidad de su causa. Y con el mismo fatalismo —consciente o irreflexivo— aceptaron también la derrota y sus consecuencias. Pasado el primer momento de desesperación, admitieron su condición de vencidos. Como el favor de los dioses les había abandonado, la capitulación era inevitable. Por lo demás, los americanos habían empleado tales armas, eran tan poderosos...

El genio del general Douglas MacArthur consistió en comprender en seguida la mentalidad profunda de este pueblo traumatizado, del que sería fácil hacerse aceptar con tal de hacer un llamamiento a sus virtudes fundamentales. Amante del fasto —lo que necesariamente tenía que agradar a los japoneses, habituados a los ritos de las ceremonias majestuosas—, dotado de una capaci-

dad de trabajo poco común y de una memoria ejemplar, buen orador, con una sencillez exterior de gran señor, MacArthur supo atraer la estima y simpatía. Pero supo, sobre todo, comprender la inmensidad del vacío que los japoneses veían abrirse ante ellos: vacío ideológico y político que era urgente colmar si se quería ganar para la democracia a un país engañado por las quimeras militaristas [2].

MacArthur quiso —y consiguió— liberar a los japoneses de las creencias y de las estructuras periclitadas que habían provocado su desgracia y darles después el armazón político y económico indispensable para su recuperación. Tal fue su inmenso mérito.

En la evolución del Japón de la ocupación deben distinguirse dos fases: la de la democratización y la de la recuperación.

La tarea de democratización de las estructuras japonesas (1945-1948)

Sucesivamente, el general MacArthur se dedicó a liquidar el militarismo nipón, a implantar o devolver las libertades al Japón y a dotar al país de un nuevo régimen político.

La liquidación del militarismo nipón

Desde el punto de vista psicológico nada se podía hacer en el Japón sin castigar antes —y de una manera ejemplar— a los responsables de la guerra: a saber, los jefes militares —o civiles— que habían lanzado al país a la aventura y los *trusts* industriales que les habían apoyado. Paralelamente, era preciso también alejar a la nueva juventud de las tentaciones militaristas extirpando de las Universidades las viejas influencias y cambiando radicalmente el sistema de educación.

La depuración se extendió a la vez a los criminales de guerra y a los *zaibatsu*, alcanzando a un número de personas bastante considerable. Para los grandes criminales de guerra se creó, en enero de 1946, un tribunal militar internacional —semejante al de Nuremberg— ante el que comparecieron la mayor parte de los dignatarios del régimen: no solamente el general Tōjō, sino también hombres como Araki, Itagaki, Kimura, Matsui, Matsuoka, Shigemitsu... Como en Nuremberg, los procesos fueron muy largos y terminaron con la condena a muerte de los principales culpables (siete en total) y diversas penas de prisión, para los demás [3]. El número de ejecuciones fue mayor en el caso de militares culpables de violaciones de leyes de la guerra (700). Además, otros 2.000 fueron condenados a penas de prisión. En fin, más de 200.000 personas fueron destituidas de sus cargos por

haber colaborado con los responsables de la guerra apoyando su política con actos positivos.

Después se procedió contra los *zaibatsu*. Entre 1946 y 1947 aparecieron varios textos legales destinados a eliminar las concentraciones capitalistas demasiado importantes. Se persiguió también a las familias propietarias, con anterioridad a la guerra, de estos grandes *trusts*. Algunos de sus miembros se vieron individualmente alcanzados por la depuración, y la reorganización del sistema fiscal contribuyó a limitar —e incluso a liquidar— su fortuna.

Para concluir la destrucción del aparato de guerra nipón, las autoridades americanas realizaron una verdadera política de reparaciones destinada a que el Japón se hiciera cargo de los daños causados en Asia por sus agresiones. De los territorios asiáticos ocupados fueron evacuados más de seis millones de japoneses —militares y civiles— que se encontraban allí establecidos. Si a estos seis millones de personas se añaden los dos millones de soldados de la metrópoli desmovilizados en el momento de la capitulación y enviados de nuevo a sus hogares, y los prisioneros de los Aliados devueltos también a sus familias, podrá medirse la amplitud de los problemas que le plantearía al Japón esta reintegración masiva, esta afluencia de mano de obra al mercado del trabajo.

Desmovilizado de hecho, el Japón tendría también que ser desmovilizado de espíritu.

Personalizar al máximo los métodos educativos para que la enseñanza fuera concebida en función de las necesidades de cada cual y no como un medio de encuadramiento de las jóvenes inteligencias; extirpar de la escuela y la universidad todo espíritu totalitario: tales fueron los dos objetivos principales de la «nueva educación» [4].

Tradicionalmente, antes de la guerra, los libros de clase utilizados en las escuelas y los institutos japoneses eran elegidos por el Estado en función de su conformismo, sin que en ningún momento se tomara en cuenta la personalidad de los alumnos; el espíritu del nuevo sistema fue justamente lo contrario: no perder nunca de vista el carácter de cada alumno y de su medio. Pero, evidentemente, como los maestros designados para impartir esta enseñanza habían sido formados en su juventud precisamente según los métodos que se pretendía ahora olvidar, el ministerio de Educación Nacional *(Monbusho)* se vio obligado a redactar para el personal docente circulares muy precisas y estrictas.

Estas circulares insisten en la libertad que debe dejarse al estudiante para que organice sus propios estudios y en la necesidad de reconsiderar la distribución interna de ciertas asignaturas o

disciplinas en función de su importancia en la formación intelectual y humana de los jóvenes japoneses.

Además, tres sintomáticas decisiones tomadas en 1945 atestiguan el deseo del Japón de la posguerra de romper con las malas costumbres del pasado. Así, el 31 de diciembre de 1945, por decisión del SCAP *(Supreme Command of the Allied Powers)*, se suspendía la enseñanza de la moral en todos los establecimientos de enseñanza japoneses. Quince días antes se había prohibido la enseñanza religiosa oficial. En fin, la ley fundamental sobre la enseñanza concluía esta reforma prohibiendo toda enseñanza política en las escuelas y poniendo fin a la tradicional obligación de aprender de memoria el rescrito imperial sobre la educación.

La democratización en la Universidad no pudo franquear ciertos límites. La apertura de las puertas de las facultades a todos los titulares de diplomas de institutos superiores habría provocado la muerte por asfixia del conjunto de los establecimientos universitarios japoneses. La imposición de una barrera a la entrada constituía, pues, una necesidad absoluta. Pero la proliferación de universidades privadas impedía canalizar hacia carreras técnicas juzgadas subalternas a un número cada vez mayor de candidatos frustrados. El estudiante que no hubiera podido ser admitido en una universidad del Estado tendría siempre la posibilidad de intentar el ingreso más fácil en otra universidad no tan prestigiosa.

Cada una de esas universidades otorga un diploma cuyo valor en el mercado del trabajo varía, naturalmente, según aquella que lo expida. De ahí que el problema de ingreso en tal o cual universidad tenga, para el joven japonés, una importancia primordial. Cierto que, a diferencia del antiguo Japón, donde la pertenencia a determinados institutos superiores condicionaba literalmente el acceso a la universidad de Tokyo, todo japonés, cualquiera que sea su procedencia, puede ahora presentarse a la universidad que elija. No obstante, de hecho, esa posibilidad está a menudo condicionada desde la infancia.

El renacimiento de la libertad

Después de largos años de un militarismo autoritario, era necesario que, paralelamente a la liquidación del antiguo espíritu, nacieran también en el Japón las libertades públicas de las democracias occidentales, lo que exigía, por tanto, una reforma profunda de las estructuras sociales.

Una de las primeras medidas tomadas por el SCAP fue la abrogación de las leyes que habían limitado —bajo el gobierno de los militares— los derechos fundamentales del individuo. Los prisio-

neros políticos fueron liberados, la libertad de expresión y la de opinión restablecidas, los poderes —considerables antes de la guerra— de la policía seriamente limitados. Los partidos políticos volvieron a hacer su aparición en el escenario nacional.

En el mundo del trabajo, la ley sobre los sindicatos del 22 de diciembre de 1945, muy inspirada en el *America's National Labour Act* de 1935, sentó las bases de una nueva política obrera. Esta ley permitía a todos los trabajadores no sólo organizarse en sindicatos —a los que se reconocía personalidad civil—, sino también negociar convenios colectivos de trabajo.

A favor de esta ley, el movimiento sindical, estimulado ya por la coyuntura económica y las dificultades de la posguerra, se desarrolló rápidamente. El movimiento, por lo demás, no tardaría en manifestarse brutalmente por huelgas frecuentes y masivas. No hacía falta más para que las autoridades americanas —a las que se debía, sin embargo, su renacimiento— tomaran inmediatamente medidas limitando su acción. Así, el 31 de diciembre de 1947 MacArthur prohibía terminantemente una huelga general decidida para obligar al gobierno a reconsiderar ciertos procedimientos obligatorios de mediación previstos por la *Labor Relation Adjustment Law* (septiembre de 1946). A continuación, el 5 de abril de 1947, se promulgaba una ley *(Labor Standards Law)* que ajustaba las condiciones generales del trabajo en el Japón a las reglas de la OIT.

Este indiscutible giro en la política obrera americana no impidió que los efectivos sindicales siguieran aumentando y que las formaciones locales se unieran en dos grandes confederaciones, siguiendo el ejemplo de las dos grandes centrales americanas: el «Congreso Nacional de los sindicatos industriales» *(Sanbetsu)*, en la línea de la CIO, y la «Confederación general de los sindicatos japoneses» *(Sodomei)*, en la de la AFL [5].

Para asegurar el renacimiento de toda esta vida política y sindical, en la nueva constitución japonesa se previó un artículo entero dedicado a los «derechos y deberes del pueblo», destinado ante todo a proclamar y garantizar para el futuro el ejercicio de las nuevas libertades.

Este amplio movimiento de liberación política estuvo acompañado también de profundas reformas de las estructuras sociales. Ambas cosas estaban ligadas: en el Japón sólo se podía instalar una verdadera democracia mediante una reforma agraria, y dado que en el seno de la familia —sobre todo en el Japón rural— la mujer estaba llamada a desempeñar nuevas tareas, era indispensable pensar en su emancipación.

El 21 de octubre de 1946 se promulgaba la ley que definía la nueva reforma agraria. Todo propietario absentista estaba obli-

gado a vender al gobierno la totalidad de sus tierras cultivadas; el propietario que no explotara la tierra, pero que residiera en ella, sólo podía conservar una hectárea (excepcionalmente cuatro en el Hokkaidō), pasando también el resto al gobierno; sólo los propietarios que explotaran sus tierras estaban autorizados a conservar la tierra que cultivaban por ellos mismos, a la que podían añadir una hectárea para arrendar, sin que la totalidad pudiera sobrepasar las tres hectáreas (excepcionalmente 12 en el Hokkaidō), siendo vendido el excedente. Las tierras así recuperadas por el Estado —por compra a los propietarios y no por expropiación— serían prioritariamente revendidas por él, a precios ventajosos, a los aparceros [6].

A pesar de las inevitables resistencias y de algunas tentativas de sabotaje, en general la reforma agraria fue efectivamente aplicada. A finales de 1948, dos tercios de los campesinos japoneses eran propietarios y las tres cuartas partes de las tierras pertenecientes anteriormente a propietarios acomodados habían pasado a manos de los colonos. Sin embargo, semejante reforma contenía una contradicción profunda: iba en contra de los principios mismos de ese capitalismo liberal que se implantaba ahora en la industria. En efecto, si la regla de oro de ese capitalismo era la libre disposición de la propiedad privada ¿cómo prohibirla ahora en materia agrícola?

Pero no era ésta la única contradicción. Había otras todavía más graves: contradicción entre el ideal que se propusieron los americanos en el Japón y los métodos para imponerlo; entre las concepciones políticas liberales y las estructuras profundamente conservadoras del Japón tradicional; entre su deseo de revigorizar una vida política nacional y su voluntad de evitar las llamaradas comunistas; entre la reforma democrática de las estructuras políticas y el deseo de restablecer la potencia del Japón...

No obstante, las autoridades americanas intentaron —en el terreno de la institución familiar y más particularmente de la condición de la mujer— evitar el desfase entre su deseo de democratización, por una parte, y la permanencia de las antiguas estructuras conservadoras, por otra.

Ya no es necesario el consentimiento de los padres para el matrimonio: éste se funda únicamente en el acuerdo de los dos esposos y «su existencia está fundada en la cooperación mutua, sobre la base de la igualdad de derechos del marido y de la mujer» (art. 24 de la Constitución). El mismo artículo precisa que la legislación que se promulgue sobre los derechos de propiedad, sucesión, elección del domicilio, divorcio y otras cuestiones conectadas con el matrimonio y la familia, deberá tener en cuenta la dignidad individual y la igualdad fundamental de los sexos [7].

Una vez liquidado el militarismo, restauradas las libertades públicas, quebrantadas ciertas viejas estructuras demasiado conservadoras, sólo quedaba, para concluir la obra de democratización, dotar al Japón de un nuevo régimen político.

La instauración de un régimen representativo

La elaboración de una nueva Constitución del Japón orientaría definitivamente al país hacia la democracia. Por primera vez en su historia, se vería dotado de verdaderas instituciones políticas de tipo parlamentario y se iniciaría —muy rápidamente— en los grandes debates doctrinales.

Tres rasgos fundamentales caracterizan la nueva constitución japonesa: una singular disminución de la posición política del Emperador; la adopción de las formas parlamentarias; la renuncia definitiva a la guerra.

El Emperador sólo tiene ya una posición honorífica y accesoria en el mecanismo constitucional, aunque conserva todavía algunos poderes tradicionales que, por lo demás, sólo ejerce «según la opinión y la aprobación del Gabinete»: promulgación de leyes, disolución de la Cámara de Representantes, concesión de la amnistía, general o especial, recepción de embajadores y ministros extranjeros (art. 7 de la Constitución). Y aunque oficialmente designa al primer ministro y al presidente del Tribunal Supremo, de hecho el primero es designado por el Parlamento y el segundo por el Gabinete. Por lo demás, nada tiene ya que ver con el derecho divino, lo que es fundamental. En efecto, el artículo 1.º de la Constitución estipula expresamente que «debe sus funciones a la voluntad del pueblo, en donde reside el poder soberano». Pero, para los japoneses, lo esencial es que el Emperador siga siendo «símbolo del Estado y de la unidad del pueblo» (art. 1.º). Continúa siendo la expresión viva de la continuidad nacional, a pesar de que el juego político se desarrolle totalmente al margen de él.

Lo que se ha querido introducir en el Japón es un régimen parlamentario de tipo británico. En efecto, en el texto constitucional quedan claramente previstos los dos mecanismos clásicos de semejante régimen: la responsabilidad política del ministerio ante el Parlamento y el derecho de disolución. Por lo demás, conforme a la tradición parlamentaria, la nueva Constitución adopta el bicameralismo. La Dieta japonesa comprenderá así dos Cámaras, una Cámara de Representantes y una Cámara de Consejeros, elegidas ambas por sufragio universal, pero según diferentes modalidades, que la ley del 15 de abril de 1950 acabará de precisar.

Naturalmente, sólo la Cámara de Representantes (Cámara baja) pone en juego la responsabilidad ministerial y, por ello, puede ser disuelta. Por lo demás, es ella la que debe aprobar en primer lugar el presupuesto nacional y la que tiene la última palabra en materia legislativa.

En fin, innovación fundamental en la historia del Japón, la Constitución contiene una renuncia expresa a la guerra.

«Aspirando sinceramente a una paz internacional fundada en la justicia y el orden», estipula el artículo 9.º, «el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra en tanto que derecho soberano de la nación, o a la amenaza, o al uso de la fuerza como medio de resolver los conflictos internacionales». En vista de lo cual, el mismo artículo prevé que «no se mantendrán nunca fuerzas terrestres, navales y aéreas, u otro potencial de guerra. El derecho de beligerancia del Estado no será reconocido».

El objetivo de este artículo, coherente con la condena terminante de la guerra, es sencillamente la neutralización militar del Japón por un desarme completo.

El Japón ha sido, pues, el único país que se ha atrevido a «constitucionalizar» el abandono de su derecho soberano de hacer la guerra con sus propias armas.

Pero no es difícil comprender las dificultades que plantearía la aplicación de este texto. En efecto, independientemente de las inevitables incertidumbres en la interpretación misma de los términos empleados en la Constitución ¿cómo precisar el límite a partir del cual una policía interior se convierte en una verdadera fuerza terrestre? Una fuerza armada limitada, demasiado débil para entablar hostilidades ¿es o no contraria al artículo 9.º? Además ¿cómo podría en su día el Japón cumplir las obligaciones de miembro de la ONU sin ninguna tropa disponible?

A partir de la promulgación de su Constitución, los japoneses fueron llamados a las urnas. Las dos elecciones generales de abril de 1946 y abril de 1947 tendrían, pues, valor de *test*. En la primera elección de abril de 1946 cinco grandes partidos presentaron sus candidaturas: dos partidos de izquierda (el Partido socialista y el Partido comunista) y tres partidos de derecha (el Partido liberal, —partido de los perseguidos de la guerra—, el Partido del progreso y el Partido cooperativista). De hecho, bajo nuevas denominaciones, reaparecían los viejos partidos: el *Seiyūkai*, bajo la forma de Partido liberal, y el *Minseitō*, bajo la del Partido del progreso. Fueron ellos —ambos conservadores— los que ganaron esas primeras elecciones, el primero con un total de 139 escaños y el segundo con 94. Sin embargo, el Partido socialista, que obtuvo por su parte 93 escaños, se afirmaba como el tercer gran partido, poniendo así fin a un bipartidismo que se remontaba a

finales del siglo pasado. Por lo demás, el Partido comunista obtuvo cinco representantes: era la primera vez en su historia ya que desde 1922, fecha de su formación, había sido considerado ilegal [8].

Normalmente, debido a su victoria, debería haber sido llamado a formar gobierno el presidente del Partido liberal. No obstante Shidehara, líder del Partido del progreso, permaneció en el poder (Shidehara había sustituido, en octubre de 1945, al príncipe Higashikuni, primer jefe de gobierno de la posguerra, obligado a retirarse en el momento de la reorganización del ministerio del Interior); por lo demás, poco tiempo después Shidehara dimitiría... Y como Hatoyama, jefe del Partido liberal, había sido depurado, fue Yoshida, el nuevo presidente del Partido liberal, quien formó, con el Partido del progreso, un gobierno de coalición. Gobierno que sólo duraría un año: en vista de las manifestaciones de los reaparecidos sindicatos y de la gran huelga —por lo demás prohibida— del 1 de febrero, el 31 de marzo de 1947 Yoshida disolvía la Cámara. En esas mismas fechas, el Partido del progreso, incrementado ahora con algunos nacionales-cooperativistas, tomó el nombre de Partido demócrata [9].

En el mes de abril de 1947 se celebraron, pues, en el Japón, dos elecciones: la primera elección senatorial, y la segunda elección para la Cámara de Representantes.

Los grandes vencedores de la primera consulta senatorial fueron los socialistas que, con 47 escaños, se impusieron fácilmente a los liberales (38) y a los demócratas (28). La segunda elección para la Cámara de Representantes confirmó estos resultados. Vencieron también los socialistas con 143 escaños frente a los 131 de los liberales y los 121 de los demócratas. Aunque este avance del Partido socialista pueda explicarse en buena medida por el descontento económico, la incipiente inflación y la reforma agraria, su posición central, alejada a la vez de un temido comunismo y de un conservadurismo demasiado comprometido con el antiguo régimen, influyó también mucho.

Los socialistas, como no habían obtenido la mayoría, propusieron un gabinete de coalición: el gobierno Katayama, que agrupó al Partido socialista, al Partido demócrata y al Partido nacional-cooperativista. Primero y único ejemplo en el Japón de la posguerra de un gobierno con dirección socialista... Por lo demás, combatido desde el primer momento por sus aliados conservadores (una parte de los demócratas y los nacional-cooperativistas), e incluso abandonado por una amplia fracción del Partido socialista, este gobierno no duraría ni siquiera un año (24 de mayo de 1947-9 de febrero de 1948).

Su caída señalaría el fin de la primera fase de la historia japo-

nesa de la posguerra: la de la desmilitarización y democratización. Le sucedería una segunda fase: la de la recuperación japonesa a favor de la coyuntura.

La tarea de recuperación del Japón (1948-1952)

Bajo la presión de circunstancias que implicaban a la vez un cambio radical en la atmósfera internacional y una degradación de la situación interna japonesa, el mando americano modificaría su actitud respecto al Japón.

En el plano internacional, tres hechos determinaron la nueva orientación americana: la agravación, durante los años 1947-1948, de la «guerra fría», la victoria comunista en China en 1949 y, en fin, el paso del paralelo 38 por los norcoreanos en 1950.

En el plano interior, estos acontecimientos tuvieron una profunda repercusión. Frente a los peligros exteriores, era previsible que MacArthur procurara ante todo evitar un vacío en Asia y se esforzara en reconstruir un Japón sólido, un Japón no solamente dispuesto a hacer frente a los peligros que se cernían, sino también a servir de poderoso trampolín a los americanos. En este sentido, era indispensable alejar al Japón de toda tentación extremista, fuera ésta de extrema derecha o de extrema izquierda. Ahora bien, las terceras elecciones generales para la Cámara (enero de 1949) ponían de manifiesto precisamente un peligroso ascenso de los extremos.

Entre la caída del gabinete Katayama (9 de febrero de 1948) y la disolución del 23 de diciembre de 1948 se habían sucedido dos gobiernos: el ministerio Ashida y el segundo gabinete Yoshida.

El gobierno de Ashida había practicado una política favorable al gran capitalismo y bastante dura para los movimientos populares. Y esta política le había enemistado no solamente con los sindicatos de funcionarios sino también con ciertos socialistas disgustados, entre otras medidas, por el serio aumento de las tarifas de los ferrocarriles. Ello provocó una escisión en el Partido socialista, que se concretó en la fundación del Partido laborista agrícola. De una manera semejante, algunos demócratas opuestos incluso a la formación del gabinete Ashida abandonaron su partido y se unieron a los liberales para formar el Partido demócrata liberal (15 de marzo de 1948).

Comprometido en un escándalo financiero (concesión de un préstamo demasiado importante a la Sociedad Showa Denko), el 19 de octubre de 1948 Ashida presentaba su dimisión. Su gabinete sería sustituido de nuevo por un ministerio Yoshida que, al ser minoritario, fue pronto derrocado, lo que provocó la disolución

de la Cámara (la segunda disolución llevada a cabo después de la guerra).

En las elecciones generales que siguieron, los partidos de los extremos aumentaron singularmente su audiencia, ya que los comunistas obtuvieron 35 escaños y los demócratas liberales, 264. En cambio, los partidos moderados del centro acusaron un claro repliegue: los demócratas sólo conseguían 69 escaños y los socialistas, 48. Aunque, numéricamente hablando, esto significaba la victoria de la derecha conservadora, indicaba también una recuperación de la fuerza comunista. Y como para MacArthur la extrema derecha, desde el momento mismo en que había sido definitivamente desacreditada por la derrota, no representaba ya un peligro, era la extrema izquierda la que debía ser combatida. Para ello no tuvo más remedio que apoyarse en los mismos hombres a los que ayer había perseguido ante los tribunales de depuración y —llevado por un proceso inevitable, proceso que la guerra de Corea aceleraría todavía más— lanzarse también a una tarea de recuperación económica y rearme del Japón.

Se comenzó entonces a comprobar que el desmantelamiento de los *zaibatsu,* si bien había satisfecho en principio una cierta exigencia de justicia y democracia, había supuesto un serio golpe para la economía japonesa, desorganizándola en el plano de las estructuras y privándola de dirigentes de reconocida experiencia. Si se quería evitar que esta economía no se convirtiera en una carga para los Estados Unidos, precisamente en el momento en que éstos buscaban un apoyo seguro en Asia, era preciso concluir con la depuración y relanzar la actividad económica, incluso con el apoyo, si llegaba el caso, de hombres comprometidos. Ya no era cuestión de exigir a los japoneses que salvaran sus deudas de reparaciones con prestaciones en material, lo que les habría debilitado todavía más. En efecto, en 1949 el gobierno americano ponía fin oficialmente al programa de reparaciones. Lo esencial era ahora equilibrar el presupuesto del Estado, cobrar los impuestos, desarrollar la producción industrial favoreciendo la concentración de empresas, reservar la atribución de materias primas y créditos para las sociedades más potentes, estabilizar los salarios y controlar eficazmente los precios.

Pero un programa semejante sólo podía llevarse a cabo si la opinión japonesa lo seguía sin que nada —en el plano social— obstaculizara su acción. Ahora bien, era evidente que el saneamiento presupuestario exigía una reducción de efectivos y una política de despidos. De ahí que, ante tales medidas, en las elecciones de abril de 1949 se produjera un ascenso comunista. Ante este éxito, los comunistas desencadenaron una campaña de agitación que provocó una violenta reacción de MacArthur. La repre-

sión, que comenzó con el despido de empleados de extrema izquierda de los servicios públicos nacionales y registros en los locales del diario comunista *Akahata,* se agudizó en 1950, llegándose incluso a prohibir a numerosos dirigentes del Partido ejercer públicamente una actividad política. En fin, la derrota de los comunistas en las segundas elecciones senatoriales de junio de 1950 y el triunfo de los amigos de Yoshida, por una parte, y el desencadenamiento de las hostilidades en Corea, por otra, aumentarían esta represión (prohibición general en junio de las publicaciones comunistas; detención de los principales dirigentes), provocarían el acercamiento de los americanos a los elementos más conservadores del Japón de la posguerra y darían un empuje decisivo a la vida económica del Japón. Pero, una vez lanzados, los americanos no se detendrían ya ahí: plantearían pura y simplemente el problema del rearme del Japón y de la estabilización definitiva de sus relaciones con él.

Proponer el rearme sólo cinco años después del final de la guerra equivalía a colocar al Japón en una posición de fuerza singularmente cómoda. Porque en nombre de los textos y de los compromisos adquiridos podía ahora recordar sus buenas intenciones mientras que, por otra parte, iba preparando en condiciones ventajosas su rearme. Y eso es lo que hizo.

Yoshida, como político perspicaz e irreprochable patriota, vio inmediatamente el partido que podía sacar de esta singular oportunidad. Y relacionó astutamente los dos problemas, el de la reconstitución de una fuerza nacional y el de la conclusión del tratado de paz. Por su parte, los americanos, ya que el Japón no podía, desde el punto de vista jurídico, reconstituir un verdadero ejército, propusieron hábilmente contribuir a la defensa del país manteniendo bases en él.

De hecho, la disputa en torno al tratado eclipsó la del rearme. Y si se pudo constituir una fuerza japonesa de defensa sin que se produjeran manifestaciones demasiado violentas, la cuestión del tratado provocó, en cambio, fuertes polémicas. Lo que se discutía no era el fondo de la negociación, sino la necesidad de añadir un pacto de seguridad que prolongara la ocupación —aunque reducida— por las fuerzas americanas, del territorio japonés. Aunque la izquierda se opuso en este punto violentamente al gobierno de Yoshida, no pudo impedir la firma conjunta de los dos textos.

Por el tratado, firmado en San Francisco el 8 de septiembre de 1951 después de su aprobación por 49 delegaciones extranjeras, el Japón renunciaba a todos sus derechos sobre Corea, Formosa, las Pescadores, las Kuriles y Sajalin, y aceptaba el establecimiento de una tutela americana sobre las islas Ryūkyū, Bonin y Marcus. A cambio, obtenía el restablecimiento de la soberanía sobre su

territorio, el derecho a asegurar su defensa «individual o colectivamente» y la evacuación de las fuerzas americanas en un plazo de tres meses, contados a partir de la entrada en vigor del tratado (fijada para el 28 de abril de 1952).

Pero, sólo unas horas más tarde, Yoshida firmaba también un «pacto de seguridad» que permitía a los Estados Unidos mantener «temporalmente» en el Japón sus fuerzas armadas —que según los acuerdos relativos a la aplicación del pacto, firmados el 28 de febrero de 1952, deberían llamarse «fuerzas de seguridad»—, concediéndoles la extraterritorialidad en sus bases, una total libertad de desplazamiento y privilegio de jurisdicción [10].

De este modo el Japón, con algunas reservas, recobraba su independencia en condiciones que le iban a permitir —de una manera insólita— conseguir en algunos años un éxito sin precedentes en su historia.

II. EL JAPON INDEPENDIENTE O LA «EXPERIENCIA DE LA ESTABILIDAD» (1952-1968)

Desde su accesión a la independencia, el Japón se caracteriza por tres rasgos fundamentales: un notable conservadurismo político, un éxito económico bastante excepcional y una política exterior de rigurosa lógica.

El conservadurismo político del Japón

La estabilidad del cuerpo político japonés se manifiesta a la vez por la permanencia en el poder desde hace más de quince años de equipos conservadores, el papel estabilizador de los partidos de oposición y la moderación de las grandes centrales sindicales.

La permanencia en el poder de equipos conservadores

De 1952 a 1968, el Japón ha sido dirigido siempre por una derecha conservadora cuyos equipos se sucederían en el poder sin modificar la línea general política. Porque, aunque bajo la presión de sus adversarios, algunos de estos equipos tuvieran que dimitir y disolverse, el cuerpo electoral proporcionaba siempre una misma mayoría al Parlamento.

Así, por ejemplo, cuando después de la firma del Tratado de San Francisco, en agosto de 1952, el primer ministro Yoshida, enfrentado —dentro de su propio partido— con la oposición del grupo Hatoyama, tuvo que resignarse a disolver la Cámara de Representantes, las elecciones generales enviaron a la cámara

una fuerte mayoría conservadora (240 liberales a los que venían a añadirse 54 reformistas —antiguos demócratas— y 19 independientes). De manera semejante, antes de que transcurriera un año, cuando el cuarto gabinete Yoshida, después de una moción de censura, recurrió a una nueva disolución, el cuerpo electoral —que tenía que escoger, de hecho, entre partidarios y adversarios del rearme— se pronunció, una vez más, por una mayoría conservadora. Y una vez más también Yoshida se encargó de formar su quinto gabinete, que, por lo demás, tendría que afrontar una fuerte crisis económica, debida al cese de las hostilidades en Corea. Para compensar las pérdidas en divisas debidas a la conclusión de los pedidos de guerra americanos, la izquierda propuso la renovación de las relaciones con China y la expansión en el Asia sudoriental; pero los americanos se opusieron a la primera iniciativa y consideraron la solución del problema de las reparaciones como condición imperativa para la realización de la segunda.

Fiel a la línea americana, Yoshida vio cómo en su propio partido se instalaba la disidencia. Después de algunas tentativas infructuosas, los grupos Hatoyama y Kishi acordaron formar un nuevo partido con los reformistas, el Partido demócrata presidido por Hatoyama, que en diciembre de 1954 fue designado sucesor de Yoshida para preparar las elecciones de febrero de 1955.

Aunque los 185 escaños que obtuvo el Partido demócrata le dieron la victoria en estas elecciones, como necesitaba también del Partido liberal (112 escaños) para constituir una mayoría, sobre ambas formaciones conservadoras se ejerció una fuerte presión para que se unieran. No obstante, había que esperar hasta octubre de 1955, momento en que el Partido socialista da ejemplo reagrupando sus fracciones de derecha y de izquierda, para que los conservadores se decidan a fundar, bajo la autoridad de un comité de cuatro miembros (Hatoyama, Ogata, Miki y Ohno), el Partido liberal-demócrata.

Estas dos fusiones tienen una importancia capital ya que con ellas nace el bipartidismo japonés de la posguerra. A partir de ahora, la vida política en Japón está dominada por la lucha entre dos grandes partidos que existen todavía hoy: el Partido liberal-demócrata y el Partido socialista. Las primeras elecciones legislativas que siguieron a la constitución de este bipartidismo sancionaron de forma terminante esta nueva dualidad. En efecto, los dos grandes partidos laminaron literalmente a las formaciones menos importantes, afirmándose como los dos polos de atracción del cuerpo electoral. La consulta de mayo de 1958, que había preparado un gobierno Kishi, sucesor de un gabinete Ishibashi constituido después de la dimisión, por razones de salud, del

primer ministro Hatoyama, dio 287 escaños a los liberales-demócratas y 166 a los socialistas frente a 12 de los independientes y uno solo a los comunistas [11].

Las elecciones senatoriales de junio de 1959 confirmarían este dualismo dando a ambos partidos el 86,6 por 100 de los escaños. El movimiento se amplificará aún más en las elecciones de noviembre de 1960 que, bajo el primer ministro Ikeda, sucesor de Kishi —salido en el momento de la renovación del Pacto de Seguridad nipoamericano—, constituyeron un aplastante éxito para el Partido liberal-demócrata, que obtuvo 296 escaños frente a solamente 145 del partido socialista y 17 de los nuevos socialistas-democráticos de derecha.

La consulta electoral de noviembre de 1963 mantuvo casi idéntico este reparto entre liberales-demócratas (283 escaños) y socialistas (144). En fin, las elecciones generales del 10 de febrero de 1967 confirmaron el éxito de los liberales-democrátas y consolidaron de hecho en sus funciones de primer ministro a Sato, que, en noviembre de 1964, había sustituido a Ikeda. Los liberales-demócratas obtuvieron 277 escaños y los socialistas 140, lo que representa, respectivamente, el 57 y el 28,8 por 100 del total. Finalmente, en las últimas elecciones generales del 27 de diciembre de 1969, fueron elegidos 288 liberales-demócratas, mientras que los socialistas por su parte sólo obtenían 90 escaños, es decir, 50 menos que en la consulta anterior.

El bipartidismo japonés se presenta, pues, como un sistema político original que enfrenta un partido conservador dominante —en el poder desde hace casi veinte años— y un partido socialista mantenido por la estabilidad del cuerpo electoral en una permanente oposición. De hecho, esta tendencia al partido dominante está atenuada por las rivalidades internas del partido mayoritario, cuyo líder se veía obligado a pactar con diferentes fracciones hostiles. Los frecuentes cambios ministeriales que jalonan la vida de los gabinetes japoneses muestran estas tensiones internas. Así, el «fraccionalismo» atempera en el Japón el rígido juego del bipartidismo [12].

¿Cómo se explican estas constantes victorias conservadoras? Por razones sociales profundas y razones electorales contingentes.

Las primeras se basan en la estructura misma de la sociedad japonesa. Porque una sociedad fundada totalmente en sutiles jerarquías, en relaciones claramente determinadas de superior a inferior, en una red de protecciones y obligaciones personales, en una tradición monárquica ininterrumpida, tiene siempre un comportamiento instintivamente conservador y se inclina por el mantenimiento del orden establecido. Por lo demás, la importancia

que tiene el mundo rural en la población japonesa acentúa todavía más esta tendencia natural.

La permanencia de una mayoría conservadora se explica también por el propio mecanismo electoral. El escrutinio uninominal, combinado con una superrepresentación del campo, favorece a las personalidades locales, implantadas de antiguo en las regiones rurales y en su mayor parte conservadoras. Por su parte, los medios económicos, dirigidos por una oligarquía conservadora, compran la estabilidad subvencionando ampliamente al partido liberal-demócrata y a sus miembros.

La victoria permanente de este partido confirma, pues, la solidez de los dos pilares tradicionales del Japón: el patronato y el mundo rural. El poderoso *Keidanren*, club de los dirigentes de las grandes firmas, organizado por instigación de las autoridades de ocupación, dio al partido liberal-demócrata subsidios, sus más brillantes hombres y una investidura moral. De hecho, la asociación de notables que forma, en la cámara, la mayoría gubernamental, no es más que una emanación directa de los medios financieros.

Los partidos de oposición

Frente a un Partido liberal-demócrata eficazmente apoyado por las potencias financieras, la oposición se presenta en orden disperso. Aunque se sitúa políticamente sobre todo a la izquierda, cabe preguntarse si el nacimiento de un nuevo «centro» o de una nueva «derecha» —llamado en el futuro a revestir gran amplitud— no contribuiría a modificar algo el juego político japonés.

A pesar de ser el segundo en importancia, el Partido socialista no ha conseguido ganar —después de veinte años— una sola elección general en el Japón. Y si bien obtuvo un éxito espectacular colocando a uno de los suyos, el profesor Minobe, como gobernador de Tokyo, y aumentó así su representación local, desde hace varios años el número de sus elegidos en el Parlamento parece haberse estabilizado, e incluso ha disminuido en las últimas elecciones (90 en lugar de 140).

Con una clientela reclutada esencialmente en los grandes centros industriales —más particularmente entre los empleados de oficina y los funcionarios— y en los medios intelectuales, el Partido socialista se ha resentido mucho por sus divisiones internas. Escindido desde el primer momento entre socialistas de izquierda y socialistas de derecha, no pudo evitar, en 1951, que se produjera una verdadera situación de ruptura (situación, por lo demás, en la que tuvo que afrontar varias elecciones generales). Este cisma se veía agravado además por una abierta rivalidad entre las

dos grandes centrales sindicales, la *Sōhyō*, que apoyaba a los socialistas de izquierda, y la *Zenrō*, que apoyaba a los socialistas de derecha. Sólo en 1955 el partido pudo recuperar su unidad. Sin embargo, en 1959 algunos elementos de derecha lo abandonaron para fundar el Partido socialista democrático.

¿Cuál es el programa del Partido socialista? Parece girar en primer lugar, en torno a su «vocación pacifista». De ahí que se comprometiera —en el momento en que accediera al poder, lo que esperaba conseguir en 1970— a denunciar el tratado de seguridad nipo-americano y a pedir la retirada completa de las fuerzas americanas del Japón, de Okinawa y de las islas Bonin. Se declara partidario de la firma por el Japón neutralizado de pactos de no-agresión con Pekín y Moscú y —de acuerdo con el texto constitucional cuyo mantenimiento reclaman— de la reconversión de sus fuerzas de autodefensa en un cuerpo de preparación y desarrollo de los recursos nacionales.

En el plan económico, el Partido socialista pide que se recurra a ciertas nacionalizaciones, sobre todo en el sector de la banca, seguros, energía y compañías aéreas. En cuanto al acero, abonos o azúcar, se limitan a proponer un «control del Estado», respetando los derechos de los propietarios.

En fin, en política interior, hace hincapié en la necesidad de volver a un funcionamiento normal de la democracia. Propone también que se conceda el derecho de voto a los jóvenes desde los dieciocho años, que se elimine sistemáticamente la corrupción de las costumbres políticas y que se recurra más frecuentemente a la disolución de la cámara.

Si se examina este programa, queda claro en seguida que aparte de algunas reivindicaciones en materia económica, no hay nada fundamental en el plano doctrinal que separe a los socialistas de los liberales-demócratas. En efecto, tanto unos como otros tienen en el fondo una misma concepción global del mundo. Los socialistas son cada vez menos revolucionarios —si alguna vez lo fueron— y los conservadores no se muestran completamente cerrados a las exigencias de una mayor justicia social.

Por lo demás —y esto es verdaderamente lo fundamental— el Partido socialista desempeña un poderoso papel estabilizador en la vida política japonesa: constituye el mayor obstáculo a una vuelta al conservadurismo más retrógrado. Conservadurismo que querría, sobre todo —y nunca lo ha disimulado—, adoptar una Constitución menos liberal, devolver al Emperador, si no sus antiguas prerrogativas al menos una situación política importante, y revocar el artículo 9.º, que impide el rearme. Ahora bien, como para que la Constitución pueda revisarse es necesario una mayoría favorable de los dos tercios, la importancia numérica del

grupo parlamentario socialista, al que se suman algunos comunistas e independientes, ha bastado siempre para bloquear esta revisión. En cierta medida puede uno preguntarse si esta situación no satisface en el fondo a los liberales-demócratas, que pueden así entregarse, sin ningún riesgo, a una verdadera demagogia.

La posición del Partido comunista es completamente diferente. Desde 1945, con la vuelta de sus líderes de Moscú y la liberación de sus militantes internados durante la guerra en territorio japonés, volvió a contar con la adhesión y simpatía de la clase obrera. Con los 2.984.780 sufragios —es decir, el 9,8 por 100 de los sufragios expresados— conseguidos en las elecciones generales de enero de 1949, aparece como una fuerza con la que habrá que contar, incluso si es vista con cierta reserva por parte del campesinado y la pequeña burguesía. De ahí que emprendiera en seguida —para demostrar su dinamismo y porque la coyuntura era propicia— una campaña de huelgas y de sabotajes que condujo, como hemos mostrado ya, a una dura represión por parte de MacArthur. Sin embargo, el 1 de mayo de 1952 volvió a la carga con una manifestación monstruo. Pero esta política de lo «peor» no resultó rentable: en las elecciones de septiembre de 1952 perdió los dos tercios de sus votos y ninguno de sus candidatos fue elegido. Lo que no le impidió organizar campañas de agitación, atentados y espionaje de las bases americanas, que le valieron un candidato en las elecciones de abril de 1953, aunque perdiera 250.000 votos.

Pero entre julio de 1953 y julio de 1954 se produce un giro en su política. La coexistencia pacífica —armisticio en Corea, conferencia de Ginebra— le permite reintegrarse a la legalidad y, a partir de ahora, defendiendo únicamente las ideas que comparten los demás partidos de oposición (hostilidad al Tratado de Seguridad nipo-americano, necesidad del mantenimiento de la Constitución, restablecimiento de las relaciones con los países comunistas), y obtiene así, en 1955, dos escaños en lugar de uno. Sus progresos serían cada vez más espectaculares: en la Dieta de 1963 conquistaba el 4 por 100 de los sufragios y cinco escaños y en 1967 conseguiría incluso el 7 por 100 de los sufragios y en las últimas elecciones generales de diciembre de 1969 confirmará su ascenso obteniendo 14 escaños, lo que, en relación con su representación de 1963, acusa una ganancia —sustancial— de 99 escaños.

Mas entretanto, en diciembre de 1964, se producirá una decisión capital en su orientación: el Partido comunista rompe abiertamente con Moscú y se pasa oficialmente al campo de la China popular. En ese momento cuenta con más de 100.000 miembros y su diario *Akahata* tiene cerca de 200.000 lectores. Pero este ali-

neamiento no durará mucho. En efecto, cuando apenas han transcurrido dieciocho meses desde el IX congreso, el Partido comunista japonés se distancia del Partido comunista chino. Y a finales de octubre de 1966, en el momento de la celebración en Tokyo de su X congreso, el Partido comunista adopta oficialmente una línea independiente respecto a Pekín. Cuenta entonces con 300.000 afiliados.

Así como la presencia de los socialistas en la Dieta impide la vuelta del conservadurismo, así también la audiencia alcanzada en la opinión por el Partido comunista japonés impide un alineamiento demasiado grande con los Estados Unidos.

Parece —al menos en opinión de algunos observadores— que, al lado de los dos partidos de izquierdas, y separándoles de los liberales-demócratas, se constituye un «centro» alrededor de los demócratas-socialistas y de un nuevo partido ascendente: el *Kōmeitō*. En efecto, las elecciones de 1967 dieron a estas formaciones 30 y 25 escaños, respectivamente, lo que representa unos porcentajes del 6,2 y el 5,1 por 100 del total. El hecho más característico es que el *Kōmeitō* —que en la Asamblea anterior no había conseguido ningún escaño— obtuvo de buenas a primeras 25. Las últimas elecciones han acentuado aún más este progreso, puesto que el *Kōmeitō* cuenta hoy con 47 escaños, lo que representa una ganancia impresionante de 22 escaños.

Siempre es difícil clasificar políticamente un partido. Para algunos, la *Soka Gakkai* —de la que el *Kōmeitō* no es más que la expresión política— es un grupo religioso que debe su prodigioso éxito a una mística ultranacionalista. Para otros, sólo se trata de un grupo moderado, cuya fuerza reside en la simplicidad de su doctrina y en su organización [13].

De hecho, con el desarrollo de este partido se asiste en el Japón a un fenómeno capital: la irrupción de un grupo religioso en la arena política. La fe de la *Soka Gakkai* es una mezcla de elementos religiosos, patrióticos y políticos. No es una nueva religión; en efecto, su doctrina se deriva directamente del *Nichiren*, aunque su objetivo confesado sea la propagación de su evangelio en todo el mundo. La nueva civilización que sus adeptos quieren promover debe consistir en la armoniosa unión del espiritualismo y del materialismo, del capitalismo y del socialismo. Hay también en sus adeptos una búsqueda de la pureza, que necesariamente debe complacer al temperamento profundo del pueblo japonés. En suma, la *Soka Gakkai* no ha hecho más que adaptar una vieja religión a las necesidades, deseos y aspiraciones de una nación militarmente vencida que conoció, en los primeros años de la posguerra, la pobreza y la incertidumbre del mañana y, además, ávida de fáciles placeres. Tal es probablemente —además de la

idea central religiosa, que da a los fieles una impresión de fuerza, la simplicidad de su doctrina y un cierto optimismo— la razón profunda de su éxito.

Pero los métodos empleados para ganar adeptos, los sentimientos que animan a algunos de sus dirigentes —odio y celos hacia las clases privilegiadas y las organizaciones democráticas tradicionales, antipatía hacia los intelectuales—, su intransigencia y su fanatismo, su objetivo principal —hacer del Nichiren la religión del Estado y ver su templo reconocido como centro religioso del Japón— hacen temer a muchos la intrusión en la vida política de un partido de este tipo.

¿Cuál es, en el plano político, el programa de la *Soka Gakkai?* Parece situarse a medio camino entre el programa de los conservadores y el de los socialistas, lo que colocaría a este partido más en el centro que en los extremos. Se aproxima singularmente a la posición adoptada por el Partido demócrata-socialista: por lo demás, es a expensas de este último como la secta ha conseguido sus principales éxitos. Pero sus progresos en medios universitarios y estudiantiles inquietan también a las diversas facciones del *Zengakuren* (Asociación general de estudiantes, de tendencia marxista) que no saben qué política adoptar para contener esta amenaza. El *Kōmeitō,* como toda la oposición japonesa, se pronuncia también por el mantenimiento del artículo 9 de la Constitución, es decir, por la permanencia del desarme general del Japón y contra la ratificación del tratado nipo-americano. Critica violentamente la excesiva dependencia del Japón respecto a los Estados Unidos y preconiza una aproximación con China. Lo cual no quiere decir, desde luego, que esté próximo a la doctrina marxista.

Y así, por el difuso temor que inspira, por su espectacular ascenso (tres escaños en el Senado en 1956 con un millón de votos; seis en 1959 con tres millones; 20 en enero de 1966, 25 en la Cámara de Representantes en las elecciones de 1967 y 47 hoy), por su insistencia en la «pureza», el *Kōmeitō* desempeña también un papel estabilizador en la vida política japonesa, no solamente impidiendo que se generalice la corrupción electoral, sino proporcionando también a los descontentos —cansados de los partidos tradicionales— una vía legal para expresarse.

Habría también que mencionar, entre los partidos de oposición, los múltiples grupúsculos de extrema derecha que han florecido siempre en la vida política japonesa. Totalmente desacreditados por la derrota, estos grupúsculos han desaparecido prácticamente después de la guerra, pero es seguro que reaparecerían en el momento en que el Japón tuviera que comprometerse a fondo en la lucha anticomunista o si se produjera una crisis económica...

En cualquier caso, estos movimientos atraen periódicamente la atención de la opinión mediante una política de violencias y atentados que el Japón creía ya olvidados. Pero estas manifestaciones no alcanzan un gran eco ni alteran fundamentalmente un juego político que, por lo demás, no se ve tampoco perturbado por las audaces iniciativas sindicales.

Las centrales sindicales

La naturaleza del sindicalismo nipón y su estado actual corresponden a factores profundos de la vida japonesa. En Occidente, la revolución industrial ha venido acompañada de la formación de la clase obrera. En cambio, el Japón ha realizado su industrialización en el marco de la sociedad tradicional. De ahí que, en la medida en que se ha ido desarrollando un proletariado, sus miembros hayan intentado integrarse en los marcos culturales existentes y no reformarles. El reino de los militares, de la burocracia gubernamental y de los *zaibatsu* ha sido sustituido por la difícil combinación de los estados mayores de las empresas, del gobierno representativo y de los trabajadores organizados.

Actualmente, existen dos grandes organizaciones sindicales: la *Sōhyō* y la *Dōmei*. La *Sōhyō* —que tiene el apoyo de los elementos de izquierda del partido socialista— cuenta en estos momentos con cerca de cinco millones de afiliados y la *Dōmei*, con dos millones. La *Sōhyō* recluta esencialmente sus afiliados en el sector público (enseñanza, ferrocarriles nacionales, correos y telecomunicaciones...) y en la metalurgia; la *Dōmei*, en los textiles, la energía, la química, las minas...

Juzgar la acción de las centrales sindicales japonesas desde la misma óptica con que se juzgan las grandes federaciones occidentales, sería cometer un profundo contrasentido. En efecto, por la propia estructura de la empresa japonesa, donde el personal se contrata para toda la vida, donde se desarrolla —voluntariamente mantenido por la dirección— un espíritu de firma incompatible con ciertas formas de acción sindical, donde todos los asuntos profesionales se discuten en el interior de las empresas, el sindicalismo japonés reviste una forma muy diferente de los sindicalismos occidentales. Las solidaridades son más verticales que horizontales y muchos obreros piensan que mejor es así. El sindicalismo japonés está, pues, «corporativizado» en un marco paternalista. Esto explica el reducido número de huelgas y, correlativamente, la menor eficacia, en conjunto, de la acción sindical.

En fin, al lado de las dos grandes federaciones, citaremos también la existencia de una federación neutra *(Churitsu-Rōren)*, de una organización comunista *(Shin-Sanbetsu)*, cuya influencia es

cuantitativamente despreciable, y, sobre todo, de la turbulenta asociación de los estudiantes *(Zengakuren)*. Esta última, aunque después de la guerra ha querido representar, con cierto éxito, a una juventud desamparada en busca de un ideal y de un empleo, actualmente sólo es seguida por un pequeño número de estudiantes extremistas de los que sus camaradas se han separado para mirar hacia un socialismo más moderado o hacia el porvenir de pureza que les promete la *Soka Gakkai*.

Sin llegar a explicarla completamente, esta relativa apatía del sindicalismo japonés y su franca colaboración con los medios patronales por la mayor prosperidad de las firmas y por la mayor prosperidad del propio Japón, ha facilitado la extraordinaria expansión económica de este país.

El éxito económico japonés.

El éxito económico del Japón es verdaderamente asombroso. En diez años, el ingreso nacional se ha triplicado y se ha triplicado también la producción industrial y la extracción minera: la siderurgia, por ejemplo, que producía diez millones de toneladas de acero en 1956, en 1966 fabricaba ya cuarenta y siete millones de toneladas. Paralelamente, los sectores tradicionales como la agricultura y las industrias de tipo «antiguo», que en 1955 representaban el 25 por 100 de la renta nacional, sólo producen ya hoy el 10 por 100. Por el contrario, los sectores más avanzados, es decir, los que utilizan las más perfeccionadas técnicas, representan hoy más del 40 por 100 de la renta nacional frente al 30 por 100 hace diez años.

Si se quiere apreciar la situación que Japón ocupa hoy en el mundo, algunos ejemplos por sector bastarán para mostrar el nivel en que actualmente se encuentra.

El Japón ocupa el primer lugar en el mundo en el sector de la construcción naval, en la producción de seda artificial y de transistores; el segundo en la producción de etileno, receptores de televisión y, sobre todo —inmediatamente después de los Estados Unidos— en la fabricación de calculadoras electrónicas; el tercero en la producción de acero; el tercero, también, en la industria automovilística (industria que, iniciada en 1956 con una producción de sólo 100.000 coches, fabrica actualmente 1.700.000 anuales y llegó, en 1966, a 2.286.000 unidades), en la producción de cemento, papel, refinado de petróleo (75 millones de toneladas brutas tratadas por año)...

¿Cuáles son las causas de este éxito espectacular? En primer lugar, una notable política demográfica. La abundancia de población —que una rigurosa educación individual y la generalización

del control de nacimientos han permitido regular— constituyen, a la vez, un estímulo y un factor de expansión. Hay que alimentar a unas multitudes cada vez mayores. Y, para ello, hay que hacerles producir, comerciar, trabajar: tal es el problema al que el Japón dedica esencialmente sus esfuerzos. Sobre todo, el Japón se ha beneficiado considerablemente con el desplazamiento de la población activa de los sectores con débil productividad (como la agricultura) hacia las grandes empresas modernas de alto rendimiento. Y, actualmente, no está ya obsesionado por la presión demográfica. Más aún: en previsión de una falta de brazos, desarrolla la utilización de la mano de obra femenina, impulsa la mecanización y la automatización, exporta capitales a diferentes países asiáticos para organizar allí negocios, una parte de cuya producción irá a parar a las grandes empresas japonesas...

La segunda causa reside en la gestión excepcional de las grandes empresas. Dirigidas por un estado mayor de ingenieros rigurosamente seleccionados y unidos a la casa, bien por sólidas ventajas materiales, bien por matrimonio, bien por adopción, todas se esfuerzan en conseguir en el extranjero los mejores procedimientos y perfeccionarlos después constantemente para conseguir así un grado realmente extraordinario de elaboración. Paralelamente, el Japón desarrolla una investigación fundamental, especialmente en los sectores de la industria química, construcción eléctrica, electrónica y telecomunicaciones espaciales. Se estima que, en los últimos cinco años, las patentes japonesas explotadas en el extranjero han aumentado en un 500 por 100...

El Japón ha sabido, también, desarrollar al máximo sus inversiones. Desde hace diez años, su tasa de inversión ha alcanzado la considerable cifra del 33 por 100 del producto nacional bruto (en Francia sólo alcanza el 21 por 100 y en los Estados Unidos el 17 por 100). Semejante tasa se debe a que el Japón sólo dedica el 1 por 100 de su PNB a gastos militares y puede así reservar más recursos para sus inversiones productivas. Hay, además, otras razones: la predisposición natural en los japoneses a economizar (el 30 por 100 de los presupuestos familiares globales se reservan al ahorro) y la inquebrantable fe de los industriales en la expansión de su país, fe que les alienta constantemente a invertir. De esta forma, el Japón consigue encontrar —en su propio suelo— los capitales que le son necesarios y no depender demasiado del exterior. Y aunque el extranjero coloca también su dinero en el Japón, los japoneses han conseguido detener casi siempre los capitales a nivel de los bancos. Pues, en efecto, son los bancos quienes prestan a las empresas a corto o medio plazo y no los extranjeros, por temor a que éstos controlen las sociedades por la vía de las participaciones.

Y es asombroso comprobar que, a pesar de una larga ocupación americana, de una alianza —actualmente todavía muy estrecha— con los Estados Unidos y una dependencia monetaria bastante estricta, sólo un porcentaje aún pequeño del capital industrial del Japón está en manos americanas.

Pero todo el equilibrio económico japonés se basa en la necesidad vital de exportar cada año más para poder contrarrestar las inevitables importaciones. De ahí que el problema de los costos tenga en el Japón una gran importancia. Para abordar los ricos mercados del mundo occidental, le es absolutamente necesario bajar sus costos. En esta situación, el desarrollo de un mercado interior —que permita aumentar la producción y hacer descender los precios de costo— está llamado a desempeñar un considerable papel en la economía japonesa, de la misma importancia que el de los mercados exteriores.

La constancia de la política exterior japonesa

La derrota japonesa de 1945 y la introducción, en su nueva constitución, del principio de la renuncia a la guerra y del desarme han modificado profundamente la política exterior de este país. Entre la actual política, resueltamente pacifista, del *Gaimusho* (ministerio japonés de asuntos exteriores) y el imperialismo nipón de antes de la guerra no parece haber nada en común. Pero si se examinan las cosas más atentamente, resulta que lo que ha cambiado no es la naturaleza profunda de su política, sino, solamente, los medios de acción y la cualificación de los objetivos. Cierto que la guerra está ahora prohibida y que los japoneses están curados de sus aventuras militares. Pero su imperialismo no ha muerto ha pasado del plano político al plano económico. A la famosa «esfera de co-prosperidad» de los militares parece ahora suceder una *«esfera del Asia del Pacífico»* cuyo interés económico es evidente. Taller industrial de Asia, el Japón necesita las materias primas y mercancías que este continente puede ofrecerle y es el que mejor situado está para conseguir beneficios. De ahí la Conferencia para el desarrollo del Asia sudoriental que, por iniciativa japonesa, se celebró en Tokyo en abril de 1966: el Japón querría poner a punto una organización económica colectiva para que el Asia sudoriental acelere su homogeneidad frente a China. Y ha decidido prestar una ayuda al extranjero correspondiente al 1 por 100 de su producto nacional bruto, es decir, 870 millones de dólares, lo que representa el doble de la cifra actual. Veinte años después, el Japón intenta, pues, volver al Asia sudoriental. Pero como sólo puede progresar en esta región a la sombra de los Estados Unidos, busca actualmente —y aceptaría gustosamen-

te— la cobertura de naciones menos dependientes del gigante americano. Por otra parte, el 24 de noviembre de 1966 se inauguraba en Tokyo un «Banco de desarrollo asiático» con un capital inicial de 955 millones de dólares, capital cuyos más fuertes suscriptores serían, de entrada, los Estados Unidos y el Japón, cada uno de ellos con 200 millones de dólares. Anteriormente, se había creado, en 1964, una «Agencia japonesa de Cooperación Técnica para Ultramar», encargada de organizar en el Japón diversos ciclos de formación y seminarios para extranjeros, reclutar especialistas japoneses para los países que los pidieran y secundar la implantación de centros técnicos en los países en vías de desarrollo.

En fin, actualmente, el Japón participa en numerosos proyectos en los países del Asia sudoriental, especialmente en Indonesia, Viet-Nam del Sur y Tailandia (su stand en la feria internacional de Bangkok, en diciembre de 1966, causó particular impresión).

Entre japoneses y americanos existen tres puntos principales de fricción. En primer lugar, los problemas territoriales: los Estados Unidos ocupan, en efecto, las islas Ryūkyū y, sobre todo, Okinawa, base nuclear fundamental en su dispositivo estratégico. Ante las incansables reivindicaciones, por parte de los japoneses, de estos territorios, a los que consideran parte integrante del Imperio nipón, los Estados Unidos condicionan, al parecer, su restitución al mantenimiento de la base nuclear, lo que no hace más que envenenar el segundo problema: el de la posesión de armas nucleares. Porque la mayoría de los japoneses no se muestran favorables a la anulación del artículo 9 de la Constitución y rechaza, con más motivo aún, un armamento nuclear. Y porque han sido las únicas víctimas de la bomba atómica y están, en este sentido, justamente sensibilizados, los japoneses no quieren, en ningún caso, que sus puertos sirvan de base para submarinos nucleares o portaaviones, y que sus aeródromos se utilicen como escala para los bombarderos del *Strategic Air Command*. Las únicas manifestaciones populares que han acusado realmente en choques violentos se han organizado precisamente para protestar contra la visita al Japón de navíos nucleares. En la actualidad, el problema de Okinawa parece prácticamente resuelto. Los Estados Unidos han aceptado devolver la isla a los japoneses en un futuro próximo (julio de 1972) y consultar además a los japoneses sobre la utilización y el destino de las bases que conserven. El tercer punto de fricción es la guerra del Viet-Nam. Pues, aunque los japoneses se han beneficiado económicamente de esta guerra (venden al cuerpo expedicionario americano cemento, acero, petróleo refinado y municiones) como antes se habían beneficiado de la guerra de Corea, su pacifismo les obliga a tomar una posi-

ción netamente contraria al desarrollo de las hostilidades en ese país.

Además, el Japón teme que el empeoramiento de la situación en el Viet-Nam acabe comprometiendo sus relaciones con China. En efecto, las visitas del primer ministro Sato a Saigón y a Formosa han provocado, ya, vivo descontento en China. Recientemente, ésta ha acusado al Japón de servir de plataforma de agresión para los americanos. Ahora biên, en el plano comercial, China constituye una salida capital para el Japón. Para él, China no es solamente el gran vecino cuya cultura ha asimilado, sino también un enorme mercado que, para una economía en pleno desarrollo, supone verdaderamente una vertiginosa tentación. En efecto, en China hay 700 millones de hombres para equipar y el Japón es la tercera potencia industrial del mundo... Se comprende fácilmente que, en estas condiciones, los japoneses presten gran atención a todo aquello que pudiera contrariar los esfuerzos desplegados en dirección a China. Actualmente, aunque es el cuarto cliente del Japón, China sólo representa la décima parte de su principal mercado, los Estados Unidos. Poco a poco, el Japón intenta desarrollar sus intercambios con China, evitando, al mismo tiempo, aislarse de Formosa, isla a la que está unido por un pasado colonial y un tratado.

En cuanto a las relaciones que los japoneses mantienen con la URSS, la verdad es que, aunque se han distendido algo, no llegan a ser todavía completamente normales. Pues, aunque hace ya diez años que los dos países intercambian embajadores, no existe entre ellos, todavía, nada parecido a un tratado de paz. El problema de las Kuriles sigue siendo el obstáculo determinante. A principios de 1968, Kosygin rechazó públicamente toda reivindicación japonesa sobre las Kuriles y Sajalin, islas colocadas, por los acuerdos de Yalta y de Potsdam, bajo la autoridad soviética. No obstante, los japoneses continúan sosteniendo que los compromisos suscritos durante esas dos conferencias no tienen para ellos ningún valor, ya que las negociaciones se llevaron a cabo sin su presencia y que, además, la Declaración de San Francisco, por la que el Japón renunció, en 1951, a hacer valer sus pretensiones sobre las islas, no concierne a la URSS, que se negó a firmar el documento.

No obstante, en julio de 1966, el Japón y la URSS firmaron un tratado consular, primero de este tipo firmado por el Japón con un país comunista. Por lo demás, se ha inaugurado, ya, una línea aérea Tokyo-Moscú. Y, sobre todo, el desarrollo del Extremo Oriente soviético abre amplias perspectivas al desarrollo de las relaciones entre ambos países. La explotación en común de las riquezas siberianas está llena de posibilidades en este sentido. En

efecto, este depósito de materias primas interesa en primer lugar al Japón que, por su parte, puede suministrar a la URSS los equipos necesarios. En marzo de 1967, se firmó un tratado de cooperación ruso-japonés que prevé importantes inversiones, especialmente para la construcción de un oleoducto y la explotación de minas de cobre.

En resumidas cuentas, el Japón intenta aparecer —manteniendo buenas relaciones con las tres principales potencias, a base de un delicado juego de equilibrio— como la única gran nación industrial del mañana no comprometida en la lucha ideológica y, por ello, capaz de desempeñar un papel de primer plano en el equilibrio del mundo.

III. LA DIVISION DE COREA

La expuesta posición que ocupa la península coreana entre las tres principales potencias del Extremo Oriente, Japón, China y URSS, rige su destino: en efecto, desde finales de la segunda guerra mundial, este hecho ha impedido la unificación del país e incluso ha llegado a convertirle en uno de los principales terrenos de enfrentamiento de la guerra fría.

Y, sin embargo, a diferencia de las antiguas colonias europeas del Asia sudoriental liberadas del Japón, Corea estaba libre de la amenaza de reocupación por parte de su antiguo colonizador. No fue, pues, recuperada, pero sí ocupada y partida: por los vencedores enemigos, rusos y norteamericanos. Al norte del paralelo 38, los rusos se apresuraron a organizar un Estado satélite, con los comunistas coreanos a su cabeza: el 9 de septiembre de 1948 se fundaba oficialmente la República popular de Corea del Norte (capital P'yongyang). Por estas fechas, todavía no hacía un mes que el viejo nacionalista Syngman Rhee se había convertido, en Seúl, en presidente de la República de Corea del Sur (15 de agosto de 1948), poniendo así fin al período de gobierno militar por el ocupante americano. Este se había mostrado más cauteloso y discreto que su rival soviético, aunque en septiembre de 1945, se negara a reconocer un régimen apresuradamente montado, con la complicidad del gobernador general japonés.

Aunque menos poblada, Corea del Norte cuenta con unos recursos mineros y energéticos —y especialmente una capacidad hidroeléctrica— muy superiores a los de Corea del Sur. Y en el momento en que se produjo la invasión (25 de junio de 1950), que desencadenaría una guerra de tres años, su industrialización y el armamento soviético le convertían en el más fuerte de los dos Estados. La agresión fue inmediatamente condenada por el Con-

sejo de Seguridad de las Naciones Unidas: la URSS, que evidentemente no era extraña ni a la decisión de atacar el Sur ni a la preparación del ataque, no pudo oponer su veto a la resolución del Consejo, ya que venía boicoteándolo desde hacía seis meses como protesta contra la presencia de la China nacionalista, y los Estados Unidos intervinieron al lado del Sur, en tanto que participantes en la acción colectiva decidida por la ONU (acción colectiva que protagonizaron fundamentalmente, de hecho, americanos y coreanos del Sur, al mando del general MacArthur).

Aunque la invasión sorprendió a los surcoreanos, rápidamente empujados hacia el sudeste de la península, un audaz desembarco de MacArthur hizo posible, en septiembre de 1950, la recuperación de Seúl y la derrota de los invasores. Los contingentes de la ONU franquearon entonces (a principios de octubre) el paralelo 38, para reunificar por la fuerza Corea, lo que provocó casi inmediatamente la intervención de la China popular. Los chinos rechazaron las fuerzas americano-coreanas al sur del paralelo 38 y de Seúl, que volvieron a ocupar. Después, con la llegada de nuevos refuerzos americanos, Seúl cambió una vez más de manos y, a partir de la primavera de 1951, el frente se estabilizó alrededor del paralelo 38. Por lo menos, los chinos habían salvado Corea del Norte y mantenían un Estado amortiguador en sus propias fronteras. MacArthur —que deseaba recomenzar la ofensiva hacia el Norte— fue llamado por Truman (abril de 1951) que se había hecho eco de las reticencias de algunos de sus aliados y de la falta de unanimidad que reinaba en la ONU con respecto al «problema coreano». A partir de este momento, la guerra se redujo a una guerra de posiciones, mientras se entablaban largas y laboriosas negociaciones. Negociaciones que condujeron, dos años después, a la firma del armisticio de Panmunjom (27 de julio de 1953), que, más o menos, mantenía el trazado de la frontera anterior al ataque de junio de 1950.

A partir de este momento, la reunificación de Corea se convirtió en un sueño. El Norte continúa su industrialización: más de la mitad de la población vive hoy de la industria. Aunque la expansión demográfica es muy rápida (2,7 por 100 anual), no inquieta a nadie, ya que esta mitad de Corea no está superpoblada (14,5 millones de habitantes). Su problema sería más bien el de la falta de mano de obra, máxime cuando las pérdidas debidas a la guerra fueron importantes y el éxodo hacia el sur, masivo. El conflicto chino-soviético puso al país en una posición muy incómoda. Después de haberse aproximado durante algún tiempo a Pekín, P'yongyang se volvió a acercar después a las tesis soviéticas, juzgando severamente la revolución cultural. En la actualidad

trata de estar a bien con los dos gigantes del socialismo, inclinándose hacia el más cercano.

A menudo, bandas armadas de agentes norcoreanos se infiltran en Corea del Sur, sobre todo a lo largo de la costa occidental a fin de suscitar operaciones de guerrilla. Estas bandas han atacado frecuentemente, y a veces matado, a soldados norteamericanos y surcoreanos, sin conseguir hasta el momento provocar mucho eco en la población rural de Corea del Sur. Y, sin embargo, ésta es mucho más pobre que la población urbana, la cual se ha beneficiado más del rapidísimo crecimiento de la industria y del comercio exterior. El *boom* económico ha ido acompañado de un incremento demográfico igualmente espectacular, en la actualidad algo frenado por los primeros efectos de una vigorosa política de restricción de los nacimientos. Con sus 33 millones de habitantes (de ellos casi 6 millones en la aglomeración de Seúl), Corea del Sur sigue poseyendo una de las densidades más fuertes del globo (350 habitantes por kilómetro cuadrado).

Frente al «totalitarismo comunista» del norte, el sur se adhiere firmemente al campo del «mundo libre», gracias a lo cual los fraudes electorales, el autocratismo de Syngman Rhee y la corrupción administrativa provocaron su caída en 1960 (a consecuencia de manifestaciones estudiantiles). Fue seguida de una breve experiencia democrática, a la que puso fin, en mayo de 1961, un golpe de Estado militar cuyo principal autor, el general Park Chung-hee, es hoy el amo todopoderoso de un régimen defendido por un ejército y una milicia numerosa, una policía bien equipada y una red de espionajes omnipresente.

12. El Asia sudoriental desde la independencia

Si la independencia es una condición de la dignidad de los pueblos, no basta, por sí sola, para resolver todos los problemas que tienen que afrontar hoy los jóvenes Estados.

Más aún que Africa o América latina, el Asia sudoriental ofrece una extrema diversidad de regímenes políticos: una democracia marxista, la República Democrática de Viet-Nam; sultanatos casi feudales, como los de Malasia y Brunei; gobiernos neutralistas como Birmania; gobiernos ligados a los Estados Unidos como las Filipinas o Tailandia; y, en fin, otra serie de Estados que buscan todavía su propia vía. Sin embargo, a todos estos Estados se les plantean problemas similares, lo que no significa que intenten o que puedan todos resolverlos de la misma manera. Porque, para algunos de ellos, la independencia continúa siendo puramente formal.

El primer problema es el de la edificación del Estado, de un poder central fuerte que, al mismo tiempo, permita la descentralización y respete la autonomía cultural y administrativa de las minorías.

En segundo lugar, hay que desarrollar la economía, no ya con vistas a la exportación, como antaño, sino al bienestar de la colectividad.

Hay también que construir o reconstruir una cultura nacional, que encuentre sus propias fuentes sin dejar de ser científica y de abrirse a las aportaciones del exterior.

En fin, el último, pero no el menor problema, es el de la instauración de una verdadera democracia, que debe ser social y al mismo tiempo política. Una democracia que se defina, pues, por una representación auténtica del pueblo, la satisfacción de las necesidades de la mayoría de la población, la disminución de las desigualdades sociales y no por una fachada parlamentaria que preserve estructuras arcaicas y la dominación de un clan, de una clase o de una casta militar.

La evolución de la mayor parte de los países no responde a estos imperativos. La marcha hacia la democracia y la independencia reales se ve frenada por las fuerzas conservadoras, a menudo apoyadas por potencias exteriores que, como los Estados Unidos, quieren mantener aquí (como en otros lugares) sus intereses económicos, sus bases estratégicas y su dominación política.

Hemos visto ya que, en el momento de la guerra del Pacífico, Pibun Songgram se alineó al lado de los japoneses. Sin embargo, con Pridi se organizó un movimiento de resistencia que entró en contacto con los aliados, lo que permitió a Tailandia, después de la capitulación del Japón, cambiar de signo su política sin demasiados problemas.

La lucha se trasladó al plano interior, donde los diferentes clanes se disputaron el poder. Pridi, convertido en primer ministro, tuvo que dimitir después de la misteriosa muerte del rey Ananda Mahindon (junio de 1946). Con el golpe de Estado del 8 de noviembre de 1947, aprovechándose del descontento suscitado por la inflación, el ejército volvió a tomar el poder. Pridi tuvo que huir y en abril de 1948 Pibun Songgram era de nuevo nombrado primer ministro. A pesar de las varias tentativas de sus adversarios —con ayuda de la marina— para derribarle (26 de febrero de 1949 y 29 de junio de 1951), Pibun Songgram consiguió mantenerse en el poder hasta 1957. Pero el desarrollo del ejército y la policía en que se apoyaba y que se beneficiaban de los créditos de Estados Unidos comprometidos en la lucha contra el comunismo, suscitó nuevas facciones; Phao Sriyanon, jefe de la policía, y Sarit Thanarat, comandante de Bangkok, fueron tomando cada vez mayor importancia.

En 1955, finalizada la guerra de Indochina, la preocupación por ampliar la base de su poder para reforzar así su posición frente a sus rivales, indujo a Pibun a liberalizar el régimen. Autorizó los partidos políticos, descentralizó la administración y permitió la libre discusión de los asuntos públicos. Después de años de represión, Tailandia conoció una viva actividad política, caracterizada fundamentalmente por la reconstitución del partido demócrata de Khuang Aphaiwong y la creación de varios partidos de izquierda que, reagrupados en 1957 en un Frente socialista, criticaron vigorosamente al gobierno.

Las elecciones de febrero de 1957 dieron a éste la mayoría, pero fue acusado de fraude electoral. Sarit, convertido en comandante en jefe del ejército, se aprovechó de la crisis para derrocar a Pibun el 16 de septiembre. Sarit expulsó también a Phao. El ejército triunfó sobre la policía. Después de un período inestable, el propio Sarit se hizo con el poder en octubre de 1958; en enero de 1959 una Constitución provisional le daba poderes excepcionales. Era el fin de la experiencia de liberalización. Se anuló la ley de 1955 autorizando los partidos políticos, se arrestó a los dirigentes del Frente Socialista y se abandonó el régimen representativo: a partir de ese momento, la Asamblea se designa enteramente por

nombramiento. La mayor parte de sus 240 miembros son funcionarios u oficiales. A la muerte de Sarit, en diciembre de 1963, le sucedió su brazo derecho, el mariscal Thanom Kittikachorn.

Pero los cambios de hombres son superficiales. Cualquiera que sea el clan gobernante, lo cierto es que, desde hace treinta años, y aparte de algunas breves interrupciones, Tailandia sufre una dictadura militar oportunista. Después de haber cooperado con el Japón durante la guerra, hoy se vuelve hacia los Estados Unidos para recibir apoyo militar y económico: Bangkok, lugar estratégico, es la sede de la Organización del Asia sudoriental (SEATO). La SEATO, como se sabe, se organizó en septiembre de 1954 por el pacto de Manila para luchar contra la extensión de la influencia comunista. Pero, al lado de cinco potencias occidentales, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda, sólo tres países asiáticos entraron en la Organización: Filipinas, Tailandia y Paquistán. Por lo demás, desde octubre de 1950 Tailandia está ligada a los Estados Unidos por acuerdos de cooperación técnica, económica y militar, y ha recibido en virtud de ellos una considerable ayuda. Por su parte, ha enviado tropas a Corea y a Viet-Nam del Sur y ha autorizado el establecimiento de bases americanas de donde parten las incursiones hacia Laos y el Viet-Nam. En 1967 había estacionados allí unos 50.000 hombres de las fuerzas americanas.

Pero la ayuda americana no ha resuelto los problemas internos e incluso ha creado otros nuevos. Durante mucho tiempo, Tailandia no se ha preocupado de desarrollar su economía, ya que, para su escasa densidad de población, contaba con vastas superficies de tierras y muchos campesinos eran propietarios. Pero en los últimos veinte años el incremento demográfico (2,8 por 100 anual) ha doblado casi una población (17,4 millones en 1947, 32,3 millones en 1967) lo que ha reducido la superficie cultivada por cabeza, mientras que la débil industrialización apenas puede proporcionar empleos fuera de la agricultura.

El problema más grave es el del nordeste, donde el subdesarrollo es mayor y donde una gran parte de la población es de origen lao y no siamés: de ahí que, con anterioridad al golpe de estado de octubre de 1958, fuera precisamente en el nordeste donde se reclutaran numerosos diputados de la oposición. Otro foco de perturbaciones se encuentra en el sur, habitado por malayos: como los lao, los malayos no se han podido beneficiar hasta ahora del crecimiento económico, limitado a la llanura central. El 1.º de enero de 1965 se creó un Frente patriótico tailandés, que realiza acciones de guerrilla en estas regiones.

El gobierno ha emprendido grandes obras en el Menam y el Meping para aumentar la superficie cultivada y el potencial hi-

droeléctrico. Después de una misión del Banco internacional, ha puesto en marcha un plan sexenal (1961-1966), que favorece más el desarrollo de la industria y de la energía (+ 12 por 100 anual) que el de la agricultura (+ 3 por 100), y ha promulgado también una legislación favorable a las inversiones privadas, deteniendo la creación de empresas públicas. Durante este período, la tasa de crecimiento del producto nacional ha superado el 7 por 100.

Sin embargo, la dependencia con respecto a Estados Unidos, la corrupción, la dictadura y el inmovilismo del régimen militar provocan un creciente descontento en las ciudades. La juventud estudiantil asume la dirección del movimiento y organiza, en octubre de 1973, manifestaciones en Bangkok, que tras una sangrienta prueba de fuerza, provocan la caída de los mariscales. Un gobierno civil los reemplaza y prepara una nueva Constitución. Pero los problemas económicos siguen en pie, agravados por la crisis del petróleo.

II. FILIPINAS

La independencia no ha producido modificaciones fundamentales en la estructura política y social de las Filipinas. En efecto, los dos grandes partidos, el nacionalista y el liberal, se suceden en el poder con programas que sólo difieren en cuestiones de detalle. De hecho, se trata de un «sistema de partido único con dos facciones», lo que explica la facilidad con que numerosos dirigentes, por razones electorales o financieras, pasan de un partido a otro. La única constante de su política es la voluntad de conservar los privilegios de los poseedores.

El primer presidente de la República fue Roxas. A pesar de haber sido ministro en el gobierno de la ocupación japonesa, Roxas fue «rehabilitado» por el general MacArthur y se convirtió en el jefe del Partido liberal, nacido de la escisión del partido nacionalista. A su muerte, en 1948, le sucedió Quirino. Aunque bajo la administración liberal la afluencia de dólares aportados para el pago de daños de guerra enriqueció a una minoría de hombres de negocios y grandes propietarios, las condiciones de vida de las masas no mejoraron: en 1950, los salarios reales de las ciudades estaban al nivel de los de 1941, mientras que en los campos el problema agrario se hacía cada vez más agudo. En el plano político, la corrupción reinaba por doquier: durante las elecciones presidenciales de 1949, en ciertas circunscripciones «votaron los pájaros, las abejas y las flores». En efecto, el número de sufragios sobrepasaba en estas zonas el de habitantes...

En estas condiciones, se intensificó el movimiento huk. A prin-

cipios de 1950 tomó el nombre de «Ejército de Liberación Popular» y proclamó su intención de expulsar a los americanos y establecer una «nueva democracia». Contaba con unos efectivos de 20 a 30.000 hombres y con más de cinco millones de simpatizantes en todo el archipiélago.

Los Estados Unidos hicieron entonces un esfuerzo decisivo. Después del envío de la misión Bell, destinada a estudiar las condiciones económicas en Filipinas, se concedió al gobierno de Manila una nueva ayuda y Ramón Magsaysay, un jefe enérgico e íntegro, fue nombrado ministro del Ejército. Mediante la reorganización de la policía y el ejército y la práctica de la «política del dólar» entre los guerrilleros, Magsaysay consiguió reducir poco a poco el movimiento y aislarlo en el centro de Luzón. En 1953 fue elegido, como candidato del partido nacionalista, para la presidencia de Filipinas.

La nueva administración se esforzó en «limpiar la casa» y desarrollar la economía. En 1954, una ley agraria daba a los colonos una mayor seguridad en el arrendamiento de las tierras, limitando la tasa de interés a un 8 por 100, y previendo la explotación de las tierras vírgenes de Mindanao por los campesinos pobres. Magsaysay animaba al «pueblo bajo» a que le expusiera sus quejas y se esforzó en darle satisfacción. Esta actitud le valió una inmensa popularidad, pero apenas le dejó tiempo para ocuparse de los grandes problemas de la política nacional. Y, por su exigencia de honestidad, los caciques le plantearían dificultades cada vez mayores, incluso en el interior de su propio partido. Su desaparición accidental, en marzo de 1957, repuso en el poder a las antiguas facciones e hizo volver la corrupción administrativa (que, por lo demás, nunca había desaparecido completamente). Le sucedió un nacionalista, Carlos García (1957-1961), seguido de un liberal, Macapagal (1962-1965), y de nuevo un nacionalista, Marcos (1966).

Esta alternación de los partidos en el poder no se traduce por ningún cambio político esencial. La autoridad sigue perteneciendo a una oligarquía terrateniente poseedora de vastos dominios. Pero esta oligarquía se compone de varios grupos. Los grandes arroceros (sobre todo en el centro de Luzón) y los plantadores de tabaco (norte de Luzón), cuya producción se destina al consumo interno, son partidarios de una política de precios elevados y restricción de las importaciones. Por el contrario, los cultivadores de productos de exportación, derivados de la nuez de coco, azúcar y madera (tres productos que representan por sí solos el 75 por 100 de las exportaciones), reclaman la libertad de cambios y de transacciones financieras. Los azucareros de Negros, Panay, centro de Luzón, constituyen un bloque particular-

mente poderoso por la importancia de los capitales invertidos y de los impuestos pagados al Estado. Sin embargo, al lado de los terratenientes, el desarrollo de la industria, que representa hoy el 22 por 100 del ingreso nacional (frente al 35 por 100 de la agricultura), ha provocado la formación de una pequeña clase de industriales, que posee hoy la mitad de las empresas (la otra mitad pertenece, sobre todo, a los norteamericanos). Agrupados en la Cámara de Industria filipina, piden el control del comercio exterior para proteger sus nacientes industrias.

Frente a las clases socioeconómicas, y por su predominio religioso (el 80 por 100 de los filipinos son católicos), su organización, su disciplina, el origen social de su jerarquía y la situación de casi monopolio que mantiene sobre las escuelas, la Iglesia católica constituye una fuerza política esencial. La Iglesia no ha vacilado en participar en las campañas electorales para apoyar a los candidatos favorables a sus ideas, especialmente en materia de educación: en 1953, por ejemplo, contribuyó a la victoria de Magsaysay. Sin embargo, choca con una pequeña oposición —cuyos orígenes se remontan al período hispánico y a la revolución de 1896— formada por los aglipayistas o Iglesia Católica independiente (el 5 por 100 de la población), los protestantes (el 5 por 100) y los masones.

Como detrás de la fachada parlamentaria, que funciona en beneficio exclusivo de la oligarquía terrateniente, ésta sigue detentando el poder, el problema agrario no ha recibido ninguna solución. Por el contrario, se agrava cada día más a causa del endeudamiento y del incremento demográfico. Según el censo de 1948, 600 individuos y sociedades, es decir, el 0,036 por 100 de los «agricultores» poseen más de 500.000 hectáreas o el 13 por 100 de la superficie cultivada (media: 833 hectáreas), mientras que un 37 por 100 —un 70 por 100 incluso en el centro de Luzón— no posee nada. Y miles de pequeños campesinos pierden todos los años sus tierras embargadas por sus acreedores. El gran propietario no sólo dispone del poder económico. Es también tradicionalmente un señor feudal que posee una tropa privada encargada de hacer reinar el orden, que domina los tribunales y hace elegir a sus candidatos locales. Así se explica la amplitud que ha revestido el movimiento de los huks y que haya sido precisamente en el centro de Luzón donde éstos han reclutado a la mayoría de sus guerrilleros. Y dado que las causas del mal no han sido eliminadas, la agitación, que parecía reprimida en 1955, ha renacido con nuevo vigor desde 1963.

Ahora bien, el problema agrario condiciona los de la industrialización y el paro: la persistencia de tasas elevadas de renta agraria y de interés impide la inversión de capitales en la industria, y

el incremento del número de campesinos sin tierra y de la población en general aumenta el paro y el subempleo (que afectan respectivamente al 10 y al 30 por 100 de la mano de obra) y baja el nivel de los salarios. El desarrollo de una industria nacional se ve también frenado por la dominación de las firmas americanas, que gozan de «paridad» con las empresas filipinas. En definitiva, aunque la pertenencia de las Filipinas al área del dólar tenga también ventajas, ello no impide que la explotación económica y financiera, la presencia de un importante personal administrativo y de bases militares norteamericanas, hayan intensificado últimamente el nacionalismo filipino y las críticas respecto a las relaciones actuales con los Estados Unidos.

Otro problema, latente desde hace tiempo, ha estallado en la vida política: la minoría musulmana de Sulu y Mindanao, que sufre una discriminación en todos los planos (económico, político, escolar) ha visto recientemente cómo diversas sociedades acaparaban sus tierras y ha tomado las armas para defenderse.

Ante estos diferentes problemas, el régimen, apoyándose en el ejército, ha reaccionado instaurando la ley marcial el 22 de septiembre de 1972. Pero no ha conseguido eliminar el «nuevo ejército del pueblo», ni el separatismo musulmán en el sur, ni la criminalidad en las ciudades, ni la miseria de los trabajadores agrícolas.

III. BIRMANIA

Los principios de la independencia birmana se caracterizan por una explosión de desórdenes que se producen sucesivamente en todos los rincones del país. Hemos visto ya cómo los comunistas de la «Bandera blanca», y de la «Bandera roja» después, se sublevaron en marzo de 1948. Al verano siguiente se les unieron elementos desmovilizados de la Organización de Voluntarios del Pueblo, milicia creada por Aung San para la guerrilla, y que contaba con unos 800.000 hombres. En fin, en enero de 1949 se sublevó también la importante minoría cristiana de los karen, entre quienes los británicos reclutaban sus tropas, compuesta de grandes propietarios opuestos a la reforma agraria.

Pero la ausencia de unidad entre los sublevados, que no fueron seguidos por la mayor parte de la población, la habilidad de los dirigentes y el joven ejército birmano, salvaron al naciente Estado. En 1950 apareció un nuevo peligro en la frontera del nordeste: los restos del ejército del Kuomintang, en su huida de los comunistas, se refugiaron en los Estados Shan, utilizándolos como base para lanzar incursiones a China, con el apoyo de los Estados

Unidos y de Taiwan. Después de las protestas birmanas, evacuaron una parte de sus efectivos.

No obstante, la Unión birmana se fue consolidando poco a poco. Respondiendo al ofrecimiento de amnistía del gobierno, muchos sublevados depusieron las armas y volvieron a sus pueblos. En el plano económico y social, los progresos fueron menores. Aunque en 1948 se votó una reforma agraria para neutralizar la propaganda comunista, hasta 1953, con el restablecimiento de la seguridad interna, no pudo ponerse en marcha. En 1958, de una superficie cultivada de cuatro millones de hectáreas, solamente se distribuyeron 567.200 hectáreas entre 178.000 familias campesinas. La reforma se suspendió después. La producción agrícola quedó estancada y la producción por cabeza es inferior a la de antes de la guerra.

Mayores son todavía las dificultades políticas. Después de haber gozado durante mucho tiempo del monopolio del poder, en 1952 la AFPFL vio surgir una oposición bastante fuerte de izquierda, representada por el Partido de los Trabajadores y Campesinos de Birmania, y a partir de 1956 se produjeron también, en el interior del propio partido, conflictos de personas y de línea política. Estos conflictos provocaron el estallido del Frente en dos fracciones: el AFPFL «puro» (que tomará el nombre de Partido Unionista), dirigido por U Nu, y el AFPFL «estable», conducido por Kyaw Nein y Ba Swe. Ambos controlaban diferentes organizaciones juveniles, sindicales y femeninas. Esta incierta situación incitó a U Nu a ceder voluntariamente su puesto al general Ne Win, comandante en jefe del ejército (octubre de 1958), para que procediera a un restablecimiento del orden. Como las elecciones le dieron una mayoría aplastante en el Parlamento, U Nu volvería al poder en abril de 1960. Pero dos años después, el 2 de marzo de 1962, un golpe de Estado militar repuso a Ne Win.

Esta intervención en los asuntos del Estado de un ejército hasta entonces apolítico se debe a que los dirigentes no habían podido resolver varios grandes problemas, todos ellos centrados alrededor del dê la unidad nacional.

En efecto, Birmania, como otros países del Asia sudoriental cuenta con importantes minorías nacionales: karen, shan, mōn, kachin y chin, que representan el 30 por 100 de la población. Su origen étnico, su cultura, su lengua, su religión no siempre son los mismos que los de los birmanos: así, los karen son cristianos; los kachin, animistas; los arakaneses, musulmanes, mientras que los mōn y los shan son budistas como los birmanos. La constitución de septiembre de 1947 estableció una Unión birmana de estructura federal, aunque con predominio de la autoridad central. En

diciembre de 1973, se aprobó mediante referéndum una nueva Constitución que establecía, junto a una Cámara única de 451 diputados, consejos de aldeas, de distritos de Estados (habitados por etnias no birmanas) o de divisiones (pobladas por birmanos). Las diversas insurrecciones continúan, así como las dificultades económicas y financieras (penuria de bienes de consumo, déficit presupuestario, corrupción, etc.).

Los poderes de los Estados son más aparentes que reales, máxime cuando los birmanos ocupan muchos de los puestos de mando, incluso en la administración local. La revuelta de las minorías ha sido la causa de la crisis actual.

Aunque los karen tengan, desde junio de 1954, un Estado y estén representados bastante ampliamente en la administración, el ejército e incluso la cabeza de la Unión (el presidente de la Unión birmana es un karen), persisten causas de descontento, ya que el Estado karen no es económicamente viable y no incluye una parte del rico delta donde birmanos, mōn y karen viven juntos. De ahí que continúe la guerrilla de los KNDO *(Karen National Defence Organization)*. Además, el malestar se extendió también a los shan, que, bajo el primer gobierno de Ne Win, se sublevaron, reclamando una mayor autonomía y la revisión, por tanto, de la Constitución. Shan y karen se aliaron a los comunistas y, en 1961, se les unieron los kachin. Otras minorías que no vieron sus derechos reconocidos por la Constitución se agitaron también. Se trata de los arakaneses y de los mōn, que tomaron las armas para conseguir su reivindicación de un Estado separado. Al finalizar 1961, los rebeldes controlaban conjuntamente la décima parte del país.

Uno de los aspectos de la cuestión de las minorías se refiere a la religión. Ferviente budista, U Nu organizaba en Rangún, en 1954-1956, el sexto gran Sínodo búdico, al que fueron invitados todos los países del *Therāvāda*, fundando así un movimiento de renacimiento espiritual. Pero la proclamación, en 1961, del budismo como religión de Estado, provocó inmediatamente o intensificó la oposición por parte de los no budistas, fueran éstos cristianos como los karen, musulmanes como los mujahids o animistas como los kachin y los chin. El propio ejército, compuesto de miembros de todas las minorías, estuvo a punto de perder su unidad y disciplina. El temor a la anarquía empujó a sus jefes a derrocar el gobierno U Nu, para establecer un poder fuerte capaz de reprimir la tendencia a la fragmentación. Pero el problema es más político que militar.

Desde 1962 el ejército asume las principales funciones políticas y administrativas. El órgano supremo es un Consejo revolucionario de diecisiete miembros, todos ellos oficiales; el propio

gobierno sólo cuenta con un civil (el ministro de asuntos exteriores). En marzo de 1964 se prohibieron todos los partidos y se estableció un partido único, el «Partido del programa socialista de Birmania». Ne Win se esforzó en «purificar» la religión, para impedir que ésta invadiera la política, en atraerse a las minorías mediante proyectos económicos y culturales (creación de un Instituto para el desarrollo de las razas nacionales en Sagaing en 1964) y en ganarse a los campesinos mediante la abolición de los derechos de arrendamiento (abril de 1965).

En el plano económico, la política socialista se ha manifestado por la nacionalización sucesiva de todas las actividades mineras, industriales, bancarias y comerciales. Ha afectado duramente a los indios, 170.000 de los cuales han tenido que abandonar el país, a los chinos y a las misiones cristianas cuyas escuelas han sido nacionalizadas. Esta política de nacionalizaciones exige un importante personal cualificado: su insuficiencia ha provocado la desorganización de la vida económica, el descenso de rendimientos y la penuria. Los «dieciséis mil problemas» de que U Nu hablaba en 1960 siguen esperando solución.

En el plano de las relaciones exteriores, el régimen militar continúa la política de neutralidad de sus predecesores. En junio de 1954, y después de Nehru, U Nu proclamó en Rangún con Chu En-lai los «cinco principios» de la coexistencia activa, que afirman que la revolución no puede exportarse y que cada pueblo tiene el derecho a escoger su propio régimen sin intervenciones exteriores. Birmania ha sido uno de los cinco organizadores de la Conferencia de Bandung en 1955 y ha delimitado pacíficamente con China sus fronteras (tratado del 1.º de octubre de 1960). A pesar de las dificultades que atraviesa, Ne Win desdeña la ayuda extranjera, que «enferma, paraliza y hace perder a los que la reciben el control de su propio país». La neutralidad birmana difiere del neutralismo camboyano, ya que éste condena el imperialismo norteamericano, mientras que los birmanos se abstienen rigurosamente de tomar partido por una u otra de las grandes potencias.

IV. INDONESIA

Indonesia se enfrenta con dos inmensas tareas, dos tareas a la medida de un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados y de una población de 90 millones de habitantes, compuesta de multitud de grupos étnicos. El primer problema es el de edificar el Estado por encima de las divergencias religiosas y de los particularismos regionales. Ya en 1945 Sukarno había pro-

puesto Cinco Principios *(Pantja Sila)*: nacionalismo, humanitarismo, democracia, justicia social y creencia en Dios. Ahora bien, mientras que los partidarios del Estado islámico *(Darul Islam)* mantenían una agitación armada en el oeste de Java y el sur de las Célebes, jóvenes coroneles ambiciosos, asociados con políticos de derecha, desencadenaban en 1956-1958 una violenta crisis. Mediante una serie de golpes de Estado, los coroneles establecieron Consejos regionales autónomos en Sumatra, en Indonesia oriental, y en Kalimantan, y, en febrero de 1958, un gobierno rebelde en Padang. Aunque la insurrección, carente de apoyos populares pero no de protección exterior (la de Taiwan y la de algunos medios norteamericanos, especialmente), fue en seguida reprimida, subsiste todavía el problema de la necesaria descentralización política.

Si la República no ha podido solucionar todavía el problema de la autonomía nacional y religiosa de las minorías, es porque ella misma no ha encontrado tampoco la estabilidad política. En efecto, la unidad que prevalecía durante la guerra de independencia ya no existe. Por el contrario, las luchas por el poder, el desarrollo de un capitalismo de Estado, la aparición de una burguesía a quien la independencia ha dado una serie de posibilidades cada vez mayores de expansión y de un proletariado organizado en poderosos sindicatos, han agravado las diferencias sociales y políticas. Desde 1950 se ha ido produciendo una polarización creciente en torno, por una parte, al *Masjumi* (Consejo Musulmán Indonesio) y al Partido socialista, y, por otra, al PNI *(Partai Nasional Indonesia)*, el NU *(Nahdatul Ulama*, «Liga Musulmana») y el PKI *(Partai Komunis Indonesia)*. Los primeros están cada vez más ligados a la naciente clase capitalista de las ciudades y de los campos: plantadores de caucho, copra, caña de azúcar y tabaco, pequeños industriales *(batik)*, comerciantes, etc. El PNI es, sobre todo, el partido de los funcionarios, no solamente de la administración, sino también de las empresas públicas, que cada vez son más numerosas: su influencia se ha visto incrementada con la intervención del Estado en las antiguas empresas holandesas (bancas, navegación, transportes, comercio exterior, plantaciones). El *Nahdatul Ulama* nació en 1952 de una escisión del *Masjumi*: asociado a los religiosos y a los pequeños propietarios agrícolas, representa un Islam más conservador que el *Masjumi*, pero, por eso mismo, más expuesto también a las influencias occidentales. En fin, bajo la prudente dirección de D. N. Aidit, el PKI se recupera progresivamente de su derrota de 1948.

Al lado de los cuatro grandes partidos consagrados por las elecciones de 1955, PNI, *Masjumi*, NU y PKI, una fuerza crecien-

te domina la escena política: el ejército. Nacido durante la resistencia, se trata de un ejército de tradición revolucionaria y política. Con 400.000 hombres, su importancia reside en el hecho de que constituye el principal apoyo del gobierno en su lucha contra las fuerzas centrífugas. E incluso es el único que puede ejercer el poder en ciertas regiones agitadas y sustraídas a la autoridad central; este ejército ha tomado el control de numerosas empresas holandesas incautadas y ha reprimido las diferentes insurrecciones.

En 1956, para intentar eliminar la inestabilidad política, Sukarno propuso la instauración de una «democracia dirigida», fundada no en un sistema parlamentario surgido de elecciones, sino en cuerpos representativos nombrados por el Jefe del Estado, guía de la nación. Sukarno quiere volver a las fuentes y aplicar una democracia aldeana *(musjawarat)* que funcione sobre la base de discusiones conducentes a un acuerdo unánime, y no según la ley de la mayoría. Después de haber instituido un Consejo Nacional Consultivo (mayo de 1957), y de su triunfo sobre los rebeldes de Sumatra, en julio de 1959 restablecía la Constitución de 1945, que le proporcionaba las más amplias atribuciones; en marzo de 1960 disolvía el Parlamento, sustituyéndolo por una asamblea nombrada, de la que se excluía el *Masjumi*, principal partido de oposición, desprestigiado a partir del momento en que se había negado a condenar la insurrección de Padang.

La Asamblea representaba los «grupos funcionales», de los cuales el ejército y el PKI eran los más importantes. Este último entraba en el gobierno en agosto de 1964. Sukarno parecía realizar el *Nasakom*, es decir, la alianza de las fuerzas nacionalistas, religiosas *(agama)* y comunistas, en torno a su persona. En este momento el PKI aparece como una poderosa organización, bien implantada en la población con sus 3 millones de afiliados; controla, además, diferentes movimientos, con un total de 15 millones de miembros: la federación sindical SOBSI (3,2 millones), la Juventud popular (2 millones), la Liga de mujeres (1,7 millones), el Frente campesino (7 millones), etc. Como a partir de 1960 el *Masjumi* y el partido socialista fueron prohibidos, Sukarno no tuvo más oposición que la del ejército. Consciente del anticomunismo de los principales jefes militares, el PKI pidió que se armara a los obreros y campesinos; sin embargo, no insistió en la lucha de clases y sostuvo la política de Sukarno, esforzándose en extender su influencia en el aparato del Estado y en la opinión por medios legales.

¿Hubo un complot militar de derecha para deshacerse del presidente y del PKI? Lo único cierto es que el 1.° de octubre de 1965, bajo este pretexto, un grupo de oficiales desencadenó un

golpe de Estado, en el que fueron asesinados seis generales. El ejército, con Suharto, reaccionó rápidamente. El movimiento fue reprimido. Aunque el PKI lo condenó (dado el éxito que había conseguido con la vía «legal» seguida hasta ese momento, no le interesaba en absoluto mezclarse en un golpe de Estado de este tipo), el ejército aprovechó la ocasión para destruir a su único adversario: en unos meses medio millón de comunistas fueron asesinados con sus principales dirigentes. Sukarno, aislado y neutralizado, perdió el poder efectivo en beneficio de Suharto.

El régimen militar realizará un cambio radical de política. Pone fin a la «confrontación» con Malasia, se aproxima a las potencias occidentales —que le concederán una moratoria de las deudas y nuevos préstamos— y hace un llamamiento a las inversiones extranjeras. Los problemas económicos que Sukarno había desdeñado vuelven al primer plano.

Hasta ahora, las disensiones políticas, las rebeliones militares, y, en el plano internacional, las fluctuaciones de las cotizaciones de las materias primas, han entorpecido el crecimiento económico. En efecto, las primeras a pesar del lanzamiento de dos planes, uno en 1956 y otro en 1961, no han permitido definir un programa coherente y general de desarrollo, a falta de una definición precisa de los objetivos buscados. En cuanto a las segundas han provocado numerosas destrucciones que han venido a añadirse a las de la guerra. Además, el contrabando desvía hacia Singapur, Filipinas y Borneo británico una importante parte de los recursos de exportaciones. El resultado de todo esto ha sido una agravación de la inflación ya causada por la importancia de los gastos militares (el 40 por 100 del presupuesto). Dado que las exportaciones están muy concentradas (el petróleo representa el 44 por 100 y el caucho, el 33 por 100), un ligero descenso de los precios internacionales significa una caída grave de los ingresos públicos y la necesidad de modificar los planes de desarrollo: ahora bien, después del *boom* coreano, las cotizaciones de casi todos los productos de base han tendido continuamente a bajar. En fin, aunque la producción total de caucho, petróleo y arroz haya aumentado, debido al incremento demográfico (20 por 1.000), el ingreso por cabeza es inferior al de antes de la guerra. En cuanto a la industrialización, sólo se encuentra en sus primeros pasos. Este retraso explica que hoy el paro afecte a 14 millones de personas.

V. MALASIA Y SINGAPUR

Como hemos indicado ya, cuando la Federación de Malasia se hizo independiente en 1957 no comprendía Singapur. Las razones

eran de orden político y estratégico. Casi la mitad de la población malaya es china; los malayos temían verse suplantados rápidamente, si Singapur, china en un 50 por 100, se integraba en la Federación. Además, la comunidad urbana de la isla se mostraba más «a la izquierda» que la población agraria y conservadora del continente. Finalmente, los británicos querían conservar su base estratégica de Singapur.

En 1959 Singapur sólo había obtenido su autonomía: sin embargo, su independencia estaba prevista para el 31 de agosto de 1963. Gran Bretaña temía que Singapur se pasara al bando comunista. Más valía integrarla. Para evitar la amenaza demográfica china, se amplió la federación con otros territorios principalmente poblados de malayos: Sabah (Norte de Borneo), Sarawak, Brunei. Nacía así la idea de la Gran Malasia. Idea alentada, además, por el deslizamiento a la derecha del gobierno de Singapur. En el poder, Lee Kuan Yew practicó una política moderada, provocando la escisión del ala izquierda de su partido, que formó el *Barisan Sosialis*. Lee se convirtió pronto en partidario de Malasia: su puerto necesitaba de un *hinterland* económico donde pudieran también desplegarse sus ambiciones políticas.

Los británicos consiguieron que Kuala Lumpur adoptara su idea de la Gran Malasia y, después de difíciles negociaciones, el 16 de septiembre de 1963 nacía la Federación de Malaysia, que comprendía Malasia, Singapur, Sarawak y Sabah. Finalmente, el sultanato de Brunei se quedó al margen, para conservar el control de sus ingresos petroleros. Malaysia agrupaba diez millones de habitantes: 46,7 por 100 de malayos, 41,9 por 100 de chinos, 11,4 por 100 de indios, dayaks y otras minorías.

La Federación chocó con la oposición de Filipinas, que invocó la antigua soberanía del sultán de Sulu sobre Sabah y, sobre todo, con la de la Indonesia de Sukarno, que la denunció como una creación neocolonialista: la «confrontación» armada con ésta, que obligaría a los británicos a movilizar hasta 50.000 hombres, sólo concluiría en junio de 1966, después del eclipse de Sukarno.

Mientras tanto, el 9 de agosto de 1965 Singapur se había retirado de la Federación y se había hecho plenamente independiente. La cohabitación, que había puesto al desnudo los conflictos latentes entre hombres, razas e intereses económicos, no había durado ni siquiera dos años.

El acuerdo sobre Malaysia del 9 de julio de 1963 preveía la constitución de un mercado común, principal petición de Singapur. En efecto, muchas de sus industrias dependen de las materias primas de Malasia (refinerías de estaño, tratamiento del caucho) y otras tienen allí sus mercados (textiles, alimentación, etc.). Por su parte, Malasia realiza un 40 por 100 de su comercio con o

por medio de Singapur (exportaciones de estaño y de caucho). Por este mercado común, Singapur había aceptado ser subrepresentada en el Parlamento federal: para 1.750.000 habitantes sólo disponía de 15 escaños, mientras que Malasia, con 7 millones de habitantes, disponía de 104, y Sabah y Sarawak, con 1,2 millones, de 40. Pero este mercado común tardaba en crearse: Kuala Lumpur se quejaba de que Singapur no suministraba el préstamo previsto para el desarrollo de Sabah y de Sarawak y se limitaba a compartir solamente el 40 por 100 de sus ingresos con la Federación, que reclamaba el 60.

En realidad, los malayos apoyaron la integración en 1963 porque la independencia de Singapur, donde el PAP parecía perder fuerza con relación a la extrema izquierda, les parecía más peligrosa. Pero, durante los años siguientes, el PAP se reforzó, lo que eliminaba el peligro. Como contrapartida, la presencia de un PAP socialista perturbaba el equilibrio político de la Federación, dominada por las fuerzas conservadoras malayas y chinas. La MCA temía que sus tropas se aliaran con el PAP y se impugnara su representatividad. La UMNO razonaba en términos de pertenencia racial y de derechos fundados sobre la raza. Por el contrario, para Lee Kuan Yew, Malaysia debía ser «malaysiana», es decir, se debía crear una sociedad verdaderamente integrada, donde los criterios de diferenciación sólo fueran ya económicos e ideológicos. La comunidad malaya no había llegado a esta fase de toma de conciencia y, por consiguiente, la cohabitación no era posible.

Pero los problemas de Malasia no solamente conciernen al pluralismo étnico, sino también a los conflictos entre clases sociales en el interior de cada comunidad. Malasia tiene la renta por cabeza más elevada del Asia sudoriental: 260 dólares. Es el primer productor de estaño (40 por 100 del total mundial) y de caucho (40 por 100 también), lo que la convierte en el primer proveedor de dólares del *pool sterling*.

Sin embargo, esta prosperidad ha beneficiado, sobre todo, a los británicos y, en un grado inferior, a la burguesía china, que domina la MCA: los primeros controlan los dos tercios de las grandes plantaciones de hevea y de la producción de estaño, la mayoría del comercio de importación-exportación, los grandes bancos y las compañías de seguros; la segunda posee plantaciones medias, empresas de transporte por carretera, minas, algunas industrias (conservas) y el comercio al por menor. En cuanto a la burguesía india, comercia o ejerce profesiones liberales. El proletariado chino o indio no tiene un nivel de vida superior al de los campesinos malayos.

Estos practican principalmente una economía de subsistencia (cultivo de arroz). El problema agrario, del que durante

mucho tiempo se pensó que no afectaba a Malasia, ha alcanzado recientemente una inesperada gravedad. En Malasia, como en los países vecinos, ha aparecido también el endeudamiento, el aumento del número de terratenientes y de campesinos sin tierra, el embargo por los usureros chinos o indios o por los grandes propietarios malayos. Hasta este momento, las medidas dictadas para mejorar la situación económica de los malayos —extensión del crédito, cooperativas, formación profesional, desarrollo de la sanidad y la educación, etc.— no han producido todavía resultados considerables. El gobierno, dirigido por la aristocracia malaya de la UMNO, se ha preocupado más del desarrollo económico que del progreso social. Ha desarrollado la producción de energía, aumentado el cultivo de la palma aceitera y del arroz (en 1966, Malasia importaba el 30 por 100 de sus necesidades en arroz, mientras que, diez años antes, esta cifra se elevaba al 60 por 100), impulsado la renovación de las plantaciones de heveas por especies seleccionadas. Pero la diferencia entre los ingresos ha aumentado. Porque, en una economía de mercado y de empresa, los que gozaban ya antes de posiciones dominantes, durante un proceso de crecimiento económico tienen necesariamente que reforzarlas.

En el plano político y administrativo, son los malayos los que ocupan los puestos de mando, mientras que los chinos ejercen las principales funciones técnicas y éstos pueden un día no contentarse con esta división de tareas y con el sistema actual de cuotas raciales. Los malayos deben superar su atraso histórico, formar rápidamente cuadros medios y superiores. El desarrollo de la enseñanza constituye un problema esencial.

Singapur independiente no carece tampoco de problemas. El rápido incremento de su población (más del 3 por 100 anual) exige la creación de muchos puestos de trabajo y la conquista de mercados. Ahora bien, la Federación es para Singapur un importante mercado, así como una fuente de materias primas. Además, Singapur debe prever la supresión, antes de 1971, de la base británica, que procura al Estado una décima parte de sus ingresos y da empleo a 50.000 personas (de ella viven, pues, más de 200.000 individuos). Como contrapartida, el final de la «confrontación» con Indonesia le permite recuperar su comercio tradicional con el archipiélago.

VI. CAMBOYA

En el Asia sudoriental, Camboya presentaba hasta 1970 una situación de paz bastante excepcional. Esta situación se debía a

varios factores: una población que no pasa hambre, ausencia de minorías turbulentas, y, en fin, una política de independencia tanto frente al Este como frente al Oeste, proseguida con continuidad por el príncipe Norodom Sihanuk.

El 2 de marzo de 1955, una vez reconocida la independencia de Camboya por los acuerdos de Ginebra, Sihanuk abdicaba en favor de su padre, para participar directamente en la vida política. Sihanuk fundó entonces el *Sangkum* (Comunidad socialista popular), que triunfó en las elecciones, hizo promulgar una nueva Constitución (enero de 1956) que, al lado del Parlamento, instituía asambleas provinciales populares y un «Congreso nacional» que, dos veces por año, reuniría a todos los ciudadanos para escuchar el balance presentado por el gobierno. Sihanuk establecía así una especie de democracia directa bajo la tutela real.

Sihanuk no consiguió crear estructuras sociales nuevas, ni eliminar el paro y la corrupción, ni desarrollar la economía, cuyas dificultades crecían cada día. Mientras que los intelectuales de izquierdas tomaban el camino del maquis, la derecha, dirigida por el general Lon Nol y el príncipe Sirik Matak, desencadenaba un golpe de Estado el 18 de abril de 1970 e instauraba la República. A continuación, hacía un llamamiento a los Estados Unidos y a las tropas de Saigón, que se implantaron en el país. En Pekín, Sihanuk formó un Frente unido nacional, aliado a las fuerzas revolucionarias de Viet-Nam y Laos: con su ayuda y el apoyo de los campesinos khmers, sus tropas controlaban en 1973 los dos tercios del territorio.

Camboya está ya, como Laos, asociada al destino de Viet-Nam.

En el plano económico, de 1952 a 1963 Camboya se benefició de una elevada tasa de crecimiento del producto nacional bruto: 5,9 por 100 anual, frente a un 2,2 por 100 de crecimiento demográfico. Pero, a partir de esta fecha, el crecimiento disminuyó. La industrialización se ha efectuado desordenadamente: el sector secundario sólo representa el 17 por 100 del PNB, frente al 41 por 100 del terciario, lo que es excesivo, y el 42 por 100 del primario. Si el cultivo de arroz produce dos veces más que antes de la guerra (2.380.000 toneladas de *paddy* en 1966 frente a 1.280.000 toneladas en 1940), ello no se debe a un aumento del rendimiento (del orden de 11 quintales por hectárea) sino al incremento de la superficie cultivada, justamente el doble (hoy de 2.500.000 hectáreas). Cierto que una reforma agraria, en el sentido de una redistribución de tierras, no es necesaria, ya que los campesinos son casi todos propietarios. Pero siguen siendo explotados por el usurero y el comerciante y no se han resuelto ni el problema del endeudamiento rural ni el de la racionalización del circuito de

recogida y distribución del arroz. Las exportaciones continúan estando muy concentradas: en sus tres cuartas partes, se nutren de sólo dos productos: arroz (41 por 100) y caucho (33 por 100).

El régimen ha hecho un gran esfuerzo de escolarización. De 1940 a 1964, los efectivos han pasado de 72.000 a 691.000 alumnos en la enseñanza primaria, de 700 a 85.000 en la enseñanza secundaria y técnica y de 0 a 4.760 en la enseñanza superior. Esta considerable expansión plantea y planteará, cada vez más, el problema de las salidas para esta juventud.

VII. LAOS

Los acuerdos de 1956 fueron seguidos, en noviembre de 1957, por la formación de un gobierno de coalición con Sufanuvong como ministro del Plan. El *Pathet Lao* se transformó en un partido político regular, el *Neo Lao Haksat* (Frente patriótico lao). Las elecciones complementarias que tuvieron lugar el 3 de mayo de 1958 confirmaron su victoria: de los 21 nuevos escaños, obtuvo 9 y su aliado, el *Santiphab*, 4.

Este éxito de la izquierda suscita una viva reacción por parte de los Estados Unidos. A partir de julio de 1958, su amenaza de suspender la ayuda financiera provoca la caída de Suvana Fuma. Apoyado por los norteamericanos, y dirigido por el general Fumi Nosavan, primo del dictador siamés Sarit Thanarat, se crea un «Comité de defensa de los intereses nacionales», que cobra cada vez más importancia en el gobierno y hace reprimir las actividades de la izquierda. Los combates civiles vuelven y Sufanuvong se evade de Vientiane. No obstante, la lucha fratricida, la corrupción, las elecciones trucadas en abril de 1960 y la ingerencia americana, provocan un descontento cada vez mayor. Descontento que se expresa en el golpe de Estado del capitan Kong Lè, quien, a la cabeza de su unidad de paracaidistas, se apodera, el 9 de agosto de 1960, de Vientiane: hace un llamamiento a Suvana Fuma y pide la reconciliación con el *Pathet Lao*. Apoyados por los Estados Unidos y Tailandia, después de un terrible bombardeo que causa 1.500 muertos (15 de diciembre de 1960), Fumi Nosavan y Bûn Um recuperan la capital. Pero su éxito resulta muy limitado, ya que, con la ayuda del *Pathet Lao*, Kong Lè ocupa la llanura de los Jarros, clave estratégica del país, mientras que, por otra parte, el *Pathet Lao* extiende su influencia por los campos. Ante las repetidas derrotas de sus aliados, los Estados Unidos aceptan la celebración de una conferencia internacional que conduciría, el 23 de julio de 1962, en Ginebra, a la firma de un tratádo internacional garantizando la neutralidad de Laos.

Desgraciadamente, el tratado no arregla nada fundamental: continúan las disensiones entre las diversas facciones lao y continúan también las intervenciones extranjeras. Se reanudan los combates. Pero en 1967, las posiciones están ya clarificadas: desaparecido el «neutralismo», Suvana Fuma se ha alineado con la derecha en el campo americano, cuyos aviones bombardean las zonas del *Pathet Lao*. Por su parte, con el apoyo de Viet-Nam del Norte, éste ha extendido su control sobre la mayor parte del país, dejando solamente a las fuerzas de derecha algunos «enclaves». De hecho, el destino de Laos se decide en Viet-Nam.

Así pues, tras los acuerdos de París sobre Viet-Nam, se produce el alto el fuego en Laos, seguido de un tratado de paz firmado el 14 de septiembre de 1973 en Vientiane, que prevé un gobierno de unión nacional, el cese de la intervención extranjera, el retorno de los refugiados a sus provincias de origen y elecciones generales.

VIII. VIET-NAM DEL NORTE

Desde 1954 la evolución de la República Democrática de Viet-Nam ha estado dominada por dos problemas: la reconstrucción y el desarrollo, por una parte; la reunificación con el Sur, por otra. En un principio, tuvo que superar dos crisis simultáneas: la primera, provocada por los excesos de la reforma agraria, y la segunda, por la campaña de las «cien flores».

La reforma agraria fue concebida a la vez como medio de suprimir el poder de los terratenientes y como preludio a la industrialización. La ley del 19 de diciembre de 1955 clasificaba la población rural en cinco categorías, no según la superficie poseída, sino según el modo de explotación: terratenientes, los que no explotan su tierra ellos mismos; campesinos ricos, los que la explotan gracias, sobre todo, al trabajo de los demás; campesinos medios, los que hacen por sí mismos su propio trabajo; campesinos pobres, los que tienen que arrendar la tierra a otros; en fin, obreros agrícolas. La reforma debía beneficiar esencialmente a las dos últimas categorías, aliadas del proletariado. Antes de cada redistribución, los cuadros políticos iban a las aldeas a compartir la vida de los campesinos y despertar en ellos la conciencia de clase, haciéndoles después acusar y juzgar a sus antiguos propietarios, para liberarles definitivamente de su mentalidad tradicional de sumisión. En total, 800.000 hectáreas serán repartidas entre 2,1 millones de familias.

Pero la reforma estuvo acompañada de graves excesos. Cuadros insuficientemente formados aplicaron dogmáticamente la

«lucha de clases» lesionando y condenando a propietarios que habían combatido en la resistencia e incluso campesinos pobres o sin tierra, confundidos con los campesinos ricos o medios, ya que los criterios de distinción no eran claros. Las protestas fueron tales que el Partido y el gobierno hicieron una autocrítica y anunciaron una campaña de «rectificación de errores» (octubre-noviembre de 1956). A sus declaraciones siguieron manifestaciones campesinas contras las autoridades de Nghê-an y virulentas críticas de los intelectuales del *Nhân van*.

Durante mucho tiempo, la libertad de expresión y de prensa había estado estrictamente controlada. Después de la campaña de «destalinización» del XX Congreso soviético (febrero de 1956) y el lanzamiento de la consigna de las «cien flores» por Mao Tse-tung, durante un cierto tiempo, la RDVN permitirá también que la oposición se exprese. De septiembre a diciembre de 1956, las revistas *Nhân van* (Humanismo) y *Giai Phâm* (Bellas obras) atacarán vigorosamente la política gubernamental y el comportamiento de los cuadros.

No obstante, esta doble crisis se superaría rápidamente. Hô Chi Minh, que hasta su muerte (3 de septiembre de 1969) gozó de un inmenso prestigio, controló de nuevo el Partido de los Trabajadores. Los tribunales de la reforma agraria quedaron abolidos, las víctimas inocentes rehabilitadas y sus derechos restablecidos. Se intensifica entre los cuadros la educación ideológica para prevenir la vuelta de pasados errores. En 1960, una nueva Constitución garantizaba las libertades fundamentales a condición de que su ejercicio «no viole los intereses del Estado y el pueblo». Mientras que la Constitución de 1946 era de inspiración «democrático-burguesa», la nueva define el régimen como «un avance, paso a paso, de la democracia popular, hacia el socialismo». Esta transición se manifiesta especialmente en el terreno económico.

A pesar de sus errores, la reforma agraria ha liberado a los campesinos de una secular explotación y ha estimulado su trabajo. Este factor, combinado con el suministro de abonos, de créditos, la mejora de las técnicas de cultivo, la organización de equipos de ayuda mutua y cooperativas, la realización de obras hidráulicas, así como un movimiento de emulación patriótica, ha provocado un aumento del rendimiento: frente a los 13 quintales por hectárea de antes de la guerra, se consiguen ahora 20. Como la superficie se ha ampliado, también la producción de *paddy* se ha duplicado casi, alcanzando los 4.500.000 toneladas por año. La colectivización se ha acelerado: desde fines de 1960, el 85 por 100 de las familias campesinas forman parte de las cooperativas, un 12 por 100 de las cuales son de tipo socialista.

El impulso de la agricultura ha sentado las bases para la indus-

trialización. Acabada la reconstrucción en 1957, un plan trienal (1958-1960) y un plan quinquenal (1961-1965) han creado o desarrollado industrias ligeras —textiles, té, papel, madera, azúcar, conservas— e industrias pesadas —construcciones mecánicas en Hanoi, acerería de Thai-nguyên, centrales eléctricas, fábricas de superfosfatos, de cemento, minas diversas (carbón, estaño, etc.)—. Paralelamente, la socialización se ha ido efectuando mediante el desarrollo del sector estatal y la transformación de las empresas privadas en empresas mixtas.

La formación de hombres es tan necesaria como la de capital: el Estado dedica a este problema toda su atención. El analfabetismo ha sido eliminado en las llanuras. La enseñanza, que se imparte en todos sus grados en la lengua nacional, conoce un considerable incremento de sus efectivos, sobre todo en el dominio técnico. Entre 1955 y 1964 el número de alumnos ha pasado de 750.000 a 2.700.000, en la enseñanza general (diez años de estudios); de 2.800 a 35.600, en la enseñanza técnica y profesional, y de 1.200 a 26.300 en la enseñanza superior.

La actividad del Partido de los Trabajadores *(Dang Lao-dông)* se deja sentir en el gobierno, la Asamblea, la administración, el ejército y las organizaciones populares. A los cuadros de los pueblos y las ciudades se les confía la tarea de explicar a la población la política gubernamental, de formarle un «pensamiento correcto» mediante sesiones permanentes de educación ideológica y, al mismo tiempo, mantener a las autoridades informadas de los movimientos de opinión.

El ejército es un instrumento a la vez político, militar y social: la educación política desempeña, aquí, un papel tan importante o más que el entrenamiento militar. Gracias a esta educación política y al riguroso control del Partido, la RDVN ha podido evitar esa intrusión del ejército en la vida política que tantos jóvenes Estados conocen. Desde la paz, el ejército contribuye también a la edificación nacional, participando en las grandes obras públicas y en el desarrollo de la agricultura (se le confiarían muchas granjas del Estado).

En fin, la organización del Partido constituye el nexo de unión entre las minorías y los vietnamitas. En efecto, las minorías forman el 15 por 100 de la población y, durante la resistencia, su apoyo fue indispensable ya que su base se encontraba en el Alto Tonkín. De ahí, la especial atención que la República Democrática ha prestado a este problema. La Constitución proclama la igualdad de todas las nacionalidades y les reconoce el derecho a la autonomía administrativa y cultural (pero no a la secesión). Desde la independencia, se han creado dos zonas autónomas: en 1955, la zona del nordeste (500.000 habitantes) y, en 1956, la zona

de Viêt-Bac (1.500.000 habitantes). La enseñanza se ha desarrollado a todos los niveles. Se han creado dos nuevas escrituras, la *tay-nung* y la *meo,* y se ha perfeccionado, además, la antigua escritura *thai.*

Desde febrero de 1965, esta importante infraestructura material, edificada a costa de un duro trabajo, ha sido progresivamente destruida por los bombardeos americanos (que comenzaron, de hecho, en agosto de 1964, después del «incidente» del golfo de Tonkín). Impotentes para reducir la guerrilla en el sur, los Estados Unidos han llevado la guerra al norte, con la esperanza de resquebrajar la moral de Saigón; de disminuir, si no de detener la ayuda aportada por el norte al Frente de Liberación del Sur; de doblegar, en fin, al norte, para obligarle a negociar. De ahí que la aviación americana no bombardee solamente la industria y las vías de comunicación, sino también las escuelas, los hospitales y las personas (bombas de fragmentación).

La República ha respondido a este ataque descentralizando sus instituciones económicas, sociales y culturales. La población está permanentemente movilizada para defenderse, para producir y para reconstruir: el campesino trabaja la tierra con el fusil a la espalda. Al mismo tiempo, se ha montado una extraordinaria organización de salvaguardia de vidas humanas: cada ciudad, cada fábrica, cada comunidad dispone de una red sanitaria; los niños, sobre todo, son objeto de la más atenta protección: hay que preservar a toda costa a los que luego tendrán que reconstruir el país. Pues, en plena guerra, la República piensa en el futuro. Los servicios de sanidad preparan un doble plan de rehabilitación física y neuro-psicológica. Los de educación nacional han elaborado un plan de veinte años para el desarrollo científico y cultural; cinco mil estudiantes han sido enviados al extranjero. Al desafío tecnológico de la mayor potencia industrial del mundo se oponen la fe, la voluntad y el coraje de todo un pueblo. Porque, como declaró el presidente Hô Chi Minh, en su llamamiento del 17 de julio de 1966, «nada es más precioso que la independencia y la libertad».

IX. VIET-NAM DEL SUR

Los orígenes de la segunda guerra del Viet-Nam hay que buscarlos en la dictadura de Ngô Dinh Diêm.

Después de Diên-Biên-phu, el «Estado del Viet-Nam» instaló su capital en Saigón. Con ayuda de los Estados Unidos, el primer ministro Ngô Dinh Diêm restauró la autoridad liquidando las sectas *Hoa-Hao* y *Cao-Dai* y el gang de los *Binh-Xuyên,* que forma-

ban verdaderos Estados dentro del Estado. El 26 de octubre de 1955 organizó un referéndum que condujo a la destitución de Bao-dai y a la institución de una República de la que se convirtió en presidente.

Se trataba de un régimen de poder personal. Ngô Dinh Diem sólo se fiaba de los miembros de su familia. Uno de sus hermanos, Nhu, era, a la vez, su consejero político más escuchado, mientras que otro, Cân, dominaba el Centro, donde disponía de un ejército personal. Los nexos de lealtad personal constituían el criterio de elección de los altos funcionarios y de los generales: en este sentido, se trataba de un régimen «feudal» que reflejaba el origen mandarinal del presidente.

Aunque sólo representaban el 20 por 100 de la población (tres millones), los católicos formaban una influyente minoría, máxime cuando el propio Diem era un devoto católico, educado por dominicos españoles, y uno de sus hermanos, Thuc, arzobispo de Hué. La mayor parte de los 900.000 refugiados del Norte son campesinos que siguieron a su cura en el momento de la división: los obispados del Bajo Tonkín formaban verdaderos feudos donde las autoridades religiosas asumían también la dirección política de los habitantes. Constituían la masa esencial del apoyo al régimen.

La propaganda quedaba asegurada por los partidos políticos. Estos partidos, dirigidos por los propios hombres en el poder, no tenían otro objetivo que el apoyo al régimen, ya que la oposición no se toleraba. El principal era el «Partido de la Revolución personalista del trabajo» *(Cân lao Nhân vi)*, inspirado por el propio Ngô Dinh Nhu. Se ha podido hablar del sistema de las «tres D», que presidía la elección de funcionarios y generales: *Dao* (la religión católica), *Dang* (el partido), *Dia-phuong* (el origen geográfico: el norte o el centro más bien que el sur).

El conjunto del sistema estaba sostenido por la ayuda americana. Una ayuda que le ha hecho nacer en 1954-1955, que soporta el peso de su economía y paga a sus tropas. Aunque alcance la cifra de 150 a 200 millones de dólares por año, apenas basta, sin embargo, para equilibrar los gastos militares. Como éstos se elevan, de media, al 50 por 100 del presupuesto, y los gastos de administración al 35 por 100, sólo queda un 15 por 100 para los gastos económicos y sociales. Por otra parte, estos últimos afectan, sobre todo, a las grandes obras de carácter estratégico (construcción de carreteras, aeródromos, etc.), que no tienen ningún efecto sobre la capacidad productiva nacional.

En realidad, el régimen se preocupa esencialmente de combatir al comunismo. Con un evidente desprecio por los acuerdos de Ginebra, se niega a las elecciones previstas para la reunificación y

organiza, además, la caza de los antiguos resistentes. A partir de 1956 se organizan campañas de «denuncia de los comunistas» *(tô công)*. Las prisiones se llenan. La represión culminaría en 1959 con la creación de tribunales militares de excepción y de «ciudades agrícolas» o «centros de prosperidad», destinados, como en Malasia, a reagrupar a los campesinos.

Pero estos campesinos son vietnamitas y no chinos. Políticamente maduros por los años de lucha contra el imperialismo, no se iban a resignar a dejarse matar o deportar lejos de su tierra natal. Su resistencia, que hasta entonces se había manifestado por asesinatos de los jefes de aldeas nombrados por el régimen, se cambia en guerrilla. Una guerrilla dirigida por la vieja guardia revolucionaria del sur que consigue federar a todas las organizaciones hostiles a Diêm: *Hoa-Hao, Cao Dai*, Partidos demócrata y socialista radical, Movimiento para la autonomía de las minorías étnicas de las Altas Llanuras, minorías khmer y china, asociaciones de jóvenes, mujeres, obreros, campesinos, industriales y comerciantes, periodistas, junto al Partido popular revolucionario, que se define como marxista-leninista.

Así nacía, el 20 de diciembre de 1960, el «Frente Nacional de Liberación del Sur». A su cabeza, un antiguo abogado de Saigón, Nguyên Huu Tho, que, encarcelado por sus actividades en el Movimiento de la Paz, consigue evadirse en 1961. El 15 de febrero del mismo año, se crean las «Fuerzas armadas de liberación».

En las ciudades, el despotismo de Diêm y su familia suscita también un descontento cada vez mayor. El 11 de noviembre de 1960 fracasa una tentativa de *putsch* dirigida por paracaidistas: Diêm depura a cientos de funcionarios, pero se niega a toda reforma, justificando su negativa con el desarrollo de la guerrilla. Frente a ésta, los Estados Unidos no ven más que soluciones militares: tal es el objetivo del programa de las «aldeas estratégicas» y de la creación de un mando militar en Saigón, el 8 de febrero de 1962. La intervención, que se ha hecho ya directa y oficial, se reforzará considerablemente después de la batalla de Ap-bac (2 de enero de 1963), en la que los gubernamentales, a pesar de su superior armamento, sufren una gran derrota.

Algunos meses más tarde, la ruptura entre el palacio y la población alcanza su punto culminante. La crisis comienza en mayo, en Hué, donde la comunidad budista se opone a la intolerancia católica. Y llega hasta Saigón, donde, para atraer la atención mundial sobre sus reivindicaciones, el bonzo Thich Quang Duc se quema vivo. La emoción mundial es considerable. Abandonado por los americanos, el 1 de noviembre de 1963 el régimen sucumbe bajo los cañones de sus generales sublevados. A partir de entonces, en pleno

vacío político, se suceden los golpes de Estado militares y el poder se hace cada vez más ficticio. Un poder, en realidad, que sólo debe su supervivencia a una intervención masiva de las fuerzas norteamericanas. De los 23.000 hombres con que contaban en estas fechas, las fuerzas de los Estados Unidos han pasado, en 1967, a 500.000, a los que hay que añadir los 60.000 soldados surcoreanos, tailandeses, australianos y filipinos, y los 600.000 hombres de las fuerzas gubernamentales. Los Estados Unidos no defienden intereses económicos, sino su hegemonía política. Quieren «probar» —sobre todo a la América latina— que pueden enfrentarse con éxito a la guerra de liberación: Viet-Nam sirve de campo de experimentación para las técnicas de la contraguerrilla y las nuevas armas.

Pero, a pesar de su superioridad numérica y material, a pesar de su dominio total del aire, los Estados Unidos no solamente no han conseguido vencer al Frente, cuyas tropas se calculan en 250.000 hombres, sino que ni siquiera tienen la iniciativa estratégica. El Frente controla las tres cuartas partes del país y la mitad de la población. Su fuerza esencial reside en su moral, su conciencia política, su patriotismo y en el apoyo de un pueblo sin el cual no podría ni durar ni extenderse.

La iniciativa del Frente se revela con su ofensiva general del Têt (31 de enero) de 1968, tanto en las ciudades como en los campos. Washington se da cuenta de que ya no puede ganar la guerra y se resigna a negociar. Las conversaciones se inician en París en mayo de 1968 entre los Estados Unidos y Viet-Nam del Norte y se amplían en enero de 1969 al régimen de Saigón y al Frente Nacional de Liberación. Mientras que éste último forma el 8 de junio de 1969 un gobierno revolucionario provisional, los Estados Unidos se comprometen a una «vietnamización» de la guerra que debería permitirles retirar sus tropas manteniendo al mismo tiempo en Saigón un gobierno leal a sus intereses.

Los acuerdos de París del 27 de enero de 1973 reconocen la unidad y la integridad territorial de Viet-Nam, prevén libertades democráticas para el Sur, y la creación de un Consejo de reconciliación y concordia nacional que organizará elecciones generales. Un año después de su firma, estas disposiciones no son respetadas, ya que significarían la caída del régimen de Saigón y el fin del dominio americano.

Mañana, dos mil millones de hombres

Cinco de los siete países del planeta cuya población supera los cien millones de habitantes se encuentran situados en Asia oriental o meridional. Los otros dos —las dos superpotencias— preocupan, con razón, al mundo entero. Lo que generalmente pasa más inadvertido es que la evolución de esos cinco países —China, India, Indonesia, Paquistán (*), Japón— tiene también una importancia fundamental para el futuro de la humanidad. Bastante antes de que llegue el año 2000, la suerte de la especie aparecerá estrictamente vinculada a la respuesta que haya —o no haya— dado a los acuciantes y urgentes problemas que su compleja herencia hace recaer sobre los principales países de Asia oriental y meridional.

Un cuarto de siglo después de la independencia o de la revolución, su destino sigue siendo incierto y alarmante. Descartamos, de entrada, el caso del Japón, que resulta atípico. Y no es que no se enfrente a contradicciones muy graves y delicadas: hay algo desesperante en el éxito japonés. He aquí un país cuyo dinamismo y proezas técnicas son muy superiores a los de la mayoría de los Estados industrializados desde más antiguo; pero su exigüidad y pobreza en materias primas (por mencionar solamente los factores más evidentes) limitan cruelmente el alcance de la extraordinaria victoria que ha conseguido sobre el destino. Sin hablar ya de lo que Japón ha realizado en el curso del último siglo (la «revolución» del *Meiji* acaba de cumplir cien años), es forzoso constatar que el *boom* económico del último cuarto de siglo y —lo que no es menos importante— el control parcial de la evolución demográfica no han procurado todavía a la población del archipiélago unos dividendos proporcionados a su esfuerzo y a su disciplina.

(*) Desde la fecha de aparición de la edición francesa de esta obra, la secesión del antiguo Paquistán oriental ha aumentado a seis el número de Estados con más de cien millones de habitantes. Sin embargo, el caso de Bangladesh es uno de los más trágicos que se conocen: concentra a setenta y cinco millones de personas en un territorio equivalente a una cuarta parte de Francia y obstenta el récord mundial de densidad (525 habitantes por kilómetro cuadrado). El menor ciclón provoca inundaciones en las que pierden la vida gentes obligadas a vivir en las zonas del delta del Ganges que en otros lugares se considerarían inhabitables.

Aunque los otros países «multimillonarios» de Asia sean más vastos y estén mejor provistos, su problema actual es más dramático aún de lo que lo fuera antaño (hace un siglo o medio siglo) el del Japón: entre otras razones, porque lo abordan en este momento de la historia. La reciente evolución demográfica, en particular, ha hecho de este desfase de una, dos o tres generaciones un factor fundamental.

En última instancia, es precisamente este desfase el responsable del éxito de la ley eugenésica de 1948. En esta época (aproximadamente, la de la partición de la India y el acceso de las Indias neerlandesas a la independencia), Japón era el tercer país en población de Asia. Lo era todavía hacia 1960. Ahora ha retrocedido al quinto lugar y la distancia entre él y los desgraciados que han tomado la delantera aumentará muy deprisa, puesto que el crecimiento de la población japonesa (5,3 por 100 entre 1962 y 1967) es hoy dos veces menos rápido que el del antiguo Paquistán (11 por 100 entre 1962 y 1967) e Indonesia (12,6 por 100).

Un crecimiento demográfico del orden del 1 por 100 anual: esto confirmaría —si aún fuera preciso— la necesidad de disociar el caso de Japón del resto de Asia. En comparación con la madurez demográfica y económica del archipiélago, Hiroshima y el traumatismo de la derrota aparecen casi como accidentes políticos, menos decisivos en cualquier caso para la evolución a largo plazo del país.

La transición demográfica prosigue, sin embargo, en el resto de Asia, aunque a un ritmo más lento. El descenso de la mortalidad ha sido muy rápido, mientras que la disminución de la fecundidad apenas comienza a apuntar. En la hipótesis de que se mantuvieran las tasas actuales (lo que es imposible, pues si la disminución de la fecundidad no se acelerara, la mortalidad comenzaría a subir de nuevo), la población de la India, Paquistán, Bangladesh, Tailandia, Malasia, Filipinas e Indonesia, se duplicaría de aquí al año 2000. La mayoría de los gobiernos son conscientes hoy de la urgencia de la situación. Han adoptado una política antinatalista (otra cosa es que la practiquen eficazmente) y fomentado la difusión de nuevas variedades de arroz y trigo de alto rendimiento. Los propios cultivadores están más dispuestos a adoptar estas semillas «milagrosas» de lo que lo estaban antaño a gastar dinero en comprar abonos o mejorar los sistemas de riego, inversiones cuyo resultado era menos inmediato o menos evidente. Pero una variedad de granos de alto rendimiento no puede, claro está, reemplazar a la indispensable revolución agrícola y social. La expansión de las nuevas semillas corre a la vez el riesgo de verse frenada por la penuria de abonos químicos e insecticidas, la insuficiencia de los canales de riego, etc., y provocar, no obstante, una superproducción local de cereales... con la consiguiente baja de las cotizaciones y de las rentas agrícolas.

Con esto, no pretendo despreciar un feliz descubrimiento, sino sugerir la complejidad y el intrincamiento de los problemas, que reclaman desde ahora los esfuerzos encarnizados e inteligentes de todos aquellos a los que afecta una situación sin precedente: los gobiernos y pueblos de Asia, sin duda, pero también los de Europa y América. La ayuda de los privilegiados a los que carecen de recursos es una necesidad absoluta: de esto todo el mundo está —o debe estar— convencido. El problema de nuestra generación es encontrar los medios para hacerlo eficaz.

Tabla cronológica

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
1850					1858: India bajo la dominación de la Corona británica.
1875				1896: Revolución en Filipinas.	1876: La reina Victoria, emperatriz de la India. 1885: Fundación del *Indian National Congress*.
1900	1905: Victoria de Japón sobre Rusia.				1905: Partición de Bengala. 1906: Fundación de la *Liga Musulmana*. 1909: Reformas Morley-Minto.
1910			1910: Anexión de Corea al Imperio japonés.		

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea
		1911-1912: Primera revolución china. Caída del Imperio.	
		1912-1916: Yuan Shih-k'ai.	
	1914-1919: Primera guerra mundial.		
1915	Revolución rusa y repercusiones inmediatas.	1916-1926: Los señores de la guerra».	
			1918: Motines del arroz.
		1919: Movimiento del 4 de mayo.	
1920			
		1921: Fundación del Partido comunista (PCC).	
			1922: Evacuación de Shantung.
			1923: Temblor de tierra en Tokyo.
		1924: Congreso de reorganización del *Kuomintang*.	1924: Segundo movimiento de salvaguardia de la Constitución.

Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
	1916: Pacto de Lucknow.
	1919: Reformas Montagu-Chelmsford. Matanza de Amritsar.
	1920: Primera campaña de *satyagraha*.

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
1925		1926-1927: *Pei-fa* y segunda revolución china. Unificación del país. 1927-1934: Soviets en Kiangsi. 1927-1937: «Decenio de Nankín».	1925: Ley del sufragio universal. 1928: Detenciones masivas de comunistas.		
1930	1930: La crisis económica afecta a Asia.	1930-1931: Invasión de Manchuria y fundación del Manchukuo. 1934-1935: Larga Marcha.	1933: Japón se retira de la Sociedad de Naciones.	1930: Fundación del *Partido Comunista Indonesio*. Revuelta campesina. 1932: Golpe de Estado en Siam. La monarquía se hace constitucional.	1930: Segunda campaña de *satyāgraha*.
1935					1935: Reforma constitucional. *Government of India Act*.

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
		1936: Incidente de Sian.	1936: Revuelta de jóvenes oficiales en Tokyo.		1936: Formación del primer gabinete exclusivamente cingalés. 1937: Autonomía de las provincias en la India.
	1937-1945: Segunda guerra mundial.	1937-1945: Guerra chino-japonesa. 1938-1945: Tres Chinas: —Chungking (Chiang Kai-chek). —Yenan (Mao Tse-tung), —Nankín (Wang Ching-wei, a partir de 1940).			
					1939: Dimisión de los ministros del Congreso en las provincias tras el estallido de la segunda guerra mundial.
1940			1940: Pacto tripartita.		1940: Resolución de la *Liga Musulmana* pidiendo un Paquistán independiente.
		1941-1945: Guerra del Pacífico. 1941: Incidente del IV Ejército Nuevo.	1941: Ataque a Pearl Harbor. 1941-1942: Ofensiva japonesa en el Asia sudoriental.	1941: Nacimiento del *Viêt-Minh*.	

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
			1942: Batalla de Midway.	1942: Formación del *Hukbalahap* en Filipinas.	1942: Misión Cripps Resolución *Quit India*.
			1943: Conferencia de la Gran Asia en Tokyo.	1943: Formación del AFPFL en Birmania.	1943: Hambre en Bengala.
1945		1945-1946: Negociaciones Kuomintang-comunistas y mediación americana.	1945: Bomba atómica en Hiroshima. Capitulación del Japón. 1945-1948: Desmilitarización y democratización. 1945-1952: Ocupación americana.	1945: Proclamación de la República de Indonesia (17-18 de agosto). Revolución del 19 de agosto en Viet-Nam. Proclamación de la República Democrática de Viet-Nam del Norte (2 de septiembre).	
		1946-1949: Guerra civil china.	1946: Constitución. Reforma agraria. 1946-1948: Juicio de los criminales de guerra por el Tribunal militar internacional.	1946: Formación de la United Malay's Organization (1 de marzo). Independencia de Filipinas (4 de julio). Generalización de las hostilidades franco-vietnamitas (19 de diciembre).	
		1947: Revuelta en Taiwan.	1947-1948: Ministerio Katayama.	1947: Instauración de un régimen militar en Tailandia.	1947: Independencia de la India y Paquistán.

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
		1949: Victoria comunista y fundación de la República Popular de China. El Kuomintang se refugia en Taiwan. 1949-1952: Reconstrucción económica.	A partir de 1948: Los conservadores en el poder. Recuperación y más tarde boom económico.	1948: Independencia de Birmania (4 de enero). Creación de la Federación Malaya (1 de febrero). Insurrección comunista en Malasia. 1949: Independencia de Indonesia.	1948: Asesinato de Gandhi. Muerte de Jinnah. Independencia de Ceilán.
1950		1950: Reforma agraria y ley sobre el matrimonio. Tratado de alianza chinosoviético. 1953: Censo (582 millones de habitantes). 1953-1957: Primer plan quinquenal.	1950-1953: Guerra de Corea. 1951: Tratado de San Francisco y pacto de seguridad.	1950: Fundación del *Neo Lao Haksat (Pathet Lao).* 1951: Fundación del *Partido de los Trabajadores del Viet-Nam.* 1953: Independencia de Camboya. Ley sobre reforma agraria en Viet-Nam (19 de diciembre).	1950: Constitución india. 1951: Primer plan quinquenal en la India.

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
				1954: Liberación de Diên-Biên-Phu (7 de mayo). Armisticio de Ginebra (21 de julio).	
1955	1955: Conferencia de Bandung.		1955: Unión de los dos partidos socialistas y fundación del *Partido liberal-demócrata:* bipartidismo.		
		1956: VIII Congreso del PCC.	1956: Entrada del Japón en la ONU.		
		1956-1957: Las «cien flores».			
				1957: Independencia de la Federación Malaya.	
		1958: El «gran salto adelante» y las comunas populares.			1958: El ejército toma el poder en Paquistán.
				1959: Fundación del Estado autónomo de Singapur.	1959: Asesinato del primer ministro de Ceilán.
1960		1960-1961: Crisis económica y hambre.	1960: Tumultos en Tokyo a propósito de la renovación del pacto de seguridad.	1960: Fundación del Frente Nacional de Liberación de Viet-Nam del Sur (FNL).	

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea
1965		1961-1963: Campaña de reajuste económico. 1962: Guerra chino-india. 1963: La ruptura chino-soviética se hace pública. 1964: Explosión de la primera bomba atómica china. 1965: Comienzo de la Revolución cultural.	

Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
1962: Instauración de un régimen militar en Birmania. 1963: Nacimiento de la Federación de Malaysia.	1962: Guerra chino-india.
	1964: Muerte de Nehru.
1965: Singapur abandona la Federación de Malaysia y se declara independiente (9 de agosto). Instauración de un régimen militar en Indonesia.	1965: Segunda guerra indo-paquistaní.
	1966: Conferencia de Tachkent.
1968: Conferencia de París sobre Viet-Nam. 1969: Creación del GRP de Viet-Nam del Sur. Muerte de Hô Chi Minh.	

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea	Asia sudoriental	India, Paquistán, Ceilán
1970		1970: Pekín lanza su primer satélite artificial.	1970: Japón lanza su primer satélite artificial.	1970: Golpe de Estado de la derecha en Phnom Penh. Sihanuk forma el FUNK y el GRUNK en Pekín. Conferencia de solidaridad de los pueblos indochinos. Fuerzas USA invaden Camboya.	1970: Triunfo electoral en Ceilán de la Sra. Bandaranaike.
		1971: Ingreso de China Popular en la ONU. Eliminación y muerte de Lin Piao.		1971: Fuerzas USA invaden Laos. Golpe de Estado en Thailandia.	1971: Triunfo electoral en la India de Indira Gandhi. Guerra civil en Paquistán oriental (25 de marzo). Tratado indo-soviético. Guerra indo-paquistaní (diciembre).
		1972: Visita del presidente Nixon a Pekín. China establece relaciones diplomáticas con Canadá, Australia y Nueva Zelanda.	1972: Tanaka, primer ministro japonés. Se inician conversaciones entre las dos Coreas.	1972: Ley marcial en Filipinas. Reanudación de los bombardeos USA sobre la RDV. USA bloquea los puertos de la RDV.	1972: Conferencia cumbre de Simla (9 de agosto). Retorno a Dacca de Mujibur Rahman, jefe de gobierno del nuevo Estado de Bangladesh.

	Generalidades	China (y Taiwan)	Japón y Corea
		1973: Explosión de la 15.ª bomba termonuclear china. **X Congreso del PCC.**	**1973**: Visita de Tanaka a París, Bonn, Londres y Moscú.

Asia sudoriental	India, Pàquistán, Ceilán
1973: Acuerdos de París sobre la paz en Viet-Nam. Acuerdos de Vientiane sobre la paz en Laos. Caída del régimen militar en Bangkok. Nueva Constitución birmana.	1973: Primeras elecciones en Bangladesh (7 de marzo). Entra en vigor la nueva Constitución paquistaní (15 de agosto).

Notas

ABREVIATURAS

CQ: *China Quarterly, The.*
ECMM: *Extracts from China Mainland Magazines* (Consulado General de los Estados Unidos, Hong Kong).
FA: *Foreign Affairs.*
FEER: *Far Eastern Economic Review.*
IA: *Indo Asia.*
JAS: *Journal of Asian Studies.*
JSAI: *Jahrbuch des Südasien-Instituts* de la Universidad de Heidelberg.
NED: *Notes et Etudes documentaires.*
SCMP: *Survey of China Mainland Press* (Consulado General de los Estados Unidos, Hong Kong).

A. EL DESPERTAR DE LOS NACIONALISMOS

CAP. 1: LA INDIA Y CEILÁN DESDE 1858 HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1 Entre las exposiciones de conjunto ya publicadas sobre la historia de la India, me han resultado especialmente útiles los trabajos de L. ALSDORF, de W. NORMAN-BROWN, de P. SPEAR y de H. TINKER (cfr. Bibliografía).

2 Así, intentó demostrar que el propio Jesús había predicado en ocasiones enseñanzas próximas al *Vedānta.* Pero, según él, la ética cristiana del amor al prójimo sólo tiene un verdadero fundamento filosófico en el pensamiento indio. Sobre este particular, véase P. HACKER, *Saeculum,* t. XII, 1961, pp. 366 ss.

3 ROTHERMUND, *Die politische Willensbildung in Indien 1900-1960,* Wiesbaden, 1965, p. 40.

4 En 1937 todavía existían en la India 272 *Arts Colleges,* pero sólo 7 escuelas de ingeniería, 6 de agricultura y 2 de silvicultura (cifras dadas por ALSDORF, *Vorderindien.* Brunschwig, 1955, p. 961.

5 El texto del discurso de 1895 está reproducido también en D. ROTHERMUND, *Die Freitheitskampf Indiens,* Stuttgart, 1961, p. 22.

6 Véase el tomo 29 de la presente colección (análisis de ciertos aspectos de estos esfuerzos ingleses).

7 Cfr. D. ROTHERMUND, en el *JSAI,* 1966, pp. 159 ss.

8 Cfr. los de R. C. DUTT, citado por R. C. MAJUMDAR, *British paramountcy and Indian renaissance,* t. 1, Bombay, 1963, p. 1151.

9 Véase el tomo 29 de la presente colección.

10 Cfr. el libro del parsi DABADHAI NAOROJI, *Poverty and un-British rule in India,* Londres, 1901.

11 B. P. SITARAMAYYA, *History of the Indian National Congress,* t. 1, Bombay, 1935, pp. 57 ss. Enumera cincuenta y seis reivindicaciones del Congreso que no fueron satisfechas hasta 1918.

[12] Extraído de una novela de Bankim Chandra Chatterji (1838-1894). Traducción inglesa de Aurobindo Ghose en PHILIPS, *The evolution of India and Pakistan 1858 to 1947*, Oxford, 1962, p. 427; traducción alemana en H. V. GASENAPP, *Der Hinduismus*, Munich, 1922, p. 427.

[13] Citado en V. CHIROL, *Indian unrest*, Londres, 1910, p. 103.

[14] R. C. MAJUMDAR, *Brit. Par.*, t. II, 1965 da ejemplos de ello, pp. 320 ss.

[15] A este respecto, véanse las estadísticas ofrecidas por D. ROTHERMUND, *Brit. Par.*, p. 88.

[16] A propósito de Gandhi, consúltese la bibliografía, entradas J. S. SHARMA, TENDULKAR y GANDHI.

[17] Cfr. la obra de W. E. MÜHLMANN, *Mahatma Gandhi*, Tubinga, 1950, pp. 193 ss.

[18] OTTO WOLF, *Mahatma und Christus*, Berlín, 1955.

[19] MÜHLMANN, *Mahatma Gandhi*, pp. 104, 204, 211 ss.

[20] Su forma y significación fueron ligeramente modificadas a partir de 1947. Véase V. S. AGRAWALA, *The wheel flag of India*, Benarés, 1964.

[21] MAJUMDAR, *Freedom movement*, t. III, pp. 60 ss.

[22] Para más precisiones, cfr. D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, pp. 122 ss.

[23] OVERSTREET-WINDMILLER, *Communism in India*, Berkeley, 1959, p. 137.

[24] Se puede encontrar el texto de este discurso en SITARAMAYYA, *History of the Indian National Congress*, t. I, pp. 568 ss.

[25] MAJUMDAR, *Freedom movement*, t. III, pp. 475 ss.

[26] D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, p. 169.

[27] Sobre el problema de los principados, véase también el tomo 29 de la presente colección, cap. 13.

[28] Se pueden encontrar documentos que confirman esta tesis en D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, pp. 164 ss.

[29] H. TINKER, *The foundations of local self-government in India, Pakistan and Burma*, Londres, 1954, pp. 247-298.

[30] Según unos, la palabra significa en persa «país de los puros»; según otros, las letras de esta palabra son las iniciales de las provincias que componen este país: Panjab, Afganistán (NWFP), Sind y Cachemira.

[31] A propósito de la organización social y jurídica del reino cingalés, véase Ralph PIERIS, *Sinhalese social organization. The Kandyan period*, Peradeniya, 1965.

[32] Véase P. E. PIERIS, *Sinhale and the patriots, 1815-1818*, Colombo, 1950.

[33] El informe de esta comisión ha sido publicado en la obra de MENDIS (cfr. Bibliografía).

[34] Cap. J. MACDONALD HENDERSON, *The history of the rebellion in Ceylon during Lord Torrington's government*, Londres, 1868.

[35] H. D. EVERS, «Buddhism and British colonial policy in Ceylon, 1815-1875», *Asian Studies*, 2, 1964.

CAP. 2: JAPÓN Y COREA DESDE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL HASTA 1937

[1] Para redactar este texto, nos hemos inspirado, sobre todo, en fuentes japonesas. Los lectores que lo deseen podrán encontrar una bibliografía de obras japonesas para la historia de esta época, en la *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, núm. 43, julio de 1961, pp. 111-113. Además, se pueden consultar también los tomos 19 a 21 de *Nihon-rekishi* (Historia del Japón), Iwanami, Tokyo, 1963, y dos compilaciones de documentos: GAIMUSHŌ (Ministerio de Asuntos Exteriores) *Nihon gaikō nempyō nara-*

bini shuyō bunshō (Cuadro cronológico de la política exterior del Japón y principales documentos), Tokyo, 1965, t. 2; *Gendaishi shiryō* (Documentos de historia contemporánea), (Misuzu), del que han aparecido ya treinta tomos.

[2] Véase P. AKAMATSU, «Au Japon, les émeutes du riz de 1918», *Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 5, septiembre-octubre de 1964, pp. 928-932.

CAP. 3: CHINA DE 1912 A 1937

[1] Cfr. H. FRANKE y R. TRAUZETTEL, *El Imperio chino*, Historia Universal. Siglo XXI, vol. 19.

[2] *Ibid.*, cap. 11.

[3] Sobre Ts'ao Ts'ao (155-220 d. C.), elevado a la categoría de mito por la *Novela de los Tres Reinos (San-kuo yen-i)*, cfr. *ibid.*, cap. 4.

[4] C. BRANDT, *Stalin's failure in China, 1924-1927*, Harvard, 1958, cap. 5.

[5] Aunque la ley de 1930 fijaba claramente el importe máximo de la renta en tres octavos de la cosecha, casi nunca se llegó a aplicar.

[6] L. BIANCO, *La crise de Sian (décembre 1936)*, en prensa, en Editions Mouton, París.

CAP. 4: EL ASIA SUDORIENTAL DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

[1] STALIN, *Le marxisme et la question nationale et coloniale*, París, Editions Sociales, 1949, p. 209.

[2] J. R. HAYDEN, *The Philippines*, Nueva York, 1942, p. 400.

[3] C. ROBEQUAIN, *Le monde malais*, París, 1946, p. 463.

B. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

INTRODUCCION

[1] Para más detalles, cfr. cap. 6.

[2] Cronología de las principales ofensivas y conquistas japonesas:

- 8 de diciembre de 1941: algunas horas después de Pearl Harbor, destrucción de la flota aérea de MacArthur, concentrada principalmente en Clark Field, al norte de Manila. Ya vulnerables, las Filipinas serán invadidas el 10 de diciembre.
- Diciembre: conquista de Guam (10), del atolón de Wake (23) y de Hong Kong (25).
- Enero de 1942: toma de Manila (2) e invasión de las Indias holandesas (11), conquistadas a principios del mes de marzo.
- 15 de febrero: toma de Singapur.
- 8-9 de marzo: toma de Rangún.
- Abril-mayo: victorias decisivas en Birmania, con la toma de Lashio el 30 de abril (cierre de la «ruta de Birmania»), y en las Filipinas, totalmente conquistadas el 6 de mayo.

La batalla del mar del Coral (7-8 de mayo de 1942) constituye un semifracaso, que bloquea el avance japonés en dirección a Australia; la de Midway (3-6 de junio), una clara derrota, que salva a las islas Hawai. A

partir de este momento, el Japón se ve obligado a pasar a la defensiva: la guerra cambia de signo.

[3] Cfr., cap. 7.

[4] Cfr., cap. 8.

[5] Cfr., cap. 6.

CAP. 5: EL JAPÓN EN GUERRA (1937-1945)

[1] Después de la repatriación de las tropas y de los emigrados japoneses, la población ascendió a 75.800.000 habitantes en 1946 y 78.100.000 en 1947.

CAP. 6: LA REVOLUCIÓN CHINA (1937-1949)

[1] Sobre este concepto y sobre las relaciones entre campesinos y comunistas durante la segunda guerra mundial, cfr. C. A. JOHNSON, *Peasant nationalism and communist power*, Stanford, 1962.

[2] *Ibid.*, cap. 6.

[3] L. BIANCO, «Les paysans et la révolution», *Politique étrangère*, núm. 2, París, 1968.

[4] Cfr., L. BIANCO, *Les origines de la révolution chinoise*, París, 1967, pp. 260-266.

[5] Cfr. W. HINTON, *Fanshen*, Nueva York-Londres, 1966.

[6] J. BELDEN, *China breaks the world*, Nueva York, 1949.

[7] Cfr., además de lo dicho más arriba en el cap. 3 y en éste, FRANKE y TRAUZETTEL, *op. cit.*, caps. 10 y 11.

CAP. 7: EL ASIA SUDORIENTAL SE HACE INDEPENDIENTE

[1] V. THOMPSON y R. ADLOFF, *The left wing in Southeast Asia*, Nueva York, 1950, pp. 9-15.

[2] Citado en V. PURCELL, *Malaya: communist or free?*, Londres, 1954, p. 172.

CAP. 8: LA INDIA DE 1939 A 1947

[1] ADOLF HITLER, *Mein Kampf*, t. 2, cap. 14.

[2] El capítulo 17 del tomo 29 de la presente colección suministra otras indicaciones sobre las causas de la descolonización.

[3] Cfr. R. C. MAJUMDAR, *History of the freedom movement in India*, t. 3, pp. 610 ss.

[4] Según MAJUMDAR (*ibid.*, p. 613), se trata, quizá, del resultado de las presiones indias en el seno del Consejo ejecutivo.

[5] PHILIPS, *The evolution of India and Pakistan 1858 to 1947*, Oxford, 1962, pp. 373-6, expone cómo la Liga Musulmana y el Congreso adoptaron sus posturas oficiales.

[6] Se puede encontrar el texto de esta resolución en PHILIPS, *ibid.*, pp. 340 ss. El *Working Committee* puede ser considerado como el «gabinete ministerial» del Congreso y el *All India Congress Committee* como su «parlamento».

[7] Reproducido por D. G. TENDULKAR, *Mahatma*, t. 6, pp. 185 ss.

[8] Cfr. S. S. HARRISON, *India. The most dangerous decades*, Princeton, 1960, pp. 140 ss.

[9] En la provincia de Sind, sólo después de otras elecciones en diciembre de 1946.

[10] A tal efecto, se celebraron nuevas elecciones en julio de 1946.

[11] Para más precisiones, véase, por ejemplo, E. W. R. LUMBY, *The transfer of power in India 1946-1947*, Londres, 1954, pp. 71 ss.
[12] Cfr. M. BRECHER, *Nehru. Eine politische Biographie*, Munich, 1963, p. 142.
[13] Cfr. M. A. CHAUDHRI, *The emergence of Pakistan*, Nueva York-Londres, 1967, p. 75.
[14] Cfr. D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, p. 205.
[15] W. R. LUMBY, *op. cit.*, nota 11, p. 155.
[16] W. R. LUMBY, *ibid* p. 263.
[17] V. P. MENON, *The transfer of power in India*, Bombay, 1957, p. 434.
[18] Facsímil en PYARELAL, *Mahatma Gandhi*, t. 2, Ahmedabad, 1965, p. 496.

C. LA EVOLUCIÓN CONTEMPORANEA

CAP. 9: EL SUBCONTINENTE INDIO DESDE 1947

[1] Para más precisiones, véanse J. B. DAS GUPTA, *Indo-Pakistan relations 1947-1955*, Amsterdam, 1958, pp. 188 ss., y M. RAI, *Partition of the Punjab*, Londres, 1965, pp. 72 ss.
[2] A. MICHEL, *The Indus rivers. A study of the effects of partition*, New Haven, 1967, ofrece una descripción detallada del problema.
[3] Cfr. V. P. MENON, *The story of the integration of the Indian States*, Londres, 1956; por lo que respecta al Paquistán, véase W. A. WILCOX, *Pakistan. The consolidation of a Nation*, Nueva York, 1963.
[4] Una notable síntesis se ofrece en A. LAMB, *Crisis in Kashmir 1947 to 1966*, Londres, 1966.
[5] CHAUDHRI, *The emergence of Pakistan*, Nueva York, Londres, 1967, p. 292.
[6] Jayaprakash Narayan (en LAMB, *op. cit.*, nota 4, p. 107).
[7] Un *Plebiscite Front*, fundado en 1957, por ejemplo.
[8] La razón de ello fue la desaparición de una reliquia (unos cabellos) de un santuario musulmán cerca de Shrinagar. Cfr. LAMB, *op. cit.*, nota 4, pp. 73 ss.
[9] Cfr. JEQUE ABDULLAH, *FA*, 43, 1965, pp. 528 ss.
[10] En abril de 1965, los dos países se acusaron mutuamente de haber violado la frontera entre Gujarat y Paquistán, que había sido fijada de forma bastante imprecisa en 1947. En febrero de 1968, una comisión internacional de arbitraje se pronunció a favor de la partición del *Rann of Katch*.
[11] Cfr. A. LAMB, *op. cit.*, nota 4, p. 118.
[12] El grupo de observadores enviado por la ONU constató que había infiltraciones procedentes de Paquistán.
[13] Poco después, fueron detenidos en Cachemira otros miembros de la oposición.
[14] La población supera ahora los 100 millones de habitantes.
[15] L. BINDER, *Religion and politics in Pakistan*, Berkeley, 1963, ofrece un cuadro completo de estas discusiones.
[16] Por lo que respecta a Maududi y la *Jamā'at-i Islāmī*, véase, además de Binder, AZIZ AHMAD, *Islamic modernism in India and Pakistan 1857-1964*, Oxford, 1967, pp. 208 ss.
[17] El bengalí al este, el urdu al oeste (junto con el penjabí, el sindhi y el pathan).
[18] Cfr. H. LANGERHANS, *IA*, 1966, pp. 136 ss.
[19] Cfr. los cuadros que ofrece A. TAYYEB, *Pakistan. A political geography*, Oxford, 1966, pp. 181-182.

[20] Para más precisiones, véanse, por ejemplo, M. AHMAD, *Government and politics in Pakistan*, 2.ª ed., Karachi, 1963; J. STEPHEN, *Pakistan*, 3.ª ed., Londres, 1967.

[21] Sobre el conjunto de este sistema, véase K. VON VORYS, *Political development in Pakistan*, Princeton, 1965, pp. 196 ss.

[22] K. VON VORYS pone en tela de juicio la legalidad de estas elecciones, organizadas bajo la ley marcial (*op. cit.*, p. 202), pero R. WILLIAMS, *The State of Pakistan*, nueva ed., Londres, 1966, p. 215, no comparte esta opinión.

[23] Cfr. AYUB KHAN, *FA*, 42, 1963-64, pp. 195 ss.

[24] A. LAMB, *op. cit.*, nota 4, p. 101; cfr., también el volumen 16 de la presente colección.

[25] J. M. HUNCK, *IA*, 1963, pp. 244.

[26] M. AYUB KHAN, *Friends not masters. A political autobiography*, Oxford, 1967, p. 216.

[27] Por lo que respecta a la elaboración de esta constitución, véase G. AUSTIN, *The Indian Constitution*, Oxford, 1966.

[28] Cfr. D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, pp. 215 ss.

[29] Se pueden encontrar ejemplos de «fraccionalismo» en P. R. BRASS, *Factional politics in an Indian State. The Congress Party in Uttar Pradesh*, Berkeley, 1965.

[30] M. BRECHER, *Succession in India*, Oxford, 1966, describe con precisión estos fenómenos.

[31] Cifra citada por S. SUBRAMIAN, *Die Wirtschaftsentwicklung Indiens 1951 bis 1961*, Tubinga, 1965, p. 54: esta proporción pasó de 7,5 a 10,4 por 100.

[32] Para la industria ligera, cfr., M. FELDSIEPER, *IA*, 1967, pp. 33 ss.

[33] En 1965, los Estados Unidos consagraron a la India 1/6 de su cosecha de trigo.

[34] K. H. JUNGHANS, *JSAI*, 1966, pp. 167 ss.

[35] La obra de P. GAEFFKE, *Hindiromane in der 1. Hälfte des 20. Jahrunderts*, Leiden-Colonia, 1966, da ejemplos de ello, así como la interpretación marxista (tendenciosa) de W. RUBEN, *Indische Romane. Eine ideologische Analyse*, 3 vol., Berlín, 1964-67.

[36] S. HARRISON, *India. The most dangerous decades*, Princeton, 1960, ofrece un cuadro de estas fuerzas desintegradoras; cfr., también B. R. NAYAR, *Minority politics in the Punjab*, Princeton, 1966, pp. 333 ss.

[37] El DMK, actualmente en el poder en Madrás, ya no preconiza el separatismo.

[38] Según el *Times of India*, citado por M. BRECHER, *op. cit.*, nota 29, p. 166.

[39] Artículo 351 de la Constitución.

[40] Se pueden encontrar detalles más amplios en la obra de M. BRECHER, *op. cit.*, nota 29, pp. 151 ss.

[41] D. E. SMITH, *India as a secular State*, Princeton, 1963, analiza precisamente este concepto.

[42] D. ROTHERMUND, *Die pol. Willensb.*, pp. 220-221.

[43] Artículo 28 de la Constitución.

[44] Fenómenos observados con frecuencia, por ejemplo, por M. N. SRINIVAS, *Caste in modern India*, Londres, 1962.

[45] Esta prohibición existe en diez Estados de la Unión.

[46] Cfr. S. HARRISON, *op. cit.*, nota 35, pp. 204 ss.

[47] OVERSTREET-WINDMILLER, *Communism in India*, Berkeley, 1959, pp. 508 ss.; SAGER, *Moskaus Hand in Indien*, Berna, 1966, pp. 26-27.

[48] La escisión del CPI prochino se produjo efectivamente. Cfr. I. ROTHERMUND, *Die Spaltung der Kommunistischen Partei Indiens Ursachen und Folgen*, Wiesbaden, 1969.

[49] Para más precisiones, cfr. H. L. ERDMAN, *The Swatantra Party and Indian conservatism*, Cambridge, 1967.

[50] Cfr., igualmente el volumen 16 de la presente colección.

[51] A este respecto, consúltense W. VON POCHHAMMER, *Die Auseinandersetzung um Tibet Grenzen*, Frankfort, 1962; M. W. FISHER, L. E. ROSE y R. A. HUTTENBACK, *Himalayan battleground. Sino-Indian rivalry in ladakh*, Nueva York, 1963; A. LAMB, *The China-India border*, Oxford, 1964.

[52] Para más información, véanse FISHER, *op. cit.*, nota anterior, pp. 135 ss.; A. ROWLAND, *A history of Sino-Indian relations. Hostile coexistence*, Princeton, 1967, pp. 166 ss.

[53] A. LAMB, *op. cit.*, nota 4, pp. 128 ss.

[54] Cfr., la obra muy controvertida de M. KAUL, *The untold story*, Bombay, 1967.

[55] Un resumen del informe, redactado en cingalés, fue publicado en inglés bajo el título *The betrayal of buddhism* (cfr. Bibliografía). Sobre este proyecto, cfr. H. BECHERT, *Buddhismus, Staat und Gesellschaft in den Ländern des Theravâda-Buddhismus*, t. 1, Francfort, 1966, pp. 268 ss.

[56] Sobre la política lingüística de Ceilán, véase N. KEARNEY, *Communalism and language in the politics of Ceylon*, Durham, 1967.

[57] El juicio de Surindar Suri sobre esta evolución («Umschwung in Ceylon», *Politische Vierteljahrsschrift*, 7, 1966, núm. 2) es superficial y puede incluso inducir a error.

[58] Sobre la política cultural y la significación del budismo, en el aspecto político, en la historia moderna de Ceilán, véase, para más precisiones, BECHERT, *op. cit.*, nota 6, t. 1, pp. 305-369. En el t. 3 (en imprenta) se puede encontrar una bibliografía completa de la historia reciente de Ceilán.

CAP. 10: LA CHINA POPULAR DE 1949 A 1974

[1] Se trata de importaciones netas (es decir, del excedente de las importaciones sobre las exportaciones), ya que la China popular vende y compra *simultáneamente* cereales de diferentes especies y calidades.

[2] Cfr. *supra*, cap. 6.

[3] R. DUMONT, *Révolution dans les campagnes chinoises*, París, 1957, p. 44.

[4] Según un artículo del Ministerio de Seguridad Pública mencionado en S. SCHRAM, *Mao Tse-tung*, Londres, 1966, p. 266.

[5] R. J. LIFTON, «Brainwashing in perspective», *New Republic*, 13 de mayo de 1957 (citado en SCHURMANN y SCHELL, *Communist China*, p. 144). Véase también, del mismo autor, *Thought reform and the psychology of totalism*, Nueva York, 1961.

[6] Sobre la guerra de Corea, cfr. *infra*, cap. 11.

[7] LI FU-CH'UN, *Informe sobre el primer plan quinquenal* (texto en *Communist China, 1955-1959*, presentado por BOWIE y FAIRBANK, Harvard, 1962, p. 60).

[8] TH. P. BERNSTEIN, «Leadership and mass mobilisation in the Soviet and Chinese Collectivisation Campaigns of 1929-1930 and 1955-1956: A comparison», *CQ*31, 1967, pp. 1-47.

[9] A. ECKSTEIN, *Communist China's economic growth and foreign trade*, Nueva York, 1966, p. 18. Cfr., igualmente los estudios anteriores del mismo autor, especialmente «Conditions and prospects for economic growth in communist China», *World Politics*, t. 7, núm. 2, enero de 1955.

[10] Véase en ECKSTEIN, *op. cit.*, pp. 20-21, un cuadro comparativo de las principales producciones (totales y por cabeza) en la URSS de 1927-1928 y la China de 1952.

[11] C. M. LI, «The first decade: economic development», *CQ*, 1, 1960, pp. 35-50.

[12] Estas diversas precisiones de orden demográfico están extraídas de:

- — J. S. AIRD, *The size, composition and growth of the population of mainland China*, Washington, 1961.
- — *ECMM*, núm. 91, pp. 22-25.
- — KANG CHAO, «Industrialisation and urban housing in communist China», *JAS*, XXV, 3, 1966, pp. 381-396.
- — L. A. ORLEANS, «The recent growth of China urban population», *Geographical Review*, 49, enero de 1959, pp. 43-57.
- — L. A. ORLEANS, *Professional manpower and education in communist China*, Washington, 1960.
- — *SCMP*, núm. 1668, pp. 3-7.
- — M. B. ULLMAN, *Cities of mainland China*, Washington, 1961.

[13] Traducción francesa en S. SCHRAM, *Mao Tse-toung*, París, 1963, p. 325.

[14] J. C. LIU, «Fertiliser application in communist China», *CQ*, 24, 1965, pp. 28-52.

[15] *La Bandera Roja*, núm. 21, 1 de noviembre de 1962 (citado en C. M. LI, comp., *Industrial development in communist China*, Nueva York, 1964, p. 35).

[16] Para una apreciación quizá optimista, pero razonable, de la evolución económica reciente, véase PERKINS, «Economic growth in China and the Cultural Revolution (1960-abril de 1967)», *CQ*, 30, 1967, pp. 33-48.

[17] C. CADART, «La crise des relations sino-soviétiques», *Revue française de Science Politique*, XLV, 5, octubre de 1964.

[18] Literalmente: los «sucesores socialistas».

[19] Por lo que respecta a la Revolución cultural, propiamente dicha, hemos intentado ir un poco más al fondo de la cuestión en un artículo publicado en *Politique d'aujourd'hui*, mayo-junio de 1970, bajo el título «La page blanche», y en MAURICE CROUZET, comp., *Le monde depuis 1945*, París, 1973, pp. 858-915.

[20] Designada a menudo con las iniciales JCRR (*Joint Commission on Rural Reconstruction).*

[21] Cfr., *supra*, cap. 6.

[22] *Ibid.*

CAP. 11: JAPÓN Y COREA DESDE 1945

[1] J. CHÉROY, *Où va le Japon?*, París, 1954.

[2] J. LEQUILLER, *Le Japon*, París, 1965, pp. 459 ss.

[3] J. LEQUILLER, *op. cit.*, p. 467.

[4] J. ROBERT, «Education et information au Japon», en *Information, Education et Progrès politique*, Instituto de Ciencias Sociales, Barcelona, 1967, II, pp. 393-409.

[5] H. BROCHIER, *Le miracle économique japonais*, París, 1965, pp. 133 ss.

[6] J. LEQUILLER, *op. cit.*, p. 471.

[7] J. STOËTZEL, *Jeunesse sans chrysanthème ni sabre*, Plon, 1953, p. 94.

[8] T. MIYAZAWA, «La Constitution et les partis politiques», *Orient-Occident*, núm. 7, p. 20.

[9] *La Documentation française, NED*, «L'évolution électorale du Japon depuis la dernière guerre (1945-1959)», 3 de mayo de 1960, núm. 2661.
[10] J. LEQUILLER, *op. cit.*, pp. 487-488.
[11] *La Documentation française, NED*, «Le gouvernement Kishi à la veille de la dissolution», 24 de mayo de 1958, núm. 2.417.
[12] *La Documentation française, NED*, 24 de mayo de 1958, núm. 2.417, *op. cit.*
[13] A. PRESSE, *La Soka Gakkai*, 1965.

Bibliografía

Esta bibliografía sólo incluye títulos en lenguas occidentales.

El asterisco * indica los libros que se recomienda leer en primer lugar: no necesariamente porque sean los mejores, sino porque son suficientemente generales e introducen directamente en un problema o un conjunto de problemas importantes. En ciertos casos, el asterisco * puede señalar una obra de consulta indispensable, como el *Boorman.

GENERALIDADES

ASIA ORIENTAL Y MERIDIONAL

Bibliografías

AMERICAN BIBLIOGRAPHIC SERVICE, *Quarterly check list of Oriental studies*, Darien, Connecticut, 1960.

The Asia society, An introductory reading guide to Asia, 2.ª ed., Nueva York, 1962.

Bibliography of Asian Studies, suplemento anual del *Journal of Asian Studies;* n.º 5 de cada volumen; aparece en septiembre; se llamaba hasta 1956 *Far Eastern Bibliography*.

SCHOOL OF ORIENTAL AND AFRICAN STUDIES. *Monthly List of periodical articles on the Far East and South East Asia*, a multicopista, Londres, desde 1956.

C. W. STUCKI, *American Doctoral Dissertations on Asia, 1933-1962*, Ithaca, 1963.

Periódicos

Asian Survey, Berkeley desde 1961.

Far Eastern Economic Review, semanal, Hong Kong, desde 1946.

La *FEER* publica cada año un precioso *Yearbook*.

* *The Journal of Asian Studies*, cinco números al año, Ann Arbor; se llamó *The Far Eastern Quarterly* de 1941 a 1956.

Pacific Affairs, Vancouver, desde 1928.

Pacific Historical Review, Berkeley, desde 1932.

Problems of Communism, Washington.

Monografías

* C. C. ALLEN y A. DONNITHORNE, *Western enterprise in Far Eastern economic development: China and Japan*, Londres, 1954.

Asia Who's Who, Hong Kong, 1958.

A. D. BARNETT comp., *Communist strategies in Asia: A comparative analysis of governments and parties*, Nueva York, 1963.

G. BECKMANN, *Modernization of China and Japan*, Nueva York, 1962.
M. BELOFF, *Soviet policy in the Far East, 1944-1951*, Londres, 1953.
* C. A. BUSS, *Asia in the modern world*, Nueva York, 1964.
S. CHANDRASEKHAR comp., *Asia's population problems, with a discussion of population and immigration in Australia*, Nueva York, 1967.
* J. CHESNEAUX, *L'Asie orientale aux XIXe et XXe siècles*, París, 1966.
J. CHEVERNY, *Éloge du colonialisme, essai sur les révolutions d'Asie*, París, 1961.
P. H. CLYDE, *The Far East, a history of the impact of the West on Eastern Asia*, 3.ª ed., Nueva York, 1958.
D. J. DALLIN, *Soviet Russia and the Far East*, Yale, 1948.
R. DUMONT y B. ROSIER, *Nous allons à la famine*, París 1966.
* J. K. FAIRBANK, E. O. REISCHAUER, A. M. CRAIG, *East Asia: The modern transformation*, Boston, 1965.
N. GINSBURG, *Pattern of Asia*, Englewood Cliffs, 1958.
P. GOUROU, *L'Asie*, París, 1953.
W. HOLLAND, *Asian nationalism and the West*, Nueva York, 1953.
N. JACOBS, *The origin of modern capitalism and Eastern Asia*, Hong Kong, 1958.
G. KAHIN, *The Asian African Conference, Bandoung*, Ithaca, 1956.
E. S. KIRBY, *Economic development in East Asia*, Nueva York, 1967.
* S. KUZNETS y ALII, *Economic growth: Brazil, India, Japan*, 1955.
W. LANGER, *The diplomacy of imperialism, 1890-1902*, Nueva York, 1951.
P. A. LINEBARGER y ALII, *Far Eastern government and politics: China and Japan*, Nueva York, 1954, 2.ª ed., Princeton, 1956.
R. LINTON, *Most of the world*, Nueva York, 1949.
* H. F. MAC NAIR y D. F. LACH, *Modern Far Eastern international relations*, Nueva York, 1950 y 1955.
J. MAKI, *Conflict and tensions in the Far East, key documents 1894-1940*, Seattle, 1961.
F. MICHAEL y G. E. TAYLOR, *The Far East in the modern World*, Nueva York, 1956.
* B. MOORE, *Social origins of dictatorship and democracy, lord and peasant in the making of the modern world*, Boston, 1966.
G. MYRDAL y ALII, *Asian drama. Inquiry into the poverty of nations*, Nueva York, 1968, 3 vols., 2.300 pp.
H. S. QUIGLEY, *Far Eastern war, 1937-1941*, Boston, 1942.
P. RENOUVIN, *La question d'Extrême-Orient, 1840-1940*, París, 1946.
H. ROBINSON, *Monsoon Asia, A geographical survey*, Nueva York, 1967.
J. ROMEIN, *The Asian century*, Londres, 1962.
R. SCALAPINO, comp., *The communist revolution in Asia: tactics, goals and archievements*, Englewood Cliffs, 1965.
A. D. STAMP, *Asia: a regional and economic geography*, 8.ª ed., Londres, 1950.
W. S. THOMPSON, S. WARREN, *Population and progress in the Far East*, Chicago, 1959.
H. VINACKE, *A history of the Far East in the modern times*, Nueva York, 6.ª ed., 1956.
H. ZINKIN, *Asia and the West*, Nueva York, 1953.

INDIA Y PAQUISTAN

La lista siguiente, sacada de una literatura muy abundante, comporta sobre todo, junto a una o dos obras de exposición general, trabajos recientes, aunque también contiene indicaciones sobre las fuentes y los estudios

más antiguos. Además, hemos introducido algunos libros consagrados a temas que no son tratados o lo son de forma muy somera, por falta de espacio: historia económica y social, interpretación marxista, Nepal, Bután, Sikkim.

Bibliografías

M. H. CASE, *South Asian history 1750-1950. A guide to periodicals, dissertations and newspapers*, Princeton, 1968.
B. KHALID, *Sayeed, the political system of Pakistan*, Boston, 1967.
K. H. PFEFFER, *Pakistan - Modell eines Entwicklungslandes*, Opladen, 1967.
D. ROTHERMUND, *Indien und die Sowjetunion*, Tubinga, 1968.
J. ROTHERMUND, *Die Spaltung der Kommunistischen Partei Indiens - Ursachen und Folgen*, Wiesbaden, 1969.

Periódicos

Foreign Affairs. An American Quarterley Review, Nueva York.
Indo Asia. Vierteljahreshefte für Politik, Kultur und Wirtschaft Indiens, Stuttgart desde 1959.

Monografías

L. ALSDORF, *Indien von der mohammedanischen Eroberung bis zur Gegenwart*, en *Geschichte Asiens*, Munich, 1950, pp. 163-307.
L. ALSDORF, *Vorderindien*, Brunswick, 1955.
J. R. ANDRUS y A. F. MOHAMMED, *Trade finance and development in Pakistan*, Oxford University Press, 1966.
G. AUSTIN, *The Indian Constitution*, Oxford University Press, 1966.
M. AYUB KHAN, *Friends not masters. A political autobiography*, Oxford University Press, 1967.
AZIZ AHMAD, *Islamic modernism in India and Pakistan (1857-1964)*, Oxford University Press, 1967.
V. V. BALABUŠEVIC y A. M. D'JAKOV comp., *Novejšaja istoria Indii*, Moscú, 1959.
D. BERNSTORFF, *Indiens Rolle in der Weltpolitik*, Baden-Baden, 1965.
L. BINDER, *Religion and politics in Pakistan*, Berkeley, 1963.
J. V. BONDURANT, *Regionalism versus provincialism, Indian press digest*, boletín mensual, Berkeley, 1958.
J. V. BONDURANT, *Conquest of violence. The Gandhian philosophy of conflict*, ed., puesta al día, Berkeley, 1965.
P. R. BRASS, *Factional politics in an Indian State. The Congress Party in Uttar Pradesh*, Berkeley, 1965.
M. BRECHER, *Nehru. Eine politische Biographie*, en inglés, Londres, 1959; en alemán, Munich, 1963.
M. BRECHER, *Succession in India*, Oxford University Press, 1956.
W. N. BROWN, *The United States and India and Pakistan*, ed., puesta al día, Cambridge (Mass.), 1963.
CHANDA, ASOK, *Federalism in India*, Londres, 1965.
BH. CHATTERJI, *A study of recent Nepalese politics*, Calcuta, 1967.
MUHAMMAD ALI CHAUDHRI, *The emergence of Pakistan*, Nueva York-Londres, 1967.
G. W. CHOUDHURY, *Constitutional development in Pakistan*, Londres, 1959.

G. W. CHOUDHURY, *Democracy in Pakistan*, Dacca, 1963.
J. B. DAS GUPTA, *Indo-Pakistan relations, 1947-1955*, Amsterdam, 1958.
J. D. M. DERRET, *Introduction to modern Hindu law*, Oxford University Press, 1963.
A. M. D'JAKOV, comp., *Pakistan Istorija i ekonomika*, Moscú, 1959.
A. M. D'JAKOV, comp., *Ekonomika sovremennoj Indii*, Moscú, 1960.
Documents on Indian affairs 1960; G. KUMAR y V. K. ARORA, comp., Londres, 1965.
D. N. DRUHE, *Soviet Russia and Indian communism 1917-1947*, Nueva York, 1959.
S. C. DUBE, *India's changing villages*, Londres, 1960.
T. S. EPSTEIN, *Economic development and social change in South India*, Manchester, 1962.
H. L. ERDMAN, *The Swatantra Party and Indian conservatism*, Cambridge, 1967.
FAZAL MUQEEM KHAN, *Pakistan's crisis in leadership*, Islamabad, 1971.
H. FELDMAN, *From crisis to crisis*, Londres, 1972.
H. FELDMAN, *Revolution in Pakistan*, Oxford University Press, 1967.
M. W. FISCHER, L. E. ROSE y R. A. HUTTENBACK, *Himalayan battleground, Sino-Indian rivalry in Ladakh*, Nueva York, 1963.
Foreign Affairs, An American Quarterly Review, Nueva York.
P. GAEFFKE, *Indiromane in der I. Hälfte des 20. Jahrhunderts*, Leiden-Colonia, 1966.
M. K. GANDHI, *Collected works of Mahatma Gandhi*, Ahmedabad, 1958 ss. (21 volúmenes publicados hasta la fecha).
Y. V. GANKOVSKIJ y L. R. GORDON-POLONSKAYA, *A history of Pakistan*, Moscú, 1964.
Y. V. GANKOVSKIJ y alii, *Pakistan*, Moscú, 1966 (en ruso).
A. GLEDHILL, *Pakistan. The development of its laws and constitution*, 2.ª ed., Londres, 1967.
R. GOPAL, *Indian Muslims (1858-1947)*, Londres, 1959.
R. GOPAL, *Linguistic affairs of India*, Londres, 1966.
P. CH. GOSH, *The development of the Indian National Congress 1892-1909*, Calcuta, 1960.
S. S. HARRISON, *India. The most dangerous decades*, Princeton, 1960.
H. HARTMAN, *Political parties in India*, Meerut (Meenakshi Prakash), 1971.
C. H. HEIMSATH, *Indian nationalism and Hindu social reform*, Princeton, 1964.
R. HERZER y W. MOHR, comp., *Verträge der Volksrepublik China mit anderen Staaten*, Berlín, 1962.
Indo-Asia. Vierteljahreshefte für Politik, Kultur und Wirtschaft Indiens, Stuttgart, 1959 y ss.
H. R. ISAACS, *India's ex-untouchables*, Bombay, 1965.
Jahrbuch der Südasien-Instituts der Universität Heidelberg 1966, Wiesbaden, 1967.
S. C. JHA, *Studies in the development of capitalism in India*, Calcuta, 1963.
M. A. JHANGIANI, *Jana Sangh and Swatantra. A profile of the rightist parties in India*. Bombay, 1967.
B. L. JOSHI y L. E. ROSE, *Democratic innovations in Nepal*, Berkeley, 1966.
K. H. JUNGHANS, *Agrarprobleme im indischen Dorf* (título abreviado), en *JSAI*, 1966, p. 167 y ss., Wiesbaden, 1967.
P. P. KARAN y W. M. JENKINS, *The Himalayan kingdoms: Bhutan, Sikkim and Nepal*, Princeton, 1963.
V. B. KARNIK, *Strikes in India*. Bombay, 1967.

B. M. KAUL, *The untold story*, Bombay, 1967.
P. D. KAUSHIK, *The Congress ideology and programme 1920-1947*, Bombay, 1964.
D. H. KEER, *Dr. Ambedkar. Life and mission*, 2.ª ed., Bombay, 1962.
A. B. KEITH, *A Constitutional history of India 1600-1935*, 2.ª ed., Allahabad, 1961.
A. LAMB, *The China-India border*, Oxford University Press, 1964.
A. LAMB, *The McMahon-Line*, 2 vols., Londres, 1966.
A. LAMB, *Crisis in Kashmir 1947 to 1966*, Londres, 1966.
H. LEHMANN, *Nehru-Baumeister des neuen Indien*, Gotinga, 1965.
E. W. R. LUMBY, *The transfer of power in India 1945-1947*, Londres, 1954.
R. C. MAJUMDAR, *History of the freedom movement in India*, 3 vols., Calcuta, 1962-63.
R. C. MAJUMDAR comp., *British Paramountcy and Indian Renaissance*, 2 vols., Bombay, 1963-1965.
H. MALIK, *Moslem nationalism in India and Pakistan*, Washington, 1963.
* N. MANSERGH, comp., *The transfer of power 1942-7*, vol. 1-4, Londres, 1970-3.
W. MARTIN, *Panchayati Raj. Die Entwicklung der modernen ländl. Selbstverwaltung in Indien*, Maguncia, 1965.
PH. MASON, *India and Ceylon: unity and diversity*, Oxford University Press, 1967.
D. B. MATHUR, *Gokhale. A political biography*, Bombay, 1966.
N. MAXWELL, *India's China war*, Pelican books, 1972.
V. P. MENON, *The story of the integration of the Indian States*, Londres, 1956.
V. P. MENON, *The transfer of power in India*, Bombay, 1957.
A. A. MICHEL, *The Indus Rivers. A study of the effects of partition*, New Haven, 1967.
E. B. MIHALY, *Foreign aid and politics in Nepal*, Oxford University Press, 1965.
B. B. MISRA, *The indian middle classes. Their growth in modern times*, Oxford University Press, 1961.
Mushtaq Ahmad, *Government and politics in Pakistan*, 2.ª ed., Karachi, 1963.
V. K. NARASIMHAN, *Kamaraj. A study*, Bombay, 1967.
B. R. NAYAR, *Minority politics in the Punjab*, Princeton, 1966.
J. NEHRU, *An autobiography*, Londres, 1936.
D. NORMAN, *Nehru. The first sixty years*, 2 vols., Londres, 1965.
B. C. OLSCHAK, *Sikkim*, Zurich, 1965.
L. S. S. O'MALLEY, *The Indian civil service (1601-1930)*, 2.ª ed., Londres, 1965.
G. OVERSTREET y M. WINDMILLER, *Communism in India*, Berkeley, 1959.
D. K. PALIT, *The lightning. Campaign. The Indo-Pakistan war 1971*, Nueva Delhi, 1972.
V. I. PAVLOV, *Formirovanije indijskoj buržuaii*, 1958.
C. H. PHILIPS, comp., *Historians of India, Pakistan and Ceylon*, Oxford University Press, 1961.
C. H. PHILIPS, comp., *The evolution of India and Pakistan 1858 to 1947. Select Documents*, Oxford University Press, 1962.
W. VON POCHHAMMER, *Die Auseinandersetzung um Tibets Grenzen*, Francfort, 1962.
W. VON POCHHAMMER, *Indiens Wirtschaft heute*, Maguncia, 1964.
PYARELAL, *Mahatma Gandhi*, 2 vols., Ahmedabad, 1958-1965.

J. H. QURESHI, *The Muslim community of the Indo-Pakistan subcontinent (610-1947)*, La Haya, 1962.
S. M. RAI, *Partition of the Punjab*, Londres, 1965.
V. RAMANADHAM, *The structure of public enterprise in India*, Londres, 1961.
D. K. RANGNEKAR, *Poverty and capital development in India*, Oxford University Press, 1959.
V. G. RASTJANNIKOV y alii, *Razvitije Kapitalizma v sel'skom|chozjajstve sovremennoj Indii*, Moscú, 1965.
T. RAYCHAUDHURI, comp., *Contributions to Indian economic history*, vols. 1 y 2, Calcuta, 1960 y 1963.
J. M. REISNER y N. M. GOLDBERG, comp., *Tilak and the struggle for Indian freedom*, Nueva Delhi, 1966.
D. ROTHERMUND, *Der Freiheitskampf Indiens (Quellen u. Arbeitshefte für den Geschichtsunterricht)*, Stuttgart, 1961.
D. ROTHERMUND, *Die politische Willensbildung in Indien 1900-1960*, Wiesbaden, 1965.
D. ROTHERMUND, *Bodenrecht in Indien* (título abreviado), en *JSAI* 1966, p. 149 y ss., Wiesbaden, 1967.
J. ROWLAND, *A history of Sino-Indian relations hostile co-Existence*, Princeton, 1967.
W. RUBEN, *Indische Romane. Eine Ideologische Analyse*, 3 vols., Berlín, 1964-67.
P. SAGER, *Moskaus Hand in Indien*, Berna, 1966.
O. SCHILLER, *Agrarstruktur und Agrarreform in den Ländern Süd- und Südostasiens*, Hamburgo, 1964.
C. SCHRENCK-NOTZING, *Hundert Jahre Indien*, Stuttgart, 1961.
J. S. SHARMA, *Mahatma Gandhi. A descriptive bibliography*, Delhi, 1955.
J. S. SHARMA, *Indian National Congress. A descriptive bibliography*, Delhi, 1959.
B. SINGH y S. MISRA, *A study of land reforms in Uttar Pradesh*, Honolulú, 1964.
V. B. SINGH, *Economic history of India 1857-1956*, Bombay, 1965.
B. P. SITARAMAYYA, *History of the Indian National Congress*, 2 vols., Bombay, 1935-1947.
D. E. SMITH, *India as a secular State*, Princeton, 1963.
P. SPEAR, *The Oxford History of India*, 3.ª ed., Oxford University Press, 1964.
P. SPEAR, *India, Pakistan and the West*, 4.ª ed., Oxford University Press, 1967.
M. N. SRINIVAS, *Caste in modern India*, Londres, 1962.
J. STEPHENS, *Pakistan*, 3.ª ed., Londres, 1967.
S. SUBRAMANIAM, *Die Wirtschaftsentwicklung Indiens 1951-1961 (Kieler Studium* 69), Tubinga, 1965.
A. SWINSON, *North-West Frontier 1839-1947*, Londres, 1967.
D. V. TAHMANKAR, *Lokamanya Tilak*, Londres, 1956.
A. TAYYEB, *Pakistan. A political geography*, Oxford University Press, 1966.
D. G. TENDULKAR, *Mahatma*, 8 vols., 2.ª ed., Bombay, 1960 y ss.
D. y A. THORNER, *Land and Labour in India*, Londres, 1962.
H. TINKER, *The foundations of local self-government in India, Pakistan and Burma*, Londres, 1954.
H. TINKER, *India and Pakistan. A short political guide*, Londres, 1962.
H. TINKER, *Experiment with freedom. India and Pakistan 1947*, Londres, 1967.
K. VON VORYS, *Political development in Pakistan*, Princeton, 1965.
M. WEINER, *Party politics in India*, Princeton, 1962.

W. A. WILCOX, *Pakistan. The consolidation of a nation*, Nueva York, 1963.
W. A. WILCOX, *India, Pakistan and the rise of China*, Nueva York, 1964.
L. F. R. WILLIAMS, *The State of Pakistan*, edición puesta al día, Londres, 1966.
P. WILSON, *Government and politics in India and Pakistan 1885-1955. A bibliography*. Berkeley, 1956.
S. A. WOLPERT, *Tilak and Gokhale: revolution and reform in the making of modern India*, Berkeley, 1962.
R. K. YADAV, *The Indian language problem*, Delhi, 1966.
T. ZINKIN, *Reporting India*, Londres, 1962.

CEILAN

Periódicos

The Ceylon Historical Journal y *The Ceylon Journal of Historical and Social Studies*.

Documentos

The betrayal of buddhism. An abridged version of the report of the buddhist Committee of Inquiry, Balangoda, 1956.
The Colebrooke-Cameron papers. Documents on British colonial policy in Ceylon 1796 to 1833, seleccionados y presentados por G. C. Mendis, 2 vols., Londres, 1956.
Letters on Ceylon 1846-1850, the administration of Viscount Torrington and the «rebellion» of 1848, K. M. de Silva, Colombo, 1965.
Return to righteousness, a collection of speeches, essays and letters of the Anagarika Dharmapala, Ananda Guruge, Colombo, 1965.
Towards a new era, selected speeches of S. W. R. D. Bandaranaike made in the legislature of Ceylon 1931-1959. G. E. P. de S. Wickramaratne, Colombo, 1961.
Los *«Sessional Papers»*, publicados por el gobierno de Ceilán, constituyen una fuente importante.

Monografías

H. BECHERT, *Buddhismus, Staat und Gesellschaft in den Ländern des Theravada-Buddhismus;* vol. 1: *Allgemeines. Ceylon* (Schriften des Instituts für Asienkunde in Hamburg 17/1). Francfort, 1966.
H. D. EVERS, *Kultvurwandel in Ceylon. Eine Untersuchung über die Entstehung einer Industrie-Unternehmerschicht*, Baden-Baden, 1964.
B. H. FARMER, *Ceylon, a divided nation*, Londres, 1963.
CH. JEFFRIES, *Ceylon. The path to independence*, Nueva York, 1963.
E. F. C. LUDOWYK, *The modern history of Ceylon*, Londres, 1966.
G. C. MENDIS, *Ceylon today and yesterday. Main currents of Ceylon history*, 2.ª ed., Colombo, 1963.
MILLS, A. LENNOX, *Ceylon under British rule 1795-1932*, 2.ª ed., Londres, 1964.
P. E. PIERIS, *Sinhale and the patriots 1815-1818*, Colombo, 1950.
DE SILVA, R. COLVIN, *Ceylon under the British occupation 1795-1833*, 2 vols., Colombo, 1942.

D. E. SMITH, comp., *South Asian Politics and Religion,* Princeton, 1966.
T. VITTACHI, *Emergency 58. The story of the Ceylon race riots,* Londres, 1958.
I. D. S. WEERAWARDANA, *Ceylon general election 1956,* Colombo, 1960.
W. H. WRIGGINS, *Ceylon: dilemmas of a nation,* Princeton, 1960.

CHINA

Bibliografías

P. BERTON y E. WU, *Contemporary China: A research guide,* Stanford, 1967.
J. CHESNEAUX y J. LUST, *Introduction aux études d'histoire contemporaine de Chine,* París-La Haya, 1964.
J. K. FAIRBANK y M. BANNO, *Japanese studies of modern China,* Tokyo-Rutland, 1955.
J. K. FAIRBANK y K. C. LIU, *Modern China: A bibliographical guide to Chinese works, 1898-1937,* Harvard, 1950.
C. T. HSÜEH, *The Chinese communist movement,* vol. 1: *1921-1937;* vol. 2: *1937-1949,* Stanford, 1960 y 1962.
O. HUCKER, *China: A critical bibliography,* Tucson, 1962.
Revue bibliographique de Sinologie, París-La Haya (publicación anual). Los siete números aparecidos analizan las publicaciones de los años 1955 a 1961.
P. E. SKAČKOV, *Bibliografija Kitaja,* Moscú, 1960.
T. L. YUAN, *China in Western literature,* Yale, 1958.

Periódicos

China Mainland Review (The), Hong Kong (trimestral, desde 1965).
China News Analysis, Hong Kong (semanal, desde 1953).
China Quarterly (The), Londres (trimestral, desde enero de 1960).
Contemporary China, Hong Kong (irregular, desde 1957).
Michigan Papers in Chinese Studies, Ann Arbor (irregular, desde 1968).
Papers on China, Harvard (anual, desde 1947).

Monografías

La República (1912-1949)

* A. D. BARNETT, *China on the eve of communist takeover,* Nueva York, 1963.
* W. T. DE BARY, comp., *Sources of Chinese tradition,* 2 vols., Nueva York, 1959.
* J. BELDEN, *China breaks the world,* Nueva York, 1949 (traducción francesa, 1951).
M. C. BERGÈRE, *La bourgeoisie chinoise et la révolution de 1911,* París, 1968.
J. BERTRAM, *First act in China,* Nueva York, 1938.
* L. BIANCO, *Les origines de la révolution chinoise,* París, 1967.
* H. L. BOORMAN, comp., *Biographical dictionary of Republican China,* 3 vols., Nueva York-Londres, 1967, 1968 y 1970.
* C. BRANDT, B. SCHWARTZ, J. K. FAIRBANK, *A documentary history of Chinese communism,* Harvard, 1952.

* J. L. BUCK, *Land utilization in China,* 3 vols., Chicago, 1937.
CHANG KIA-NGAU, *The inflationary spiral: the experience in China, 1939-1950,* Nueva York, 1958.
* CHANG KUO-T'AO, *The rise of the Chinese Communist Party,* 1.er vol.: *1921-1927;* 2.° vol.: *1928-1938,* Lawrence, Kansas, USA, 1971-1972.
* CH'EN HAN-SENG, *Landlord and peasant in China: a study of the agrarian crisis in South China,* Nueva York, 1936.
J. CH'EN, *Mao and the Chinese revolution,* Oxford, 1965.
J. CHESNEAUX, *Le mouvement ouvrier chinois de 1919 à 1927,* París, 1962.
CHIANG KAI-SHEK, *China's destiny and Chinese economic theory,* Philip Jaffe, comp., Nueva York, 1947.
CH'IEN TUAN-SHENG, *The government and politics of China,* Harvard, 1950.
CHOU SHUN-HSIN, *The Chinese inflation, 1937-1949,* Nueva York, 1963.
* CHOW TSE-TSUNG, *The May Fourth movement: intellectual revolution in modern China,* Harvard, 1960.
CHOW YUNG-TEH, *Social mobility in China,* Nueva York, 1966.
* O. E. CLUBB, *Twentieth century China,* Nueva York-Londres, 1964.
B. COMPTON, *Mao's China: party, reform, documents, 1942-1944,* nueva edición, Seattle, 1966.
* J. K. FAIRBANK, *The United States and China,* Harvard, 1962.
J. K. FAIRBANK y SSU-YÜ TENG, *China's response to the West: a documentary survey, 1939-1923,* Harvard, 1954.
FEI HSIAO-T'UNG, *Peasant life in China,* Londres, 1939.
FEI HSIAO-T'UNG y CHANG CHIH-I, *Earthbound China,* Londres, 1948.
* A. FEUERWERKER, *The Chinese economy, 1912-1949,* Ann Arbor, 1968.
A. FEUERWERKER, comp., *Modern China,* Englewood Cliffs, 1964.
A. FEUERWERKER, R. MURPHEY, M. C. WRIGHT, comp., *Approaches to modern Chinese history,* Berkeley, 1967.
M. FREEDMAN, comp., *Family and kindship in Chinese society,* Stanford, 1970.
M. GASSTER, *Chinese intellectuals and the revolution of 1911, the birth of modern Chinese radicalism,* Seattle, 1969.
D. G. GILLIN, *Warlord Yen Hsi-shan in Shansi province, 1911-1949,* Princeton, 1967.
J. B. GRIEDER, *Hu Shih and the Chinese renaissance, liberalism in the Chinese revolution, 1917-1937,* Harvard, 1970.
J. GUILLERMAZ, *Histoire du Parti communiste chinois,* París, 1968.
HAN SUYIN, *L'arbre blessé,* traducido del inglés, París, 1966.
J. P. HARRISON, *The long march to power, a history of the Chinese communist party, 1921-72,* Nueva York, 1972.
W. HINTON, *Fanshen,* Nueva York-Londres, 1966.
HO PING-TI, *Studies on the Population of China, 1368-1953,* Harvard, 1959.
HOU CHI-MING, *Foreign Investment and Economic Development in China 1840-1937,* Harvard, 1965.
* C. T. HSIA, *A history of modern Chinese fiction, 1917-1957,* Yale, 1961.
* H. R. ISAACS, *The tragedy of the Chinese revolution,* 2.ª ed., revisada, Stanford, 1961.
M. B. JANSEN, *The Japanese and Sun Yat-sen,* Harvard, 1954.
* JOHNSON, A. CHALMERS, *Peasant nationalism and communist power: The emergence of revolutionary China, 1937-1945,* Stanford, 1962.
W. KUO, *Analytical history of the Chinese communist party,* 4 vols., Taipei, 1968, 1970 y 1971.
H. D. LAMSON, *Social pathology in China,* Shanghai, 1935.

* J. R. LEVENSON, *Confucian China and its modern fate*, 3 vols., Londres-Berkeley, 1958-1965.
LOH, P. Y. PICHON, *The Kuomintang debacle of 1949: conquest or collapse?* Boston. 1965.
LU HSÜN, *Nouvelles choisies*, Pekín, 1956, etc.
A. MALRAUX, *La condition humaine*, París, 1933.
MAO TSE-TUNG, *Œuvres choisies*, Pekín.
R. MURPHEY, *Shanghai, key to modern China*, Harvard, 1953.
R. H. MYERS, *The Chinese peasant economy, agricultural development in Hopei and Shantung, 1890, 1949*, Harvard, 1970.
ROBERT C. NORTH, *Moscow and Chinese communists*, Stanford, 1963.
* G. PECK, *Two kinds of time*, Boston, 1950.
Rätechina: Dokumente der chinesischen Revolution, documentos editados por la Tercera Internacional, Berlín-Moscú, 1933-1934.
C. F. ROMANUS y R. SUNDERLAND, *The history of the China-Burma-India theater*, 3 vols., Washington, 1953, 1956 y 1958.
L. K. ROSINGER, *China's wartime politics 1937-1944*, Princeton, 1944.
STUART SCHRAM, *Mao Tsé-toung*, París; *The political thought of Mao Tsé-toung*, Londres y Nueva York, 1963.
* STUART SCHRAM, *Mao Tsé-toung*, Londres-Baltimore, 1966 (Este libro es una biografía, el anterior es una biografía intelectual y una antología).
* B. SCHWARTZ, *Chinese communism and the rise of Mao*, Harvard, 1951.
B. SCHWARTZ, *In search of wealth and power: Yen Fu and the West*, Harvard, 1964.
J. E. SHERIDAN, *Chinese Warlord: the career of Feng Yü-hsiang*, Stanford, 1966.
* A. SMEDLEY, *The great road: the life and times of Chu Teh*, Nueva York, 1956.
* E. SNOW, *Etoile rouge sur la Chine*, traducido del inglés, París, 1965.
TANG TSOU, *America's failure in China, 1941-1950*, Chicago, 1963.
* R. H. TAWNEY, *Land and labour in China*, Londres, 1932.
R. H. TAWNEY, comp., *Agrarian China*, Londres, 1939.
J. C. THOMSON, *While China faced West: American reformers in nationalist China, 1928-1937*, Harvard, 1969.
L. TROTSKY, *Problems of the Chinese revolution*, 3.ª ed., Nueva York, 1966.
* *United States relations with China, with special reference to the period 1944-1949*, United States, Department of State Publications, comp., Washington, 1949.
L. P. VAN SLYKE, comp., *The Chinese communist movement, a report of the United States War*. Department, july 1945, Stanford, 1968.
* T. H. WHITE y A. JACOBY, *Thunder out of China*, Nueva York, 1946.
* M. C. WILBUR y J. L. Y. HOW, *Documents on communism, nationalism and soviet advisers in China 1918-1927*, Nueva York, 1956.

China Popular

A. D. BARNETT, *Communist China: the early years 1949-1955*, Nueva York, 1964.
A. D. BARNETT, comp., *Chinese Communist politics in action*, Seattle, 1969.
A. D. BARNETT y E. VOGEL, *Cadres, bureaucracy and political power in communist China*, Nueva York, 1967.
R. BAUM y L. B. BENNET, comp., *China in ferment*, Englewood Cliffs, 1971.
G. A. BENNET y R. N. MONTAPERTO, *Garde Rouge (Mémoires de Dai Hsiao-ai)*, París, 1971.

R. R. BOWIE y J. K. FAIRBANK, prefacio de *Communist China 1955-1959: policy documents with analysis*, Harvard, 1962.
N. R. CHEN y W. GALENSON, *The Chinese economy under communism*, Chicago, 1969.
C. S. CHEN y C. P. RIDLEY, *Rural people's communes in Lien-chiang*, Hoover, 1969.
J. CHENG, Chester comp., *The politics of the Chinese Red Army*, Hoover, 1966.
R. DUMONT, *Révolution dans les campagnes chinoises*, París, 1957.
A. ECKSTEIN, *Communist China's economic growth and foreign trade*, Nueva York, 1966.
* A. ECKSTEIN, W. GALENSON, T. C. LIU, comp., *Economic trends in communist China*, Edimburgo, 1968.
E. FRIEDMAN y M. SELDEN, comp., *America's Asia: dissenting essays on Asian-American relations*, Nueva York, 1971.
J. GITTINGS, *The role of the Chinese army*, Oxford, 1967.
M. GOLDMAN, *Literary dissent in communist China*, Harvard, 1967
* J. GUILLERMAZ, *La Chine populaire*, 5.ª ed., París, 1971.
* J. GUILLERMAZ, *Le parti communiste chinois au pouvoir*, París, 1972.
H. C. HINTON, *An introduction to Chinese politics*, Nueva York, 1973.
HO PING-TI y TANG TSOU, comp., *China in crisis*, 2 vols., Chicago, 1968.
* F. W. HOUN, *A short history of Chinese communism*, Englewoods Cliffs, 1967.
* HU CHANG-TU y alii, *China: its people, its society, its culture*, New Haven, 1960.
N. HUNTER, *Shanghai journal, an eyewitness account of the cultural revolution*, Nueva York, 1969.
E. JOFFA, *Party and Army: professionalism and political control in the Chinese officer corps, 1949-1964*, Harvard, 1965.
A. C. JOHNSON, comp., *Ideology and politics in contemporary China*, Seattle, 1973.
S. KARNOW, *Mao and China, from revolution to revolution*, Nueva York, 1973.
D. KLEIN y A. CLARK, *Biographic dictionary of Chinese communism*, 2 vols., Harvard, 1971.
S. LEYS, *Les habits neufs du président Mao*, París, 1971.
LI CHOH-MING, comp., *Industrial development in communist China*, Nueva York, 1964.
R. J. LIFTON, *Thought reform and the psychology of totalism. A study of «brainwashing» in China*, Nueva York, 1961.
J. M. H. LINDBECK, comp., *China: management of a revolutionary society*, Seattle, 1971.
T. C. LIU y K. C. YEH, *The economy of the Chinese mainland: national income and economic development 1933-1959*, Princeton, 1965.
R. MAC FARQUHAR, comp. *The Hundred Flowers campaign and the Chinese intellectuals*, Nueva York, 1960.
* R. MAC FARQUHAR, comp., *China under Mao: politics takes command*, Cambridge (Mass)-Londres, 1966; reedición de artículos de *China Quarterly*.
MU FU-SHENG, *The wilting of the Hundred Flowers*, Nueva York, 1962.
L. A. ORLEANS, *Every fifth child: the population of China*, Stanford, 1972.
D. H. PERKINS, *Market control and planning in communist China*, Harvard, 1966.
D. H. PERKINS, *Agricultural development in China 1368-1968*, Chicago, 1969.
E. E. RICE, *Mao's way*, Berkeley, 1972.

B. M. RICHMAN, *Industrial society in communist China*, Nueva York, 1969.
P. SCHRAN, *The development of Chinese agriculture 1950-1959*, Urbana, 1969.
F. SCHURMANN, *Ideology and organization in communist China*, Berkeley-Los Angeles.
* F. SCHURMANN y O. SCHELL, comp., *The China reader: communist China*, Nueva York, 1967.
B. SCHWARTZ, *Communism and China: ideology in flux*, Cambridge, 1968.
E. SNOW, *La Chine en marche*, París, 1964.
R. SOLOMON, *Mao's revolution and the Chinese political culture*, Berkeley, 1971.
P. TANG y J. MALONEY, *Communist China*, South Orange, 1967.
J. TOWNSEND, *Political participation in communist China*, Berkeley, 1967.
R. TRUMBULL, comp., *This is communist China*, Nueva York, 1968.
UNION RESEARCH INSTITUTE, *CCP documents of the great proletarian cultural revolution (1966-1967)*, Hong-Kong, 1968.
U. S. CONGRESS, *An economic profile of mainland China*, 2 vols., Washington, 1967.
U. S. CONGRESS, *People's republic of China: an economic assessment*, Washington, 1972.
* E. VOGEL, *Canton under communism*, Harvard, 1969.
K. R. WALKER, *Planning in Chinese agriculture: socialization and the private sector, 1956-1962*, Londres, 1965.
WU YUAN-LI, *The economy of communist China: an introduction*, Nueva York, 1965.
C. K. YANG, *Chinese communist society: the family and the village*, Cambridge (Mass), 1965.
D. S. ZAGORIA, *The chino-soviet conflict, 1956-1961*, Nueva York, 1964.

TAIWAN

China Handbook, Taipei de 1951 a 1957, luego *China Yearbook*, desde la edición de 1958-1959 (anual y oficial).
R. FREEDMAN y J. Y. TAKESHITA, *Family planning in Taiwan, an experiment in social change*, Princeton, 1969.
B. GALLIN, *Hsing Hsing, Taiwan: a Chinese village in change*, Berkeley, 1966.
N. H. JACOBY, *U. S. Aid to Taiwan. A study of foreign aid, self-help and development*, Nueva York, 1966.
G. H. KERR, *Formosa betrayed*, Boston, 1965.
M. MANCALL, comp., *Formosa today*, Nueva York, 1964.
T. H. SHEN, *The Chino-American Joint Commission on rural reconstruction*, Ithaca, 1970.
M. WOLF, *The house of Lim: a study of a Chinese far family*, Nueva York, 1968.

JAPÓN

Antes de 1945

G. ALLEN, *A short economic history of Japan*, Londres, 1962.
W. BEASLEY, *The modern history of Japan*, Londres, 1963.
R. BUTOW, *Japan's decision to surrender*, Stanford, 1954.

R. BUTOW, *Tojo and the coming of the war*, Princeton, 1961.
R. CRAIGIE, *Behind the Japanese mask*, Londres, 1945.
D. DALLIN, *Soviet Russia and the Far East*, New Haver, 1948.
M. FARLEY, *The problem of Japan trade expansion*, Nueva York, 1939.
J. GREW, *Ten years in Japan*, Nueva York, 1944.
R. GUILLAIN, *Le peuple japonais et la guerra*, París, 1947.
F. JONES, *Japan's New Order in East Asia: its rise and fall, 1937-45*, Londres, 1954.
J. LEQUILLER, *Le Japon*, París, 1966.
W. LOCKWOOD, *Trade and trade rivalry between the United States and Japan*, Nueva York, 1936.
W. LOCKWOOD, *The economic development of Japan, Growth and structural change, 1868-1938*. Princeton, 1955.
I. NISH, *The story of Japan*, Londres, 1968.
E. REISCHAUER, *The United States and Japan*, Cambridge (Mass), 1950.
R. SCALAPINO, *Democracy and the party movement in prewar Japan*, Berkeley, 1953.
M. SHIGEMITSU, *Japan and her destiny*, Londres, 1958.
H. STIMSON, *The Far Eastern crisis*, Nueva York, 1935.
S. TOGO, *The cause of Japan*, Nueva York, 1956.
C. YANAGA, *Japan since Perry*, Nueva York, 1949.
A. YOUNG, *Japan in recent times, 1912-1926*, Nueva York, 1929.
A. YOUNG, *Imperial Japan, 1926-1938*, Nueva York, 1938.

Después de 1945

Monografías

R. BENEDICT, *The chrysanthemum and the sword*, Boston, 1946.
T. A. BISSON, *Zaibatsu dissolution in Japan*, Berkeley y los Angeles, 1954.
H. BROCHIER, *Le miracle économique japonais*, París, 1965.
J. CHEROY, *Où va le Japon?*, París, 1954.
J. B. COHEN, *Japanese economy in war and reconstruction*, Minneapolis, 1949.
R. CUKIERMAN, *Le capital dans l'économie japonaise*, «Études économiques internationales», P.U.F., París, 1962.

La documentation française, Paris:

NED n.º 971, 5 de agosto de 1948. *La concentration économique au Japon*, 28 pp.
NED n.º 1.541, 24 de octubre de 1951. *Ententes et monopoles dans le monde: le Japon*, 52 pp.
NED núms. 2.077-2.078-2.079, sept. de 1955. *L'évolution de l'économie japonaise*.
NED n.º 2.417, 24 de mayo de 1958. *Le gouvernement Kishi à la veille de la dissolution*.
NED n.º 2.661, 3 de mayo de 1960. *L'évolution électorale du Japon depuis la dernière guerre (1945-1959)*.

F. MARAINI, *Japon*, París, 1959.
M. MARUYAMA, *Thought and behaviour in modern Japanese politics*, Oxford, 1963.
I. MORRIS, *Nationalism and the right wing in Japan: a study of post-war trend*, Oxford, 1960.

Y. NODA, *Introduction au droit japonais*, París, 1966.
F. PONS, *Un cas de développement sans inflation: le Japon*, «Études Tiers Monde», P.U.F., París, 1963.
A. PRESSE, *La Soka Gakkai*, 1965.
E. O. REISCHAUER, *Japan, past and present*, Nueva York, 1946.
J. ROBERT, «Éducation et information au Japon», *Information, Éducation et Progrès politique*, II, Instituto de Ciencias Sociales, Barcelona, 1967.
G. B. SAMSON, *Japan, a short cultural history*, nueva edición, Londres, 1946.
G. B. SAMSON, *The Western world and Japan*, Nueva York, 1950.
R. A. SCALAPINO y J. MASUMI, *Parties and politics in contemporary Japan*, Berkeley y Los Angeles, 1965.
J. STOETZEL, *Jeunesse sans chrysanthème ni sabre*, París, 1953.
R. STORRY, *Histoire du Japon*, París, 1963.
E. THEYSSET, *L'essor du mouvement ouvrier au Japon (1945-1948)*, tesis doctoral, París, 1950.
C. YANAGA, *Japanese people and politics*, Nueva York, 1956.

Artículos de revistas

R. CAPITANT, «Les problèmes de la démocratie et la constitution japonaise», *Public Law Review*, 1958, p. 1 y ss.
T. FUKASE, «Le fonctionnement de la Constitution japonaise de 1946», *Revue internationale de Droit comparé*, n.° 2, 1959, p. 365.
T. FUKASE, «Théories et réalités de la formule constitutionnelle japonaise de renonciation à la guerre», *Revue du Droit public et de la Science politique*, 1963, p. 1110.
F. LEBLANC, «Le régime des partis au Japon», *Revue française de science politique*, n.° 1, 1957, pp. 122-133.
T. MIYAZAWA, «La constitution et les partis politiques», *Orient-Occident*, n.° 7, p. 20.
P. NFUVY, «Les élections du 27 février 1955 au Japon», *Revue française de Science politique*, n.° 11, 1955, pp. 358-369.

COREA

B. J. SILBERMAN, *Japan and Korea, a critical bibliography*, Tucson, 1962, pp. 92-114.
SOON SUNG CHO, *Korea in world politics 1940-1950, an evaluation of American responsability*, Berkeley, 1967.
D. C. COLE y P. N. LYMAN, *Korean development: the interplay of politics and economics*, Harvard, 1971.
G. HENDERSON, *Korea: the politics of the vortex*, Harvard, 1968.
BYUNG CHUL KOH, *The foreign Policy of North Korea*, Nueva York, 1969.
C. S. LEE, *The politics of Korean Nationalism*, Berkeley, 1963.
HAHN-BEEN LEE, *Korea: time, change and administration*, Honolulú, 1968.
LI OGG, *Histoire de la Corée*, París, 1969.
G. D. PAIGE, *The Korean People's democratic republic*, Stanford, 1966.
R. A. SCALAPINO, *North Korea today*, Nueva York, 1963.
DAE-SOOK SUH, *The Korean communist movement 1918-1948*, Princeton, 1967.

Bibliografías

Bibliography of Asian Studies, publicada anualmente como suplemento del *Journal of Asian Studies*, Ann Arbor desde 1957; se llamaba antes *Far Eastern Bibliography*.

C. HOBBS, *South-East Asia: An annotated bibliography of selected reference sources*, Washington, 1952.

K. G. KENNEDY, *Southeast Asia: a critical bibliography*, Tucson, 1969.

Periódicos

Asian Survey, Berkeley.

Bulletin de la Société d'études indochinoise, Saigón, luego París.

Eastern World, Londres.

Economic Bulletin for Asia and the Far East, Bangkok.

Far Eastern Survey, Nueva York.

France Asie, Saigón luego París.

Journal of Asian Studies, Ann Arbor (hasta 1956, se llamaba *Far Eastern Quarterly*).

Journal of the Burma Research Society, Rangún.

Journal of History, Manila (hasta 1959, se llamaba *Journal of the Philippine Historical Society*).

Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society, Singapur.

Journal of the Siam Society, Bangkok.

Journal of South East Asian History, Singapur.

The Malayan Historical Journal, Kuala-Lumpur.

Pacific Affairs, Nueva York, luego Vancuver.

Pacific Historical Review, Berkeley.

Monografías

G. C. ALLEN y A. G. DONNITHORNE, *Western enterprise in Indonesia and Malaya: a study in economic development*, Londres, 1957.

J. F. CADY, *South East Asia: its historical development*, Nueva York, 1964.

J. H. BRIMMEL, *Communism in South East Asia*, Londres, 1959.

F. CAYRAC-BLANCHARD, P. DEVILLERS, G. FISHER, P. FISTIÉ, LÊ THÀNH KÔI, J. PERRIN, *L'Asie du Sud-Est*, colección «L'histoire du XXe siècle», París, Sirey, 2 vols., 1970-1971.

R. EMERSON, L. A. MILLS y V. THOMSON, *Govermment and nationalism in South East Asia*, Nueva York, 1942.

C. A. FISHER, *South East Asia: A social, economic and political geography*, Londres, 1964.

J. S. FURNIVALL, *Colonial policy and practice. A comparative study of Burma and the Netherlands India*, Cambridge, 1948.

D. G. E. HALL, *A history of South East Asia*, 2.ª ed., Londres, 1964.

B. HARRISON, *South East Asia: a short history*, Londres, 1954.

E. H. JACOBY, *Agrarian unrest in South East Asia*, 2.ª ed., Bombay y Londres, 1961.

G. KAHIN, comp., *Govermment and politics of South East Asia*, Ithaca, 1959.

LÊ THANH KHÔI, *L'économie de l'Asie du Sud-Est*, París, 1964.

LÊ THANH KHÔI, *Histoire de l'Asie du Sud-Est*, París, 1967.
F. VON DER MEHDEN, *Religion and nationalism in South East Asia*, Madison, 1963.
T. MENDE, *L'Asie du Sud-Est entre deux mondes*, París, 1954.
K. PELZER, *Pioneer settlement in the Asiatic tropics*, Nueva York, 1945.
V. PURCELL, *The Chinese in South East Asia*, Londres, 1965.
C. ROBEQUAIN, *Le monde malais*, París, 1946.
L. K. ROSINGER, comp., *The State of Asia*, Nueva York, 1951.
V. THOMPSON, *Labor problems in South East Asia*, Yale, 1947.
V. THOMPSON y R. ADLOFF, *The left-wing in South East Asia*, Nueva York, 1950.
V. THOMPSON y R. ADLOFF, *Minority problems in South East Asia*, Stanford, 1955.
F. TRAGER comp., *Marxism in South East Asia*, Stanford, 1959.
A. VAN DEN BOSCH, *South East Asia among the world powers*, Lexington, 1957.
W. WERTHEIM, *East-West parallels. Sociological approaches to modern Asia*, La Haya, 1964.

Birmania

J. CADY, *A history of modern Burma*, Ithaca, 1958.
J. L. CHRISTIAN. *Modern Burma*, Berkeley, 1942.
J. L. CHRISTIAN, *Burma and the Japanese invader*, Bombay, 1945.
J. S. FURNIVALL, *An introduction to the political economy of Burma*, Rangún, 1938.
D. G. E. HALL, *Burma*, Londres, 1950.
G. E. HARVEY, *British rule in Burma* 1824-1942, Londres, 1946.
MAUNG MAUNG, *Aung San of Burma*, Yale, 1962.
H. TINKER, *The Union of Burma*, Londres, 1961.
D. WOODMAN, *The making of Burma*, Londres, 1961.

Camboya

W. G. BURCHETT, *En remontant le Mékong*, Hanoi, 1957.
M. GITEAU, *Histoire du Cambodge*, París, 1957.
NORODOM SIHANUK, *Recueil de discours*, Phnom Penh, 1961-1965.
P. PRESCHEZ, *Essai sur la démocratie au Cambodge*, París, 1961.
D. J. STEINBERG comp., *Cambodia. Its people, its society, its culture*, New Haven, 1957; 2.ª ed., revisada por H. Vreeland, 1959.

Indonesia

A. VON ARX, *L'évolution politique en Indonésie de 1900 à 1942*, Friburgo, 1949.
H. S. BENDA, *The crescent and the rising sun; Indonesian Islam under the Japanese occupation, 1942-1945*, La Haya, 1958.
J. BOEKE, *The evolution of the Netherlands Indies economy*, Nueva York, 1946.
J. BOEKE, *Economics and economic policy of dual societies as exemplified by Indonesia*, Harlem, 1953.
A. C. BRACKMAN, *Indonesian communism: a history*, Nueva York, 1963.
J. BRUHAT, *Histoire de l'Indonésie*, París, 1958.
J. S. FURNIVALL, *Netherlands India. A study of plural economy*, Nueva York, 1944.

C. GEERTZ, *Agricultural involution. The process of ecological change in Indonesia*, Berkeley, 1963.
D. HINDLEY, *The Communist Party of Indonesia, 1951-1963*, Berkeley, 1964.
G. KAHN, *Nationalism and revolution in Indonesia*, Ithaca, 1952.
C. A. O. VAN NIEUWENHUIJZE, *Aspects of Islam in post-colonial Indonesia*, La Haya, 1958.
A. VANDENBOSCH, *The Dutch East Indies*, Berkeley, 1942.
J. M. VAN DER KROEF, *Indonesia in the modern world*, Bandung, 1954-1956.
VAN NIEL, *The emergence of the modern Indonesian elite*, La Haya, 1960.
B. VLEKKE, *Nusantara. A history of the East Indian archipelago*, Cambridge (Mass), 1950.
W. WERTHEIM, *Indonesian society in transition*, La Haya, 1959.

Laos

F. LE BAR y A. SUDDARD comp., *Laos. Its people, its society, its culture*, New Haven, 1960.
B. LE BOULANGER, *Histoire du Laos français*, París, 1930.
D. SASORITH, *Le Laos*, París, 1953.

Malasia

R. EMERSON, *Malaysia: a study in direct and indirect rule*, Nueva York, 1937.
P. FISTIÉ, *Singapour et la Malaisie*, París, 1960.
N. GINSBURG y C. F. ROBERTS, *Malaya*, Seattle, 1958.
J. M. GULLICK, *Malaya*, Londres, 1964.
G. HANRAHAN, *The communist struggle in Malaya*, Nueva York, 1954.
INTERNATIONAL BANK FOR RECONSTRUCTION AND DEVELOPMENT, comp., *The economic development of Malaya*, 1955.
J. KENNEDY, *A history of Malaya, 1400-1959*, Nueva York, 1962.
L. A. MILLS, *Malaya. A political and economic appraisal*, Minneapolis, 1958.
L. A. MILLS, *British rule and Eastern Asia*, Londres, 1942.
OOI JIN BEE, *Land, people and economy in Malaya*, Londres, 1963.
V. A. PURCELL, *Malaya: communist or free*, Londres, 1954.
V. A. PURCELL, *Malaysia*, Londres, 1965.
L. W. PYE, *Guerilla communism in Malaya: its social and political meaning*, Princeton, 1956.
S. RUNCIMAN, *The white rajahs. A history of Sarawak from 1841 to 1946*, Cambridge, 1960.
K. G. TREGONNING, *A history of modern Sabah (North Borneo), 1881-1963*, Londres, 1965.
WANG GUNG-WU comp., *Malaysia. A survey*, Londres, 1964.

Filipinas

T. A. AGONCILLO y O. M. ALFONSO, *A short history of the Filipino people*, Manila, 1960.
E. ALIP, *Political and cultural history of the Philippines*, Manila, 1950-1952.
D. BERNSTEIN, *The Philippine story*, Nueva York, 1947.

G. FISCHER, *Un cas de décolonisation: les Etats-Unis et les Philippines*, París, 1960.
J. R. HAYDEN, *The Philippines: a study in national development*, Nueva York, 1950.
S. JENKINS, *American policy towards the Philippines*, Stanford, 1948.
J. E. SPENCER, *Land and people in the Philippines*, Berkeley, 1952.
G. WILLOQUET, *Histoire des Philippines*, París, 1961.
G. ZAIDE, *Philippine political and cultural history*, Manila, 1957.

Tailandia

W. BLANCHARD comp., *Thailand. Its people, its society, its culture*, New Haven, 1958.
J. CROSBY, *Siam, the crossroads*, Londres, 1945.
P. FISTIÉ, *La Thailande*, París, 1963.
P. FISTIÉ, *L'évolution de la Thailande contemporaine*, París, 1967.
J. C. INGRAM, *Economic change in Thailand since 1850*, Stanford, 1955.
INTERNATIONAL BANK FOR RECONSTRUCTION AND DEVELOPMENT, comp., *A public development program for Thailand*, Baltimore, 1959.
K. P. LANDON, *Siam in transition*, Londres, 1939.
G. W. SKINNER, *Chinese society in Thailand*, Ithaca, 1957.
V. THOMSON, *Thailand, the new Siam*, Nueva York, 1941.
W. VELLA, *The impact of the West on government in Thailand*, Berkeley, 1955.
W. VELLA, *Siam under Rama III*, Nueva York, 1957.
D. A. WILSON, *Politics in Thailand*, Ithaca, 1962.

Viet-Nam

P. BERNARD, *Le problème économique indochinois*, París, 1934.
J. BUTTINGER, *The smaller dragon. A political history of Vietnam*, Nueva York, 1958.
J. BUTTINGER, *Vietnam: A Dragon Embattled*, Nueva York, 1967.
G. CHAFFARD, *Indochine: dix ans d'indépendance*, París, 1965.
J. CHESNEAUX, *Contribution à l'histoire de la nation vietnamienne*, París, 1955.
P. DEVILLERS, *Histoire du Viêt-Nam de 1940 à 1952*, París, 1952.
A. DUMAREST, *La formation de classes sociales en pays annamite*, Lyon, 1935.
B. FALL, *Le Viêt-Minh, La République démocratique du Viêt-Nam*, París, 1960.
B. FALL, *Les deux Viêt-Nam*, París, 1967.
P. GOUROU, *Les paysans du delta tonkinois*, París, 1936.
P. GOUROU, *L'utilisation du sol en Indochine française*, París, 1940.
HÔ CHI MINH, *Œuvres choisies*, Hanoi, 1960-61.
P. ISOART, *Le phénomène national vietnamien*, París, 1961.
J. LACOUTURE, *Le Viêt-Nam entre deux paix*, París, 1965.
J. LACOUTURE, *Hô Chi Minh*, París, 1967 (trad. castellana. *Ho Chi Minh*, Alianza Editorial, Madrid, 1968).
J. LACOUTURE y P. DEVILLERS, *La fin d'une guerre, Indochine 1954*, París, 1960.
D. LANCASTER, *The emancipation of French Indochina*, Londres, 1961.
LÊ CHÂU, *Le Viêt-Nam socialiste*, París, 1966.
LÊ THANH KHÔI, *Le Viêt-Nam. Histoire et civilisation*, París, 1955.
P. MUS, *Viêt-Nam. Sociologie d'une guerre*, París, 1950.

NGUYÊN KIÊN, *Le Sud-Vietnam depuis Dien-bien-phu*, París, 1963.
C. ROBEQUAIN, *Le développement économique de L'Indochine française*, París, 1939.
R. SCIGLIANO, *South Vietnam: nation under stress*, Boston, 1963.
R. SHAPLEN, *The lost Revolution*, Nueva York, 1965.
V. THOMSON, *French Indochina*, Nueva York, 1937.
TRUONG CHINH, *La résistance vaincra*, Hanoi, 1960.
VO NHÂN GIAP, *Guerre du peuple, armée du peuple*, Hanoi, 1961.
VO NHÂN TRI, *Croissance économique de la République démocratique du Viêt-Nam*, Hanoi, 1967.

Indice alfabético

Abdul Ghaffar Khan, 32
Abdul Rahman, 152-153
Abdullah, 171-173
Abe Nobuyuki, 104
Aden, 39
Afganistán, 164-165
AFL, 243
AFPFL (*Antifascist People's Freedom League*), 135, 138-139, 275
Africa, 12, 194, 227, 268
Aglipay, 83
Aguinaldo, 80
ahimsā, 21, 24, 156, 194
Aidit, D. N., 278
AITUC (*All India Trade Union Congress*), 192
Akahata, 250, 256
Akali, Partido indio, 162
Aksai Chin, 195
Alemania, 54, 61, 104-106, 111, 155
Aleutianas, islas, 109-110
«Alianza Popular». *Ver* Jan Sangh
Aligarh, 16
All Ceylon Buddhist Congress, 198
All India Congress Committee, 160
All India Progresive Writen's Association, 192-193
All India Trade Union Congress. *Ver* AITUC
Amarillo, río, 102, 114, 223
Ambedkar, 34-35
Amboina, 142
AMCJA (*All-Malaya Council of Joint Action*), 152
América, 7, 218, 295
— del Norte, 227
— Latina, 227, 268, 292
America's National Labour Act de 1935, 243
Amritsar, 25
Ananda Mahindon, 96, 269
Andhra, 188, 192-193
Annam, 86, 88, 91
anti-Komintern, acuerdo, 104
Anshan, 53
«año de la traición», 73
Antifascist People's Freedom League. *Ver* AFPFL
Ap-bac, 291
Arábigo, mar, 32
arakaneses, 275
Araki, 240
aria, civilización, 21
ario-védica, religión, 8
Arunachalam, Ponnambelam, 43
Ārya Samāj, 8-9, 17
Asghar Khan, 181
Ashida, 248
Asia, 106-107, 109-110, 133, 159, 194, 227, 248-249, 262, 294-295
— Oriental, 293
— Sudoriental, 156, 268, 275, 282-283
Asociación de la Juventud Budista (birmana), 86
Asociación de la Juventud revolucionaria del Viet-Nam, 89
Asociación socialdemócrata de las Indias Orientales, 88
Aśoka, 194
Asquith, Herbert Henry, 18
Assam, Estado de, 188
Associated Newspapers of Ceylon (Lake House), 197
Atatürk, Kemal, 28
Attlee, Clement, 139, 164
Attlee, gobierno de, 139
Attopeu, 149
Aung San, 94, 135, 139, 274
Aurobindo, 7
Australia, 15, 88, 99, 109-110, 149, 223, 270
Ayub Khan, 178-182
Āzād kashmir, 172-173
Āzād, Maulana Abul Kalam, 157
Aziz, 142

Ba Maw, 135
Bac-Son, 134
backward communities, 191
Bahasa Indonesia, 82, 87
Bakshi Ghulam Mohammad, 202
Balcanes, 17
Bali, 79
Bandaranaike, S. R. D., 200-202

— S. W. R. D., 198-200
«Bandera Blanca», 138-139, 274
«Bandera Roja», 139, 219, 274
Bandung, 133, 216
— Conferencia de, 2, 217, 277
Bangabandhu, 175
Bangladesh, 175, 188, 293-294
Bangkok, 81, 95-96, 149, 263, 269-271
Bantam, 89
Banya, 20
Bao-Dai, 143-145, 148, 290
Barisan Sosialis, 281
Barnes, Edward, 42
Baroda, 38
Bashani, Maulana, 175
Basic Democracies, 178
Basic Education, 40
Ba Swé, 134, 175
Batavia, 2
batik, 278
Bouddha Jātika Balavēgaya, 201
Beluchistán, 183
Bell, misión, 272
Bell Trade Act, 137
Benarés, 7
Bengala, 9, 14-17, 33-34, 39, 161-162, 164-166, 169, 174-175, 181-182, 193, 196-197
bengalí (lengua), 17, 179, 188
Berlín, 106
Besant, Annie, 18
Bhagavadgītā, 7, 14
Bhilai 185
bhūdān, 187
Bhutto, Z. A., 181-183
bi-alignment, 196
Biblia, 21
Bihar, 11, 17, 25, 163
Binh dân hoc vu (servicio para la instrucción popular), 144
Binh-Xuyên, 145, 289
Birmania, 39, 79, 82, 84-87, 89, 91, 93-94, 99, 109-110, 133, 135, 137-139, 149, 156, 197, 268, 274, 277
Bloque de alianza de los pueblos del Viet-Nam, del país Khmer y del *Pathet Lao*, 146
— socialista, 194
Boloven, 149
Bombay, 2, 15, 28, 188, 193
Bonifacio Andrés, 80
Bonin, islas, 250, 255
Borneo, 141, 281
— británico, 280
Borodin, M., 64
Bose, Subhas Chandra, 31, 155-156
Brahmacarya, 22
Brahma Samāj, 6
Brasil, 132
Briand-Kellogg, pacto, 50
Briggs, plan, 152
British Survey, 150
Brunei, 268, 281
Buddha Jayanti, 198
Buddharakkhita, Māpitigama, 198, 200
Buddha-Sāsana, Comisión, 201
Buddhist Theosophical Society, 43
Budi Utomo (Noble aspiración), 84
budismo, budistas, 41-43, 79, 82-83, 89, 138, 198-201, 275-276, 291
budismo mahayâna, 89
Bui-chu, 145
Bujarin, Nicolai Ivanovič, 88
Bulganin, Nicolai Alexandrovič, 216
Bun Um, 285
Buró para el Extremo Oriente, 90

Cabinet Mission, 163-164
Cachemira, 24, 36, 166, 169-174, 180, 195
«Cachemira libre». *Ver Āzād Kashmir*
Calcuta, 14, 17, 163, 166, 175, 196
Camboya, 79, 82, 90, 96, 147-148, 283-284
— Partido democrático de, 147
Cambridge, 154
Camino de la revolución, El (de Nguyên Ai Quôc), 90
Cân, 290
Cân lao Nhân vi (Partido de la revolución personalista del trabajo), 290
Canadá, 15, 147, 223
Cantón, 59, 61, 64-65, 68, 73, 89, 102, 114, 133
— comuna de, 68
Cao-bang, 134, 145
Cao-Dai, 289, 291
caodaístas, sectas, 145
Carta del Atlántico, 158
catolicismo, 89, 290
Cavite, 80
Ceilán, 1-2, 41-44, 109, 197-199, 202
Célebes, 278
CENTO, 172
«Centro de Acción democrática», 181
Ceylon National Congress, 43
— *Reform League*, 43
«Cien flores», campaña de las, 216-218, 222, 286-287
«Cinco Anti», 209
Cinco Principios (*Pantja Sila*) (panesil), 194, 217, 277-278
cingalés (lengua), 198-199
CIO, 243
Círculo para la educación nacional indonesiana, 94
Cochinchina, 83, 86, 107
— Consejo Colonial de, 88
— República, 143

Colebrooke-Cameron, comisión, 42
Colombo, 2, 199-200
Columbia, Universidad de, 62
Comisión *Buddha-Sāsana* (Comisión para la Reforma de las Instituciones Budistas), 201
«Comité de los Tres», 123
Commonwealth, 92, 139, 152, 159, 164, 172, 197
communities, 17, 33
Community development, 186
Comuna de Cantón, 73
«Comunas populares», las, 204, 220-224
comunismo, comunistas, 64, 88, 91-92, 104, 133-134, 155, 192-194, 256, 264-265, 269-270, 276, 281, 290
comunistas chinos, 50, 52, 54, 60, 64-67, 74, 76, 113-120, 121-124, 126-132-204-205, 208, 229, 256
comunistas coreanos, 265, 267
comunistas japoneses, 52, 244, 249, 253, 256
comunistas indios, 30, 161, 192-193
comunistas malayos, 151
comunistas taiwaneses, 130
Condición humana, la (de André Malraux), 65
Confederación general de los sindicatos japoneses (Sodomei), 243
Conferencia política consultiva del pueblo chino, 205
Confucio, 61, 71, 233
Confucionismo, 61-62, 71, 219
Congreso (*Indian National Congress*), 9, 12-18, 20, 23-26, 28-31, 33-36, 38-41, 101, 155, 157-165, 176, 184-186, 188, 191-194, 196-197
Congreso Nacional de los Sindicatos industriales (Sanbetsu), 243
Congress Socialist Party, 36
Congress volunteers, 26
Consejo ejecutivo, 158
Consejo musulmán indonesio (*Ver* Masjumi)
Consejo Nacional de Defensa, 158
coolies, 118
Cooperative Credit Societies, 10
Cordell Hull, 107
Corea, 2, 45, 55, 103, 145, 211, 238, 250, 252, 256, 263, 265-266
— del Norte, República Popular de, 265-266
— del Sur, 211, 265-267
Corona Británica, 5, 161
Corregidor, 134
Council of Islamic Ideology, 179
CPI (Marxist) (Partido Comunista Indio, prochino), 193
CPI (Partido Comunista Indio, prosoviético), 192-193
Cripps, Sir Stafford, 159-160, 162
cristianismo, cristianos, 8, 71, 83, 142, 192, 275-276
— misiones, 277
IV Nuevo Ejército, 117
Cuatro grandes, 114
Cuba, 80, 93, 117
Curzon, lord, George Nathaniel, 141
Chahar, 53
Chang Chih-tung, 123
Changchun, 124, 128
Chang Hsüeh-liang, 54
Chang Hsün, 58
Changsha, 74, 110
Chang Tso-Lin, 49-50, 54, 59
Chauri Chaura, 27
Chekiang, 103
Chelmsford, lord, Frederick Augustus Thesiger, 18
Chelvanayakan S. J. V., 199
Chenab, 170
Ch'en Chiung-ming, 59, 65
cheng-feng (movimiento), 210
Chengtu, 207
Ch'en I, 231
Ch'en Po-ta, 229, 232
Ch'en Tu-hsiu, 62-64
Ch'en Yi, 131
Chiang Ching, 229
Chiang Ching-Kuo, 236
Chiang Kai-chek, 49-50, 52, 53-54, 58, 64-67, 71-76, 104-105, 111, 113-114, 116-117, 120, 122, 124, 130-131, 235-236
Chicago, 7
Chin, 139, 275
China, 1-2, 5, 46, 49-50, 52-54, 57-58, 60-63, 67, 69-70, 72-76, 81, 85, 91, 96, 101-107, 109-110, 113-114, 116-123, 125, 130-131, 145, 160, 180-182, 193-195, 197, 203-204, 208, 210-211, 213-214, 216, 219, 223-225, 227, 236-237, 248, 252, 258, 264-265, 274, 277, 293
china, lengua, 153

Chinchow, 51
Chu En-lai, 65, 76, 123, 217, 230, 277
Chulalongkorn, 81, 95
Chungking, 104, 106, 114, 117, 119-120, 122-123, 128, 207, 236
Churchill, Winston, 33, 39, 111, 121, 158
Churitsu-Rōren, 259
Chu Teh, 73, 122
Chu Yang, 230

Dacca, 179
Dahanayake, W., 200
Dairen, 217
Dai-Viêt, 145
Dalai Lama, 226
dân công, 146
Dâng, 290
Dang Lao-dông (Partido de los trabajadores indochino), 145, 287-288
Dange, S. A., 193
Dao, 290
Darul Islam (Estado islámico), 278
Das, Chittaranjan, 29
dayaks, 281
Dayananda Sarasvati, 8
«decenio de Nankín», 67-77, 119
Declaración de la Independencia de los Estados Unidos de América, 81
«deskulakización», 213
Delhi, 17, 19, 33, 163, 165-166, 172, 174, 191-192
— Pact (1931), 33-34, 196
Den Pasar, 140-141
Desai M., 191
«desobediencia civil», 22-23, 27, 31, 33-35, 85, 157
Despido de Hai Jui, el 230
«destalinización», 218, 226-227, 287
Dê Tham, 79
Dewey, John, 62, 80
Dharmapāla, Anagārika, 43
Dia-phuong, 290
diario de un loco, El, de Lu Hsün, 62
diarquía, 19-20, 38, 87
Diēm, 291
Diên-biên-phu, 147, 153, 289
Diponegoro (sultán de Jogjakarta), 79
direct action day, 163
Djakarta, 1, 2
Djogjakarta, 141
Dogras (dinastía hindú), 171
Doihara Kenji, 53
Dōmei, 259
dominion (s), 31, 39, 159, 164-165
Dông-khê, 145
Dong Kin nghia thuc, 84
Donoughmore, comisión, 43
do or die, consigna, 160
D'Oyly, John, 41
Dravida Munnetra Kazhagam (DMK), 188
Dulles, John Foster, 225
Durand-Line, 165
Durgapur, 185
Dyer, 25-26

EBP (Eksat Bhikkhu Peramuna = Frente Unido de los Monjes), 199-200
Eje, Potencias del, 155, 158
Ejército de liberación de las Razas malayas, 151
Ejército de liberación del Pueblo, 123-125, 127, 130
Ejército de liberación popular (filipino), 272
Ejército Rojo, 123, 125-127
— chino, 73-76, 116-119, 125, 130
El Cairo, 83, 110
España, 80
Estado dravídico independiente, 188
Estado Karen, 276
Estados Generales, 132
Estados Shan, 93, 274
Estados Unidos de América, 1, 50, 80, 87, 92, 104-108, 110, 120, 137-138, 150, 174, 180, 182, 184, 196, 203, 207, 211, 214, 233, 249, 251, 257-258, 260-264, 266, 268-272, 274, 284-285, 289, 291-292
— Declaración de Independencia de los, 81
Estados Unidos de Indonesia, 104, 142
Europa, 7, 45, 70, 79-80, 94-95, 104, 133, 157, 197, 218, 227, 295
Extremo Oriente, 46, 99, 110, 149, 264-265

fanshen, 125
fascismo, 71, 94, 101, 155
Federación de estudiantes de Singapur, 92
Federación general del trabajo de Singapur, 92
Federación de Malasia, 280-281
Federación de Malaysia, 281-283
Federación Malaya, 149, 151
Federación sindical panmalaya, 151
Fei-Hsiao-t'ung, 121
fellahin, 121
Feng Kuo-chang, 58
Feng Yü-hsiang, 59, 72

Filipinas, 80-81, 83-84, 88, 91-93, 110-111, 133-134, 136-137, 268, 270-272, 274, 280-281, 294
Fontainebleau, 96
— conferencia de, 143
Formosa, 45, 156, 250, 264
Forward Bloc, 155
Francia, 63, 82, 89, 93, 107, 194, 226, 261, 270, 293
— del Antiguo Régimen, 132
Frente campesino indonesio, 279
Frente de liberación Nacional, 202
Frente de liberación del Sur (Vietnam), 289, 291-292
Frente democrático indochino, 94
Frente Nacional de liberación, 292
Frente nacional unificado de Laos, 149
Frente Nacional unificado de Vietnam, 146
Frente Patriótico tailandés, 270
Frente Popular de Francia, 93
Frente Popular Unido (*Mahajama Eksat Peramuna*, MEP), 198
Frente Socialista (tailandés), 269
Frente Unido antiimperialista, 94
Frente Unido de los Monjes (Eksat Bhikkha Peramuna, EBP), 198
Frente Unido democrático indochino, 93
Frente Unido nacional (chino), 284
Frente Unificado (de Ceilán), 202
Frontier Gandhi, 32, 162
Fuerzas armadas de liberación, 291
Fukien, 74
Fumi Nosavan, 285
Fushun, 53

Gaimusho, 262
Gales, Príncipe de (después, Eduardo VIII), 27
Gandhi, Indira, 184, 196-197
Gandhi, M. K., Mahatma, 9, 20-29, 85, 155-157, 159-160, 162-163, 166, 183-184, 187, 192-194
Ganges, 293
GAPI (*Gabungan Politik Indonesia*), 94
García, Carlos, 272
Gerindo, 94
gharibí hatao, 197
gherao, 196
Ghulam Mohammad, Bakshi, 172, 177
Giaí Phâm (bellas obras), 287
Gilbert, islas, 99, 110
Gilgit Agency, 172
Ginebra, 52, 148
— acuerdos de, 147-149, 284
— conferencia de, 256, 285
— pacto de, 147
Goa, 194
Goethe, J. W. von, 6
Gokhale, G. K., 13-14, 18, 35
Goonewardena, Leslie, 43
Goshal, H. N., 138
Government of Burma Act., 87
Gobernment of India Act., 36
Gran Asia, 110
Gran Bretaña, 18, 36, 39, 101, 104-105, 110, 138, 149-151, 153-154, 157-158, 174, 185, 220, 270, 281
Gran depresión, 99
Gran Malasia, 281
«Gran Salto adelante», 216, 219, 221, 225, 227
Gran Sínodo búdico (sexto), 276
Guadalcanal, 20, 25, 188
guerra de Corea, 211, 249, 263, 265-266
guerra chino-india, 227
guerra chino-japonesa, 56, 72, 76
— segunda, 102, 125
«guerra fría», 248, 265
guerra del opio, 63
guerra del Pacífico, 55, 78, 91, 96, 99, 133, 135, 238, 269
guerra ruso-japonesa (1904-1905), 14
guerra del Vietnam, 264
— segunda, 289
Gujarat, 20, 25, 188
Gunawardena, Philip, 43, 199

Haiderabad, 36, 170-171
Haifong, 112
Hainan, 102, 205
Halifax, lord, Edward Frederick conde de, 33
Hall, John Whitney, 1
Hamaguchi Osachi, 50-51
Hàm-nghi, 79
Han, 130, 226
Hankou, 65, 102-103
Hanoi, 86, 105, 142-143, 288
Hará Satoshi, 46
Harbin, 51
harijan, 24, 34-35
Harijan (revista), 35
Hatoyama, 247, 251-253
Hatta, Mohammed, 86, 136, 141
Hatta-Sjahrir, 94
Hawai, 109
Hayaski Senjūrō, 54
Hayden, J. R., 92

Higashikuni, príncipe, 247
High Command, 36, 40
Himalaya, 25, 226
hindi (lengua), 40, 187, 189-190
Hind Svarāj (de M. K. Gandhi), 24
Hindu Code Bill, 191
Hindu-Mahāsabhā, 29, 41, 193
Hindustan Steel, 185
Hiranuma Küchirō, 104, 107
Hiroshima, 100-101, 111, 113, 121, 294
Hirota Kōki, 54, 102
Historia de mi experiencia con la verdad (de Gandhi), 21
Hitler, Adolf, 44, 105-106
Hitler-Stalin, pacto, 44
Hoa-binh, 146
Hoa-Hao, 289, 291
Hô Chi Minh, 134, 143, 145-146, 287, 289
Hokkaidō, 244
Holanda, 41, 86
holandés (lengua), 87
home charges, 12
Home Guard, 152
Home rule, 86
Honan, 131
Hong Kong, 65, 86, 90, 109, 207
Hopei, 49, 53, 114, 116, 122
Ho-Umetzu, acuerdo, 76
hsia-fang, 219
Hsin Ch'ing-nien, 62
Hsüchou, 102, 114, 131
Hsü Shich'ang, 58
Huai-hai, 131
Hué, 79, 84, 142-143, 290-291
«huelgas de ocupación» (gherao), 196
Hu Feng, 218
huk(s), 135, 137, 271, 273
Hukbalahap (Ejército popular antijaponés), 134-135
Hull, Cordell, 108
Humboldt, G. de, 6
Hunan, 73-74
Hu Shih, 61-63
huyên, 144

Ichi-Go, 114
I-ch'iung erh-pai, 219
Iglesia católica, 83, 273
— española, 83
— filipina, 83
Ikeda, 253
Ilbert Bill, 10
Ilustración, 61
Imperial legislative Council, 13, 16, 20
Imperio británico, 31, 95, 149, 176
— japonés, 99-100
— otomano, 26
Imperio del Sol naciente, 238
INA *(Indian National Army)*, 156
incidente del golfo de Tonkín, 289
incidente del puente Marco Polo, 76
incidente de Sian, 76
India, 1-2, 5-42, 81, 85, 87, 93, 101, 110, 138, 147, 149, 155-158, 160-166, 169-177, 180-181, 184-185, 187-198, 213-214, 226-227, 293-294
India Act., 165
India británica, 5, 26, 28, 36, 38, 40, 165, 195
— holandesa, 85, 87, 109, 133, 194
— libre, 155
India Office, 12
Indian Civil Service, 10, 183
Indian Independence Bill, 164
Indian National Army (INA), 155-156
— *National Congress*. *Ver* Congreso
— *National Social Conferences*, 7
Indico, Océano, 149
Indische Partij (Partido de las Indias), 85
Indo, 170
Indochina, 88, 96, 105, 133, 269
— francesa, 2
Indonesia, 81-86, 88-89, 93-94, 136-137, 139-142, 176, 263, 294
—, República oriental de, 140-141
—, Estados Unidos de, 140
Indonesia Raya, 87, 142, 277-278, 293
Inglaterra, 9, 12, 16-17, 20-21, 33, 38, 41, 79, 82, 106, 153, 156-157, 161
inglés (lengua), 153, 179, 187, 189-190
Internacional comunista, 54, 88
Inukai Tsuyoshi, 51-52
Iqbal, Muhammad, 41
Irán, 183
Irian occidental, 142
Irwin, lord (lord Halifax), 33-34
Ishibashi, 252
Iskandar Mirza, 178
Islamabad, 176, 183
Islamic way of life, 179
Islam, islamismo, 8, 16-17, 82-83, 89, 140, 153, 176-177, 179
Itagaki, 240
Italia, 105, 110
Iwō Jima, 111

Jallianwala Bagh, 25-26
Jan Sangh (liga popular), 191, 193
Jao Shu-shi, 217
Japón, 1, 2, 45-47, 51-55, 60-62, 81, 96, 99-100, 102-107,

109-111, 114, 119, 121, 135-136, 159, 213-214, 227, 235, 238-246, 248-252, 254-255, 258-265, 269-270, 293-294
Jarros, 285
Java, 79, 84, 88-89, 140-142, 278
Jayatilaka, D. B., 44
Jehol, 52, 76
Jeneusse, la, 62
Jhelam, 170
Jinnah, Fatima, 180
Jinnah, M. A., 28, 40, 157, 161-165, 176
Jogjakarta, 79
Johore, 150
Jones Act., 87, 92
Judiam Administrative Service, 183
Juichin, 73
Justice Party, 20
Juventud popular indonesia, 279

Kabul, 155
Kachin, 139, 275-276
Kakushin-Kurabu, 47-48
Kälani, templo, 200
Kālīi, 15
Kalimantan, 278
Kamaraj, N. K., 191
kamikaze, 111
Kandy, 41-42
K'ang Yu-wei, 81
Kansu, 215
Kao Kang, 217
Karachi, 1, 165, 176, 178
Karen, 138-139, 275-276
Karen National Defence Organization (KNDO), 276
Karenni, 93, 139
Kartini, 84
Katayama, 247-248
Katipūnan, 80
Kato, almirante, 47
Katō Takaaki, 47-48
Katsura, 47
Kayah. *Ver* Karenni
Kedah, 150
Keidanren, 254
Kelantan, 150
Kenseikai, 47-49
Kerala, 184, 192-193
Khalkha, río, 104
Khan Sahib, Dr., 162
Khilāfat, 26, 28
Khmer, 146
Khmer Issaraks, 148
Khuang Aphaiwong, 269
Kiangsi, 73-74, 116-117, 124, 210
Kiangsu, 103
Kiel, 155
Kimura, 240
king's commission, 13
Kipling, R., 10
Kirin, 124
kisān-sabhā (asociaciones campesinas), 185
Kishi, 252-253
Kittikachorn, Thanom, 270
Kiyoura Keigo, 47, 49
Kobe, 45
Koiso Kuniaki, 110-111
Kōmeitō, 257-258
Komintern, 30, 54, 66, 73-74
— séptimo Congreso de la, 74
Kong Lē, 285
Konoe Fumimaro, 102-105, 107, 109
kopiah, 87
Kosygin, A. N., 264
Kota Bharu, 108
Kotelawela, John, 198
Kra, istmo de, 149
Kripalani, J. B., 193
Kruschef, Nikita S., 216-217, 224, 226-227
Kuala Lumpur, 151-152, 281-282
Kung-Ch'antang, 64. *Ver* PCC
K'unming, 121
Kuomintang, 53, 56-59, 63-67, 71-72, 86, 116-117, 121, 194, 205, 209, 211, 236, 274
Kuriles, islas, 45, 250, 264
Kurusu Saburō, 108
Kwantung, 65, 73
Kwangtung, 45, 50-54, 108
Ky, reunión de los tres, 143
Kyaw Nein, 94, 275
Kyōto, 45, 102
Kyūshū, 53

Labor Relation Adjustment Law, 243
Labor standards Law, 243
Labour Front, 153
Ladakh, 195, 226
La Haya, 142
Lahore, 173
Lai-Châu, 146
Lake House, editorial, 197-198
Lancashire, 11
Lan-chou, 215
Lankā Sama Samāja Pakshaya (LSSP), 43-44, 201-202
lao, 270
Lao Issara (Lao Libre), 149
Laos, 90, 96, 106, 147-149, 270, 284-286
Larga Marcha, 73-74
Lattre, general de, 146
Laurel, José, 135
Lava, Vicente, 135
Lee Kuan Yew, 154, 281-282
leftists, 155
Legislative Assembly, 19
Lei Feng, 228
Lenin V. I., 66, 81
leninistas, principios, 225
Li, dinastía, 55
Liang Ch'i-Ch'ao, 81
Liaotung, península de, 45
Liaqat Alí Khan, 163, 169, 176
Liên Viêt, 145-146
Liga antifascista para la libertad del pueblo. *Ver* AFPFL, 136, 139

Liga anti-imperialista de Malasia, 92
Liga Awani, 175, 182
Liga Democrática (china), 205, 218
Liga de mujeres indonesia, 279
Liga musulmana, 16, 28, 40, 157, 159, 161-165, 171, 176-177
— *Ver* NU
Liga musulmana de Bengala, 163
Linggadjati, acuerdo de, 140-141
linguism, 188
Linlithgow, V. A. lord, 156
Lin Piao, 116, 123, 130, 227, 230, 232
Li Tsung-jen, 116, 124, 130-131
Liu Po-ch'eng, 131, 205
Liu Shao-ch'i, 217, 227, 230-233
Londres, 10, 12, 15, 18, 31, 33-34, 42, 108, 138-139, 150, 153, 159
— , Conferencia naval, 51
Lon Wol, 284
Lo-yang, 110, 131
Lucha, La, 93
Lucknow, 18
Lucknow Pact, 18
Lu Hsün, 62-63
Lushan, resolución de, 221
— reunión plenaria de, 227
Lu Ting-i, 230
Luzón, 80, 135, 272-273
Lytton, comisión, 52

Macapagal, Diosdado, 272
Mac Arthur, Douglas, 109, 122, 137, 239-240, 243, 248-249, 256, 266, 271
Macaulay of Rothley, T. M. lord, 5-6
Madagascar, 155
Madiun, 141
Madrás, 15, 190
Madura, 140
Magsaysay, Ramón, 272
Mahābodhi, sociedad, 43
Mahagama Eksat Peramuna. *Ver* MEP
Maharashtra, 9, 13, 188
Mahāsabhā. *Ver* Hindu Mahāsabhā
Mahātmā, 20, 22, 32, 34
Maisur, 38
Makassar, 142
Malabar, 27
Malaca, 151
Malasia, 2, 84, 92, 108, 133-135, 149-153, 235, 268, 280-283, 291, 294
Malayan Chinese Association (MCA), 152
Malayan Peoples Anti-Japanese Army (MPAJA), 135
malayo (lengua), 82, 87, 153
Malaysia, Federación de, 281-282
Malino, 140-141
Malinovski, Rodion, 123
Malraux, André, 65
Manchukuo, 52, 76, 104, 107, 110, 130
Manchuria, 49, 51-53, 55, 59, 69, 99, 103-104, 122-123, 130, 211, 217
«mandato», de (mandato celeste), 128, 130
Mangla, presa de, 170
manifiesto Sun-Joffe, 64
Manila, 80, 109, 133, 137, 272
— , Pacto de, 270
maoístas, 203, 227-232, 234
Mao Tse-tung, 1, 64, 73-74, 122, 127, 130-131, 145, 151, 210-211, 213, 217-221, 225, 227-234, 287
Marco Polo, puente, 76, 102
Marcos, Ferdinand Edralin, 272
Marcus, islas, 250
Marianas, islas, 110-111
Marina, sublevación de la, 156
marines, 122
Marshall, ayuda, 141
— George C., 122
— , islas, 110
marxismo 68, 89, 93-94, 203, 258, 268
marxismo-leninismo, 82, 90, 218, 291
Masjumi (Consejo Musulmán Indonesio), 278-279
Matak, Sirik, 284
Matsui, 240
Matsumoto Isoroku, 109
Matsuoka, Yōsuke, 105-107, 240
Maududi, A., 176-177
Maxwell, N., 195
māyā, 8
Ma Yin-ch'u, 203
MCA *(Malayan Chinese Association)*, 282
Mc Mahon, línea, 195
Meerut Conspiracy Case, 30
Mehta, Ashok, 193
Meiji, 81, 213
Melanesia, 121
Memorándum Tanaka, 49
Menam, 270
Menon, Krishna, 195
MEP (Mahajana Eksat Peramuna), 199-200
Meping, 270
Merdeka, 86
Mesa Redonda, conferencia de, 142
Mettananda, L. H., 201
Midway, isla de, 109
Miki, 252

Mindanao, 80, 272, 274
Minobe Tatsukichi, 52, 254
Min Yuen, 152
Minseitō, 49-51, 54, 104, 246
Missouri, 112
Mitsubishi, 46, 54
Mitsui, 46, 54
Mizo, 188
mōn, 275
Mongolia, 49, 232
Mongolia exterior, 104
— , meridional, 51
Montagu, 18
Montagu-Chelmsford, reformas, 18
moplahs, 27
Morley-Minto, reforma, 15
Morley de Blackburn, John, 15
Moscú, 64, 66, 106, 155, 180, 210, 225, 227, 255-256, 264
«motines del arroz», 45
Mountbatten, Louis, 164-166, 172
movimiento del 4 de mayo, 60-64, 68, 71-72, 113, 207
movimiento del 30 de mayo de 1925, 65, 67
movimiento de la *Vida Nueva*, 71
Movimiento de la Paz, 291
MPAJA. Ver *Malayan People's Anti-Japanese Army*
Mujibur Rahman, 175, 182
Mukden, 50-51, 74
Mullas, 180
musjawarat, 279
Muslim College, 16
Muslim Conference, 171
Mussolini, B., 105
mulsumanes, 16-19, 24, 26-29, 31, 40-41, 43, 151, 157, 161-166, 169-171, 176-177, 191, 193, 275-276
nacionalismo budista, 43
nacionalistas chinos, 121-124, 128-131, 206-207, 211, 225, 235
Naciones Unidas, 140, 142, 205, 233, 266
Naga, 188
Nagasaki, 100, 111
Nagpur, 186
Nahadatul Ulama, (NU, Liga musulmana), 278
Nambudiripad E.M.S, 192-193
Nanchang, 73, 102
Nanda, G. L., 191
Nankín, 65, 67, 71-72, 77, 102, 105, 110, 114, 117, 119, 123-124, 131, 236
Nanning, 110
Narayan, J., 193
Nasakom, 279
Na-san, 146
Nathu, paso de, 195
National Awami Party, 183
National Conference (Cachemira), 171
National Democratic Front (pakistaní), 180
Nationalist Party (India), 36
Navajivan, 26
Navarre, plan, 147
nazismo, 101
Negri Sembilan, 150
Negros, 272
Nehru, Jawaharlal, 23, 29-31, 39, 155, 158-160, 163, 165, 169, 173, 176, 183-184, 188, 190-192, 194, 196-197, 277
Nehru, Motilal, 29, 31
Nehru, Report, 31
neohinduismo, 8
Neo Lao Haksat (Frente patriótico lao), 285
Neo Lao Issara, 176
Nētajī (Jefe), 156
Ne Win, 275-277
Nghê-an, 287
Nghê-Tinh, 91
Nghia-lô, 146
Ngo Dinh Cân, 290
Ngô Dinh-Diêm, 289-291
Ngô Dinh Nhu, 290
Ngô Dinh Thuc 290
Nguyên Ai Quôc (Hô Chi Minh), 89-90, 134, 142
Nguyên Huu Tho, 291
Nguyên Thai Hoc, 86
Nhân van (Humanismo), 287
Nichiren, 257-258
Nikolaievsk, 46
Nixon, R. M., 233
No-changers, 29
Nomura Kichisaburō, 106-108
non-alignment, 196
Norteamérica, 92, 106-107
North West Frontier Province (NWFP), 162, 164-165, 171
no-violencia, 23, 31, 85, 158
NU. Ver *Nahadatul Ulama*
«Nueva Juventud, la». Ver *Hsin Ch'ing nien*
Nueva Guinea, 109, 143
Nueva York, 62, 90
Nueva Zelanda, 270
nuevas lenguas indias, 187
«Nuevo Orden japonés», 100
Nuremberg, 240
NWFP. *Ver* North West Frontier Province

Octavo Ejército, 122
Octavo Ejército de Ruta, 123
Ogata, 252
Ohno, 252
OIT, 243
Okada, 54
Okinawa, 111, 255, 263
Olcott, H., 43

ONU, Consejo de Seguridad, 141-142, 172, 246, 266
Organización de Campesinos de Birmania, 94
Organización de Voluntarios del Pueblo (birmano), 274
Oriente Próximo, 26
Orissa, 17
Osaka, 45
Osmeña, 86

Pac-bo, 134
Pacífico, guerra del. *Ver* Guerra del Pacífico
Pacífico, océano, 45, 46, 107, 109, 110, 149
Pacífico (SCAP), fuerzas aliadas en el, 122
Pacto anti-Komintern entre Japón y Alemania (1936), 104
Pacto de Bagdad. *Ver* CENTO
Pacto B-C (Bandaranaike-Chelvanayakam), 199
Pacto Briand-Kellogg, 50
Pacto de Delhi (1931), 33-34, 196
Pacto germano-soviético de 23 de agosto de 1939, 104
Pacto de Ginebra, 147
Pacto Hitler-Stalin, 44
Pacto de Manila, 270
Pacto de neutralidad Japón-U. Soviética, 105
Pacto de Puna, 35
Pacto de seguridad nipo-americano, 250-251, 253, 255-256, 258
Pacto tripartito, 105, 110
Padang, 278, 279
Pahang, 150
pai-hua (lengua vulgar china), 62
Países Bajos, 82, 93, 135, 140-142
Pakistan Muslim League, 180
Pānadurā, 43
Panay, 272
Panchayat («tribunal de cinco hombres»), 183, 187
Panchayati Raj, 187
pāncśīl. *Ver* Cinco Principios, 194
Pandit, exámenes de, 200
Panjab, 9, 18, 25-26, 33, 39, 162, 164, 166, 170, 173, 188
Panjab Boundary Force, 165
panjabí (lengua), 188
Panmunjom, armisticio de, 266
«Pan Thai», 96
Pantja Sila (Cinco Principios), 278
PAP *(People's Action Party)*, 153-154, 282
Paquistán, 5, 12, 16-17, 41, 157, 161, 163–166, 169-183, 188, 193, 195, 270, 293-294
—, oriental, 293
Parindra, 94
París, 96, 292
— Tratado de, 80
— Universidad de, 95
Park Chung-hee, 267
Parlamento de las Religiones, 7
Partai Komunis Indonesia, 141, 278, 280
Partai Nasional Indonesia, 86, 278
partido comunista birmano, 94, 138
Partido comunista Chino (PCC), 63-67, 74, 76, 101, 117, 125, 132, 205, 216, 217, 218, 222, 232, 257
Partido comunista Filipino, 90, 92
Partido comunista Indio. Ver C. P. I.
Partido comunista Indochino, 89, 91, 93
Partido comunista Indonesio (P. K. I.), 88-89, 93, 141
Partido comunista Japonés, 46, 246-247, 256-257
Partido comunista malayo, 90, 92, 150-152
Partido comunista paquistaní, 177
Partido comunista rumano, 266
Partido comunista vietnamita, 90
Partido del Congreso (indio), 81, 184-185
Partido constitucionalista cochinchino, 86
Partido cooperativista japonés, 246-247
Partido demócrata camboyano, 148
Partido demócrata japonés, 247, 252
Partido demócrata liberal japonés, 248, 252-256
Partido de las Indias, 86. Ver *Indische Partij*
Partido laborista agrícola japonés, 248
Partido liberal filipino, 271
Partido liberal japonés, 246-247, 252
Partido Nacional del Viet-nam. *Ver* UNQDD
Partido Nacionalista filipino, 86
Partido Nacional Popular (chino). *Ver* Kuomintang
Partido del programa socialista de Birmania, 277
Partido del progreso japonés, 246-247
Partido del Pueblo (Siam), 95-96
Partido de la Revolución personalista del

trabajo (cân lao Nhân vi) (Vietnam del Sur), 290
Partido Seiyū (japonés), 49
Partido socialista birmano, 94
Partido socialista ceilandés, 43
Partido socialista democrático japonés, 255, 258
Partido socialista indonesio, 278
Partido socialista japonés, 246-247, 252-255
Partido de los Trabajadores (indochino). Ver *Dang lao-dong*
Partido de los Trabajadores y Campesinos de Birmania, 275
Partido de la Unión (indio), 39, 162
Partido Unionista (birmano), 275
Pashtunistan, 164
Patel, V., 163, 170, 184
pathanes, 32, 164, 171
Pathet Lao, 146, 148-149, 285-286
Pau, acuerdos de, 148
Pax Britannica, 5
PCUS, XX Congreso del, 218
Pearl Harbor, 99, 108, 113, 120, 133, 158, 238
Pei-fa, 65
Pei-ta, 218. *Ver* Universidad de Pekín
Peiyang, 58-59
Pekín, 1, 2, 52, 58-61, 86, 102-103, 122, 124, 131, 173, 180, 193, 205, 209, 215, 217, 226-227, 230-231, 233, 255, 257, 266, 284
Pekín-Hankou, ferrocarril, 110
Pekín, Universidad de, 62-63, 204, 218
Penang, 151
P'eng Chen, 230
P'eng P'ai, 73
P'eng Te-huai, 227-228
People's Action Party, 182
Perak, 150
Perera, Dr. N. M., 43, 201
Perhimpunam Indonesia, 86
Perlis, 150
Pescadores, 250
Phan Bôi Châu, 84
Phan Châu Trinh, 84
Phan Dinh Phung, 79
Phao Sriyanon, 269
Phat-diêm, 145
Phetsarath, príncipe, 148
Phnom Penh, 79
Phongsaly, 149
phu, 144
Pibum Songgram, 96, 269
Pilar, Marcelo H. del, 80
Pinghsingkuan, 116
Pirpur-Report, 40
PKI. *Ver* Partai Komunis Indonesia
PNI. *Ver* Partai Nasional Indonesia
Plan quinquenal chino, primer, 211-219, 223
Polonia, 147
pool sterling, 150
Port Arthur, 81, 147, 217
Portugal, 41, 194
Potsdam, 111
— , acuerdos de, 264
— , declaración de, 111
Prachathipok (Rama VII), 95-96
Prajā Socialist Party, 193
Pridi Phanomyong, 95-96, 269
primera guerra mundial, 11, 16, 18, 29, 45-46, 61, 85, 88, 99
«problemas estadísticos de la guerra revolucionaria en Malasia», 151
Pro-changers, 29
«propuesta de Agosto», 157
Provincias Unidas, 34
Pueblos de Oriente, Unión de los, 89
Puente Marco Polo, 114
P'u-i, emperador, 52
Puna, 35
Punch, 171
Pūrna svarāj, 32
P'yongyang, 265-266

Quemoy, 225
Quezón, 86
Quirino, Elpidio, 271
Quit-India, resolution, 159-160

Radhakrishnam, 7
Rajagopalachari, Ch., 194
rāja-kāriya, 42
Rama VII. *Ver* Prachathipok
Ramakrishna 7
— misión 7
Ram Mohan Roy, 6
Ranade, M. G., 7
Rangún, 91, 109, 133, 136, 276-277
— , Universidad de, 86
Rann of Katch, 173
Rāshtrīya Suayamsevak sangh, 29
Rawalpindi, 176
Razakar, 171
regional languages, 187
Renville, acuerdo de, 141
República china, 56, 64, 129, 205, 225
«República de Cochinchina», 143
República de Corea del Sur, 265
República-democrática del Viet-Nam, 143, 145, 148-149, 268, 286-289

República española, 80
República Federal alemana, 185
República islámica de Paquistán, 177
República popular china, 131, 194
—, Constitución de la, 216
República popular de Corea del Norte, 265
República soviética china, 73-74
resistencia vencerá, La (de Truong Chinh), 143
revolución bolchevique, 64
revolución china de 1911, 81, 205
revolución china (1926-1927), 99
revolución china (1937-1949), 113-132, 208, 225-227
— del 4 de Mayo, 207
Revolución cultural, 225, 228, 230-233
—, primera, 60-61
Revolución filipina de 1896, 80, 83, 273
revolución literaria en China, 62
«revolución» del *Meiji*, 293
Revolución de octubre, 55, 81-82, 85
revolución rusa, 99
revolución cingalesa de 1956, 198
Revolución vietnamita, 129
Rieunier, Adrien-Barthélemy-Louis, 83
Ripon, lord, Frederick John Robinson, 10
Rizal, José, 80
Roma, 106
Roosevelt, F. D., 106-107, 121
Round Table Conference, 33
Rousseau, J.-J., 81
Rowlatt, 20
— ley, 25
— *Acts*, 20
Roxas, Manuel, 271
Rurkala, 185
Ruskin, John, 21
Rusia, 2, 65, 89, 99, 204, 213, 219
— zarista, 119
Russell, Bertrand, 62
Ryūkyū, islas, 45, 250, 263

Sabah (Borneo septentrional), 281-282
Sagaing, 277
Saigón, 2, 86, 93, 120, 133, 264, 284, 289, 291-292
Saipan, isla de, 111
Saitō Makoto, 52
Saitō Takao, 104
Sajahrir, 86, 136
Sajalin, 45-46, 99, 250, 264
Sakdal, insurrección de, 92
Salomón, islas, 110
Samiti, 187
Samneua, 149
Sanbetsu (Congreso Nacional de los sindicatos industriales), 243
San Francisco, Tratado de Paz de, 238, 250-251, 264
Sangkum (comunidad socialista popular), 284
San-men, central hidroeléctrica de, 222
sánscrito (lengua), 189
«*Sanskritization*», 191
Santiphab, 285
Sapru, sir Tej Bahadur, 158
Sarawak, 281-282
Sarekat Islam, 85
Sarit Thanarat, 269-270, 285
Sastroamidjojo, 86
Sato, Eisaku, 253, 264
Satyāgraha, 21-23, 25-26, 28-29, 31, 35, 158, 194
satyāgrahī, 21-23, 32, 158, 160
Saya San, 91
Sayyd Ahmad, 16
SCAP (*Supreme Command of the Allied Powers*), 242
Schopenhauer, Arthur, 6
SEATO (organización del Asia Sudoriental), 149, 172, 180, 270
segunda guerra mundial, 1-2, 41, 55, 78, 93, 99, 101, 117-118, 155-156, 265
Seiyūkai, 46, 48-52, 54, 246
Selangor, 150
Senanayake, D. S., 197-198
Senanayake, Dudley, 198, 200-201
«señores de la guerra», 59-60, 63-65, 67, 72
Servants of India Society, 13
Seul, 55, 265-267
Shan, estados, 139
Shanghai, 51-52, 61, 65, 68, 86, 102, 114, 131, 207, 212, 215, 230-231, 236
Shansi, 59, 102, 114, 116
Shantung, 45-46, 49-50, 61, 103, 114, 116, 122
shari'a (derecho canónico islámico), 177
Shastri, L. B., 184
Shenpei, 74
Shensi, 74, 76, 116-117
Shidehara, 247
Shigemitsu, 240
Shimla, 162, 195
—, Convención de, 195
Shin-Sanbetsu, 259
Shiv Senā, 188
Showa Denko, Sociedad, 248

Shrinagar, 172
Shrīvikramarājasimha, 41
Siam, 78, 81, 95-96, 148
Sian, 76, 214
—, incidente de, 76, 123
Siberia, 45-46
— oriental, 46
Sihanuk Norodom, 147-148, 284
sikhs, 19, 33, 162, 165, 169, 188
Sikkim, 195
Silavamsa, Talpāvila, 198
Silva, Colvin P. de, 43, 201
Simla, conferencia cumbre de, 175
Simon, Sir John, 30
Simon go back, 30
Simon, informe, 31
Sind, 162
Singapur, 2, 109, 133, 143, 149-151, 153-155, 280-283
—, Federación general del trabajo, 92
—, Federación de estudiantes, 92
Singh, Tara, 165
Sinkiang, 195, 205
Sivājī, 14, 17
Si Votha, 79
Sjahrir, Sutan, 86, 94, 136
Sjarifuddin, 136
S. L. F. P. *(Sri Lanka Freedom Party)*, 199-202
SOBSI (Federación sindical indonesia), 279
socialismo, 94, 185, 208, 211, 219, 257
— islámico, 181
socialistas *Prajā*, 193
socialistas unificados, 193
socialistic pattern of society, 185
Sociedad de Naciones, 50, 52, 105
Sociedad Teosófica, 6
Sodomei (Confederación general de los sindicatos japoneses), 243
Sōhyō, 255, 259
Soka Gakkai, 257-258, 260
Somārāma, Talduvē, 200
Soong Meiling, 67
soul-force, 22
Sputnik, comuna, 221
squatters, 152
Ssuch'uan, 70, 114, 236, 270
Ssup'ing, 123
Stalin, J. V., 44, 66, 89, 111, 121, 123, 161
Stalingrado, 109
Straits settlements, 150
Strategic Air Command, 263
Sudáfrica, 21-22, 25
Suecia, 111
Sufanuvong, 149, 185
Suharto, 280
Suhrawardy, H. S., 163, 180
Suiyuan, 54, 114
Suiza, 96, 111
Sukarno, 86-87, 94, 136, 140-141, 277, 279-281
Sulu, 274, 281
Sumakil, 142
Sumatra, 89, 140-141, 278-279
Sumitomo, 54
Sumokil, 142
Sung Che-yuan, 53
Sung Chiao-jen, 57
Sun-Joffe, manifiesto, 64
Sun Yat-sen, 56, 59, 64-65, 67, 71-72, 81, 117
Supreme Command of the Allied Powers. Ver SCAP
Surakarta, 141
Surat, 15
Surendranath Banerji, 9
Suvana Fuma, 149, 185, 286
Suzuki Kantarō, 111
svadeśī, 14, 25, 27
svarāj, 27, 29, 35, 81
Svarāj, Partido, 29
Svatantra, 193-194
Syngman Rhee, 265, 267
szu-hsiang kai-tsao («reforma del pensamiento»), 209-210

Tagore, R., 9, 27
Taierchuang, 114, 116, 124
Tailandia, 78, 96, 105-106, 110, 149, 263, 268-270, 285, 294
—, Frente patriótico de, 270
—, Frente socialista de, 269
T'ai-p'ing, 58, 72
Taishō, emperador, 49
Taiwan (Formosa), 130-131, 207, 211, 225, 235-236, 275, 278
T'aiyüan, 102, 114, 214
tamil, 43, 198-199, 201
tamil (lengua), 199
Tanaka Giichi, 49-50
Tanaka, Memorándum, 49
Tang Cheng-lock, 152
Tangku, tratado de, 52, 76
Tan Malaka, 89
Tân Việt (Nuevo Viet-Nam), 86
Tarbela, 170
Taruc, Luis, 135
Tashkent, conferencia de, 174, 180
Tata, J., 11
Tata, fábricas, 11
Ta-tao K'ung-chia-tien, 61
Tatekawa, 51
Tāy-Bac, 146
Tayeh, 53
Tayug, revuelta de, 92
Telingana, 171
telugu (lengua), 188
Templer, sir Gerald Walter Robert, 152

Teng Hsíao-pĩng, 230-232
Teng T'o, 230
Terauchi, 46
Tercera Internacional, segundo congreso de la, 66
Tercer Mundo, 132, 203, 217, 226, 234
«Tesis políticas de octubre» (Viet-Nam), 90
Têt, 292
Thai, 96, 146-147
— , tierra de los, 96
Thai-nguyên, 288
Thakhekm Attopeu, 149
Thakin, Soe, 94, 135, 139
Thakin, 94, 135
Thakin Nu, 94
Thakin Than Tu, 94
Thammasat, Universidad de, 96
Thanh niên (Juventud), 89
Than Tun, 135, 138
Thein Pe, 138
Therāvāda, 276
Thich Quang Duc, 291
Thi dua («emulación patriótica»), 145
Thoreau, Henry David, 21
thugyi, 79
Tíbet, 194-195, 205, 225-226
tl-chu (terratenientes), 69-70, 126
Tientsin, 53, 68, 104, 122
Tilak, B. G., 13-15, 17-18
Tito, Josip Broz, 117
Tōjō, 107-110, 240
Tokyo, 1, 45, 47, 49, 51-52, 54-55, 61, 76, 100, 102-104, 106, 109, 110-112, 242, 254, 257, 262-264
— , Cuartel General de, 111
— , Universidad de, 242
Tolstoi, L. N., 21
Tonkín, 86, 88, 105, 110, 134, 144, 288-290
— , incidente del golfo de, 289
Tôn Thât Thuyêt, 79
Town Committee, 178
Toyoda Sadajiro, 107
Tratado de Asia Sudoriental (SEATO), 149, 270
tratado consular ruso-japonés (1966), 264
tratado de cooperación ruso-japonés (1967), 265
tratado franco-khmer (1949), 148
tratado de las Nueve Potencias (1922), 46
Tratado de Paz de S. Francisco (1951), 238, 250-251
Tratado *pãncśīl* indio-chino (1954), 194
«tratados desiguales», 68
Travancore, 38
Trengganu, 150
«Tres Principios», 64
Trotski, Lev, 66
Truman, H. S., 111, 266
Truong Chinh, 143
Ts'ai Yüan-p'ei, 63
Ts'ao Ts'ao, 59
Tseng Kuo-fan, 72
Tsinan, 50, 102, 114, 131
Tsingtao, 102
Tsitsihar, 51
Tuan Ch'i-jui, 58
T'ung-meng-hui («liga jurada»), 56
Tung pei, 123
Turquía, turcos, 17, 28
Tydings-Mc Duffie Act, 92

«ulamā», 177
Umezu, Yoshijiro, 53
UMNO, 151-153, 282-283
UMNO-MCA, alianza, 152-153
Unión birmana, 139, 275-276
Union Council, 178
Unión francesa, 143, 149
Unión General de Estudiantes birmanos, 94
Unión holandesa-indonesia, 140, 142
Unión India, 5, 170, 172-173, 183-184, 187, 189-191
Unión Indonesia. Ver *Perhimpunam Indonesia*
Unión de los Pueblos oprimidos de Oriente, 89
Unión para la Salvación Nacional, 76
Unión Soviética, 30, 105-107, 111, 174, 180, 185, 196, 216-217
United Malays' National Organisation. Ver UMNO
United National Party (UNP), 197, 198, 200-201
U Nu, 135, 139, 275-277
urdu (lengua), 40, 179
URRS, 64, 93, 123, 203-204, 211, 214, 216, 225, 227, 264-266
U Saw, 139

Vande mātaram, 15, 40
Vedānta, 7
Versalles, 46
Vichy, 107
Victoria, reina de Inglaterra, 9
Vida Nueva, 71
Vidyālankara, Universidad de, 199
Vidyodaya, Universidad de, 199
Vientiane, 149, 285

Viêt-bac, 144, 289
Viêt-Minh (liga por la independencia del Viet-Nam), 134-135, 142, 145
Viet-Nam, 2, 79, 82, 85-86, 90-91, 93, 134, 137, 142-143, 145-149, 263-264, 270, 284, 286, 292
— , República Democrática del, 149, 268-288
— del Norte, 91, 226, 286, 290, 292
— del Sur, 120, 236, 263, 270, 286, 289, 292
Viêt-Nam quôc dân dang (VNQDD), 86, 91
Vinoba Bhave, 187
Vivekananda, 7-8
VNQDD. Ver *Viêt-Nam quôc dân dang*
Volksraad (Consejo del Pueblo en las Indias neerlandesas), 87-88
Vo Nguyên Giap, 134, 146

Wakatsuki Reijirō, 48-49, 51
Wake, isla de, 109
Wali Khan, 183
Wall Street, 192
Wang Ching-wei, 72, 104-105, 117
Wanpahosan, 55
Washington, 106-108, 135, 141, 180, 235, 292
— , Conferencia de, 46, 76
Wavell, lord Archibald Percival, 162
Weber, Max, 24
weightage, 33
Westerling, 142
Whampoa, 65
Willingdon, lord, 34
Wilson, T. W., catorce puntos de, 85
Working Committee, 160
Wu-han, 66, 68, 103, 114
— , resolución, 221
Wu Han, 230
Wu P'ei-fu, 59

Yahya Khan, 182
Yakarta, 140, 142
Yalta, acuerdos de, 123, 264
Yamamoto, 110
Yang di Pertuan Agong, 153
Yangtse, 65, 70, 102-103, 114, 116-117, 121, 131
Yasuda, 54
Yawata, 53
Yenan, 53, 114, 120, 124, 130, 210, 217, 229
Yênbai, 91
Yen Hsi-shan, 59, 72
Yin Ju-Keng, 53
Yokohama, 47
Yonai Mitsumasa, 104-105
Yoshida M., 238, 247-248, 250-252
Young India, 26, 35
Yugoslavia, 117
Yunagat, 170-171
Yüan Shih-K'ai, 56-59, 61
Yünnan, 58, 121

zaibatsu, 54, 240-241, 249, 259
Zakir Husain, 191
Zamīndār, 185
Zdanov, Andrei, 230
Zengakuren, 258, 260
Zenrō, 255
Zilla Parishad, 187

Indice de ilustraciones

1. La India antes de la independencia 37

2. La Larga Marcha (1934-1935) 75

3. Areas controladas por los comunistas chinos al fin de la segunda guerra mundial 115

4. China (mapa general) 206



impreso en editorial romont, s.a.
presidentes 142 - col. portales
del. benito juárez - 03300 méxico, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes
5 de agosto de 1987

Esta **HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI**, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), la publican simultáneamente Weidenfeld and Nicolson (Gran Bretaña), Feltrinelli (Italia), Bordas Éditeur (Francia), Dell Publishing Co. (EE. UU.). Sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la **HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI** han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 34 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

ISBN 968-23-0764-3